Tras la pista de los animales desconocidos

B. Heuvelmans

AMERICA
SIBERIA
AFRICA

Tras la pista los Animales Desconocidos, Tomo 2

Digitalizado por: Rich (Cryptozoological Digitization Project)

Con cariño, para la comunidad hispana de criptozoología,

Mayo de 2026

BERNARD HEUVELMANS
Doctor en Ciencias Zoológicas

TRAS LA PISTA DE LOS ANIMALES DESCONOCIDOS

★ ★

AMERICA - SIBERIA - AFRICA

Con 31 ilustraciones fotográficas fuera de texto y numerosos dibujos dentro de él, de los cuales 31 son originales de
MONIQUE WATTEAU

4 mapas en el texto

LUIS DE CARALT
EDITOR
BARCELONA

Título de la obra original:
«Sur la piste des bêtes ignorées», II
(Librairie Plon, París)

Versión española
de
Eduardo Bittini

Primera edición: octubre 1958

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
© LUIS DE CARALT, 1958
IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito legal B. 16.821. — 1958

LINOMONOGRAPH, S. A. — Riera de San Miguel, 9 — Barcelona

LOS ENIGMÁTICOS ANIMALES DEL CONTINENTE VERDE

«—Ninguna noticia procedente de toda esta zona, del Gran Matto Grosso —y al decir así señaló con su cigarro una buena parte del mapa—, ni de allá arriba, de ese rincón en que se unen los límites de tres países, me parecerá nunca bastante extraña, ni —por muy rara que sea— logrará despertar jamás mi suspicacia...»

(CONAN DOYLE, *El Mundo Perdido*)

AMERICA DEL SUR
0 500 1000 1500 Km.
Bosques tropicales
M. DE LAS ANTILLAS
Sierra de Sta. Marta
Sta. de Perija
L. de Maracaibo
Caracas
Codazzi
R. Catatumbo
Orénoque
VENZUELA
GUAYANAS
Cauca
Magdalena
Bogotá
COLOMBIA
Guaviare
R. Negro
Tromboetas
Quito
ECUADOR
Putumayo
Manaos
Iguarape
Obidos
Alemquer
Belem
Marañon
Faro
Fte. de las Amazonas
Cordillera de los Andes
Purus
Madeira
Tapajoz
B R A S I L
Acre
Abuna
Abunan
MATTO GROSSO
PERU
Lima
GUAPORE
Araguaya
GOYAZ
S. Francisco
Bahia
R. Beni
La Paz
BOLIVIA
Paraguay
Pilcomayo
PARAGUAY
Parana
S. Pablo
Sta. de Mantiqueira
Rio Janeiro
Asunción
Uruguay
Concordia
URUGUAY
Mercedes
Luyan
Montevideo
Santiago
Buenos Aires
ARGENTINA
Rio de la Plata
OCEANO ATLANTICO
OCEANO PACIFICO
CHILE
R. Salado
R. Colorado
R. Negro
R. Chubut
Lago Buenos Aires
SANTA CRUZ
R. Sta. Cruz
R. Gallegos
Canal de Ultima Esperanza
Estº. de Magallanes

Capítulo primero

EL PEREZOSO GIGANTE DE LA PATAGONIA

Sin duda alguna, cuando los descubridores y conquistadores llegaron por vez primera a América debieron quedar decepcionados. Podríamos casi afirmar que aquellos hombres esforzados habrían soñado, más de una vez, con hallar allí, en tan lejanos parajes, monstruos tan impresionantes, por su tamaño, como los paquidermos gigantes o los grandes animales salvajes del África o de la India. Y hasta incluso justamente los mismos, puesto que —no lo olvidemos— ellos creían haber llegado a la referida tierra del Extremo Oriente. En sus relatos, sin embargo, nunca hemos hallado pasaje alguno en que se nos hable de tal decepción, mas esto bien pudiera deberse, sin duda alguna, a la grata impresión que debieron causar en ellos los vistosos y llamativos colores de los representantes de la fauna local. Mudos de asombro, los viajeros no encontrarían palabras bastantes con que definir el esplendor del plumaje de los guacamayos, de las cotorras, de los tucanes, del colibrí, de las cotingas y del «curucú». Y ante tales maravillas, su decepción fué quedando mitigada y pasando paulatinamente al olvido. No es de extrañar, tampoco, que estos mismos hombres bautizaran al Brasil en un principio y en un rapto de entusiasmo, con el nombre de Tierra de los Papagayos.

Mas si el Nuevo Mundo —y la originalidad de su fauna venía a testimoniar indiscutiblemente su auténtica novedad— era, sobre todo, el paraíso de las aves multicolores, no por ello ha de entenderse que los restantes animales se hallasen peor dotados. Una suntuosidad igual se manifestaba allá, tanto en los insectos como en los batracios o en los reptiles. Incluso los mismos monos, reputados en todas partes por su fealdad, aparecían en este nuevo Continente dotados de una gracia sin igual y revestidos de increíbles colores: el pelaje de los tamarinos, los minúscu-

los monos-leones parecía hecho de hebras de seda dorada, rojo fuego o de un delicado color rosa.

Algunos *titís* de semblante aparentemente enjabelgado, lucían, sin embargo, unas pelambreras del más puro color plateado: en cuanto al *saïmiri*, el divertido mono-ardilla, venía a ocupar el primer puesto casi, gracias a su ropaje verdoso, a sus manguitos amarillo limón y a su hociquito color grisáceo. ¿Quién sería capaz de acordarse así —en aquel auténtico Edén, entre aquel mar de lujuriantes colores— de los vulgares y poco alegres campeones del peso pesado?

UN MUNDO AL REVÉS

Lo que es evidente, sin ningún género de dudas, es que desde los mismos principios América del Sur, Méjico y las Antillas (que forman —según el estudio clásico del inglés Wallace— una auténtica región zoológica natural, llamada «Zona Neotropical») han constituído a los ojos de los naturalistas, la zona o el país de los animales de tamaño mediano. La llama, el más «alto» de los cuadrúpedos de tales regiones, no es más que un diminuto camello, más bien canijo y desprovisto, para colmo, de toda joroba; y si lo comparamos con la girafa, pasa entonces ya a ser un animal auténticamente enano. Los ciervos no están representados más que por algunas formas de tamaño pequeño y de cuerna poco desarrollada: el *cariacú (Odocoilecus)*, el *mazama (Mazama)* y el *pudú (Pudu)*, éste el más pequeño de todos, puesto que no llega a medir sino unos 37 centímetros por la cruz. El tapir, el mayor de los mamíferos autóctonos, está bien lejos de tener ese volumen impresionante del que disfrutan sus primos lejanos del África y de Asia, o sean, los elefantes y los rinocerontes. El pecarí, o cerdo salvaje, es una irrisoria copia en miniatura del feroz jabalí. El jaguar y el puma o cugar, son mucho menos impresionantes, reconozcámoslo, que el tigre o que el león. Y el único oso de esta zona neotropical y que habita en los Andes desde el Ecuador a Bolivia, es una especie también reducida y poco maciza del oso *Tremarctos ornatus*.

En lo que atañe a los monos americanos, sólo podemos decir que ninguno de ellos se atrevería tan siquiera a soñar con las impresionantes formas y medidas del gorila y del orangután. Aquí, en todas estas zonas, parece en realidad como si las marcas y los records se midiesen por el extremo contrario del metro, ganando la gran copa quien más se acerque al cero absoluto: por ello pensamos, con fundamento, que el premio debe ganarlo, con amplio margen, el pequeño titi enano, ¡que puede caber todo entero, incluso holgadamente, en el hueco de la mano!

En el reino de las aves se produce tal fenómeno con menos intensidad, ya que América del Sur puede enorgullecerse de poseer la mayor

de todas las carinatas (aves capaces de volar) vivientes: el célebre cóndor de los Andes *(Vultur gryphus)*, que viene a medir 1'20 metros de largo y cuya envergadura llega hasta los 2'75 metros. Pero fuera de esto, es preciso advertir que el ñandú, la mayor de todas las *ratitas* (aves corredoras) no es más que un avestruz reducido a un tercio y que los pájaros-mosca son, en general, quienes mejor caracterizan la fauna aérea neotropical, puesto que la familia *Trochilus* a la que pertenecen, se halla confinada en exclusiva en tales parajes.

Detalle curioso: solamente el orden de los mamíferos, de un tamaño reducido, en general, en la América del Sur y del Centro, es quien ha producido algunos gigantes «relativos». Encontramos allí todos los titanes del grupo de los roedores, aquéllos, justamente, a quienes se ha dado el nombre de subungulados: el *paca*, el *agutí* o *acutí* y, sobre todo, el campeón indiscutible, el *cabiayo* o *puerco de río (Hydrochœrus capybara)*, una especie de cobaya gigantesca con dedos palmeados que puede llegar muy bien a medir un metro de largo y a pesar unos 70 kilos. Entre los insectívoros podemos citar —en Cuba y en Haití— el rarísimo *almiqui (Solenodon paradoxus)*, que tiene el aspecto exterior de una musaraña de grandes orejas, pero —todo hay que decirlo— de una musaraña del tamaño de un gordo y cebado conejo de coto de caza: ¡solamente su cola mide 20 centímetros!

Y en el seno de este mundo extraño y paradójico, no se encuentran gigantes, en suma, sino entre los enanos. Esta regla viene a quedar confirmada también en los otros grupos zoológicos y, más en particular, entre los insectos y demás animales articulados.

Determinadas mariposas sudamericanas, como la *Phalena Atlas (Cosimocera hercules)*, llegan a medir hasta 35 centímetros de envergadura: existen avispas y hormigas (la terrible *tucandera*, por ejemplo), que alcanzan el tamaño de un ratón, y la mayor de las arañas locales, la *migala (Gramostola)*, cuya envergadura da 27 centímetros y cuyo solo cuerpo mide otros nueve, no duda un solo momento en atacar a las gallinas o a las serpientes y, con la mayor facilidad, logra desangrar a un conejo.

¡Extraño país éste, en verdad, en que los pájaros tienen el tamaño de un abejorro, los monos el de un ratón, pero donde, por contra, las ratas son tan grandes como nuestros puercos, las musarañas como los conejos y las mariposas como pichones!

EL INVULNERABLE GIGANTE DE LOS INDIOS TEHUELCHE

Pero en medio de todo este conjunto existe, sin embargo, un grupo de mamíferos en esta región neotropical con los cuales no cabe establecer comparación alguna con los representantes de otras zonas zoogeográ-

ficas: tal grupo es, justamente, el de los *Xenartos*, que incluye en sus filas a los *hormigueros*, los *perezosos* y los *tatús* o *armadillos*. (1)

Y todos éstos, realmente, pertenecen en propiedad absoluta a esta región zoológica a que nos venimos refiriendo.

El tamaño de todos estos animales, barrocos y fantásticos, varía considerablemente en más de un aspecto. Entre los hormigueros, va desde la del tamándoa u oso hormiguero *(Myrmecophaga jubata)*, que llega a medir 2'40 metros, gracias a su enorme cola, tan larga ella sola como

Fig. 1. — *Tamándoa, u oso hormiguero*

el resto del cuerpo, a la del *Cyclopes didactylus*, tan pequeño casi como una ardilla. Entre los tatús o armadillos —acorazados todos como los caballeros de la Edad Media— su tamaño oscila entre el del tatú gigante

(1) Antiguamente, todos los mamíferos que parecían estar desprovistos de dientes —o sea, todos aquellos a los que no se les veían exteriormente tales piezas óseas— se hallaban incluídos, en un auténtico batiburrillo, dentro del orden de los Desdentados. De todos ellos, solamente los hormigueros del Nuevo Mundo y los pangolines del Antiguo, merecían en rigor de verdad tal denominación genérica. Todos los restantes animales allí incluídos, no deberían ser tratados como tales si bien, todo hay que decirlo, solían carecer de incisivos y de caninos y, para mayor abundamiento, las restantes piezas dentarias se hallaban en vías de degeneración, puesto que ya se veían privadas de su esmalte.

Y así, en un principio, el orictéropo o «aardvark» (cerdo de tierra) de los boers del Transvaal y el pangolín de África y del sudeste de Asia se hallaban incluídos en un mismo grupo, mezclados, por tanto, con los «desdentados» americanos. Esta situación duró hasta el día en que el anatomista Gill se dió cuenta exacta de que todos estos últimos se hallaban netamente diferenciados de las clásicas formas del Antiguo Mundo por una estructura vertebral única entre los Mamíferos: la última vértebra dorsal y la primera lumbar se articulaban en ellos en forma totalmente anormal y, además, toda una serie de apófisis suplementarias reforzaban la articulación de todas las vértebras entre sí. Tan importante diferenciación justificaba, automáticamente, la separación o división del orden de los Desdentados en dos sub-órdenes: los Nemartros, dotados de la habitual articulación vertebral (del griego *nomos*, costumbre y *arthros* articulación) y los Xenartros con una articulación vertebral anormal (del griego *xenos*, extraño). Después de esto, el sub-orden de los Nemartros se desintegró; el orictéropo, que posee unas auténticas si bien pequeñas pezuñas, unas piezas dentarias secretamente multituberculadas y muchas otras características de los paquidermos, pasó a unirse al vasto orden de los Ungulados, y el pangolín se vió confinado, por contra, en un orden especialmente creado para él, el de los Folidotos del cual sólo podemos decir que no se sabe aún por dónde ligarlo, exactamente, al gran árbol genealógico de los mamíferos. Resumiendo, pues, la región neo-tropical ha sido la exclusiva y única patria de los representantes del nuevo orden de los Xenartros

(Priodontes gigas), de 1'50 metros, al del enano de la familia, el *Clamidóforo* truncado o *pichiciego (Chlamydophorus truncatus)*, que sólo llega a los 15 centímetros.

En cuanto a los perezosos, los más linfáticos de todos los mamíferos, no pasan nunca de las medidas normales de un joven chimpancé.

Así, pues, podemos resumir diciendo que entre los *Xenartros* se encuentran animales de tamaño apreciable, pero solamente en el ámbito de la América del Sur; y ya es sabido que en el reino de los ciegos... Es divertido notar cómo los caballos y los bueyes importados allá por los colonos, ¡juegan así el papel de impresionantes colosos!

Vemos, pues, que la regla general, en esta región neotropical, es la de animales de tamaño decididamente mediocre. Por ello precisamente nos vemos forzados a aceptar con bastantes reservas «a priori», ciertas leyendas que —procedentes de las regiones más inexploradas e ignotas de aquellas latitudes— llegan hasta nosotros hablándonos de animales monstruosos de descomunales dimensiones.

Por ejemplo: en Patagonia, algunos viajeros han recogido en los poblados de los indios *tehuelche* (1) la descripción —muy vaga, por cierto— de un animal nocturno tan extraño que su reseña no encaja en parte alguna de la nomenclatura de la fauna del Continente.

Parece tratarse de un animal macizo, grande como un buey, aunque más corto de patas, y cubierto con pelo espeso, corto y áspero. Se diría que tiene un aspecto pavoroso. Al igual que los hormigueros, está dotado de enormes garras, recurvadas como ganchos de estibadores, con cuya ayuda cava profundos hoyos en los que, tras de meterse, permanece durmiendo toda la jornada; por este motivo es, según dicen, por lo que no se le logra ver jamás. Según otros rumores, el enigmático animal de los *tehuelche* tiene costumbres anfibias. Lo que no está muy claro aún es si su carácter le hace ofensivo o peligroso o no; pero —en cambio—, todos le conceden una misteriosa cualidad de invulnerable: ni las balas de las mejores carabinas logran nunca hacer mella en él. No digamos nada, pues, de la inutilidad de arrojarle flechas.

Pero por paradójico que pueda parecer en un principio, este último rasgo, absurdo en apariencia, será, sin duda, como más adelante veremos, el que más va a pleitear en favor de la realidad del hipotético monstruo.

DESCUBRIMIENTO Y BAUTISMO DEL MEGATERIO

Mas este escepticismo del que antes hablábamos, tiene como contrapartida el hecho cierto de que América del Sur no ha estado poblada

(1) Son éstos unos indios de elevada estatura (1,68 a 1,80 metros) a quienes Magallanes bautizó con el nombre de «patagones» (que significa «pies grandes»), por el hecho de que vestían un descomunal calzado forrado de piel de llama. «Tehuelche» es el nombre que dan a estos indios de las pampas sus vecinos de las montañas, los araucanos. Pero ellos, a sí mismos, se llaman «tzoneka».

en todo tiempo por una fauna de mamíferos de tamaño pequeño. Las primeras pruebas irrefutables de esta afirmación, se hallaron en 1789.

En aquella época, efectivamente, se encontraron —entre los limos de las orillas del río Luyan, no lejos de Buenos Aires— unos gigantescos esqueletos que parecían haber pertenecido a todas luces a algún animal de las dimensiones de un gran elefante.

Y aun cuando los sabios se extrañaron, los peones y gentes del campo, no: se trataba, decían éstos, de un topo gigante que moría, indefectiblemente, cuando por una u otra causa recibía directamente los rayos del sol (1).

Claro está que nadie pareció conformarse con una explicación tan ingenua. Y así, el marqués de Loreto, virrey entonces de la colonia, hizo enviar tales huesos al rey Carlos IV, quien a su vez, los ofreció al Museo Real de Madrid. De esta forma fué como cayeron bajo la mirada sagaz de José Garriga.

Este naturalista madrileño se lanzó de lleno a la tarea de preparar, conjuntar y acordar todas y cada una de las piezas recibidas para así, tras la reconstrucción del animal, poder dar de él una descripción de conjunto. Los resultados de este trabajo lento, arduo y minucioso, no fueron publicados hasta 1796, provocando entonces una gran excitación entre los medios científicos del mundo entero. Goethe, incluso, publicó un ensayo sobre aquel misterioso monstruo, por lo cual algunos autores tratan de conceder a éste las primicias de la teoría de la evolución. Mas en todo aquel intermedio, un diplomático francés visitó al sabio español, llevando al Museo de París —como resultado de tal entrevista— cinco magníficas planchas en las que se representaba el esqueleto en cuestión, y que habían sido grabadas por Juan Bautista Bru, para ilustrar una descripción preliminar del fósil.

Un joven naturalista llamado Georges Cuvier y que en aquellos momentos comenzaba ya a dar a conocer su nombre, vió en aquellos documentos una nueva ocasión para aprender. Y animado por una cierta maestría en el campo de la anatomía comparada y por una temeridad mucho mayor aún, este joven —que llegaría luego a ser llamado «el padre de la paleontología»— se lanzó a la descomunal empresa de encasillar al monstruo en cuestión entre la complicada clasificación general zoológica sobre la sola base y la sola fe de unos simples dibujos. Pero esta valentía u osadía no debe extrañarnos mayormente en tal persona. «Hablaba él de toda clase de ciencias, escribía sobre cuantas materias se le antojaba, incluso sobre aquellas que jamás había estudiado ni, por tanto, dominado: le bastaba para ello una simple conversación con los eruditos correspondientes, o con la lectura de algunas de las más breves notas que éstos publicaran: luego, tenía el arte de encadenar todos aquellos detalles, de darles cuerpo y forma, consiguiendo así el resultado

(1) Curiosa coincidencia: Esta misma leyenda la hallamos también en Siberia y China; se relaciona allí con unas osamentas de mamut puestas al descubierto por el deshielo de unos glaciares, en donde tales restos se habían conservado en muy buen estado.

de que el lector quedaba firmemente convencido de que quien tal escribiera había de ser forzosamnte ducho en la materia.» (De Blainville.)

Claro está que una temeridad tan desmedida le hizo dar, en más de una ocasión, buenos «patinazos». Pero tenía también el arte de saber hacerlos olvidar. Esta vez tuvo el acierto de dar en el blanco y ello contribuyó en gran medida a su posterior gloria.

En una memorable comunicación a la Academia de Ciencias, Cuvier bautizó solemnemente con el nombre de *Megatherium* (del griego *megas*, grande y *thêr*, animal, en el sentido de mamífero) el extraño animal en el que él veía una especie de perezoso gigantesco.

«Sus dientes —seguía diciendo— prueban que se alimentaba de vegetales y sus patas delanteras, robustas y armadas de uñas cortantes, nos hacen creer que eran principalmente las raíces las partes que prefería. Su tamaño y sus garras, debían proporcionarle buenos medios de defensa. No parece apropiado para la carrera, lo cual tampoco le debía ser grandemente imprescindible toda vez que no tendría necesidad de perseguir, ni miedo de ser perseguido.»

Para Cuvier, convencido del perfecto conocimiento que sus contemporáneos tenían de toda la fauna de gran tamaño entonces existente, el monstruo *tenía necesariamente* que haber ya desaparecido, y tal final era preciso que hubiese ocurrido antes de la propagación del hombre sobre la tierra. Por ello, acababa diciendo con sin igual desenvoltura:

«Sería muy difícil hallar, a través de su organismo, las causas de su destrucción y desaparición; sin embargo, si aún existiese sobre nuestro planeta, ¿habría acaso podido escapar a las miradas de los cazadores y de los naturalistas?

»Sus analogías —concluye— le aproximan a determinados géneros de desdentados. Tiene la cabeza y el lomo de los perezosos. Sus patas y sus pies ofrecen una singular mezcla de caracteres, propios los unos de los hormigueros y de los armadillos los otros.»

Este cocktail, sin embargo, no puede parecer monstruoso o absurdo más que ante los ojos del profano, puesto que todos los animales que toman parte en la mezcla son, ya lo sabemos, casi parientes anatómicamente hablando. Lo que en realidad sorprendía a todo el mundo, en aquella época, era el tamaño insólito del animal en cuestión, puesto que se aproximaba con mucho al del elefante. Puesto en pie sobre sus patas traseras, ¡el megaterio alcanzaba la nada despreciable altura de los cinco metros!

Y es lógico deducir, claro está, que el extraño animal en cuestión no podía ser, en modo alguno, arborícola. Nos lo podemos imaginar —por todo lo que de él sabemos ya hoy— como una especie de oso hirsuto y desmesurado, armado de unas terribles garras que, por su tamaño, más parecían grandes hoces o guadañas. La posición bípeda debía ser habitual en el monstruo. Su cola, pesada y poderosa, la constitución de su

pelvis y de sus miembros posteriores, venían a formar una enorme base de sustentación: el tipo de su articulación vertebral indicaba también, claramente, una neta propensión a la posición erecta.

Para mayor abundamiento, se hallaron luego —en Carson City (Nevada)— unas gigantescas huellas que vinieron a confirmar tales hipótesis. (1)

Si nuestro animal ponía a veces sobre el suelo sus patas anteriores (como en el caso del canguro cuando va caminando sin dar saltos), debía hacerlo tan delicadamente que luego sus rudas y fuertes patas traseras borraban, al pasar sobre ellas, todas las huellas.

La elevada altura del megaterio habría de permitirle alimentarse de

Fig. 2. — *Reconstrucción del megaterio*

las más altas ramas de los árboles, de los frutos situados a mayor altura, sin mayores esfuerzos ni trabajos.

Suponemos incluso que, con la ayuda de sus poderosas garras, no le costaría demasiado esfuerzo arrancar de cuajo las ramas más interesantes para luego, y a su comodidad, sacar de ellas cuanto hubiera de nutritivo y provechoso. Fuerza y vigor para hacerlo es indiscutible que los tendría. Mas quizá si experimentase el mismo carácter letárgico de sus pequeños y lejanos parientes, los perezosos, tal vez sintiera una marcada repugnancia entonces por tales esfuerzos físicos...

(1) Marcadas sobre una dura roca, tales huellas fueron halladas en el patio de una prisión. Durante mucho tiempo y a causa de su apariencia humana, fueron tenidas, por la *vox populi*, por pasos de gigante.

Mark Twain escribió a este respecto un artículo humorístico en el que sacaba, con su gracia habitual, las más diversas consecuencias.

EL HOMBRE HA SIDO CONTEMPORÁNEO DE LOS DESDENTADOS GIGANTES

Impresionados por el gigantismo y la rareza de tal animal, los naturalistas de finales del siglo XVIII e incluso de la mayor parte del XIX, no soñaron —ni por un solo momento— que el descomunal animal pudiera vivir aún en estas épocas. Por analogía con Europa, en la que los animales de gran tamaño, como el elefante, el mamut o el rinoceronte, se extinguieron en una lejana época geológica que se suponía anterior a la del hombre, en virtud de las teorías de las revoluciones del Globo de Cuvier, se fijó finalmente la desaparición del megaterio dentro de la Era Terciaria. ¡El hombre, por tanto, no podía haber llegado a conocer a aquel animal de los más remotos tiempos!

Ello, no obstante, el rey Carlos IV de España —maravillado por la descripción del raro animal— ordenó a sus funcionarios de las Colonias de Ultramar le remitiesen, con la mayor celeridad posible, un ejemplar de tal especie, muerto o vivo. Y éste vino a ser el motivo de que muchas generaciones de paleontólogos hicieran los más raros comentarios con respecto a dicha decisión real.

Pero el tiempo, este gran maestro, ha venido a demostrarnos luego que el monarca español estaba mucho más cerca de la verdad de lo que pensaban los doctos y «caritativos» hombres de ciencia. Ningún zoólogo se atrevería hoy a poner la mano en el fuego ni a jurar que en tales fechas no hubiese sido posible complacer, en parte al menos, los deseos del monarca, remitiéndole los restos, si no de un megaterio propiamente dicho, sí los despojos de algún miembro de la misma familia, aun cuando fuera de un tamaño ligeramente inferior. Efectivamente: el megaterio no es el único gigante del grupo de los perezosos, a los cuales se ha dado luego el nombre colectivo de *gravígrados*. En los terrenos pampeanos e incluso postpampeanos, se hallan éstos representados por toda una serie de formas gigantescas entre las que deberemos citar a los *mylodontes (Mylodon, Glossotherium, Grypotherium)*, que tenían un extraordinario parecido con el megaterio, salvo que su tamaño era semejante al de un buey y que se hallaban desprovistos también de la poderosa cola.

Vamos viendo así que la leyenda que circula entre los indios *tehuelche* va teniendo ya, poco a poco, un carácter menos extravagante que el que pudo parecernos al primer golpe de vista. Y para colmo, otra serie de indicios vendría luego a reforzar esta singular leyenda.

En el transcurso de los años se fué viendo paulatinamente que los *gravígrados*, por enormes y fantásticos que fuesen, no eran en modo alguno unos fósiles tan antiguos o tan remotos como los desaparecidos paquidermos de Europa. E incluso se llegó, aunque a más de dos no

les gustara, a reconocer que estos últimos habían sido también contemporáneos del hombre durante el curso de la Era Cuaternaria, ya que se hallaron, en las grutas, unas ingenuas representaciones de tales animales, pintadas por mano humana.

Dada, además, la edad manifiestamente reciente de los limos pampeanos y, sobre todo, de los postpampeanos, entre los cuales se descubrían los restos de los megaterios y de otros seres no menos impresionantes, hubo forzosamente que declararlos fósiles de los más recientes períodos geológicos, bien fuera del Pleistoceno superior o bien de la época actual o sea del Holoceno. Es decir, que según esto, habrían vivido hace apenas unos 30.000 años. Mas como se creía, con una casi total unanimidad, que el hombre no había poblado América —por el estrecho de Bering— más que en una época muy reciente, entre los 20.000 años y nuestro tiempo, según las estimaciones (e incluso había quien se inclinaba aún en el siglo XIX por cálculos más modestos) (1), la idea no ganó terreno y, en general, se siguió pensando que tales monstruos no podían haber llegado a codearse —digámoslo así— con los seres humanos.

Y en apoyo de esta tesis surgió un nuevo e importante argumento: nadie había nunca logrado ver una pintura o representación de tales desdentados gigantes debida a los hombres primitivos o prehistóricos que fuese comparable a las pinturas rupestres de Francia, por ejemplo, en las que se veían, con mayor o menor exactitud, unos diseños de mamuts y de renos.

Pero en el año 1870, sin embargo, se recogieron los primeros indicios de la tan discutida contemporaneidad del hombre sudamericano con alguno de los desaparecidos gravígrados. En una terraza del pequeño valle del arroyo de Frías, cerca de Mercedes, el célebre paleontólogo argentino Florentino Ameghino descubrió, en efecto, y juntamente con huesos humanos muy deteriorados, piedras talladas y restos de carbón y de huesos de animales perforados o incisos, los restos de otro monstruo gigantesco: el gliptodonte (fig. 9).

El gliptodonte *(Glyptodon)* no era un perezoso gigante sino, más propiamente, un armadillo gigante que había desarrollado un auténtico caparazón de tortuga que bien podía medir sus cuatro metros de largo. Y todas aquellas otras partes del cuerpo que sobresalían de tal blindaje o defensa se hallaban igualmente acorazadas gracias a una cubierta de placas dérmicas; la cola, fuerte y maciza, acababa incluso, en el caso de uno de estos especímenes *(Doedicurus)* en una bola espinosa parecida, en aspecto y en utilidad, a aquellas gruesas mazas pinchudas que usaban como armas contundentes los antiguos guerreros de la época feudal.

(1) Según los más recientes descubrimientos arqueológicos y gracias al nuevo método de la medida cronológica absoluta de que ahora se dispone, midiendo el carbono radioactivo 14 de los restos orgánicos que se estudian, parece haber quedado firmemente demostrado que las más antiguas señales del hombre en América se remontan al final del Pleistoceno. «Esto puede querer decir de 10.000 a 12.000 años, o quizás, quizás, 15.000 todo lo más.» (BOULE Y VALLOIS, *Les hommes fossiles*, 4.ª edición, 1952.)

En resumen, que el monstruo en cuestión era una auténtica máquina de guerra, un precursor de nuestros actuales tanques.

En 1881, cerca del río Arrecife, el profesor Santiago Roth hallaría entre los sedimentos de Fontezuelas, un esqueleto humano, casi completo, semicubierto bajo uno de tales caparazones. Otra serie de hallazgos similares —caparazones en posición oblicua o incluso utilizados como recipientes de diversos objetos de sílex tallados— hicieron sospechar bien pronto que los primeros pobladores del Continente Verde se servían ya de los restos de los gliptodontes bien como útiles caseros, bien como techo, bien como sepultura.

Creo inútil decir que todos estos descubrimientos —que venían a tirar por tierra muchas de las ideas que entonces predominaban— hallaron una firme oposición, despertando las más encendidas polémicas. Y como detalle significativo señalaremos que cada clan, cada grupo o bandería, las discutía por motivos o razones bien diferentes; determinados antropólogos se hallaban a la contra, ya que ellos no podían reconocer, ni por un solo momento, la presencia del hombre en América en una época *tan* antigua como aquella en que habían vivido los desdentados gigantes; otros paleontólogos, porque creían absolutamente imposible que éstos hubiesen subsistido hasta la llegada del hombre a aquel continente; es decir, no podían admitir éstos que tales monstruos hubiesen sobrevivido hasta unas fechas *¡tan recientes!* Como vemos el primer grupo de sabios se negaba de plano a «envejecer» así al hombre americano; el segundo era enemigo acérrimo de «rejuvenecer» por tanto al grupo de los desdentados gigantes.

Y de hecho, como luego veremos, ni los unos ni los otros tenían la razón de su parte.

Hasta aquel momento se podía pensar, quizá, que los indios más recientes podrían haberse servido de caparazones que ellos hallaron ya en estado fósil. Pero tal duda o tal posibilidad cayó por tierra cuando se exhumaron los restos calcinados de algunos gravígrados, que llevaban en sí mismos las huellas ciertas de haber sido descuartizados con el auxilio de útiles muy rudimentarios. La conclusión manifiesta que del estudio de tales restos se sacaba es que alguien, quien fuese, tras de haber comido la carne que rodeaba aquellos huesos, había abierto o roto éstos como para extraer de su interior el tuétano.

Un buen día se descubrió incluso, y en el fondo de lo que parecía haber sido un foso, un esqueleto de perezoso gigante situado en una postura tal que no costaba trabajo alguno el determinar las circunstancias de su muerte. Las cuatro patas del animal se hallaban completamente enteras, pero, por contra, toda la parte central de su cuerpo había sido casi destruída, no quedando en tal parte, por muchos sitios, sino simples cenizas de carbón vegetal. Saltaba así a los ojos que el perezoso en cuestión había caído en un foso o trampa y que los indios, viéndose incapaces de sacar aquella mole del reducido espacio, habían optado por liquidarle

mediante el simple procedimiento de encender un buen fuego en el suelo de la fosa, justamente bajo el vientre del prisionero.

Esta vez la cuestión de la contemporaneidad del hombre y el megaterio quedaba resuelta sin discusión posible. Pero faltaba aún por dilucidar una cuestión muy importante: ¿hasta qué época se prolongó tal circunstancia?

Las primeras migraciones humanas en Alaska parecen haberse producido —según las estimaciones más precisas— hará unos 12.000 años, o sea sobre el año 10.000 antes de Jesucristo. Pase. Pero ¿cuándo llegaron luego estos primeros hombres hasta la punta extrema de la América del Sur y cuándo se establecieron ya allá definitivamente? Algunos millares de años después, sin duda. Digamos, así, que sobre el año 7.000 antes de nuestra era (1).

Así, pues, vemos que la captura de desdentados gigantes y la degustación de su carne por los primeros indios americanos podía haberse producido tanto en los tiempos históricos como muchos millares de años antes.

Dicho esto, no nos queda sino reseñar que una gran indecisión seguía subsistiendo con respecto a la época de extinción final de tales monstruos. Pero, ante todo, ¿era lícito o legítimo esto de tratar de fijar tal fecha?

Estaba todo el mundo tan convencido, tan familiarizado con la idea de que el hombre no podía haber conocido a los perezosos gigantes, que aun después de haberse ya demostrado lo contrario nadie parecía querer reconocer, en su fuero interno, que no se trataba de un animal de otras épocas, de unas especies ya extinguidas.

Ciertamente, nadie había visto jamás un ejemplar en los Parques Zoológicos, ni nadie tampoco había logrado cazar un solo ejemplar. Pero, ¿qué probaba esto? La Patagonia, la inmensa Patagonia, se hallaba aún casi totalmente desconocida. Y, dentro de ella, la región denominada «boscosa» —enorme zona situada entre las Pampas y la cordillera de los Andes— se mantenía impenetrable.

Estaba también, por otro lado, la leyenda que circulaba entre los tehuelche. Claro está que esto lo resolvían diciendo que tal leyenda habría, a buen seguro, llegado hasta ellos desde sus antepasados más remotos y que sólo por tradición continuaban aún relatándola. Pero en la opinión de los propios indios, la cosa era bien diferente. ¿Entonces?

En 1898, un magistral golpe de teatro vino a cambiar por completo la decoración de la escena.

(1) En la gruta de Palli-Aike, cerca del estrecho de Magallanes, se han descubierto restos como de piras crematorias, entre cuyas cenizas se hallaron restos calcinados de huesos de caballo, de guanaco y de «mylodon». Gracias al método del carbono 14, Libby y Arnold pudieron fijar recientemente para tales despojos una antigüedad de 8.700 años.

EL PEREZOSO GIGANTE SIGUE VIVIENDO

En dicho año, el profesor Florentino Ameghino, del Museo de Buenos Aires, sufrió la mayor emoción de su vida cuando alguien le trajo, desde la Patagonia austral, un lote de pequeños huesos, del tamaño de una alubia y le preguntó de qué animal podían proceder éstos.

Habían sido extraídos de un trozo de cuero, de unos dos centímetros de grueso y que estaba recubierto de largos y rojizos pelos, entre los que se hallaban tales huesos encajados a la manera de los adoquines de un pavimento de nuestras calles. La piel en cuestión pertenecía, sin duda alguna, a un perezoso terrestre y el sabio argentino podía llegar, incluso, a determinar su origen con mucha más precisión. Efectivamente, se sabía ya en tales épocas —y como resultado de los últimos hallazgos paleontológicos— que el *Mylodon*, el *Pseudolestodon* y el *Glossotherium* estaban protegidos, por todos lados, por una fuerte coraza formada a base de tales huesecillos. Se suponía, incluso, que tales pequeñas piezas óseas estaban contenidas dentro de la misma piel, preludio así de una osificación más caracterizada de la dermis, tal y como se observa entre los armadillos. En cambio, entre los restos de los megaterios propiamente dichos, del *Lestodon* y del *Scelidotherium* no se observa tal fenómeno.

Según la forma y tamaño de los nódulos óseos, el profesor Ameghino estimó que éstos procedían concretamente de unos restos, frescos aún, de un animal muy cercano o muy similar al *Mylodon*.

¿Dicen, pues, la verdad los tehuelches? El misterioso cuadrúpedo de las grandes garras que ellos describían y del que el profesor Ameghino oyó hablar en diferentes ocasiones, se parecía endiabladamente, en todo caso, a la idea que por aquel entonces se tenía de los supuestos desaparecidos perezosos gigantes.

Para Florentino Ameghino, espíritu original y audaz —temerario y demasiado dado a sacar rápidas conclusiones, según dicen con alguna razón sus detractores—, no hacía falta más para publicar, en 1898, una primera noticia sobre «un representante vivo de los antiguos desdentados gravígrados fósiles de la Argentina.»

Será preciso decir que el célebre paleontólogo tenía sus buenas razones para mostrarse tan concluyente. Uno de sus amigos, el Secretario de Estado argentino, Don Ramón Lista, geógrafo y viajero reputado, había visto, con sus propios ojos y algunos años antes, un animal que respondía curiosamente a la descripción aproximada del monstruo.

Ocurrió ello de la siguiente forma: durante el curso de una expedición al mismo corazón de la Patagonia, Don Ramón y sus compañeros divisaron, efectivamente, un buen día, un raro animal, parecido tanto por la forma como por el tamaño a un pangolín (*Manis*) de Asia. Pero

el pangolín que hoy nos ocupa estaba cubierto no de escamas, como cualquier pangolín que se respete, sino de largos y ásperos pelos de color gris rojizo. El señor Lista estaba perfectamente seguro de que no se trataba, con toda exactitud, de un pangolín —animal éste que era desconocido por completo en el Nuevo Mundo—, sino que, a su juicio, debería tratarse bien ciertamente de algún desdentado más o menos emparentado con el asiático bicho de referencia.

Nuestros viajeros hicieron fuego a discreción sobre el extraño animal, pero éste no pareció ni tan siquiera molestarse por el estampido de las armas de fuego; tranquilamente, volvió espaldas —o grupas— y se perdió entre las altas malezas, con la confianza y seguridad de quien *se sabe invulnerable.*

Parece ser, pues, que a este respecto los tehuelche no habían exage-

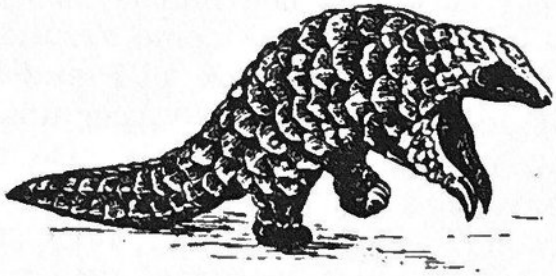


Fig. 3. — *Pangolín de Asia*

rado demasiado la nota ni, mucho menos, mentido. Mas cuando se sabe ya que determinados gravígrados se hallan fuerte y totalmente acorazados, la noticia en cuestión no nos coge tan de sopetón ni nos parece así tan absurda como antes. Aquellos enormes caparazones bien podrían ser capaces de resistir los impactos de las antiguas balas. Y mucho más, por tanto, el embate de las rudimentarias flechas...

La leyenda, así, iba perdiendo su halo de fantasía: iba dejando de ser un mito para irse acercando quizá, poco a poco, a los terrenos de la más pura realidad.

«Aun a pesar de la indiscutible autoridad de Lista, que sobre su cualidad de erudito viajero tenía justa y merecida fama de experto observador, yo pensé —reconoció entonces el profesor Ameghino— que había sido víctima de una ilusión.»

Pero todo hacía creer, efectivamente, que la serie de datos que dicho explorador suministró era demasiado completa para ser fruto de un engaño óptico. Nuestro profesor fué uniendo detalles y más detalles, y relacionando todos los diversos elementos de que disponía, llegando finalmente a la conclusión de que el gravígrado de que él poseía los pequeños huesecillos dérmicos y el animal que su amigo había divisado, habían de pertenecer, forzosamente, a una misma y sola especie. Y ésta se hallaría sin duda bien próxima al *Mylodon*, perezoso terrestre de larga cola,

y cuya silueta total vendría a tener un chocante parecido con la del pangolín.

Convendrá señalar que, sin ser tan enorme como el megaterio, el *Mylodon* no tiene por eso un tamaño tan reducido como el del pangolín de las Indias, que no sobrepasa jamás de 1,30 metros, de los cuales 55 centímetros corresponden, solamente, a la cola. Mas como quiera que los tehuelche hablaban de un animal de tamaño bastante grande, forzoso sería suponer que el ejemplar visto por don Ramón sería, muy probablemente, un ejemplar joven, con lo cual parece quedar salvada la diferencia de tamaños.

De todas formas, la posible existencia, en nuestros días, de un perezoso terrestre de tamaño medio era de un interés prodigioso desde el punto de vista zoológico; bueno será observar que el profesor Ameghino, en su descripción original de 1898, no parangonó jamás tan misteriosa criatura con el propio *Mylodon,* que tenía, más o menos, el tamaño de un buey corriente.

En los momentos en que el sabio argentino se hizo cargo del enigmático fragmento de cuero, Don Ramón Lista acababa de caer —explorando la región de Pilcomayo— atacado por los indios tobas (1), los mismos precisamente que asesinaron al francés Crevaux y a sus veintidós compañeros en el año 1882. En honor del desaparecido, su amigo Ameghino bautizó piadosamente al pequeño y resucitado *Mylodon* con el nombre rememorativo de *Neomylodon listai.*

La reseña del sabio argentino iba seguidamente a despertar una auténtica tormenta de interés en la prensa del mundo entero. *"Le Mégathère, le paresseux géant de la Patagonie, un fossil vivant!" "Das Riensenfaultier ist nich ausgestorben!" "¡El mamífero misterioso de la Patagonia no se ha extinguido!" "Giant ground sloth still alive!"*

En América del Sur, incluso, mientras que los unos se extasiaban con énfasis ante la supervivencia de «este muerto prehistórico» (en español en el original), otros iban limpiando ya sus carabinas y disponiendo los aperos de caza, prestos para ir «a buscar al megaterio» (en español también). El nombre de *Mylodon invisible,* se hallaba en todas las bocas, y un periodista —deseoso de dar a sus lectores escalofriantes detalles— definía al animal como un monstruo horripilante al que acababa llamando «¡la gran tarasca de Patagonia!»

En lo cual, el pobre hombre no podía ir más acertado.

(1) Como queda relatado, don Ramón Lista falleció como resultado de un ataque de los indios tobas y no asesinado por sus adversarios políticos como nos cuenta Willie Ley, quien está sin duda convencido de que tal debe ser, en América del Sur, el fin normal y corriente de todos los políticos.

EL INCREÍBLE TROFEO DEL CAPITÁN EBERHARDT

Urgía, sinceramente hablando, hacerse cuanto antes con el misterioso trozo de cuero del que había hablado —en una forma más bien explícita— el profesor Ameghino. Y este hecho no debía tardar en producirse, puesto que varios fragmentos de una piel parecida iban llegando a manos de otros sabios, y más concretamente en el año 1896, a las del célebre explorador sueco Otto Nordenskjöld y, en enero de 1899, a las del Dr. Francisco P. Moreno, director del Museo de La Plata.

Estas muestras habían sido sacadas de una pieza de cuero de 1,50

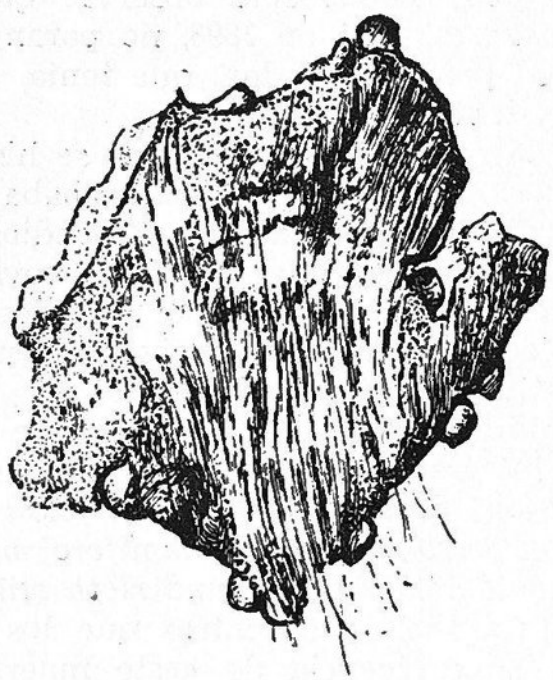


Fig. 4. — *Un trozo de cuero del* Mylodon, *en el que pueden observarse aún los pelos y los pequeños nódulos óseos dérmicos*

metros de largo por 70 u 80 centímetros de ancho, que enrollada en el tronco de un árbol y sujeta a él con unas cuerdas, valía así de señal para marcar el límite —por determinado punto— de la «estancia» de un capitán de Marina retirado, un alemán llamado Eberhardt. Este había decidido acabar sus días como granjero en Shemenaiken, cerca del río Gallegos, en la punta extrema de América del Sur, muy cerca del estrecho de Magallanes.

¿De qué animal se había sacado la piel de marras? De una vaca, decían unos; de una llama, respondían otros. En todo caso, la res en cuestión, si lo era, había sufrido una extraña enfermedad de la piel... En rigor de verdad, nadie puede afirmar, a ciencia cierta, de qué animal procedía el despojo, ni incluso el propio Eberhardt, quien, en enero de

1895, la había encontrado en una inmensa gruta que él exploró en compañía de algunos amigos: el comandante José A. Martín, el ingeniero Luis A. Álvarez y dos colonos llamados respectivamente von Heinz y Greenshild. Esta caverna, tan vasta como una catedral, y en la que nuestros exploradores habían hallado también un esqueleto humano colocado en un pequeño nicho, se encontraba al borde de una especie de fiordo al que llamaban el Canal de la Última Esperanza.

La última esperanza... ¡No venía mal el nombre, no, con la tétrica gruta, con su nicho y todo...!

Una cosa era cierta, y es que la piel en cuestión, descubierta sobre el suelo cuidadosamente enrollada por el revés, había sido previamente preparada o tratada *por manos humanas*.

Y visto su fuerte aspecto y su frescor manifiesto, el marino decidió que iría muy bien para «decorar» uno de los mojones de sus tierras. Pero como aquella especie de cota de mallas tenía un infernal e intrigante aspecto, varios de los visitantes de la estancia pidieron permiso para llevarse un trocito como recuerdo. Obtenida la venia, no fué poco el trabajo de cortar un pedazo, dada la presencia de nódulos óseos embutidos entre los largos pelos que la cubrían. ¡Era preciso, sin exageraciones, servirse para tal fin de un hacha o de una bien afilada sierra!

Y uno de estos aficionados a los recuerdos fué justamente el Dr. Otto Nordenskjöld, que en el año 1896 cayó de visita por la finca de Eberhardt.

El sabio sueco llevóse así un gran pedazo de la enigmática piel, en aquella su primera visita a la Tierra del Fuego, a la que iba como jefe de una docta misión sueca. El explorador registró luego sistemáticamente la Cueva de Eberhardt, como se acabó por llamar a ésta en honor de su descubridor, y logró hallar de esta forma la funda córnea de una enorme garra de perezoso terrestre. Todo este precioso material lo llevó consigo a Suecia, donde posteriormente sería descrito, en 1899, por su colega de la Universidad de Upsala, el zoólogo Einar Lönnberg.

Y éste se lanzó de lleno a deducir la identidad del animal en cuestión, ajustándose a la opinión del profesor Ameghino; los huesecillos, como las garras, señalaban indefectiblemente a una criatura muy similar o cercana al *Mylodon*. Pero según las dimensiones totales de la piel hallada por el capitán Eberhardt, el *Neomylodon* debería haber sido un animal del tamaño aproximado de un rinoceronte, lo que venía a concordar también con el tamaño de los *Mylodontes* cuyos huesos se encontraron en los terrenos pampeanos. Así, pues, el Dr. Lönnberg emitió la opinión de que el animal visto por Don Ramón Lista debería ser una criatura totalmente distinta; o sea, ni más ni menos, otro animal diferente.

Pero, como nosotros hemos visto ya anteriormente, tal conclusión no tenía por qué tener tal carácter de obligatoria ni de necesaria, puesto que, en fin, un rinoceronte pasa, en el curso de su existencia, por un momento o época en que su tamaño no es mayor que el de un ternero.

Y como colofón, el sabio sueco terminó diciendo que el *Neomylodon* no existía ya, sin duda alguna:

«Es absolutamente imposible imaginar que este animal —si aún se hallase vivo— pudiera escapar a la mirada avizor de los indios. Incluso si sus hábitos fuesen exclusivamente nocturnos y se escondiese durante el día en los parajes más recónditos, los cazadores indios hubiesen logrado dar con él, en uno u otro momento o, al menos, hubiesen visto en más de una ocasión la marca de sus pasos, o las señales de su marcha por las forestas; alguna vez hubieran dado con sus cuevas, con sus excrementos, con algún cadáver o, en resumen, con cualquier dato que denunciase la existencia del coloso...»

Esta opinión no deja por menos de sorprendernos, ya que el profesor Ameghino, en su primera comunicación, se había hecho eco ya de los rumores que al respecto corrían por entre los indios tehuelches. Es cierto también, por otro lado, que todo esto fué dicho de una forma un tanto vaga y que sería sólo en un segundo comunicado donde este sabio nos diese más exactas nuevas al respecto.

¿PODRÍA HABERSE CONSERVADO INTACTA LA PIEL DESDE TIEMPOS INMEMORIALES?

Al igual que Otto Nordenskjöld, muchas otras personas —entre las que figuraban un buen número de oficiales chilenos— habían desfilado por la «estancia» del capitán Eberhardt y, claro está, cada una de ellas llevóse consigo un pequeño trozo de la piel, rito éste que parecía ya haberse convertido en obligatorio. Suponemos así que uno de estos pequeños «recuerdos» sería el que llegó a manos del profesor Ameghino.

En 1897, el Dr. Francisco Moreno, del Museo de La Plata, quiso inspeccionar en persona la ya famosa Cueva de Eberhardt, en compañía de su ayudante el geólogo Rudolf Hauthal, así como el Dr. Emilio Racovitza, el zoólogo de la famosa expedición «Bélgica»; actuó como guía el ingeniero Luis A. Álvarez, quien participara anteriormente en el descubrimiento de la gruta.

Ya en ésta, nuestros tres sabios no lograron hallar sino los restos de un gran roedor *(Miolania)*. Pero felizmente, Álvarez había guiado previamente a sus compañeros a la granja de su viejo amigo Eberhardt. Y allí, cuando el Dr. Moreno se halló cara a cara ante la famosa piel del perezoso gigante, vió con dolor que no quedaba de ella sino un simple trozo de medio metro cuadrado escasamente.

Pero ya es sabido que algo es mucho más que nada. Con la autorización del propietario, el Dr. Moreno recogió delicadamente la preciosa reliquia y la llevó al Museo de La Plata —en el mes de julio de 1898—. Algunos meses después estalló la «bomba» Ameghino.

El Dr. Moreno, que debía hacer precisamente en tal época un viaje

a Inglaterra, aprovechó tal circunstancia para llevar consigo el resto del cuero del misterioso animal del que ya todo el mundo hablaba. El 17 de enero de 1899, exhibió así en triunfo tales restos ante los excitados miembros de la *Zoological Society*, de Londres, que aún se hallaban bajo la impresión de la sorprendente declaración del profesor Ameghino.

Sin embargo, el Dr. Moreno manifestó no hallarse sorprendido ni emocionado por el examen del fragmento de la piel. Su aspecto fresco, y el hecho indudable de que el animal había sido desollado por manos humanas, eran detalles que no habían logrado sorprenderle.

Efectivamente. En aquellos momentos había quedado ya establecido el hecho de que los Mylodontes fueron contemporáneos del Hombre, por lo menos en lo que se refiere a regiones situadas más al norte de la Argentina. A mayor abundamiento, el Dr. Moreno en persona halló, en determinada ocasión y en el interior de una caverna vecina, el cuerpo momificado —perfectamente bien conservado— de un hombre de una raza ya desaparecida o desconocida, al menos, de los indios tehuelches que habitaban tales zonas.

Respaldado por el profesor Seeley, el director del Museo de La Plata pretendió, en consecuencia, que la piel del mylodón debía de haberse conservado, en un estado aparente de frescor, desde los tiempos de Maricastaña, como ocurrió, por ejemplo, con la piel y las plumas del *moa*, el avestruz gigante fósil de Nueva Zelanda (1).

La asamblea en pleno se declaró en desacuerdo con tal afirmación. ¡Veamos! Esta piel era de un animal reciente o, al menos, muy recientemente desaparecido. Esto parecía quedar netamente de manifiesto por la relativa flexibilidad que aún conservaba, así como por el hecho de que aún podían apreciarse en ella restos de músculos y de ligamentos e incluso trazas de suero en aquellas zonas por las cuales la piel había sido cortada.

Sir Arthur Smith Woodward —que había tomado a su cargo la tarea de describir la inapreciable reliquia— no pudo hacer más que insistir sobre su increíble estado de frescor. E incluso, el eminente paleontólogo del *British Museum* creyó necesario añadir:

«Si el Dr. Moreno no me hubiese explicado suficientemente las causas y las circunstancias del hallazgo de esta piel, yo hubiera afirmado, sin temor alguno, que tal despojo correspondía a un animal cazado muy pocas horas antes de ser embalada su piel con destino a Inglaterra.»

La opinión, pues, era decisiva.

(1) Como vimos ya en el tomo I de esta obra, si los «moas» son ya una raza extinta, tal desaparición no tuvo lugar antes del pasado siglo. El argumento expuesto no tiene, pues, ningún valor. El señor G. C. M. Barret-Hamilton estuvo más afortunado en sus comparaciones, cuando trajo a colación que se habían descubierto restos —muy frescos por cierto— de «lemming de Noruega» (*Lemmus lemmus*) en Portugal. Y sin embargo —incluso en el Pleistoceno— nunca se hallaron rastros de tal roedor en el sur de Inglaterra.

SOSPECHOSA APARICIÓN DEL TERRORÍFICO IEMISCH

Y así estaba justamente nuestro asunto cuando apareció, a la luz del día, la segunda comunicación del profesor Ameghino.

Comenzaba diciendo que los tehuelches llamaban *iemisch* o «tigre de agua» (en español en el original) al extraño cuadrúpedo al que nos venimos refiriendo; luego afirmaba, si bien prudentemente, que creía ya estar en condiciones de poder levantar una punta del velo que amparaba el misterio del animal en cuestión. Y esto era así gracias a las revelaciones y a los descubrimientos de su hermano Carlos, que recorría desde hacía dos largos años la Patagonia, en un sentido y en otro, recogiendo fósiles y llevando a cabo un complejo número de investigaciones biológicas.

«He conseguido, por fin, de los indios tehuelches algunos datos preciosos sobre el famoso *iemisch*, que no es un mito o fantasía como creíamos, sino que existe de verdad. En poder de un indio he visto un trozo de cuero de *iemisch* en el que están embutidos los pequeños huesecillos que te envío, parecidos a los que en estado fósil encontramos en los esqueletos de *Milodontes;* y Hompen, otro indio tehuelche, me ha referido cómo yendo del Senguer a Santa Cruz, encontróse en el camino con un *iemisch* que le cerraba el paso, con el cual trabó combate, consiguiendo darle muerte a balazos. Según ellos, es anfibio y camina en tierra con la misma facilidad que nada en el agua. Hállase hoy confinado en el centro de Patagonia, en cuevas y abrigos, sobre las riberas de los lagos Colhué, Fontana y Buenos Aires, de los ríos Senguer, Aysen y Huemules, etc.; pero según tradiciones se extendía en otros tiempos por el norte hasta el río Negro y por el sur, según recuerdos de los indios viejos, vivían en todos los lagos de la vertiente oriental de los Andes hasta el mismo estrecho de Magallanes. Hace cosa de medio siglo, un *iemisch* que bajaba de los lagos andinos al río Santa Cruz, ganó tierra sobre la ribera norte de este río, cerca de la isla Pavón; los indios huyeron aterrorizados al interior, quedando desde entonces como recuerdo de tan inesperada aparición, el nombre que aún hoy lleva la localidad abandonada, Iemisch-Aiken (lugar o paradero de *iemisch*). Es de hábitos nocturnos, y dicen que es tan fuerte que sujeta con sus garras a los caballos y los arrastra al fondo de las aguas. Según la descripción que de él me han hecho, es de cabeza corta con grandes colmillos y orejas sin pabellón; pies cortos y aplastados (plantígrados) con tres dedos en los anteriores y cuatro en los posteriores, unidos por una membrana natatoria, a la vez que armado de formidables garras. La cola es larga, deprimida y prensil. El cuerpo está cubierto de pelo corto, duro y rígido, de color bayo uniforme. Su tamaño, dicen, es mayor que el de un puma, pero de piernas más cortas y mucho más grueso de cuerpo.»

Sacamos así netamente la impresión, en este momento de la historia, de que el profesor Ameghino se extravió por completo cuando aceptó la relación —señalada por su hermano— entre el famoso cuero blindado y el animal monstruoso de los patagones. Aun con la mejor voluntad del mundo, no podemos por menos de reconocer que la descripción

del *iemisch* de los indios tehuelches no corresponde casi en nada a la idea que se tiene de un perezoso terrestre del estilo del mylodón, pongamos por caso.

Es fácil pensar que un monstruo de este género resulte francamente impresionante a causa de su enorme mole y de sus desmesuradas uñas; pero de ahí a creer que este indiscutible herbívoro se entretenga capturando caballos, a su paso, por el solo gusto de ahogarlos en el fondo del lago, hay una buena y respetable distancia. Nada más extraño, por otro lado, que la presencia de colmillos en un vegetariano, o que la existencia de simples dientes caniniformes en un auténtico desdentado.

Las costumbres anfibias que se achacan al *iemisch* y que justificarían la presencia de esas patas palmeadas, vuelven a alejarnos enormemente de la imagen tradicional del mylodón. Claro está que podría decirse, con un absoluto espíritu rigorista, que éste es un carácter que no podría preverse por el estudio del esqueleto, lo que no quiere decir, en modo alguno, que sea imposible *a priori*. Sabido es que algunos herbívoros, y bien corpulentos por cierto, como el tapir o el hipopótamo, llevan una auténtica existencia anfibia sin que en su anatomía ósea haya dato alguno que lo denuncie o lo testifique. Todo lo más, se encontrará extraordinario el hecho de que un animal semiacuático esté armado a la vez de unas enormes garras de excavador. Pero esto no será, ni más ni menos, que una de tantas paradojas como encontramos a menudo en el gran Reino Animal...

De hecho, lo que se imponía, pues, era lograr saber más detalles sobre las costumbres y usos de los mylodontes. Y esto lo habríamos de lograr mediante un más amplio y detenido estudio de los lugares que tales seres frecuentan o, mejor dicho, de aquellos parajes por ellos frecuentados en otros tiempos; un minuciosísimo estudio del extremo del Continente Verde.

¿ERAN LOS MYLODONTES UNOS SIMPLES ANIMALES DOMÉSTICOS?

Con todo esto, las más encendidas polémicas se producían continuamente entre los dos bandos opuestos; unos creían a pies juntillas en la supervivencia actual del *Neomylodon*; otros, estaban dispuestos a poner las manos sobre el fuego en testimonio de que tales animales habían desaparecido ya en los tiempos más inmemoriales.

Finalmente, varias misiones científicas fueron enviadas a la cueva Eberhardt a fin de recoger allí, si era posible, nuevo material que permitiese ver más luz en el problema de la misteriosa criatura.

La primera de ellas fué la misión de sabios suecos, dirigidos por el señor Erland Nordenskjöld —sobrino del famoso explorador. Trajeron éstos, de su viaje, una gran cantidad de huesos, mezclados con estiércol y con paja, materiales éstos que cubrían el suelo de la gruta, en la parte justa en que se había hallado la piel del *Neomylodon*.

Tras esto, el señor Erland Nordenskjöld hizo observar —tras un muy cuidadoso estudio comparativo— que los huesos y la piel osificada debían ser relacionados con un mylodón ya conocido, el *Glossotherium darwini,* del cual ya se habían encontrado restos fósiles en los terrenos pampeanos y que fué incluso descrito por Richard Owen.

Y suponiendo —a falta de detalles más precisos— que los huesecillos sobre los que el profesor Ameghino basara su descripción procediesen también de la cueva Eberhardt, el sabio sueco propuso, consecuentemente, considerar como nulo y no procedente el nombre de *Neomylodon listai,* sinónimo manifiesto de la denominación más antigua de *Glossotherium darwini.*

Era éste un golpe muy duro para el profesor Ameghino, quien parecía estar obsesionado por el deseo de dar nombre al mayor número posible de animales. La cifra de especies —sobre todo fósiles— que él describió en el curso de su existencia alcanza proporciones astronómicas; pero como quiera que cometió numerosos errores en sus determinaciones —hechas quizá a la ligera— muchos paleontólogos no suelen tomarlas en consideración ni hacer demasiado caso de ellas. Por esto, el hecho de disputarle el honor de haber descrito al *Mylodon* —que iba alcanzando ya una celebridad mundial— debió, realmente crucificarle. No me extrañaría, pues, demasiado que fuera justamente a continuación de la declaración de Erland Nordenskjöld (que Rudolph Hauthal continuaría bien pronto por su propia cuenta), cuando Florentino Ameghino se hubiese afanado en publicar su segunda comunicación, para precisar de tal suerte la extraña procedencia de «sus» huesecillos.

Señalemos, sin embargo, que en su primera reseña él afirmó que tales piezas óseas le fueron entregadas por alguien que le preguntó «de qué animal podrían proceder». Y vemos, con extrañeza, que en la carta de su hermano ocurría todo lo contrario: o sea que éste justamente aventuraba ya su criterio sobre el animal al que pertenecía tan extraña piel.

Pero, para no desenfocar las cosas, hemos de reconocer que tan sospechosa actitud no impedía, ni en lo más mínimo, el que don Ramón Lista hubiese realmente visto un enigmático animal, ni que la piel de la estancia Eberhardt tuviese un intrigante frescor. Este, en todo caso, era el parecer del eminente paleontólogo Albert Gaudry, quien se trasladó a la península escandinava para examinar allá todo el material recogido por los primos Nordenskjöld:

«Las pieles que el señor Lönnberg me ha mostrado, en Upsala, y que cuentan aún con sus pelos bien adheridos así como un trozo de hueso aún recubierto de músculos desecados, otros cuantos huesos que no se pegan a la lengua —detalle éste del que yo me he asegurado— unos residuos de estiércol, de pajas menudas en estado aún fresco, y de varios pedazos de uñas o garras intactas, son absolutamente inexplicables, todos ellos, a no ser que el *Neomylodon* haya sido enterrado en la Cueva Eberhardt en una época nada lejana. No hay por qué, pues, rechazar la opinión del señor Ameghino sobre la posibilidad de hallarle aún en estado vivo.»

Luego, tras la misión sueca, fué otra argentina, dirigida por el geólogo Rudolph Hauthal, ayudado por el doctor Moreno, y que partió en abril de 1899, yendo dispuesta a pasar por el más fino rasero la Caverna de la Última Esperanza. Y esta vez, se lograron hacer comprobaciones verdaderamente revolucionarias.

Parecía ser que la piel hallada por Eberhardt no se encontró en la entrada de la caverna, sino más bien en una sala interior, donde igual-

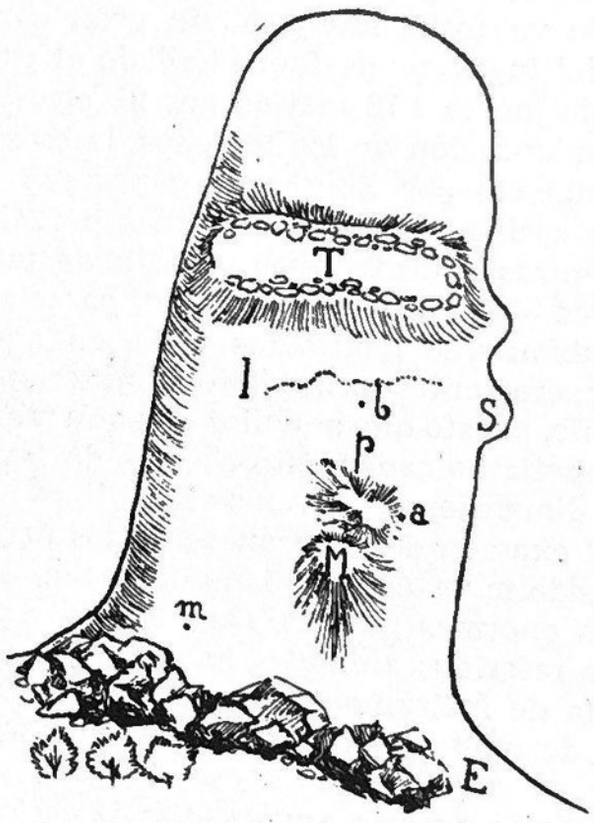


Fig. 5. — *Plano de la cámara de la Cueva Eberhardt, donde fueron halladas las pieles enrolladas del* Mylodon (a *y* b). E: *entrada angosta, junto a un grosero muro de mampostería;* S: *nicho conteniendo un esqueleto humano;* T: *terraplén;* M: *montículo;* P: *paja desmenuzada;* I (línea punteada): *límite entre la ceniza y la capa de estiércol;* m: *conchas de moluscos. (Según R. Hauthal.)*

mente se descubrió un esqueleto humano. Un basto muro, hecho de escombros, cerraba casi totalmente la entrada de esta segunda cámara, no dejando más que, por uno de los lados, un angosto pasadizo. Salvado este primer escollo y dentro ya así de la gruta, se veía, a cosa de unos cincuenta metros más allá, un segundo muro tan espeso y macizo que venía a constituir un auténtico terraplén. No era posible traspasar este obstáculo más que por el procedimiento de escalarlo. Y en medio de la cámara así delimitada se elevaba un pequeño montículo artificial. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo y de guijarros cuyo espesor total oscilaba entre los 30 centímetros y un metro.

Encontráronse allí también algunos desperdicios evidentes de cocina.

conchas de mejillones y restos calcinados de huesos de guanaco y de ciervo. Bajo este lecho superficial de restos y de polvo, se descubrió, cerca del terraplén, una gran masa de excrementos procedentes de un animal herbívoro; una parte de ellos había sido quemada y reducida a cenizas. Más cerca del montículo central se desenterró una gran acumulación de paja seca, en buen estado de conservación. Y luego, bajo estas capas de estiércol y de tal especie de forraje, se sacaron numerosos huesos destrozados del pretendido *Neomylodon*, alias *Glossotherium*, así como otros restos de un équido ya fosilizado y de un gran carnívoro desconocido. Finalmente, cerca del lugar donde fuera hallado el primer rollo de cuero, se encontró otro que medía 1'12 metros por 91 centímetros.

La particular configuración de los terrenos, la existencia del esqueleto anteriormente descubierto por Eberhardt y por sus compañeros, la presencia de restos de cocina, las diversas tapias o tabiques rudimentarios, los montones de cenizas y de forrajes —hasta de un metro de altos en determinados lugares— todo ello, en resumen, parecía indicar que los perezosos gigantes habían sido guardados vivos en aquel recinto especial de la gruta. Los excrementos procedían manifiestamente de unos animales de gran tamaño, puesto que aquellos que aún mantenían su primitiva forma, ¡podían competir holgadamente con los de los elefantes, en cuanto a volumen y a dimensiones se refiere!

Por otra parte el examen de los cráneos de los perezosos revelaba que éstos debían haber sido muertos por mano del hombre, y gracias a brutales golpes dados con enormes piedras. De sus restos anatómicos se deducía también que los referidos animales habían sido, tras su muerte, despedazados con ayuda de instrumentos cortantes, pasando luego, con toda seguridad, a servir de más o menos exquisita vianda.

Los hombres que vivían en esta gruta —dice el doctor Hauthal—, utilizaban este pedazo como establo para sus animales domésticos, reservando el resto para que les sirviera de habitación.

Parecía, por tanto, irrefutable el hecho de que los perezosos gigantes habían sido tenidos así en cautividad en la gruta de referencia. El ulterior análisis de los excrementos —llevado a cabo por un experto británico, el señor Spencer Moore— vino también a confirmarlo. Efectivamente, se hallaron en ellos algunas ramillas partidas con toda limpieza y con unos cortes tan netos como no podrían haberlo hecho las propias piezas bucales óseas de los animales; vemos, pues, que éstos habían comido ciertos forrajes que previamente fueron partidos o preparados por el hombre, mediante el empleo de algún instrumento cortante.

Mas, ¿nos autorizan todos estos datos a hablar de una verdadera y auténtica domesticación? Tras una concienzuda reflexión, tal hipótesis fué considerada por determinados sabios, entre los que podemos citar al Dr. Nehring, como muy difícilmente sostenible. ¿No sería más lícito pensar que los *Mylodontes* habían sido casualmente sorprendidos por los

indios en el interior de la caverna y que éstos decidieron así hacerles sus prisioneros, para asegurarse de esta guisa una buena reserva de carne comestible?

¿O será tal vez que estos hombres capturaban tales piezas, por uno u otro sistema, conservándolas luego vivas y en cautividad a fin de prever una futura y eventual época de escasez?

Lo que es indudable es que tales indios habrían de tener una verdadera maestría en el arte de matar o de capturar a estos animales. Aún cuando, como parece, fuesen más bien inofensivos, lo cierto es que sus dimensiones, sus hercúleas fuerzas y sus monumentales defensas, harían a más de un cazador pensárselo muy mucho antes de entablar combate con estos impresionantes seres.

Sin embargo, hallamos un antecedente claro y concreto en las grandes batidas que en la India organizan los indígenas, mediante las cuales logran capturar —tan sólo con sus rudimentarias armas— un buen número de elefantes salvajes que son luego guardados en cautividad en los *kraals*.

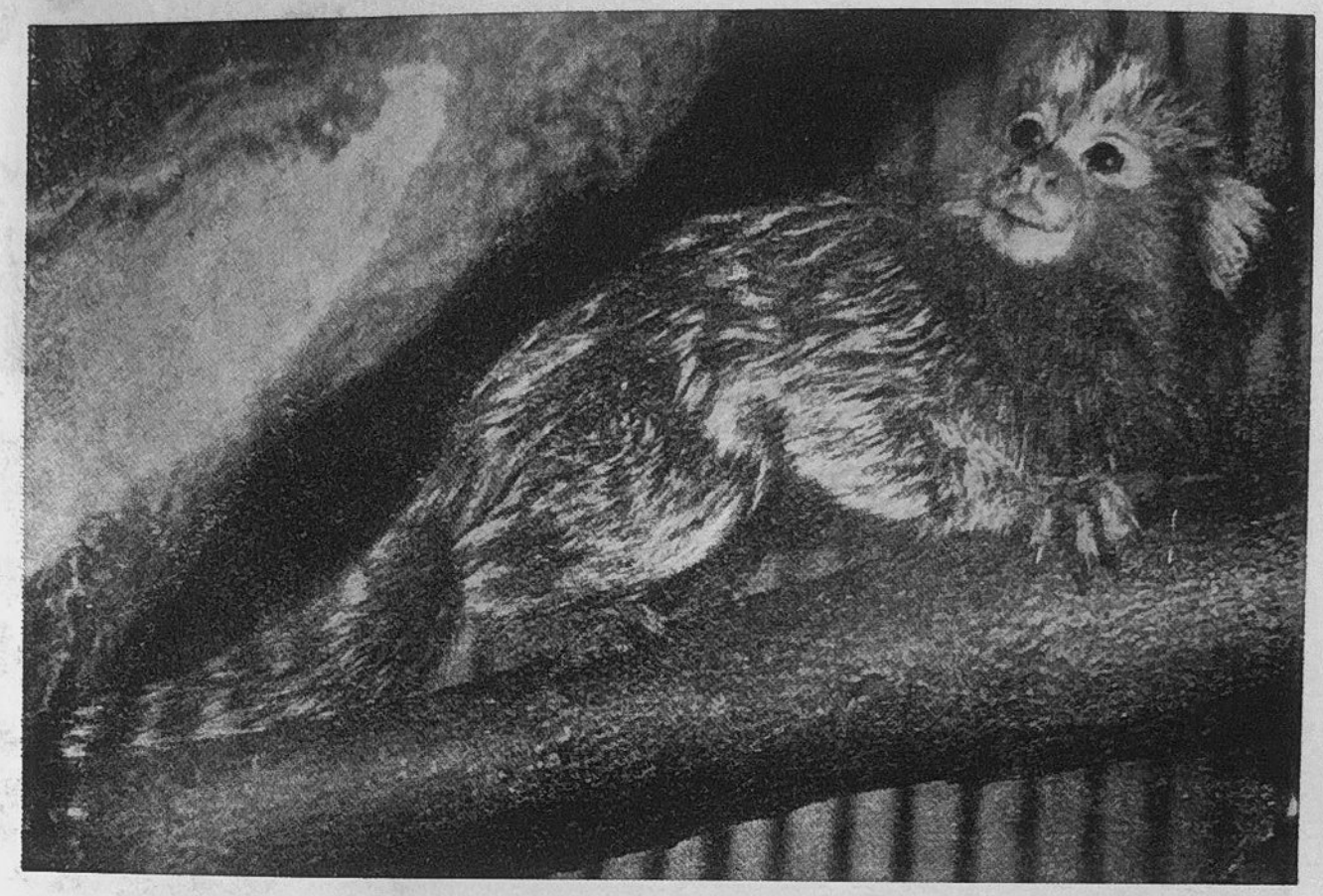
Toda esta explicación nos parece mucho más plausible que la de una auténtica domesticación: concuerda esto, además, con el hecho de que no hay especie que resista mejor a la extinción que las especies domésticas.

Si los desdentados gigantes hubiesen sido realmente domesticados en aquellos lejanos días por los indios (es decir, si ellos se hubiesen habituado a *reproducirse* en cautividad), ¿por qué razón no habrían llegado hasta nuestros propios días? ¿A qué motivo podríamos entonces achacar su desaparición? No se conoce, además, ningún otro caso de animal cuya domesticación haya sido súbitamente abandonada o desechada, y no logramos tampoco ver la razón que justificase la pérdida de una ventaja tan notable como habría de ser esta reserva de carne fresca para los indios residentes en una zona en la que el hambre es siempre un fantasma omnipresente.

Pero fuese lo que fuese, el hecho cierto es que los perezosos gigantes habían sido guardados vivos en la gruta, en la que parece ser, incluso, que vivieron en una proximidad o casi convivencia con los hombres: con sus carceleros, si lo queremos así, que les alimentaban con hierbas, raicillas y tiernas ramas. Y todo esto está bien lejos, creo yo, del aspecto terrorífico y escalofriante que los *tehuelches* achacaban al misterioso *iemisch*.

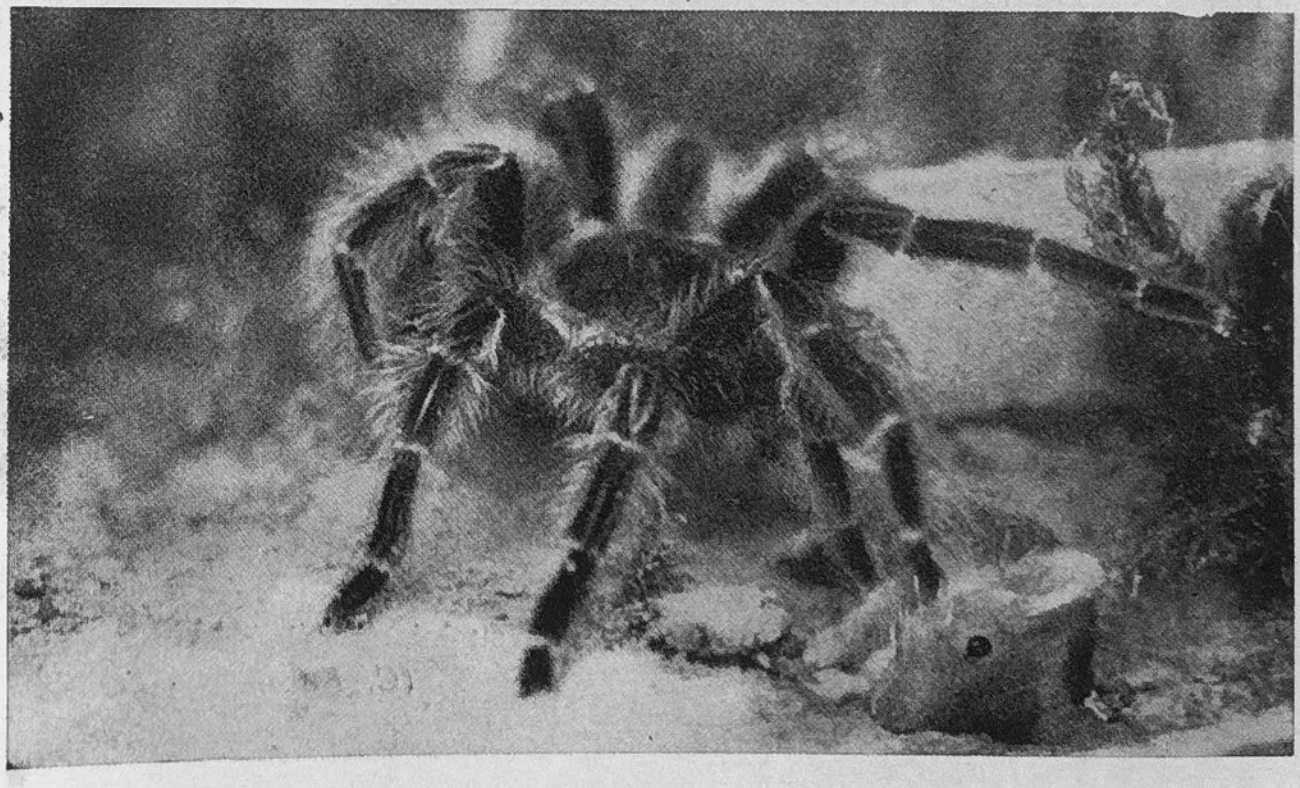
QUERELLA ALREDEDOR DE UN NOMBRE

El Dr. Santiago Roth estudiaba mientras tanto —y conjuntamente con su colega el señor Rudolf Hauthal— los diversos restos de animales encontrados en la Cueva Eberhardt, enfocando tal tarea desde el punto de vista paleontológico.



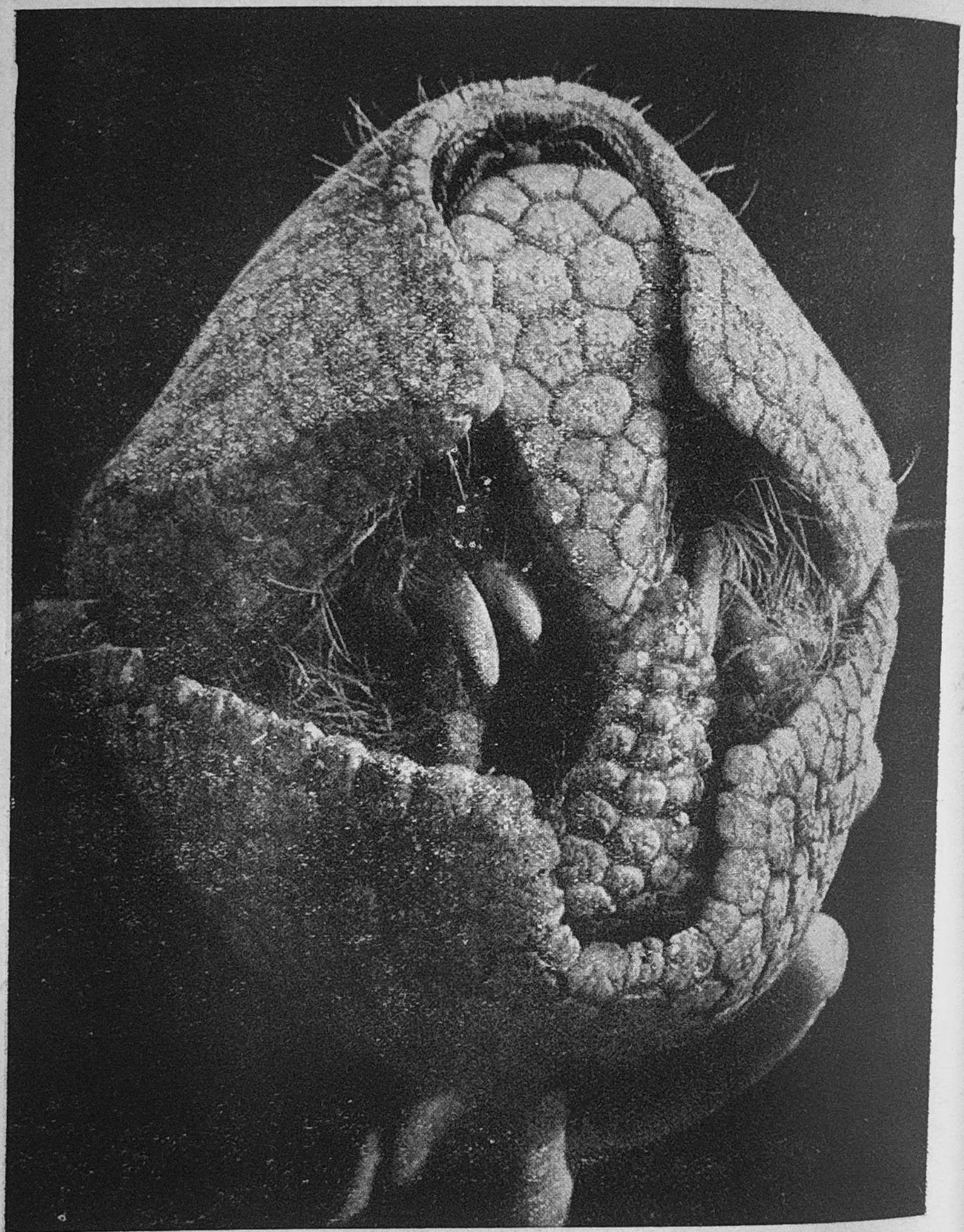
Una paradoja sudamericana: Un mono, el titi enano, que cabe muy holgadamente en una mano

(C. Fox-Atlas Foto)



... y una araña, la migala, tan grande —por contra— que se alimenta incluso de ratones

(C. Boyer, Sciences et Avenir)



El armadillo, está mejor acorazado aún que su lejano primo el mylodon
(C. Suschitzky-Rapho)

En lo que respecta al gravígrado gigante del que se exhumaron los huesos y la piel acorazada, él estableció que era idéntico a un *Mylodon* de los terrenos pampeanos y que había sido ya descrito, en 1879, por Reinhardt, bajo el nombre de *Grypotherium darwini*. Mas considerando que debería tratarse de una nueva especie, le dió el nuevo nombre científico de *Grypotherium domesticum*.

Y este novísimo y tercer bautismo fué juzgado muy severamente por diversos autores y en particular por Sir Smith Woodward.

Observaba éste que el nombre de *Grypotherium* designaba justamente al mismísimo *Glossotherium* descrito ya por Owen, en 1840, y que tal último nombre, ya propuesto además por Erland Nordenskjöld para el gravígrado de la Cueva Eberhardt, tenía por tanto una indiscutible prioridad. A lo que el profesor Roth respondió diciendo que los nombres *Grypotherium* y *Glossotherium* no sólo no eran sinónimos, sino que designaban a dos *Mylodontes* suficientemente distintos.

En verdad, el profesor Roth trataba, sobre todo, y al igual que su colega y rival Ameghino, de asociar su nombre al sensacional descubrimiento del perezoso «doméstico».

Pero en tal caso, surge inevitablemente la pregunta: si tenía razón en considerar a éste como un *Grypotherium* y no como un *Glossotherium*, ¿no tendría también la obligación moral de conservar entonces el nombre específico de *listai* con que Ameghino bautizara al animal?

Pues para no tener que hacerlo, comenzó a especular sobre el equívoco. De las dos soluciones, tomemos sólo una, pareció decirse: o bien, el profesor Ameghino basó su descripción original en los huesecillos hallados en la piel de la Cueva Eberhardt o bien se basó sobre los pequeños huesos que le remitió su hermano Carlos. En el primer caso, el nombre de *Neomylodon* debe dejarse a un lado puesto que no es sino un sinónimo del *Grypotherium*. En el segundo caso, el nombre de *Neomylodon* es absolutamente injustificado puesto que el animal al que se refiere —el *iemisch* de los *tehuelches*— es, sin duda alguna, un gran carnívoro. En todo caso y ante tal incertidumbre, será mejor renunciar por completo al nombre de *Neomylodon listai*.

A fuer de sinceros, tal razonamiento no era demasiado honesto, puesto que si el profesor Ameghino y su hermano se habían equivocado —o habían sido inducidos a error por los indios— al establecer una relación entre la piel osificada y la leyenda del *iemisch*, no era menos cierto por ello que la descripción del *Neomylodon listai* tenía como fundamento toda una serie de restos concretos: las pequeñas piezas dérmicas osificadas, que no podían proceder más que de un desdentado gigante del grupo de los *Mylodontes*.

Un solo punto debía ser establecido: el animal del que se habían hallado restos en la Cueva de la Última Esperanza, ¿difería en verdad, anatómicamente hablando, del *Grypotherium darwini* de los terrenos pampeanos hasta el punto de justificarse así la creación de una nueva

especie? Un estudio más preciso y minucioso iba a probarnos bien pronto que no. Y Rudolf Hauthal en medio de aquella tormenta de opiniones y de pareceres, se arriesgó a lanzar el nombre más tímido y discreto de *Grypotherium darwini* variedad *domesticum*.

El profesor Florentino Ameghino pasó entonces a la ofensiva: con intención vengativa se lanzó de lleno a la tarea de demostrar que, según estaban las cosas, era preciso entonces cortar por lo sano: no había más remedio, según él, que borrar de la nomenclatura zoológica el nombre de *Grypotherium*. Ciertamente, puesto que el tipo *Mylodon* no era sino el *Mylodon darwini*, de Owen, el género conocido sucesivamente bajo los nombres de *Glossotherium* y de *Grypotherium* debería volver a sus orígenes y tomar de nuevo su nombre primitivo de *Mylodon*. Esta idea la desarrolló en un minucioso trabajo que vió la luz en 1934, cuando ya se iban apagando los ecos de tan mezquinas discusiones. Lucas Kraglievich estuvo también conforme con la opinión expuesta y reconoció que, en virtud de la ley de la prioridad, sólo el nombre de *Mylodon darwini* debía ser aplicado al perezoso gigante de la Última Esperanza.

No cuesta trabajo imaginar cuánto de ocioso había en todas estas discusiones relativas al nombre del mamífero misterioso de la Patagonia; mas, sin embargo, tales querellas jugaron un importantísimo papel para mantener el clima de la presente historia. Si los diversos protagonistas de la contienda verbal no hubieran estado tan firmemente empeñados —con una rabia y un coraje más propios de babuínos furiosos que de sabios mesurados— en ver asociados sus respectivos nombres al gran acontecimiento zoológico que era aquel hallazgo de restos frescos de un monstruo tenido hasta entonces por prehistórico, estoy bien cierto de que, en tal caso, la ardua cuestión no hubiera ganado la enorme popularidad que alcanzó. (1)

EL IEMISCH *DEL PROFESOR SANTIAGO ROTH*

Para acabar de sembrar el desconcierto en este ya de por sí complicado problema, el profesor Santiago Roth tomó entonces la funesta iniciativa de ascender la denominación indígena de *iemisch* al rango de nombre científico y de relacionarla con el gran carnívoro del que se había encontrado un trozo de fémur entre las cenizas de la Cueva Eberhardt.

(1) Quizá el lector no logre percatarse debidamente de la complejidad de este problema, aun a pesar de mis mejores deseos de exponerlo aquí con la máxima claridad posible. Ruego pues comprendan que todos los datos que hacen relación al problema que nos ocupa —y que se desarrolló en unos pocos años tan sólo— están repartidos por entre cincuenta artículos diferentes, publicados además en los cuatro extremos de nuestro mundo, en una docena de revistas diferentes y redactados, a mayor abundamiento, los unos en español o en inglés, en francés o alemán los otros, etc. Para complicar aún más las cosas, tampoco guardan éstos un estricto orden cronológico, sino que, debido a los programas editoriales de tales revistas, dichos artículos no aparecieron siempre en el momento lógico o deseado, sino cuando el editor podía, más o menos buenamente, incluirlos en las páginas de su revista. Y, finalmente, se podrá juzgar mejor la complicación de tal asunto sin más que consultar la bibliografía que se refiere al presente capítulo.

«Este animal coincide, en parte, con la descripción que hace Ameghino del *Neomylodon*, y si bien no concuerda en todo, adoptaré el nombre específico *listai*, reemplazando el nombre genérico *Neomylodon*, por no ser adecuado, por el de *Iemisch*.»

El profano se preguntará, sin duda, cómo es posible deducir la descripción total de un animal (hasta el punto de poder afirmar si coincide —sea en parte o en todo— con tal o cual otra especie) del mero examen de un simple resto de fémur. Responderemos diciendo que ésta es una operación a la cual los paleontólogos se entregan muy a menudo, en virtud del Principio de Cuvier de la correlación de las formas entre los seres organizados y según el cual «cada clase de animal podría ser, en rigor, perfectamente reconocida por cualquier fragmento de cualquiera de sus partes anatómicas».

En general, se omite añadir a esta sentencia que cuando el baladrón impenitente de Cuvier se dedicaba a poner en práctica, él mismo, su propia teoría, solía caer —con una frecuencia demasiado significativa— en los más monumentales yerros: el principio que él creara, y que le hacía aparecer ante los demás como una especie de brujo de la ciencia, se volvió, en el curso de su vida, repetidas veces contra el propio autor dejándole así demasiado malparado. Pase, por ejemplo, el error indudable de tomar un diente de *Dinotherium* —que es una especie de elefante— por el de un tapir gigante; pero ¿qué podremos opinar de un sabio que cuando se le presentó por vez primera determinada pieza ósea dentaria de un *Iguanodon* se lanzó a declarar, con absoluta seguridad y casi diríamos pedantería, que pertenecía forzosamente a un rinoceronte? Posteriormente, cuando tuvo entre sus manos algunos huesos del mismísimo dinosaurio, reconoció olímpicamente haberse equivocado. No se trataba, no señor, de un rinoceronte: se trataba, estaba bien claro, de restos... ¡de un hipopótamo!

Por lo que concierne al trozo de fémur del *Iemisch listai*, precisemos discretamente que el Dr. Smith Woodward sospechó, en principio, que pudiese pertenecer a un oso fósil (*Arctotherium*): pero acabó por ser atribuído, por Erland Nordenskjöld, al jaguar de gran tamaño del que habían hallado también numerosos restos en la gruta de Eberhardt. Fuese lo que fuese, el profesor Roth tenía la firme convicción de que era *su iemisch* el que se hallaba en los mismísimos orígenes de la leyenda de los *tehuelches*.

«Es muy posible que habitara, en tiempo no muy lejano, en las orillas de los lagos y ríos andinos y que sea el tigre *nahuel* que ha dado su nombre al lago Nahuel-Huapi. Si bien hay gatos muy nadadores, como por ejemplo, el *F. onça* que vive con preferencia cerca de los ríos y lagunas, no creo que entre la familia felina haya habido especies que habitaran a la vez en el agua y en la tierra.»

Sacaba luego la conclusión de que los indios actuales no conocen ya al *iemisch* más que por tradición, a través de los relatos, e incluso que

han llegado así a confundirle con otros varios animales. Es más que probable —decía también— que el ser anfibio del que ellos hablaban, sea un gran roedor, de cuyo fémur se conserva un trozo.

Como vamos viendo, el distinguido paleontólogo se hallaba firmemente dispuesto a resolver todas las dudas, a despejar todas las incógnitas habidas y por haber, partiendo sólo, y en todos los casos, de los viejos pedazos de fósiles que él había hallado en la Cueva de Eberhardt. Fué así un trabajo deductivo e imaginativo que el propio Sherlock Holmes no hubiera logrado mejorar.

LAS EXTRAÑAS NUPCIAS DEL IEMISCH *Y DEL* MYLODON

¿Hará falta repetir ahora que el profesor Florentino Ameghino, del Museo de Buenos Aires, no había apreciado ni en lo más mínimo el «entierro» de su *Neomylodon*, llevado a cabo por la camarilla de sabios del Museo de La Plata?

Pero sobre todo, no vayan ustedes a creer por eso que él se hubiera dejado impresionar por los argumentos presentados en favor de la naturaleza felina del *iemisch* de los *tehuelches*. ¡Nada de eso! Por el contrario, se lanzó, con toda premura, a publicar una tercera noticia o comunicación en la cual trató de combinar, con un diabólico ingenio, los caracteres del legendario animal con los deducidos del estudio del *Mylodon* de la Cueva Eberhardt:

«En los desdentados gravígrados, la noticia reciente y sensacional es el descubrimiento hecho por Carlos Ameghino, de la existencia de un representante vivo de la hasta hace poco considerada extinguida familia de los mylodontídeos, el *Neomylodon listai* (Ameghino), tan corpulento como un buey de gran tamaño pero de piernas más cortas y, por consiguiente, mucho más bajo, más o menos un tercio más pequeño que el *Mylodon robustus*. Tiene el cuerpo cubierto por pelo espeso, grueso y duro, de una estructura parecida al pelo de *Bradypus* y de un color bayo uniforme sobre todo el cuerpo. Las cerdas de la línea media del dorso, sobre el cuello y la parte anterior del cuerpo, son un poco más largas, formando como una crin, mientras que sobre las piernas, se vuelven gradualmente más cortas, hasta que desaparecen.

»El cuero, muy grueso, presenta la parte más profunda de la dermis llena de pequeños huesecillos dérmicos iguales a los del género fósil *Mylodon*, colocados unos al lado de otros, dando a la superficie interna del cuero, en la región dorsal, una disposición y un aspecto parecido al del empedrado de una calle. La cabeza es proporcionalmente algo más larga que la del *Mylodon*, terminando en hocico delgado y las orejas de pabellón rudimentario. El cráneo, por su conformación, presenta una mezcla de caracteres de *Glossotherium* y de *Mylodon*. La dentadura se parece más a la del *Glossotherium* que a la del *Mylodon*, tanto por la forma de la última muela inferior bilobada como por la forma subcilíndrica de las demás, pero el diente anterior, aunque no está separado por una diastema del que le sigue, es un poco más largo y algo caniniforme y arqueado hacia atrás. [...] Los pies son deprimidos, con los dedos unidos por una membrana natatoria a la vez que armados de gran-

des uñas falciformes, más parecidas a las de *Glossotherium* y *Catonyx* que a las de *Mylodon*...»

Poco tiempo después de la aparición de este auténtico trozo de antología, el doctor Rudolph Hauthal estimó oportuno publicar algunas rectificaciones relativas al problema del *Mylodon* de la Cueva Eberhardt.

Éste —precisó dicho señor— no tiene nada de común con el *Neomylodon* del profesor Ameghino descrito sobre la base de los huesecillos que su hermano Carlos vió entre las manos de un indio, quien se los presentó como procedentes de un gran animal vivo llamado *iemisch*. «Según la descripción dada por los indios —concluye diciendo el doctor Hauthal— este animal, presente aún en Patagonia, no puede, en ningún caso, ser comparado ni relacionado con un desdentado gravígrado.»

Luego, como moraleja, reprochaba al profesor Ameghino «el haber abandonado los argumentos científicos para recurrir a los fabulosos relatos de los que los indios son tan pródigos» y por no haber dudado en «relacionar su *Neomylodon* con los cuentos indios, inspirados más probablemente en la presencia imaginaria de un gran carnívoro que en la problemática reaparición de un desdentado gravígrado».

Muy bien. Pero permítasenos entonces que nos extrañemos profundamente por no encontrar —en el escrito del Dr. Hauthal— ni un sólo párrafo destinado a estigmatizar igualmente al profesor Roth, quien tampoco dudó en atribuir al referido e «imaginario» carnívoro los restos de fémur hallados en la gruta, ni se paró tampoco en barras para bautizar a tal animal con el nombre que los indios le daban en sus cuentos. Pues contrariamente a esto, el Dr. Hauthal no tiene allí sino elogios acerca del carácter juicioso de las determinaciones y opiniones de su colega. Lo que viene a demostrarnos, con claridad meridiana, que los reproches del geólogo argentino —por muy bien fundamentados que estuviesen— no tenían más objetivo ni propósito que el de eliminar a un molesto rival en aquella auténtica carrera o competición de bautismos científicos.

Dicho esto, veamos ahora el lado opuesto del asunto. Es realmente sospechoso y desconcertante al mismo tiempo, que el animal misterioso del profesor Ameghino tuviese el tamaño de un pangolín, según se decía en la primera notificación: que sea luego más grande que un puma en su segunda reseña y que acabe ya por alcanzar —en la tercera— la corpulencia de un gran buey de cortas patas.

Se podría tal vez justificar esta notable diferencia de tamaños, diciendo que en dichas tres veces se describían tres estados diferentes de un mismo animal: o sea, tres especímenes del mismo animal, pero de diversas y sucesivas edades y desarrollos. Pero lo que llega a ser ya inadmisible es que el mismísimo animal tenga unas veces la cabeza corta —caso de la segunda notificación— y luego resulte que es *más larga aún* que la del *Mylodon*, caso de la tercera. Este alargamiento está evidentemente más de acuerdo con la descripción de un *Grypotherium*

domesticum, al que Sir Smith Woodward definía como «un *mylodon* de cabeza muy larga y de fosas nasales dispuestas lateralmente». En lo que atañe a los caninos que se citan en su segundo comunicado, y que pasan a ser sólo «dientes caniniformes» en el tercero, la explicación es bien sencilla: El profesor Ameghino acabó dándose cuenta que no podía, en modo alguno, colocar una dentadura de felino a un animal del tipo de los grandes desdentados. Y conste que esto lo decimos sin el menor propósito de hacer fáciles juegos de palabras...

En esta última comunicación, publicada en alemán en el mes de marzo de 1900, el célebre paleontólogo argentino llegó hasta pretender que el nombre de *iemisch* significaba en el lenguaje *tehuelche* «pequeños guijarros» (*kleine Steinkörnchen*) o sea, más libremente hablando «el que tiene pequeños guijarros sobre sí» (*etwas das kleine Steinkörnchen besitzt oder trägt*). Pero —y esto es lo malo— ningún especialista en dialectos patagones pudo llegar, nunca jamás, a dar fe sobre tan libre aserto.

¿NO SERÍA QUIZÁ EL IEMISCH *UNA NUTRIA*?

Sin caer en el error del profesor Ameghino —que quería a toda costa revestir con la piel del *Mylodon* al monstruo sanguinario de los patagones— y sin decretar tampoco, como el Dr. Hauthal, que este último era un ser mítico, determinados naturalistas se preguntaron entonces cuál podía ser —discusiones y riñas aparte— la auténtica identidad del famoso *iemisch*.

Esta cuestión llegó a alcanzar su punto culminante cuando un viajero francés, André Tournouër, escribió, en 1900, a su antiguo profesor Albert Gaudry, que había divisado, él mismo, al misterioso animal cuyo nombre él escribía como *hymché*. Era difícil no dar crédito a tal testigo que había habitado durante largos años en la Argentina y que había realizado, incluso, numerosas exploraciones por Patagonia para recoger restos de mamíferos fósiles destinados al Museo de Historia Natural. El profesor Gaudry hizo suya la cuestión y pasó así a comunicar a la Academia de Ciencias de París, en sesión de 14 de enero de 1901, el texto de la interesante información facilitada por su discípulo:

«Mis numerosos viajes me han dado ocasión de obtener algunos informes de los indios sobre el famoso *hymché* (el *Neomylodon* de F. Ameghino), pero el terror supersticioso que dicho animal inspira es tal, que es de la mayor dificultad el poder separar la verdad de la leyenda y los testimonios ciertos de los excesos creados por la fantasía.

»Por esto, precisamente, me limitaré a relatar aquí dos hechos que han sido bastantes para convencerme de la real existencia de un nuevo animal en estos parajes. Una tarde en que me hallaba de caza, y estando yo justamente escondido en un puesto, cerca de la orilla del río del interior, en cuyos alrededores teníamos establecido nuestro campamento, vi emerger en el centro justo de la corriente del agua, la cabeza de un animal cuyas medidas parecían ser aproximadamente iguales a las de un gran puma. Disparé una

bala contra él y el animal en cuestión volvió a sumergirse en el río no reapareciendo más.

»Como quiera que la tarde estaba ya cayendo, no pude divisarle con la nitidez que hubiera deseado. Pero, en tanto que yo pude apreciar, su redonda cabeza tenía un pelaje marrón oscuro; sus ojos se hallaban rodeados de pelos de color amarillo claro que se prolongaban en un trazo, hacia las orejas que no tenían pabellón externo.

»Hice una descripción a un indio que me servía de guía; pareció éste asustarse grandemente y me respondió, por fin, que el ser que yo había visto era el misterioso *hymché*.

»Hube de continuar mi ruta, sin poderme detener más por aquellos contornos como hubiera sido mi deseo. Pero sobre un banco de arena de la orilla del mismo río, algunos kilómetros más adelante, mi guía indio me enseñó unas grandes huellas —muy parecidas a las de un felino— y que él decía eran las mismísimas de un *hymché*.»

Con la tenacidad y la paciencia de que sólo los germanos parecen estar dotados, el Dr. Robert Lehmann-Nitsche, antropólogo del Museo de Historia Natural de La Plata, tomó entonces a su cargo la tarea de descubrir la identidad de la enigmática criatura, releyendo para ello las más antiguas crónicas relativas a la Patagonia y consultando, a igual efecto, todos los léxicos de los dialectos *tehuelche* y *araucano*.

Llegó así a una primera conclusión: que numerosos vocablos muy similares o parecidos a *iemisch* se referían, más o menos directamente, ¡a una u otra especie de nutria!

Así, por ejemplo, en la parte zoológica de la «Historia física y política de Chile», de Claudio Gay —aparecida en 1847— encontró para los nombres vulgares de la *Lutra felina* descrita por Molina, los de «gato de mar», «nutria», «chimchimen» y «chungungo». (Los dos primeros, en español en el original.)

El nombre —bien interesante a nuestro juicio— de «chimchimen» había sido ya citado por el cronista Luis de la Cruz en 1806. Éste hablaba. efectivamente, en su descripción de las riquezas naturales de los Andes, de los «guillins» o «chimchimens» que parecían ser «una especie de gatos marinos».

Buscando en originales más antiguos aún, volvemos a hallar estos diversos nombres en el diccionario del araucano de los Andes, aparecido en 1765:

«Chimchimen»: animal marino parecido al gato.
«Gato de mar»: «Coypu», «chimchimen». (1)
«Coypu»: animal de río parecido al gato.
«Nutria»: «ghuyllin».

(1) Hagamos notar, de pasada, que en peletería existe la misma confusión; se da el nombre de nutria a la piel del gran roedor llamado ragondín o *coypu (Myocastor coypu)*. Pero esto, claro está, no se hace por ignorancia, sino por la mercantilísima razón de que la piel de nutria es una de las más apreciadas en el mercado. Por idéntico motivo es por lo que los peleteros no vacilan en llamar «nutria de mar» a la piel de la «otaria con crines» y «nutria del Hudson» a la de la rata almizclera *(Ondatra)*. Este género de mixtificación ha tomado carta de naturaleza en la industria peletera en forma tal que para designar, en lenguaje comercial, a la auténtica nutria es preciso llamarla «nutria de Kamtchatka».

En el vocabulario patagón publicado en 1879, en la relación de un viaje del Dr. Francisco P. Moreno, encontramos una palabra que se acerca más aún a *iemisch*, siendo esto lógico puesto que tal vocablo es de origen *tehuelche*. Es, exactamente, *yem'chen*, que debe traducirse por «tigre de agua» y que corresponde allí al nombre científico de *Lutra*.

Nos cuenta también el Dr. Moreno, en la misma narración, que en el río Santa Cruz vive una pequeña (?) nutria a la que los indios llaman «tigre de agua»: es, según él, la *Lutra chilensis* o *huillin* (nombre éste que nos hace recordar inmediatamente los de *ghuillin* o *guillin*, ya reseñados). Es un animal poco frecuente, sigue diciendo, en los ríos Chubut y Negro, donde se le conoce, sin embargo, por el nombre de «lobito de agua».

Finalmente y según el «Vocabulario Tzoneka» o «Tehuelche», publicado en 1885 por el infortunado Ramón Lista, a quien volvemos a encontrar así, inopinadamente, el nombre vulgar de la nutria sería el de *jemechim*.

En otra obra sobre la Patagonia austral (y que forma el complemento de su «Viaje al país de los tehuelches») don Ramón precisa más aún: «*La nutria o tigre de agua*, como la llaman los indios, figura junto al ciervo, entre los más notables animales de la región de las fuentes del río Chico (territorio de Santa Cruz).

Es ésta de tinte más oscuro y de tamaño ligeramente superior a la de la *Lutra platensis*. Determinados viajeros la identifican con la *Lutra chilensis*, mas yo estoy tentado de creer que representa una especie particular y distinta propia totalmente de la Patagonia austral». (1)

En resumen: de todo cuanto antecede parece deducirse ya que los diversos vocablos «Chimchimen», «jamechin», «yemchen», «hymché» y «iemisch», cuyo origen común es evidente, designan todos a una especie o clase de nutria. Muy posiblemente a la *Lutra felina*, según el parecer del Dr. Lehmann-Nitsche.

EL «TIGRE DE AGUA» NO ES OTRO QUE EL JAGUAR

Sin embargo —hace observar seguidamente este concienzudo antropólogo— es evidente que no podemos conformarnos con tal identificación puesto que, entonces, ¿cómo concordar el terror inspirado siempre por el *iemisch* con el carácter tímido e inofensivo de la nutria?

Para empezar —sigue señalando— el hecho de que el sobrenombre

(1) Después de la obra de Cabrera y Yepes, *Mamíferos suramericanos* (1940), es necesario distinguir tres especies en el género *Lutra* en la mitad austral de la América del Sur: 1.° al nordeste, el *Lutra platensis* desde el río de la Plata hasta el Matto Grosso, en territorio brasileño; 2.° al oeste, el *Lutra felina* a todo lo largo de la costa y de las islas chilenas, hasta la Tierra de Fuego (esta especie se aventura en el mar y merece el sobrenombre de gato de mar); 3.° al suroeste, el *Lutra provocax*, que se encuentra en la Argentina, desde la provincia de Colchagua hasta el sur del país, en la otra parte de los Andes, y que vive en los lagos Nahuel Huapi, Esquel, Buenos Aires, etc.

de «tigre de agua» se haya asociado en diversas circunstancias con la nutria, parece deberse a un error de interpretación sufrido por un viajero británico, el capitán George Muster. Intrigado éste por el nombre de una de las islas de la Patagonia austral, llamada *Nahuel-Huapi* (Isla del Tigre), supuso libremente que tal designación habría sido, sin duda, motivada por la presencia de numerosas nutrias en las aguas que la bañan.

Pero realmente es a Andrés Febres a quien se debe la traducción del nombre indígena de la isla. Si bien él tradujo «Nahuel» por «tigre» es al «jaguar» a quien allí se hace alusión, ya que éste es el nombre que dan los españoles al gran felino jaspeado de la América del Sur. ¿Cómo pudo ocurrir, entonces, que Muster no relacionase inmediatamente el nombre de la isla con el susodicho jaguar? Pues simplemente, porque el felino en cuestión no forma parte ya de la fauna local: no se le encuentra si no es mucho más al norte, más arriba del río de La Plata.

Pero lo que el capitán Muster ignoraba es que antiguamente el área de dispersión del jaguar llegaba hasta el mismísimo Estrecho de Magallanes, como más tarde veremos con todo detalle. Y de hecho fué el jaguar quien dió su nombre —o quien motivó el nombre de la citada isla de Nahuel-Huapi— y es el único animal que, en verdad, ha merecido por siempre el remoquete de «tigre de agua».

Para convencerse de ello, no hay más que revisar las antiguas crónicas.

Así, en la «Historia de los Abipons» (tribu del extremo norte de la Argentina), publicada en 1783 por el jesuíta alemán Martín Dobrizhoffer, el nombre de «tigre de agua» está asociado, sin el menor equívoco posible, al jaguar:

«En las aguas más profundas —escribe éste— suele esconderse un animal más grande que un vulgar perro de presa, llamado «tigre de agua» por los españoles y *yaguarô* por los guaranís. Tiene la piel lanosa, la cola larga y fina y está armado de fuertes garras. Los caballos y los mulos que atraviesan accidentalmente tales ríos son arrastrados a su fondo por dicho animal. Poco después se pueden ver, flotando sobre la superficie del agua, los intestinos del animal, destripado por la peligrosa fiera.»

Una casi idéntica descripción la hallaremos también —más ampliamente desarrollada— en la obra de otro jesuíta, el Rvdo. P. Thomas Falkner, llamada «Descripción de las tierras magallánicas y de los países adyacentes», publicada en 1787:

«Debo dar ahora noticias de un animal anfibio y muy singular que mora en el río Paraná y en sus contornos: es éste desconocido en Europa o, al menos, no tenemos allá noticias de su descripción, ni tampoco figura hasta ahora en aquellos libros que nos hablan de estas remotas tierras de las que ahora nos estamos ocupando. Lo que yo voy a relatar seguidamente es el extracto de los hechos que me han sido referidos por los indios y por algu-

nos españoles que se hallaban trabajando en las orillas de dicho río; a mayor abundamiento, yo mismo he visto una vez al animal en cuestión, durante los cuatro años que permanecí en la región del Paraná; todos estos testimonios, una vez reunidos, no permiten ya dudar, ni en lo más mínimo, sobre la existencia de la extraña fiera.

»En mi primer viaje al Paraná, en 1752, hecho a fin de obtener madera para la construcción, me paseé un buen día por las orillas del referido río. Cuando me hallaba entregado a tan pacífico menester, fuí sobresaltado por las voces de los indígenas que gritaban con acento de pánico: *¡yaquaru, yaquaru!* Miré en todas direcciones y pude ver así un gran animal que, con un limpio salto, se precipitó desde la orilla a las aguas del río; el salto fué tan rápido que no pude, realmente, apreciar sus detalles ni contemplarle a mi antojo, como hubiera deseado a fin de poder hablar luego de él con mayor conocimiento de causa.

»Le llaman *yaquaru* o *yaquaruigh*, palabras éstas que, en el lenguaje de aquellas comarcas, quieren decir «tigre de agua». Los indígenas le describen diciendo que tiene el tamaño de un asno, la forma de un gran lobo de río (1) o de una nutria, unas potentes y afiladas garras, las ancas poderosas y bajas, el pelo corto y tupido y una larga cola acabada en fina punta.

»Los españoles, por su parte, lo definen de una forma ligeramente diferente: le achacan una cabeza larga, con un hocico afilado, bastante parecida en conjunto a la del lobo, y con orejas tiesas. Las diferencias, no muy notables que se encuentran entre dichas dos descripciones pueden estar perfectamente motivadas por la rapidez con que este animal desaparece; entre el momento de avistarle y el momento en que nuestro animal ha desaparecido ya, transcurre un plazo tan ínfimamente pequeño que sólo se tiene la posibilidad de echarle un ligerísimo vistazo. O quizá sea también que haya dos especies algo diferentes del mismo animal...

»El animal en cuestión produce grandes matanzas y carnicerías entre los rebaños que cruzan el Paraná; cada año, numerosas puntas de ganado han de atravesar el río y rara es la vez que de cada conducción nuestro animal no saque un buen provecho. Una vez que se hace con su presa desaparece ya por completo, pero minutos después vemos flotando sobre las aguas las vísceras del animal capturado.

»Vive, al parecer, en los lugares más profundos del lecho del río y, sobre todo, en los remolinos producidos por la conjunción de dos corrientes de agua; duerme luego en las profundas cavernas que se hallan cerca de las márgenes del río.»

No debe extrañarnos, realmente, que el jaguar haya quedado así descrito como un animal anfibio. Sin ser de hábitos tan acuáticos como la nutria, el jaguar es un excelente nadador, siempre dispuesto a lanzarse al agua para apoderarse de una presa (principalmente las nutrias) o también para huir de algún peligro. Quiero recordar que en su ensayo sobre la «Historia natural de los cuadrúpedos de la provincia de Paraguay» (1801), el gran naturalista Félix de Azara, contaba un incidente que él mismo comprobó en persona, y en el curso del cual un *yaguarate* tras de haber atravesado a nado un río ancho y profundo, hizo presa en un caballo, le agarró fuertemente con sus poderosos dientes y, arrastrándolo así más de sesenta pasos a través de una tierra de labor, volvió

(1) «Lo que llaman aquí lobo de río, escribe también el R. P. Falkner, debe ser, creo yo, una especie de nutria.»

a cruzar la corriente del río, ganó la otra orilla —siempre con su presa— y se escondió en el bosque que existía en la otra margen de la corriente.

¡Vemos, pues, que no todos los gatos huyen del agua!

LA NUTRIA CON CARACTERÍSTICAS DE JAGUAR Y EL JAGUAR CON NOMBRE DE NUTRIA

Si es indiscutible ya que el sobrenombre de «tigre de agua» se refiere al jaguar, no es menos evidente tampoco que las antiguas descripciones de tal felino nos recuerdan, en forma irresistible, al ser al que los *tehuelches* llamaban *iemisch* y al que, incluso Carlos Ameghino adjudicaba idéntico remoquete. El aspecto físico de este gran gato, su talla superior a la del puma, sus impresionantes garras, sus costumbres acuáticas, su funesto hábito de llevar consigo al fondo de las aguas los caballos o mulos que caían bajo sus garras, todo esto, sinceramente, lo hallamos descrito en ambos casos. Nada falta.

Según el Dr. Lehmann-Nitsche, está perfectamente claro que debió producirse, en el ánimo de los patagones, una confusión entre la especie local de nutria (*Lutra felina*) y el jaguar (*Felis onca*).

Ello es bien posible, ya que en otros tiempos el área de dispersión del jaguar llegaba hasta la punta extrema de la América del Sur, si bien hoy en día tal animal no es conocido allí más que por vía de tradición. Por esta causa, precisamente, los indígenas de tales regiones habrán ido sensiblemente cargando en la cuenta de la nutria —que aún existe— todos los relatos, leyendas y «malas famas» que ganara en su tiempo el jaguar en todos aquellos parajes.

El hecho de que el jaguar se hallara aún presente en aquellas latitudes, hace aún no demasiado tiempo, está perfectamente probado —dice el Dr. Lehmann-Nitsche— por las viejas crónicas, según las cuales aquel país estaba totalmente infestado de tales «tigres», así como por la cantidad de nombres y términos geográficos en los que existe el correspondiente vocablo araucano *nahuel*. Hay así, lagos del tigre, ríos del tigre, islas del tigre e incluso granjas del tigre o de los tigres. Sólo en la provincia de Buenos Aires nuestro antropólogo halló 43 nombres geográficos inspirados o basados en el consabido tigre. Entre ellos, unos 23 —o sea más de la mitad— se refieren a corrientes de agua o lugares eminentemente acuáticos, lo que vuelve a relacionarlos con el jaguar. Y seguimos encontrando tales nombres hasta, incluso, en la Patagonia austral.

Por otra parte el «tigre» *nahuel* juega un preponderante papel en el folklore araucano. Y, finalmente, hallamos en una reseña o comunicación de Viedma, fechada en 1780, unas palabras donde se dice que los indios del territorio de Santa Cruz le citaron, entre los representantes de la fauna local «al tigre o *nahuel* y al león o *pagi* (puma)».

Como estamos viendo, debieron habitar los jaguares toda esta zona,

incluídas las más cercanas al estrecho de Magallanes, hasta los mismos finales del siglo XVIII. Sólo tras esta fecha comenzó, pues, su retirada hacia el norte.

La presencia efectiva del jaguar en la punta extrema del continente está confirmada también por los hallazgos paleontológicos, entre los que podemos citar, incluso, los de la Cueva de Eberhardt donde, como recordarán, se encontraron vestigios de un gran jaguar.

El profesor Santiago Roth, al rebautizar a éste justamente con el nombre indígena de *iemisch* cayó en un error totalmente similar al de los indígenas a quienes Rudolf Hauthal tildaba de «cuentistas» y de «imaginativos». Mientras que los indios adornaban a una nutria con las características de un jaguar, el muy sabio paleontólogo daba, sin darse cuenta, a un jaguar el nombre indígena de una nutria...

Hemos comprendido ya así por qué el *iemisch* fabuloso de los patagones posee unas patas palmeadas y por qué pasa la mayor parte de su tiempo en el agua; lo que no acabamos de entender hasta ahora es por qué razón o causa le achacan una cola prensil.

Pero esto podrá quedar también en claro, al saber que en las leyendas de los araucanos se hablaba de una nutria monstruosa y que ésta se hallaba ridículamente adornada con una larga cola no sólo prensil sino «enlazante», válganos el vocablo.

El Dr. Lehmann-Nitsche, el muy erudito antropólogo del Museo de La Plata se tomó, efectivamente, el trabajo de recoger un enorme número de tradiciones araucanas correspondientes al *iemisch* entresacadas del extenso folklore de ese pueblo vecino. En esta tarea le prestó una fundamental ayuda su amigo Nahuelpi, un araucano de pura cepa. Se refieren todas éstas, en general, a un animal acuático provisto de unas membranas natatorias, y al que ellos dan el nombre de *nurufilu*, es decir, «zorro-víbora», nombre éste que también suele dársele a la nutria, cuyos movimientos en el agua son verdaderamente similares a los de las serpientes. Este monstruo, a quien los araucanos temen más que al diablo, tiene fama de coger a las gentes con su larga cola prensil y llevarlas así a una muerte segura en el fondo de las aguas.

Y como quiera que la nutria no posee grandes garras, ni sus uñas están dotadas de poder bastante para «raptar» a grandes animales, la *vox populi* ha dotado entonces, por compensación, de toda clase de poderes y de terrores a su cola, flexible y aplastada.

Con este último detalle pienso que hemos ya logrado reunir todos los detalles que los tehuelches dan del *iemisch*, a ese ser compuesto, mítico y raro y que viene a ser algo así como una amalgama o *cocktail* de caracteres pertenecientes al jaguar los unos y a la nutria los restantes. La demostración del Dr. Lehmann-Nitsche fué, reconozcámoslo, totalmente pertinente.

No debemos echar en olvido el testimonio del señor André Tournouër que hablaba de un ser del tamaño de un «gran puma», pero nuestro an-

tropólogo salió al paso de esto, recordándonos las tradiciones que afirman que, en determinados y recónditos lagos de la Patagonia, casi desconocidos por el hombre, existen nutrias de un tamaño totalmente desmesurado.

Los rumores relativos a nutrias gigantes de río no son tampoco nuevos ni limitados exclusivamente a la Argentina. Me voy a permitir refrescar la memoria, en este punto, transcribiendo lo que dice Buffon en su *Addition à l'article de la Saricovienne* (nombre dado a la nutria del Río de La Plata).

«El señor Aublet, sabio botánico, a quien ya habíamos citado, y el señor Olivier, cirujano del rey, que han vivido ambos largo tiempo en Cayena y en el país de Oyapok, me han asegurado que en tales territorios existen unas nutrias tan grandes que llegan a pesar hasta 90 ó 100 libras; se encuentran éstas en los grandes ríos no muy frecuentados por el hombre y allí pueden verse las cabezas de tales animales sobresaliendo de la superficie de las aguas; dan unos agudos chillidos que se oyen aun a una respetable distancia; su pelo es muy suave pero más corto que el del castor; su color más frecuente es el castaño claro.

»Estas nutrias se alimentan de peces, pero comen también los granos y las semillas que caen al agua desde los árboles situados en las orillas del río.»

Digamos, a título de comparación, que la nutria vulgar de río (*Lutra lutra)* suele llegar a pesar una quincena de kilos y a medir aproximadamente 1'30 metros, contados desde la punta del hocico a la de la cola, de cuya medida unos 50 centímetros corresponden a dicho apéndice. La enorme nutria de mar *(Enhydra lutris)* puede pesar de 30 a 40 kilos y alcanzar una longitud total de 1'80 metros. (Fig. 64, t. I.)

Vemos, pues, que no sería imposible ni increíble que una nutria de dimensiones bastante apreciables viviese en la Patagonia austral. Nada tampoco tendría de extraño el hecho de que, precisamente por tales causas, haya logrado escapar a la mirada de los naturalistas. La nutria es uno de los mamíferos que mejor logra «camuflarse», gracias a sus costumbres anfibias. Esto queda demostrado incluso en los países más civilizados. En Francia, sin ir más lejos, raro será el lago o río que no cuente con una buena población de nutrias, a pesar de lo cual contadísimos serán los que hayan logrado divisar alguna vez, en tales parajes, a estos cautelosos animales.

Y efecto también de sus discretas costumbres y de su misteriosa y retirada vida, serán las múltiples leyendas y rumores que a su respecto han circulado siempre. Pasará así con la nutria lo mismo que con algunos otros mamíferos de costumbres igualmente anfibias, tales como la zarigüeya acuática o *yapock (Chironectes),* entre los marsupiales, y el ornitorrinco entre los monotremas.

Y ¿qué viene a ser —como vamos viendo—, el *iemisch* entre los patagones, sino el equivalente sudamericano del misterioso *bunyip* de Australia?

LOS PATAGONES SE ACUERDAN AÚN DE LOS MEGATERIOS

Una vez eliminado ya el inoportuno e intrigante *iemisch*, el problema de la supervivencia de un perezoso terrestre continuaba, sin embargo, sin resolver aún, a pesar de las opiniones contrarias de un buen grupo de zoólogos. Como prueba de este aserto podemos plantearnos ya la primera incógnita: ¿Qué animal era, en resumen, el extraño «pangolín velludo» sobre el que don Ramón Lista disparara su fusil? Recordemos igualmente que entre los tehuelches corrían numerosas leyendas relativas no a un gran carnicero feroz y anfibio, sino a un animal socavador e inofensivo, con reputación de invulnerable. Tal descripción parece corresponder mejor a la idea que podemos hacernos de un gran perezoso que no hubiese optado en su día, como el calípedes y el perezoso, por una vida arborícola.

En resumen, que el hecho de que los hermanos Ameghino tuviesen noticias de la leyenda del *iemisch* vino a embrollar terriblemente —sin la menor causa ni razón— nuestro problema del megaterio aún viviente. Creo, pues, que convendría volver a estudiar toda la cuestión, desde sus mismos orígenes, sin tener ya en cuenta todas aquellas polémicas que vinieron a envenenar la atmósfera y de las cuales, en resumen, nadie logró sacar ni honor ni provecho.

Citaremos como primer testigo al Dr. Francisco Moreno, director del Museo de La Plata, cuyo testimonio no puede tacharse de partidista puesto que él no cree en la actual supervivencia del perezoso gigante.

Nos cuenta, sin embargo, que los tehuelches y los gennakes le han hablado, en repetidas ocasiones, de una especie de desagradable y raro animal velludo del cual sus antepasados les habían contado infinidad de historias. En el año 1875, el viejo cacique Sinckel le mostró, incluso, una caverna, refugio posible de uno de esos animales fabulosos, llamados *ellengassen*. Pero, todo hay que decirlo, tales indígenas no han afirmado nunca que esos extraños seres se hallen aún con vida.

Nuestro segundo testigo será don Ramón Lista, cuyos trabajos sobre etnografía y la geografía de la Patagonia han sido siempre piezas fundamentales de dichas disciplinas. Según él, los tehuelches creen que en la Sierra Cąrhuerne (territorio de Santa Cruz), vive toda una serie de espíritus maléficos y de cuadrúpedos monstruosos que, según las tradiciones, fueron los culpables, entre otras fechorías, de la desaparición de toda una familia de indios que regresaban a pie de una excursión al Charre (nombre patagón del lago Argentino).

Hagamos notar, de pasada, que esta historia de «rapto colectivo» está basada en meras suposiciones puesto que, claro está, nadie presenció tal hecho; se contentan, pues, con asociar la desaparición de dicha familia indígena con la presencia en aquellos contornos de los misteriosos seres o animales.

El tercer testigo que citaremos en la barra es el profesor Santiago Roth. El cacique tehuelche Kankel le contó a éste, en diversas ocasiones, que su abuelo siempre le hablaba de un animal muy salvaje que moraba en los alrededores del lago Buenos-Aires (territorio también de Santa Cruz). Cuando este animal mugía, todos los demás animales se daban a la huída, y un día que su abuelo cazaba avestruces cerca de dicho lago, el furioso animal deshizo en un santiamén un rebaño de caballos, acabando con los pobres cuadrúpedos. De resultas de ello, el pobre Kankel cogió tal miedo al monstruo que todas las tentativas del profesor Roth no fueron capaces de lograr que volviera a acercarse, ni a dos kilómetros tan siquiera, al lago aquel, teatro de la escena ya relatada.

Como cuarto testigo, citaremos al Sr. Rudolf Lenz, que realizó profundos estudios sobre el folklore araucano. En una de las epopeyas que él nos transcribió figuraba un animal salvaje al que los araucanos daban el nombre de «lofo toro», lo cual no debe ser sino una deformación del nombre compuesto español «lobo toro». Lenz interpretaba esto en el sentido de que tal designación debería referirse a un toro salvaje, considerando así que «lobo» sería el equivalente de salvaje, ya que existe una íntima relación entre el carácter del lobo y nuestro concepto de salvajismo.

Mas hemos de tener en cuenta que la mente germánica de Lenz daba por descontado el hecho de que la primera de las dos palabras fuese calificativo de la segunda, cosa ésta que no suele pasar en el castellano, donde se diría mejor un «toro salvaje» que no un «salvaje toro». Como confirmación podemos ver que cuando los araucanos llamaban, en español, a la nutria, empleando el término «zorro-víbora», querían significar que era una especie de zorro con aires de víbora y no una víbora con aspecto de zorro.

Así, el nombre de «lofo-toro» corresponderá, sin duda, no a un toro con pinta de lobo —o salvaje—, sino a un lobo con aspecto de toro, si es que ello es posible. Repasando la lista de representantes de la fauna de Patagonia, evocamos inmediatamente, como más probable, el aspecto de un megaterio o de un *mylodon,* al que bien se podría describir —dejando cuestiones científicas aparte— como un lobo tan enorme y macizo como un toro. Efectivamente, el lobo es el único animal de pelo hirsuto y basto y de cortas patas que frecuenta aquellas zonas; el toro, importado por los blancos, es también el animal más macizo y de mayor mole, digámoslo así, de los mismísimos parajes.

Claro está que todo esto lo decimos a título de hipótesis y de suposición y no queriendo sentar cátedra ni resolver misterios. Pero tales detalles, si bien sean vagos, nos van a servir para acercarnos de nuevo a otras leyendas y suposiciones ya estudiadas.

Parece haber quedado ya fuera de dudas que los tehuelches y los araucanos conservan así, entre sus recuerdos y tradiciones, la idea de un gran cuadrúpedo velludo y de aspecto extraño. Y según nuestros conocimientos

de la fauna actual y de la subfósil de aquella región, tal animal no puede relacionarse más que con uno u otro de los perezosos terrestres de gran tamaño.

Se me objetará tal vez que el terror que inspiran los monstruos del folklore araucano y tehuelche es incompatible con el estado de domesticación, o de semidomesticación, en que vivían los gravígrados de la caverna de la Última Esperanza. Pero no olvidemos que no fueron ni los tehuelches ni los araucanos, sino otros pueblos muy anteriores, quienes encerraron a tales mylodontes en sus cuevas.

Y recordemos, por otro lado, que mientras que los elefantes son capturados por algunas tribus de la India con la mayor facilidad, tales elefantes son, sin embargo, auténticas fuentes de terror y de sobresalto para otras tribus del mismísimo territorio.

El Dr. Lehmann-Nitsche cree que, a su juicio, las leyendas ya citadas hacen alusión a la pasada existencia de jaguares y de bueyes vueltos al estado salvaje. En su opinión no hay, entre dichas leyendas, ni la menor traza ni la menor alusión a desdentados gigantes. Incluso llega a decir que imaginar lo contrario es absolutamente superfluo y falso, ya que cree firmemente que los animales domesticados en épocas remotas desaparecieron de sobre la faz del globo hace ya milenios y milenios.

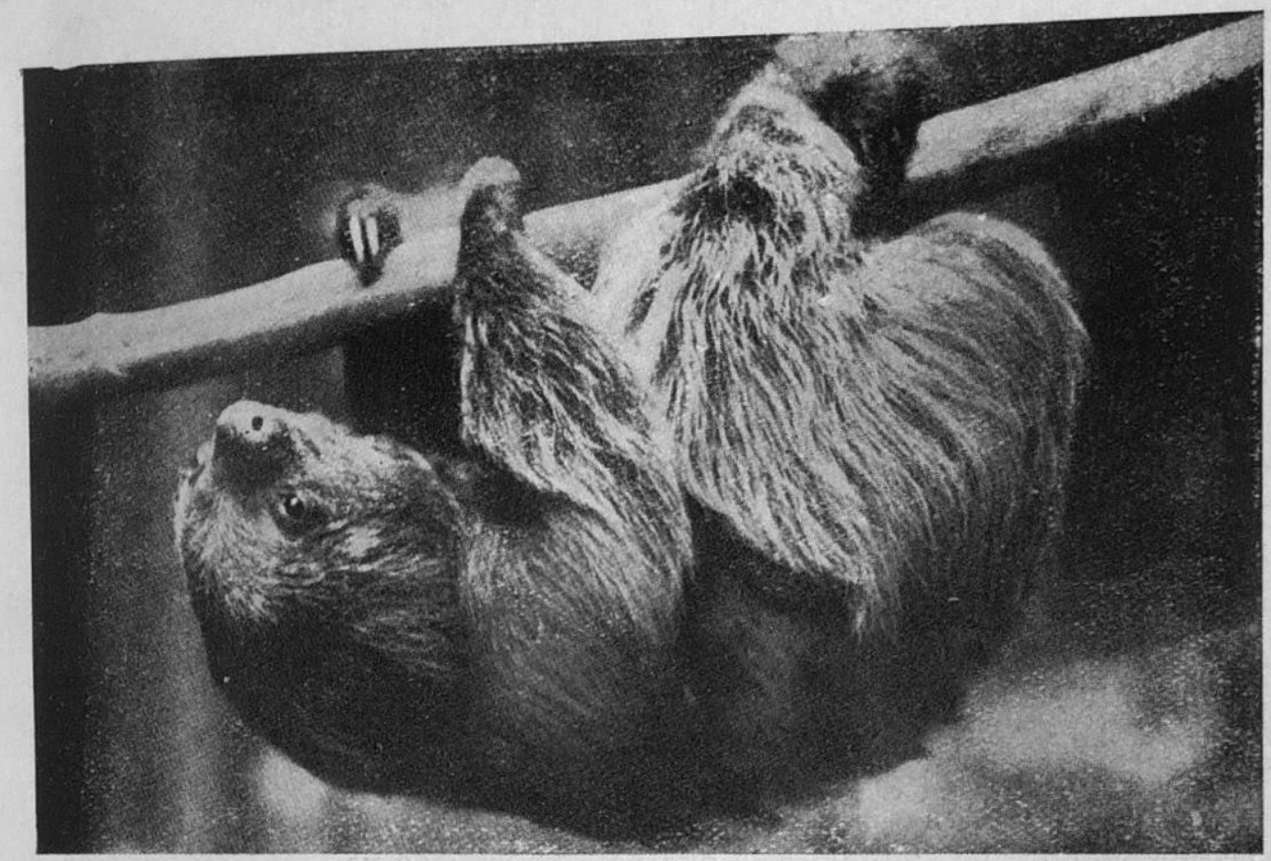
En lo que a mí respecta, creo excesivo e injustificado esto de hacer retroceder tanto en el tiempo la fecha de la extinción total de dichos animales cuyos restos, por otro lado, han llegado hasta nosotros en un estado de frescor tan sorprendente. Y para reforzar mis opiniones, juguemos nuestro último triunfo.

EL TERRIBLE «SU» DEL PADRE ANDRÉ THÉVET, COSMÓGRAFO DEL REY

El profesor Florentino Ameghino no siempre estuvo tan desacertado como el día en que lanzó su *iemisch* a la palestra, con el indudable ánimo de apabullar a sus contradictores. Poco antes de la publicación de su primera reseña —y en tanto que ciertos sabios exploraban, con el corazón henchido de esperanzas, el lugar de procedencia de los famosos restos del *Mylodon* (alias *Grypotherium*, alias *Glossotherium*, alias *Neomylodon*)—, él, por su parte, se dedicó con igual ardor a hojear toda una enorme colección de antiguas crónicas relativas al descubrimiento del Nuevo Mundo.

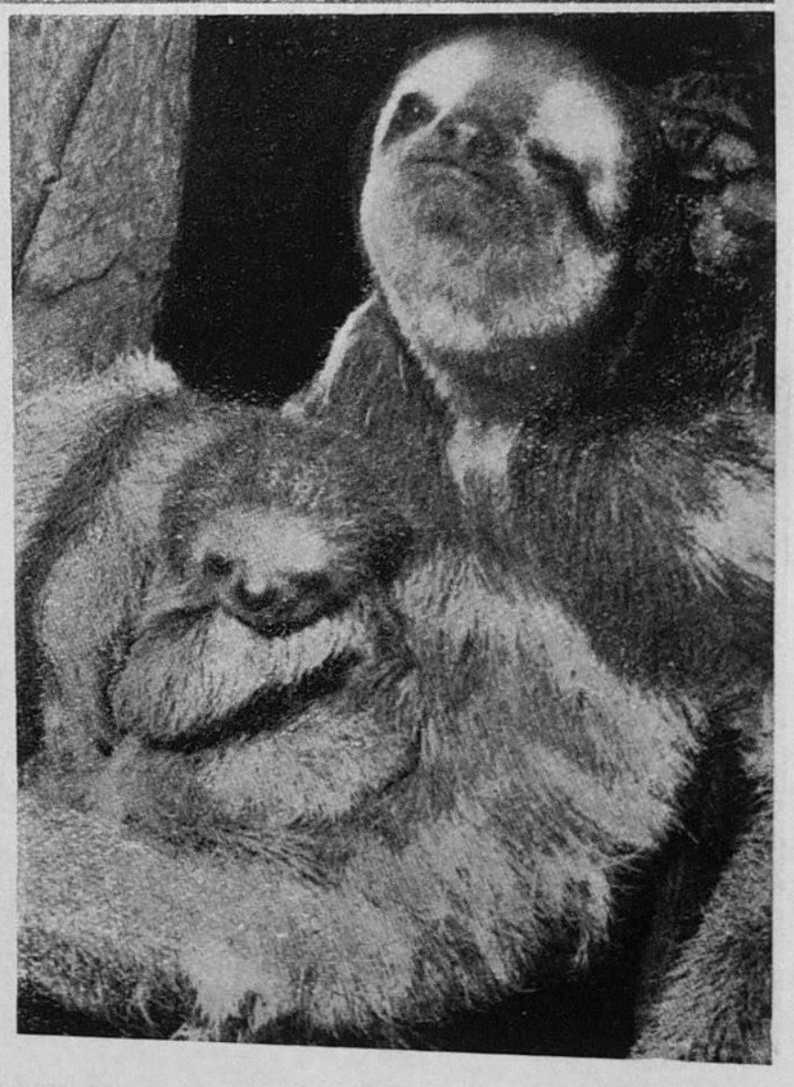
Si el animal que le interesaba vivía aún, con mucha más razón habría vivido también en los tiempos históricos; luego, ¿no habría habido tal vez algún viajero o explorador que, en sus crónicas, hablase de él?

Removiendo papelotes, halló así un buen día un pequeño texto, de muy poca importancia en realidad, pero altamente sugestivo. Era la *Historia de la conquista de Paraguay, Río de La Plata y Tucumán*, del jesuíta portugués Pedro Lozano.



Los más cercanos parientes actuales de los megaterios: el perezoso de dos dedos, o «unau»

(C. Popper-Atlas Foto)

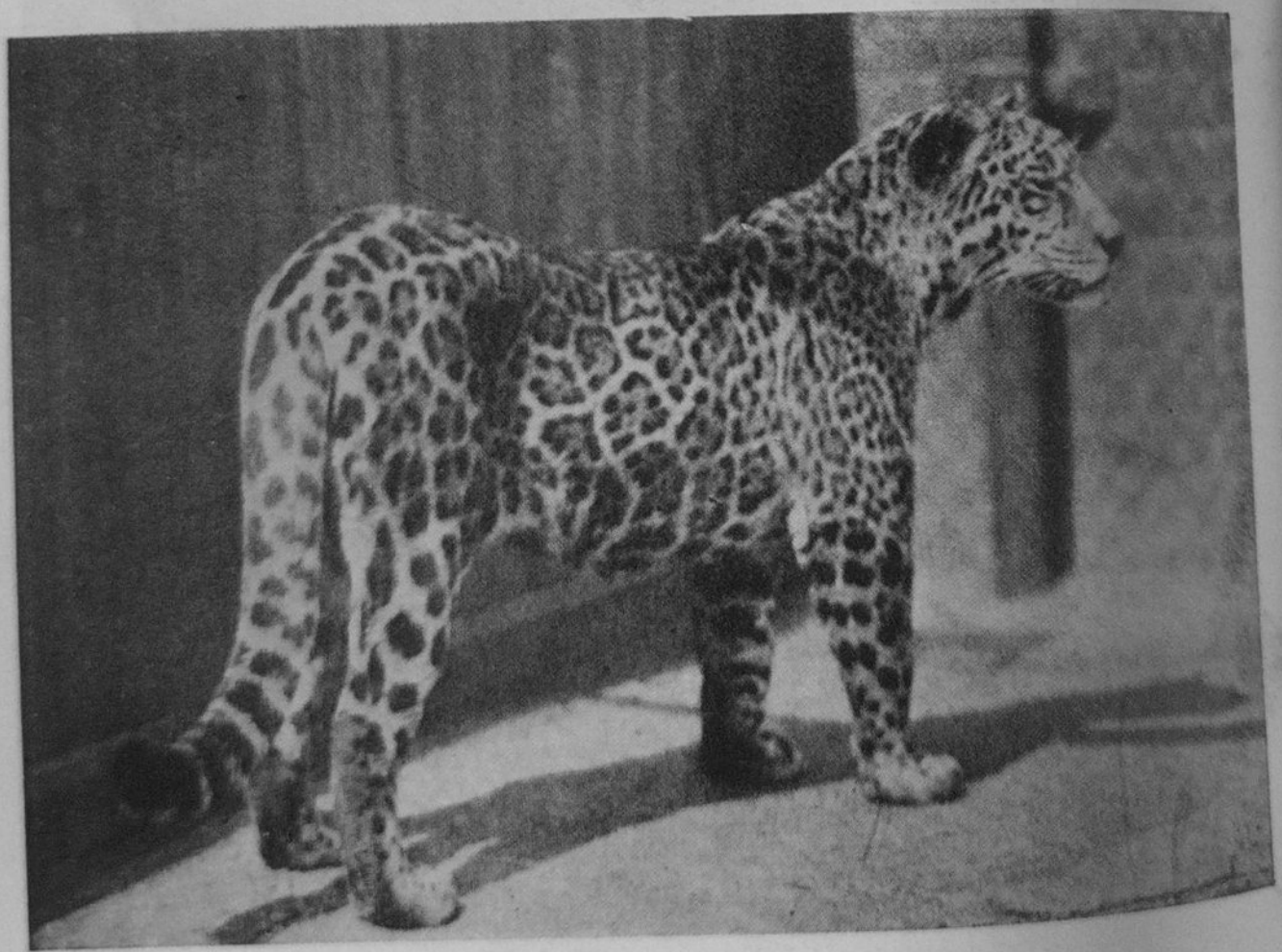


... y el perezoso de tres dedos o «ai», llamado igualmente «ay» o perico ligero

(C. J. M. Baufle)

Los patagones suelen adornar a una nutria fabulosa con todas las características del jaguar, animal éste que ha desaparecido ya —si bien no hace aún mucho tiempo— de tales regiones

(C. Popper-Atlas Foto)



El jaguar, o tigre de agua, es un nadador extraordinario

(C. Popper-Atlas Foto)

En dicha obra, publicada entre 1740 y 1746 se contaba que, desde las fronteras o límites de la provincia de Río de La Plata hasta la Patagonia, vivía un gran animal muy salvaje, llamado *su* o *succarath*, y que tenía la costumbre de transportar sobre su lomo a sus pequeñuelos. Contaba también que los indígenas le daban caza para hacerse mantas y capas con su piel.

Un gran animal... Un animal del que los indios utilizaban la piel... Por tanto, parecía al primer golpe de vista que ésta debía ser un cuero, más o menos grueso y flexible, pero que si bien valía para hacer mantas y capas, no sería útil —puesto que no se citaba— para confeccionar con él otras prendas más delicadas. Esto parece ir ya concordando con lo que sabemos del Mylodon de la Cueva de Eberhardt. Tenemos luego también el significativo detalle del transporte de los pequeñuelos: este es un rasgo bien característico del comportamiento de los perezosos actuales. Y también concuerda con los hormigueros, a los que quizá no sentara demasiado mal la descripción del *succarath*.

¿Cómo y dónde podría entonces obtener más amplios informes sobre aquel animal cuyas características seguían siendo todavía un poco vagas?

Felizmente, el nombre de *su* hizo recordar a otros eruditos que el animal de que hablaba el R. P. Lozano, S. J., era conocido ya incluso en Europa. En efecto, nuestro querido Conrad Gesner, el Plinio helvético, hablaba ya de él en su sabrosa *Historia Animalium*, publicada entre 1551 y 1558. La monumental obra de recopilación a que aludimos no ha sido, en general, todo lo explotada que debiera por los zoólogos de nuestros días, ni tratada tampoco con el suficiente espíritu crítico; vemos en ella codearse a los monstruos más extravagantes con los más vulgares y familiares animales. Pero, a pesar de todo esto, sigue siendo un valiosísimo resumen de todos los conocimientos zoológicos del siglo XVI, y la obra ideal de referencia dentro de la materia. Así, no debe extrañarnos el encontrar entre sus páginas la mención del *su* (de *Subo*), dada según la *Descriptionis Americae* (cap. LVI) de Andreas Theuetus.

Para mayor exactitud hago yo referencia a la obra original del propio André Thévet que tiene por auténtico título el de *Les singularitéz de la France antarctique autrement nommée Amérique et de plusieurs terres et isles découvertes de nostre temps.*

Este libro, que al igual que su autor es desgraciadamente bien poco conocido, se publicó en 1558 para dar cuenta o hacer resumen de un largo periplo realizado, tres años antes, por el P. André Thévet, de Angulema. Este religioso llegaría luego a ser el capellán de Catalina de Médicis y, posteriormente, el historiador y cosmógrafo del rey Carlos IX. Su libro no solamente es uno de los primeros que se publicaron en francés sobre temas americanos, sino también uno de los primerísimos que nos hablaron de la historia natural de dicho Nuevo Mundo; efectivamente, tan sólo apareció a la luz tres años después de la famosa *Historia General y Natural de las Indias* del gran cronista español Oviedo.

Thévet —que publicaría también en 1575 su famosa *Cosmografía Universal*— fué sin duda alguna uno de los espíritus más brillantes y más eruditos del Renacimiento francés (1).

Sentía una viva curiosidad por los «prodigios de la Naturaleza», lo cual le había llevado a formar su pequeño y propio museo de historia natural; contrariamente a lo que a su respecto decían las malas lenguas, que le tachaban de tener «mala fe y una credulidad extrema y desmedida», a todo lo largo de su vida demostró ser un sagaz e inteligente observador. Encontramos, en los relatos de sus viajes, numerosas y sobrias descripciones de pájaros extraños tales como el pájaro bobo —a quien él llama *aponar*— y el tucán; de mamíferos poco frecuentes como el agutí, el tatú o armadillo, el calípedes o perezoso (*ratit* o *haiit*) y el manatí.

Subrayemos, ya que esto es una garantía, que jamás tomó a este último por una sirena, aun a pesar de que llegasen hasta él, sin cesar, historias y leyendas sobre míticos seres marinos.

Así, pues, con interés y con absoluta confianza, podremos consultar ahora ya cuanto nos dice sobre las regiones limítrofes del Estrecho de Magallanes.

«Está región viene a tener una temperatura aproximada quizás a la del Canadá y a aquellos otros países que se acercan a nuestro Polo; por ello, los habitantes de aquellas zonas se visten con pieles de determinados animales a los que en su lenguaje llaman *su*, palabra ésta que es sinónimo de *agua*. Deduzco yo de esto que el animal en cuestión debe haber sido apodado así gracias a la circunstancia de que pasa la mayor parte de su vida en los ríos de la zona. Tal animal es muy extraño y raro y es algo así, en forma, como yo he tratado de representarlo en el dibujo que incluyo.

»Otra cosa: cuando tal fiera se siente perseguida, cosa que ocurre muchas veces ya que los indígenas tienen necesidad de cazarla para utilizar sus pieles, se echa entonces sus crías o cachorros sobre el lomo, los tapa protegiéndolos con su espesa y larga cola, y se lanza luego a una veloz carrera en la cual suele hallar la escapatoria deseada. Por ello, los salvajes han ideado buenos trucos para hacerse con ella: cavan una profunda fosa cerca de los lugares donde el animal habita, cubriendo luego el hoyo con ramas verdes, a guisa de disimulo. Cuando el animal huye, pasa por allí, un día u otro y, no sospechando la celada, pisa el ramaje y al faltarle así un suelo firme, cae a lo profundo del zanjón con sus crías y todo. Al verse prisionero se enfurece extraordinariamente y como primera medida, mata a sus propios cachorros para que nadie los capture. Sus aterradores y furiosos gritos acaban luego por atraer a los nativos que se acercan al borde de la zanja con aire más bien temeroso y prudente. Comienzan entonces a dispararle sus flechas hasta que el animal cae por fin muerto. En tal momento, sacan de allá su cuerpo y separan de él la tan buscada piel que ha de abrigarles» (2).

(1) Fué precisamente a este mismo P. Thévet a quien se debió la introducción del tabaco en Francia y no a Jean Nicot como aseguran algunos libros. En el curso de sus viajes nuestro cosmógrafo anduvo largo tiempo por el Brasil, trayendo luego de allí el *petun* o tabaco, que él dió a conocer en 1556 bajo el nombre de *herbe xaintongeoise*. Varios años después, en 1560, el señor Nicot envió a París algunas hojas de tabaco para fines medicinales, remitiendo también una serie de instrucciones sobre su sistema de cultivo. Demos, pues, al César lo que es del César.

(2) Todo este texto se halla escrito en franoés antiguo en el original. (N. del T.)

La ingenua imagen que acompaña a tal texto representa una especie de famélico león provisto de una larga cola en forma de palma, de una grotesca cabeza que nos recuerda, querámoslo o no, la cara de un viejo y enfadado barbudo. Sobre su lomo se hallan acomodados unos cuatro o cinco cachorrillos de aspecto también raro.

Es más que probable que tal dibujo no fuese realizado por un testigo directo sino por algún dibujante guiado por los testimonios diversos que hasta él llegasen, método este que era asaz frecuente en aquellas épocas. Así se explicarían también muchas de las deformaciones sufridas, en las ilustraciones, por algunos animales que en el texto, sin embargo, quedaban correctamente descritos. Es evidente, por ejemplo, que el bisonte es una especie de toro velludo y jorobado; mas el dibujo que de él nos

Fig. 6. — *Ingenua representación del* su o succarath, *según el Padre André Thévet (1558)*

ofrece Thévet es otra cosa completamente distinta que casi en nada guarda relación con el animal referido.

Teniendo ya en cuenta todo esto, la representación del *su* puede aplicarse ya, o relacionarse, a alguna de las especies de perezosos-gigantes y más en particular al *Mylodon*, que poseía, como ya sabemos, una larga cola, al contrario pues de lo que ocurría en el caso del megaterio. Posiblemente, al hablarle al dibujante de que el animal en cuestión tenía las patas armadas de fuertes uñas, éste optó —eligiendo el camino más trillado— por incluir en el boceto unas auténticas patas de feroz león rampante. En cuanto a la cabeza, de aspecto vagamente humano, viene a probarnos que el *su* no era un oso hormiguero cuyo cráneo, de forma de tubo, es bien característico y absolutamente inconfundible; por contra, ¡podría tratarse perfectamente bien de alguna especie de perezoso!

Observen ustedes sino el retrato de un *aï* realizado hace aún bien poco por el naturalista I. Cooper y verán cómo, en efecto, los gravígrados tienen un rostro que viene a ser algo así, realmente, como la caricatura de una cara humana.

En lo que respecta a la etimología de la palabra *su*, no estamos real-

mente de acuerdo con el parangón que establecía Thévet entre ésta y «agua». El profesor Ameghino pretendía que los antiguos tehuelches llamaban *su* o *suc* a una especie de manta o de capa y que *carth* o *carrath* era el nombre que designaba a una piel. Según él, el nombre compuesto de *succarath* citado por Lozano, venía así a querer decir «manta de piel», lo cual vendría de esta forma a confirmarnos la tradición según la cual los indígenas cazaban tales animales para hacerse vestidos o mantas con su pellejo.

El Dr. Lehmann-Nitsche corrobora, en parte al menos, las teorías del

Fig. 7. — *Retrato de Ai (según una reciente acuarela de I. Cooper)*

profesor Ameghino, precisando luego que el vocablo patagón que designaba más exactamente nuestra idea de «manta» era *sokga*.

Mas luego continuó éste diciendo que del propio relato del «padrecito» portugués se deducía que el enigmático *su* no podía ser, en modo alguno, un perezoso gigante. En efecto: tras tomarse el trabajo de pesar la piel de *Grypotherium* hallada en la Cueva Eberhardt y que, recordémoslo, medía 1,12 metros por 0,91, se vió que tal despojo alcanzaba el impresionante peso de ¡17 kilos 750 gramos! Tal piel, más que una cubierta de abrigo habría de ser, forzosamente, una verdadera lápida de plomo, capaz de mermar en pocos minutos las facultades físicas de quien eligiese tan pesado abrigo.

Pero, sin embargo, esta refutación vendría a encontrar bien pronto otras contrapropuestas y otras refutaciones, si me permiten la redundancia.

Para empezar digamos que nada nos permite afirmar, concretamente,

que los antiguos patagones no utilizasen la piel del *su* —si realmente estaba ésta incrustada de nódulos óseos— como el material ideal para la confección de vestimentas guerreras. ¿No sería acaso ésta una cota de mallas auténtica, una especie de armadura natural? El vocablo *su* puede significar tanto «manta» como «abrigo» o «manto»; puede así valer igualmente para una pieza de abrigo (en el sentido de calor) como de abrigo en su aspecto de refugio o defensa; o, con otras palabras, una coraza.

Y no olvidemos, señores, que las armaduras de nuestros antiguos caballeros medievales llegaban a pesar ¡hasta 50 kilos!

Por otra parte nada nos probó nunca tampoco que el *su*, aun siendo un perezoso terrestre realmente, tuviese su piel armada de tales piezas óseas; a mayor abundamiento diremos que tal osificación de la dermis no figura tampoco entre los megaterios ni entre el grupo de los *Lestodon* ni en el de los *Scelidotherium*. Tales animales, sin duda, tenían el cuero fuerte y pesado. Pero hagámonos ahora la siguiente pregunta: las elegantes de nuestros países y de las épocas actuales, que viven en un clima moderado en que las pieles no son, efectivamente, un artículo de primera necesidad, ¿hacen ascos a un buen abrigo de pieles por el simple hecho de que éste venga a pesar alrededor de los 10 kilos?

La crítica del Dr. Lehmann-Nitsche no resiste un buen análisis crítico. Tras considerar todos los datos del problema, vemos que hay muchas posibilidades de que el *su* de André Thévet represente a algún gravígrado terrestre. Lo que nos probaría de nuevo que éstos habrían vivido en Patagonia hasta una época bastante reciente, digamos por ejemplo, hasta nuestra Edad Media.

¿SE HA BUSCADO QUIZÁS EN EL LUGAR JUSTO?

El «pangolín velludo» que fué visto por Ramón Lista ¿sería tal vez un representante de tamaño mediano, desplazado en el tiempo, del grupo de los perezosos terrestres? Su descripción al menos, parece sugerirlo. Si mentalmente vamos cubriendo de pelos a un pangolín, quedaremos sorprendidos al ver hasta qué punto el animal así transformado llega a parecerse a uno u otro ejemplar de los mylodontes.

Lo que también es cierto es que allá por el año 1900 la incredulidad de un gran número de sabios se vino por tierra ante el ataque convergente de toda una serie de indicios: el testimonio de don Ramón Lista, el hallazgo de pieles magníficamente conservadas, las leyendas tehuelches y araucanas y, finalmente, la crónica del R. P. Lozano, de la que hemos transcrito aquí la idea general. El director del Museo de Historia Natural de Londres, Sir Ray Lankester, acabó por admitir, él mismo, que algunos grandes perezosos terrestres podrían haber sobrevivido en determinadas zonas de la Patagonia, regiones éstas que son efectivamente poco conocidas y menos exploradas.

Incluso se llegó a conseguir que un periódico londinense, el *Daily Express*, financiase una expedición que tendría como móvil principal la captura de un mylodon vivo. El deseo del rey de España, Carlos IV, volvía así a actualizarse, mas con la particularidad de que, esta vez, los medios científicos no sólo no lo ridiculizaban, sino que, por contra, lo alentaban y dirigían.

Mas, ¡ah! Las primeras búsquedas no dieron el menor resultado práctico; esto acabó con la flema británica del jefe de la expedición, Hesketh H. Prichard, quien se impacientó y, disimulando mal su despecho, regresó a Inglaterra. Furioso por su propio fracaso lanzó una cortina de humo diciendo a todo aquel que quería oirle, que había sido objeto de un engaño, de un vil fraude, y que las supuestas leyendas de los patagones habían sido inventadas desde el principio hasta el fin.

Esto era tanto como decir que los indios tehuelches, todos en masa, eran un conjunto de mentirosos; que las crónicas de Lozano y de André Thévet no eran sino producto de mentes calenturientas, que los despojos frescos hallados en la cueva eran ilusiones, que el profesor Ameghino era un loco y don Ramón Lista un visionario.

Hoy, medio siglo largo después, el asunto continúa en el mismísimo punto muerto. Las expediciones de Cavendish y de Koslowsky tuvieron el mismo resultado negativo que la de Prichard, con lo cual tales sabios acabaron por dictaminar que el animal en cuestión había ya desaparecido por completo de sobre la faz de nuestro planeta. Observaban también, en su concluyente informe, que los testimonios recogidos entre los tehuelches no procedían directamente de testigos presenciales o directos, sino de terceras personas, con lo cual, decían, al descontar la parte imaginativa de tales leyendas lo que resta de confianza es prácticamente cero.

Y la misma falta de éxito halló el Dr. Carlos Rusconi, del Museo de Historia Natural de Mendoza, cuando, en 1949, hizo balance de los resultados obtenidos por sus trabajos de investigación realizados en aquellos citados contornos.

Mas, sin embargo, este sabio hubo de reconocer, con toda honestidad, que muchas personas le habían visitado sucesivamente para darle noticias, más o menos fidedignas, de la existencia de animales de gran tamaño en algunos de los lagos cordilleranos y occidentales del territorio de Santa Cruz. Incluso los habitantes del sur de Malalhue, en la provincia de Mendoza, le habían hablado de «la existencia de animales raros y feroces que emitían un aullido parecido al de los lobos, pero que no son ni zorros colorados o calpeos, ni pumas, porque a esas personas les eran muy familiares sus hábitos como también las pisadas que dejan estos animales en los lugares de terrenos blandos donde salen a merodear.»

Así, pues, muchos naturalistas esperan aún, aunque no lo digan para no descubrir su impaciencia, que alguien lo suficientemente audaz vuelva a enfrentarse con la colosal tarea de registrar pulgada a pulgada los inhóspitos y recónditos parajes de la Patagonia.

¡Quién sabe si otras sorpresas esperan aún a los naturalistas como resultado de tal búsqueda sistemática! ¿No nos ha dicho acaso F. Outes que en la región del río Salado y del arroyo Tapalqué se encuentran, en un estado de frescor muy notable, huesos de otros dos mamíferos que están hoy en día ampliamente reputados como fósiles? Por una parte, éstos son los del gliptodonte *Doedicurus*, uno de los tanques vivientes de los que ya hablamos anteriormente; por otra, los de ese gran «tigre» con dientes de sable llamado *Smilodon*, cuyos caninos estaban tan sumamente desarrollados que al no poder, por tal causa, cerrar sus fauces sobre la presa, se veía obligado a matarla por el procedimiento de apuñalarla con tan agudos y largos colmillos.

A propósito del primero de estos animales, recordemos que el Dr. Moreno encontró en 1884, en una gruta de los alrededores del río de los Patos, en la cordillera de los Andes, unas pinturas al ocre que representaban, en su opinión, unas corazas de gliptodontes.

Mas ¿es forzosamente en Patagonia donde hay que buscar la pista de los eventuales supervivientes de la fauna pampeana?

Lo que está fuera de dudas ya en nuestros días, es que el hombre de América del Sur ha conocido perfectamente bien todos esos mamíferos gigantescos que parecen pertenecer, por su traza, a las más remotas épocas. Ha quedado igualmente establecido, con las necesarias e irrefutables pruebas paleontológicas, que muchos de tales monstruos emigraron en otros tiempos a América del Norte, donde fueron igualmente contemporáneos del hombre.

Desde el Mioceno hasta el final del Pleistoceno e incluso en los principios de la época actual, los perezosos gigantes han emigrado hacia el norte y han ido ganando así, sucesivamente, el Uruguay, Brasil, Bolivia, luego Colombia, los países de América Central y Méjico, e incluso una parte de los Estados Unidos, donde se han hallado algunas de sus osamentas.

Sería posible así que los despojos de los mylodontes desenterrados en la punta extrema de la Patagonia se hayan conservado allí desde hace bastantes siglos e incluso que tales inofensivos y grandes animales fuesen exterminados en aquel entonces por los indios que precedieron a los actuales tehuelches; además, fué justamente con los restos de tales seres humanos con los que encontramos, más o menos mezclados, los huesos y las pieles de los perezosos gigantes. Por contra, se puede sospechar también que dichos animales eran aún conocidos más al norte de la Argentina en el momento del descubrimiento de América, como queda perfectamente demostrado en las páginas de las numerosas crónicas antiguas. Parece deducirse así de todo esto que quizá fueran algunos de los supervivientes de tales animales quienes motivasen todas las leyendas que circulan entre los tehuelches y hasta quizá, el testimonio de don Ramón Lista, si bien este punto concreto es ya algo más delicado y más discutible.

Los perezosos gigantes, ante las matanzas y persecuciones de que eran

objeto por parte de los indios nómadas de las Pampas, debieron irse replegando gradualmente, al igual que el jaguar, hacia las selvas vírgenes tropicales que les ofrecían un refugio seguro y una tranquilidad, por tanto, muy considerable.

Dentro de este movimiento emigratorio, algunas hordas o rebaños acabarían finalmente incluso por alcanzar la América del Norte con sus llanuras herbosas que tanto les recordarían sus añoradas y ya lejanas pampas.

Pero como no hay bien que cien años dure, en aquellas verdes praderas aparecieron pronto otros indios, igualmente nómadas y cazadores, que acometieron también la tarea de exterminarles para hacerse con su carne y con sus cueros.

En lo único que no cabe discusión posible es en el motivo de su exterminio; no podemos —como vamos viendo ya— atribuir tal desaparición a ningún cambio geológico ni a fenómenos climatológicos; no. Con el indicio cierto de que siempre han aparecido sus restos junto a las instalaciones de cocinas y hogueras hechas por el hombre, tenemos ya la clave cierta de que su exterminio fué llevado a cabo por obra de la glotonería humana y de la costumbre, lógica para nosotros pero bien dolorosa para estos pobres animales, de querer resguardar los cuerpos con sus pieles para defenderse de las inclemencias del tiempo.

Otros muchos especímenes debieron salvarse, sin duda alguna, de tales ataques y de tan continuada persecución, por el sistema de retirarse a las selvas del Amazonas y a la región boscosa de los Andes donde rara vez el hombre osaba penetrar. Y allí, en medio de tan inextricables regiones, hallarían al fin un refugio cierto, puesto que las fieras feroces tampoco podrían nada contra aquellos seres protegidos tan eficazmente por sus óseas armaduras.

Mas entonces, ¿podríamos tal vez suponer con razón que puedan aún vivir en aquel infierno verde que para ellos habrá sido, realmente, un auténtico paraíso?

En todo caso, y como vamos a verlo seguidamente, tal hipótesis —caso de resultar cierta— vendría a explicarnos muchos rumores inquietantes que circulan aún por aquellas regiones de las que Conan Doyle dijo, muy juiciosamente, «que ninguna noticia procedente de allá me parecerá nunca demasiado extraña».

Capítulo II

LA ANACONDA GIGANTE Y OTRAS «SERPIENTES DE MAR» CONTINENTALES

1906. La fiebre del caucho despierta peligrosamente en todo el Continente Verde. Los colonos tratan por todos los medios de obtener caucho, cuanto más mejor y al precio más barato posible. Y para ello, para lograrlo, todos los medios son buenos y no hay escrúpulos de conciencia capaces de poner obstáculos. Así, llegan incluso a reducir a una auténtica esclavitud a los indios de las regiones del Amazonas, a los que no dudaban en azotar, martirizar o incluso asesinar, a la menor protesta o al más mínimo desaliento. Las tribus que osan resistir son exterminadas en auténticas matanzas y sus poblados arrasados por el fuego. Por su parte, los funcionarios y militares encargados de mantener el orden, rivalizan también en ambición y brutalidad con los propios buscadores o *seringueiros*. El motivo de todo este río de sangre es bien simple; el látex alcanza cada día precios mayores y el que más caucho consiga, sea como sea, antes logrará hacerse inmensamente rico.

En las plantaciones que bordean los ríos Abuna y Acre (Macarinarra), cuyo curso sirve para delimitar justamente la frontera sur del Brasil occidental, el extremo norte de Bolivia e incluso una parte del Perú, estalla a la vez una agria disputa con respecto al trazado exacto de tales límites o demarcaciones.

Todo el mundo temía, en aquellos momentos, que estallase una auténtica guerra. Una guerra que, razones diplomáticas aparte, vendría a ser ¡la auténtica guerra del caucho!

La *Royal Geographical Society* de Londres fué llamada como mediadora de tal litigio. Y ésta, a su vez, encargó a un oficial de artillería de 39 años, el mayor Percy Fawcett, hacer un trazado topográfico exacto de las discutidas regiones y márgenes. Por esta causa fué, precisamente, por lo que dicho mayor Percy Fawcett, entró en aquel clima de ho-

rror, en aquellas casi inexploradas regiones y en aquel ambiente en que cualquier pequeño motivo podía ser la chispa necesaria para hacer arder la ya recalentada yesca. El mayor Fawcett, que veinte años después habría de desaparecer en las sombrías regiones del Matto Grosso, daba así su primer paso hacia la fama y hacia la leyenda.

LA ANACONDA DE 19 METROS DEL MAYOR FAWCETT

En el mes de enero de 1907, Percy Fawcett oyó hablar, por primera vez, de unas serpientes gigantescas que merodeaban por el pequeño poblado perdido de Yorongas que, a decir verdad, no era sino la reunión de cuatro o cinco cabañas de *seringueiros* y que estaba situado no lejos de las fuentes del río Acre. Mas con ser tan pequeño e insignificante tal poblado, tenía el gran mérito de ser el último bastión civilizado establecido en lo más intrincado de una inmensa región totalmente inexplorada:

«El administrador de Yorongas —contaría luego Fawcett en sus Memorias— me ha relatado que cazó una vez una anaconda de más de 18 metros de larga (58 pies) en la parte del bajo Amazonas. En aquella época me sentía yo bastante inclinado a considerar tal noticia como una auténtica exageración, pero más tarde —y como contaré luego— nosotros mismos tuvimos ocasión de matar una serpiente más monstruosa aún que la citada.»

Este hecho se produjo dos o tres meses más tarde, en las orillas del río Abuna, uno de los afluentes del Madeira y por los lugares aproximados en que dicho río sale al encuentro del Rapirrao. Dejemos ahora que sea nuestro topógrafo y artillero quien relate las circunstancias de dicha caza:

«Nos dejábamos llevar plácidamente por la perezosa corriente del río, no lejos de su confluencia con el llamado río Negro, cuando de repente —y casi justamente a fil de roda de nuestra barca— apareció una cabeza triangular seguida de una buena parte de un inmenso y ondulante cuerpo. Era una anaconda gigante. Di un salto rápido y agarré fuertemente mi carabina. El extraño animal comenzó entonces a arrastrarse por la orilla del río, como queriendo dejar el agua y ganar la tierra firme. Era tal la velocidad con que se deslizaba que no tuve casi tiempo de apuntar, mas con todo y con ello logré meter en su cuerpo una nada despreciable bala del calibre 44, al lado justo de su espina dorsal y a unos tres metros de distancia del comienzo de su repugnante cabeza. El agua comenzó entonces a salpicar como una auténtica lluvia sobre nuestras cabezas y la barca pareció haber chocado con un arrecife, tales fueron los golpes que sentimos bajo nuestros pies, en la misma quilla de la chalana. Me costó Dios y ayuda conseguir que la tripulación indígena llevase nuestra barca hacia la orilla, ya que su único deseo era salir huyendo de aquellos parajes a toda la velocidad que se pudiese obtener de nuestros remos. Los pobres tenían tal susto que los ojos parecían querer salírseles de sus órbitas. En el momento justo de hacer yo el disparo, comenzaron todos ellos a aullar como posesos y a pedirme que no hiciese tal cosa. Estos

indígenas temen no sólo la venganza del animal herido sino también la del correspondiente compañero del otro sexo.

»Pusimos al fin pie a tierra y, con toda clase de precauciones, nos fuimos acercando al animal que se hallaba tumbado sobre la orilla del río. Estaba medio muerto pero su cuerpo era sacudido por unos violentos estremecimientos. En tanto que pudimos apreciar la parte de su cuerpo que salía del agua mediría muy a gusto unos 14 metros (54 pies); lo que restaba dentro del río tendría una longitud aproximada de 5 metros (17 pies), lo que viene a hacer así un total de 19 metros (62 pies). Sin embargo, no era tan gruesa como parecía lógico en esta dimensión, puesto que su cuerpo no tendría más de 30 centímetros (12 pulgadas) de diámetro. Ahora bien, el aspecto general del animal decía bien a las claras que, por una u otra causa, llevaba bastante

Fig. 8. — *Encuentro del Mayor Percy Fawcett con la anaconda gigante de 19 metros (según un dibujo hecho por su hijo Brian)*

tiempo sin probar bocado en consonancia con sus necesidades. Traté yo luego de cortar un trozo de su piel, pero el animal, que según resultó no estaba aún muerto, comenzó a sobresaltarse más aún, con lo cual creí prudente desistir de mi intento.

»Un fuerte y penetrante olor emanaba de la serpiente; procedía sin duda de su aliento, al que achacaban los indígenas un poder estupefaciente que inmovilizaba así a sus víctimas, dejándolas auténticamente aterradas y paralizadas (1). Todo en este género de serpientes es realmente repugnante.»

»Quizás unos animales de tan desmesurado tamaño no sean demasiado co-

(1) Si bien el aliento de las serpientes no tiene, como se pretende por los indígenas, un poder estupefaciente, lo que sí es bien cierto es que puede llegar a ser extremadamente fétido como ocurre a menudo en el caso de otros muchos animales carnívoros. Un domador decía recientemente, a este propósito, que el peligro más grave que se corre al meter la cabeza dentro de las fauces de un león es el de perecer asfixiado... Mas también pudiera ser que el apestoso olor que se desprende a veces de las serpientes, emane de sus glándulas cloacales almizcleras, cuyo «perfume» parece ser que juega un determinado papel en la atracción sexual entre ejemplares de tal raza.

munes ni corrientes, pero las pistas que se encuentran a veces en las marismas o zonas pantanosas llegan a tener en algunas ocasiones una anchura de 1,80 metros (6 pies) lo cual viene a apoyar las afirmaciones de los indios y de los buscadores de caucho, que dicen que las anacondas pueden llegar a alcanzar unas dimensiones tan impresionantes que el ejemplar que yo logré cazar no sería así, al lado suyo, más que un vulgar enano de la raza. La Comisión Brasileña de Fronteras me habló de una serpiente derribada en el río Paraguay y que, al ser medida, dió la respetable cifra de 24 metros (80 pies) de larga.»

LAS ANACONDAS NO SOBREPASAN (OFICIALMENTE) DE LOS SEIS METROS CON DIEZ

Todo lo anteriormente relatado no impidió, sin embargo, que —según nos cuenta su propio hijo Brian— cuando Fawcett dijo en Londres haber matado una anaconda de 19 metros de largo, fuese calificado allá, por los eruditos y sabios, de exagerado mentiroso. Podemos releer una y mil veces todos los relatos del infortunado explorador en la seguridad de que nunca hallaremos en ellos ni una sola exageración con respecto al tamaño o a la ferocidad de los animales que él llegó a conocer. Pero este antecedente, por lo visto, pesó poco en el ánimo de aquellos hombres que, sin moverse de sus cómodas casas, ponían así peros a los relatos de quienes venían del auténtico infierno del Amazonas. En sus narraciones hallamos a veces notas como la siguiente, redactada ésta tras haber sido el autor atacado por un *surucucú* o *bushmaster (Lachesis mutus)*.

«Venía a medir unos 2,70 metros (9 pies) de largo y, más o menos, unos 13 centímetros (5 pulgadas) de grosor y sus colmillos, si eran proporcionados, alcanzarían bien los 2,5 centímetros (1 pulgada) de largos. Los especialistas pretenden que estas serpientes llegan a veces a medir hasta 4,25 metros (14 pies) de largo, pero yo personalmente nunca he visto ejemplares tan desarrollados.»

Fawcett, seguramente, era algo soñador y tales sueños le llevaron incluso, en más de una ocasión, a alimentar esperanzas no muy fuertemente basadas. Pero no era, en modo alguno, ni un mentiroso ni un exagerado tan siquiera. Siempre nos relató, incluso en forma más bien prosaica, cuanto vió en el curso de sus expediciones; sus interpretaciones o sus comentarios solían ser a menudo algo fantásticos, pero no así sus observaciones, que se ceñían siempre a la realidad más cruda.

Lo que llama nuestra atención durante la lectura de sus Memorias, es el contraste entre el sórdido infierno que él nos pinta y el esplendor de las ciudades perdidas entre aquella hermética selva, a cuya búsqueda él dedicara su vida entera.

Y dicho ya esto, ¿qué tamaño máximo es el que admite la Ciencia para la famosa anaconda *(Eunectes murinus)*, la boa acuática de la América tropical?

En las obras de zoología veremos frecuentemente que se le llega a achacar una longitud de 10 ó 12 metros; mas hay también otros muchos autores que se muestran bastante menos generosos con respecto a la longitud de la discutida anaconda.

«Personalmente —escribe, por ejemplo, Hyatt Verrill— yo no pienso que la anaconda llegue nunca a medir más de 6,10 metros (20 pies). El Dr. Dit mars es aún más exigente que yo y sólo le concede una longitud de 5,80 metros (19 pies) como máximo. Mas como quiera que yo mismo he cazado a veces algunas anacondas que medían, desde el vértice de la cabeza hasta el extremo de la cola, un poco más de 6,10 metros (más de 20 pies por una fracción de pulgada), fué esta la causa de que añadiese yo un pie a las dimensiones propuestas por el famoso naturalista. Así pues, y hasta tanto que no vea personalmente una anaconda de mayor tamaño, o al menos una piel de mayores dimensiones, seguiré diciendo que la cifra dada por mí es la máxima que alcanzan estas grandes serpientes de América.»

Haría falta advertir, bien claramente, que la piel curtida de una serpiente es siempre de mayores dimensiones que la misma piel en vivo, lo cual se debe al hecho de que para secarla es preciso colgarla, sujetándola previamente por sus dos extremos. Si la piel se somete entonces —por un curtidor poco escrupuloso— a una tensión excesiva, da ésta de sí y llega de tal forma a aumentar considerablemente su longitud primitiva.

Hyatt Verrill pretende incluso, haber visto una piel de anaconda que si bien cuando su «propietaria» estaba viva medía tan sólo 5'50 metros; luego, al ser estirada convenientemente por el curtidor, dió de sí hasta llegar a los 7 metros, lo cual es un buen tanto por ciento de aumento.

Sin embargo, se asegura que para unos ojos no profanos es una auténtica tarea de niños el reconocer las pieles que han sido así estiradas: «Una piel que ha sido tendida sometida a una tensión excesiva y desproporcionada resulta en todos los casos demasiado estrecha para la longitud que alcanza; no se conserva pues la lógica relación que existe normalmente entre ambas dimensiones; las escamas, además, tienden a separarse unas de otras y así el dibujo o enladrillado que éstas forman en conjunto aparece como difuso o difuminado.»

Estas apreciaciones de Hyatt Verrill son verdaderamente juiciosas, a pesar de lo cual tienen un punto débil, que es el siguiente: En el Instituto de Herpetología de Butantan, en Brasil, existe una piel de anaconda que mide ampliamente los 10 metros de longitud. Yo dudo mucho que tal dimensión se haya podido obtener estirando simplemente una piel de los 6 metros prescritos por el señor Verrill. Tampoco creo que los especialistas en serpientes que trabajan en tal Instituto hayan sido tan cándidos como para aceptar una piel estirada o trucada, que viene a ser lo mismo. Digamos, pues, que esta piel, en todo caso, debe forzosamente proceder de una serpiente que, en su estado vivo, daría una medida de 8 metros al menos. Y esto nos viene confirmado por las opiniones de Curran y Kauffeld, los dos mejores especialistas en serpientes

que hay en América, quienes dicen que «el mayor ejemplar que se ha exhibido en un jardín zoológico medía 8 metros de largo». Y nadie llegará a creer, digo yo, que un ejemplar vivo de serpiente hubiese sido también previamente alargado por tracción. ¡Nadie llegará hasta ese punto, en su afán rigorista de mantener un criterio!

LA DIFICULTAD DE EVALUAR LAS DIMENSIONES DE UNA SERPIENTE VIVA

Este tamaño, además, no tiene tampoco nada de extraño ni del otro jueves, puesto que tal dimensión ha sido ya dada, repetidas veces, por las mismas pitones del Antiguo Mundo. «La mayor serpiente que haya sido cazada o capturada y cuyas medidas han sido tomadas y comprobadas en forma irrecusable, era una pitón obtenida por William Hornaday; medía un poco más de 9,15 metros (30 pies).» Esta afirmación pertenece a nuestro antiguo amigo Hyatt Verrill, quien, para no variar, sigue mostrándose tan categórico como siempre. El señor F. Angel, experto herpetólogo del Museo de París, fué bastante más prudente y más exacto en sus afirmaciones cuando nos dijo: «Un viajero francés, Charles Mayer, trajo viva a Europa, una pitón reticulada de Asia que medía 32 pies o sea 9,60 metros. Otro naturalista, William Hornaday cazó una pitón de unos 30 pies de largo. Estos son, al parecer, los mayores ejemplares que se han llegado a conocer con certeza absoluta.»

Añadamos a esto que posteriormente se exhumaron en Fayum, en Egipto y en unas capas geológicas del Eoceno medio, determinadas porciones de la columna vertebral de una pitón fósil, bautizada luego con el nombre de *Gigantophis* y que según los cálculos deductivos habría medido entre 16 y 20 metros de longitud total. La serpiente del Mayor Fawcett no sería —si tenemos en cuenta este record— ninguna auténtica campeona.

Siguiendo con las opiniones de Hyatt Verrill la dimensión siempre exagerada que los viajeros achacan a las anacondas por ellos vistas, está sujeta a un error que procede de la lógica dificultad que existe para poder medir —si alguien se atreve— a tales animalitos cuando se hallan en plenas facultades y pletóricos de vida. Puedo decir que yo sé bien tal dificultad puesto que más de una vez he intentado evaluar las dimensiones de una serpiente viva; pero éstas o bien están enroscadas sobre sí mismas o bien se deslizan ondulantes sobre el suelo a una velocidad de vértigo. Y dichos dos factores no son, ni el uno ni el otro, los más apropiados para conseguir un cálculo exacto o muy aproximado siquiera. Nuestro ojo que ya encuentra bastantes dificultades para apreciar las dimensiones justas de una línea recta y en reposo, las tiene mucho mayores aún cuando la dimensión a tasar es una curva. La prueba es bien fácil y sencilla. Bastará con pedir a alguien que nos dé, a ojo de buen

cubero la medida lineal de un círculo, digamos el contorno de un gran barreño, por ejemplo y quedaremos asombrados de los errores tan monstruosos que se producen. Tendremos que reconocer, al final de tales experimentos, que no hay más solución que la de acogerse a las fórmulas tradicionales para calcular la longitud de una curva. (1)

Un buen día en que Hyatt Verrill se hallaba en la Guayana y habiendo visto una gran anaconda, hizo éste el experimento de preguntar a cada una de las personas que le acompañaban en tal momento cuál era, a su juicio, la longitud del referido reptil.

«Un cineasta que estaba justamente cumpliendo su novatada en las selvas, afirmó solemnemente que 18 metros; un misionero, que había vivido 7 años en el interior de aquellos tupidos bosques y que había visto, por tanto, serpientes a docenas, disminuyó tal medida dejándola reducida a 12 metros; las opiniones de los indios variaban también entre 6 y 12 metros. Mi "boy", que había tomado parte años atrás en una expedición científica que capturaba serpientes, calculó 9 metros como máximo, en tanto que el "capitán", chapurreando su mal inglés, me aseguró así, sin querer arriesgarse demasiado: "Considerando bien todo, yo no puedo decir nada de manera categórica, jefe, pero yo sé, sin lugar a dudas, que estas *camoudis* (anacondas) ¡son la mar de largas!"

»Una bala de grueso calibre vino entonces a poner fin a la carrera y a la vida de la anaconda objeto de la discusión. Una vez muerta procedimos a medirla con el resultado siguiente: Desde un extremo a otro medía, justamente, 5 metros 95 centímetros (19 pies, 6 pulgadas). Pero... ¡qué monstruo! Por la parte central del cuerpo, tenía éste una circunferencia de 85 centímetros (33 pulgadas y una fracción) y pesaba, muy a gusto, más de 360 libras (165 kilos) por lo cual constituyó una auténtica carga pesada para los cinco porteadores indígenas que hubieron luego de transportarla.

»Sus proporciones eran tan descomunales que aun después de medirla, y después de verla de nuevo, no cabía en cabeza humana que realmente fuese así de "pequeña".»

Es bien cierto, hay que reconocerlo, que la crítica de Hyatt Verrill, es perfectamente fundada. Pero podremos preguntarnos quizá: ¿acaso esta experiencia es tan edificante y tan sin lugar a dudas como él pretende? Pensando que la anaconda estaba enrollada sobre sí misma, los indios dieron prueba de un maravilloso sentido de observación al decir que mediría entre 6 y 12 metros. La más baja de estas dos cantidades era, como hemos visto, totalmente exacta. El resto era así la cantidad prudencial que ellos aumentaban para prevenir posibles engaños ópticos. De donde se deduce que si la serpiente en cuestión se hubiese hallado en línea recta, nos hubiera sorprendido seguramente, la exactitud del cálculo que en tal caso nos hubiesen dado los mismos indios.

(1) Por todo esto, yo me permito recomendar a todos aquellos que deseen evaluar la longitud de una serpiente que repta en ondas sobre el suelo, el método consistente en multiplicar por 1,5 (más o menos la mitad del valor de π) la distancia lineal que existe entre la punta de su morro y el extremo de la cola. Efectivamente veremos así que, con relación a la recta imaginaria que marca la dirección de su ruta, cada una de las curvas u ondas que hace el cuerpo de la serpiente viene a ser, *a grosso modo*, una semicircunferencia cuyo diámetro teórico sería la referida ruta o recta imaginaria. Esta fórmula es sólo «muy» aproximada, pero nos da, desde luego, mejores resultados que el querer «desenrollar» mentalmente la culebra para luego medir, *in méntibus* su longitud lineal completa.

Con respecto al misionero, vemos que sus estimaciones eran bastante más por exceso que por defecto. Pues bien, aún suponiendo que, como en este caso, sea preciso disminuir en un 50 por ciento todas las medidas que los expertos conocedores del país dan a las serpientes gigantes que lo habitan, nos quedan aún unas dimensiones que exceden con mucho de las que señalan los sabios como tope: es decir, que sobrepasan la cifra record de 10 metros de la serpiente del Instituto de Butantan.

Y, finalmente, en el caso de la anaconda cazada por Percy Fawcett, no se puede hablar de un error de estimación, al menos apreciable, puesto que el monstruo fué medido cuando se hallaba ya tendido sobre el suelo y casi muerto por más señas. El hecho de que el explorador escribiese «en tanto que pudimos medirla», significará quizá que él no pudo tomar, claro está, las medidas exactas de la parte del cuerpo que quedaba sumergida en el agua. Pero aún en este caso, nos quedan los catorce metros de cuerpo tendido sobre la orilla del río, sin contar la otra parte que, por efecto del agua y de la refracción, podía aparentar más o menos unas dimensiones diferentes de las reales. Es más posible, probablemente, que al escribir tal frase quisiera decir que no tenía instrumentos precisos para hacer una medición en regla: mas al hacer tal medida, como buen anglosajón, en unas medidas tan fáciles de concretar como son los pies y las pulgadas, poco error podría haber, aún no contando con una cinta métrica o instrumento similar. Pero, además, hay que observar que él no dijo «unos cincuenta pies fuera del agua y una quincena dentro», sino que precisó bastante más al afirmar que medía, respectivamente, 45 pies en la orilla y 17 en el agua.

LAS ANACONDAS GIGANTES DEL MARQUÉS DE WAVRIN

Si nos referimos ahora a los más recientes exploradores de la región del Amazonas y de las zonas limítrofes, encontraremos siempre diferentes menciones sobre anacondas de una longitud muy superior a los seis metros que conceden, con bien poca generosidad, los señores Verrill y Ditmars. Traeré aquí sólo a colación el testimonio del Marqués de Wavrin, de quien otro Marqués, el de Créqui Montfort, presidente de la Sociedad de Americanistas de París, decía que «es el hombre que mejor conoce, en conjunto, toda esa gran zona desconocida, o medio conocida a lo más, de la América tropical o subtropical».

El Marqués de Wavrin no es, ciertamente, un zoológo de profesión, pero a pesar de ello hay que reconocer que todo cuanto nos ha relatado o descrito lo ha hecho con un absoluto rigor científico, con un espíritu desapasionado y crítico, o sea, como lo hubiese hecho el más curtido de los naturalistas o exploradores. Yo he conocido personalmente a este gran hombre de mirada fría, dura e inquisitiva. Incluso le acompañé, en

tanto que zoólogo, con ocasión de su intento de descubrir las fuentes del Orinoco, proyecto éste que las hostilidades del año 1940 vinieron a tirar por tierra. Puedo así asegurar que es persona totalmente merecedora de la más plena confianza y que hay que darle todo el crédito cuando él nos dice, en la introducción de su obra sobre los animales salvajes del Amazonas: «No quiero decir sino la más pura verdad. Pasaré así a exponer las características reales de su fauna. Y aún cuando yo reduzca a su más mínima expresión las ficciones o exageraciones que tal vez puedan correr, quedará aún materia suficiente para presentar a ustedes una colección de elementos del más alto interés.»

El gran explorador nos habla largamente de las anacondas:

«Las que se encuentran más corrientemente a lo largo de los ríos —escribe— vienen a medir de 6 a 8 metros. He llegado a verlas de 10 metros y aún existen otras mucho mayores que éstas, si hemos de creer lo que cuentan los indígenas.»

Y así nos relata cómo un día disparó sobre una anaconda de unos 8 metros de largo que se hallaba enrollada en una rama de un árbol que sobresalía de la orilla, por encima pues de las aguas de un río. Al recibir el impacto, el reptil en cuestión cayó al agua, donde se le podía ver aún, con los estremecimientos precursores de la muerte. Nuestro explorador quiso entonces hacerse con el cuerpo de la serpiente, que vendría a medir unos 8 metros de largo. Pero los indígenas le hicieron ver que no valía la pena ocuparse más de una serpiente «tan pequeña» y que no merecía, incluso, ni la molestia de sacarla del agua.

«En el río Guaviare, añadió luego uno de tales indígenas, y más concretamente aún en algunas lagunas de sus alrededores, pueden verse siempre —y más aún cuando hay crecida en sus aguas— algunos buenos ejemplares que doblan muy holgadamente las dimensiones de este ejemplar. La anchura de estas serpientes es mayor aún que la manga de nuestra piragua, concluyó diciendo el indio.»

Y puestos ya a hablar, de esta guisa, sobre serpientes, los indígenas que manejaban la piragua contaron al explorador muchos de los encuentros que ellos mismos habían tenido con tan repugnantes seres:

«Con ocasión de unas crecidas, y cuando tratábamos de ganar el río Guaviare, nos hallábamos cruzando uno de esos pequeños lagos o lagunas que se comunican, por una especie de canal, con el río propiamente dicho. De improviso oímos unos ruidos como de tormenta. Esto nos extrañó grandemente puesto que el cielo estaba sin una sola nube y no hacía, tampoco, ni el más mínimo viento. Sin embargo, era bien cierto que las aguas de la laguna comenzaron a agitarse violentamente, creando un respetable oleaje que iba a estrellarse contra la orilla del pequeño lago. Al no ser una tormenta, habría de ser forzosamente un gran animal que cazaba entre dos aguas. Por un momento pudimos divisar una monstruosa cabeza de serpiente; el animal aquel nadó un breve instante por la superficie, zambulléndose luego otra vez en aguas más profundas.

»Afortunadamente, habíamos ganado ya el canalillo que nos daba paso al río; si nos hubiésemos encontrado aún en el centro de la laguna, hubiésemos sido, con toda probabilidad, devorados por el monstruo. O, en todo caso, nuestra chalupa no habría podido salvarse de ser volcada e incluso lanzada por el aire de algún fuerte coletazo. El caso es que nunca más volveremos a aventurarnos por tales parajes.»

Esta última afirmación y el temor que ella encierra, son perfectamente comprensibles: igualmente lógico es el hecho de que el Marqués de Wavrin les prestara crédito, máxime cuando él mismo tuvo, días después, conocimiento que en el río Putumayo, «un buey» había sido raptado, digámoslo así, por una monstruosa serpiente. Como él mismo relataba, «la gente de aquellos contornos quedó vivamente impresionada por tal hecho».

Y la cosa, creo yo, no es para menos.

LA BOA GIGANTE, RIVAL DE LA ANACONDA

Uno que, desde luego, no tiene ni la menor duda sobre la existencia real de serpientes de tamaño verdaderamente colosal, es el señor Lorenz Hagenbeck, director del Zoo de Hamburgo-Stellingen. Hijo del célebre Carl Hagenbeck y educado por tanto en su misma escuela, cuenta así con los títulos suficientes para que nadie pueda tacharle de desconocer, o de conocer poco, toda clase de animales por muy extraños que sean. Desde hace ya más de un siglo, todos los viajeros y capturadores de fieras envían periódicamente sus informes sobre la fauna del mundo entero a los representantes de la dinastía de los Hagenbeck. Y éstos, sabido es, tienen el orgullo y la gloria de ir reuniendo, en los Zoos del mundo entero, los especímenes más raros de las familias animales más desconocidas o incluso de las especies ya olvidadas. Y a este respecto, la captura de los primeros hipopótamos enanos, llevada a cabo por el hombre de confianza de Hagenbeck, fué, sin duda, uno de sus éxitos más espectaculares.

En los archivos de la gran familia Hagenbeck se acumula toda una serie de informes sobre animales completamente ignorados por los zoólogos o, lo que es mejor, negados incluso por tales hombres de ciencia. Uno de éstos es una serpiente acuática del Amazonas, de un tamaño muy superior al de las grandes anacondas y a la que los indios dan el nombre de *sucurijú gigante*, o sea, boa gigante.

Este aspecto de la cuestión precisa de un prólogo que nos ponga en la situación debida. Digamos, para empezar, que la anaconda o *Eunectes murinus* es también miembro de la gran familia de las boas. Incluso se la llama frecuentemente boa de agua. Esto no significa, sin embargo, que las restantes boas no naden si llega la ocasión: lo que ocurre es que la

anaconda, cuyas fosas nasales pueden cerrarse herméticamente a voluntad, puede estar por tal causa grandes ratos seguidos en inmersión, lo que la hace, como vemos, francamente acuática.

Pero no existe más que una sola clase de anaconda: su piel está tachonada de manchas y de anillos ovales o en forma de rombo de color castaño oscuro, casi negruzco, y que resaltan del tono general de la piel, que es de un verde oliva tirando a grisáceo.

Entre las boas, de las que hay numerosas especies, la coloración de su piel es muy variable: a menudo se observa, sobre la parte dorsal de su cuerpo, una serie de manchas ovaladas, de color claro o incluso rosadas, que quedan así rodeadas por el color de fondo que es mucho más oscuro en todos los casos.

La famosa boa constrictor es la mayor de todas las boas conocidas y clasificadas por los herpetólogos. Estos afirman, a tal respecto, que nunca han logrado capturar o cazar un ejemplar de tal especie que sobrepasase de los cuatro metros. Lo que no impide, claro está, que en todo tiempo hayan circulado leyendas respecto a ejemplares de tal clase de dimensiones infinitamente mayores. Podemos citar, incluso, el relato en portugués, de un tal John Browne, que nos habla de «un sucurijuba, un minhocâo formidavel, formidanda, formidolosa, formidolosissima» (1), que medía 9 metros de largo.

Pero este testimonio, que procede del único superviviente de un grupo de seis soldados de artillería que desertaron de la guarnición de Santa Helena, y que, en su huída, se adentraron, allá por el año 1799, en la selva virgen donde, al parecer, se vieron mezclados en una auténtica historia de amor, de aventuras y de peligros, este testimonio, repito, no nos merece demasiada confianza.

Más impresionante y, al propio tiempo, dotado de mayor seriedad, es el testimonio que un célebre viajero, George Gardner, nos presenta en su obra «Viajes por el interior del Brasil». Después de haber afirmado allí que se encuentran ejemplares de la boa constrictor en toda la provincia de Goyaz, y sobre todo en las orillas boscosas de los lagos, marismas y ríos, añade que algunos de tales ejemplares alcanzan una longitud de sus buenos 12 metros.

«La mayor que yo he visto en mi vida —dice Gardner— vivía precisamente en tales parajes. Algunas semanas antes de nuestra llegada a Cape, el caballo favorito del señor Lagoeira desapareció un buen día del prado donde le habíamos dejado para que pastase. Un par de días después descubrimos una monstruosa serpiente, bien muerta por cierto, en las ramas bajas de un árbol que se alzaba justo al lado de la corriente de un río. Tales ramas caían hasta el mismo nivel de las embravecidas aguas. Pudimos comprender, a simple vista, que la serpiente en cuestión había sido cogida por sorpresa por una brusca crecida del río; y que al tener un exceso considerable de alimento

(1) Más tarde volveremos a hablar de este nombre de *minhocdo* que se utiliza en las regiones del Paraná y de Paraguay para designar a una especie de serpiente fabulosa, tan fabulosa precisamente ¡que bien podría incluso no ser una serpiente!

dentro de su cuerpo, no había sido capaz ni de nadar ni de alzarse más por sobre las ramas para escapar así del embate de las aguas. De tal manera, pues, que acabó por ahogarse. Hizo falta el empleo de dos caballos para que, remolcándola, la sacasen a tierra firme. Una vez allí vimos que medía no menos de 11 metros de largo. Se procedió luego a abrir su cuerpo y dentro encontramos restos aún de carne y de huesos de nuestro pobre caballo. Los huesos de la cabeza, concretamente, se hallaban completamente intactos, de donde dedujimos que la serpiente en cuestión se había tragado al caballo todo entero.»

Y esta monstruosa serpiente de once metros, vista por Gardner, resulta todavía un simple enano en comparación con la monumental *sucurijú gigante* de la que Lorenz Hagenbeck nos diera noticias. Éste, a su vez, se halla firmemente convencido de la existencia de tan descomunal monstruo, puesto que él conoce personalmente a quienes facilitaron los datos sobre tal animal: concretamente, fueron éstos los Padres Heinz y Frickel, de cuya sinceridad nunca dudó ni un solo instante.

LA SUCURIJÚ *GIGANTE DEL PADRE HEINZ*

El primer testimonio emana del Padre Víctor Heinz en persona.

«Durante las grandes crecidas del año 1922, el día 22 de mayo, sobre las tres horas para ser más preciso, me hice conducir en canoa desde Obidos a mi casa por el curso del Amazonas; de repente vi, en medio de la corriente, algo francamente raro y extraño. Pude al fin distinguir lo que era; a cosa de unos 30 metros de distancia se divisaba una enorme serpiente de agua. Para diferenciarla de la *sucurijú* los indígenas que me acompañaban la llamaron, a causa de su monstruoso tamaño, *sucurijú gigante* (boa gigante).

»Enrollada en dos anillos se dejaba ir por la corriente, suavemente llevada por las aguas. Mi tripulación, temblando de miedo, dejó de remar como un solo hombre. Inmovilizados por la impresión, nos quedamos todos contemplando tan repugnante animal. Evalué a *grosso modo* sus proporciones, comparando el grosor de su cuerpo con el de una barrica de aceite y su longitud la calculé, más o menos, en unos 25 metros Cuando ya al fin estuvimos suficientemente lejos del animal en cuestión, y cuando, por tanto, mis remeros volvieron a recuperar el uso de la palabra, me dijeron, asustados aún, que la serpiente aquella nos hubiera aplastado como a una vulgar caja de cerillas a no ser por la feliz coincidencia de hallarse ella, en aquellos momentos, haciendo plácidamente la pesada digestión de algún buen banquete integrado por cerdos de agua (cabiales).»

Al sur de Obidos, también, cuentan que mataron a una de estas monstruosas serpientes en el momento justo en que comenzaba a tragarse un grueso puerco de río, en las orillas de la misma corriente. Su estómago contenía —según pudo comprobarse después de la caza— otros cuatro ejemplares de la misma raza de cabiales. En otro lugar, se encontraron en la orilla de un río, dos grandes excrementos en forma de bola, com-

pletamente llenos de pelos de animales. De una de aquellas bolas sobresalía un hueso de una pata de buey.

El segundo testimonio procede también del Padre Heinz:

«Mi segundo encuentro con una serpiente gigante de agua tuvo lugar el 29 de octubre de 1929. Para evitar el riguroso calor y las molestias de un viaje por tierra, había yo decidido descender por el río en dirección a Alemquer. Partimos pues, a eso de las 7 de la tarde. Sobre la medianoche nos encontrábamos ya más abajo de la confluencia del río Piaba, cuando mis remeros, presos al parecer de un extraordinario temor, se pusieron a remar como locos, dirigiendo la canoa a toda velocidad hacia la orilla del río.

»—¿Qué pasa? —grité alarmado alzándome de mi asiento.

»—¡Allí, un enorme animal! —me respondieron asustados.

»En aquel mismo instante oí removerse el agua como si estuviese pasando a nuestro lado un enorme barco de vapor. A la vez vi, a unos cuantos metros por encima del agua, como dos luces de un verde azulado, parecidas a las luces de posición de un barco fluvial. Por todo ello, no pude por menos de gritar:

»—¡No os asustéis! ¡Es un vapor! ¡Remad hacia la orilla a fin de que no tengamos un abordaje!

»—¡Ni vapor ni nada! —me respondieron—. ¡Es una cobra grande!

»Petrificados, nos quedamos mirando, absolutamente inmóviles, los ojos del monstruo que, entre tanto, se iba acercando a nosotros. Al llegar a nuestra altura, esquivó la canoa, y volvió a cruzar el río en un tiempo record. Tal travesía nos hubiera llevado a nosotros, a toda la fuerza de los remos, de diez a quince veces más tiempo. Cuando llegamos a tierra firme, respiramos al fin tranquilos y volvimos a hacer provisión de valor. Lanzamos gritos a fin de llamar de nuevo la atención de la serpiente. Al mismo tiempo, una forma humana comenzó a agitar una lámpara de petróleo en la otra orilla del río, creyendo, sin duda, al oír nuestras voces, que se trataba de alguien que se encontraba en peligro. Seguidamente, la serpiente volvió a dirigirse al centro del río y entonces ya pudimos ver la diferencia real que existía entre el resplandor de la lámpara y el brillo fosforescente de los ojos del monstruo. Más tarde, y ya de regreso, los habitantes de aquellas comarcas nos dijeron que en aquel río habitaba una *sucurijú gigante*.»

Tras aquellos dos encuentros, el Padre Heinz, que hasta aquel entonces había puesto siempre en cuarentena cuantos rumores al respecto llegaron hasta él, no pudo ya dudar de lo que había visto con sus propios ojos y así, interesado en el asunto, pasó a estudiarlo por sí mismo.

Por ello, reunió todas sus noticias, formando un expediente y lo pasó a Lorenz Hagenbeck, experto indiscutible en tal materia.

Entre tales noticias o testimonios, figuraba uno, de un testigo ocular, que era el comerciante portugués Reymondo Zima, bien conocido del Padre Heinz y que, en aquella época, llevaba ya nueve años habitando frente por frente de la pequeña ciudad de Faro, sobre la orilla del Jamunda. Este testimonio había sido publicado también por un periódico de Río de Janeiro.

«El 6 de julio de 1930 remontaba yo el curso del Jamunda en compañía de mi mujer y de un muchacho que era quien se ocupaba de nuestra canoa a

motor. Estaba cayendo ya la noche cuando vimos una luz sobre la orilla derecha del mencionado río. Creyendo que ésta procedía de la casa en cuya búsqueda íbamos, pusimos proa hacia la luz y poco antes de llegar a ella encendí nuestro reflector. Mas he aquí que vimos, con verdadero asombro, que la citada luz se nos venía materialmente encima a una velocidad de vértigo. Una enorme ola levantó la proa de nuestra embarcación estando en un tris de hacernos zozobrar. Mi mujer empezó a gritar empavorecida. En aquel preciso instante distinguimos la forma de una serpiente gigante alzada sobre el agua y que ejecutaba una auténtica danza oriental alrededor de nuestra canoa. Luego, el enorme animal cruzó el río —cuya anchura era aproximadamente de un kilómetro— a una velocidad fabulosa y levantó auténticas olas a su paso; unas olas mucho mayores que las que suelen producir los barcos fluviales cuando avanzan a toda máquina. Tales olas venían a chocar contra nuestro pequeño barco —de unos 13 metros tan sólo de eslora— con tal fuerza que a cada segundo nos veíamos ya dando la vuelta y saltando de cabeza por la borda. Aceleré el motor de la canoa en todo cuanto daba de sí, tratando, como un desesperado, de ganar ya por fin tierra firme. No quiero dar medidas ni dimensiones del monstruo, ya que ellas estarían influenciadas, muy probablemente, por la emoción del momento. Supongo que como resultado de alguna herida el animal aquel estaba tuerto, puesto que ninguno de los tres tripulantes pudimos divisar más que una sola luz o resplandor, que es tanto como decir, nada más que un solo ojo. A mi juicio, el animal aquel debió tomar nuestro proyector por el ojo de uno de sus congéneres, pero mucho más monstruoso aún que él mismo, claro está, dadas las dimensiones.»

En aquellos mismos parajes un antiguo alumno de la Misión del Padre Victor Heinz, el señor Pablo Tarvalho, divisó, en 1948 —y también durante el curso de un paseo en barco a motor— una serpiente de agua que emergía del nivel del río a una distancia de unos 250 a 300 metros: evaluó éste su longitud en unos 50 metros. El animal en cuestión fué siguiendo el barco durante algún tiempo, siendo innecesario decir que el pequeño navío se daba mientras tanto a la fuga, como alma que lleva el demonio.

El Padre franciscano Protesius Frickel, cura de Oriscima, manifestó mucho más coraje. Mientras se hallaba predicando una misión por las orillas de la parte superior del río Trombetas, pudo divisar la cabeza de una serpiente gigante reposando sobre la misma orilla. Silenciosamente, desembarcó nuestro buen fraile en la orilla, algo más arriba del lugar en cuestión y luego, ya por tierra, fué acercándose con cautela a tales contornos. Pudo llegar así hasta unos seis pasos de distancia del lugar donde se hallaba el animal. Estaba éste sumergido en el agua: su cabeza, y una buena parte del cuerpo, emergían del río: la cabeza, como antes hemos dicho, estaba apoyada en la tierra del margen. «Sus ojos —escribía el misionero—, eran grandes como platos...»

Nadie dudará, pues, que unos monstruos de tales características han de estar dotados, forzosamente, de una auténtica fuerza de titán.

El propio Padre Heinz nos da una idea más concreta sobre tal punto al relatarnos la anécdota siguiente:

«En un brazo de agua que conduce desde el lago Maruricana hasta el río

Iguarapé, un brasileño llamado Joao Penha se ocupaba, el 27 de septiembre de 1930, en limpiar la orilla a fin de facilitar la puesta o postura de las tortugas que por allí abundan. En un determinado momento, vió bajar por aquella especie de canal una de esas grandes masas flotantes integradas por ramas a la deriva entremezcladas con toda clase de restos vegetales. Estas especies de balsas naturales flotantes, suelen ser, muy a menudo, un no despreciable obstáculo contra el que han de luchar los vapores fluviales. Y si bien éstos llegan a tener hasta unas 500 toneladas de arqueo, no crea nadie que por eso no las pasan muy apuradas, a veces, para desembarazarse de ellas en el curso de su navegación. Estas mismas plataformas vegetales son las que otras veces nos permiten —tal es su tamaño— cruzar sobre ellas los anchos ríos sin mojarnos siquiera las suelas de los zapatos.

»Pues bien, sobre aquella masa vegetal a que nos venimos refiriendo, nuestro hombre pudo distinguir, netamente, dos luces verdes fosforescentes.

»Penha pensó, en el primer momento, que se trataría de algún pescador que se hallaba buscando huevos de aves. Mas he aquí que de improviso aquella especie de almadía salió lanzada, despedida, yendo a parar a unos 300 metros más adelante. Una ola descomunal, de más de dos metros de alto, barrió toda la orilla. El hombre, asustado, llamó entonces en su auxilio a sus dos hijos que se hallaban por las inmediaciones; y así fué como los tres pudieron divisar una gigantesca serpiente de agua, que alzaba una gran parte de su cuerpo fuera del río. Pudieron distinguir, igualmente, sus ojos fosforescentes y los enormes dientes de su mandíbula inferior.»

LORENZ HAGENBECK TRATA DE «FILMAR» AL MONSTRUO

Además de los testimonios de muchas personas, el «dossier» que el Padre Heinz envió a Hagenbeck contenía incluso una serie de fotografías impresionantes de dos increíbles monstruos que fueron cazados con un intervalo de unos quince años. Tales fotos se publicaron también en un periódico de Río de Janeiro.

Las fotos, todos lo sabemos, pueden ser trucadas a discreción. Para salir de dudas, el Padre Heinz se tomó el trabajo de dirigirse al propietario del «Bazar Sportivo», de Manaos, donde dichas placas habían sido reveladas. Puede parecer sorprendente el hecho de que dos fotos, tomadas en regiones distintas y en épocas muy separadas, hubiesen acabado, sin embargo, por ir a parar, las dos, a un mismo almacén de fotografías. Será preciso recordar, por tanto, que Manaos es la mayor población de toda la zona central del Amazonas y que está casi justamente situada en la confluencia de numerosos afluentes del gran río. Así es, de hecho, la primera población civilizada de importancia que encuentran aquellos hombres que descienden por el Amazonas, o por sus afluentes, de las zonas inhóspitas del interior. Y a pesar de su relativa civilización, no crean ustedes que en aquel entonces había allí tantos establecimientos fotográficos como para poder escoger cada cual el que más le gustase. El hecho es que el comerciante en cuestión aseguró a nuestro buen Padre que no había hecho ni el menor retoque en tales clisés fotográficos.

Los funcionarios de la Comisión de Fronteras que le entregaron, en 1933, la primera de las dos fotos a revelar, le contaron en aquel entonces cómo se había desarrollado la caza de la serpiente gigante: sin demasiados prejuicios, y sin presumir de puntería, le habían dado muerte, simplemente, a rafagazos de pistola ametralladora. El animal, al sentir aquel buen número de heridas, trató de huir desesperadamente, dando coletazos a diestro y siniestro, con el resultado único de derribar, en su marcha, un gran número de matorrales y de arbolillos. Según sus datos, cuatro hombres fuertes ¡no hubieran sido capaces de cargar, ni tan siquiera, con la enorme cabezota de la monstruosa serpiente!

La segunda foto fué tomada en 1948. La serpiente retratada —y que al decir de los testigos medía unos 35 metros de largo— se había introducido reptando en las viejas instalaciones del Fuerte Abuna, en cuyos intrincados vericuetos pareció perderse. Esto ocurría, por tanto, en el territorio de Guaporé. La serpiente no quedó muerta sino tras de haber disparado sobre ella no menos de 500 cartuchos de metralleta. La rápida descomposición que sufre la carne bajo el abrasador sol del Ecuador y el poco interés comercial de la piel, nos explican sobradamente por qué el cadáver del monstruoso animal fué lanzado luego rápidamente a las aguas del río.

Lorenz Hagenbeck se basaba, pues, en todos estos informes para afirmar que la *sucurijú gigante* no es, ni mucho menos, un simple mito. Según él, tal animal podrá llegar incluso hasta alcanzar una longitud de unos 40 metros y un diámetro de 80 centímetros. Su peso, así, podría ser ¡hasta de unas cinco toneladas! Su color general, nos sigue diciendo, lo más frecuente, es el marrón oscuro con el vientre moteado en blanco sucio. Sus ojos son de un tamaño sorprendente y de una fosforescencia maravillosa.

Un día un periodista le preguntó si no sería la captura de tal animal un broche maravilloso para una carrera de tantos éxitos como la del gran Hagenbeck. Éste, rompiendo a reír alegremente, le respondió:

—¿Pero se da usted cuenta de la instalación técnica que precisaría tal captura y, sobre todo, de las dificultades que representaría el tener en cautividad a un monstruo como ése? No existe en el mundo entero un acuario capaz de encerrar a tal bicho e incluso es inconcebible que alguien lo hiciera. Pero a este respecto yo tengo otros proyectos más asequibles y llevaderos; y es, preparar una expedición de caza, convenientemente dotada de un equipo cinematográfico, en forma tal que pueda filmar a mi gusto la caza de un animal de tal especie, sacando luego, una vez obtenido, cuantas vistas queramos de la referida presa. A la vez iríamos captando con los tomavistas todas las peripecias que una aventura de este tipo forzosamente ha de llevar emparejadas. El éxito de esta expedición es una pura y simple cuestión de dinero...»

¿PODRÁ PESAR UNA SERPIENTE DE CUARENTA METROS TANTO COMO CINCO TONELADAS?

Si empezamos por reconocer que las dimensiones que se achacan a estas monstruosas boas pueden haber sido exageradas, muy probablemente, no por mala fe, sino sencillamente por la lógica excitación del momento, hemos de seguir luego reconociendo también que las objeciones que al respecto se han presentado no están mejor fundadas ni son tampoco mucho más dignas de fe.

No hablemos ya de esos incrédulos que rechazan *a priori*, y por las buenas, todas esas informaciones; éstos llamarán mentirosos, si hace falta, a todos los testigos presenciales y, sin pararse en barras, dirán lisa y llanamente que todo eso no son más que historias. Frente a esta actitud puramente negativa y en la que no cabe el diálogo, no hay más que dejarla a un lado y continuar adelante.

Pero algunos autores tratan de demostrar «científicamente» la imposibilidad de que tales monstruos existan y esto, francamente, sí que incita ya a una discusión.

Así, el periódico argentino *El Mundo Argentino* publicó, hará dos años, un artículo firmado por Carlos de Vasel y titulado «Los monstruos no son siempre producto de imaginaciones calenturientas». En este trabajo, y tras de darnos previamente unas buenas muestras de su prudencia y de su rigor científico, nos cuenta luego el autor la reciente exterminación por una expedición armada organizada a este fin, de dos boas gigantes que sembraban el terror en toda una región del Alto Amazonas.

Medían, precisa luego, más de 40 metros de largas y una de ellas pesaba unas 5 toneladas. El texto venía acompañado de una fotografía en la que podía verse una de dichas serpientes que, aparentemente, era enorme, descomunal. Detrás del cuerpo muerto del animal aparecían dos hombres; señalemos que tan sólo la mitad superior de los cuerpos de dichos cazadores sobresalía por detrás de la serpiente, lo que nos dará una idea de las dimensiones de la misma. Si todo esto no era un simple y artificioso efecto de perspectiva, habría entonces que reconocer que la cabeza de la boa tenía unas dimensiones superiores a la talla de un hombre.

Un naturalista, muy erudito por cierto, llamado Louis Marcellin, tomó pretexto de esta información para desenterrar su hacha particular de guerra en contra de los crédulos que se «tragaban enteras tales informaciones». Y así, en el periódico *Le Chasseur français*, comenzó a escribir denodadamente contra todos aquellos que suponían fueran ciertas tales serpientes monstruosas, que no eran, a su juicio, sino tonterías y productos de imaginaciones febriles. Y tras haber traído a colación los *records* de longitud oficialmente admitidos por la ciencia, trató de rebatir tales

asertos, aunque, digámoslo desde ahora, dejando ver entre líneas sus débiles conocimientos de matemáticas:

«Seamos generosos, decía, y concedamos un amplio margen a las proporciones reconocidas; demos 12 ó 14 metros incluso —mas sin que esto tenga valor de prueba— y veremos cómo estamos todavía muy lejos de los 40 metros de que nos hablan. Y más lejos todavía nos hallamos del peso; una serpiente de una decena de metros llega a dar unos 115 kilos. Admitamos un peso medio de 12 kilos por metro de serpiente; un «monstruo» de 40 metros debería entonces pesar, como máximo, ¡media tonelada! El redactor del periódico brasileño ha exagerado mucho por tanto.»

Señalemos, para empezar, que al atribuir a una serpiente de 10 metros un peso de 115 kilos, el señor Marcellin no ha sido tan generoso como él mismo pretende serlo. El propio Hyatt Verrill ya citado, y bien puntilloso por cierto, daba a una anaconda de 6 metros escasos ¡un peso de 165 kilos!

Pero no discutamos menudencias con el señor Marcellin. Lo más grave, en su caso, es el curioso sistema, adoptado por él, de calcular un peso en función del tamaño. Parece olvidar, en efecto, que el animal no crece solamente en el sentido de la longitud, sino en tres dimensiones. Si utilizamos en otros casos su propio método «matemático» llegaremos a los resultados más divertidos y curiosos. Al nacer, un bebé humano mide 50 centímetros y pesa alrededor de los 3 kilos. Remedando al señor Marcellin podemos, pues, reconocer un peso medio de 3 kilos por cada medio metro humano, con lo cual el peso de un adulto de 1,75 metros será tres veces y media mayor que el de un bebé recién nacido: o sea, ¡un poco más de diez kilos!...

Vemos así que si se admitiese que un ser conserva, durante todo su desarrollo las mismas proporciones que ya tenía al momento de nacer, sería bastante, para obtener su peso final multiplicar su peso inicial por el cociente de su crecimiento de talla relativa ¡al cubo! Quede bien entendido que esto no puede ser exacto puesto que un ser, durante su vida, varía notablemente su forma y proporción. Mas aun descontando esto, el resultado seguiría siendo falso.

Así, si multiplicamos por 3,5 *al cubo* los 3 kilos de nuestro recién nacido humano, obtendríamos para un adulto de 1,75 metros un peso de 130 kilos, o sea casi el doble de lo que en realidad y como término medio viene a pesar.

Pues bien, aun teniendo en cuenta esta reserva, apliquemos ahora la fórmula a una serpiente, cuyo diámetro crece en las mismas proporciones que la longitud de su cuerpo y veamos así qué resultado más sorprendente nos dará nuestro cálculo.

Pues con esto, y si aceptamos los pobres 115 kilos de la serpiente de 10 metros de larga, llegaremos al resultado de que una serpiente de una longitud cuatro veces superior vendría a tener un peso ideal de 115×4^3, o sea, 7.360 kilos en total. Y si tomamos como base los 165 kilos de la serpiente de 6 metros citada por Hyatt Verrill, hallaremos que una ser-

piente 6,5 veces más larga tendría un peso ideal de $165 \times 6{,}5^3$, lo que nos da el asombroso resultado de ¡45 toneladas!

Estamos bien lejos de la «media tonelada como máximo» del señor Marcellin, ¿no es cierto?

Y admitiendo que la anaconda de Hyatt Verrill fuese excepcionalmente pesada (quizá acababa de darse una buena comilona) y dado también que una serpiente toma, en el curso de su crecimiento, una forma más esbelta (lo que nos obligaría, a *grosso modo*, a reducir en un 50 por ciento quizá su peso ideal o teórico), salta a la vista aún que un peso de 5 toneladas es, para una serpiente de 40 metros, una cantidad *bastante razonable*. Y me extraña mucho, para decir verdad, que las personas que cazaron tal monstruo y que sin embargo no pudieron pesarlo, llegasen a evaluar su peso con una aproximación tan relativamente exacta.

Tenemos por otro lado, que este mismo peso es el que calculaba Lorenz Hagenbeck para las boas gigantes de 40 metros de largo, y esta unanimidad de criterio no deja de ser altamente significativa.

Queda así claramente explicado el porqué no ha podido nadie hacerse con el cadáver de uno de estos monstruos, aun cuando determinadas personas hayan logrado abatirlos. ¿Cómo podría realizarse el transporte por la selva, sin los medios adecuados, de una pieza de tales proporciones y peso? Tampoco es nada raro que nadie haya tenido el humor de esperar a que la descomposición descarnase tales cadáveres para traer luego, como recuerdo o como prueba, alguno de sus huesos. Como es bien sabido, la putrefacción se produce en los trópicos a velocidades de vértigo. Luego ¿piensan ustedes en el hedor que deben producir cinco toneladas de carne pudriéndose al sol?

La moraleja de toda esta historia me parece clara y concluyente. Al querer demostrar a cualquier precio que las serpientes gigantes son «auténticos imposibles», determinados hombres de ciencia se han dejado llevar por una pasión tal, en la controversia, que han terminado cegándose.

Porque de otra forma, ¿cómo explicar que unos doctos sabios puedan cometer unos errores tan garrafales en sus cálculos, que les valdrían, a buen seguro, un magnífico suspenso en cualquier examen de bachillerato elemental?

EL MINHOCÃO *DEL EMINENTE FRITZ MÜLLER*

Con todas estas menciones de las boas gigantes de 5 toneladas, no hemos llegado aún sin embargo, al colmo de nuestro asombro.

«Por el alto Paraguay —nos cuenta el marqués de Wavrin— llaman *miñocao* a una serpiente más o menos fabulosa; los indígenas pretenden que ésta puede llegar a alcanzar el grosor de una piragua grande. Dicen también que es una *sucury* o una boa constrictor que, al envejecer se ha transformado en serpiente de agua. En el alto río Paraná, ya en territorio brasileño, me han hablado igualmente de tan enormes serpientes que son capa-

ces, incluso, de sumergir en el fondo del río las piraguas que caen bajo su alcance. Tales monstruos moran en los parajes menos frecuentados y no se separan nunca de las orillas de los ríos. El pánico que inspiran es más bien de un orden supersticioso.»

El *miñocao* o *minhocâo*, como lo escriben los portugueses, ¿no será quizá una de esas boas gigantes de las que justamente acabamos de hablar? A primera vista, parece que sí. Incluso el mismo nombre de *sucury* gigante parece abogar en favor de tal tesis. Pero cuando se examina luego con más detenimiento la descripción legendaria del *minhocâo* y cuando se pasa revista a los informes de los testigos oculares, se va uno convenciendo poco a poco de que nuestro misterioso animal se va separando ya de la boa constrictor y de la anaconda; la identificación comienza a tambalearse de tal forma que llegamos incluso a dudar que se trate de una serpiente.

El primer zoólogo que se interesó por la rara leyenda del *minhocâo* fué un sabio alemán —y un sabio de primera línea, además— llamado Fritz Müller (1821-1897). Fué también éste el primero en emitir la idea —mientras se dedicaba al estudio de la embriología de determinados crustáceos— de que las diversas formas que éstos toman a todo lo largo de su desarrollo recuerdan extraordinariamente las formas que se han ido sucediendo durante el transcurso de la evolución histórica de su especie.

Esta original opinión debería inspirar luego a Ernst Haeckel su famosa ley de la «Recapitulación ancestral» (1), en virtud de la cual la ontogenia viene así a reproducir la filogenia.

Y fué justamente en el Brasil donde Fritz Müller —que a la sazón se ocupaba en asuntos comerciales— empezó a emplear sus ratos libres en el estudio del desarrollo de los crustáceos y allí también donde empezaron a llegar hasta él muchos y muy diversos rumores sobre el fabuloso y mítico *minhocâo*.

Al principio, no concedió mayor interés a tales leyendas, considerándolas como simples cuentos de los indígenas, que más parecían mover a risa que a investigaciones científicas. Y la cosa, en principio, no era para menos. Hablaban los aborígenes de un extraño animal de 50 metros de largo y 5 de ancho, armado de una dura coraza ósea, que derribaba árboles como si de paja se tratase y que hacía variar, incluso, los cursos de los ríos, transformando así terrenos secos en auténticas marismas insondables. El rumor, como verán ustedes, más sonaba a fábula que a otra cosa.

Pero poco a poco, fué nuestro sabio recogiendo rumores por aquí y por allí y verificando testimonios de personas que decían haber visto al animal en cuestión «en carne y hueso y con sus propios ojos», y que, sin definirlo ya como un monstruo tan auténticamente absurdo, sí seguían diciendo que no era ninguno de los animales que más o menos nos son

(1) Esta ley es más conocida en castellano con el nombre de «Ley biogenética fundamental» —N. del T.

conocidos; coincidían todos también en el tamaño impresionante de la extraña criatura. Todo esto hizo que dicho erudito se lanzase, un buen día a publicar un informe sobre la probable existencia en el Brasil de un gigantesco ser anfibio, con aires de serpiente o mejor dicho y con sus propias palabras, «en forma de gusano».

En el año 1871, el *minhocâo* hizo, según nuestras noticias, una aparición muy sonada en los alrededores de Loges. Un tal Francisco de Amaral Varella fué el primero en ver, a unos diez kilómetros del pueblo, un extraordinario animal de gigantesco tamaño y que tenía algo más de un metro de grosor. «Tenía —nos cuenta éste— como un hocico de puerco, pero no puedo asegurar si contaba con patas o no.» El valiente Francisco no osó, claro está, atacar a tal monstruo, máxime cuando se hallaba él solo; fué a avisar a sus convecinos, mas cuando éstos se hubieron reunido el animal había ya partido, pero no sin dejar antes toda una serie de huellas fuertemente marcadas en el suelo.

Una semana después se descubrió, en las orillas de río, una gran cavidad que bien podía haber sido hecha por el misterioso animal que inquietaba a los naturales de la comarca. Se fueron siguiendo las huellas de éste hasta que al fin se perdieron en la marisma. Un alemán, llamado F. Kelling, testificó haber visto tales huellas con sus propios ojos. Otro testigo relataría luego cómo había hallado una serie de huellas, por terrenos de maleza, así como unas profundas excavaciones o socavones que iban hasta las mismas aguas del río y que él atribuyó desde luego al mítico *minhocâo*.

Una tercera prueba, si bien relativa, nos llega desde la provincia de Paraná. Se cuenta allí, que una negra que iba una mañana a sacar agua de una balsa, encontró que ésta estaba toda revuelta y, seguidamente, divisó un enorme animal que se alejaba reptando. Al oír los gritos de espanto de la negra, acudieron todos los vecinos. Pero el animal había huído ya, esta vez también. Ello no obstante, pudieron contemplar perfectamente las huellas que dejara en su marcha; se alejó de la balsa por entre las malezas; luego, pasando por unas rocas, se zambulló en las profundas aguas del río.

¿SE TRATARÁ, TAL VEZ, DE UNA SERPIENTE SOCAVADORA?

Finalmente, un tal Polino Montenegro, publicó en la *Gazeta de Nicaragua* un artículo o reseña en que daba detalles sobre un gigantesco animal excavador que bien podría no ser otro sino nuestro ya célebre *minhocâo*.

En una carta fechada en Zinotega, contaba este corresponsal cómo se había enterado, durante un viaje a Concordia llevado a cabo en el mes de febrero, que una serpiente gigantesca se había «domiciliado» en el lugar conocido por el nombre de La Cuchilla. Sin pensarlo dos veces se

trasladó el buen Polino al lugar en cuestión, haciéndose acompañar de algunos amigos; una vez allá, descubrieron una serie de huellas que, a su juicio, no podían proceder más que de un animal de enorme tamaño.

Cinco años antes se observó también que, debido a causas desconocidas, una especie de plataforma de tierra apisonada se había formado misteriosamente al pie de cierta colina. Sin sospechar nada malo, un agricultor de la región aprovechó aquel terreno para plantar en él árboles frutales. Pero un buen día, toda aquella gran plataforma amaneció totalmente socavada y esparcida, dejando al descubierto las grandes rocas que hasta entonces quedaron debajo. Y como quiera que por aquel lugar no había corrientes de agua a quienes atribuir tal trabajo de zapa, el misterio quedó flotando en el aire. Poco a poco fué ocurriendo otra serie de cosas igualmente misteriosas e intrigantes: árboles que aparecían derribados, enormes rocas que rodaban por la colina sin causa conocida, llegando incluso, como ocurrió en el mes de diciembre, a interceptar totalmente la carretera de Chichiguas a San Rafael del Norte. Todo el suelo de aquella zona apareció luego lleno de enormes socavones y agujeros; según se desprendía de tales pruebas, todo el contorno estaba minado por completo.

En todas las altas comarcas de las fuentes del Uruguay y del Paraná podremos encontrar también, según nos asegura Fritz Müller, tales excavaciones y surcos que parecen ser debidos a la obra de algún gigantesco animal zapador. Al decir de los testigos más numerosos, tales agujeros o zapas aparecen con más frecuencia después de las lluvias, y siempre estos caminos así excavados van a morir en algún curso de agua o en alguna marisma.

Y quizá fuese también el propio *minhocão* a quien se refiriese Percy Fawcett cuando se hizo eco de diferentes rumores recogidos por él en el mismo corazón de la América del Sur.

Tras haber señalado la existencia, en un río, de tiburones (lo cual en efecto ha sido confirmado luego repetidas veces, ya que estos grandes animales se aventuran en las aguas salobres de los grandes ríos del Continente Verde) (1), el famoso explorador británico habla de depredaciones que parecen ser la obra de un animal de costumbres muy parecidas a las del *minhocão:*

«En el río Paraguay se encuentra un tiburón de agua dulce, enorme, pero desprovisto de dientes y que tiene fama de atacar a los hombres y tragárselos enteros si la ocasión se brinda propicia. Se habla también de otro monstruo fluvial —¿pez o castor?— que es capaz, en una sola noche, de arrasar materialmente una enorme porción de la orilla del río. Cuentan los indios que

(1) Se ha pretendido, incluso, que tales tiburones llegan a veces, por el Amazonas, hasta Manaos, situada a unos 1.600 kilómetros de la costa. Tales rumores habían sido siempre acogidos por los zoólogos con toda clase de reservas; sin embargo, a primeros de 1953, no tuvieron más remedio que rendirse ante la evidencia. El señor Felipe Ancieta, del Departamento Peruano de Aguas y Bosques, dió a conocer una prueba fotográfica que demostraba documentalmente, el caso de un tiburón del género *Carcharinus* —¡el más voraz justamente!— que había sido capturado cerca de Iquitos, ¡a unos 3.700 kilómetros de la desembocadura del río!

también se hallan huellas de algún otro animal gigantesco en las marismas y pantanos que bordean las márgenes del río, pero asegurando en este caso, que ninguno de ellos ha logrado ver al animal en cuestión... El tiburón existe sin duda alguna; en cuanto a los otros monstruos..., ¡ajá!, es una cuestión diferente. Mas no olvido por eso que aún hay muchas cosas extrañas por descubrir en el mundo y máxime en este misterioso continente verde. Si es perfectamente posible que todavía existan en estas zonas muchos insectos, reptiles y pequeños mamíferos no conocidos aún ni clasificados, por tanto, por la ciencia, ¿por qué no suponer que puedan igualmente subsistir monstruosos y gigantescos animales, reliquias de grupos ya extintos y que hayan logrado tal supervivencia gracias a las condiciones óptimas, desde el punto de vista refugio, que estas zonas les ofrecen?

»En el Madidi, en Bolivia, se han encontrado unas enormes huellas; y los indios dicen, en tales contornos, que una monstruosa criatura ha sido vista más de una vez, medio sumergida en las marismas y pantanos que tanto abundan en aquel terreno.»

Los informes relativos al descomunal tamaño o a la forma del animal son, en general, poco precisos. Ningún observador hace mención de que tal ser tenga patas, pero hay que señalar, no obstante, que dicho animal parece haber sido observado siempre cuando se hallaba medio sumergido en las aguas o en el cieno de los pantanos.

«Si el animal no posee patas —concreta el Dr. Budde, que comentó el trabajo de Fritz Müller en sus *Études naturalistes*— sería necesario admitir, por tanto, que repta como un gusano; sus escamas le servirían así de punto de apoyo en sus marchas subterráneas de excavación. El hocico de puerco y los cuernos —si es que podemos conceder crédito a los relatos que en tal sentido nos llegan— nos recuerdan a algunos otros reptiles que llevan una vida parecida a la que se supone o atribuye al *minhocão*.»

Esta última frase parece hacer alusión a la víbora cornuda o *Cerastes*, que tiene la costumbre, efectivamente, de esconderse bajo la arena que tanto abunda en su región de residencia del Sahara y de la Arabia Pétrea.

¿SERÁ EL MINHOCÃO UN ARMADILLO GIGANTE?

A juicio del referido Dr. Budde, la descripción del *minhocão* podría también servir perfectamente para designar a un armadillo gigantesco, a uno de esos curiosos tanques vivientes que evocamos ya en el capítulo precedente.

Es bien cierto que el caparazón óseo, mencionado a veces, el morro achatado y los cuernos —que no serían en realidad sino las tiesas orejas del animal— nos hacen recordar con gran fuerza a uno u otro de los especímenes de *Glypodontes*. Dado, además, que estos animales de potentísimas garras tenían las mismas costumbres excavadoras del armadillo actual, con el que se hallaban incluso emparentados, vemos así como el retrato se va perfilando más y más, acentuándose por momentos el parecido.

Como su tamaño rondaba los cuatro metros, podemos deducir fácilmente que las galerías que tales animales socavasen habrían de producir frecuentemente serios accidentes en el terreno así minado. Recordemos que las madrigueras socavadas en África por el orictéropo, que es de un tamaño bien inferior, producen a menudo el derrumbamiento de grandes árboles, lo que lleva aparejado, a veces, la obstrucción de los caminos o carreteras.

A juicio del Dr. Budde es bien posible que los *minhocâos* sean precisamente los supervivientes de los armadillos gigantescos, que han logrado llegar hasta nuestros días, salvándose de la destrucción gracias, precisamente, a su vida subterránea. Y yo añadiría que tal circunstancia

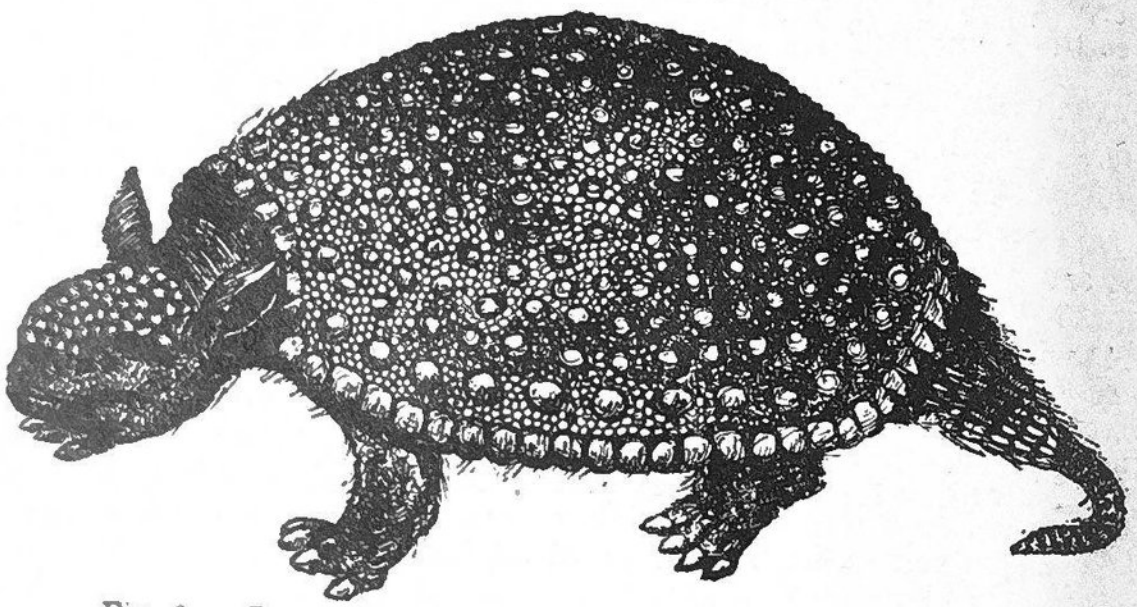


Fig. 9. — *Reconstrucción del* Glyptodon, *armadillo gigante de 3,50 metros de largo*

ha podido valerles también para salvarse si puede decirse así, ¡de su descubrimiento por parte de los naturalistas!

Mas si el *minhocâo* resulta ser ciertamente un glyptodon, nos vamos a encontrar con una sorpresa, con una de sus características que va a tirar por tierra más de una teoría y que puede sorprender: es, justamente, su condición de anfibio. ¿Cómo encaja tal cosa con nuestra idea secular del armadillo? En realidad, sabemos que en la actualidad son excelentes nadadores; atraviesan los ríos, cualquiera que sea su profundidad y anchura, llenándose los intestinos de agua hasta que éstos les sirven de flotadores, no obstante ser su cuerpo bastante pesado. Nada hay realmente que se oponga, en principio, a que un armadillo gigante pueda optar por una vida semiacuática. Y además, vanidades aparte, ¿qué sabemos nosotros, en rigor de verdad, sobre las costumbres y hábitos de tales monstruos blindados?

Primeramente, no sería el único caso de un mamífero que fuera, a la vez, zapador y anfibio; además del ornitorrinco, éste es también el caso

de bastantes insectívoros, como el *Neomys fodiens*, y de otros cuantos roedores, tales como el castor y la rata almizclera.

Consideremos igualmente que, a causa del enorme peso que debía darles a los glyptodontes su coraza ósea, nada tendría de raro que éstos, al igual que los dinosaurios gigantes del tipo de los *Diplodocus*, hubiesen buscado un medio más denso que el aire, a fin de facilitar así sus movimientos.

Finalmente y en relación con el aspecto escamoso de su piel, se comprende bien fácilmente que alguien, que hubiese visto emerger de las aguas la cabeza del animal y la parte superior de su caparazón, pudiese haberlo tomado por el lomo de una gran serpiente.

Pero tampoco podemos desechar la hipótesis de una solución mixta. O sea: toda una serie de leyendas *verdaderas* pero basadas en dos animales distintos y entremezcladas o confundidas la una y la otra. Unas informaciones estarían basadas en boas gigantes; otras, en auténticos glyptodontes. Mas luego, al ir tales fábulas corriendo de boca en boca, acabarían por entremezclarse, llevándonos así otra vez a un animal *cocktail* integrado, en diversas proporciones, por el uno y por el otro.

Precisamos, pues, obtener todavía más informes y más fidedignos y más concretos sobre todo, antes de poder arriesgarnos a dar, con plenas garantías de éxito, una versión científica del asunto. Pero dada la poca antigüedad histórica de los citados glyptodontes y el hecho cierto de que éstos han sido conocidos en vida por el Hombre, no sería muy sorprendente ni muy absurdo, el hecho de pensar que aún puedan hallarse con vida entre nosotros.

Mucho menos sorprendente, en todo caso, que la versión de los dinosaurios hacia la que se inclinan los espíritus románticos cuando se les habla de descubrimientos en el misterioso Continente Verde, de huellas de enormes pies, de hallazgos de criaturas anfibias de tamaño impresionante o de las devastaciones producidas por otros enigmáticos seres.

Capítulo III

EL MONO ANTROPOIDE DE LA SIERRA DE PERIJA

¿Recuerdan ustedes, tal vez, el extraño incidente que acaeció a Cándido y a su compañero Cacambo cuando se perdieron por las selvas del Amazonas? Por si acaso no es así, me permitiré recordarlo en estas páginas.

Un buen día oyeron nuestros dos personajes unos gritos, al parecer de mujer, que les hicieron ponerse en pie bruscamente, como barruntando una tragedia por las inmediaciones. El escenario, la selva siempre enigmática y misteriosa, contribuía también a aumentar la inquietud que sintieron desde el primer momento.

«Tal clamor —nos cuenta Voltaire— procedía de dos muchachas que, totalmente desnudas, corrían desaladas por una pradera, mientras que dos monos las perseguían dándoles mordiscos en los muslos.» Cándido, apiadado de las muchachas, se echó a la cara un fusil español y de dos certeros disparos derribó a los perseguidores. Mas cuál no sería entonces su sorpresa al ver que las dos mujeres se abalanzaban sobre los cadáveres y comenzaban a besar amorosamente a los difuntos cuadrumanos, dando al mismo tiempo alaridos de dolor y de pena. El asombro llegó al máximo cuando Cacambo le dijo que lo que había hecho, sencillamente, era dar muerte a los amantes de aquellas dos desnudas beldades.

«—Mi querido maestro —siguió diciendo Cacambo—, usted se asombra siempre de todo; ¿por qué encuentra ahora extraño el que unos monos puedan obtener determinados favores de las damas? En cada país existen sus costumbres y sus usos... Estos monos, además, tienen un buen tanto por ciento de hombre, como yo tengo, por ejemplo, un buen tanto por ciento de español...»

«—Tienes razón —respondió Cándido—. Incluso recuerdo haber oído decir al doctor Pangloss que en la antigüedad solían ocurrir tales cosas y qué de tan extrañas mezclas habían nacido los faunos y hasta los sáti-

ros; mantenía incluso que algunas personalidades bien destacadas habían sido testigos de tales hechos; pero yo siempre tomé tales cosas por puras fábulas.»

«—Bueno, pero supongo que ahora habrá usted quedado suficientemente convencido —añadió Cacambo— de la verdad de tales rumores...»

La anécdota es totalmente divertida, mas no creo que hubiese llegado hasta nuestros días a no ser que tuviese algún fundamento real. Voltaire, por otro lado, solía basar sus fábulas en los conocimientos de su época o, por lo menos, en los rumores y opiniones expresados por sus contemporáneos.

ÍNCUBOS Y SÚCUBOS CUADRUMANOS

Lo que está absolutamente fuera de dudas, es que la cosecha de dos siglos de exploraciones por la América del Sur había sido maravillosamente fructífera en cuanto se refiere a «singularidades» relativas —entre otras cosas— a híbridos de seres humanos y de monos. Pero ésta tampoco es una novedad absoluta; ¿no se explicaba acaso así en la antigua Grecia, la existencia de los sátiros y de los faunos? Como es ya bien sabido, tales mitos de la antigüedad nacieron, ni más ni menos, de la descripción deformada o adulterada de los monos antropoides. La deliciosa historia pergeñada por Voltaire debe hacernos así prestar nueva atención a este asunto. Es ya de dominio público que en América del Sur no existen sino monos de tamaño mediano y dotados siempre de una larga cola, en general prensil. No hay ninguna base, pues, que nos permita soñar con hombres-monos ni tan siquiera con monos-hombres que es lo mismo, casi, que decir antropoides.

¿De dónde habría sacado nuestro buen Voltaire sus noticias relativas a tales historias de América? No hay nada que nos pueda orientar; pero bien pudiera ser que él las hubiera sacado de las memorias de los misioneros jesuítas a quienes él siempre se dedicó a atacar. A este respecto, las *Noticias curiosas e necesarias das cosas do Brasil* del R. P. Simão de Vasconcellos, S. J., Provincial del Brasil, son una auténtica mina de informaciones. Se hallan en ellas buenas referencias de monstruos de cara humana y que, al decir de él, pueblan los bosques brasileños. Cita, entre otros, a unos enanos llamados *goazis* o *guayazis*, a unos seres de pies retrovertidos, los *matuyús*; y a los gigantes de 16 palmos de altura (unos 3,50 metros), los *curinqueans*, seres éstos valientes y feroces entre todos, cuyos labios y narices se hallaban adornados con pepitas de oro y a los que todos los habitantes de la comarca rendían pleitesía y vasallaje.

Parecen llegar de nuevo hasta nosotros todas las antiguas fábulas del Oriente. Surge así la sospecha de que los primeros viajeros que llegaron a tales países se engañaran o nos engañaran inconscientemente. Puesto que ellos pensaban, de buena fe, que la tierra en que ponían el pie

era la India y no América —que aún ignoraban—, nada hubiera tenido de raro que situasen allí todos aquellos seres míticos y fabulosos de que nos hablaron Ctesias y Megasthenes como originarios de la remota Asia. No sería de extrañar así que hubiesen situado allá también la vieja leyenda de las mujeres indias que fornican con monos «bajo el influjo de una detestable sensualidad».

Mas las ulteriores exploraciones iban a dejar bien sentado que no fueron los Conquistadores quienes comenzaron a hacer correr tales leyendas más o menos verosímiles; y esto se demostró, puesto que también fueron halladas mucho después, entre aquellas tribus que hasta el momento no habían tenido nunca ni el menor contacto con los blancos. Por otro lado, se vió también que la mayoría de las restantes leyendas que circulaban por aquellas latitudes tenían todas una base real, más o menos deformada luego.

Por todo esto, forzosamente hemos de escuchar con auténtica atención cuanto nos contaron al respecto los antiguos viajeros y exploradores del Nuevo Mundo.

Así, durante el curso de su descubrimiento del «Imperio de la Guayana» en los años 1595 y 1596, sir Walter Raleigh y su continuador Laurence Keymis, recogieron un gran número de fábulas tradicionales según las cuales «existían allá abajo grandes especies de monos que recordaban enormemente a los faunos». Bien entendido, claro está, que todo esto pasaba en una época en que aún ni se sospechaba la teoría del evolucionismo; por ello, cada vez que se descubría un animal que presentaba trazas o rasgos de dos seres distintos —digamos el mono, con algo de mono y algo de hombre— se achacaba indefectiblemente su nacimiento a cruzamientos monstruosos y desusados. Esta misma conclusión se desprende también de un determinado pasaje de la *Crónica del Perú* (cap. XCV) publicada en aquella misma época por el historiador español Pedro Cieza de León:

«Se dice también que en otros lugares existen (mas yo no los he visto) unos macacos muy grandes que viven en los árboles; estos simios son empleados por los indígenas (por obra del diablo que siempre anda buscando cómo hacer cometer a los hombres los más graves pecados) como sustitutivos de mujeres; de tales apareamientos nacen a veces unos monstruos con la cabeza y los órganos sexuales totalmente humanos, mas con los pies y las manos de auténticos monos. Son, según los rumores, de una gran estatura total, pero de cuerpo pequeño, y en conjunto muy velludos. Vienen a parecerse, en resumen, a su padre el diablo. Se dice también que tales seres (si es que en realidad existen) no tienen la facultad del lenguaje sino que tan sólo emiten una especie de quejido lastimero o de aullido quejoso.»

Vemos, pues, que una de estas narraciones ha podido muy bien servir de base al episodio de «Cándido» que citamos al principio de este capítulo.

TERROR EN EL MATTO GROSSO

¿Podemos entonces afirmar que en América del Sur existen o han existido realmente algunos monos de gran tamaño como el chimpancé o el gorila, o incluso más grandes aún?

Al decir de los rumores, quizá sí. Tal vez, como dice el refrán, cuando el río suena será porque lleva agua.

Y tales rumores o leyendas han persistido incluso hasta nuestros mismos días; es también significativo ver como tales historias no siempre procedían de aquellas regiones de donde se podía pensar que fuesen inventadas o «importadas» por los conquistadores o exploradores blancos. De un viaje al corazón de las Guayanas, el Dr. Edward Bancroft asegura, en 1769, que en esta región «existe un orangután (!) más grande que el del Africa (el chimpancé) y que el de Asia, creyendo las historias de los indígenas». Cuando los blancos llegaron, allá por el 1800, a las cataratas del Alto Orinoco, región que aún se hallaba totalmente inexplorada, Alexander von Humboldt oyó hablar en tales comarcas de los «velludos hombres de los bosques» que tenían fama de construir chozas, de secuestrar mujeres y de comer carne humana. Los indios de la región, e incluso los misioneros de las regiones vecinas o colindantes, creían en la existencia de tan enigmáticas criaturas a las que daban el nombre de *vasitri,* que quiere decir, ni más ni menos, «grandes demonios».

Las costumbres que se achacaban a estos ogros nos hacen pensar, a primera vista, en los gorilas, mas no debemos olvidar que, en tales épocas, estos animales eran aún totalmente desconocidos por los occidentales.

Al decir de Humboldt, esta «fábula» (como él la calificaba) podría estar basada en «uno de esos grandes osos cuyas huellas suelen parecerse a las humanas, y que en todos los países tienen fama, además, de secuestradores de mujeres».

El gran naturalista británico Philip H. Gosse se permitió preguntar, al respecto, qué gran oso era el que podía habitar en Venezuela. (El único oso sudamericano conocido es de un tamaño francamente reducido.)

«¿Y no sería tan gratuita la versión de un gran oso como la propia historia de un mono gigante?» Volviendo sobre la explicación —poco convincente, a su juicio— de Humboldt, Gosse afirmaba que creía posible «la existencia en América del Sur de algún gran mono antropoide, no conocido aún por los zoólogos». Y parece ser, como veremos más adelante, que tal afirmación sostenida en 1860, iba a tener luego un carácter de profecía.

En nuestro momento actual, a pesar de toda la civilización y de todos los adelantos conseguidos, siguen existiendo aún tales leyendas o rumores relativos a monstruos fantásticos de apariencia semihumana, en toda esa gran zona del Continente Verde, tan poco conocida en nuestros días como, casi, casi en aquel remoto ayer.

Escuchemos lo que nos cuenta Frank W. Lane, uno de los naturalistas escritores mejor informados de la Gran Bretaña:

«Los buscadores de oro que trabajaban en las márgenes del Araguaya —río este que corre al costado del Matto Grosso— suelen oír unos terroríficos rugidos que proceden de las espesuras de la selva virgen. Han hallado también cadáveres de reses; en todos estos casos pudieron comprobar que a tales animales se les había arrancado la lengua de cuajo. M. Henri Pitaud, director de la «Sociedad de Estudios y Empresas Franco-Paraguaya», de Asunción, me hizo saber en 1955, que durante algunos años la región de Ybitimi, en el Paraguay, estuvo agitada por el mismo hecho: «En un paraje, durante algunos meses, un centenar de bueyes y vacas fueron hallados muertos sin heridas y con la lengua destrozada. Estos hechos se repitieron por espacio de ocho meses. Luego volvió todo al orden, bruscamente, hasta que dos o tres años más tarde se repitieron en la misma región, pero en otro paraje diferente, siguiendo la misma suerte un cierto número de animales.» Dichos buscadores de pepitas auríferas suelen ver igualmente, en la arena de las orillas del río, toda una serie de huellas; unas huellas que se parecen extraordinariamente a las del hombre, salvo en dimensión, puesto que éstas vienen a medir, como término medio, unos 55 centímetros de longitud.»

Aun sin dar por sentado, ni mucho menos, la existencia real de gigantescos caníbales tales como los fabulosos *curinqueanos* o los no menos demoníacos *vasitris,* no por ello dejaremos de reconocer que estas huellas y estos relatos son francamente inquietantes y conturbadores. Incluso queriendo reconocer, con muy buena voluntad, que tales marcas podrían proceder —solución ésta la menos novelesca y aventurada— de algún gran oso, de algún gran mono, o aún si queremos de algún extraño reptil, nos damos de frente con el hecho cierto de que entre los animales de uno u otro género conocidos por nosotros en América ¡no existe ni uno solo capaz, por sus dimensiones, de dejar huellas de patas de medio metro de largo!

Sólo podríamos atribuirlas, quizá, a algunos de aquellos animales prehistóricos, o tenidos por tales, como el megaterio o como el dinosaurio *Prestosuchus chiniquensis,* del que se hallaron algunos restos en Brasil y que dejaba, según parece, unas marcas en el suelo algo parecidas a las huellas de pies humanos.

Pero tenemos, además, la cuestión de las lenguas arrancadas. ¿No será preciso poseer una auténtica mano para poder agarrar la lengua de un buey y una fuerza de titán para lograr arrancarla a tirones? ¿No sería preciso ser, para llevar a cabo tal trabajo, un auténtico «ogro»? La hipótesis, sin embargo, nos resulta tan fabulosa y mítica que preferimos no tomarla en consideración. Pero pensando que quedó ya firmemente establecido el hecho de que determinados gigantes, de aspecto más o menos humano, poblaron en otras épocas una buena parte de la tierra, e incluso que tal vez subsistan en las alturas del Himalaya, no podemos impedir ya que algunas sospechas e hipótesis vayan surgiendo y tomando cuerpo en nuestras mentes.

Sería, además, anormal que las grandes cuencas del Amazonas y del Orinoco, y las montañas invioladas de los Andes no nos reservasen aun buenas sorpresas desde el punto de vista zoológico. Pero hasta el presente, la mayor parte de los testimonios relativos a uno u otro de los animales ignorados por la Ciencia nos han llegado procedentes de individuos aislados, poco preparados en muchos casos, por lo cual no han logrado tales testimonios llamar fuertemente la atención de los doctos hombres de ciencia. Será preciso exceptuar, de esta gran regla general, el caso de un gran mono rojo, muy humano de aspecto, que fué divisado en diversas ocasiones y que incluso llegó a ser fotografiado, a pesar de lo cual su identidad sigue siendo aún objeto de las más vivas controversias.

EL GRAN MONO SIN COLA DEL SEÑOR DE LOYS

He aquí los hechos:

En 1917, el geólogo suizo François de Loys se adentró, con un puñado de hombres, por la sierra de Perija, formada ésta por toda una cadena de montañas recubiertas de la más insondable selva virgen y situada como a caballo entre Colombia y Venezuela. Tales sierras o montañas están habitadas, para colmo de males, por feroces indios motilones. La expedición se prolongó durante tres años. Es así un simple grupo de hombres agotados el que volvemos a hallar en el 1920 en la selva del Tarra, tributario éste del río Catatumbo, al sudoeste de la laguna de Maracaibo. Venían todos ellos vencidos por las agotadoras fiebres y diezmados por los ataques, continuos y feroces, de los ya citados indios.

Y he aquí que no lejos del río, Loys y sus compañeros se encontraron, un buen día y de repente, cara a cara con dos monos de gran tamaño que avanzaban hacia ellos, andando de pie, medio sujetándose, en su marcha, a los arbustos. Parecían hallarse en un estado de furia extrema; gritaban, gesticulaban y arrancaban ramas de árboles que luego blandían furiosamente como si de mazas se tratase. Finalmente, y en el paroxismo ya de su rabia, hicieron sus necesidades en sus propias manos, arrojando seguidamente los excrementos —como proyectiles— a aquellos blancos que osaban penetrar en sus dominios hasta entonces indiscutidos.

Con auténtica sorpresa, Loys y sus compañeros se aprestaron a disparar sobre el macho que era, sin duda alguna, el más amenazador y el más peligroso. Pero éste, que se hallaba delante de su compañera, se echó bruscamente a un lado, colocándose luego tras la hembra, de modo y manera que fué ella y no él quien recibió la descarga. Al verla caer, el macho se dió inmediatamente a la fuga.

El animal derribado fué trasladado entonces a la orilla del río; una vez allá se procedió a sentarlo sobre un cajón, sosteniéndolo derecho

gracias al auxilio de una percha o riostra, fijada en el suelo por un extremo y bajo el mentón del animal en cuestión por el otro. Y en tal postura, justamente, fué fotografiado. (Véase grabado fuera de texto.)

«Hay que señalar —escribiría luego el profesor Georges Montandon, a quien el señor de Loys relató tal incidente y quien lo dió a conocer después a todo el mundo de las ciencias—, que tales animales representaban una auténtica novedad para los expedicionarios y para sus acompañantes criollos, si bien no lo fueran para los motilones salvajes.»

¿Qué clase de mono era entonces aquel ser misterioso e impresionante?

Al primer golpe de vista y basándonos en la fotografía obtenida, se piensa, de forma irresistible, en un ateles o mono-araña. Pero al mismo

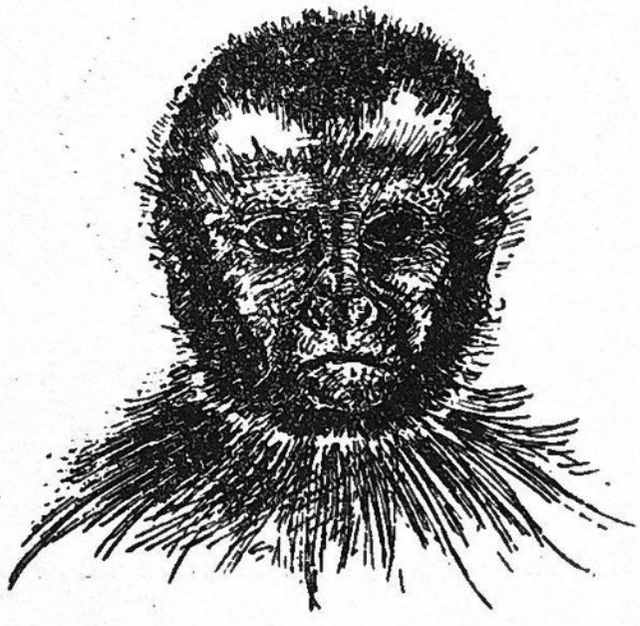


Fig. 10. — *El capuchino —tipo de mono de fosas nasales separadas (platirrino)— del Nuevo Mundo*

tiempo no deja de chocarnos fuertemente la expresión digamos humana de su rostro. Ningún mono antropoide llega a tener tal característica hasta un extremo así de sorprendente.

Si vamos luego examinando con mayor detalle la referida foto del cuadrumano, notaremos que tiene las fosas nasales muy alejadas entre de los ateles, entre otros «la disposición general de la región ocular, donde sus manos son extraordinariamente pequeños, detalle éste que es de el vano orbital se halla rodeado de un saliente óseo subcircular y encuentran también, como hace notar el profesor Joleaud, rasgos típicos continuo, más acusado en algunas zonas tales como la correspondiente a sí y separadas por un ancho cartílago; así pues, es sin duda un platirrino o camerrino, como los restantes monos de América. En su cara se los pómulos y a la de la visera superciliar». Por otra parte, los pulgares

también característico de los ateles. Finalmente, nos sorprende la longitud desmesurada de su sexo que, efectivamente —y en el caso del animal fotografiado— no es un pene como podría creerse al echar un simple vistazo a la fotografía en cuestión, sino un clítoris; no olvidemos que se trataba de una hembra y no de un macho, pues éste se dió a la fuga.

Esto, sin embargo, no debe extrañarnos; en todas las hembras de ateles hallaremos el mismo clítoris excesiva y desmesuradamente desarrollado. Hasta el punto de que llega a ser en muchos casos, tan largo y voluminoso como el sexo del animal macho. Se ha dicho y repetido, que en el ejemplar capturado por de Loys esta pseudo-virilidad era más

Fig. 11. — *Ateles, o mono-araña del Brasil*

definida y más exagerada, si se quiere, que en los casos de ateles ordinarios.

Nada de eso; yo he podido comprobar «de visu» extremos semejantes en animales vivos, como, por ejemplo, en un ateles negro que existe en el Jardín Zoológico de Amberes. Incluso llegué a ver en tal ocasión, que el parecido existente entre estos clítoris desmesurados y los penes es menos superficial de lo que pudiera creerse. En efecto, el clítoris de los ateles hembras lleva, por su cara posterior, un auténtico bosquejo de uretra; un profundo surco por el cual se desliza la orina.

Si el mono de Loys fuese un ateles, como parece resultar por tal acumulación de detalles y de caracteres físicos (sin contar con la costumbre, frecuente entre tal género de cuadrúmanos, de recoger con sus manos sus propios excrementos para lanzarlos luego sobre sus enemigos), llegaremos entonces a preguntarnos por qué razón se tomaría tantos trabajos el geólogo suizo para retratar lo que, en tal caso, no sería sino un animal vulgar y corriente en la zona del Amazonas. Es que, según él, el mono en cuestión era mucho más grande y más corpulento que todos los

demás ateles por ellos divisados y, además, por la singular característica de no tener cola. Y como sabemos, ¡todos los ateles tienen cola que es, además, larga y prensil!

BAUTISMO DEL AMERANTROPOIDE

Esta ausencia absoluta de apéndice caudal que el gran mono americano vendría a tener así en común con los antropoides de África y Asia no se puede apreciar, en forma absoluta, sobre la fotografía que venimos comentando.

Mas con todo y con eso sería difícil de refutar que el mono de de Loys tiene el cuerpo más grueso y los miembros más poderosos que los ateles ordinarios. Y hay incluso otro detalle que, a mi juicio, no ha sido puesto aún en su debido lugar en la balanza; el tórax de nuestro animal «parece» deprimido dorso-ventralmente, tal como ocurre, justamente, entre los grandes antropoides. Y su rostro es más largo que el de los otros ateles conocidos.

Su pelaje es también más basto y menos sedoso, podríamos decir, que el de estos últimos; se asemeja mucho más al de los gibones o al de los orangutanes. En cuanto a sus miembros posteriores, parecen ser más cortos que los anteriores, característica ésta que vuelve a alejarle de los otros monos de América, acercándole, por contra y de nuevo, a los antropoides entre los cuales tales miembros traseros son más reducidos todavía.

Existe otra particularidad muy importante que separa a los monos del Nuevo Mundo (platirrinos) de los del Antiguo (catarrinos) y en particular de los antropoides. Los primeros tienen 36 piezas dentarias, los segundos sólo 32, puesto que carecen de un premolar en cada fila, o sea de dos por mandíbula. Desde este punto de vista ¿en cuál de los dos grandes grupos tendríamos que clasificar al mono de François de Loys?

Según éste, el animal por él cazado no tenía más que 32 huesos en su boca. Pero esto, ¡claro está!, es imposible comprobarlo. Incluso partiendo de la base de que la cifra citada por el señor de Loys fuese exacta, cabría también pensar que el gran mono gozaba de una dentadura normal de platirrino, mas con la salvedad de que sus últimas muelas no le habían salido aún. Mas, ¿no sería algo extraordinario en este caso tratándose de un animal evidentemente adulto? Se podría también considerar la hipótesis de una reducción numérica de naturaleza teratológica, lo cual —según observó el Dr. Charles Bennejeant en su fundamental obra— es excesivamente raro; entre los monos americanos se observa más bien una tendencia al aumento numérico de las piezas molares.

En resumen, y para zanjar la cuestión, no habría sino examinar con todo detalle la dentadura del extraño mono del señor de Loys. Pero desgraciadamente el cráneo del animal, tras haber sido preparado y con-

servado por el cocinero de la expedición, acabó siendo transformado por éste en ¡bote para la sal! Funesta iniciativa. La pieza ósea, entre los calores excesivos y la acción de la sal, pronto acabó desmoronándose, perdiéndose luego sus piezas por acá y por allá.

Nos queda aún por estudiar el tamaño del animal. Los mayores monos de América —aulladores, ateles y el lagotrix— miden como máximo 1,10 metros en postura bípeda. Pero el señor de Loys afirma que el mono cazado por sus hombres era bastante más grande. Declaró primero, de memoria, que el tamaño era de 4 pies 5 pulgadas, o sea de 1,35 metros. Pero luego encontró, en una carta dirigida a su madre, las dimensiones exactas del animal: 1,57 metros de los pies a la cabeza.

Ateles o no, el hecho es que un mono americano de tal tamaño es algo absolutamente nuevo para la Ciencia. Por ello no es de extrañar que los escépticos pusieran en seguida en tela de juicio las afirmaciones de de Loys. Mas tomando como punto de comparación las dimensiones fácilmente calculables del cajón que aparece en la foto, podemos, sin gran trabajo, calcular de nuevo las dimensiones del mono. Y esto fué justamente lo que se demostró en la sesión del 11 de marzo de 1929 de la Academia de Ciencias, en el curso de la cual se hizo la presentación oficial del «mono de apariencia antropoide» que había sido descrito por el profesor Montandon.

«Según el señor Cintract, fotógrafo, los datos fácilmente deducibles de la fotografía en estudio son los siguientes: a juzgar por la parte lateral del cajón que en ella puede apreciarse, y por el número de tablas de que está compuesto, se puede ya decir que tal cajón medía 0,50 metros de alto y el animal en cuestión entre 1,50 y 1,60 metros. Por otra parte, los cajones de latas de gasolina, hechos tipo *standard*, tienen una altura de 0,45 metros; el animal, al ser tres veces y cuarto mayor que la caja, mediría así 1,50 metros.»

He aquí, pues, cómo quedan confirmados los datos dados por de Loys: Vemos que tiene tal animal un tamaño superior al del chimpancé, cuya hembra no sobrepasa jamás del metro treinta. Es fácil ya de comprender, por tanto, la sorpresa de los exploradores. Y exactamente lógico nos parece el que el antropólogo Georges Montandon quedase vivamente emocionado cuando su amigo de Loys le relató su aventura y puso bajo sus ojos la extraordinaria foto obtenida.

Bajo la sola luz de tal fotografía y de los datos y descripciones facilitados por el geólogo, el profesor Montandon describió con todo esmero y cuidado al desconocido animal —allá por el año 1929— y creyó incluso tener motivos suficientes para bautizarle con el nombre científico de *Ameranthropoides loysi* queriendo destacar así, de tal guisa, los caracteres «antropoides» del gran ateles, pero rindiendo homenaje, al mismo tiempo, a aquel que lo había descubierto.

¡La predicción de Philip H. Gosse se había cumplido!

A muchos zoólogos les chocó esto de osar hablar de un «antropoide»

americano, ya que ellos pretendían reservar tal nombre o concepto para un grupo bien definido de monos catarrinos. Y en realidad, tal cosa no tiene ningún sentido, desde el punto de vista de la sistemática. Según la clasificación más frecuentemente adoptada, se englobaban en dicho grupo dos familias distintas: los hilobatinos o gibones y los antropoides o antropopitecinos, a saber, los gorilas, chimpancés y orangutanes.

En mi criterio, la familia de los antropoides no tiene la menor homogeneidad: en algunos caracteres, el orangután parece estar más cerca de los gibones, asiáticos como él, que del gorila y del chimpancé, africanos ambos.

¡Me siento tentado a creer que los gibones y los orangutanes no son sino formas gigantes salidas o surgidas de entre los semnopitecos de Asia, mientras que los gorilas y los chimpancés procederían, a su vez, de un grupo de pequeños monos africanos, más o menos emparentados con los babuínos.

En resumen: el término *antropoide* designa, simplemente y sin problemas de orígenes, a todos los grandes monos sin cola y en los que los brazos son más largos que las patas y cuyo pecho tiene forma deprimida o aplastada.

Todas estas características nos revelan, de hecho, una particular forma de locomoción, la tan típica de estos «trapecistas» especializados, que se trasladan de un punto a otro continuamente suspendidos de sus brazos. En el caso de los otros monos, de andar cuadrúpedo, las patas son más largas que los brazos y el tórax se afila en forma de quilla.

En consecuencia, si se halla en América un mono salido de la familia de los ateles y que reúne todas las referidas características, no habrá ya ni la menor razón para negarle en conciencia la denominación de antropoide.

¿SE TRATARÁ DE UN PITECÁNTROPO AMERICANO?

A su descripción del *Ameranthropoides loysi*, el Dr. Montandon unió dos documentos, muy curiosos por cierto, para demostrar así que la presencia en América de monos de gran tamaño no era ignorada en absoluto.

El primero es el texto de Pedro Cieza de León, que nosotros reprodujimos ya aquí anteriormente y que guarda una estrecha y aparente relación, como si dijéramos, con el mono del señor de Loys.

El segundo es un informe o relación, más extraño aún si cabe, y en el que se hace alusión a unos grandes monos de apariencia hermafrodita, tal cual como los ateles hembras. Se trata de un resumen —publicado en la revista científica americana «Science News Letter»— de los descubrimientos arqueológicos llevados a cabo en el Yucatán, Méjico. (Citaré ahora la traducción textual de Montandon, que, por cierto, es bien literal.)

«Unas monstruosas estatuas de piedra, muy parecidas a otros tantos gorilas, y procedentes de la región sin gorilas de los mayas, son una de las curiosidades inexplicables del Museo Arqueológico e Histórico de Mérida (Yucatán). Hay dos de esas criaturas sin patas, pero que se alzan derechas —con una talla de más de cinco pies— sobre los muñones de sus muslos... y fueron encontradas cerca de la villa de Tekax (Yucatán)... Una de tales estatuas parece ser bisexual, ya que mientras que tiene características masculinas lleva, sin embargo, un hijo, en su brazo izquierdo, con aire totalmente maternal, junto a su pecho. Las tales figuras tienen una chocante posición simiesca. Podemos ver en ellas sus cejas pronunciadas, sus anchos pechos, sus dorsos encorvados, abovedados. No existe ni la menor leyenda que explique su significado; los habitantes de Tekax saben, tan sólo, que las estatuas de piedra se hallaban, desde los remotos tiempos, colocadas en su aislado puesto, sobre la colina (Emma Reh Stevenson).»

El profesor Montandon nos sigue diciendo luego que si hemos de creer a los indios, la región de los motilones alberga aún determinados pigmeos. Según él, tales hipotéticos «pequeños hombres» podrían no ser sino grandes monos y mucho más aún si estos últimos anduviesen en posición erecta y bípeda y si sus rasgos tuviesen algo de humano. La confusión, entonces, podría comprenderse.

Mas tal teoría debe ser dejada de lado puesto que uno de los más grandes exploradores de América del Sur, el Marqués de Wavrin, vino a demostrarnos que los pigmeos en cuestión son hombres, auténticamente humanos, si se me permite la redundancia. Incluso él mismo llegó a vivir largo tiempo entre tales indios liliputienses y que reciben el nombre colectivo de maraksitos. De su estancia nos aportó luego numerosos documentos fotográficos y cinematográficos sobre tales seres. Con lo cual vemos de nuevo que la leyenda de los *guayazis,* los enanos sudamericanos, no tenía nada de extravagante.

En sus comentarios sobre el amerantropoide de Loys, Georges Montandon no se contentó con relacionar al mono en cuestión con los antropoides del Viejo Mundo; picó más alto. «Si la desarrollada frente de nuestro sujeto —escribía él— no es el resultado de un simple efecto óptico, sospecho entonces que no deberíamos descartar la posibilidad de hallarnos ante un homínido de nuevo género, parangonable quizá al de los pitecántropos.»

Tal frase resulta exagerada en lo que se refiere a los términos, al menos. Para situar al gran mono de Loys a la misma altura o nivel evolutivo del pitecántropo, hubiera sido preciso escribir un «prehomínido», reservando así el término o concepto de homínido para los hombres propiamente dichos, o sea, para precisar más aún, para los representantes del solo género *Homo,* que comprende al Hombre de Neandertal *(Homo neandertalensis)* y al *Homo sapiens,* bien sea fósil o bien actual.

Sería absurdo, por otro lado, querer hacer del *Ameranthropoides* una especie de *missing link,* de eslabón perdido entre el hombre y el mono y esto no tanto por todas esas razones paleogeográficas que llevan a la mayoría de los antropólogos a desechar por completo la idea de América

posible cuna de la humanidad, sino también por el hecho de que cada día se va viendo con mayor nitidez y de forma más y más irrecusable, que el hipotético antepasado común de los humanos y de los simios debe ser alejado extraordinariamente y puesto infinitamente más lejos en la historia de los primates e incluso en la de los mamíferos.

Dicho esto, podemos ya tal vez aventurar una hipótesis capaz de defenderse; sería ésta, ver en el gran mono del señor de Loys un primate que hubiese adquirido, por un desarrollo convergente, tantos rasgos humanos como los conseguidos por el pitecántropo de Java o por su hermano el sinántropo, de Pekín.

Fig. 12. — *Comparación entre la forma y la estructura de una cara de amerantropoide y el pitecántropo (según una reconstitución muy humanizada de von Koenigswald, 1938)*

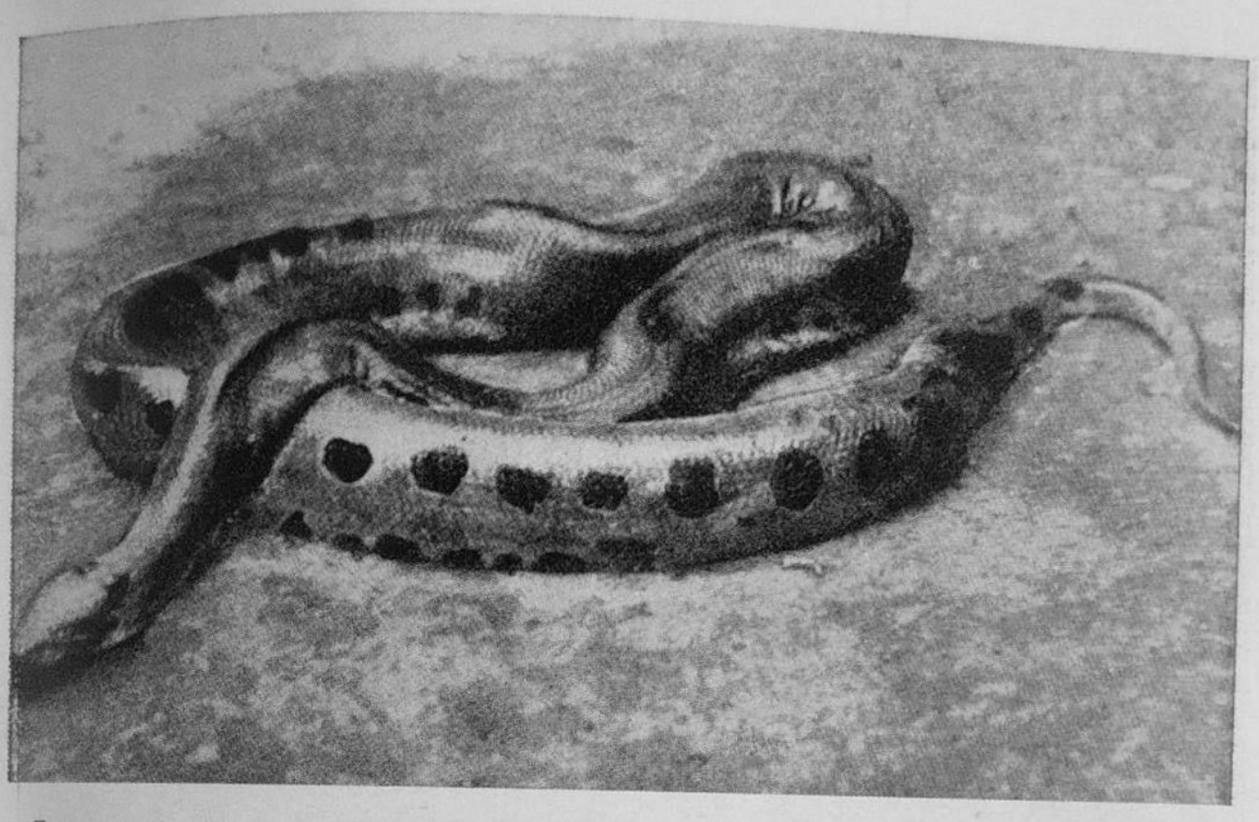
Este punto de vista fué mantenido también por el profesor Léonce Joleaud, quien escribió así:

«Yo veo al nuevo mono descubierto junto al río Tarra ocupando su puesto en el mundo de los cébidos y más especialmente en el de los ateles, con una posición determinada por un grado de evolución comparable al logrado por el pitecántropo con respecto y en relación al de los gibones.»

Hoy en día ya sabemos que en el sinántropo, que no es, sin duda alguna, más que una variedad del pitecántropo, «el maxilar era francamente prognato, la nariz platirrina y que todo el conjunto tenía una pronunciada apariencia pitecoidea». (Profesor C. Arambourg.)

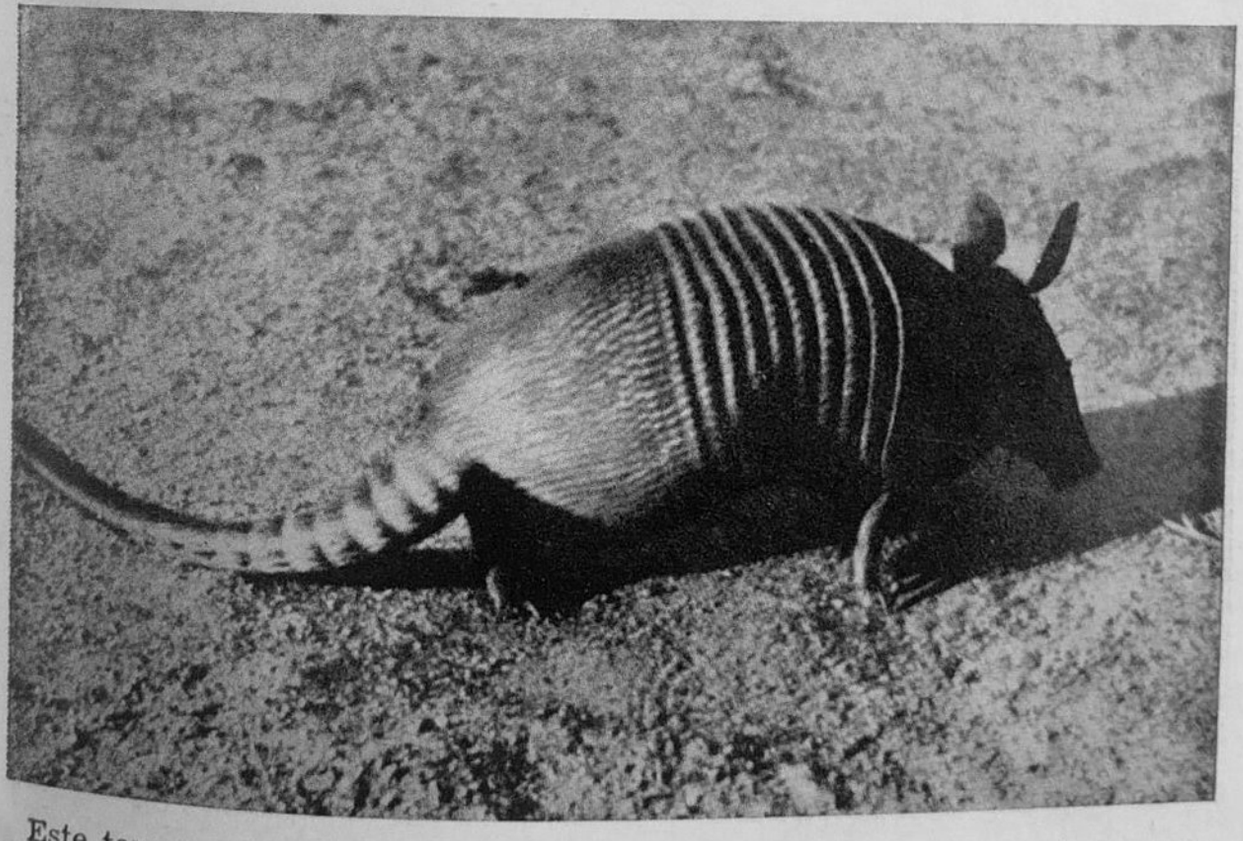
Así, pues, no habremos ya de extrañarnos ante el parecido que existe entre el amerantropoide y la reconstrucción que del pitecántropo hiciera Von Koenigswald, en 1938, sabiendo que esta última fué humanizada en exceso: la piel desnuda, la pilosidad reducida a una flotante cabellera y a las cejas, la presencia de labios, el carácter visible de la esclerótica del ojo y tantos otros caracteres que no podían inferirse del solo examen de los huesos de la cabeza y que fueron, por consecuencia, inventados.

Mas dejando todo esto aparte, podemos ver aún que la forma de la cara y su configuración son idénticas en el caso del gran mono de Loys y en el del pitecántropo. (En verdad, es bien posible que el aspecto real de éste se aproximase mucho más a la apariencia del primero que a la «reconstrucción» que tendió a humanizarle en forma quizá exagerada.)



La anaconda, a la que la ciencia no concede oficialmente más que una longitud de 6,10 metros, sobrepasa, en muchas ocasiones, de los 20

(C. Popper-Atlas Foto)



Este tanque viviente, el armadillo, tuvo en otros tiempos un «primo» que medía 3,50 metros de largo: el glyptodonte

(C. Popper-Atlas Foto)

Los ateles se parecen, sin duda alguna, al amerantropoide

(C. Popper-Atlas Foto)

... aunque son infinitamente más pequeños y tienen, además, una larga cola prensil

(C. Popper-Atlas Photo)

Por contra, la anatomía de la cara del amerantropoide se diferencia netamente de la de un ateles ordinario. Ante todo, tiene un contorno ovalado mientras que la del segundo es más bien triangular. Se debe esto a que la parte baja de la cara del mono de Loys es mucho más pesada, más maciza que la de un ateles: las quijadas son más potentes. Por otro lado, y aun cuando el amerantropoide fué fotografiado de frente, se comprende que su morro u hocico debe diferir también del de un vulgar ateles; debe aproximarse mucho más al de un sajú capuchino, otro mono americano, si bien de tamaño inferior.

Fig. 13. — *Comparación entre el perfil de un ateles (arriba) y el de un mono capuchino (abajo)*

En los ateles, la mandíbula superior es más huidiza, más brutalmente saliente que en el capuchino, lo que da al primero un morro pequeño y puntiagudo, mientras que el del segundo es mucho más redondeado. Un prognatismo así de discreto habría de caracterizar, sin duda, al tan citado gran mono del señor de Loys.

EL CEREBRO DEL AMERANTROPOIDE NOS PLANTEA UN DELICADO PROBLEMA.

Sería bien edificante conocer, a buen seguro, la capacidad craneal de un platirrino gigante; si éste alcanzase también, desde el punto de vista cerebral, el mismo nivel evolutivo que el hombre-mono de Java, ¡imagínense ustedes qué interesante sería poder estudiar sus hábitos y costumbres y, sobre todo, su posible aspecto psíquico! Hay que saber que el cráneo mejor conservado de pitecántropo javanés (cráneo II), tiene una capacidad de 775 c. c., intermedia, pues, entre la de un gorila (600 c. c. como término medio) y la de un europeo moderno (1.320 c. c. en general). A este respecto, el sinántropo de Pekín —aun a pesar de parecerse tanto y tanto a los hombres-monos de Java— se hallaba mejor dotado, puesto que la capacidad de su cráneo oscilaba entre 915 c. c. y 1.225 c. c., con una media, por tanto, de alrededor de los 1.040 c. c.

Sabido es que los antropólogos conceden una gran importancia al valor de la capacidad del cráneo, puesto que tal dato es el único que ha de valernos, cuando hallamos los restos fósiles de un mamífero, para poder juzgar sobre su desarrollo cerebral. Pero sabemos igualmente que el valor absoluto de tal volumen y consecuentemente el peso del cerebro allí contenido, no puede servir de criterio para enjuiciar o tasar el grado de inteligencia; el cerebro del elefante pesa casi cuatro veces más que el del hombre, el de la ballena cinco veces más. Resulta, pues, lógico, a todas luces, considerar más bien el peso *relativo* del cerebro en relación con el peso total del cuerpo.

Mas aun así resultará que el hombre no figura en cabeza de esta lista o «mención de honor» de «grandes cerebros»; ¡los primeros serán los monos americanos!

Mientras que en el hombre la masa cerebral representa 1/46 del peso total del cuerpo, en el mono capuchino y en el ateles, por ejemplo, llega a valer 1/15 y 1/17 de dicho peso conjunto.

Vemos, pues, que los cálculos fallan, ya que el hombre es, indudablemente, el ser más inteligente de la creación. Para paliar tal anomalía se propone toda una serie de fórmulas empíricas, más o menos felices y acertadas, para llegar a calcular así un «índice cefálico» que diese al hombre su bien ganado primer puesto. El peso del encéfalo y del cuerpo juegan papeles esenciales y primordiales en tales cálculos, pero otros numerosos autores hacen intervenir también en el conjunto el *tamaño* del ser objeto del examen.

Sea lo que sea, y habida cuenta del tamaño y de la masa del cuerpo, sigue subsistiendo el hecho de que el desarrollo cefálico de los monos del Nuevo Mundo es mucho más marcado que el de los monos del Antiguo, comprendiendo en ellos, incluso, a los antropoides. Tal detalle se re-

fleja hasta exteriormente en una mayor elevación de la frente que no es ya huidiza como en el caso de la mayoría de los catarrinos. Entre los platirrinos, y, sobre todo, en el mono capuchino, la forma abombada de la frente hace pensar, en el caso de los adultos, en jóvenes gibones o en orangutanes pequeños. Y sabido es que cuanto más joven es un antropoide más se parece al hombre, tanto psíquica como físicamente.

Esta cerebralización» intensa de los monos americanos no ha podido ocurrir sin un fenómeno similar con respecto al grado de elevación psíquica. Como se ha probado por los trabajos del psicólogo holandés Bierens de Haan, la inteligencia de un sajú capuchino, que tiene un tamaño francamente pequeño, es plenamente comparable a la de un chimpancé, lo cual ya es decir mucho.

Podemos deducir así que si en el caso de los monos americanos ocurre, como entre sus primos de África o de Asia, que la inteligencia está proporcionada al tamaño, a «grosso modo», el amerantropoide debe estar dotado de unas facultades intelectuales mucho mayores aún que las del chimpancé o las del gorila. Es muy posible, efectivamente, que su capacidad craneal —incluso considerándole tan sólo como un ateles gigante— sea bien superior a la de éstos. Y, sin duda, mayor también que la del pitecántropo y hasta puede que incluso mayor que la del hombre. Evidentemente, una vez debidamente consideradas todas las proporciones, un ateles —o un capuchino— que alcanzase las dimensiones de un hombre tendría un cerebro mucho más voluminoso que el de éste. Y no olvidemos, pues, que el amerantropoide (1 metro, 57 centímetros) viene a tener la talla de un pigmeo humano (menos de 1'50 metros), o incluso, ¡la de un hombre corriente, bajo de estatura!

El hecho es, sin lugar a dudas, que nuestro gran mono venezolano ha de poseer forzosamente un intelecto inferior al del hombre, ya que de otra forma hubiese sido él quien llegara a dominar el mundo. «Ergo» los cálculos, como antes decíamos, vuelven a fallar. Precisaríamos, para aclarar tal problema, verificar un amplio estudio y análisis de su anatomía —sobre todo cerebral—, de su fisiología nerviosa y endocrina, de su desarrollo, etc., y, todo esto, comparado siempre con iguales datos y estudios realizados sobre un hombre de idéntica talla.

Y sólo estas investigaciones lograrían aclararnos qué papel juegan la masa, el volumen y la forma del cerebro en la gran incógnita del grado de inteligencia.

EL AMERANTROPOIDE NO ES UN ATELES YA CONOCIDO

De todas formas, el enigma zoológico planteado por el gran cuadrumano cazado por el señor de Loys, sigue en pie y reclamando una solución sensata y definitiva.

Algunos eminentes naturalistas, tales como Sir Arthur Keith, han

esquivado el problema con una rara desenvoltura, pretendiendo sencillamente que el animal en cuestión es una simple variedad de ateles común, cuya cola, ¡oh desgracia!, no salió en la fotografía. Lo que es tanto como decir que de Loys es un vulgar embaucador.

Aun sin tener en cuenta el tamaño excepcional del animal —puesto que éste podría ser tal vez discutido, habiendo como hay mala fe— nos sigue pareciendo que el mero examen de la foto obtenida por el geólogo suizo demuestra, bien a las claras, que nos hallamos ante un mono de un género desconocido. Y aun a riesgo de pasar por irreverente, uno siente tentaciones de preguntar si Sir Arthur ha mirado alguna vez, con atención, un ateles corriente.

El excelente mamalogista americano Philip Hershkovitz —que recorrió durante la guerra toda la zona explorada por de Loys, sin hallar nunca ni un solo amerantropoide— llega incluso más allá, aventurándose hasta señalar a qué especie concreta de ateles ha de pertenecer el animal en cuestión. Sería éste, según él, un ateles del tipo *Ateles hybridus*. Como quiera que el prototipo de esta especie —logrado en 1826 por Le Plée, en Colombia— se conserva en el Museo de Historia Natural, me fuí allá, con tiempo disponible para examinarlo a mis anchas. Pero, francamente, no quedé nada convencido. Si bien es cierto que el *Ateles hybridus* tiene los miembros más robustos que los otros ateles (o al menos así parece deducirse de aquel ejemplar, reconstruído sobre la base de una piel hallada en muy mal estado) y que su pelaje se parece más o menos remotamente al del amerantropoide, ni su tamaño ni, sobre todo, la configuración ni la forma de su cara nos permiten identificarle con este último.

En suma, que para disipar las muchas dudas y aclarar, ya de una vez por todas, esta cuestión, sería preciso y necesario capturar vivo uno de los pretendidos amerantropoides o, al menos, sacarle ahora una nueva foto, pero ¡de espaldas esta vez!

Tenemos, por otro lado, que de Loys no ha sido ni con mucho el único que ha logrado ver uno de estos grandes monos de América del Sur. Y Pedro Cieza de León tampoco fué el único que oyó hablar de tales animales a través de las leyendas que corren entre los indios. Humboldt, incluso, las escuchó también. Bueno será señalar que tal género de rumores circulan por toda la vasta región del Amazonas y no solamente por las comarcas adyacentes a la frontera de Colombia y Venezuela.

Ustedes mismos podrán juzgar por las siguientes frases del Marqués de Wavrin que es, sin duda alguna, una de las personas que mejor conocen las cuencas del Amazonas y del Orinoco.

«Me han informado sobre la existencia de grandes monos en la región de la enorme selva del norte del Matto Grosso, entre las vertientes del Paraguay y del Amazonas. Yo no los he visto. Por todas partes dentro de la cuenca o área del Amazonas se señalan tales grandes monos, relativamente raros, por otro lado; pero es sobre todo por la parte del Orinoco por donde parecen ser

más numerosos. Les llaman allí *maribundas*. Su tamaño, cuando se alzan en pie, postura ésta que toman de buen grado para andar, viene a ser, según dicen, de 1,50 metros. La única persona civilizada que habitaba con su familia en Guaviare, en la parte alta de la zona del río, me relató incluso que ellos habían criado en su casa un pequeño *maribunda*. Y éste, una vez ya familiarizado, era una inagotable fuente de risas y alegría, gracias a las continuas *monerías* que hacía a todas horas. Pero finalmente su propietario se vió obligado a darle muerte, puesto que le producía ya demasiados perjuicios. Los gritos de estos *maribundas* recuerdan enormemente las voces humanas. En el Guaviare, concretamente, muchas veces creí, al oirlos, que eran gritos procedentes de los indios.»

Y precisamente fué en el Alto Orinoco donde Wavrin sufrió tal chasco; los citados «maribundas» sembraron el terror en el campamento del expedicionario. Sus servidores, ante tales gritos o voces, huyeron asustados, creyéndose atacados por los feroces indios guaharibos.

¿Será preciso, quizá, relacionar tales «maribundas» con los monos hallados por de Loys? Yo no lo creo así. En efecto, «maribunda» o «marimonda» es el nombre con que los indígenas designan al ateles castaño (*Ateles belzebuth*). Y éstos, recordémoslo, no sobrepasan jamás de 1'10 metros de alto.

«Según lo que me dicen los indios —precisa Wavrin— el cuerpo de tales monos es más bien esbelto. Y tienen igualmente una cola prensil...»

He aquí, pues, que todo esto no encaja, ni por asomo, con la descripción dada por de Loys.

Cabrá tal vez sopesar una nueva teoría; la de que en todo esto existía algún grado de confusionismo, entremezclándose así, en los espíritus, las noticias relativas, por un lado, al ateles castaño de tamaño normal o «maribunda» y, por otro, a un gran ateles sin cola y de color más rojizo.

Sea como sea, lo cierto es que el comentario del Marqués de Wavrin está bien lejos de brindarnos la solución del enigma.

NUEVOS TESTIGOS DEL AMERANTROPOIDE

Mucho más interesante es, para nuestros propósitos y a primera vista, el testimonio de otro explorador, Roger Courteville, ingeniero civil y médico, que dirigió hace ya años la misión etnográfica sudamericana. Fué también él quien logró, por vez primera, atravesar el Continente Verde en automóvil, desde Río de Janeiro hasta La Paz y Lima.

Este intrépido explorador pretende haber encontrado en dos ocasiones y en la región explorada por de Loys, un gran mono sin rabo al que él no dudó en llamar *Pithecos-Anthropos* (sic).

Según los informes que nuestro explorador me diera en persona, tales encuentros tuvieron lugar en 1938, el uno, y a finales de 1947, el otro.

El señor Courteville nos hace, en su libro, «Los indios desconocidos del Amazonas», un cautivador relato de uno de tales encuentros. La escena ocurre en plena selva virgen, entre los ríos Catatumbo y Tamanduá Bandeira, afluente éste del Aicuaisa (no lejos, por tanto, de la frontera entre Venezuela y Colombia).

«A unos metros escasos de distancia, una criatura parecida a un indio de raza desconocida, se hallaba mirándome con expresión embrutecida. Unos arcos superciliares muy prominentes enmarcaban sus ojos, de un color gris azulado y de aspecto dulce. El rostro, imberbe y obscuro, terminaba con un mentón más bien hundido. Un mechón de pelos coronaba su frente; una nuca de potente aspecto y un ancho tórax en forma de V llamaron también mi atención; el cuerpo y los miembros estaban recubiertos de largos pelos rojizos. Su aspecto bestial contrastaba singularmente, sin embargo, con su actitud pacífica.

¿Era aquello un hombre? ¿Era quizás un mono? Mejor se hubiera dicho un monstruoso cruce entre uno y otro, un ser nacido de los amores innombrables de una india y de un ateles. La mitad superior de los brazos aparentaba ser más larga que los antebrazos, al igual que los muslos parecían mayores que el resto de sus piernas. Las huellas dejadas por tan extraño ser sobre la arena vinieron a demostrarme luego que éste andaba sobre los bordes exteriores de sus pies, o sea tal y como lo hacen los chimpancés. El gran cuchillo *bowie-knife* que pendía de mi cinturón me daba, en tales momentos, bastantes ánimos y garantías, puesto que su buen empleo sería una gran ventaja para mí en el caso de tener que entablar un cuerpo a cuerpo con el misterioso animal. Así pues, osé levantarme muy despacio del suelo, donde me hallaba sentado, sin separar ni un solo instante la mirada de mi antagonista en potencia. Luego, y también muy lentamente, fuime acercando al extraño pitecántropo. Sus ojos, de una gran movilidad, danzaban continuamente de izquierda a derecha, sin atreverse a fijarse decididamente en los míos, esquivando así, pues, mi mirada. Cuando ya tan sólo nos separaban unos dos metros, contrajo su labio superior dejando así al descubierto los incisivos y el borde de la encía.

Bruscamente dió un salto hacia atrás con una rapidez desconcertante, desapareciendo luego por entre la espesura de la selva. Las ramas y las matas se cerraron tras su paso como queriendo proteger su fuga.

La aparición, en total, no duró más de un minuto. Pero estoy bien seguro, sin embargo, que jamás lograré olvidarla, por mucho que viva.»

Bueno será decir que el señor Courteville conocía en aquel entonces al dedillo la aventura anteriormente vivida por de Loys, y que así reconoció en su pitecántropo al gran mono fotografiado por el referido de Loys.

Tras la aparición de su artículo, publicado en mayo de 1951 en la revista «Caliban», y antes, por tanto, de la edición de su libro, escribí una carta al señor Courteville pidiéndole en ella toda una serie de datos supletorios.

En su respuesta, fué éste categórico en lo que atañe a la cuestión de la cola; los monos vistos por él no la tenían. De otro modo, ¿cómo hubiera podido pensar que tal vez fuesen indios?

Me contó también, con gran amabilidad, que «las tribus de indios de

las fronteras de Brasil-Colombia-Venezuela, incluída por tanto la de los *ningüenos*, conocen a tales «seres» a quienes ellos designan valiéndose de la onomatopeya *uuahi*.

Tal nombre, que parece proceder entonçes del grito emitido por tal animal, me hace recordar el de *uakarí (cacajaoâ* que corresponde a un pequeño monito, no mayor que un gato, que puebla la comarca del Alto Amazonas y que está caracterizado por *¡una cola rudimentaria casi inexistente!* (10 a 12 cm.). Causa ésta por la que se le concedió el nombre científico —hoy ya abandonado— de *Brachyrus*, es decir, *cola corta*.

Existen, desde luego, diversas especies de *uakarís*, siendo las más co-

Fig. 14. — *«Uakarí calvo», mono sudamericano de cola muy reducida*

munes el *uakarí calvo*, el *uakarí rojo* y el *uakarí de cara negra*. Mas en todos los casos, la expresión tristona de sus caras tiene mucho de humano. Sus cuerpos están recubiertos de largos pelos cuyo color va desde el blanco plateado hasta el castaño rojizo, según las especies.

«Lo que da un mayor interés a estos monos, escribía E. G. Boulenger, Director del Zoo de Londres, es su rostro, de un color rojo vivo, escarlata o ladrillo, y que brilla como si estuviese iluminado por su interior.»

Este aspecto, unido a la ausencia aparente de apéndice caudal, es tan llamativo que Boulenger —que no había visto la fotografía obtenida por de Loys— pensó que el «enorme mono sin cola» que atacara a este último, bien podría ser uno de esos minúsculos uakarís: añadía también «que algunos grandes ejemplares de uakarís podrían ser muy bien el origen de las «numerosas leyendas indias sobre un animal semihumano, que habita en las profundidades de las junglas del Amazonas».

Los indios interrogados por Courteville sobre la existencia de monos sin cola, nos llevaron siempre a parar a la misma confusión. Pero el detalle, en todo caso, merecía la pena de señalarse; viene a demostrarnos, una vez más, que toda una serie de animales distintos pueden entremezclarse, por tal o cual causa, en una investigación, enredando así las huellas e indicios que habrían de llevarnos, de otra forma, a una solución final relativa a estos seres desconocidos o poco y mal conocidos, en el mejor de los casos.

En su obra ya citada, Roger Courteville nos revela también que «en 1938, el Dr. De Barle se encontró con otro de esos hombres-monos en la misma región y que tal encuentro fué luego motivo de una comunicación oficial».

A pesar de mis esfuerzos al respecto, he de reconocer que yo no he podido jamás hallar ni el menor rastro de una comunicación tan importante y tan llena de interés, además (1).

UNA FALSIFICACIÓN DESAGRADABLE

Se podría pensar, tal vez, que el testimonio circunstanciado del señor Courteville hubiera venido a aportar un suplemento de crédito al relato facilitado por el señor de Loys.

Pero en realidad, ¡nada de eso!

El estimado explorador está en su perfecto derecho de tener a su *pithecos-anthropos* por «un híbrido procedente de la unión o emparejamiento de un mono con una india, o de determinados seres humanos, poco evolucionados y que viven aún en estado salvaje, con otras tantas monas». Está en su derecho, repito, como yo lo estoy en el mío de calificar a tales dos hipótesis de extravagantes.

Lo que es mucho más lastimoso y sensible es que el señor Courteville no haya vacilado en publicar en su libro una foto del referido pitecántropo entregado a la tarea de gesticular por entre las ramas, refrendando tal foto con la mención «*Documento del Dr. Barle*». Sin el menor trabajo, sin la menor predisposición para policía, se nota bien a las claras que aquello no es sino una muy desagradable falsificación, un «trucaje»

(1) Vivamente interesado en tal aspecto, escribí al señor Courteville para pedirle nuevos y más exactos detalles sobre este particular. Mas él se contentó, por toda respuesta, con decirme que el Dr. de Barle «debió dirigir su comunicación a la Academia de Medicina, sobre el año 1946». Ni corto ni perezoso repasé yo entonces concienzudamente los archivos de dicha institución, pero completamente en vano. Volví a dirigirme a Courteville haciéndole saber el fracaso de mi intento y rogándole me enviase nuevos datos que me permitiesen llegar hasta las mismas fuentes de la información. Esta vez me respondió que había hecho llegar mi carta al propio Dr. de Barle y que sería un placer para él presentarme a tal colega. Tras esto no tuve ya más noticias ni del uno ni del otro. Sólo sabría después, por medio de un tercero que habló a su vez con el señor Courteville, que el tal Dr. de Barle, que resultó ser una dama, doctora por tanto, vivía en París mismo y que se hallaba a la sazón preparando su tesis para el doctorado. El trabajo en cuestión versaría, al parecer, sobre el problema del amerantropoide. Busqué febrilmente en el Anuario la dirección de la doctora y le remití una larga carta pidiéndole, en nombre de la Ciencia, me aclarase tan «misterioso» asunto. Mas todavía, fuerza es decirlo, estoy aguardando su respuesta.

fotográfico de los más burdos y groseros. La foto original del gran mono cazado por de Loys fué cortada en diversos trozos; los miembros del animal fueron luego colocados de nuevo, mas esta vez en actitud amenazadora. Y así, el animal «trucado» volvió a revivir sin más que fotografiarle ahora sobre un conveniente fondo de selva virgen (1).

Tales procedimientos son contrarios al espíritu de la Ciencia y rechazados de plano por ésta. Y ello no sólo por lo que tienen de atentado contra el juego limpio, sino porque incluso vienen a producir graves quebrantos a la misma y propia Ciencia, al tender así a imbuir ideas falsas en el ánimo del público. La foto lograda por de Loys es ya de por sí bastante interesante y no necesita, por tanto, de trucos ni de «segundas ediciones corregidas y aumentadas». Y esta vez sí que la frase hecha nos viene como anillo al dedo. ¿Cuál fué, pues, el móvil de la falsificación? Quizá el deseo de demostrar así que el extraño animal había aparecido una segunda vez y que ahora, mediante esta segunda foto, quedaba demostrada en forma irrefutable su falta de cola o rabo.

¿Qué podremos decir, por otro lado, del croquis del pitecántropo que el señor Courteville ha ejecutado (sobre un vulgar papel de envolver) «para mejor fijar la impresión del encuentro»? Pues lisa y llanamente, que también nos parece sospechoso. El ser allí representado recuerda mucho más a un joven gorila que a un ejemplar del *Ameranthropoides loysi*. Este último, y tampoco los restantes monos americanos, no posee en efecto unos arcos superciliares que lleguen a formar una especie de visera rectilínea, ni unas mamas situadas como las de la mujer o las de las hembras de antropoide (en su caso vienen a estar situadas casi bajo los brazos), ni tiene, sobre todo, unos labios de apariencia totalmente humana.

Y cuando el señor Courteville nos dice luego que según las huellas marcadas sobre la arena se deducía que el gran mono «caminaba apoyándose sobre los bordes externos de los pies, tal y como lo hacen los chimpancés», vuelve a demostrarnos que o bien observó muy poco tales huellas o bien, lo que es peor, ha inventado tales huellas.

Puesto que los ateles (y el amerantropoide tiene de ateles al menos

(1) Como quiera que hice notar, por carta, al señor Courteville mi asombro y mi indignación ante tan burdo engaño, me replicó éste con el lenguaje sibilino que caracteriza todos sus escritos: «Esta versión del mono de Loys, esta interpretación particular, no estaba destinada a su publicación. No se trata ni de una foto ni de un dibujo cien por cien, por lo cual yo preferí, para designarlo, adoptar el término neutro de "documento", el cual pienso yo comentar, además, en mi próxima obra» (sic). Vemos así que para el señor Courteville la palabra "documento" quiere decir, pura y simplemente, "término neutro", o sea, poco más o menos, concepto vago. Sin embargo, para el señor Larousse, auténtica autoridad en la materia de significados, "documento" es justamente "todo aquello que sirve de *prueba*" («Cualquier cosa que sirve de prueba», dice en español don Julio Casares, de la Real Academia Española. — N. del T.)

Y al no lograr obtener del señor Courteville una justificación satisfactoria, me vi obligado a denunciar tales hechos tan pronto como tuve ocasión de escribir al respecto, lo cual ocurrió a través de un artículo mío publicado en la revista *Sciences et Avenir*. Tras su aparición, el señor Courteville, con quien yo había tenido hasta aquel entonces una relación epistolar muy cordial, montó en cólera, llegando incluso a amenazar a la revista en cuestión y a este servidor de ustedes con las peores represalias. La caza de animales desconocidos no es, como verán ustedes, un pacífico entretenimiento exento de riesgos y de molestias.

los pies) caminan apoyando la planta del pie, toda entera, sobre el suelo, exactamente como lo hace el hombre...

Es muy posible, quizá, que el intrépido explorador se haya encontrado realmente con un amerantropoide, tal y como él lo cuenta. Mas precisamente a causa de todos estos detalles harto sospechosos con los que él trató de reforzar su testimonio, nos vemos obligados a desconfiar ya del conjunto. Lo cual, en rigor de verdad, es lástima para la Ciencia.

Yo temo mucho que la imagen del animal descrito por Courteville tenga un fondo u origen literario, una inspiración directa en todo aquello que dicho señor habría leído al respecto antes de producirse el encuentro. Sin haber consultado el artículo de Montandon, que transcribe —a su vez—, el antiguo texto de Pedro Cieza de León y que contiene, además una alusión al «pseudo-gorila» del Yucatán y a las posibles afinidades entre amerantropoides y pitecántropos, sin todo esto, repito, ¿hubiera soñado el señor Courteville, ni por un solo instante, en considerar al animal en cuestión como un híbrido de mono y de india? ¿Le hubiera representado luego con rasgos de gorila ni le hubiera bautizado finalmente con el nombre de *Pithecos-Anthropos*? Me parece, sinceramente, que la respuesta a tales preguntas es bien negativa.

A pesar de todo ello, la existencia de testimonios sospechosos no debe, ni puede, arrojar ni la más mínima sombra o duda sobre el relato del señor De Loys, puesto que éste, no lo olvidemos, está corroborado por la existencia de un auténtico *documento* en el más justo sentido de la palabra.

Parece ser que el gran mono sudamericano vive sobre un terreno bastante extenso. En 1931, en el curso de una expedición científica a la Guayana británica, dirigida por el antropólogo italiano profesor Neelo Beccari, confirmó los rumores aportados en el siglo XVIII por el Dr. Bancroft. Él había recogido algunos testimonios relativos a un ser fabuloso de esta región, medio mono, medio hombre al que los indios llamaban *daï-daï*. Entre otros, un alto funcionario británico, Mr. Haines, explica que en 1910, en el bosque que rodea el Konawaruk, afluente secundario del Essequibo, se encontró de pronto ante dos seres de apariencia humana, cubiertos por completo de un pelaje castaño rojizo. Ante su vista, ellos se alzaron sobre sus piernas y desaparecieron con pasos lentos en el bosque.

LA IDENTIDAD DE LOS "HOMBRES DE PIES RETROVERTIDOS" DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES

Y resueltos a salir al fin de dudas, el escritor Charles H. Dewisme y yo mismo, comenzamos a considerar la posibilidad de ir en persona a la Sierra de Perija, a fin de pasar por un estrecho tamiz todas sus selvas y bosques. Esperábamos tener así la suerte de poder capturar, o al menos fotografiar, uno de estos grandes y enigmáticos monos. De-

cidimos poner en marcha nuestra expedición tan pronto como el aspecto financiero quedase satisfactoriamente resuelto. Mientras esperábamos tal cosa, mi amigo Dewisme partió ya para Colombia, en el mes de diciembre de 1953, para ir así, como tarea previa, recogiendo datos y rumores en aquellas comarcas. Habló largamente con el Dr. Parra —director del Instituto de Etnología de Magdalena—, con respecto al amerantropoide. Este señor, a su vez, era un gran amigo de Gerardo Reichel-Dolmatoff, del Instituto Colombiano de Antropología, quien visitó en repetidas ocasiones a los indios motilones de la región de Codazzi. Estos *yucos*, como ellos se llaman a sí mismos, le aseguraron que un gran mono sin cola vive, en efecto, en la Sierra de Perija. Hablan de él como de un animal bien familiar; tan corriente casi como el tapir o el jaguar, a quien ellos llaman *tranco*.

Charles Dewisme, además, sometió al examen de numerosos cazadores la fotografía obtenida por de Loys, y todos ellos se hallaron unánimes: el animal allí representado no era un «marimonda» si bien tuvieran ambos un ligero parecido entre sí.

Con ocasión de una expedición de reconocimiento por la Sierra de Santa Marta, mi amigo se encontró con el cacique femenino de los indios aruaques, María Eufemia Solís, quien interrogada al respecto, abundó en idéntico parecer.

Y en esta ocasión y de entre esos mismos indios aruaques, nuestro viajero recogió una leyenda que ya ha sido comentada anteriormente en esta misma obra: la de los hombres de los pies retrovertidos. Según dichos aborígenes, vive, a lo largo del río del Diablo y cerca ya de las nevadas alturas, una raza de hombres salvajes cuyos pies se hallan vueltos al contrario. Son —nos cuentan— negros y velludos y no conocen aún ni el uso del fuego ni el de las armas. Se alimentan de cangrejos, de peces y de lagartos. Afirman los aruaques, incluso, que ellos mismos han intentado establecer relaciones con ellos, pero siempre ha sido en vano. Y esto debido no sólo a que tan atrasados seres carecen por completo de lenguaje, sino más bien a su inveterada manía de atacar a cuantos hombres se les ponen por delante. Con su gran fuerza se lanzan sobre su rival en potencia, le descuartizan y, finalmente, le devoran. Esto, al menos, es lo que afirman los aruaques con gran seriedad y sin el menor aspecto de broma. (1)

María Eufemia, que no tiene nada de tonta ni de cándida, y que habla perfectamente el español, está plenamente convencida, en su fuero interno, de la existencia real y cierta de tales caníbales. Y mucho más

(1) Los aruaques hablan también —pero esta vez con una sonrisa de suficiencia y como con aires de estar en el secreto— de una especie de ogro o fantasmón velludo, mitad hombre, mitad ateles, al que llaman «mojan». Vive éste, siguen diciendo, en una gruta emplazada en las alturas del río Córdoba. Por la noche sale de su escondrijo y se entretiene luego en tirar grandes pedruscos sobre los techos de las rústicas casas o chozas de los contornos y en tratar de ahogar, si la ocasión llega, a los eventuales trasnochadores que aman los paseos bajo la luz de la luna. ¿No se tratará, quizás, de una versión, deformada y adornada a causa de la distancia, de los rumores relativos al amerantropoide, cuya zona de residencia se halla relativamente lejos, bastante al sur de tal país?

cuanto que ella misma tuvo un buen día un encuentro con uno de estos seres, allá por el año 1941. Viajaba nuestra heroína, en compañía de su marido, por tales contornos, cuando por razón de caer ya la noche, hubieron de instalarse en una caverna, en espera del nuevo día. Estando ya dentro de ella, oyeron, procedentes del exterior, los gritos o aullidos que estos caníbales emiten.

María Eufemia comenzó entonces a imitar el grito del «hombre salvaje», con lo cual éste fué acercándose paulatinamente al sitio de donde procedían. O sea, a la boca de la gruta.

Como era ya de noche cerrada, nuestra buena mujer no pudo distinguir los rasgos del temible monstruo.

Pero al día siguiente, por la mañana, descubrió la pareja las huellas que el enigmático hombre dejara sobre la arena. Tales pisadas se acercaban primero a la gruta y luego, por fin, se alejaban de nuevo. «La mujer comprendió en seguida, aunque yo aún me pregunto cómo —escribe Charles Dewisme— que aquel ser tenía los pies colocados al revés.»

De este simple hecho podemos deducir ya que los rumores no pueden aludir, pura y simplemente, a una retroversión en el sentido que nosotros la entendemos. Nadie podrá deducir, viendo una pista, si las puntas de los pies están situadas hacia delante o hacia atrás y máxime cuando, como en este caso, nadie sabe a ciencia cierta por qué lado vino y por cuál se fué el monstruo. Deben referirse, pues, a alguna anormalidad de otro orden. Yo ya expliqué mi punto de vista al referirme anteriormente al *orang pendek*, El dedo exterior de las patas de los osos tiene un aire o un aspecto de dedo gordo (dedo interior).

Estos animales, para colmo, suelen caminar con los pies o patas apuntando hacia el interior. De esta guisa, nuestros buenos osos van dejando una pista o unas huellas que parecen hechas por hombres cuyos pies estuviesen construídos «al revés» (o sea, que el lado interior del pie quedase al exterior y viceversa). Es también significativo que tales huellas de «pies retrovertidos» aparezcan siempre en las montañas menos accesibles. Esto lo explicaba Cuvier, con su ironía característica, diciendo que forzosamente había de ser así, a fin de que nadie pudiese fácilmente descubrir la «firme base» de tan absurdas fábulas. Lo cual no es, ni más ni menos, que una estupidez indigna de un espíritu científico.

Si el «padre de la paleontología» se hubiera tomado la molestia de reflexionar antes de pronunciar tan brillante y trascendental frase, hubiera comprendido —seguramente— que la leyenda de los hombres «con los pies al revés» se localiza siempre en las altas montañas, porque justamente ése es el feudo de los osos, cuyas pistas o huellas son tan equívocas

En América del Sur tal leyenda ha de referirse, sin la menor duda, al único representante local de la familia de los úrsidos, o sea al oso *Tremarctos ornatus*, que merodea por la cordillera de los Andes, desde Colombia hasta el norte de Chile y de Bolivia.

Las costumbres de este pequeño oso de miembros enjutos, cuyos ojos se hallan rodeados de unas manchas blancas en el pelaje, en forma de círculos o de gafas, son francamente poco conocidas, ya que es un animal de «malas pulgas» y huraño, por cuyo motivo suele ser bastante difícil lograr verle. Así se comprende, pues, que todo un halo de misterio rodee su existencia. Los indios le acusaron de dar muerte a las cabezas de ganado. Pero digamos en su descargo que aquellos pocos ejemplares que han podido ser objeto de estudio tenían todo el aspecto de ser vegetarianos, y dentro de esto, de alimentarse preferentemente de determinadas frutas.

Mas no olvidemos que es bien notorio el hecho de que los viejos osos solitarios suelen hacerse, frecuentemente, carnívoros, con lo cual podría quedar justificada la acusación de canibalismo que, como vemos, pesa sobre las conciencias de tales «hombres de pies retrovertidos». Lo que es cierto, sin el menor género de dudas, es que este «oso con anteojos» posee una fuerza nada común: al S. O. del Ecuador se ha visto un ejemplar de tal raza tronchando árboles que medían ¡cinco centímetros de diámetro!

Todo esto nos ha alejado un poco del problema del amerantropoide. Pero ha venido a demostrarnos, otra vez más, que las más extrañas leyendas tienen siempre por base un hecho concreto. Al igual que los enanos *guayazis,* los *matuyús* de pies retrovertidos no son un mito. Quizá un día se descubrirá qué hay detrás de la fábula de los *curinqueans,* los ogros del folklore indio de la América del Sur. En cuanto al sátiro de Venezuela, el único animal desconocido del que poseemos una excelente foto creo que su existencia real está fuera de dudas, salvo para aquellos que hacen gala de una evidente y demostrada obcecación o mala fe.

Para acabar con el misterio que aún rodea a tan enigmático ser, sólo nos queda capturar un ejemplar. Y del estudio de este gran mono desconocido, quizá se dedujesen unas nuevas ideas y conceptos que revolucionarían, a buen seguro, nuestras actuales teorías sobre zoología y antropología. Tal vez sea por esto, justamente, y ello no me extrañaría nada, por lo que determinados naturalistas se empeñan, con tozudez impropia, en negar aquello que pueden ver, en este caso, con sus propios ojos. Tal telón de acero parece resguardar así en ellos, un temor subconsciente a tener que revisar, de nuevo, el edificio ya algo carcomido de sus propias concepciones.

LOS GIGANTES RETARDADOS DEL GRAN NORTE

«La creación del mamut fué una torpeza por parte del Ser Supremo. Al formar a un animal tan enorme, el Demiurgo no tuvo en cuenta el tamaño ni los recursos de la Tierra. La Tierra no podía soportar el peso del mamut y su vegetación no bastaba para hacer subsistir la raza. El mamut se alimentaba de troncos de árboles que arrancaba con sus dientes y, en muy poco tiempo, todo el norte de Siberia quedó desprovisto de árboles. Así fué cómo nació la tundra del Norte. En un principio, la Tierra tenía la forma de una llanura completamente lisa, pero a causa de su peso el monstruo, al desplazarse, formaba valles y barrancos en los que se originaron los ríos. En los lugares pantanosos o arenosos, el mamut se hundía en el suelo y era tragado por la tierra, donde se helaba durante el invierno. De este modo, el mamut fué desapareciendo gradualmente de la superficie de la tierra. Y es por ello por lo que actualmente se hallan cadáveres enteros de este animal bajo el suelo helado.» *(Tradición de los yukaghir.)*

SIBERIA
0 500 1000Km.
Zona de las Tundras
Zona de los bosques de coniferas (Taiga)
Descubrimientos de Mamuts congelados
Descubrimiento de Mamuts vivientes?
OCEANO GLACIAL
Est.o de Bering
I. Wrangel
ARTICO
ESQUIMO
MAR DE BERING
Is.as Aleutianas
Is. Liakov
TCHUKTCHES
Nue. Zembla
C. Chieliuskin
Berezovka
Kolyma
KORIAKS
KAMTCHADALES
Kamtchatka
Peninsula de Taimir
YUKAGHIRS
Lena
IAKUTES
Pechora
Pur
Tas
Yakutsk
Vilyui
MAR OJOTSK
OSTIAKS
Yenissei
Tunguska
Aldan
Obi
Tobolsk
Montes Stanovoi
TUNGUSES
Angara
Lena
Kranolarsk
Lago Baikal
Amur
Irtych
Irkustk
MONGOLIA
MANCHURIA
OCEANO PACIFICO

Capítulo IV

EL MAMUT, COLOSO VELLUDO DE LA TAIGA

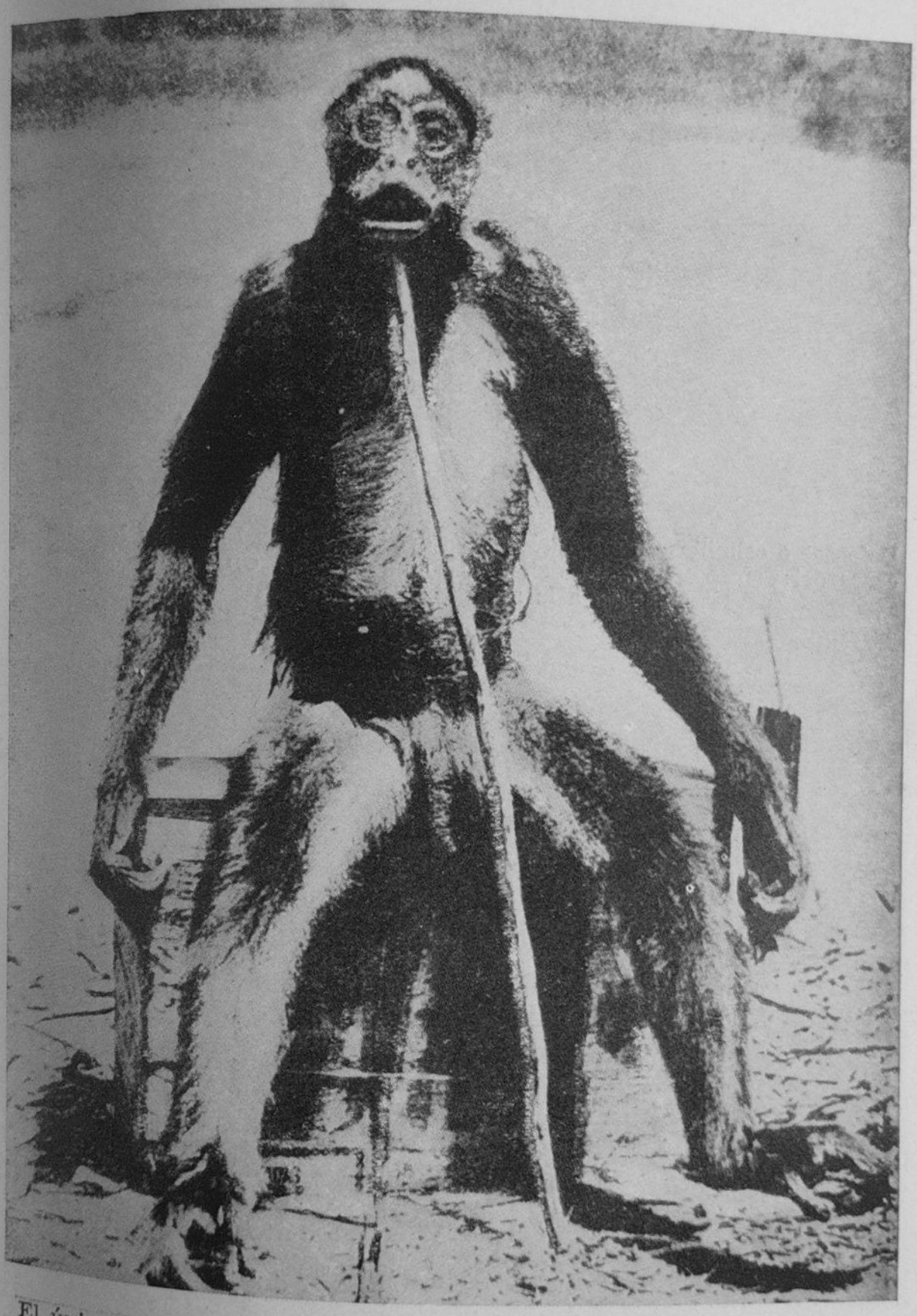
Hace tres años, aproximadamente, los Servicios de Información soviéticos difundieron una noticia que, al menos, era francamente sorprendente: ¡habían sido divisados, en Siberia, algunos mamuts vivos!

Aun a pesar de su innegable carácter sensacional, tal información no fué reproducida en Francia más que por unos pocos periódicos tan sólo. Y en éstos, bajo la simple forma de unos meros renglones. Quizá nuestros secretarios de redacción, habituados ya a la aparición casi continua de platillos volantes, juzgasen que unos mamuts más o menos no valían la pena de dedicarles un mayor espacio. (Vivimos además en la época de la *science-fiction,* ¡qué diablos! Y los mamuts son una vieja historia de los más arcaicos tiempos).

De todas formas, tal noticia debió parecerles vulgar y sin mayor importancia. Y, en efecto, desde hace bastante más de medio siglo, se viene ya señalando la presencia, tanto en Alaska como en Siberia, de mamuts que gozan de plena vitalidad sin que por tal causa se haya publicado nunca ni la menor confirmación oficial procedente de los medios científicos competentes. Y esto es un descargo de bastante peso en favor de los despreocupados periodistas.

LA DESCONCERTANTE CIENCIA DE LOS ESQUIMALES

Un día, sin embargo, la Ciencia estuvo casi a punto de tomar en consideración la hipótesis de la posible supervivencia del mamut: en 1899, un periódico de San Francisco publicó, a tal respecto, un artículo serio y bien documentado: se demostraba en él que los esquimales de Alaska conocían perfectamente bien al famoso elefante velludo, tanto por su

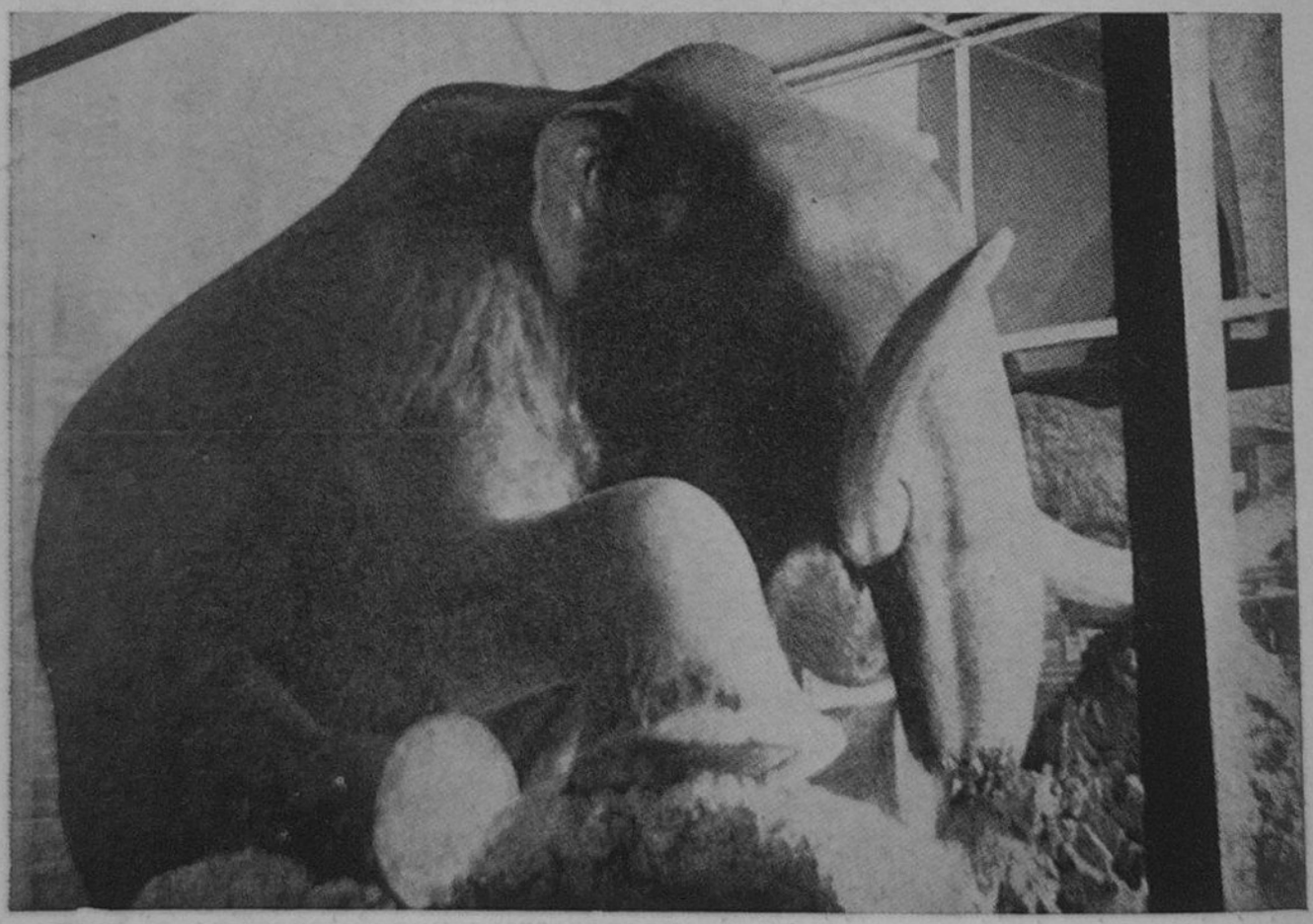


El único animal «desconocido» del que poseemos una fotografía: el amerantropoide del señor de Loys

(C. Musée de l'Homme)

Defensas o colmillos de mamut, traídas desde las islas Liakov a los almacenes del Centro Comercial del Estado de Yakutsk. Un tráfico éste que remonta a la más lejana antigüedad

(C. R. Viollet)



Reconstitución, en el Museo de San Petersburgo (hoy Leningrado) del mamut del Berezovka

(C. R. Viollet)

aspecto como por sus costumbres. El viajero al cual se debía la información, había tenido la estupefacción de ver entre las manos de los *innuit* —tal como se llaman ellos a sí mismos (1)— una serie de armas hechas en cuerno o marfil de morsa, recientemente talladas y esculpidas, y en las que se hallaba grabada la efigie del coloso peludo de largas defensas recurvadas.

Parecía así poco lógico que la imagen de este animal se hubiese ido transmitiendo de generación en generación desde hace 20.000 ó 25.000 años, ya que a tal antigüedad se remonta la época en que creemos ocurrió la desaparición final del mamut...

El *New York Herald* se hizo eco de tan revolucionaria revelación que venía, además, a poner nuevamente de actualidad un viejo sueño del presidente Thomas Jefferson. Cuando el secretario y protegido de éste,

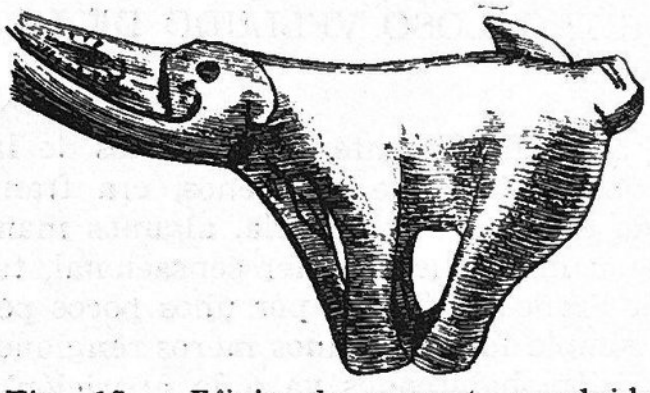


Fig. 15. — *Efigie de mamut, esculpida en asta de reno y encontrada en Bruniquel (Tarn-et-Garonne) en 1868*

Meriwether Lewis, partió, hace ya un siglo largo, en compañía del capitán William Clark a explorar las heladas soledades de Alaska, el Presidente no supo disimular su esperanza de verle descubrir, allá lejos, algunos mamuts aún en plena vida. ¿Tal sueño se habrá hecho así realidad?

Una comisión científica partió hacia la zona de los *innuit* y no pudo hacer sino confirmar la veracidad del relato del viajero. Las armas fueron supervisadas por los expertos, quienes testimoniaron así su condición de recientes y actuales. Cuando los investigadores preguntaron a los esquimales dónde vivían aquellos grandes elefantes recubiertos de pieles, contestaron éstos señalando con la mano hacia los grandes desiertos de hielo que se extienden hacia el noroeste.

¿Querían significar, simplemente, que era por allá por donde sus antepasados veían tales monstruos e incluso donde les daban caza?

Si era así, el mamut debía hallarse, sin embargo, aún con vida en una época bien reciente. (Por el método del radiocarbono se ha podido esta-

(1) «Innuit», plural de *inuk*, no significa más que «los hombres». El nombre de eskimo o esquimal procederá de «esquimantsic» o «ashkimeq», lo que quiere decir respectivamente entre los indios abnaki y entre los odjibway «comedores de carne cruda».

biecer, sin lugar a equívocos y en estos últimos años, que los esquimales no se han establecido en América sino dentro del último milenio.)

¿Entonces?... ¿Harán tal vez alusión a las tradiciones que han llegado hasta ellos, procedentes de sus remotos antepasados, sin duda siberianos? En todo caso, daban detalles extraordinariamente precisos sobre la existencia del mamut; tan precisos y exactos como la Ciencia no ha sido capaz de lograrlos sino después de muchos y arduos trabajos...

LOS QUE VIVEN BAJO LA TIERRA.

Aplacemos por un instante tales juicios y decisiones y atravesemos ahora el Océano Glacial Ártico para abordar así el norte de Escandinavia. Allí no tendremos más remedio que inclinarnos ante un hecho concreto: los lapones creen a pies juntillas en la existencia de unos gigantes velludos que viven, según ellos, «bajo» las nieves eternas del extremo norte.

Volvamos luego a nuestro punto de partida: dirigiéndonos ahora hacia el oeste, franqueemos de un gran salto el estrecho de Behring. En todo el norte de la Siberia volveremos a encontrar la misma creencia sobre un coloso hirsuto de costumbres subterráneas.

Entre las tribus esquimales de los chuklukmiut, instalados sobre la orilla asiática del estrecho, se le conoce bajo el nombre de *kilu kpuk*, es decir, «la ballena *kilu*». Cuentan también que habiendo este extraño ser entrado en dificultades con el monstruo marino Aglu, refugióse el primero en el continente; pero, por obra de su gran peso, acabó hundiéndose en la superficie. Piensan que, desde luego, puede el monstruo desplazarse bajo tierra, gracias a la movilidad de sus defensas o colmillos que, a la manera de cizallas, pueden moverse en sus alvéolos.

Entre los tchuktchi, que ocupan el norte de la punta extrema del oriente asiático, más allá del río Kolyma, el mamut está considerado como el reno, es decir, el corcel de los Espíritus del Mal. Cuando un hombre ve salir del suelo un colmillo del monstruo, debe desenterrarlo sin pérdida de tiempo, ya que de otra forma volvería el gigante a introducirse bajo tierra, dedicándose de nuevo a ir sembrando, por acá y por allá, su cortejo de maldiciones. Una vez, nos cuentan, algunos tchuktchi hallaron así dos colmillos que sobresalían de la tierra. Se pusieron entonces a pronunciar sortilegios y encantamientos, con lo cual lograron que el mamut, en total, apareciese. Y lograron así poder alimentarse con su carne durante todo el largo y frío invierno.

Los yukaghír, cuyo territorio se extiende más allá del círculo polar, todo a lo largo del Océano Ártico, desde el delta del Lena hasta pasado el del Kolyma, mencionan frecuentemente al mamut en sus tradiciones y relatos, bajo el nombre de *xólhut*. Detalle característico: el espíritu del coloso (*xólhut-áibi*) hace, al igual que el de otros animales actuales,

el papel de guardián en las almas de ciertos *chamanes*. Éstos son una especie de sacerdotes, muy rústicos, que tienen algo de magos, de curanderos y de profetas. Y desde luego, un *chamán* secundado por el espíritu de un mamut es, sin lugar a dudas, el más poderoso y casi, casi diríamos omnipotente.

«Basándose en tales nociones o ideas —escribía ya a principios de siglo Waldemar Jochelson, que fué quien trasladó hasta nosotros tales tradiciones—, se podría decir que hubo un tiempo en el que mamuts y hombres eran contemporáneos.»

Según Jochelson, quien dirigió también la expedición Riabouschinsky a Kamtchatka y a las islas Aleutianas, Komandorski y Kuriles, los referidos yukaghir se acuerdan aún, quizá por vía de tradición, de la desaparición de estos elefantes velludos: la atribuyen al peso excesivo de tales colosos que les privaba así de la agilidad necesaria para escapar de las zonas pantanosas heladas, en las que, por consecuencia, acababan hundiéndose. (Véase, para mayor detalle, el epígrafe que hemos incluído al principio de este capítulo.) Cosa bien chocante: justamente de tal forma es como explican, hoy también, multitud de sabios la desaparición de tal especie.

Entre las tribus yukaghir de Nijnii-Kolymsk, que han sufrido efectivamente una buena influencia rusa, tal tradición se ha desnaturalizado o desfigurado, acomodándose más bien a la orientación bíblica.

«Noé —nos cuentan éstos— quería incluir una pareja de mamuts en su Arca. Pero cuando el primero de ellos posó su pataza a bordo de la nave, basculó ésta peligrosamente. Y así, por la fuerza de las circunstancias, Noé se vió obligado a negar la entrada en la salvadora nave a los descomunales mamuts. Y así fué, ni más ni menos, como bajo el Diluvio, perecieron todos...»

Más al sur, tanto entre los yakutos como entre los ostiakos, que son ya auténticos mogoles, y al igual que entre los koriaks, blancos de raza siberiana instalados en las orillas del mar de Okhostk, volvemos a hallar leyendas muy parecidas sobre una especie de rata gigante a la que dan el nombre de *mamantú*, que quiere decir «la-que-vive-bajo-la-tierra», de cuyo nombre parece proceder así el término occidental de «mamut» (en francés, *mammouth*). Tal animal no puede, al decir de tales rumores, soportar la luz del sol. Cuando por una u otra causa se ve obligado a dejar su ambiente subterráneo, cae fulminado al impacto del primer rayo solar. Y es a sus peregrinaciones subterráneas a lo que tales pueblos achacan los temblores de tierra.

En la península de Kamtchatka y entre las tribus kamtchadales, sólo se puede hallar un eco, muy deformado, de tal leyenda. Hablan, simplemente, de un personaje fabuloso llamado Tuila, que se desplaza bajo la tierra montado en un trineo del que tira un descomunal perro. Cuando acaban ambos una etapa de su viaje, el tal perro, de nombre Kozei, se sacude violentamente la nieve que ha ido quedando adherida, durante

el viaje, a su larga pelambrera. Y a causa de esos violentos movimientos del referido can, se producen, claro está, los movimientos sísmicos.

Si descendemos ahora hasta Mongolia o hasta Manchuria, volveremos a encontrar en tales parajes el fantasma del elefante peludo o, al menos, el de algún otro desmesurado monstruo que cumpla su papel. Así hallaremos el caso de un topo gigantesco al que se da el nombre de *taï-chu* en los Ssé-Tchu, los Cuatro libros de la filosofía moral y política de China. Monstruo hirsuto, de minúsculos ojos y de corta cola, que cava enormes túneles bajo la nieve con ayuda de sus dos grandes dientes o colmillos en forma de horquilla.

En *El Mundo de los Animales*, obra enciclopédica debida a la pluma de K'ang-Ssi, primer Emperador de la dinastía manchú (1662-1723), descubrimos una nueva alusión a las leyendas siberianas:

«Hallaremos algo que leer, en el antiguo *Chin-I-King*, con respecto al *fen-chu*, el ratón escondido, o *chu-mu*, la madre de los ratones; también en el *Espejo de la lengua manchú*, se la cita bajo el nombre de *djoukhensinggheri* es decir, *la rata del hielo*. Existe en el remoto norte, en el país de los oloses, cerca ya del mar, una especie de ratas tan grandes como elefantes, que viven bajo la tierra y que mueren tan pronto como se ponen en contacto con el aire libre o en cuanto les da la luz del sol.»

A estos detalles, el escritor imperial añadió algunos otros ya más prosaicos:

«Hay algunos *fen-chu* que pesan hasta 10.000 libras. Sus dientes son similares a los de los elefantes: los indígenas del Norte fabrican con ellos peines, mangos de cuchillos, etc. Yo he visto, personalmente, tales dientes o colmillos así como los útiles con ellos construídos, por lo cual creo firmemente en la veracidad de los relatos de nuestros más antiguos libros.»

El *Espejo de la lengua manchú* da, también él, una serie de detalles curiosamente precisos sobre el discutido mamut:

«La rata de hielo o de los torrentes de la montaña, habita bajo la tierra de los países del Norte, bajo una gruesa capa de hielo y de nieve. Su carne es comestible. Su pelo tiene una longitud de varios pies: se usa para confeccionar tapices de un gran resultado.»

EL IMPOSIBLE ELEFANTE DEL NORTE Y LA SUPER-VACA DEL BARON KAGG.

Continuemos ahora nuestra estancia en Siberia, si a ustedes les apetece, ya que aquí los indígenas no se limitan a relatarnos fábulas más o menos maravillosas, sino que ponen ante nuestros ojos, como una buena prueba, colmillos de marfil, algunos de los cuales llegan a medir

hasta 5 metros de largo y que pesan más de 200 kilos. Incluso si nuestra oferta es buena y substanciosa, podemos comprarles tan curiosos colmillos.

Este comercio fué antiguamente, al parecer, muy floreciente. Al principio del siglo actual, la exportación de colmillos de mamut se elevaba, como término medio, en la provincia de Yakustk, a 152 pares por año. En el curso de los doscientos últimos años se habría expedido así, desde esta sola provincia, el marfil de unas 30.000 piezas, redondeando cifras.

De los libros de contabilidad de los comerciantes se deduce, así como de los estados de cuentas de los impuestos recibidos, que han sido más de 60.000 los mamuts que se han visto privados de sus defensas, en total, ¡en el curso de los dos últimos siglos! Y ésta, no lo olvidemos, es una

Fig. 16. — *Cabeza de morsa macho*

forma de comercio que se remonta a tiempos mucho más alejados aún de los nuestros.

Encontramos ya mención de dicho tráfico en las crónicas chinas anteriores a la Era Cristiana. Y Plinio el Viejo, que se hallaba perfectamente al corriente de los conocimientos de su época, había oído también hablar de tales exportaciones de marfil. Desde el siglo IX, los árabes, astutos comerciantes, habían organizado también este aspecto comercial, proveyéndose de dicha mercancía en el mercado de Bolgari, sobre el río Volga.

Es completamente cierto también que el marfil de mamut se vendía ya en Europa en tales épocas; mas como tal mercancía llegaba a través de comerciantes sudeños, nadie pareció extrañarse en aquel entonces. Cuando los hábiles traficantes trataban de hacer creer a los compradores que lo que les vendían —¡y a precio de oro!— eran cuernos auténticos del fabuloso unicornio, muchas gentes de aquella Edad Media los recibían con gestos de asombro y con estupefacción maravillada.

Tal cuestión tomó otro giro cuando un viajero inglés, llamado Josias Logan, exhibió en Londres, en 1611, un colmillo de elefante que había traído de Rusia.

¿De Rusia?, se preguntaron las gentes. ¡Es imposible! ¡No hay elefantes más que en Africa y Asia! Evidentemente, alguna vez se habían hallado restos de tales colosos en Europa misma, pero en tales casos debería tratarse, seguramente, de algunos de los elefantes del ejército de Aníbal, muertos en los mismos campos de combate...

Sin embargo, Josias Logan, tenía todo el aspecto de un hombre de buena fe, incapaz, por tanto, de engañar a nadie. Precisó luego que había comprado tan extraño trofeo a un samoyedo, cerca de la desembocadura del Petchora, río éste que va a morir en las mismas aguas del mar de Barentz.

A finales del siglo XVII, un nuevo informe vino a ratificar las declaraciones de Logan. Emanaba de un diplomático holandés, Evert Ysbrandszoon Ides, quien se había desplazado a China por cuenta del Zar

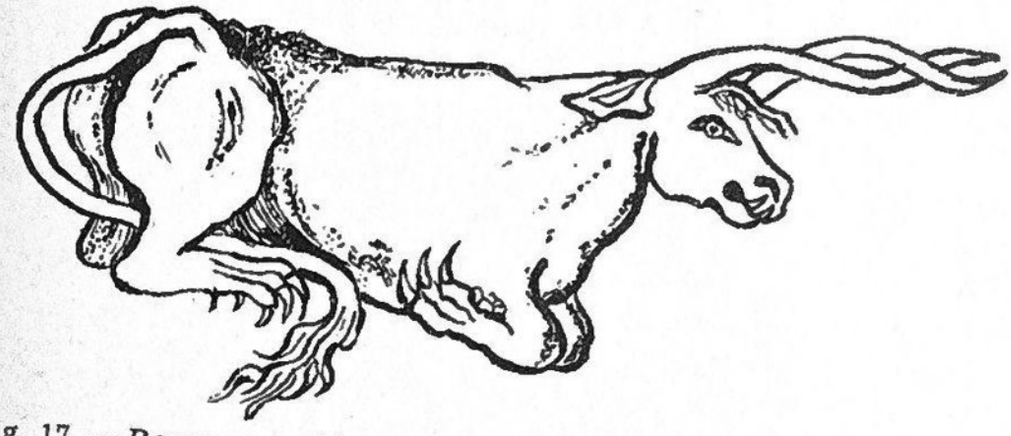


Fig. 17. — *Representación fantástica del mamut, recogida en Rusia por el Barón Kagg, en 1772*

Pedro el Grande. Allí, y en 1692, había oído decir que a veces se encontraban, en la región norte de Siberia, unos grandes depósitos de osamentas y de colmillos gigantescos que procedían, unas y otros, de un animal al que los indígenas llamaban *mammont*. Un ruso le contó también que él mismo halló un día la cabeza y la pata, heladas ambas, de un gran elefante en la región del río Yenissei.

Pero las extraordinarias historias que los indígenas hacían correr sobre estos elefantes de costumbres más bien propias de topos, no eran, en principio, totalmente dignas de crédito. Numerosos naturalistas europeos llegarían luego a la conclusión, y poco a poco, que tales leyendas se referían, casi indudablemente, a un animal que no tenía sino muy ligeras y lejanas afinidades con el elefante, pero que poseía, al igual que éste, unas grandes defensas o colmillos de fino marfil; tal animal era, simplemente, la morsa *(Odobœnus rosmarus)*. Los restos de este pinnípedo enorme, que puede llegar a medir hasta 5 metros y cuyos colmillos alcanzan a veces una longitud de 60 centímetros, habían sido confundidos, sin duda alguna, con los de los elefantes. En realidad, los colmillos o defensas de las morsas son mucho menos impresionantes que los de

los grandes proboscídeos. Mas en todo caso hay dos hechos ciertos: que la morsa tiene unos grandes colmillos de marfil y que frecuenta las costas de Siberia.

Para acabar de complicar el problema, los comerciantes rusos que se dedicaban al tráfico de marfil de mamut, vendían estas piezas bajo el nombre de *mamantova-kost*, lo que significa «cuerno» de mamut y no «colmillo» ni «defensa». Su error es bien comprensible cuando se piensa que los mismos yukaghir, que eran sus proveedores habituales, llamaban a tal marfil *xólhut-onmun*, o sea «cuerno» o «cuerna» de mamut. Mas de ello no habrá que sacar, forzosamente, la consecuencia de que estos hombres tuviesen una falsa idea o un inexacto conocimiento del aspecto del animal; y esto es así, puesto que lo describían como revestido de una tupida pelambrera y provisto de unos «cuernos» que le salían de la boca. Ello nos induce a pensar que si utilizaban el término *onmun* es porque éste les resultaba más apropiado para designar a aquellas recurvadas defensas, que más hacían pensar en retorcidos cuernos que en simples colmillos.

Pero este error de definición no podía dejar de tener sus consecuencias, como nos lo prueba la siguiente anécdota que nos cuenta Willie Ley en ese estupendo monumento de erudición que es su obra *Dragons in Amber:*

«En el año 1722, un oficial sueco, el barón Kagg, Coronel de la Real Caballería de Suecia, regresó de Siberia tras una larga estancia en aquellas regiones como prisionero de guerra. Uno de sus compañeros de cautividad, Ph. J. Tabbert von Strahlenberg, había consagrado todo su tiempo libre a documentarse con respecto a los rumores que por allí corrían sobre una gran criatura extraña, dotada de grandes defensas de marfil y cuyas costumbres, según decían, parecían corresponder a las de algún animal zapador. Llegó éste incluso a conocer a un ruso que decía haberla visto y que fué, precisamente, quien hizo del enigmático ser el dibujo o croquis que reproducimos.

»Y esta imagen fué también la que von Strahlenberg entregó a Kagg para que éste, a su vez, la llevase a Suecia, donde desde aquel lejano día se ha conservado cuidadosamente en la biblioteca de Linköping. Es difícil saber, mirando el original dibujo, si el ruso que trazó la silueta de esta supervaca con garras y cuernos en forma de saca corchos lo hizo de buena fe o si, por el contrario, sólo pretendía reirse a costa de la ingenuidad de su prisionero.»

Y el barón Kagg tuvo, evidentemente, una fe total en la veracidad de la referida imagen. Pero tal no fué el caso, todo hay que decirlo, de los hombres de ciencia.

INOPORTUNA INTERVENCIÓN DEL «BEHEMOTH» Y DEL RINOCERONTE LANUDO

Y mientras los sabios de la Europa occidental se rompían la cabeza tratando de desenmarañar el *puzzle* aquel, cuyas únicas piezas de consistencia eran los colmillos obtenidos por Josias Logan, el relato de Evert

Ides, toda una serie de monstruosas historias sobre descomunales topos y el croquis de la supervaca del barón Kagg, los rusos, por su parte, tampoco se hallaban inactivos. El Zar Pedro el Grande se decidió un buen día a acabar con aquel misterio del que había tenido noticias a través de su embajador holandés. Y así, comisionó a un naturalista alemán a quien tenía en gran estima, para que llevase a cabo tal labor de esclarecimiento. Este sabio era el Dr. Messerschmidt. Su misión consistiría, más concretamente, en llevar a cabo una intensa exploración de la insondable Siberia, buscando por toda ella cuantos datos existieran sobre los increíbles elefantes de hábitos excavadores.

Bien fuera por un golpe de suerte, o simplemente porque los esqueletos de tales monstruos abundasen extraordinariamente por tales contornos, el caso cierto es que nada más empezar nuestro sabio su trabajosa búsqueda, tuvo ya noticias de que uno de éstos se hallaba enterrado entre las nieves del Indiguirka. Llegó justamente cuando comenzaba el deshielo, con lo cual pudo examinar a su entero antojo tales restos que se hallaban ya en un estado avanzado de putrefacción y de los que faltaban grandes pedazos que habían sido, indudablemente, devorados por los lobos. Pero lo esencial ¡allí estaba aún!: una gran parte del esqueleto, buenos trozos de la piel que antaño lo recubriera y que estaba, a su vez, forrada de unos largos pelos muy semejantes a los de las cabras. Mas, desgraciadamente, la Anatomía Comparada se hallaba aún en pañales en aquel entonces. Por ello, el Dr. Messerschmidt, en vez de decirnos taxativamente, si aquel monstruo era o no un elefante, sacó tan sólo la siguiente y curiosa conclusión:

«No hay ninguna duda de que se trata del animal mencionado en la Biblia con el nombre de Behemoth.»

Mucho después se supo, o se comprendió, mejor dicho, que el «Behemoth que sudaba sangre» a que se refieren tales Santos Libros no era otro que el hipopótamo, cuyas glándulas sebáceas exudan con gran frecuencia unas descomunales gotas aceitosas y rojizas que sirven para mantener la piel con la humedad y la flexibilidad necesarias. Tales gotas toman, efectivamente, una apariencia como de sangre bajo el efecto de la luz del sol. Un simple efecto óptico o de colorido, por tanto, que bastó para dar a estos tranquilos animales un nombre tan impresionante como el que ya queda citado.

El caso es que por aquel entonces nadie tuvo la ocurrencia de establecer tal relación, afortunadamente, puesto que, en rigor de verdad, nada tenía que ver en tal historia nuestro buen hipopótamo. Pero lo que debe ocurrir, ocurre indefectiblemente. Y así, que quieras que no, un animal extraño a la discusión, ajeno al problema, iba a verse envuelto en el enigma, entrando más o menos airosamente en la palestra: se trataba, esta vez, del rinoceronte.

Ocurrió ello en 1771, y a causa de una determinación totalmente co-

rrecta, sin embargo, del gran explorador y naturalista alemán Peter Simon Pallas. Éste, que recorría la Siberia por cuenta y orden de Catalina II de Rusia —Catalina la Grande—, descubrió un día entre los glaciares en deshielo del Vilyui, afluente éste del río Lena, la osamenta de un extraño animal, recubierta aún por una gruesa piel o cuero de color marrón muy oscuro y dotada, además, de largas crines negras. ¡No podía ser, claro está, sino uno de esos *mammonts* legendarios!

Para él la cosa no se prestaba a dudas: ¡se trataba, ni más ni menos, de un simple rinoceronte!

¿Quién se hubiera atrevido entonces a presentir con todo y con esto, la existencia real, si bien más o menos pretérita, de elefantes peludos,

Fig. 18. — *Rinoceronte lanudo, dibujado en la pared de la caverna de Font-de-Gaume (Dordoña) (según el abate Breuil)*

de rinocerontes con lanas, de rinocerontes bicornes (*Tichorhinus*), o del *Elasmostherium* unicorne en la lejana y misteriosa Rusia?

En todo caso, en la Europa occidental, los trabajos de los primeros paleontólogos deberían, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, llegar ya a establecer que toda una serie de animales de tal tipo habían vivido, en otras épocas, en nuestras mismas regiones. En la Edad Media, cuando se desenterraban, por azar, las osamentas fosilizadas de mastodontes, del mamut o de rinocerontes, de entre las profundas capas arcillosas, pongo por caso, la gente se imaginaba haber hallado restos de hombres gigantescos de la raza de los titanes o de los atlantes. Se conservaban incluso tales huesos en las iglesias. Otros, más o menos fantasiosos, preconizaban que tales piezas óseas habían de pertenecer, sin asomo de duda, a auténticos dragones de la antigüedad. Y los colmillos de los elefantes ya desaparecidos eran tomados, en un afán de complicar las cosas, por los de un monstruo fabuloso: el unicornio.

Pero los tiempos, y los conocimientos con ellos, iban avanzando. Y así, en 1799, Johann Friedrich Blumenbach, de la Universidad de Göttingen, anunció con toda solemnidad que una raza de elefantes había vivido, en épocas lejanas, en Europa misma: un elefante cuyos colmillos se halla-

ban curiosamente recurvados en arco de círculo, totalmente diferente de los que se conocían en aquella época. Era, como ya pensarán ustedes, nuestro curioso mamut.

Pero el célebre zoólogo alemán, que no podía sospechar aún que el ser fósil hubiese estado, en sus buenos días, revestido de una espesa piel, no soñó tan siquiera con relacionarle con el misterioso e hirsuto topo al que los habitantes de Siberia llamaban *mammont*. Así, pues, le dió el nombre científico, en solemne bautizo, de *Elephas primigenius*. Diremos, entre paréntesis, que tal nombre no fué excesivamente afortunado puesto que el mamut estaba mucho más especializado que nuestros elefantes actuales y máxime que este ser había sido precedido, a través de los tiempos, por muchos otros animales que, al igual que él, poseían una trompa netamente definida.

UN MAMUT EN CONSERVA.

En los mismísimos momentos en que Blumenbach hacía su revelación al mundo occidental, uno de estos intrigantes seres se aparecía, en carne y hueso, ante los ojos espantados de un humilde traficante en marfil de la zona de los desiertos blancos: un pobre hombre llamado Ossip Shumakhoff. El animal en cuestión estaba embutido dentro de un enorme bloque de hielo, en uno de los recovecos del delta del río Lena. La gran masa de su cuerpo se podía distinguir así, con más o menos nitidez, a través de aquella especie de prisión cristalina.

Nuestro bravo hombre, ante aquel espectáculo, salió huyendo a todo correr, tal y como si hubiese visto al mismísimo diablo. La justificación es plena: ¿no se trataba acaso del odiado *mammont* cuya mirada es suficiente para dejarnos clavados y muertos en el mismísimo lugar?

Pero la curiosidad suele ser siempre un buen acicate. Y así, nuestro traficante volvió al año siguiente, en la buena época, para comprobar si el monstruo continuaba allí encerrado. Al otro año, y tras de convencerse el anterior, volvió también nuestro amigo Ossip. Esta vez tuvo la sorpresa de ver que uno de los colmillos del titán sobresalía de la pared de hielo. La tentación era demasiado grande para uno que gana su vida, precisamente, traficando en tales mercancías... El problema, sin embargo, seguía en pie. Quizá el monstruo estaba profundamente dormido. Mas ¿sería tan fuerte su letargo como para no despertar si Ossip se atrevía a serrarle el colmillo que así sobresalía? El pobre indígena comenzó a temblar como un azogado ante la sola idea de lo que le ocurriría si, en efecto, el monstruo despertaba...

Un siglo después, Jochelson recogía aún los ecos de la nefasta reputación del gigante velludo. «Cuando me dirigía desde el mar de Okhotsk al distrito de Kolyma a través de los montes Stanovoï —nos cuenta éste—, pasé una noche junto a las orillas del lago Kememnan (Lago de

Mamut). Con respecto al origen de tal nombre me han contado lo siguiente: Hace ya tiempo, una familia de nómadas tunguses acampó también a la orilla de este mismo lago. Cuando se levantaron, por la mañana, pudieron ver dos pares de colmillos de mamut que surgían del hielo que cubría la superficie del lago. Helados de terror, montaron sobre sus renos y salieron huyendo sin atreverse, ni tan siquiera, a mirar hacia atrás. Pero la escapatoria fué en balde. Todos ellos, salvo uno de los hijos más pequeños, perecieron luego, súbitamente, en el campamento siguiente.»

Ossip conocía muchas historias de este tipo para poder quedar indiferente ante la visión que se ofrecía a sus ojos. La sola idea de haber visto al monstruo le ponía ya enfermo y le inducía a pensar que su última hora se acercaba a pasos agigantados.

Por suerte para él, por aquel entonces estaba afincado en su misma aldea un comerciante ruso, llamado Boltunoff, a quien la simple perspectiva de un buen negocio a la vista era bastante para quitarle de la cabeza todas las supersticiones habidas y por haber. Puso así ante los ojos del moribundo en ciernes el magnífico resultado que aquella operación comercial que les llovía del cielo podría proporcionarles. Como Ossip no acababa de convencerse, le propuso luego un plan de menor riesgo: solamente tendría Ossip que conducirle hasta el sitio en cuestión —y cuyo emplazamiento tan celosamente ocultaba—, encargándose luego Boltunoff de concluir satisfactoriamente el asunto. Esto era demasiado tentador para rechazarlo, con lo cual nuestro buen Ossip se dejó convencer finalmente. Los dos compadres partieron un buen día juntos, allá en el año 1804, dispuestos a violar la sepultura o el refugio del animal. Cuando llegaron al sitio en cuestión, el bloque de hielo que hacía de recipiente se había casi fundido, con lo cual el susto de Ossip fué de muerte. O mejor dicho, casi de muerte, puesto que a fin de cuentas nuestro héroe siguió con vida, si bien bastante asustado, cosa ésta que ya preveíamos todos. Boltunoff, mucho más práctico, se puso manos a la obra, acabando por hacerse con las dos grandes defensas o colmillos del extraño y mítico animal.

De la venta de aquéllos, sacó nuestro pobre y asustadizo hombre la no excesiva suma de 50 rublos. Claro que él no había hecho sino la menor parte del trabajo...

El comerciante ruso no se contentó con traer de su expedición solamente los colmillos del monstruo. Hizo también un burdo croquis del animal. Y por una serie de circunstancias, este dibujo fué a parar a manos de Blumenbach. Era cierto que el *mammont* así dibujado no tenía demasiada apariencia de elefante: su trompa había sido medio devorada, muy posiblemente, por los lobos hambrientos; bajo la presión de los hielos, los colmillos se habían astillado; las orejas quedaron desprendidas. En toda esta obra destructiva también tomó su buena parte la descomposición, hecho éste que ocurría en cuanto el hielo se deshacía.

A pesar de todo, Blumenbach pudo reconocer en él, sin grandes trabajos, un ejemplar de su *Elephas primigenius*. El croquis que el comerciante ruso hiciera de uno de los molares del coloso, venía a acabar de demostrarlo por si hubiera quedado alguna duda al respecto. Así, pues, el sabio alemán publicó el dibujo realizado por el ruso, con el siguiente pie o leyenda:

«*Elephas primigenius*, llamado mamut en Rusia, desenterrado con su piel y con sus pelos, en 1806, en la desembocadura del río Lena en el océano Ártico. Dibujo rudimentario, pero que nos muestra tal y como fué hallado el animal, mutilado y enlodado.»

Entretanto, y alentado por los rumores que corrían sobre el descubrimiento de un mamut conservado entero, un sabio ruso, el profesor Adams, hizo a su vez el viaje para comprobar *de visu* tan extraordinario acontecimiento. Pero cuando el sabio en cuestión llegó al lugar exacto del hallazgo vió con asombro y pena que los lobos habían llegado bastante antes que él. Y no sólo los lobos, sino también los zorros y otras alimañas. Y por si ello fuera poco, los mismos indígenas de las tribus yakutas habían considerado al fallecido coloso como un providencial *stock* de buen alimento para los perros de sus trineos.

En resumen: que aparte del esqueleto, al cual le faltaban tan sólo los huesos de un pie o pata, no quedaba gran cosa de lo que antaño fuera el animal: una oreja recubierta de pelos, un ojo, el cerebro, algunos tendones y la parte inferior de las patas. Las tres cuartas partes de la piel se habían logrado también salvar del desastre. Era ésta de un color gris oscuro y estaba recubierta de una capa lanosa más bien rosácea, pero salpicada aquí y allá de espesas crines negras que en el cuello llegaban a medir 70 centímetros de largas. Adams se entregó de lleno a la tarea, importantísima sin duda, de recoger y conservar todos aquellos restos de un valor inestimable. Ayudado por sus guías indígenas, procedió a descuartizar sistemáticamente al animal: diez hombres tuvieron que conjuntar sus esfuerzos para lograr separar la piel del monstruo, que tenía un grueso, por determinados lugares, de hasta dos centímetros. Tras esta operación se procedió a barrer cuidadosamente el suelo, en los alrededores del animal, recogiéndose así sus buenos 17 kilos de pelos y crines. Todo el conjunto fué embalado con infinitas precauciones y transportado hacia San Petersburgo, donde al fin llegó el enorme esqueleto en medio de un gran ambiente de espectación. Los conservadores del Museo de Curiosidades, fundado por Pedro el Grande, compraron este conjunto óseo al profesor Adams por la suma de 8.000 rublos. Y hoy en día, aún puede verse el esqueleto en cuestión en el Museo Zoológico de esta misma ciudad que hoy, como todos saben, se llama Leningrado.

¡Ocho mil rublos por un montón de viejos huesos! Esto, justamente esto, es lo que un día soñó nuestro bravo Ossip, quien en realidad no llegó a ver sino 50 tristes rublos en aquella aventura que, como él contaba, «casi, casi le costó la vida».

La piel, por su parte, perdió todos sus pelos en el curso del largo viaje, mas a pesar de ello se sabía ya, a ciencia cierta, que el famoso mamut tenía el aspecto de un gran elefante peludo. Recuérdense sino los 17 kilos de pelos recogidos. Otros cuantos detalles del aspecto del enorme animal quedaban aún envueltos en el misterio.

RETRATO DEL COLOSO VELLUDO.

El descubrimiento de mamuts congelados, o «en conserva», iba a reproducirse luego una buena veintena de veces a todo lo largo y lo ancho de la extensa Siberia septentrional, entre el Obi, más concretamente, y el estrecho de Behring. Otro ejemplar, descubierto en las islas Liakov, fué ofrecido a Francia por el conde Stenbok-Fermor: trasladado allí, se conserva aún, separado en diferentes piezas, en el Museo de París. Las últimas exhumaciones se remontan a 1935 (isla Wrangel) y a 1948 en la península de Taymir. Por otro lado, nada nos autoriza a pensar que tales descubrimientos hayan terminado ya, puesto que, bien al contrario, la erosión no cesa en su avance y van quedando así descubiertas a nuestros ojos nuevas vetas arcillosas, tapadas anteriormente por las grandes capas de hielos. Y en estos lechos, no lo olvidemos, pueden dormir aún muy bien su sueño tales colosos velludos.

En abril de 1901, la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo, recibió un aviso del Gobernador de Yakutsk en el que se decía que un mamut, en perfecto estado de conservación, se hallaba aprisionado en un glaciar en vías de deshielo, situado en las márgenes del Berezovka, un afluente del Kolyma, que baña la parte oriental del país de las yakutos. El Zar en persona concedió un crédito de 16.000 rublos a la Academia y ésta, con tal ayuda económica, envió una expedición de reconocimiento, dirigida por el Dr. Otto Herz, Conservador del Departamento Zoológico de dicha Institución. Y el sabio en cuestión partió así dispuesto a «desempaquetar» al coloso de su envoltura de bloques de hielo.

Esta vez, los lobos y demás alimañas no habían tenido aún demasiado tiempo de establecer contacto con el mamut, puesto que sólo la cabeza del titán sobresalía del enorme montón de hielo. El resto del cuerpo quedaba así perfectamente protegido de tales ataques. La trompa era la que había sufrido ya algunos embates de las hambrientas fieras. Pero las bacterias, mucho más astutas y prácticas, habían comenzado ya un festín en toda regla y así un espantoso olor a carne putrefacta rodeaba al helado gigante.

Vemos, pues, que la operación que se presentaba a nuestros exploradores no era, la verdad, nada agradable. Era preciso estar animado por el sagrado fuego de la ciencia para dedicarse a ella. Pero fe y estímulos

no faltaban, con lo cual los expedicionarios pusieron seguidamente manos a la obra.

Entre los componentes de la misión científica imperial se hallaba un joven taxidermista alemán, E. W. Pfizenmayer. Era éste un joven de 32 años, natural de Suabia, que siempre había soñado con tener la suerte de exhumar, algún día, uno o más monstruos prehistóricos. Vió, así, de repente, que sus sueños iban camino de hacerse realidad, superando incluso sus más hipotéticas esperanzas. No se trataba en este caso, de desenterrar tal o cual huesecillo de mayor o menor importancia. No. Era toda una pieza de caza mayor la que se ponía al alcance de sus manos y de sus útiles de trabajo. Pfizenmayer tenía la ocasión única: un animal todo entero, en carne y hueso, que le permitiría estudiarlo en toda su anatomía hasta en sus más mínimos detalles. Y como quiera que tales ocasiones se le volvieron luego a presentar repetidas veces —en lo que a mamuts se refiere—, llegó éste a ser una auténtica autoridad en la materia, por lo cual acabó por ser nombrado, un buen día, Conservador del Museo de Tiflis, en Georgia. Continuó en tal puesto hasta la revolución de 1917, en cuya coyuntura prefirió retornar a su país de origen, trasladándose así a Beunig, en Wurtemberg.

Con el hallazgo del ejemplar del Berezovka, como se dió en llamarle, ya se pudo tener una idea muy concreta y determinada del aspecto e incluso de las costumbres de esta raza de los mamuts de Siberia *(Elephas berezovkius)*.

Dicho animal tenía todo su enorme cuerpo recubierto de una pelambrera lanosa de un color amarillo rojizo: unas largas crines negras, hasta de 70 centímetros de largas, nacían de su cara, de su cuello, de la cruz, de los flancos y del abdomen. Formaban éstas una especie de hopalanda que llegaba casi hasta el suelo. El color de su lana debía irse oscureciendo o ensuciando con el tiempo, con lo cual el tinte predominante en el animal adulto debía ser un tono negro-rojizo.

Su cola era francamente corta. Detalle curioso: del nacimiento de la cola colgaba un girón de piel flotante que servía, justamente, para proteger el ano de las inclemencias del frío. Y como demostración de que el animal estaba perfectamente conformado para combatir las bajísimas temperaturas de aquellos parajes, podemos añadir que la gruesa piel o cuero del gigante estaba forrada interiormente, digámoslo así, por otra gruesa capa de grasa o sebo de hasta 9 centímetros de espesor. Además, el animal disponía —en la parte alta de la cabeza y en la cruz— de dos bolsas adiposas; como en el caso del camello, éstas deberían servirle de reserva alimenticia frente a determinados períodos de hambre.

Pero fuera de estas gibosidades inesperadas, cuya existencia nadie pudo adivinar hasta aquel entonces por el simple examen de unos esqueletos —¡oh la fragilidad de nuestras reconstituciones de fósiles!— el mamut de Siberia hacía pensar, por la concavidad de su frente y por la pequeñez, relativa, de sus orejas, en el actual elefante de Asia *(Ele-*

phas indicus). Luego, los investigadores se tomaron el trabajo de inyectar los vasos sanguíneos del congelado animal, lo que permitió recoger así algunas muestras o coágulos de su sangre; muestras que, claro está, fueron conservadas después como auténticas reliquias. Como consecuencia, las reacciones serológicas vinieron a demostrar, de manera indudable, que el mamut siberiano estaba estrechamente relacionado con el elefante indio. Si se inocula a un conejo, por ejemplo, la sangre de otro animal indeterminado, se forman en su suero una especie de anticuerpos que desde ese momento precipitan los sueros de los animales

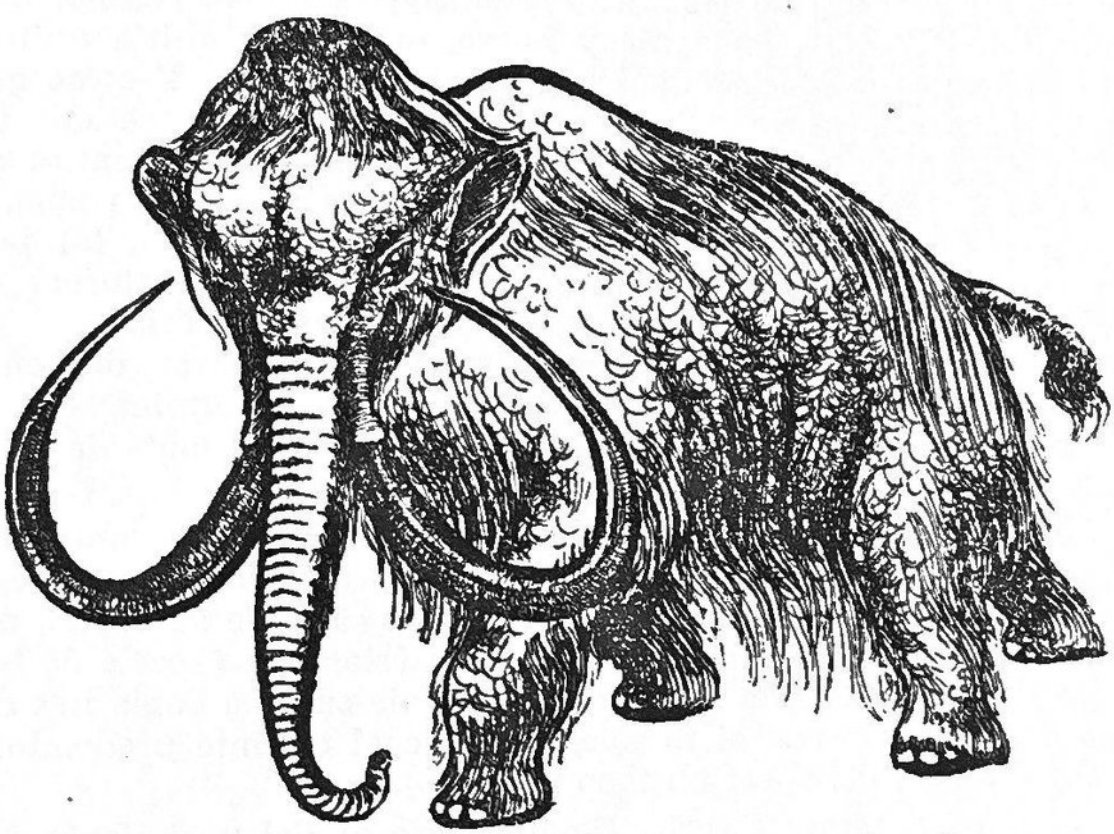


Fig. 19. — *El mamut, tal y como era realmente*

de tal género o de géneros muy cercanos al mismo. Por idéntico sistema se vió que el suero de un conejo preparado así «antimamut», precipitaba también el suero de un elefante asiático, mientras que no producía ni el menor efecto en la sangre de un elefante africano (*Loxodonta africana)*.

Aprovechemos esta revelación para poner ahora algunas cosas en su justo puesto, al menos en lo que se refiere al tamaño del titán. Si abrimos el diccionario *Petit Larousse illustré* por la página que comprende el epígrafe «Mamut», encontraremos allí un dibujo consistente en un hombre que mira atentamente, la reconstitución de uno de estos elefantes velludos. Según las proporciones relativas de estos dos seres, podemos fijar el tamaño del animal en más de 6 metros, medido por la

cruz. ¡...! Ningún mamut ha llegado nunca a alcanzar tan descomunal altura. Cierto que en esto, como en todo, hay mamuts y mamuts... También entre esta tribu había de haber sus clases... Antiguamente existió en América del Norte una especie gigante cuyo tamaño o alzada pasaba de los 4 metros *(Elephas imperator)*; el mamut alemán de Fraas *(Elephas fraasi)* sobrepasaba en algo así como medio metro dicho tamaño. Pero el mamut de Siberia no llegaba tan siquiera a los 3 metros por la cruz; era, evidentemente, algo más pequeño que nuestro elefante actual de la India que, como es sabido, sobrepasa de tal medida. Recordemos, a título de indicación, que el elefante africano puede llegar holgadamente hasta los 3,70 metros medido por idéntico sitio de su anatomía. Sin embargo, las protuberancias sebosas del coloso siberiano, así como su espesa pelambrera, contribuirían, a buen seguro, a darle un auténtico aspecto de titán desaforado.

Hemos llegado también a saber, con toda certeza, qué era lo que comía nuestro mamut de Siberia. Gracias a la primera disección practicada por Pfizenmayer, que retiró del estómago del monstruo 12 kilos de alimentos masticados, pero sin digerir, los botánicos llegaron a reconstruir un auténtico menú del velludo coloso: agujas de alerce y de pino, buenas raciones de salvia y de tomillo salvaje; algunas piñas, como aderezo y, para postre, diferentes variedades de musgo. Todo ello, sazonado debidamente gracias a la aportación de prudenciales dosis de amapolas silvestres y de ranúnculos.

Ulteriores análisis demostraron luego que los elefantes siberianos se alimentaban también, si bien no siempre, de sauces enanos, de cortezas de abedul o aliso, de juncos y de gramíneas de todas clases y variedades.

En resumen, que en sus estómagos hemos encontrado, siempre y en todo caso, aquello que los mamuts habrían podido comer —y encontrar por tanto— *poco antes* en la taiga, en ese inmenso bosque del centro y del este de la Siberia.

LA EXTINCIÓN DEL MAMUT TIENE CARACTERES DE DOGMA.

Todo esto hubiera podido constituir una argumentación bastante sólida en favor de la existencia actual del gigante velludo del norte, en cuya supervivencia siguen creyendo firmemente todos aquellos hombres y pueblos que habitan cerca de las orillas del océano Glacial. Mas la ciencia moderna mató tales leyendas en su mismo embrión, si me permiten ustedes tal manera de decir las cosas. El inaudito impulso dado a la paleontología por Cuvier, en el siglo XIX, había valido también para convencer a todos los hombres de ciencia de aquel entonces de que el mamut, cuyos restos fósiles se iban desenterrando poco a poco por aquí y por allá, tanto en Europa como en América del Norte, no era, no podía ser, sino una raza ya desaparecida: un pueblo extinto. La doc-

trina de las Revoluciones del Globo excluía *a priori* la posibilidad de supervivencia de un animal que pertenecía —¿quién osaría dudarlo?— a edades ya pretéritas. Así, pues, no cabía darle vueltas a la cosa; aquellos ejemplares que se hallaban *aún* en los glaciares en deshielo y cuya carne aún servía de alimento a otros animales, *tenían necesariamente* que haberse conservado allí, en aquella especie de cámara frigorífica natural, desde hacía 10 ó 100 millares de años, según las más doctas estimaciones...

A pesar de todo esto, ya en 1797 John Frere había probado la contemporaneidad del hombre con los grandes animales dados por desaparecidos, mediante el sistema de recoger, en Inglaterra, y más concretamente en Suffolk, toda una serie de armas de sílex tallado, entremezcladas con las osamentas de tales animales.

En 1823, el geólogo francés Ami Boué llegó incluso a poner a disposición de Cuvier un esqueleto humano que había sido exhumado, en las orillas del Rin, de entre una capa de limo de gran antigüedad que encerraba también, en su seno, toda una serie de restos de animales dados ya por extinguidos. Tal descubrimiento era francamente molesto para las teorías del «padre de la paleontología», por lo cual éste optó por hacer desaparecer aquel indiscreto y comprometedor cadáver. Pero toda una serie de descubrimientos de igual tipo iba a seguirse produciendo en el más inmediato futuro, y a un ritmo verdaderamente acelerado, gracias a una serie de búsquedas y excavaciones sistemáticas que originaron así, más tarde, las categóricas conclusiones del francés Tournal, en 1829 y del belga Schmerling, en 1833.

Cuvier murió, oportunamente, en 1832. Escapó así de la controversia, con lo cual fueron luego sus seguidores y no él, los que quedaron finalmente en ridículo ante la faz del mundo. Mas parece que si el ridículo mata, lo hace más bien con las características de un veneno lento.

Cuando el Sr. Jacques Boucher de Crèvecoeur de Perthes, director de las Aduanas de Abbeville e infatigable buscador de fósiles en sus ratos libres, sugirió que las «hachas diluvianas» que él mismo había desenterrado en el valle del Somme podrían muy bien haber servido para la caza del mamut, se produjo un auténtico concierto de estrepitosas carcajadas en la Academia de Ciencias. ¡Pero, por favor! ¡Veamos con un poquito de sensatez las cosas!, dijeron los doctos. ¡Tales armas debían datar de la época romana!

Los incontrovertibles hallazgos del Dr. Rigollot, de Amiens, y de su colega meridional, el Dr. Noulet, la entusiástica adhesión a las nuevas ideas demostrada por las primeras figuras inglesas de la Ciencia —el paleontólogo Falconer, el anatomista Flower, el geólogo Lyell y muchos otros no menos importantes— los minuciosos trabajos de Albert Gaudry, todo esto, no valió para nada, fuerza es reconocerlo. En 1863, el secretario perpetuo de la Academia, señor Élie de Beaumont, expresó en forma categórica su punto de vista, por tanto, era el punto de

vista oficial: «No creo que la especie humana haya sido contemporánea del *Elephas primigenius*. La opinión del señor Cuvier al respecto es la auténtica creación de un genio, y sigue aún en pie en toda su validez primitiva.»

Un año después de tan osada afirmación, Edouard Lartet —a quien se puede considerar como el fundador de la paleontología humana y a quien la misma Academia había rechazado la memoria fundamental que éste allí entregara con miras a su publicación— descubría en La Madeleine una lámina o placa de marfil en la que un hombre de la Edad de Piedra había grabado, con indiscutible maestría ¡la efigie de un mamut!

Claro está que tal obra de arte paleolítica fué automáticamente tachada de falsa por los sesudos varones de la Academia. A pesar de ello, si contemplamos dicha plancha, veremos allí cómo se distingue, con

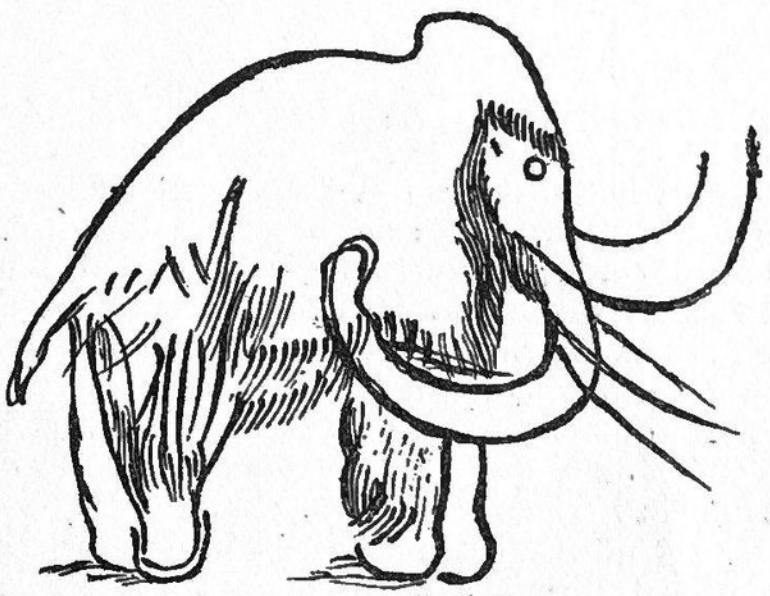


Fig. 20. — *Dibujo hallado en la gruta de Eyzies (Dordoña), representando un mamut*

toda nitidez, la bolsa grasosa cervical cuya existencia pensamos que los «falsificadores» no tenían por qué conocer.

Y máxime si recordamos que, en aquel entonces, nadie sabía todavía tal detalle, ampliamente característico de la anatomía del ser en cuestión. Hizo falta esperar hasta el 1901, en que al ser examinado el mamut del Berezovka —hallado en perfectas condiciones de conservación— se pudo establecer ya así, sin lugar a equívocos ni a falsas interpretaciones, la autenticidad de dicha característica.

Mas, sin embargo, se contaba ya, en aquel entonces, con dos puntos perfectamente establecidos. Por una parte, el elefante velludo, de cuya especie se habían ido encontrando restos sucesivamente por toda Europa, desde el Ártico hasta los Pirineos y hasta los Alpes e incluso en una

buena parte de América del Norte, se había extendido antiguamente, sobre un área verdaderamente inmensa. Por otro lado, tenía que haber sido necesariamente contemporáneo del hombre, en algún momento de su existencia, puesto que, sin ir más lejos, en las grutas de Dordoña se encontraron dibujos que reproducían los rasgos y detalles del animal con asombrosa fidelidad. Por ende, encontramos tales representaciones también en piezas de marfil, en cuernos tallados y en otros enseres o útiles similares que datan todos de la época magdaleniense o sea, del Paleolítico superior. Y puesto que el mamut había desaparecido ya de nuestras regiones, mientras que el hombre seguía subsistiendo en ellas, la idea de Cuvier de una «revolución del globo» se venía automáticamente al suelo, falta de base. Era difícil creer en la existencia de un auténtico cataclismo terrestre que sólo hubiera afectado a los gigantescos animales, mas sin tocar ni un pelo de la ropa de los seres humanos. La tesis, pues, no era ya defendible.

LA RETIRADA DE LAS HORDAS VELLUDAS.

Existe también el hecho de que el gran Lyell había demostrado ya, ampliamente, que los plegamientos de la corteza terrestre, al igual que los depósitos de sedimentos producidos por la erosión, son el resultado de la acción de fuerzas lentas e insistentes que continuamente, sin pausa alguna, se hacen sentir. La Sinfonía de la Tierra no es una «suite» pastoral amanerada y dulzona, entremezclada de dulces arpegios y de «allegros con fuego». Antes bien, es una perfecta orquestación de un ritmo amplio, pero bien definido, que se desarrolla, desde sus principios, con un pausado movimiento «largo maestoso».

Pero entonces, ¿si no podíamos achacar la desaparición de tal raza a un estremecedor cataclismo, a quién íbamos a echar la culpa de la «razzia» final y total llevada a cabo contra los pobres elefantes lanudos?

En medio de tantas opiniones, contrarias entre sí, un hecho seguía subsistiendo; que los mamuts habían sobrevivido en la Siberia del Norte durante mucho más tiempo que en la Europa Central y Occidental. Y esto, por una serie de razones climatológicas fácilmente comprensibles.

El tigre de Siberia es mucho más velludo que el de la India; los osos de Alaska tienen el pelo mucho más largo que sus hermanos de Malasia; el bisonte y el toro almizclero están cubiertos de una espesa capa de piel, al revés de lo que ocurre con los bóvidos de las regiones más cálidas. En todos los animales, la existencia de pilosidad indica, sin lugar a dudas, una forma de adaptación a los climas fríos. La larga hopalanda del mamut, en contraste con la piel lisa y desnuda de los elefantes de África y de la India, deja traslucir así su pertenencia a la fauna de las regiones más gélidas.

Si este hirsuto elefante habitó también, en otros días, buena parte de Europa y de América del Norte, ello fué, no lo olvidemos, porque en tan lejano ayer el clima que reinaba en tales zonas era infinitamente más frío, en general, que el que hoy disfrutamos nosotros. Las penetrantes deducciones de Goethe, las observaciones del naturalista «amateur» Charpentier y de su amigo el famoso geólogo suizo Louis Agassiz, la brillante teoría del sueco Otto Martin Torell, habían venido a demostrarnos ya que los glaciares que hoy en día no cubren más que Escandinavia, se extendieron, en el remoto ayer, y durante un largo período de tiempo, sobre toda la parte norte de Europa, transformando así en tundra siberiana un mundo que anteriormente estaba cubierto de una exuberante vegetación y poblado por una fauna que hoy sólo hallamos en las cálidas regiones de los trópicos.

Los ulteriores trabajos de Penck y de Bruckner llegaron también a demostrar que desde el final de la Era Terciaria esta inmensa manta o capa de hielo había verificado cuatro movimientos principales de avance y de retirada. Había, pues, que considerar así, en el curso de la Era Cuaternaria, una alternación de períodos glaciares o interglaciares, caracterizados, cada uno de ellos, por una fauna particular.

Tenemos así que, en Europa, el mamut (*Elephas primigenius*) junto con el *Rhinoceros tichorhinus*, bien pudieran haber caracterizado el último período glaciar (glaciación de Würm). Según las estimaciones más dignas de crédito, esto debió ocurrir hace sus buenos 12.000 años como máximo.

Parece lógico suponer que nuestros elefantes velludos y los rinocerontes lanudos hubiesen ido luego siguiendo hacia el norte la retirada de los hielos, huyendo así de aquella nueva temperatura, demasiado cálida para sus gustos, que venía a suceder al largo invierno «würmiense», que se habría prolongado (habida cuenta de un período de dulcificación del clima, de unos 25.000 años más o menos) durante más de cincuenta milenios.

Si los mamuts desertaron de nuestras regiones, puesto que éstas se volvían más y más cálidas cada vez, todo el mundo hallará lógica y natural su postura. Ahora bien: ¿por qué entonces habrían de desaparecer del Norte de Siberia donde el clima seguía siendo el ideal para ellos?

EL PRESUNTO FIN DEL GIGANTE.

A finales del siglo pasado, uno de los más grandes especialistas en asuntos relacionados con el mamut, Frederic Lucas, del «U. S. National Museum», hubo de reconocer su impotencia para explicar la extinción de un animal que no solamente estaba bien armado de defensas contra

el frío, sino que, incluso, parecía disfrutar hallándose en dichas bajas temperaturas.

Como teoría, se podía aventurar el que estos animales, por obra y gracia de las grandes crecidas provocadas en tales zonas por los violentos deshielos, hubieran acabado sus días siendo arrastados al mar. Pero esto sería suficiente para explicar la desaparición de un cierto número de animales, mas no la de la raza en pleno.

Tan intrigante problema llevó al zoólogo francés Neuville a plantear, en el año 1919, algunas insidiosas preguntas: ¿Estaba en realidad el mamut tan bien preparado contra el frío como se nos ha hecho creer? ¿Su desaparición no se habrá producido quizá *a causa del frío* y no a pesar de él?

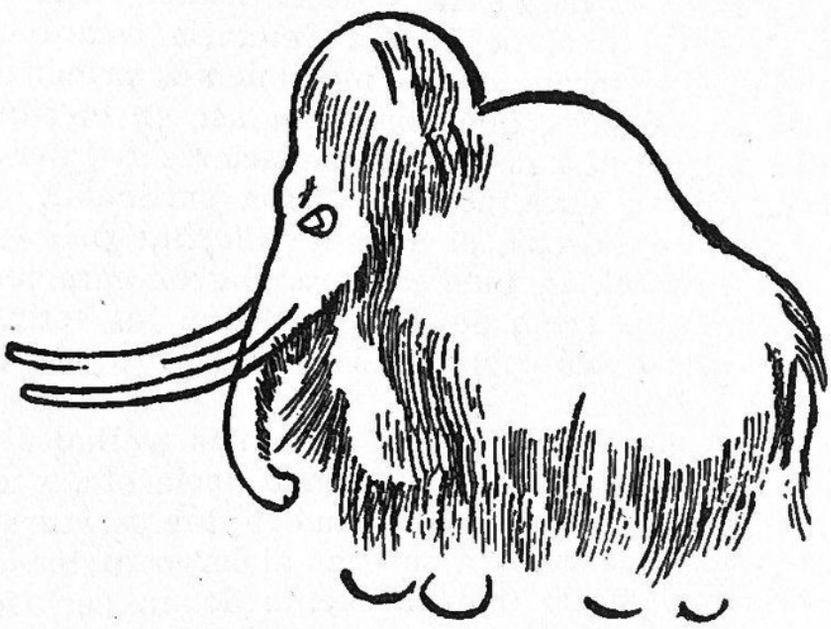


Fig. 21. — *Mamut de la caverna de Font-de-Gaume (según el abate Breuil)*

Después de todo, sería preciso que los gigantes velludos hubiesen sucumbido ante una temperatura extraordinariamente baja para que sus cadáveres se hubiesen conservado hasta nuestros propios días...

Es cierto, por otro lado, que en sus estómagos se hallaron restos vegetales que denunciaban una flora que no corresponde, ni con mucho, a zonas de tan rigurosa temperatura. ¿No será, pues, lícito pensar en una ola extraordinaria de frío que, súbitamente, hubiese hecho desaparecer toda la vegetación, condenando así a una muerte cierta por hambre a toda la raza de titanes?

No —contestó Neuville a esta pregunta—, ya que según él la hipótesis de un cataclismo instantáneo no podía explicar la extinción del mamut, habida cuenta de la inmensa zona que éste poblaba. Yo, por mi parte, quiero reforzar esta tesis haciendo la siguiente pregunta: En

el caso de dicha ola de frío y en el caso, por tanto, de una muerte por hambre, ¿no hubiéramos hallado luego unos ejemplares de mamuts con el estómago espantosamente vacío, con sus bolsas de grasa o de reservas agotadas hasta el límite y con unos esqueletos sobre los que tan sólo la piel bailase, sin hallar así más que un mínimo de carne y grasa? Esto a mi modo de ver sería la consecuencia lógica de tal ola y de tal período de hambre.

No parece, por tanto, que la extinción del monstruo pueda ser achacada a causas exteriores. Neuville se enfrascó, luego, siguiendo su trayectoria, en la tarea de estudiar la piel del mamut, comparándola con la de los elefantes actuales. Se dió así cuenta de que ambas eran idénticamente iguales: ni la una ni la otra estaban provistas de glándulas sebáceas o sudoríparas. Luego, a la vista de tal ausencia, se deduce que sin una descarga o riego continuo de sebo y de transpiración que lubrifique la piel o impermeabilice sus lanas, la abundante capa de pelo del mamut no debía servirle absolutamente para nada contra los embates del frío y de la humedad. Las nieves y las lluvias heladas deberían, por tanto, penetrar en la espesa hopalanda del animal, empapándola por entero hasta la saturación y convirtiendo así toda esta envoltura de pelo en una especie de sudario frío que habría de llegar a ser, indiscutiblemente, un auténtico tormento para el pobre animal.

Neuville subrayó, por otra parte, que la curvatura exagerada de las defensas del mamut —que llegaban a tomar, efectivamente, la forma o disposición de tres cuartos de círculo— convertían estas piezas en armas absolutamente ineficaces: pasaban así a ser simples elementos decorativos, antes que instrumentos de ataque o de defensa.

A mayor abundamiento, las patas posteriores del mamut se hallaban dotadas de una serie de excrecencias córneas que venían a ser así como otras tantas uñas supernumerarias; y esto, nos sigue diciendo Neuville, debía dificultar enormemente la marcha del mamut.

Resumiendo: que según el célebre zoólogo, la desaparición del mamut debería ser achacada a una progresiva degeneración de la raza, resultado de su falta de adaptación al frío y agravada por otras causas de inferioridad. ¿Se habría agravado también esta degeneración progresiva por la disminución siempre constante de reservas alimenticias?

Voy a ser sincero. Los diversos argumentos presentados por el señor Neuville y que acabamos de ver aquí, no me parecen concluyentes, ni en lo más mínimo.

Para empezar a refutarlos podremos decir, en primer lugar, que el carácter permeable de la pelambrera del mamut —cosa hipotética— debería estar suficientemente compensado por el grosor excepcional de la capa adiposa que forraba, como antes dijimos, el cuero de su piel; y ésta, no creo que nadie lo discuta, había de ser forzosamente una protección ideal contra las bajas temperaturas. Pero aún hay más: la sola presencia de un girón flotante de piel, destinado a proteger el orificio

del ano contra los rigores climatológicos, viene a probarnos una vez más, en forma irrefutable, que nuestro gigante velludo se hallaba perfectamente preparado contra las bajas temperaturas. O dicho de otra forma: que nuestro monstruo fué concebido precisamente para vivir en tales climas rigurosos. Finalmente, trataremos de las excrecencias córneas de sus patas. El autor antes citado dice, a su juicio, que éstas debían dificultar o estorbar su marcha. Y yo pregunto: ¿Por qué? ¿No podrían, bien al contrario, servirle de estupendas «raquetas» con las que caminase más cómodamente sobre los helados o nevados campos sin hundirse, gracias a ellas, en las nieves, barrizales o arenales?

Pero, en resumen, lo que nos parece más evidente de todo es el hecho siguiente: si el mamut hubiese estado tan mal preparado contra el frío como nos quieren hacer creer, es de una lógica aplastante que se hubiese quedado en Europa al producirse la retirada del glaciar de Würm. No creemos que el mamut fuese tan estúpido como para salir huyendo del nuevo clima templado que se presentaba, para irse luego a morir, aterido de frío, en la inhóspita Siberia.

El argumento de la excesiva curvatura de sus defensas padece también de la misma poca solidez y de idéntica falta de base. El elefante no utiliza sus grandes colmillos como espadas con las que pinchar al enemigo, sino como mazas; no busca, por tanto, ensartar con ellas a su rival, sino simplemente, aplastarle, demolerle a golpes. Se sirve, pues, de sus defensas como lo hace el búfalo con sus cuernos, o sea, dando con ellos terribles golpes o porrazos. Por consecuencia, vemos que los incisivos espirales del mamut no debían ser, por la sola razón de su curvatura, unas armas tan despreciables y tan ineficaces como pretende el docto zoólogo en sus asertos.

¿HA DESAPARECIDO VERDADERAMENTE EL MAMUT?

Luego tenemos que si el mamut no ha desaparecido ni por razones externas de orden climatológico, ni por razones internas tales como una progresiva degeneración, ¿cómo podremos entonces explicar su desaparición de sobre nuestra Tierra?

La teoría más moderna y la más generalmente aceptada, se fundamenta en una causa accidental. ¿No fué justamente por un accidente por lo que el ejemplar del Berezovka pasó de la vida activa al estado de «conserva»? La autopsia de dicho animal nos reveló, en efecto, que éste había sufrido la fractura de una pata anterior y de la pelvis. Parece ser que el animal en cuestión debió dar un falso paso y caer en una profunda zanja o hendidura del terreno, disimulada, sin duda alguna, por las recientes y fuertes nevadas. Al tratar luego de salir de aquel encierro, con sus subsiguientes y lógicos movimientos bruscos, sólo conse-

guiría hacer caer sobre sí enormes montañas de nieve, que fueron constituyendo de esta forma, su fría mortaja y su inmejorable cámara frigorífica.

¿No habrían podido producirse accidentes de este tipo que acarreasen la muerte colectiva a gran número de ejemplares? ¿No podría ser la propia mole del mamut la que hubiese tenido arte y parte, no sólo en su destrucción, como raza viva, sino también en su perfecto estado de conservación hasta casi nuestros mismos días? Cuando las hordas de mamuts se fueron replegando gradualmente tras la retirada de los glaciares, para irse beneficiando así de aquella temperatura frígida, que tan agradable debía serles, forzosamente hubieron de ir tomando la dirección nordeste. De esta forma irían acercándose así a las llanuras pantanosas y cenagosas del norte siberiano; una vez en tan peligrosos terrenos, su propia masa, su propio peso, les jugó una mala pasada, ya que faltos de la agilidad o velocidad precisa, se irían hundiendo cada vez más en el movedizo terreno, acabando finalmente por desaparecer del mundo de los vivos. Y allí, hundidos, sepultados en la masa helada, quedaron conservados y al abrigo, por tanto, de la descomposición de la materia.

Y veamos como, casualmente, esta explicación se parece en gran manera a la que los *yukaghir* señalan en sus tradicionales relatos.

Es indudable que accidentes colectivos de tal clase se han producido ya en el pasado. Mas, sin embargo, no nos suena a demasiado convincente. Bien hubiera podido darse el caso de que un determinado número de mamuts hallara su fin en esta forma. Pero de eso a asegurar que *todos* los mamuts murieron de igual manera, va un abismo, sinceramente. Los animales, sean los que sean, no tienen la mala costumbre de lanzarse de cabeza, sin mirar, a terrenos desconocidos donde bien les pueden estar esperando mil peligros de mil clases diferentes.

Es más: no creo descubrir ningún secreto si digo que, por el contrario, los animales en general son los seres más cautelosos y desconfiados frente a todo aquello que desconocen. Y en este «todo aquello» incluyo también, claro está, las nuevas zonas o terrenos no frecuentados habitualmente por ellos. Parece pues absurdo pensar que *todos los mamuts del mundo* se hubieran dado cita, por la causa que fuere, en una región que precisamente iba a valerles de tumba. ¿Ninguno de entre ellos dió la alarma que provocase una auténtica estampida y, consecuentemente, la salvación?

Me parece, pues, que ya va siendo buena hora de poner las cosas en su justo punto.

Considero muy loable el intento de hallar las causas ciertas de la desaparición del mamut, y muy humano el que los hombres de ciencia se desesperen al no encontrarlas. Pero, digo yo, ¿no sería más lógico y más sensato empezar por probar, en forma irrefutable, si tal desaparición se ha producido realmente y de manera total?

El reno, el alce, el buey almizclero, el caballo de Prwalski, el glotón,

el zorro polar, el lemming y el lagomys habitaban también la vieja Europa Occidental, a la vez que el mamut, durante la fase glaciar de Würm: todos ellos, como es sabido, abandonaron nuestros territorios al cambiar el clima; pero todos ellos también supieron hallar refugio en los territorios que, en aquella disyuntiva, les parecieron más agradables, más acogedores y más apropiados a sus respectivos gustos o condiciones, especialmente en Siberia, en Alaska y en otros varios rincones de nuestro Globo.

Y yo pregunto: ¿por qué habría de ser, en esto, una excepción nuestro buen mamut?

Numerosos paleontólogos han llegado a reconocer que el elefante velludo bien pudo sobrevivir en Siberia hasta una época «relativamente reciente». ¿Quién se atreve, por tanto, a poner la mano sobre el fuego diciendo «a priori» y con aires de inapelable sentencia, que el mamut no puede sobrevivir aún en los casi desconocidos territorios de los *yakutos* o de los *yukaghir,* por ejemplo? Una cosa es cierta: las leyendas relativas a los «gigantes hirsutos» no han cesado aún de correr. Se nos presenta todavía el caso de habitantes de Siberia que siguen afirmando haber visto hoy en día tales mamuts, y haberlos visto, al decir, común, «¡con sus propios ojos!» A veces, llegan hasta nosotros relatos de viajeros que cuentan cómo encontraron sobre la nieve huellas de enormes patas e incluso excrementos de unas proporciones totalmente desmesuradas.

¿Qué podemos creer, pues, a este respecto?

EL COLOSO AL QUE LA LUZ FULMINA.

Ahora debemos estudiar, fríamente, los argumentos basados en las representaciones que de tales animales hacían o hacen, los esquimales: esos dibujos que tanto emocionaron a los sabios americanos de finales del pasado siglo. Las sospechas comenzaron a despertarse al ver la *demasiado grande* semejanza que existía entre los dibujos hechos por los hombres de las tribus *innuit* y los grabados rupestres del magdaleniense. Las reglas que, en ambos casos, presidían la estilización del animal, eran absolutamente las mismas. Era aproximadamente como si unos y otros artistas hubieran ido a la misma escuela de dibujo.

Para salir de dudas, se procedió luego a someter a un gran número de estos indígenas a un fuerte y cerrado interrogatorio. Fué saliendo así a la luz, poquito a poco, toda la verdad. Parece ser que algunos años antes, sobre el 1897, un naturalista llamado C. H. Townsend, agregado al servicio de Pesca, y tripulante del patache americano «Corwin», había charlado largamente con los esquimales sobre el gran gigante velludo del que los *innuit* trataban de venderle los colmillos. Los cazadores de focas le dijeron que darían algo por saber cómo era el aspecto de aquel gran monstruo al que ellos sólo conocían a través de algunos de sus res-

tos. Era un animal absolutamente desconocido para ellos, mas del que, sin embargo, obtenían grandes provechos. ¡Cosa curiosa, en verdad! Entonces Townsend les mostró, a fin de orientarles, algunas láminas en las que figuraba la reconstitución del coloso, así como una serie de dibujos rupestres del mismo. Los *innuit* quedaron encantados ante aquellos elementales y estilizados dibujos, por lo cual seguidamente los adoptaron como cosa suya y comenzaron a reproducirlos por todas partes, adornando también con ellos sus armas, útiles, etc.

Quede bien entendido que esta divertida anécdota con aires de historieta cómica, no nos explica en modo alguno la persistencia de los rumores que siguen aún corriendo por Laponia y Siberia acerca de la existencia actual del gigante velludo que cava fosos o túneles en la nieve. Como lo señaló ya Van Gennep, el recuerdo de hechos pasados se viene a perder al cabo de unos dos siglos, allí donde sólo existen, claro está, las tradiciones orales. Por reducción al absurdo hemos, pues, de desechar la idea de que las narraciones relativas a encuentros con mamuts hayan llegado hasta nosotros de boca en boca, a través de la enorme distancia de varias decenas de milenios.

Pero hay en todo ello, según mi criterio, una explicación plausible: la presencia de ejemplares perfectamente conservados por el hielo podría ser una razón de peso con que mantener en la mente de los indígenas la idea de que tales monstruos se hallan aún con vida.

Algunos de estos descubrimientos se llevaron a cabo en circunstancias realmente dramáticas. Uno de tales gigantes se hallaba aprisionado dentro de un inmenso bloque o montaña de hielo que miraba hacia el mar. El deshielo comenzó a atacar la helada montaña por el lado de la costa, con lo cual fué así, poco a poco, surgiendo el monstruo por uno de los lados; justamente, lo primero que apareció al aire libre, fué la cabeza del titán con sus impresionantes defensas. El hombre que tuvo tal encuentro fortuito debió quedar profundamente aterrorizado, ya que luego hablaba, incluso, de que los ojos del monstruo «tenían un siniestro brillo».

Yo ruego al lector que se ponga en situación, y que trate de figurarse lo que él mismo sentiría *personalmente* si tras un largo y penoso viaje por las inhóspitas llanuras siberianas se encontrase de pronto, en medio de aquellas heladas soledades, con un enorme e hirsuto animal, armado de imponentes defensas, que saliese de una gran montaña de nieve... Comprenderemos así, sin la menor duda, que tal aventura será capaz de excitar la imaginación del más templado, con lo cual luego no será muy reprobable que, al relatarla, la adorne con algún añadido de su propia cosecha. La mayor parte de las personas que han tenido tales encuentros no sé si habrán poseído la suficiente presencia de ánimo para ir a comprobar «de visu» si el monstruo estaba vivo o muerto, si era un simple fósil o un auténtico animal dispuesto todavía al ataque.

Esta explicación podría aclarar así un detalle —de otra forma incomprensible— de los rumores que circulan sobre nuestro enigmático monstruo. Se habla de él, por todas partes, como de un animal excavador que circula por túneles subterráneos que él mismo cava. Y esto es francamente raro y antinatural, tratándose, como así ocurre, de un animal de tan impresionante tamaño. Podremos explicárnoslo si pensamos que todos los testigos presenciales, todos estos que tuvieron tales encuentros con el mamut, le vieron *surgir de la nieve,* salir de una montaña de hielo, sacando —según parecía— primero la cabeza, como es normal en tales casos. Si salía de un túnel o si se iba liberando poco a poco de la enorme montaña de nieve que le aprisionaba desde hacía siglos, ellos no lo sabían. Pero, en buena y elemental lógica, la primera versión era más fácil de suponer, por lo cual los testigos optaron por ella. Y la creencia de que los mamuts mueren *tan pronto como se exponen a la luz del día* vendría así apoyada en el hecho, de toda evidencia, de que nadie ha visto a la luz del día, ni uno tan sólo siquiera de estos titanes con vida.

Finalmente, lo relativo al hallazgo de enormes huellas o de impresionantes excrementos podría aclararse también pensando que éstos, unos y otros, habrían estado hasta el momento presente recubiertos de una o varias capas de hielo y que luego, al deshelarse esta costra, habrán vuelto a quedar en la superficie, expuestos así a las miradas de los viajeros.

EL MAMUT ES UN ANIMAL DE BOSQUE.

Tras haber llegado a sacar todas estas conclusiones, me apresuré a archivar el expediente del enigmático mamut convencido de no poder hallar ya, en tales problemas, otras nuevas capaces de alterar mi punto de vista. Y como prueba de ello, transcribiré aquí un párrafo del artículo que publiqué en 1952, en la revista titulada «La Marche du Monde». Decía así:

«Es bien cierto que la hipótesis de un mamut aún con vida es realmente sugestiva y capaz de excitar la imaginación de los espíritus aventureros. Pero las leyendas que se refieren a este animal mítico y fabuloso pueden ser interpretadas también de una forma muchísimo más prosaica.»

Una vaga sensación de malestar —¿quizá el remordimiento de haber «asesinado» así al mamut, sin dejarle ni la menor posibilidad lógica de supervivencia?— unida al sentimiento de no haber estudiado tal vez el problema de una forma exhaustiva, me empujaron bien pronto a reabrir de nuevo el expediente, liberándole del polvo de los archivos.

En mi fuero interno notaba yo que *algo* no marchaba: que algo no

encajaba en el cuadro general; que había alguna cosa que desentonaba, como un instrumento mal afinado en medio de un maravilloso concierto. No sabía qué cosa era ésta, pero presentía ya que allí, justamente allí, había de encontrarse la clave del misterio, la solución del rompecabezas.

Mi subconsciente hizo el trabajo por mí, y así, poco a poco, fué aflorando en mi imaginación una idea, un recuerdo, mejor dicho. Se trataba de una de esas ideas elementales que estamos todos cansados, hasta la saciedad, de oír repetir y que, por tal causa, damos siempre por buenas sin tomarnos la molestia de comprobar si realmente es tan cierta y tan verídica como dicen, y como parece serlo. Concretamente, hemos oído todos decir, mil y mil veces, *que el mamut es esencialmente un animal de la tundra.*

¿En qué se basa esta afirmación tan categórica?, me pregunté.

En el hecho de que es en la tundra y sólo y exclusivamente en la tundra, donde se han hallado siempre los restos congelados de tales elefantes velludos. Pero veamos esto más detenidamente, puesto que tal afirmación puede contener muchas y muy dispares cosas en su seno. Es perfectamente natural y lógico que sólo se hayan encontrado allí sus *restos congelados;* puesto que esa enorme y siempre helada extensión es el sitio ideal para que un cadáver, sea de quien sea, llegue hasta la posteridad, perfectamente conservado en aquel clima de nevera. ¿Pero implica esto, acaso, que el mamut no habitase más que en tales zonas? ¿Excluye tal hecho la idea de que el mamut pudiese recorrer también otras zonas más o menos distantes? En Europa, caso concreto, se han hallado restos fosilizados de monos, de leones, de hipopótamos. ¿Sacó alguien de este hecho, la conclusión de que tales animales son propios de zonas de clima templado? No y no. Simplemente dedujeron que en Europa, en otras épocas, había reinado —lo demostraba este hecho— un clima más cálido.

¿Pues no podrá ser éste también el caso de la actual tundra?

No olvidemos un hecho cierto: la temperatura de toda Europa fué antiguamente más elevada que la que reina actualmente y en particular entre la segunda glaciación (Mindel) y la tercera (Riss). Se ha llegado a establecer también que los glaciares escandinavos no lograron extenderse por Eurasia más allá del Ural: de hecho, todo Asia logró escapar así de esta invasión. Por consiguiente, la elevación de temperatura de la que el conjunto de Eurasia se benefició evidentemente, debió hacerse notar, de manera mucho más sensible, en Asia, donde la invasión glaciar, como antes hemos dicho, no llegó a producirse nunca.

Vemos, pues, que es muy probable y muy posible que la taiga, el inmenso bosque que cubre toda la parte central de la Siberia, se extendiera en otras épocas mucho más hacia el norte, llegando incluso hasta aquellas zonas en las que hoy hallamos los cadáveres de nuestros titanes. Podemos ya permitirnos el lujo de preguntar si no va pareciendo ahora mucho más lógico el hecho de que animales tales como

el rinoceronte y el mamut se hubiesen ido desplazando hacia aquellas regiones buscando, justamente, un clima más benigno y más dulce.

Que el mamut no era un animal de tundra nos ha sido ya demostrado en forma totalmente concluyente por el mero análisis del contenido de su estómago. En la tundra toda la vegetación existente se reduce a diversas variedades de musgos. Y ¿qué es lo que retiraron de los estómagos de los mamuts conservado por el frío y el hielo? Algunos musgos, es verdad, pero también ramitas y agujas de coníferas, cortezas tiernas de alerces, piñas y hasta algunas florecillas silvestres. En otras palabras: muestras inequívocas de la vegetación típica y característica de la taiga.

Neuville hizo notar, muy juiciosamente, que el mamut, a causa de la ausencia de glándulas sebáceas y sudoríparas en su piel, no tenía su pelambrera debidamente preparada contra la nieve ni contra la lluvia. Pero luego yo me permití demostrar que si bien era cierto que tal animal no está suficientemente dotado de defensas contra la humedad, sí lo estaba contra el frío. Y digo yo, ¿dónde podría entonces guarecerse un animal de tan gran tamaño contra los embates de las lluvias o de las nevadas? Evidentemente, bajo los árboles. ¡Pero nunca, nunca, en las áridas llanuras de los helados desiertos!

Querer hacer del mamut un animal de la tundra es tan insensato como dedicarse a criar ranas en un desierto de arena. No existe en todo el mundo un solo animal que viva *al lado,* o *cerca* del medio ambiente para el cual está especialmente hecho y adaptado. Vive, justamente, en tal ambiente. El hombre es la única excepción ya que éste puede vivir en el medio que desee o prefiera. Pero esto, me parece innecesario advertirlo, es porque el hombre es el único ser con la inteligencia capaz para adaptar todas las circunstancias a su mejor conveniencia.

EL MONSTRUO HA SIDO VISTO VIVO.

Inclinándome sobre un mapa de Eurasia, he tratado de imaginar la retirada progresiva de los glaciares hacia el norte de Europa, hecho éste que, según parece, fué el preludio de la desaparición del mamut occidental.

Si estos animales hubiesen ido siguiendo también tal retirada, a fin de mantenerse dentro de la zona de frío que, según algunos, les era más agradable o conveniente, habrían debido irse desplazando también, insensiblemente hacia el nordeste. Habida cuenta de los obstáculos infranqueables que hallarían en su camino, tales como ríos demasiado anchos y profundos para ser atravesados sin perder pie, se nos presenta la conclusión de que no han podido llegar hasta aquellos lugares en que

luego hemos hallado sus restos sin atravesar antes una buena extensión de la vasta taiga: una buena extensión, repito, cuya dimensión o longitud podría oscilar entre los 1.000 y los 4.000 kilómetros.

En este interminable bosque de coníferas y de abedules, cortado aquí y allá por zonas cenagosas de marismas, encontrarían dichos animales una extraordinaria cantidad de alimentos gratos a su paladar (en tales zonas sigue creciendo aún la misma flora que reinaba en Europa en la época glaciar), agua abundante y el ideal refugio de un bosque —o techo, para ellos— que les protegiese de las precipitaciones atmosféricas.

Entonces, tras haber encontrado aquella especie de vergel, de jardín del Paraíso, ¿por qué diablos iban nuestros buenos animales a abandonarlo para meterse, de hoz y coz, en las inhóspitas, frías y desagradables llanuras peladas y heladas de la Siberia, donde para colmo de males no habían de hallar ni un refugio contra el frío, ni un buen menú para sus hambrientos estómagos? Realmente, ello nos suena a absurdo.

Sin duda alguna, en épocas muy remotas, existían mamuts allí donde había vastos bosques de coníferas y reinaba un clima más bien frío. Su desaparición de tales lugares se habrá debido, sin duda, a dos causas: a que el clima de tales parajes se ha ido templando gradualmente o a que los bosques en sí, al irse despoblando les ofrecían cada vez menor abrigo y refugio.

Y ahora, cabe ya la pregunta: ¿es posible, en tal caso, que los elefantes velludos hayan subsistido en la taiga siberiana? No sólo posible, sino hasta muy probable.

La taiga es el mayor bosque del mundo: se extiende sobre cerca de siete millones de kilómetros cuadrados o sea, 12 veces la superficie de Francia, o también, un territorio mayor que toda Europa (sin incluir en ella la U. R. S. S.). Un territorio que equivale, nada menos, a las tres cuartas partes de los Estados Unidos de América. Este insondable bosque está, en gran parte, inexplorado, y sólo muy mal explorado en su conjunto.

En consecuencia, verdaderas hordas, no de centenares, sino de millares de mamuts, podrían vagar tranquilamente por entre sus árboles sin que nadie se diese cuenta de ello. Enormes rebaños marcharían toda su vida de un extremo a otro de la taiga sin tener mayores posibilidades de encontrarse, en tan largo período de tiempo, ni con un solo hombre...

Lo que sí resulta extraordinario, a decir verdad, y precisamente por tales causas, es que haya dado la casualidad —puesto que esto es, simplemente— que algunos de tales mamuts hayan logrado ser entrevistos por los ostiakos y los yakutos que viven en aquellas zonas boscosas.

Sé que para algunos lectores, los testimonios de estos hombres incultos y poco civilizados tendrán escaso o nulo valor. Mas no puede ser así cuando quien testifica es un cazador ruso, hombre ya, por tanto, con otra preparación y otra cultura mucho más sólida. Nos dice éste que en 1920 halló las marcas o huellas de unos enormes animales en los

bordes del gran bosque y entre los ríos Pur y Tas (en la región situada entre el Obi y el Yenisei).

Eran unas huellas ovaladas que medían de 60 a 70 centímetros de largo, por unos 50 de ancho; las patas delanteras venían a estar —según se desprendía del conjunto de la pista— a unos 4 metros de las traseras. En determinado lugar de tal pista, un enorme montón de excrementos testimoniaba también el desmesurado tamaño de los colosos.

El cazador, lógicamente intrigado, siguió tales huellas: cuando se adentró en el bosque pudo apreciar que las ramas de los árboles estaban partidas hasta una altura de 3 metros; esto significaba que aquellos enormes animales habían arremetido con brutalidad contra un lugar demasiado intrincado para permitir con facilidad su paso y su marcha. Durante varios días continuó la persecución. Además de seguir la pista, el cazador patrullaba de vez en cuando, realizando así toda una serie de exploraciones laterales encaminadas al hallazgo de los monumentales animales. El éxito llegó al fin. Un buen día, entre los árboles, y a una distancia de unos 300 metros, pudo divisar una pareja de estos animales, que se hallaban en un calvero del bosque.

Distinguió con toda nitidez sus grandes defensas, blancas y muy recurvadas. Los descomunales animales tenían un tono castaño oscuro y una abundante masa de largos pelos caía alrededor de la parte trasera de sus cuerpos. Se desplazaban con una marcha lenta y pesada.

Dos años antes, en 1918, otro cazador había tenido un encuentro, casi idéntico, en este mismo terreno.

LOS ELEFANTES VELLUDOS DE YERMAK EL CONQUISTADOR.

Como habrán podido ustedes notar, estos testimonios no pueden medirse por el mismo rasero que los que llegaron hasta nosotros procedentes de las tribus ribereñas del océano Ártico, ya que estas gentes solamente lograron hallar restos o esqueletos de dichos animales, sobresaliendo por entre las inmensas montañas de nieve y de hielo. Aquí, en el caso que ahora nos ocupa, no solamente los observadores pudieron seguir unas pistas o huellas *frescas y recientes* y examinar incluso excrementos, sino que también vieron a tales animales dotados de vida —ello es innegable—, puesto que se hallaban en movimiento. Desde mi punto de vista, lo que mejor habla de la sinceridad de estos hombres, de estos cazadores rusos, es que han situado su encuentro con los mamuts en plena selva; o sea, en un sitio en el que hasta entonces nadie había osado situarlos. De donde se desprende que ellos no seguían, en la supuesta mixtificación, el camino trillado, sino que dijeron, simplemente, lo que en realidad vieron. Sabido es que casi todos los «faroleros» y los mentirosos habituales, siguen la ruta que les parece estar más cerca de

la verdad, si bien adornando luego su historia con detalles más o menos tremendistas. Pero estos hombres no cayeron en mentira. La solución más fácil para mentir, era la de volvernos a repetir la imagen clásica, o sea la de un enorme mamut avanzando por un desolado y nevado desierto de hielo.

Podría darse muy bien el caso que en invierno, y empujados por el hambre, algunos de tales mamuts abandonasen la taiga, adentrándose luego por la tundra a fin de buscar algunos musgos escondidos bajo la nieve. Si en lugar de tales alimentos hallaron la muerte, por una u otra causa, esto quizá no fuera tan previsible. O en todo caso, ya se sabe lo que ocurre cuando el hambre aprieta... Luego, el inmenso manto blanco de nieve y de hielo, se encargó de conservar los cadáveres de aquellos hambrientos, de aquellos aventurados que osaron romper el silencio y el misterio de la gran sabana blanca.

En todo caso, este testimonio, esta comprobación *de visu* de que los elefantes velludos aún existen, acaba de convencernos —a mí, por lo menos— de que el mamut es un animal selvático. Parece ser, además, que los especialistas rusos en tales cuestiones han acabado por pensar también como yo en este aspecto. Efectivamente: después del hallazgo, en 1948, en la península de Taimyr, de un mamut que había sido conservado intacto en medio de un inmenso bloque de hielo, el problema del mamut suscitó en la U. R. S. S. un nueva corriente de interés sobre tal problema, con lo cual, y ya en 1950, se nombró una expedición científica encargada de esclarecer, si ello era posible, tan apasionante dilema.

¿Y no es ampliamente significativo que tal expedición se fijase como cometido el de explorar los parajes boscosos del golfo de Obi —donde más de una vez se dice haber visto mamuts aún con vida— y no las orillas del océano Glacial, donde de hecho se han conservado los ejemplares fósiles, como hizo observar certeramente M. Marmet?

Recordemos, para terminar y para autentificar también el testimonio de estos cazadores, que ellos han tenido, a su vez, un ilustre predecesor. A finales del siglo XVI, la opulenta familia rusa de los Stroganoff, que poseía abundantes minas de sal en Siberia, se sintió harto enfadada por los pillajes que en sus pertenencias llevaban a cabo las diferentes cuadrillas de bandidos. Decidieron restablecer el orden mediante el drástico sistema de enviar a tales lugares nada mnos que a los valientes y aguerridos cosacos del Don. Conducidos en 1580 por el atamán Yermak Timofeevitch, se lanzaron éstos de lleno a la empresa de policía y de orden que allí les había conducido. Y tanto éxito tuvieron en su cometido que consiguieron someter a todos los pueblos de Siberia, y conquistar, de paso, el país todo entero. Tales cosacos acabaron luego, poco a poco, por escindirse en pequeñas agrupaciones o bandas, que terminaron viviendo sobre el país, del pillaje, del saqueo o del abuso de fuerza, explotando inicuamente a todas aquellas tribus que habitaban los contornos. Así fueron explorando poco a poco la región, palmo a palmo, y tanto sus llanuras como

sus ríos; fundaron pueblos mezclándose muchas veces con los moradores de la región. Tras sus buenos 60 años de luchas y escaramuzas casi constantes con las tribus autóctonas, estos cosacos, o sus descendientes, acabaron por fin por llegar hasta el mar de Okhotsk, sobre el océano Pacífico. ¡Habían cruzado así el Asia, por su mayor extensión!

Esta extraordinaria aventura de conquistadores hace forzosamente recordar las invasiones de Europa llevadas a cabo por los hunos, en el siglo v y por los mongoles en el XIII.

Esta historia, del mayor interés para los amantes de tal disciplina, tiene también gran importancia para los zoólogos, puesto que Timofeevitch señaló haber encontrado, más allá de los montes Urales, «unos grandes elefantes peludos». Estos constituían, según decían los indígenas, una enorme riqueza —en el orden alimenticio— del reino de Sibir. Tanto que, en su dialecto, llamaban a estos animales «montaña de carne». Y sospechamos que «carne» tenía para ellos, en tal caso, un absoluto valor gastronómico.

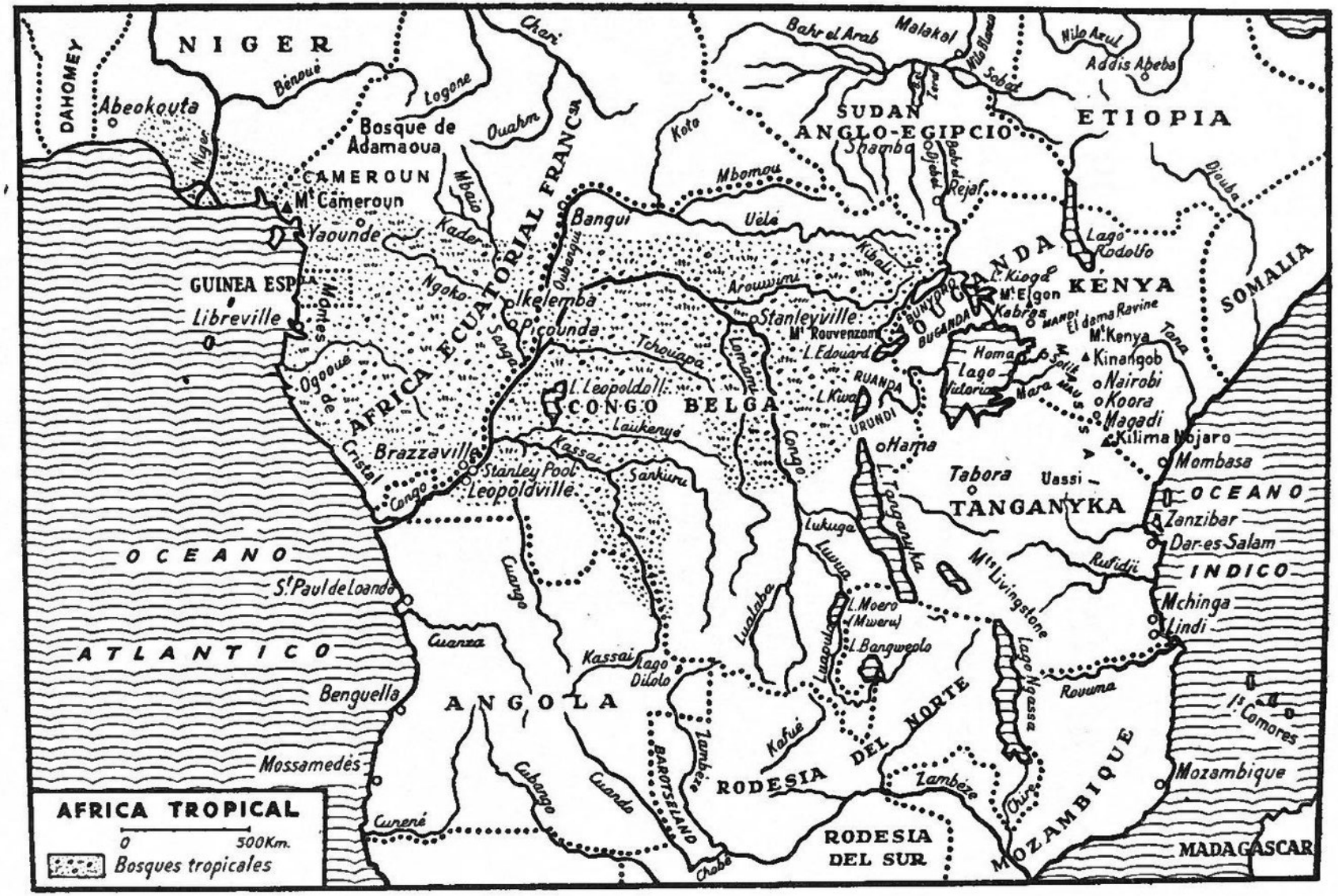
Y todo esto pasaba, recordémoslo, en una época en que el mundo eslavo ignoraba aún, de la forma más absoluta, la existencia de un animal llamado mamut.

LOS ESPANTOS DEL AFRICA MISTERIOSA

«Escucha, *bwana,* he aquí una historia en la que tú no creerás, por la simple razón de que tú eres blanco. Los blancos se ríen de las historias que cuentan los negros. Dicen luego que tal o cual detalle no es cierto. ¿Y cómo pueden saberlo si ellos no estuvieron allí? Pero se contentan con afirmar: ¡Oh, oh, los negros son como niños pequeños que se cuentan historias de miedo en la oscuridad! Mas acuérdate, *bwana:* los blancos lleváis en este país menos tiempo aún del que dura la vida de un hombre. ¿Entonces cómo podréis saber lo mismo que los negros que habitan estas tierras hace cien veces más tiempo?»

Alí, un viejo africano, al cazador

ROGER COURTNEY


AFRICA TROPICAL
0
500Km.
Bosques tropicales
NIGER
DAHOMEY
Abeokouta
Bénoué
Logone
Chari
Ouahm
Bosque de Adamaoua
CAMEROUN
Mt Cameroun
Yaounde
Mbaio
Kader
Ngoko
Sanga
Ogooué
Montes de Cristal
GUINEA ESPLA
Libreville
AFRICA ECUATORIAL FRANCSA
Bangui
Oubangui
Ikelemba
Picounda
Tchouapa
Brazzaville
Stanley Pool
Leopoldville
Congo
Kassai
Sankuru
Lomami
Lualaba
Luvua
Luapula
Kafué
Zambéze
Chobé
Cuando
Cubango
Cunené
Cuanza
Cuango
Kassai
Lago Dilolo
BAROTSELAND
CONGO BELGA
L. Leopoldo II
Laukenyé
Stanleyville
Mt Rouvenzom
L. Edouard
L. Kiwa
RUANDA
URUNDI
Hama
L. Tanganyka
Lukuga
L. Moero (Mweru)
L. Bangweolo
Mts Livingstone
Lago Ngassa
Rovuma
Chire
Zambéze
RODESIA DEL NORTE
RODESIA DEL SUR
MOZAMBIQUE
Mozambique
Is Comores
MADAGASCAR
OCEANO ATLANTICO
OCEANO INDICO
St Paul de Loanda
Benguella
Mossamedés
ANGOLA
Bahr el Arab
Malakal
Nilo Blanco
Sobat
Nilo Azul
Addis Abeba
ETIOPIA
SUDAN ANGLO-EGIPCIO
Shambo
Djebel
Bahr el Rejaf
Koto
Mbomou
Uélé
Kibali
Arouwimi
Djouba
SOMALIA
Lago Rodolfo
KENYA
L. Kioga
Mt Elgon
Kabras
MANDI
El dama Ravine
Mt Kenya
Tana
Kinangob
Nairobi
Koora
Magadi
Kilima Nojaro
Mombasa
Zanzibar
Dar-es-Salam
Mchinga
Lindi
Rufidji
Tabora
Uassi
TANGANYKA
Homa
Lago Victoria
Mara
Solik
MAUSSA
BUNYORO
BUGANDA
OUGANDA

Capítulo V

EL LEÓN-LEOPARDO, EL ELEFANTE-HIPOPÓTAMO Y OTROS BASTARDOS

África es, indudablemente, la tierra de los amores monstruosos. Y esto, ¿será a causa de la humedad enervante de sus noches, del sol que exalta inexorablemente los sentidos, de la desnudez de sus habitantes o de la obscenidad ingenua de sus danzas? El caso es que, a través de los tiempos, el continente negro ha tenido una enorme reputación de hacer inclinarse al hombre hacia las peores tentaciones de la carne.

Y en este clima de erotismo desenfrenado es en el que hay que buscar, a mi juicio, la llave de todos sus misterios zoológicos.

LAS CÁLIDAS NOCHES DEL CONTINENTE NEGRO

En la Edad Media, cuando unos monjes divisaron por vez primera avestruces en el desierto, creyeron de buena fe que tal animal era el producto de los amores ilícitos de un camello y de algún gran volátil. Y llevado por este mismo espíritu, el escritor árabe Kaswini achacaba a la jirafa una auténtica genealogía de aberración, en la que, lo que es peor, aún siguen creyendo muchos africanos:

«Si la jirafa se parece por su cabeza al camello —escribía éste en su «Libro de las Maravillas»—, si tiene los cuernos y las pezuñas de un buey, si su piel está rayada y si su cola sólo puede ser comparada a la del antílope, será porque su padre, nacido de la unión de una camella y de una hiena macho, tuvo luego amores secretos con una gran cierva a la que se suele llamar frecuentemente vaca salvaje, y que recorre habitualmente el desierto.»

Para completar el cuadro, añadamos que, según Opiano, la hiena es —a decir del sabio Tiresias— tan pronto macho como hembra, lo que le

permite gustar así, sin vergüenza alguna, de los impuros goces de la inversión. Brunetto Latini, el maestro del Dante, suponía incluso que la *yença*, como él la llamaba, podía cambiar su sexo a voluntad.

¿Podemos acusar entonces, en este mundo de ambiente pervertido, a los indígenas por su creencia inocente de que los gorilas, e incluso los babuínos, sean habituales raptadores de mujeres para satisfacer así sus deseos lúbricos?

Con su espíritu racionalista, el viajero europeo tenía que buscar una

Fig. 22. — *Antigua representación de la jirafa (según Aldrovandi, siglo XVI)*

explicación científica y racional que aclarase tan extrañas mezclas contra-natura. El Padre André Thévet, cosmógrafo del rey Carlos IX y que hizo repetidas escalas en África con ocasión de sus viajes al Brasil, nos proponía la siguiente solución, allá por el año 1535, que estaba algo fundada en las propias ideas de Aristóteles:

«A causa de la escasez de agua, muchos animales de las más diversas especies se ven constreñidos a agruparse, cuando van a beber, allá donde hay agua. Y muy a menudo traban relación unos con otros, debido, sin duda, al gran calor que los induce a mostrarse extremadamente fáciles a tales mescolanzas. De este hecho se engendran animales monstruosos, procedentes de diversas especies, representadas, por tanto, en un mismo individuo. Lo que

ha dado origen al proverbio que dice que África siempre es capaz de producir cosas nuevas y distintas.»

En nuestros días, cuando los negros se encuentran cara a cara con un animal que parece reunir o combinar las características de dos especies diferentes, siguen viendo en él un ser híbrido, lo que queda demostrado por la leyenda —entre otras— del *nsui-fisi*, el leopardo-hiena (véase tomo I de esta obra) y por la del *kulokamba*, el chimpancé gorila.

Pero la ciencia contemporánea ha decretado que las uniones entre animales de géneros diferentes son infecundas y que todas esas historias africanas no son más que auténticos cuentos que no merecen sino, todo lo más, un desdeñoso encogimiento de hombros.

Tal enjuiciamiento es, sin duda, cierto en su base, mas yo creo que no debemos tratar a los pobres negros con tanta severidad ni con tanto desprecio.

Diré, para empezar, que es perfectamente excusable el que los negros, que desconocen todas nuestras teorías sobre la evolución hayan tratado de explicar por un fenómeno de cruzamiento la coexistencia, en un solo ser, de caracteres muy dispares y que parecen proceder de dos seres o de más incluso (1).

Si nosotros, mucho más educados e instruídos, vemos en todo esto los rasgos de una simple convergencia o el índice de un origen común más o menos lejano, no olvidemos sin embargo, que nos veríamos en un gran aprieto si alguien nos pidiese demostrar, hasta en sus menores detalles, por qué mecanismo preciso llegan a encontrarse tales caracteres en seres de especies totalmente diferentes. Nuestras modernas teorías de la herencia, basadas en la transmisión de genes cromosómicos, comprenden, de hecho, una inmutabilidad de las especies: tales teorías no pueden explicar los fenómenos evolutivos tan íntimamente ligados al concepto de mutación: es decir, el cambio brusco, desordenado que no concuerda en nada con el carácter ortogénico (en línea recta, dirigido en un sentido concreto) de la evolución.

Realmente, no se puede suponer la radiación de varias líneas evolutivas, a partir de un mismo grupo de seres, más que suponiendo de antemano que éstos eran *distintos en sus orígenes;* es decir, dotados de bagages cromosómicos diferentes. El ciego juego de las combinaciones entrañaría al cabo de un determinado tiempo, la ligera diferenciación de varios tipos, y un factor selectivo interviniendo desde ese momento, como resultado de la elección deliberada de la compañera sexual, haría también que las diferencias se fuesen acentuando más a la larga.

Mas si suponemos una disparidad original, ¿no llegaremos acaso a la idea, ingenua a primera vista, de los negros, según la cual la combinación de los caracteres dispares en una especie animal es el resultado (indirecto y lejano) de una hibridación?

(1) A principios del siglo XVIII, nuestro gran sabio Réaumur pretendía aún, que si hacemos que un conejo fecunde a una gallina, el resultado será ¡un ave con pelos!

En verdad, el axioma de la infecundidad de las uniones entre géneros diferentes no es absolutamente riguroso. En el Jardín Zoológico de Hellabrunn, en Munich, se han realizado, de manera sistemática, las más asombrosas experiencias de hibridación; particularmente, el cruce de una oca *(Anser)* y de un cisne *(Cygnus)* y el de un oso blanco *(Thalassarctos)* con un oso pardo *(Ursus)*. Alcanzaron también éxito en la empresa de cruzar un zorro *(Vulpes)* con una hembra de lulú de Pomerania *(Canis domesticus)*. El producto de dicha unión, cosa sorprendente, no resultó estéril y fué cruzado con una hembra de coyote *(Canis latrans)*, lo que dió como resultado una serie bien curiosa de perros-zorros que ladraban como auténticos perros domésticos, pero que cavaban madrigueras como los zorros más experimentados.

La mayor parte de los zoólogos están tan convencidos de la imposibilidad de tales uniones entre animales pertenecientes a dos subfamilias distintas que, bien recientemente, el Dr. Maurice Burton, del British Museum, escribía en su magnífico *Mundo secreto de los animales:* «La hipótesis muchas veces apuntada, según la cual los perros tienen sangre de zorro, no tiene ninguna base científica ni mayor solidez, por tanto, que esas leyendas o rumores que tanto corren sobre hipotéticos híbridos de perros y zorros.» Yo, por mi parte, puedo asegurarle que he conocido un pequeño perro, nacido en el África del Norte de la unión de un *fennec (Fennecus zerda)* y de una hembra de fox-terrier.

En realidad, no se sabe casi nada sobre las posibilidades de hibridación entre animales de especies diferentes y es bien poco científica, a mi juicio, la postura de excluirlas *a priori* sin intentar siquiera hacer los experimentos oportunos. Siguiendo el ejemplo del Zoo de Hellabrunn, podríamos aprender muchas cosas con respecto a los parentescos reales que unen a distintos animales entre sí, los gatos, los perros y las hienas entre otros, y esos tipos curiosos como la onza y el licaón o lobo pintado, a los que no me parece demasiado absurdo tener por formas intermedias.

No me resulta así extraño ni absurdo el hecho de que los africanos —sea esto equivocado o no— tengan la manía de dar, a determinados animales, unos nombres que parecen ser un refrito de las denominaciones de que disfrutan dos o más animales distintos Igualmente podríamos encontrar ambiguo el reflejo de un zoólogo que bautiza a un animal con nombres científicos tales como *Cynopithecus* (mono-perro), *Myocastor* (castor-ratón) o *Antilocapra* (cabra-antílope), ya que ¿cómo podremos saber si al hacer tales bautizos él trataba de señalar así un parentesco real o, simplemente, alguna serie de parecidos con otros animales?

LOS AFRICANOS SON UNOS SUTILES OBSERVADORES QUE INTERPRETAN EL MUNDO A SU MANERA

¡Qué importa el nombre, además...! La forma en que los negros tratan de explicar la existencia de determinadas formas heteróclitas no significa, en modo alguno, que tales formas no existan. Pues bien, se da el hecho curioso que sólo porque sus explicaciones sonaban más o menos a falso, el mundo civilizado se ha negado casi siempre a creer, en general, la propia existencia de los raros animales de que los negros nos hablaban.

Nadie quiso creer así en el asno rayado de los pigmeos wambutti —una cebra de las selvas que dejaba huellas de cascos hendidos—, a pesar de todo lo cual el okapi no es un mito, ni muchísimo menos. Se consideró imposible la existencia del *nigbve* el gigantesco cerdo negro de colmillos acerados, al igual que la del *mlularuka,* el chacal que se parece a un murciélago; con todo y con ello, dichos dos animales figuran hoy en nuestras colecciones zoológicas, e incluso en nuestros Zoos, en lo que se refiere al primero. El mundo entero sonrió escéptico al oír hablar de que los indígenas de Rhodesia temían —por encima de todo— al ser extraño al que ellos tenían por un bastardo de hiena y de leopardo: el *nsui-fisi.* Por tal sonrisa incrédula, la onza real ha sido desconocida para nosotros hasta el año 1926.

Con todos estos casos, deberíamos ya haber aprendido la lección y haber pensado un poco más las cosas antes de seguir poniendo en cuarentena las opiniones de nuestros hermanos morenos. Pero no ha sido así. Hoy en día, numerosos naturalistas siguen sonriendo socarrones y levantando sus ojos al cielo cada vez que oyen hablar del *marozi,* del *koddoelo,* del *chimiset,* del *mngwa,* de los *agogwe,* del *mokele-mbembe,* del *lau,* del *kongamato* y de muchos otros animales raros, cuya existencia, ello no obstante, ha sido corroborada por el testimonio de bastantes europeos. Y tal desconfianza nace, vuelvo a repetirlo, del hecho de que los negros adornan luego sus historias con detalles tremendistas sobre raptos de mujeres, sobre emparejamientos imposibles entre serpientes e hipopótamos, murciélagos y lagartos, etc. Todo esto es —y así debería verlo todo el mundo— la marca del Africa sensual y poética. Es la contrafigura, digámoslo así, del esceptismo hermético y superfluo con que los occidentales, muchas veces, solemos matizar nuestras noticias y nuestras deducciones. De donde volvemos a lo que ya sabíamos: que cada uno, cada pueblo, tiene su propio temperamento y hace, por tanto, las cosas a su propio estilo...

Nadie niega, pues, que quizá los negros interpreten en forma original, o hasta irracional si se quiere, todo aquello que ven, a causa de su *Weltanschauung,* dominada por el juego de las correspondencias mágicas; ni tampoco que tengan una marcada tendencia a exagerar, sea esto por

un carácter típico meridional o sea, simplemente, por efecto y causa del miedo que muchas veces les domina. Mas lo cierto, lo auténticamente cierto es que tras cada relato, tras cada historia, se encuentra siempre una observación real y no un sueño ni una alucinación.

Esforcémonos en pensar ahora de una forma que, si bien nos es extraña, no por eso deja de tener sus propias leyes y usos. Pensando así —tal y como lo harían los negros—, podremos quizá llegar a saber la verdad, «nuestra» verdad, que tan escondida nos parece hoy tras todo ese fárrago de detalles extraños.

Los físicos occidentales aceptan, sin demasiados aspavientos ni esfuerzos, teorías tales como la de la Relatividad, generalizada por Einstein, que supone una curvatura del espacio según una cuarta dimensión; pasan también a creer a pies juntillas en la Mecánica ondulatoria de Louis de Broglie, que tiende a demostrar que la materia y la luz son, a la vez, un enjambre de corpúsculos y un juego de ondas. Si aceptan tales teorías que, desde luego, van en contra, de primer intento, de su natural buen sentido y que sus imaginaciones no son capaces de visualizar ni por asomo, es simplemente porque tales teorías son susceptibles de una representación matemática, abstracta pero coherente, y porque su visión del mundo occidental es esencialmente racionalista. Pero deberían darse cuenta que su forma *científica* de ver el mundo no es la única ni obligatoriamente la mejor, y que la forma *mística* (o simbólica) de los orientales, y la *cósmica* (o poética, o mágica) de los africanos, según la penetrante distinción de Élie Faure, son tan perfectamente válidas y dignas como la primera.

Siempre me acordaré de las risas con que los colonos se pitorreaban de un pobre *boy* del Congo a quien su patrón envió a la orilla del mar a pasar sus vacaciones. Ver el mar es un auténtico espectáculo de terror y de admiración para un negro del interior del continente. Lo que más provocaba la hilaridad de los blancos era que el negro, en lugar de enseñar a su mujer algunas fotografías del mar para que así ésta pudiese compartir con él su admiración, se contentó con llevarle una botella que contenía un poco de la salada agua; el negro, la dió a probar a su esposa. Para mí, y hablando con toda sinceridad, no hay nada de risible en tal hecho. Esto prueba, sencillamente, que los negros están mucho más apegados a la materia misma, a su esencia profunda en toda su insondable complejidad, que no a representaciones fotográficas, abstractas —si podemos decirlo— de la realidad. Y este punto de vista ¿no será acaso tan perfectamente defendible y digno como el nuestro propio?

Hay un dicho popular que afirma que cuando una pareja ve pasar por la calle a una dama guapa y elegante, la mujer mira atentamente los trajes; el hombre, lo que hay dentro. ¿Y no sería absurdo, en este caso, ponernos a discutir cuál de los dos, el hombre o la mujer, tiene razón? ¿No sería más sensato decir que cada uno, desde su propio punto de vista, tiene su propia y particular razón?

Los africanos nos han probado, en más de una ocasión, que son unos buenos observadores y que su forma de interpretar lo que ven no es tan absurda ni tan descabellada como nosotros pretendemos. Nueva prueba de ello: ¿no se rieron hasta hartarse de estos pobres negros, en los siglos pasados, porque éstos tenían la «absurda» pretensión de que las fiebres palúdicas provenían de la picadura de un mosquito? En aquellas épocas, el nombre de «malaria» tenía que ser tomado, según la Ciencia, al pie de la letra: es decir era una afección o enfermedad producida por «malos aires». Paul Bourget, en una de sus primeras novelas —*Cosmópolis*— hacía suicidarse a su heroína en una forma bastante original e inspirada en la ciencia de aquella época: la muchacha se trasladaba a la campiña romana, insalubre como el diablo a causa de sus aguas cenagosas, para respirar allí las mortíferas miasmas... Fiel a su siniestra reputación, el aire pestilente y envenenado de tal zona llevaba la muerte a los pulmones de nuestra pobre y desconsolada señorita. Situación cómica. El autor de *Le Disciple* ignoraba en absoluto la causa real de la muerte de su heroína, con todo y con ser tan listo, tan culto y tan civilizado. Hizo falta esperar tiempo aún hasta que los descubrimientos de Laveran y de Manson viniesen a demostrarnos que fueron los mosquitos enfermos quienes habían transmitido la enfermedad —y con ella la muerte— a la joven, triste y romántica heroína, al llenar su delicado cutis de picotazos.

Cuando los africanos sospechan que las hienas cambian de sexo con cierta periodicidad no hacen sino demostrarnos una vez más su agudo instinto de observación. Buffon pensaba que «tal cuento no tiene más base ni más fundamento que la abertura que en forma de hendedura tienen tanto el macho como la hembra, y que es absolutamente independiente de las partes propias para la generación que, en cada sexo, son en la hiena análogas a las de otros animales parecidos». Algunos zoólogos se han dado cuenta, desde entonces acá, que en el caso de la hiena moteada, la hembra presenta a veces un curioso fenómeno de «pseudo-hermafroditismo»: sus órganos genitales simulan hasta tal punto el aspecto de los de un macho que un naturalista, incluso, podría equivocarse de pleno al juzgar el sexo del animal en estudio.

¿RAPTAN MUJERES LOS GORILAS?

Poco a poco, llegamos así a preguntarnos también si las historias de apareamientos monstruosos, de los que tan pobladas están las leyendas de los negros, no tendrán como en los casos precedentes alguna base real. Dejemos a dos profesores de la Universidad de Yale, los doctores Clellan S. Ford y Frank A. Beach, autores de un estupendo libro titulado «Panorama del comportamiento sexual», que sean quienes nos respondan a esta pregunta:

«Se dan casos, a veces, en los cuales es el animal el que, deliberadamente, hace insinuaciones sexuales a los hombres o a las mujeres, según sea. Hay también testimonios numerosos sobre relaciones sexuales mixtas entre animales machos y hembras de especies infra-humanas.»

Podemos traer también a colación las conclusiones manifestadas por diversos sabios tales como Yerkes, Zuckermann, G. V. Hamilton y Edward Kempf, quienes tuvieron ocasión de observar las tentativas de emparejamiento que desarrollaban diversos animales, de las más diversas y diferentes especies, sometidos a cautividad: babuínos o macacos con perros, marsopas con tortugas marinas o con marrajos, tórtolas con palomos, etc. Los monos, sobre todo, muestran una extraordinaria tendencia a unirse con quien sea: tanto con seres humanos como con otras clases diversas de animales tales como perros, gatos e incluso aunque parezca mentira, con serpientes.

«Y en tan extraños comportamientos es donde hay que buscar, indudablemente, el origen de las supersticiones relativas a la atracción sexual que los humanos parecen ejercer sobre otros primates.» Conclusión ésta que obliga a sus autores a volver a poner sobre el tapete toda esa interminable serie de leyendas africanas que nos hablan de mujeres raptadas por los gorilas y de jóvenes violadas por babuínos.

¿Supersticiones? Los doctores Ford y Beach precisan que «en su medio ambiente natural, cada especie de primates no se empareja sino con sus propios congéneres». De donde deducen que tan monstruosas alianzas son el producto típico de animales constreñidos a cohabitar por obra y arte de la cautividad e impedidos por tanto de satisfacer normalmente sus deseos sexuales.

Pero ¿ocurre acaso que en la Naturaleza pueda sentirse un mono tentado a emprender tan extrañas aventuras amorosas? Sin duda, tal cosa debe ser rara y anómala entre aquellos animales que viven en grandes grupos o «tribus», en las que nunca a buen seguro, les faltará una pareja propicia. ¿Qué ocurrirá entonces entre los gorilas que, según parece, viven por parejas o, a lo más, en reducidísimos grupos familiares?

«Cuando un macho llega al estado adulto, nos cuentan Urbain y Dekeyser, se separa de su familia para buscar una compañera que no duda en robar, si llega el caso, a uno de sus congéneres con el que, naturalmente, ha de librar, antes o después, una auténtica lucha sin cuartel. Uno de nosotros pudo examinar una víctima de tan singulares combates; era la osamenta de un viejo macho; había ido éste a morir cerca de un bananal y tenía ambos brazos fracturados y cuatro costillas completamente rotas.»

¿Qué pasará cuando uno de estos gorilas machos no logre hallar su hembra? Lo que está fuera de dudas es que la gente que vive en las selvas suele ver a tales gorilas solitarios errando de una parte para otra. O bien solteros, o bien viudos, deben sufrir evidentemente a causa de su forzada continencia. Es preciso haberse dedicado a la doma o domes-

ticación de monos, haber vivido a diario con ellos, para saber la violencia de sus pasiones amorosas, su sed de afecto, de ternura, de compañía. A mi juicio, resultaría auténticamente increíble que los gorilas, que en la cautividad manifiestan una gran excitación sexual ante determinados seres humanos del sexo opuesto, no hiciesen en la naturaleza, en plena

Fig. 23. — *Gorila de las montañas*

libertad, ninguna tentativa para acercarse, sexualmente hablando, a estos humanos cuando sufren de su soledad amorosa.

El furor de sus deseos les vuelve más audaces aún si cabe: esto ya lo sabemos. Y por mucho miedo que el hombre pueda inspirar a los gorilas, estoy seguro que un macho errante y solitario no dudaría ni un

solo momento en abalanzarse sobre una mujer aislada, tratando de llevarla así con él a su escondite perdido en la casi inexpugnable selva. Todo nos hace creer que este gorila macho no dudaría en hacerla luego su compañera.

Robert W. Yerkes, que se dedicaba en una determinada época a observar y estudiar un gorila hembra que tenía en cautividad, notó que ésta, un buen día, le provocaba y solicitaba con una marcada insistencia. Vió también que «Congo» (éste era el nombre del animal) se mostraba dulce y cariñosa en forma desusada, si bien dejaba traslucir bien a las claras su firme propósito de llegar a un franco éxito en aquella «conquista» que habría de satisfacer de tal suerte sus instintos amorosos. Los machos, por su parte, deben mostrar mucha más brutalidad en la conquista de su compañera, como nos lo viene a demostrar la historia que Speke recogió en Ruanda, en 1860, a propósito de los «monstruos que abrazan a las mujeres con tal fuerza que las hacen morir». Es muy probable, también, que una mujer que no ofreciese resistencia al gorila —como resultado, por ejemplo, del lógico desmayo—, no fuese tampoco maltratada ni brutalmente manejada por el gigante. La leyenda que dice que algunas mujeres han vivido largo tiempo con gorilas, siendo celosamente cuidadas y cariñosamente mimadas por tales titanes, no debe ser rechazada «a priori» como falsa ni como totalmente desprovista de fundamento. Queremos creer, eso sí, que si tal caso se ha producido alguna vez, será absolutamente excepcional. Que un emparejamiento completo pueda haber sido practicado, esto ya es sujeto de algunas dudas. Pero el escepticismo de los autores modernos que rechazan de plano tales «fábulas», es, a mi juicio, exagerado y, sobre todo, injustificado.

ÁFRICA ES UN CONTINENTE CONSERVADOR

En otras ocasiones se han puesto objeciones de otro tipo a las leyendas africanas relativas a monstruos desconocidos, e incluso se las ha tachado de falsas o de inactuales diciendo que se referían a animales de las más pretéritas épocas geológicas. Podríamos responder a esto que los negros, que nunca siguieron —que sepamos— las lecciones de paleontología del barón Cuvier y de sus discípulos, no tenían por qué deducir, a la sola vista de un trozo de piel, pongamos por caso, el aspecto de que habría disfrutado en vida tal o cual monstruo pretérito.

Por otro lado, la eventual supervivencia en África de animales dados por desaparecidos, debe extrañarnos menos cada vez.

No olvidemos que las condiciones climatológicas del Continente Negro han permanecido invariables desde los tiempos más inmemoriales. Las grandes glaciaciones que trastornaron toda Europa, Asia y América del Norte, no tuvieron efectos dignos de mención en los terrenos situa-

dos junto al Ecuador: todo lo más, sólo sirvieron para producir largas temporadas de lluvias.

Geológicamente, África tampoco ha conocido grandes cambios desde hace muchas decenas de millones de años. Es el único continente en que la mayor parte de su territorio no ha quedado jamás sumergido desde el principio de la Era primaria. Escapó también de los grandes plegamientos de la corteza terrestre que acarrearon la formación sucesiva de las cadenas caledonia, herciana y alpina. Esta última fué formándose poco a poco desde finales de la Era secundaria hasta nuestros días: mientras que los Alpes se formaban en Europa, las Montañas Rocosas y la Cordillera de los Andes en América y el macizo del Himalaya en Asia, el relieve africano estaba ya perfectamente estabilizado desde hacía ya largo tiempo. Así, pues, nadie debe extrañarse de ver subsistir en África Central toda una serie de formas vivas que florecieron antaño en

Fig. 24. — Welwitschia mirabilis, *una auténtica reliquia vegetal del Secundario, confinada en una franja costera del Sud-oeste de Africa*

gran parte de Europa, como los macacos, los elefantes, los rinocerontes, los hipopótamos, las jirafas, los leones y las hienas.

Desde el punto de vista de la fauna, al igual que el de la flora (allí pueden encontrarse aún *Cycas* de la Era Secundaria e incluso la extraordinaria *Welwitschia*, que data de finales de la Era Primaria), el África Ecuatorial se ha mantenido siempre con un retraso de varios períodos geológicos. Para no citar más que un solo ejemplo, pero bien preciso, diremos que se han exhumado en Africa Central los restos de dinoterios que no databan sino de 100.000 años, mientras que tales animales —recordémoslo— desaparecieron de nuestra vieja Europa hace ya sus buenos cinco millones de años.

Recordemos también, con el Dr. Frechkop, que la presencia en Africa de animales tales como el *okapi* y el *Hylochoerus*, nos prueban que «la selva ecuatorial es la reserva natural de las formas primitivas que han logrado sobrevivir hasta el presente». Como quiera que es casi imposible penetrar sin ruido en tan inextricable zona —de una humedad insalubre y sumida siempre en una eterna penumbra— muchos seres fe-

roces pueden habitarla tranquilamente sin que tengamos nosotros ni la menor posibilidad de sorprenderles en sus guaridas o en sus correrías. Sólo, como resultado de un buen número de casualidades y de circunstancias favorables, podríamos soñar con tales encuentros fortuitos. Por tanto, solamente los indígenas que viven en la misma orilla de tales selvas, o mejor aún, los que habitan en su interior, los pigmeos, pueden ser quienes tengan un más exacto conocimiento de las clases y especies de animales que residen en medio de aquel misterio verde e impenetrable.

Por consiguiente, creo que es de la mayor lógica —y no deberemos extrañarnos, por tanto— que de tal zona desconocida surjan, con enorme frecuencia, leyendas relativas a animales o a monstruos que nos-otros, fuerza es decirlo, hoy por hoy desconocemos o ignoramos, al menos, a qué animal concreto hacen referencia.

EL RINOCERONTE ENANO DE LAS MONTAÑAS Y EL ELEFANTE ACUATICO

Cuando Hans Schomburgk, en 1913, demostró lo bien fundado de algunas leyendas indígenas relativas a animales aún no conocidos, mediante el concluyente método de llevar a Europa uno de esos «mitos», en carne y hueso, bajo la forma concreta y tangible de un hipopótamo enano pletórico de vida, la gente en general empezó entonces a poner un poquito más de atención y otro poco más de fe en los extraños relatos que nos llegaban desde allá lejos. Uno de éstos hacía referencia a un casi congénere de éste llamado *Choeropsis,* a una especie de rinoceronte enano que, según las tribus krou, vivía en la parte más montañosa de Liberia. Pero Schomburgk creyó, en principio, que tal descripción podía aplicarse a un gran puerco negro armado de fuertes colmillos, o sea, al *Hylochoerus,* del que efectivamente existe una variedad en la Liberia oriental. Bien pronto una encuesta realizada más a fondo le permitió saber que los krou hacían una neta y perfecta distinción entre el jabalí gigante de los bosques y el pequeño rinoceronte de los montes. El viajero alemán acabó por reconocer la razón que éstos parecían asi tener. Pero desgraciadamente, todas las tentativas que realizó para hacerse con un ejemplar, vivo o muerto, de tal animal, no obtuvieron sino una serie de fracasos. Hace falta decir, claro está, que buscar un rinoceronte por entre las montañas boscosas de Liberia es una tarea tan difícil como tratar de hallar la consabida aguja en el no menos consabido pajar.

¿Es posible, nos preguntamos, que realmente tal rinoceronte viva y se esconda en tal parte del Africa? Seguramente. Una argumentación bien seria y fundamentada vendrá ahora a abogar por la certeza de tal suposición.

Hablando del hipopótamo enano, el profesor Trouessart decía que «la presencia de esta especie enana en esta única región de la gran curva formada por la cuenca del Níger nos hace suponer que tal país formaba una isla, separada del Continente, en la época en que la Atlántida surgía aún al norte del África occidental, o sea, durante el Eoceno».

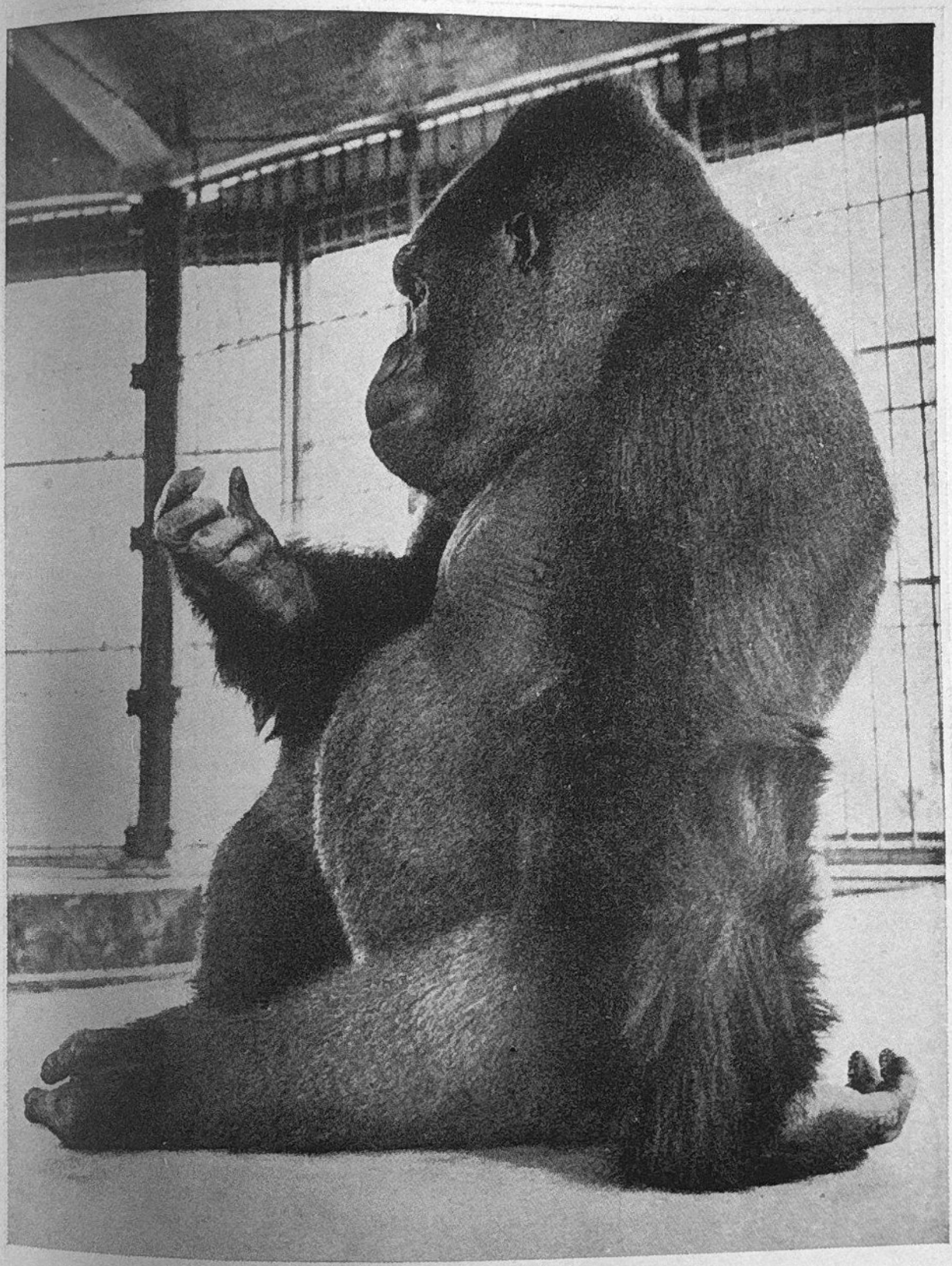
Se ha comprobado también, a través de los tiempos, que los animales terrestres que viven en islas son en general de un tamaño inferior a los de la misma especie que habitan en continentes. Y así es como los ciervos y los rinocerontes de las islas del archipiélago de la Sonda son notablemente más pequeños que los de la India o de Indochina. En la época Terciaria, vivían en las islas del Mediterráneo, en Sicilia, en Cerdeña, en Malta y en Chipre, toda una serie de elefantes y de hipopótamos enanos. Esta extraña reducción, que parece producto de una relación entre el tamaño de los animales y la extensión de los territorios que ocupan, fué atribuída a lo que Moritz Wagner llama la «segregación». La falta de selección en la elección de los reproductores, una alimentación poco variada, un clima quizá menos favorable para el desarrollo, pueden ser otras causas, y bien importantes por cierto, que intervengan igualmente en este fenómeno.

Si las regiones situadas en esta gran comba del Níger formaban antiguamente una isla, no habría porqué extrañarse entonces ante el hecho de que su fauna arcaica tuviese este tipismo insular manifestado por un cierto enanismo. Y en resumen, si sabemos ya de cierto que hay hipopótamos enanos, ¿qué es lo que se opone a que haya rinocerontes igualmente «pigmeos»?

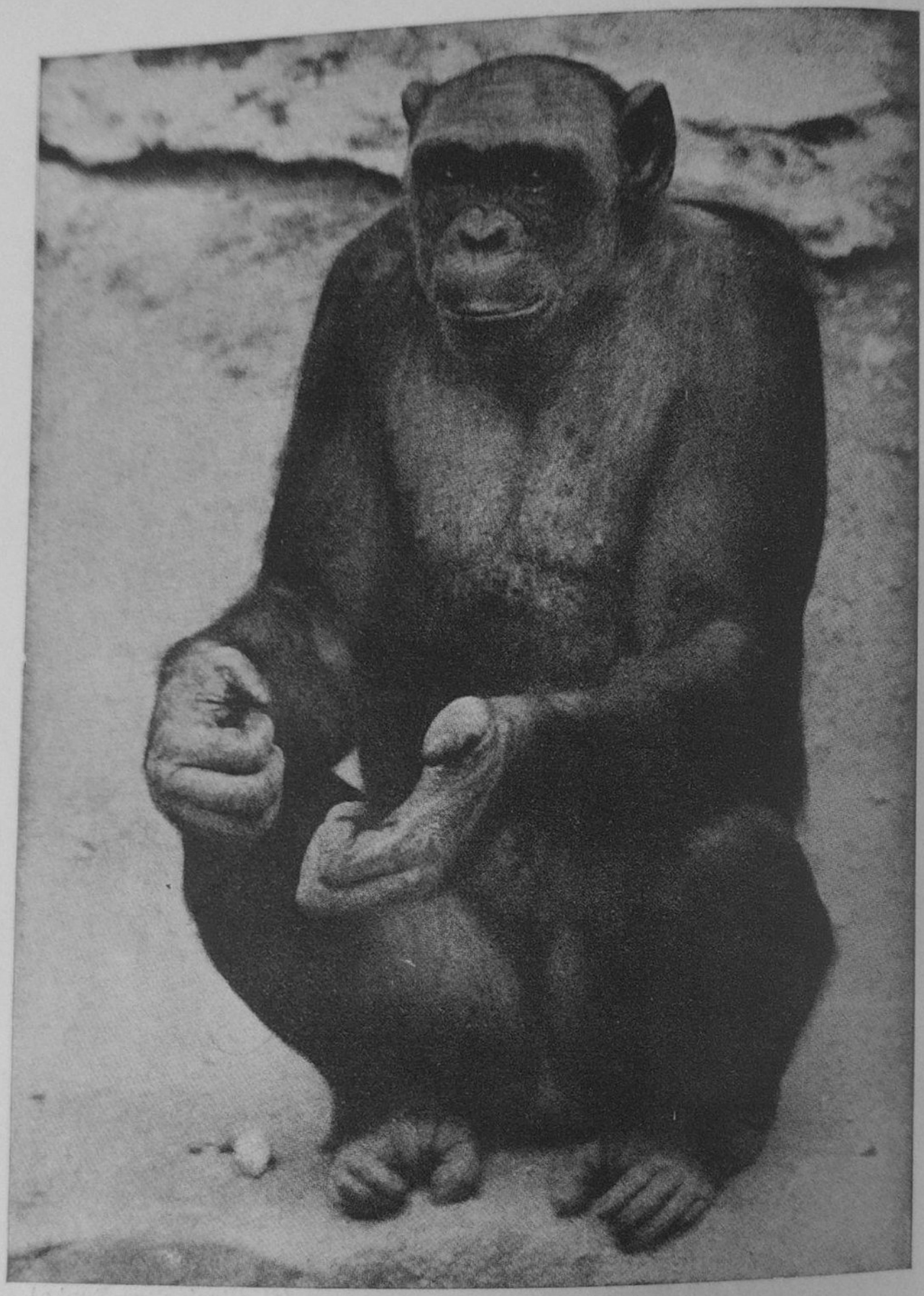
Cuando se examina con cuidado un mapa que indique la distribución geográfica de los Rinocerónticos fósiles y actuales, vemos que se echan en falta tales animales, *según nuestros conocimientos*, en la zona situada al Sur del Níger y del Senegal. Esta ausencia es harto rara puesto que los Hipopotámidos y los Proboscídeos, que tienen más de un punto de contacto con los Rinocerónticos (todos ellos son paquidermos de costumbres muy semejantes y que se remontan por igual a una misma época geológica), extienden su zona de residencia sobre toda esta región. En realidad, los rinocerontes de esta comarca ¿no habrán escapado a nuestras investigaciones justamente a causa de su tamaño reducido, que les permite así esconderse por entre las montañas cubiertas de una selva o bosque muy denso?

Claro está que los indígenas de Liberia no tienen por qué tener unas nociones paleontológicas y zoogeográficas tan sutiles. Mas, ¿no resultará entonces francamente curioso que estos hombres no instruídos sitúen a tales rinocerontes en la mismísima y justa zona en que, según nuestros conocimientos más superiores, deberían justamente hallarse?

Los indígenas de la selva ecuatorial hablaron también a Schomburgk de un animal de pelaje negro, grande como una cabra, dotado de dientes de perro y de «un maldito carácter» y al que ellos en resumen



¿Con qué extraños edenes soñarán los gorilas?
(C. Black Star Rapho)



Chimpancé calvo de cara negra, considerado habitualmente como un híbrido de gorila y chimpancé

(C. Marcel Fraas)

too. Bien podría tratarse, digo yo, del enigmático animal al que los colonos de Kenia llaman oso Nandi y del que trataremos mucho más ampliamente en el próximo capítulo.

Finalmente, un colono que habitaba cerca de Lefini, en la región del Alto Congo, mostró al hombre de confianza de Carl Hagenbeck un trozo de una gruesa piel, muy parecida por cierto a la del elefante ordinario, pero cubierta, en cambio, de una pelambrera rojiza. Provenía, al decir de este colono, de un animal al que los indígenas llaman «elefante de río» y cuyas costumbres, al parecer, son anfibias como las del hipopótamo.

Toda una serie de curiosos rumores seguían circulando obstinadamente

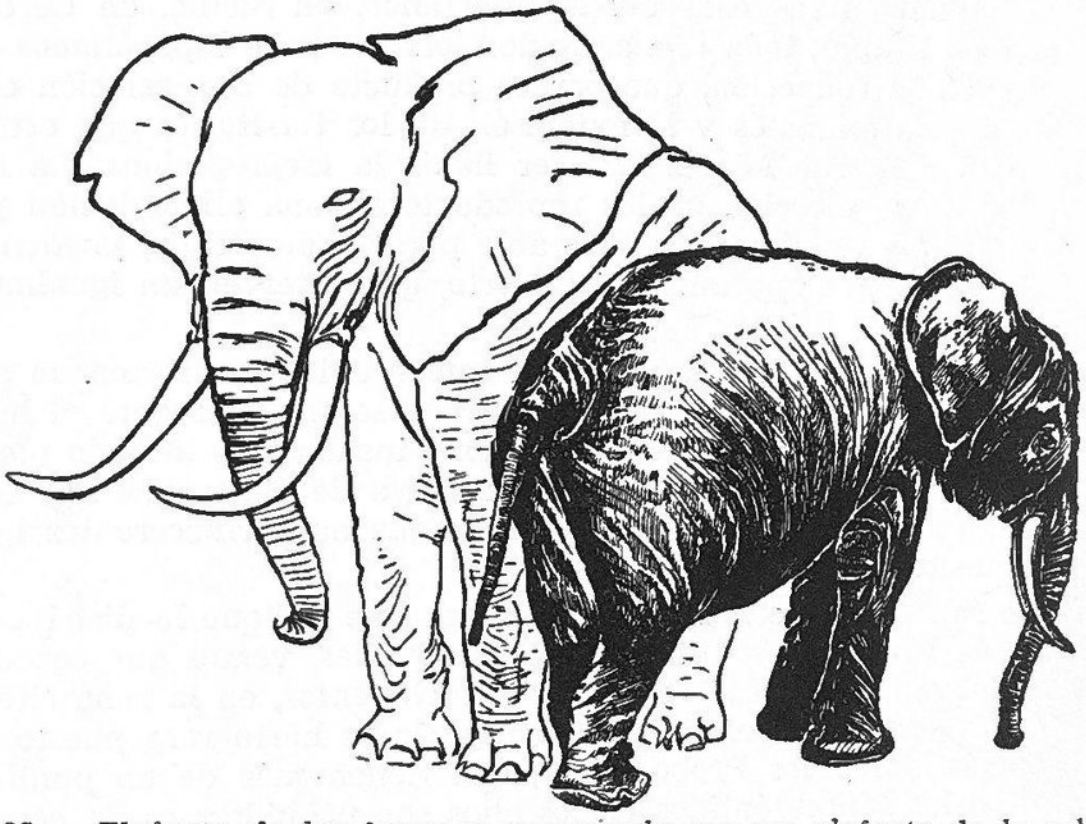


Fig. 25. — *Elefante de los bosques comparado con un elefante de la sabana, de tamaño bastante superior. Obsérvese la distinta forma de las orejas*

por los contornos del lago Leopoldo II, sobre este curioso animal en el que algunos negros veían el producto de los amores de *tembo*, el elefante, y *kiboko*, el hipopótamo.

El propio Schomburgk fué incapaz de verificar, por sí mismo, la legitimidad de tal leyenda, pero esto no impidió, como ya es sabido, que en 1914, el Dr. Henri Schouteden, director del Museo del Congo en Tervueren (Bélgica), describiese bajo el nombre de *Elephas africanus franssen-i* (1) un elefante enano de hábitos acuáticos, señalándole como procedente de la región del lago de Leopoldo II, y que era conocido por los

(1) El nombre genérico de *Elephas* debe ser reservado para el elefante de Asia; sería, por mejor decir *Loxodonta africana franssen*i.

indígenas bajo el nombre de *wakawaka* (véase tomo I de esta misma obra).

Si nosotros hacemos figurar a tal animal, bautizado ya científicamente, entre los animales ignorados, es porque su existencia, como la de todo elefante enano es, en general, puesta en duda en tanto y cuanto que nueva especie. Así, la existencia del *wakawaka* sigue siendo, hasta la hora presente, un problema no resuelto.

EL PEQUEÑO LEÓN MOTEADO DE LAS MONTAÑAS DE KENIA

Para aquellos que encuentren demasiado vagos los rumores precedentes, o demasiado poco consistentes, para lograr despertar su curiosidad, presentaremos ahora un plato mucho más fuerte con el que puedan saciar así su apetito de nuevos y sensacionales misterios zoológicos. Tal asunto es la leyenda del *marozi*, el león moteado de las montañas de Kenia.

El capitán R. Meinertzhagen —que fué el primero en encontrar los despojos del jabalí gigante de los bosques—, tuvo ya conocimiento en 1903 y 1908, y a través de diversos rumores, de la existencia de un león moteado o de piel manchada. Pero hasta el año 1931 tan extraño animal no dió que hablar de una manera más oficial, como resultado de las declaraciones de los Conservadores de Caza de la Colonia de Kenia.

En el año ya citado, el capitán R. E. Dent, que dirigía la Sección de Pesca de dicha Administración, divisó cuatro de tales felinos cruzando un sendero, delante de él, y bien cerca de las fuentes del Kathita, más allá de Meru. Todo esto ocurría en terrenos de una elevación de sus buenos 3.000 ó 3.300 metros. Tales leones parecieron, a los ojos del capitán Dent, más pequeños que los normales y, desde luego, de un tipo bien diferente.

Tal encuentro hubiera quedado, simplemente, en la memoria de nuestro capitán a no ser por el fortuito hecho que ahora relatamos: un buen día, los *boys* del capitán, que habían instalado toda una serie de trampas para leopardos a todo lo largo de la vertiente oriental de la cadena de los montes Aberdares, llegaron hasta éste, tremendamente excitados, haciéndole saber que habían cazado, por casualidad, un animal francamente raro. No era ni un león ni un leopardo, sino más bien una especie de bastardo nacido del cruzamiento de dichos dos felinos. Desgraciadamente —y yo ignoro por qué causas— el ejemplar caído en la trampa no pudo ser conservado hasta la llegada de Dent.

Poco tiempo después, un granjero europeo llamado Michael Trent, llenaría esta laguna: había colocado como cebo un antílope *waterbuck*, aproximadamente a una altitud de 3.000 metros, en los montes Aberdares, con lo cual logró cazar dos pequeños leones dotados de un pelaje insólitamente raro y que cayeron inocentemente en las trampas de caza

preparadas por dicho granjero. Mas éste, que no tenía madera de zoólogo, no dió mayor importancia a tales detalles. Por suerte, un funcionario del «Game Department» tuvo ocasión de ver las pieles que nuestro hombre había guardado como otros tantos trofeos. Extrañado por su dibujo, las pidió a su propietario, llevándoselas luego al Capitán A. T. A. Ritchie, en Nairobi, y que en tales épocas era Conservador en Jefe de Caza (véase grabado fuera de texto).

Éste hubo de reconocer que tales pieles presentaban una serie de detalles que no concordaban con las de los animales por él conocidos.

Se trataba, más concretamente, de una piel de animal hembra y otra de macho, cosa ésta que se podía deducir fácilmente por las crines de la del último que, todo hay que decirlo, se reducían a una especie de grandes y abundantes patillas. A juzgar por el tamaño, se hubiera podido decir que correspondían a unos leones que habían alcanzado la pubertad, o sea, de unos tres años, lo cual concordaba así también con el hecho de haber sido encontrados en pareja. Pero, cosa incomprensible, las referidas pieles estaban abundantemente moteadas.

Es bien cierto que los cachorros de león nacen siempre con el pelaje constelado de unas manchas más bien vagas, pero éstas van desapareciendo luego rápidamente según el cachorrillo va creciendo, llegando a borrarse totalmente antes de los tres años. Mas en nuestro caso, las pieles estaban netamente moteadas y tales marcas no parecían estar en camino de quitarse...

Sin embargo, y no pudiendo estudiar un esqueleto de tales animales, o al menos un cráneo que permitiese fijar sin equívoco la edad de dichos ejemplares, los funcionarios del «Game Department» no pudieron claro está, pronunciarse ni en un sentido ni en otro.

Alguien recordó entonces que Blayney Percival, famoso Conservador de Caza y brillante naturalista, había contado cómo cazó en 1924 una leona acompañada de sus pequeñuelos, los cuales estaban moteados con extraordinaria nitidez. ¿No podría suceder que algunos individuos de tal especie conservasen sus manchas hasta una edad mucho más avanzada?

La prudencia se imponía, por tanto. Pero un naturalista independiente, el Sr. Kenneth Gandar Dower, que examinó también dichos despojos, se mostró mucho más afirmativo al respecto:

«Tales pieles parecen pertenecer a unos leones de dos o tres años; mas sin embargo, las manchas iniciales del nacimiento no parecen estar en vías de desaparición. Es bien cierto que algunos leones conservan sus motas hasta una edad avanzada, pero no se pueden comparar éstas con las motas que se extienden sobre las patas y sobre los flancos y a todo lo largo de su espinazo.»

El Sr. Gandar Dower estaba hasta tal punto convencido de la existencia de una especie particular de león moteado que en 1933 organizó un *safari* de gran estilo, para intentar hacerse con alguno o algunos ejem-

plares de esta novedad zoológica. ¡Pero caramba!, todo lo que sacó en limpio de tal expedición fué el hallazgo de una serie de huellas, que eran demasiado grandes para haber sido marcadas por un leopardo, pero demasiado pequeñas para ser las de un león. Su aspecto, sin embargo, demostraba, sin lugar a dudas, que no podía tratarse, en modo alguno, de huellas de un león joven.

El fracaso de sus tentativas de captura no desanimó demasiado al Sr. Gandar Dower. En el año 1937 publicó un libro sobre el felino desconocido, consiguiendo así armar un enorme ruido en la Prensa británica.

HAY SIMBAS Y *HAY* MAROZIS

Uno de los resultados más importantes de tal publicación fué el de suscitar los testimonios de toda otra serie de personas. El más interesante de todos ellos fué, sin la menor duda, el del Sr. Hamilton Snowball, quien corrió una auténtica aventura allá por la cadena de los montes Aberdares.

En una carta dirigida al *Field,* el periódico favorito de los cazadores británicos, decía éste, para empezar, que un buen día cazó un animal al que él, de primer intento, tomó por un leopardo, aun pensando que era, indudablemente, demasiado grande y su piel excesivamente oscura. Pero sus *boys* kikuyo le dijeron que aquel bicho era «un *damasia* y no un *chui* (leopardo), subrayando además que dicho animal difería tanto del leopardo como el león del *marozi*».

Cuando preguntó a los negros qué era el *marozi,* le respondieron éstos que era un animal menos grande que el león, al que se solía hallar, en general, por parejas, aun cuando era, en verdad bastante escaso, por lo que tales encuentros sólo tenían lugar subiendo hasta las más altas zonas de los montes. Era, finalmente, un animal de piel moteada.

«Luego, en la primavera del 1923 —nos sigue diciendo el señor Hamilton-Snowball— atravesaba yo a pie la cadena de los Aberdares, desde Liakipia a N'jabini, por sobre la gran altiplanicie de Kinangop cuando, sobre las 4 horas de la tarde del segundo día y con una luz francamente mala puesto que había algo de bruma, y estando a cosa de 3.500 metros de altitud, pude ver, a unos doscientos metros de donde yo me hallaba, unos animales a los que, de primer intento tomé por leopardos de color leonado y cuya piel parecía algo así como deslavazada. Al volverme hacia el porteador que me seguía, a fin de echar mano de mi carabina (que era mi única arma) oí que todos los *boys* repetían, con acento asustado, un nombre que ya empezaba a serme familiar, mientras que miraban con ojos de susto hacia los dos animales que yo también, como antes digo, había divisado.

»—¡*Marozi, marozi!*, decían una y otra vez.

»Justamente cuando yo soltaba el seguro de mi arma, y quizás a causa de tal sonido, los dos animales (o los dos gatos) se volvieron y, de dos prodigiosos saltos, desaparecieron por entre el cinturón vegetal que nos rodeaba.

»Recordé entonces qué quería decir *marozi* y pregunté, por tanto, a mis *boys* si creían ellos, sinceramente, que una pareja de leones fuese a aven-

turarse por entre aquellas alturas dotadas, como es lógico, de un clima frío.

»—¡Los leones, claro que no —me respondieron—, pero los *marozis* es justamente aquí donde viven!

»Pues bien —concluye diciendo Hamilton-Snowball—: yo no puedo hacer sino contar lo que yo he visto, oído y presenciado. Y añadir también que las huellas de sus patas (*pugs*) eran seguramente las de un león y no las de un leopardo; también diré que tales animales parecían estar moteados y que su piel era de color leonado. Mas, salvo por parte de los indígenas, nunca he podido hallar confirmación a la posible y problemática existencia de estos "leones moteados".»

Una encuesta realizada entre los kikuyo vino a confirmarnos que, de hecho, estos indígenas hacen una neta distinción entre *simba* (el león) y *marozi* (el pequeño león moteado de las montañas).

UN CONJUNTO DE TESTIMONIOS CONCORDANTES

Según el Sr. Raymond Hook, el cazador blanco que acompañó a la expedición de Gandar Dower y cuyos conocimientos sobre las altas regiones de Kenia son, al parecer, únicos, el *marozi* es, en una gran parte, un animal mítico. Pero, añade éste, no es totalmente imposible, en teoría, que una pequeña raza de leones de llanura, huyendo de las sistemáticas cacerías, haya sobrevivido en algunas abruptas y reducidas zonas.

Una subespecie como esa, si es que existe, pudiera muy bien haber sufrido una transformación en su color, para ponerse así a tono, válgame la expresión, con el nuevo ambiente en que iba a desenvolverse su vida. Sin embargo, el Sr. Hook considera que las pruebas de la existencia de tal raza son insuficientes por ahora para que podamos pronunciar nuestro veredicto.

Mas otros expertos en la vida africana se muestran menos reticentes. El Sr. Powys Cobb, de Elementeita, que conoce al dedillo todos los grandes animales del África, está convencido de que un animal, perteneciente a una especie aún desconocida por la Ciencia, habita en las primitivas selvas de los Mau, excesivamente densas y tupidas por lo cual nunca fueron exploradas realmente a fondo. Su opinión está basada en una observación particularmente precisa.

Habiendo sorprendido a un extraño felino de tamaño intermedio entre el del leopardo y el del león y que se dedicaba en aquel momento a atacar el ganado encerrado en un aprisco de su granja, cerca ya de los límites de la selva, montó dicho experto en su caballo y se lanzó a una ciega persecución del animal. La caza se prolongó hasta los mismísimos umbrales de la selva, en cuyo momento hubo ya de interrumpirla, sin haber logrado acercarse lo suficiente al animal para poder distinguirlo con todo detalle. Pero las huellas que éste dejara sobre el suelo eran sensiblemente parecidas a las que deja un pequeño león.

Estas dos últimas opiniones nos han sido contadas, tras la muerte del Sr. Gandar Dower, por otro colono del Este africano, llamado J. R. T. Pollard, quien conoció personalmente al apologista del «león moteado» durante el curso de la última guerra. He aquí, ahora, su opinión personal al respecto:

«Mi propio punto de vista —basado en conversaciones que yo he mantenido con los kikuyo, muchos de los cuales afirman que los leones frecuentan a veces las altas regiones del monte Kenia— es que bien pudiera ocurrir que un miembro desconocido de la tribu de los gatos habite la alta selva de las lluvias, ya que tan extensas zonas no han sido jamás visitadas por el hombre.»

Recordemos, finalmente, que los indígenas de Embu hablaron al Mayor G. St. J. Orde-Brown de «una onza de la selva muy parecida al león» del flanco sudeste del monte Kenia. No hay duda, pues, de que se trata de nuestro «león moteado», ya que la onza tiene una silueta bien parecida a la del león; ambos tienen la cruz sobresaliente y marchan, en general, alzando la cabeza, mientras que el leopardo, al igual que el tigre, avanzan con ella inclinada hacia abajo y hacia delante, quedándoles ésta, en general, en un plano más bajo que la cruz. Señalemos, de pasada, que tales particularidades están sin duda íntimamente relacionadas con los propios géneros de vida de tales felinos; el león y la onza son animales de la sabana por excelencia, mientras que el leopardo y el tigre son habitantes típicos de las selvas. Así, pues, poco trabajo cuesta imaginar por qué los cuadrúpedos que viven entre las altas hierbas tienen una mayor tendencia a levantar la cabeza para orientarse, que aquellos otros que van como serpenteando por entre los bajos techos vegetales de las selvas tupidas y densas.

En resumen, desde hace más de cincuenta años los rumores persistentes siguen circulando por toda la zona del Alto Kenia, más arriba de Meru, en relación con el misterioso felino. Y esto, aun a pesar del escepticismo cerrado de algunos expertos que siguen manteniendo, contra viento y marea, que no puede tratarse sino de un león corriente y moliente que ha logrado conservar, por la causa que sea, sus manchas juveniles del pelaje por más tiempo del normal y previsto. Cada vez, sin embargo, los observadores señalan y describen idénticos rasgos característicos: un tamaño inferior al de un león adulto y más aproximado así al de una onza; una serie de manchas en el pelaje, parecidas a las que lucen los leopardos, y unas crines, para terminar, casi inexistentes o, en todo caso, muy rudimentarias.

OBJECIONES POCO CONVINCENTES

La actitud de la mayor parte de los naturalistas frente a esta polémica ha sido, en rigor de verdad, más bien reservada, pero sin matices de hostilidad. Un gran especialista en felinos, Reginald Pocock, se mostró

incluso a favor de la misma. La opinión del coronel C. R. S. Pitman, Conservador de Caza y eminente zoólogo, es bastante significativa:

«Hasta el presente momento, los testimonios son, en realidad, de naturaleza poco concluyente. Yo, sin embargo, me inclino en favor de la teoría según la cual existe, en efecto, en la parte oriental del Kenia una raza de pequeños leones de montaña.»

Algunos argumentos expuestos por los eternos escépticos y que tendían a reducir al *marozi* a un simple cuento de niños sólo consiguen, francamente, hacernos reír. Juzguen ustedes mismos. Un tal Sr. G. Flett, de Aberdeen, nos confía que «él comprende con qué facilidad puede nacer un animal mítico»:

«En dos ocasiones, en el curso de los dos años que yo he pasado en los rincones más alejados de Kenia, he encontrado leones bien cerca de mí, a la plena luz del día. En cada uno de estos casos, el cuerpo de tales animales estaba «moteado» por las sombras que las hojas de los árboles proyectaban sobre su cuerpo. Y he de reconocer que estos juegos de luces y sombras producían, a veces, efectos realmente sorprendentes. Podría decir yo así también que he visto un animal desconocido por la ciencia —basándome sólo en tal ilusión óptica—. Puedo comprender perfectamente, por tanto, el engaño que involuntariamente ha sufrido la vista del amigo del señor Pollard.»

Me gustaría mucho que este inteligente observador me explicase en virtud de qué extraño fenómeno han podido quedar tales sombras de hojas impresas en las pieles de los leones que mató el granjero Trent, y que fueron luego revisadas y estudiadas por varios naturalistas. ¿O es que el sol de África calienta tanto que marca las cosas sobre la piel de los animales como si se tratase de un auténtico proceso de fotograbado? ¡Por favor!... ¿Habremos de reconocer entonces que el pelaje de los animales es fotosensible?

Mas la opinión que me chocó en mayor grado fué la del mayor W. Robert Foran. En su artículo titulado *El legendario león moteado,* trata de demostrarnos que éste no puede ser considerado como una subespecie nueva, mas, sin embargo, no deja por eso de echar harina en el molino de los partidarios del *marozi.*

«En dos ocasiones, en 1906 —nos cuenta— cacé un león y una leona, allá por las vertientes del monte Kenia; cada uno de tales animales tenía, sin duda alguna, cinco años por lo menos. Las manchas o motas de su piel eran visibles, con plena nitidez, en su vientre, en sus flancos y en sus patas; el macho estaba absolutamente desprovisto de crines. Quedé francamente extrañado ante tales hechos y, sobre todo, por la particularidad de que hubieran conservado sus motas juveniles, pero bien podía tratarse de que tales ejemplares fueran anormales o que todo se debiese a algún fenómeno raro.»

Yo me pregunto en qué se basó el Mayor Foran para afirmar que había de tratarse de una variación o de un fenómeno individual y no de una característica racial.

En otro pasaje hace una observación que contradice plenamente su anterior punto de vista:

«No hay nada de insólito —sigue escribiendo— en la presencia de leones en una altitud tan marcada; éstos son frecuentemente calificados como «leones selváticos» y, en general, presentan un tamaño más reducido que el de aquellos otros leones que habitan en las planicies o, al menos, en alturas menos destacadas.»

¡No, claro que no!, ¡no hay nada insólito en la presencia de leones en las montañas, *salvo* que su presencia en las densas selvas o bosques del monte Kenia es *extraordinaria!* El león es, por excelencia, un animal de sabana. No se aventura jamás en las selvas espesas y cerradas. Luego podemos ya decir *a priori* que si se encuentran tales animales en tales selvas han de ser, forzosamente, una clase de leones muy particulares.

Como las diferencias de orden etnológico siempre se manifiestan por diferencias de formas y, sobre todo, de coloraciones, no sería demasiado raro, sino bien natural, que tales leones tuviesen allí un tamaño inferior al normal y un pelaje moteado o manchado. Así, entre los leopardos, como lo hace notar el doctor S. Frechkop, «hay un tipo de tamaño en general más grande y de pelaje más claro, que corresponderá al que habita en la sabana y otro de tamaño más reducido y de pelaje más oscuro, que es el de la selva». Luego, ¿por qué no habrá de pasar lo mismo entre los leones?

El mayor Foran «explica» la leyenda del *marozi* de una forma muy poco convincente. Recuerda que los zoólogos no admiten, para el África oriental, más que dos variaciones de leones: el león de los massai *(massaica)* y el león de los somalíes *(somalica)*. El segundo es más pequeño, no tiene prácticamente crines y posee unas orejas más grandes; tiene también un color más leonado, más claro. «Quizá, sugiere el mayor Foran, los leones somalíes hayan penetrado en la región de Kenia, estableciéndose allí.» Mas él parece olvidar que estos leones del nordeste no tienen tampoco, no más que ningún otro, la reputación de conservar sus manchas juveniles ni, claro está, el pelaje de su más tierna edad. Por lo cual, no responden tales leones a las descripciones que del *marozi* nos hacen, con total unanimidad, todos los observadores.

PODRÍA MUY BIEN TRATARSE DE UNA NUEVA ESPECIE

El punto de vista equivocado del mayor Foran me parece demostrar que el problema del *marozi* no se ha planteado hasta ahora con toda la claridad deseable. ¿De qué se trata exactamente?

«No parece —hace notar el Dr. Frechkop— que se pueda actualmente distinguir más de *una especie* del género *Leo* salvo, quizás, si las diferencias

entre los leones del África y los que aún existen en Asia tuvieran una importancia tal como para poder atribuir, por tal hecho, a éstos últimos la condición de una especie (*Leo goojratensis*) diferente entonces de la de los leones que habitan el continente negro (*Leo leo*).

»En cuanto a los leones africanos, es cierto que debe haber algunas diferencias bien marcadas entre aquellos que se encuentran en Argelia (*Leo leo* (Linneo), el león del Atlas y de Berbería) y aquellos otros que hallamos en la Colonia del Cabo y que se llaman *Leo leo capensis* (Fischer) o también *Leo leo melanochaitus* (H. Smith), al igual que entre los del Senegal, por un lado, *Leo leo senegalensis* (Meyer) y, por otro, los del este de África.»

Dicho esto, el Dr. Frechkop se alza en contra de la creación de toda una multitud de subespecies distintas, en las que él no ve sino «las exageraciones de los maniáticos de la Sistemática que no logran darse cuenta de la vida de los animales ni del complejo juego de factores tales como la herencia y la variabilidad individual».

«Estoy bien lejos —sigue escribiendo— de negar a esos nombres el valor de tales razas diferentes, mas sería preciso entonces que *todos y cada uno de los ejemplares* procedentes de una de esas regiones tuviese, necesariamente, los caracteres que se atribuyen así a la pretendida raza propia de tal zona». Hay que notar que en el solo Parque Nacional Albert, en el Congo belga, podemos encontrar dos tipos extremos de leones entre los cuales es posible hallar también toda una gama o serie de tipos intermedios. Por un lado, el león de crines escasamente desarrolladas y que se limitan a las zonas del cuello, siendo su color típicamente leonado, con tan sólo algunas pocas crines negras entremezcladas. Por el lado opuesto, el león de oscura y abundante cabellera, cuyas crines se extienden por todo el cuello hasta la misma cruz, e incluso por las patas anteriores donde forman espesos mechones en las zonas de las articulaciones.

Es bien evidente que, en este caso, difícilmente podremos hablar de razas distintas; se ha de tratar, sin la menor duda, de diferencias individuales. Y como la mayor parte de las subespecies de leones están basadas en características o detalles tan frágiles como un desarrollo «más o menos grande» de sus crines o sobre el tono «más o menos oscuro» de su pelaje, bien podríamos apostar a que tales distinciones no tienen ni el más mínimo valor real.

Paradójica situación; los mismos fanáticos de la Sistemática, tan dados siempre a crear formas nuevas por un quítame allá esas pajas, no quisieron ni tan siquiera oír hablar del «león moteado» como variedad distinta. Sin embargo, y en este caso, las diferencias observadas son tan concretas y claras —refiriéndose no sólo al tamaño sino también al aspecto moteado de su pelaje y hasta incluso a sus costumbres y forma de vida—, que bien podrían justificar, quizá, la creación de una especie nueva a la que no podríamos dar mejor nombre científico en su bautizo que el de *Leo maculatus*.

En todo caso, parece casi fuera de duda que una raza de leones, con-

servando aún ciertas características juveniles, se haya creado en Kenia, refugiándose en las densas selvas de las alturas. Aislados de los demás leones a causa de sus hábitos montañeros y por su residencia selvática, tales felinos han debido, por la acción de un clásico fenómeno de segregación, sufrir modificaciones bien importantes.

Si hemos de creer a los testigos, tales animales han experimentado un considerable proceso de enanismo, puesto que se habla, en general, de un tamaño intermedio entre el del león y el del leopardo. Si fijamos en 1,60 metros la longitud (cabeza y cuerpo) de un gran león y en 1,20 metros la de un gran leopardo, el león moteado vendría a medir por tanto 1,40 metros desde la punta del morro al nacimiento de la cola. Mas quizá tal dimensión sea menor aún, puesto que se ha hablado a menudo de que venía a ser, más o menos, como una onza, cuya longitud no sobrepasa nunca de un metro. Si esto fuera así, podríamos calificarlo ya, bien tranquilamente, de «león enano». Y en tal caso, bien merecería ya nuestro enigmático animal, al igual que las formas enanas del hipopótamo *(Choeropsis)*, del rinoceronte *(Dicerorhinus)*, del gibón-siamang *(Hylobates klossi)* y del chimpancé *(Pan paniscus)*, ser elevado, al menos, al rango de especie distinta. Su rango y su clasificación en la jerarquía zoológica dependerá de las eventuales diferencias con que podemos encontrarnos cuando, al fin, se logre hacer un detenido y concienzudo estudio de su esqueleto e incluso de su anatomía interna.

¿Y SI EL LEÓN-LEOPARDO FUESE UN HÍBRIDO?

Mas con todo y con eso, no es *absolutamente* cierto que el león moteado haya de ser tenido por tal nueva especie, por lo cual quedan justificadas así mis reservas al respecto.

Pero hemos de reconocer que si esto no es así, nos enfrentaremos entonces con el hecho real de que las demás hipótesis que podemos aventurar sobre este tema nos sonarán mucho menos a ciertas todavía.

Recordemos, en primer lugar, que los *boys* kikuyu decían del *damasia* (un leopardo de color muy oscuro), que difería tanto del *chui* (el leopardo ordinario) como el león difiere del *marozi*. Parece muy probable que el *damasia* no sea sino una variedad melánica del leopardo normal, caso comparable al de la pantera negra de Malasia que puede nacer, incluso, de los padres más corrientes y molientes. ¿No se manifestará quizá el melanismo entre los leones por un oscurecimiento limitado a las manchas de su pelaje juvenil? Esto no tiene nada de absurdo ni de inverosímil, puesto que en el caso de la pantera negra tal pigmentación melánica no afecta por igual a todo el pelaje o piel que recubre su cuerpo; si miramos a este animal desde un cierto ángulo, podemos apreciar ya toda una serie de manchas algo ovaladas u ocelos que se destacan débilmente sobre un fondo de tonalidad, ligeramente rojiza.

El punto débil de esta teoría es que nos falta entonces hallar la razón por la cual tal caso de melanismo habría de producirse en exclusiva en las alturas boscosas de Kenia. Se podría argumentar —muy tímidamente, creo yo— que algunas condiciones exteriores muy particulares y muy localizadas, tenderían en tal región a favorecer el desarrollo del referido fenómeno...

Nos queda, finalmente, la hipótesis de una hibridación. No olvidemos en estos momentos que, a menudo, se han obtenido éxitos en los intentos realizados para cruzar dos felinos tan poco parecidos entre sí como el león y el tigre. Antiguamente se consideraba a estos dos grandes gatazos como dos simples especies de *Felis*, pero las diferencias bien notables que existían, tanto en la estructura de su cráneo como incluso en su aspecto exterior, hicieron preciso calificarles en dos géneros distintos. Hay muchas posibilidades de que un cruce similar pueda intentarse con éxito entre un leopardo y una leona. (No entre el león y la hembra del leopardo, ya que el tamaño de los «bebés» así resultantes amenazaría con desgarrar gravemente a la madre. Esto mismo suele producirse muy a menudo con las gatas siamesas que quedan embarazadas por obra de los gatos «de tejado» que suelen ser casi siempre de tamaño muy superior.)

Y vemos que si el león no frecuenta jamás las selvas donde moran los leopardos, existe por contra una variedad de leopardo que vive, de hecho, en las grandes sabanas, reino indiscutido del león; hay también otra variedad que se encuentra en las montañas donde realmente, de vez en cuando, se aventuran los leones. Con su pelaje moteado, estos retoños híbridos habrían de encontrarse más en seguridad, más a su gusto, en plena selva o bosque, que en las abiertas planicies del llano, por lo cual optarían de buen grado por habituarse a las altas zonas selváticas.

Nos queda aún por saber —y esto vuelve a llevarnos de la mano a las viejas leyendas relatadas por los negros—, si «el gran calor que les induce a mostrarse extremadamente fáciles», como decía el P. André Thévet, es tan potente y tan eficaz como para lograr que las panteras y las leonas «se pongan en relaciones los unos con las otras...»

Capítulo VI

EL OSO NANDI, TERROR DEL ESTE AFRICANO

En Kenia, los más bravos cazadores indígenas tiemblan como azogados tan sólo con oír pronunciar el nombre de *chemosit*. Y cuando se hallan, por azar, ante una huella fresca de la formidable pata de este animal, estos hombres que no temen, sin embargo, entablar combate con el feroz león, con la sola ayuda de un arma blanca, suelen poner entonces buena tierra de por medio. Aseguran también que el que ha oído una sola vez el aullido de este animal, no consigue olvidarlo ya jamás.

Mas no traten por eso de pedir mayores detalles sobre tal animal, ni tan siquiera a los colonos que habitan en tales parajes; sólo hallarán, como respuesta, banalidades, vagas hipótesis o, hasta quizá, descarados encogimientos de hombros...

Y sin embargo, sería preciso todo un libro para condensar el total de los rumores que corren por el África Oriental inglesa y por la zona limítrofe del Congo belga, tanto entre los blancos como entre los negros, sobre una especie de «oso» de tamaño considerable y de una ferocidad sin precedentes.

Los colonos británicos le han bautizado con el nombre de *nandi bear*, o sea, el oso nandi.

Señalemos que nandi es justamente el nombre de las tribus que habitan la zona en que con mayor frecuencia este animal deja sentirse.

UN OSO BIEN EXTRAÑO

¿Un gran oso africano? He aquí algo que parece francamente singular e insólito puesto que no se conoce, prácticamente, ni una sola especie de úrsido *en toda la extensión del continente* (1).

(1) La única excepción de esta regla se encuentra, concretamente, en una minúscula zona de África, en la más cercana a Europa: en el Marruecos español. Se ha señalado allí, efectivamente, la presencia de una variedad local del oso pardo *(Ursus arctos crowtheri)* en la región montañosa cercana a Tetuán. Se trata de los descendientes de aquellos osos que pasaron al África desde España cuando el Estrecho de Gibraltar no unía el Atlántico y el Mediterráneo.

Quede bien sentado que no hay ninguna certeza de que el llamado «oso nandi» sea realmente un oso, si bien hay toda una serie de indicios que nos permiten suponerlo: los detalles relatados por numerosos observadores son tan característicos que dejan entrañar por tanto una seria y basada presunción. Es intrigante también el hecho de que, aun a pesar de dicha ausencia total de osos en el África negra, los wa-swahili y las demás tribus que habitan en las inmediaciones del río Tana se vengan sirviendo desde hace larguísimo tiempo del nombre árabe *duba* (oso) para designar a un extraño y misterioso animal que mora en las selvas ribereñas. Por otra parte, en los antiguos relatos de viajes se hace, a veces, mención de osos existentes en el mismísimo corazón del continente.

Herodoto, siempre consciente y serio en sus asertos, señalaba su existencia en Libia a la vez que la de las serpientes de un grosor descomedido (pitones), leones, elefantes, áspides, asnos con cuernos (rinocerontes o quizá *Libytheriums*, los desaparecidos parientes del okapi), cinocéfalos y de otros muchos animales de la fauna local. Plinio, por contra, negaba de plano la sola idea de la existencia de osos en África. Pero en la minuciosa *Descripción del África* del Dr. Dapper, que vino a resumir todos los conocimientos que sobre esta tierra se tenían en el año 1668, podemos leer que en el reino del Congo «existen unas ardillas que tienen la cola mucho más grande que las de los ejemplares europeos; hay también *osos*, gatos salvajes, serpientes y unas víboras tremendamente venenosas».

Durante los siglos que siguieron, todos los naturalistas estuvieron de acuerdo, sin embargo, en afirmar rotundamente que no había en África ni tan sólo la menor huella de osos. Y así, hasta 1905, nadie osó reabrir el expediente del problemático oso africano. En dicho año, efectivamente, los propios europeos, los mismísimos blancos, pudieron ver por vez primera, sobre la altiplanicie de Uasin Gishu (que a veces aparece escrito como Guas Ngishu), el misterioso animal al que llaman oso nandi. Sus testimonios no se hicieron públicos, con todo y con eso, hasta el año 1912, como resultado del gran rumor que comenzó a circular insistentemente en tal época entre los colonos de aquellas latitudes. Y sólo a fuerza de muchos ruegos, uno de estos colonos —el señor Geoffrey Williams que participó a principios del siglo en la famosa Expedición Nandi— se decidió a aclarar un poco el misterio, relatándonos lo que él personalmente viera. Tal relato apareció publicado en el *Journal of the East Africa and Uganda Natural History Society*. Y su preámbulo, y su tono general, nos demuestran bien a las claras que este colono no ha tratado, en absoluto, de hacerse el interesante mediante el sistema de relatarnos una fábula más o menos misteriosa.

«Se me ha pedido insistentemente que describa el extraordinario animal que divisé un día sobre la altiplanicie de Uasin Gishu. Me arriesgaré, pues, a ello; mas no sin repugnancia, ya que la experiencia me ha demostrado que el meterse a hablar de animales aún no catalogados por la ciencia encierra un

grave peligro de descrédito. Sin embargo, como he oído decir que otras personas también lo han visto ya, pasaré pues a aportar mi pequeña contribución al respecto.

»Hace varios años viajaba yo, con un primo mío, por el Uasin Gishu, poco después de haberse llevado a cabo la expedición Nandi, pero muchísimo antes, quede esto bien claro, del establecimiento de los primeros colonos en tales alturas. Habíamos acampado junto a una arista muy escarpada, cerca del Mataye, y fué justamente cuando nos dirigíamos hacia las Rocas de Sirgoït cuando vimos súbitamente al extraño animal.

»Reinaba una espesa bruma; mi primo y yo marchábamos a la cabeza del *safari* acompañados de un *boy* cuando, de golpe, la referida bruma se disipó. Mi primo gritó de repente: «¿Qué es aquello?» Volví la vista en la dirección en la que él señalaba y vi un gran animal sentado sobre sus cuartos traseros, a menos de diez metros de donde nos hallábamos en tal preciso momento. Su aspecto era, por completo, el de un oso del Zoo y tenía una postura que me recordó la que estos bichos toman cuando están pidiendo golosinas a los visitantes del parque. Calculé que podría medir unos cinco pies (1,50 metros) de alto. Reconozco que es bastante difícil evaluar una medida en tales circunstancias, pero a los dos nos pareció, sin lugar a dudas, que el animal en cuestión era tan sólo un poco más bajo que un hombre. Antes de que hubiésemos tenido tiempo de hacer ni el menor movimiento, se dejó caer el animal hacia adelante y partió desmañadamente *(shambled away)* en dirección a Sirgoït, con una especie de trotecillo chocante y como al desgaire. Como quiera que las hierbas habían ardido al ras del suelo algunas semanas antes, el animal se nos aparecía así perfectamente visible.

»Cogí rápidamente mi carabina y disparé contra él un par de tiros mientras desaparecía ya por entre las altas rocas. Aun a pesar de que erré mis disparos, el animal en cuestión paró su marcha, volvió grupas y se quedó mirándonos durante algunos segundos. Justamente es en tal postura como yo vuelvo a verle aún si cierro los ojos. Por su tamaño era —según mi opinión— mayor que los osos que viven en los fosos del Zoo y daba, además, la impresión de estar mucho más sólidamente formado o constituído.

»La parte delantera de su cuerpo estaba recubierta de un espeso pelaje, al igual que sus cuatro patas, más no ocurría lo mismo con la parte posterior del cuerpo que se hallaba relativamente lisa y desnuda. Esta distinción era muy clara y fué, justamente, la primera cosa que nos chocó de su aspecto. Su cabeza era larga y afilada y hacía pensar irremediablemente en el oso, cosa esta que también ocurría viendo el resto del cuerpo del animal. No logro recordar con todo detalle cómo eran sus orejas; sólo sé decir que me parecieron muy pequeñas; y su cola, si es que la tenía, habría de ser francamente pequeña y poco marcada. Su color era oscuro y a los dos nos dió la impresión de que su piel estaba moteada como la de un ñuñu; mas esto quizás fuera sólo una ilusión óptica producida por tal o cual efecto de luces y sombras.

»El suelo, en aquellos contornos, era extremadamente seco y rocoso por lo cual no pudimos hallar luego ni la menor sombra de huellas.

»Algunas semanas más tarde —prosigue diciendo Geoffrey Williams—, enseñamos al *boy* que nos acompañó en tan señalado día, un libro que contenía una gran serie de láminas en las que se hallaban representados muchísimos animales de todos los países del mundo. Le pedimos que lo mirase con atención y que nos dijese luego si encontraba allí algún animal que se pareciese al que nosotros vimos en aquella ocasión. Tras pasar un buen número de páginas llegó a la lámina del oso pardo; paró allí el *boy* y nos declaró que aquél, justamente, era el animal en cuestión.

»Supe luego que éste es bien conocido entre las tribus nandi y que la descripción que éstos dan del animal concuerda en todo con la mía. Hace tan

sólo algunos días, un amigo mío vino a verme, acompañado de uno de sus *boys* nandi; mostré yo a éste las grandes ilustraciones de «El libro de la diatamente me señaló con su dedo el retrato del *Baloo*, ¡el oso indio!

»He oído también hablar de un ser semejante, en el país Kakumega, cerca de Kabras, y, por dos veces, las gentes me aconsejaron no dormir con la tienda de campaña abierta, por miedo a *shivuverre*. Describían a éste como un animal nocturno, ligeramente parecido a una hiena, pero más grande y más salvaje. Advertían sin embargo, que no tiene ni tan siquiera el menor parecido con un león o con un leopardo. Oí decir que había una piel de tal animal en Kabras; hice cuanto pude para lograr adquirirla, mas sin ningún éxito. Los nandi presumen de haber matado uno de dichos animales, hace ya varios años; nos cuentan que éste, habiendo saltado sobre el tejado de un chozo, cayó al interior, a causa, sin duda, de su propio peso. Una vez allí, llevó a cabo una verdadera carnicería entre las pobres y asustadas gentes que se hallaban en el interior. Otros convecinos acudieron, al oír los gritos, y prendieron fuego a la cabaña mientras que el feroz animal se cobijaba aún en ella.

»Nos explican también tales indígenas que la razón por la cual ellos no cazan más ejemplares del misterioso animal, es que éste es de costumbres eminentemente nocturnas y porque además no abunda mucho en tales contornos; parece ser, también, que solamente ataca a aquellas personas que viajan o pasean sin compañía, por cuyo motivo nadie regresa luego para contarnos la historia...

»En lo que a mi caso se refiere, la escena ocurrió por la mañana muy temprano. Los nandi atribuyen su presencia, a tan insólita hora, al hecho de que la densa bruma no le dejara darse cuenta, a su debido tiempo, de que estaba amaneciendo.

»Concluiré diciendo que el animal en cuestión no tenía nada en absoluto ni de babuino ni de oso hormiguero *(orictéropo)*; de esto estoy total y absolutamente seguro.»

LOS MÁS DISPARES TESTIMONIOS AFLUYEN HASTA NOSOTROS

Se comprende fácilmente que un testimonio tan detallado fuese solicitado con insistencia en aquellos precisos momentos en que numerosos rumores sobre el enigmático animal empezaban a llegar a Kenia. Y son precisamente las observaciones que se hallan detrás, o en la base de tales rumores, las que vamos a examinar ahora aquí nosotros. El lector, sin duda alguna, se irá sintiendo invadido, poco a poco, por una penosa impresión de confusión, al oír, sucesivamente, toda una serie de testimonios diferentes, contrarios y hasta discordantes. Y se extrañará incluso al ver que yo los he incluído aquí, unos al lado de otros, aun a pesar de su manifiesta o aparente falta de relación. Yo mismo me he sentido profundamente extrañado de ver la tremenda desarmonía que reinaba en todo el expediente de nuestro misterioso oso nandi, pero, poco a poco, fuí haciéndome a la idea de que tal falta de armonía era, justamente, la tónica y el clima de toda esta gran interrogante. Para numerosos autores ha sido siempre una gran tentación —y muchos han caído en ella— seleccionar con cuidado, preguntándole si veía allí algo que le recordase al *chemosit*. Inme-

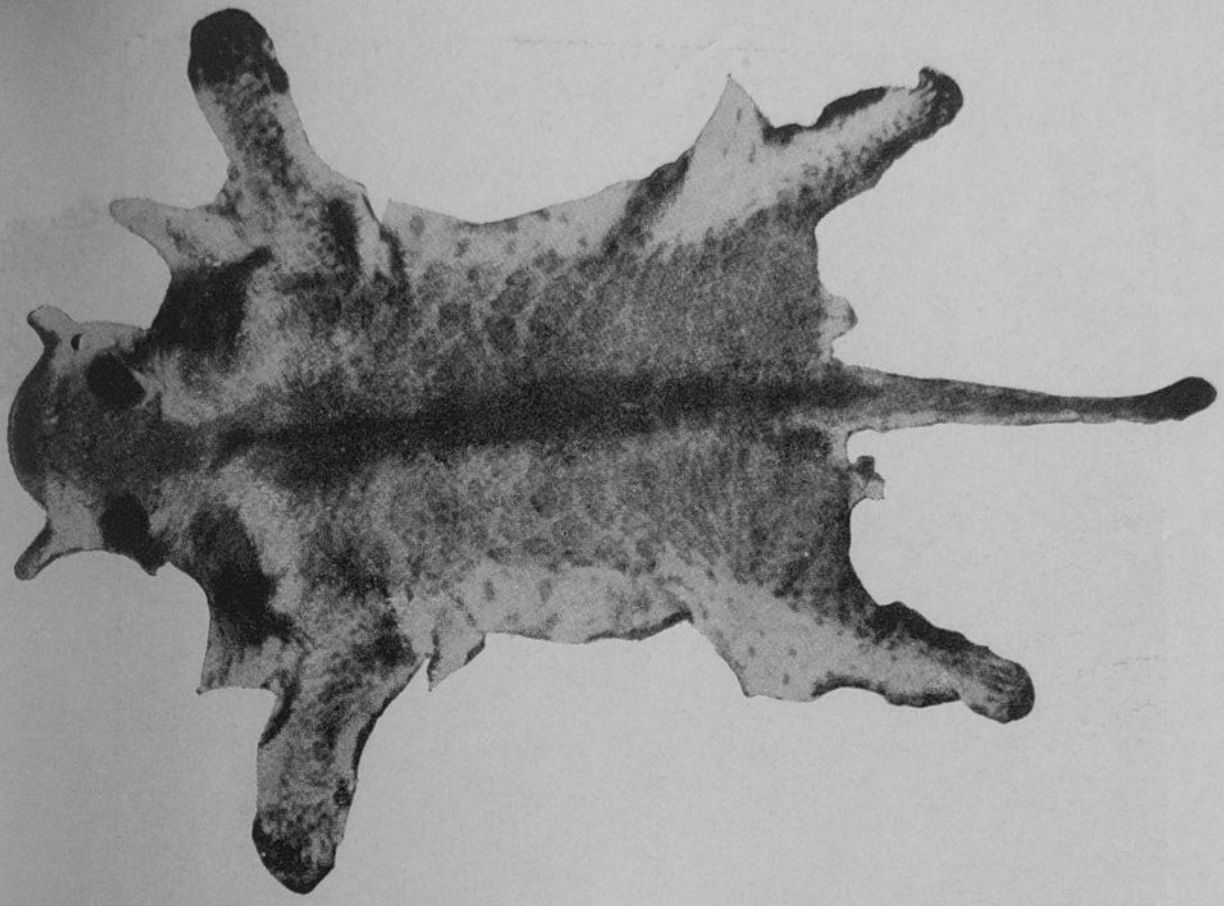
dado un cierto número de declaraciones concordantes, separando o desechando «las que no casaban», para concluir luego, rápidamente, afirmando con tono de suficiencia que el misterioso animal del África no es sino un animal ya perfectamente conocido por la Ciencia y catalogado incluso entre los típicos representantes del Continente Negro... o de cualquier otro. Pero ésta, a mi juicio, es una actitud bien poco honesta. Me parece mucho más noble, por contra, empezar advirtiendo, con toda claridad, que el propio nombre de oso nandi no es sino una invención de los colonos, basado tan sólo en unas primerísimas observaciones, y que éstos, además, bien pudieran haber acabado aplicando tal nombre a cuantos animales misteriosos —o que así se lo parecían a ellos— moraban por los contornos. Tal condición de «misteriosa» habría que relacionarla muy directamente, a buen seguro, con el grado de «desconocimientos» zoológicos de nuestros testigos. Y ésta ha de ser la fuente necesariamente, de un gran número de confusiones.

Por lo que a mí respecta, me propongo reproducir seguidamente los testimonios más importantes que he logrado recoger sobre todos aquellos intrigantes seres a quienes se ha colocado la etiqueta de oso nandi. Mas, por el momento, me guardaré muy bien de comentarlos. De esta forma podrá cada lector, si así lo desea, ir estudiando los posibles puntos de contacto, o de fricción, que unos y otros entre sí presentan, para lograr luego sacar sus propias conclusiones y pergeñar su particular hipótesis sobre el enigma zoológico que trae de cabeza a los especialistas desde hace medio siglo largo.

El sabio antropólogo británico C. W. Hobley, introdujo en la palestra, de un solo envite, a todo un grupo de testigos. El primero de ellos era el Mayor Toulson, un colono bien conocido en toda la altiplanicie de Uasin Gishu, y quien nos relata, a su manera, un incidente que le acaeció en el año 1912.

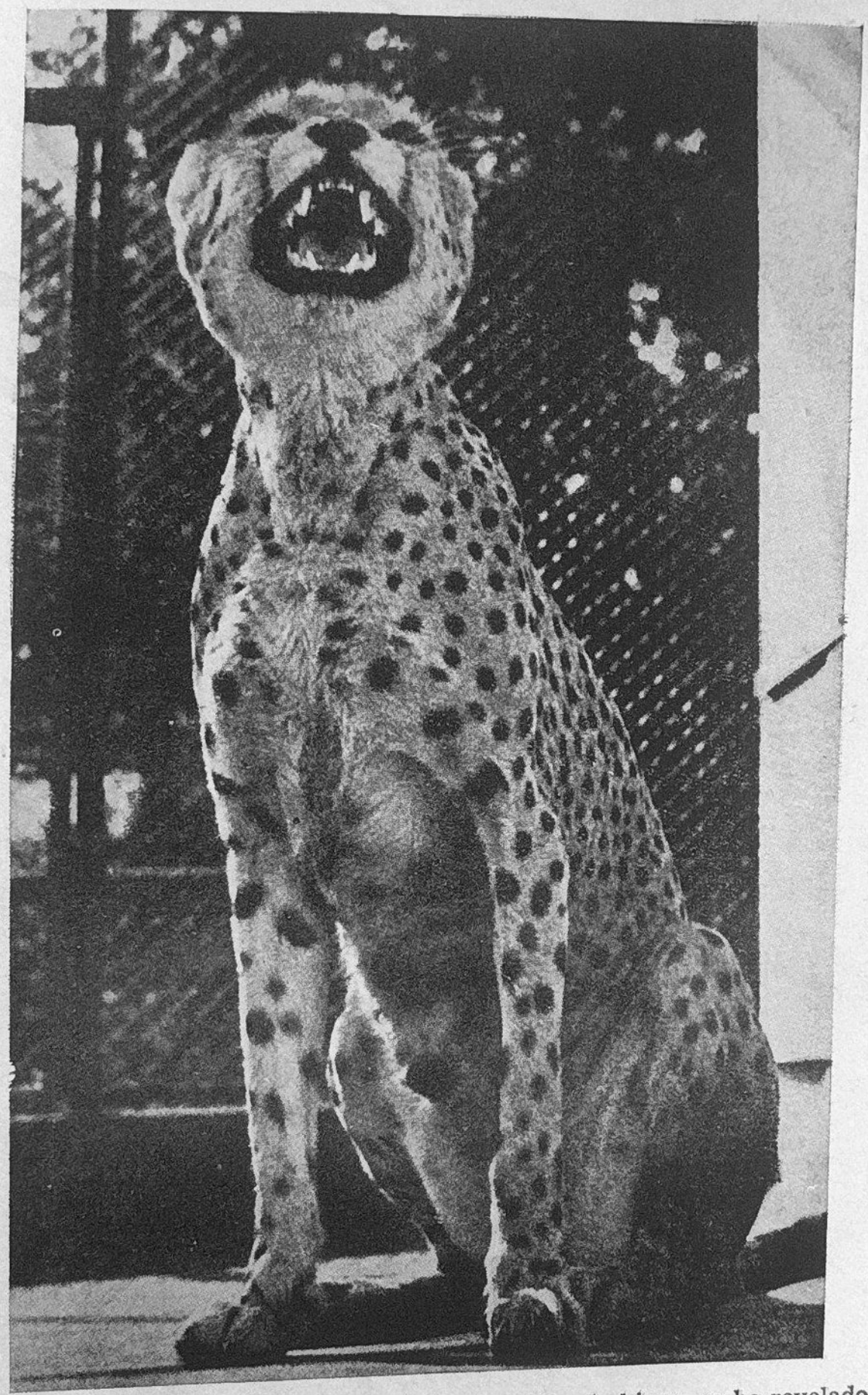
«Estaba cayendo ya la tarde, cuando uno de mis *boys* entró como una tromba en mi cuarto y me comunicó que un leopardo andaba rondando por las inmediaciones de la cocina. Me precipité al exterior, logrando aún ver cómo huía un extraño animal. Me pareció que tenía unos largos pelos en la parte posterior de su cuerpo y que era más bajo por delante que por los cuartos traseros. A mi juicio, debía medir unas 18 ó 20 pulgadas de altura, medida por la cruz (de 45 a 50 centímetros); parecía ser de un color negruzco y por su forma de marchar me recordó a los osos; se movía con una especie de trotecillo balanceante.

»Por desgracia, estaba ya muy oscuro en tales momentos y no pude distinguir, con claridad, su cabeza. Varios holandeses me habían preguntado —justamente el día anterior— qué animal podría ser el que merodeaba por la meseta; me afirmaron que se parecía al oso pero que sólo habían logrado verle durante el crepúsculo; el animal en cuestión había hecho cara, al parecer, a los perros de los holandeses, obligándolos incluso a darse a la fuga. Le describieron luego como un animal corpulento que profería un grito o aullido desgarrador y totalmente peculiar.»



Piel de león moteado de las montañas, cazado por el señor Trent
(C. K. G. Dower)

Cachorro de león, mostrando las manchas de su pelaje juvenil
(C. C. I. D.)



El «nsui-fisi», tenido por un híbrido de leopardo y de hiena, se ha revelado finalmente como un congénere (de una nueva especie) de la onza, ese felino de uñas no retráctiles

Los testimonios siguientes emanan de ingenieros y de otras personas que trabajaban en aquella misma época, en la construcción del ferrocarril de Magadí. Todos ellos afirman, unánimemente, haber hallado las huellas de un extraño animal en la rudimentaria pista que iban trazando antes de proceder al definitivo tendido de las vías. Uno de estos hombres, el señor M. Schindler, halló una de estas huellas, grabada con una extraordinaria limpieza en el fango semiseco que había junto a la salida de unas tuberías. Nuestro hombre tuvo la excelente idea de sacar un calco o plantilla de tales huellas, una de las cuales reproducimos nosotros seguidamente.

En el mes de marzo de 1913, el *District commissioner* (Comisario te-

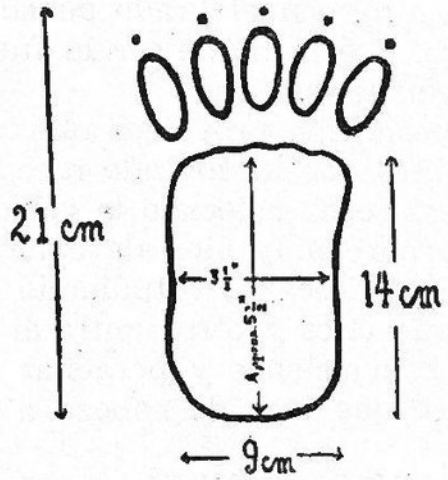


Fig. 26. — *Huella del «extraño animal» hallada y dibujada por el señor Schindler en la milla núm. 74 de la línea del ferrocarril de Magadí*

rritorial) de Eldoret, señor N. E. F. Corbett, pretendió haber visto, con sus propios ojos, lo que él creía ser el extraño animal en cuestión, y he aquí como nos cuenta lo sucedido:

«Había yo almorzado en las inmediaciones de una corriente de agua, el Sirgoït, algo más abajo de la granja Toulson. Poco después me fuí acercando despacito a la orilla, con ánimo de pescar, cuando, de improviso, me di casi de bruces con el animal. Se encontraba bebiendo y no creo que ni tan siquiera nos separase un metro de distancia. Algún pequeño ruido fué suficiente para alertar al animal, que así atravesó el río desapareciendo entre las malezas de la otra orilla. Aquellos parajes estaban poblados por una espesa vegetación que me impidió ver al animal a mi entero gusto; para colmo, no había llevado mis gafas. Mas con todo y con eso estoy absolutamente seguro que era un animal de un tipo que yo nunca había visto hasta tal fecha. Tenía un pelaje tupido, castaño rojizo y con una ligera banda blanca a lo largo de los cuartos traseros; sus patas eran largas; parecía ser más grueso que una hiena, con largas orejas. No logré ver su cabeza; con todo, no me dió la impresión de ser un animal sólidamente formado. Hubo en todo esto un detalle de mala suerte y hasta casi, casi chusco: una media hora antes y tratando de cazar un pato, pasé por aquellas inmediaciones armado de mi fusil sin ver

nada raro; y en cambio, cuando me hallé frente a un extraño animal ¡tan sólo tenía entre mis manos una vulgar caña de pescar!

»Cuando lo divisé serían las 12,30 horas del día, o sea, casi la misma hora en que el señor Kennet veía otro ejemplar en otro lugar distinto.»

La observación parece más bien vaga al primer golpe de vista, pero si la analizamos podemos encontrar en ella algunos detalles harto significativos, como veremos más adelante.

Unos pocos días después de tal encuentro, el señor Hickes, ingeniero encargado de la construcción del ferrocarril de Magadí, debía tener un encuentro, a su vez, con el misterioso y ya casi popular animal. De este hecho llegó hasta nosotros una declaración muy precisa y cuidada. Señalemos incluso que fué esta misma declaración la que motivó que los restantes testigos presenciales se animasen ya, de una vez por todas, a relatar sus experiencias.

«El 8 de marzo de 1913 —nos cuenta dicho señor Hickes— viajaba yo solo en nuestra vagoneta a motor sobre la vía férrea de Magadi. Sobre las nueve de la mañana y cuando me hallaba a la altura de la milla 16, vi como a cosa de unos 50 metros más adelante un animal al que, de primera intención, tomé por una hiena. El animal se encontraba casi justamente al borde de la vía cuando yo llegué a divisarlo; me vió inmediatamente, por lo cual comenzó a alejarse perpendicularmente al trazado de los railes, que forman una absoluta línea recta en tales lugares.

»Quedé extrañado al ver que una hiena deambulara a horas tan avanzadas de la mañana, por lo cual me la quedé mirando con todo interés. A la velocidad a que yo viajaba (alrededor de unas 25 millas, o sean 40 kilómetros, por hora, más o menos), iba a pasar bien cerca de su lado en breves instantes, mucho antes de que tuviera ella tiempo de desaparecer.

»Había llovido abundantemente la noche precedente, pero desde el alba el tiempo había ido mejorando; a la hora citada estaba bastante claro, aun a pesar de que el sol no brillase. Aquella zona no presenta manchas de árboles; tan sólo unas hierbas de unos 45 centímetros de alto cubren su suelo que, dicho sea de paso, estaba francamente embarrado a causa de la ya referida lluvia.

»Cuando me aproximé al animal, o mejor dicho, cuando nuestros respectivos caminos se aproximaron, pude ya apreciar, sin lugar a dudas, que no se trataba, ni por asomo, de una hiena. Para empezar, lo contemplé de perfil y me pareció tener, entonces, el tamaño aproximado de un león. Tenía un color leonado —algo así como el característico tono de los leones de negras crines— con largos e hirsutos pelos. Su cuerpo era rechoncho y macizo y destacaba en él la cruz muy elevada; tenía el cuello corto y el morro achatado.

»No se molestó ni tan siquiera en volverse para mirarme, pero sí se batió en retirada con presteza; corría moviendo al mismo tiempo las patas de delante y las traseras.

»Cuando pasé ya a su altura, siempre en mi vagoneta, nos separaban unos 40 ó 50 metros tan sólo y pude notar entonces que tenía la grupa muy ancha, las orejas muy cortas, y no logré ver en él ni el menor asomo de cola o rabo.

»Cuando sus patas traseras se destacaron entre las hierbas, pude yo notar que eran extraordinariamente velludas, justo hasta las pezuñas o pies, y que éstos parecían grandes y estaban, claro está, totalmente recubiertos de barro negro.

»No logré hacerme ni una idea sobre la identidad de aquel raro animal; un rato después, cuando ya le hube sobrepasado, caí en la cuenta de que bien podía tratarse del extraño animal del que tanto veníamos oyendo hablar

durante todo el tiempo que llevábamos atareados en la construcción de la vía férrea.

»Mi primer impulso, entonces, fué dar marcha atras para ir así en su búsqueda, máxime cuando yo me hallaba convenientemente armado con mi Rigby 350. Aún se le veía huir. Mas hube de recordar, con sentido de responsabilidad, que en la milla 29 de nuestro tendido se había señalado un reblandecimiento de tierras y que los obreros, consecuentemente, me estaban esperando allí para proceder a las reparaciones pertinentes. Hasta que yo llegase, por tanto, todo el tráfico seguiría interrumpido.

Ante estas razones hube de desistir de mi empeño y proseguir adelante, mas prometiéndome a mí mismo detenerme a la vuelta por aquellos lugares para ver así de dar caza, si ello era posible, al animal, o para estudiar al menos las huellas que éste dejara sobre el barro.

»Pero el hombre propone... Cuando regresé por la tarde, una fuerte y pertinaz lluvia tamborileaba machaconamente sobre toda la región. No valía la pena detenerse, puesto que todas las huellas estarían más que borradas ya, en aquella llanura que comenzaba casi a inundarse.

»Tan extraño animal me fué descrito, por vez primera, por el señor Clifford Hill. Un día en que se hallaba éste en compañía de un joven holandés, procediendo al preliminar levantamiento de planos del terreno, tuvo su acompañante un encuentro con el animal, allá por las llanuras de Koora (milla número 71).

»Según él, nunca había visto anteriormente un animal parecido y no lograba dar su descripción exacta. Para ayudarle, el señor Hill mostró al joven un libro compuesto por diferentes láminas de animales. Tan pronto como vió el muchacho un grabado de un oso, manifestó que este animal era, al menos, muy parecido al que él viera.

»El animal dió que hablar, por vez primera, en el curso de nuestra construcción, en el momento justo en que nuestra tubería de conducción de agua encharcó los alrededores de su emplazamiento, allá por la milla 71. Varios ingenieros pudieron contemplar así, poco después, cómo en el lodo se habían marcado unas huellas extrañas. Me las describieron como las de un oso (véase el dibujo reproducido en páginas anteriores).

»El criado indígena de uno de dichos ingenieros, del señor Archibald concretamente, dijo haber visto también al extraño ser que marcara tales huellas y que, según él, se alzaba sobre sus patas traseras, mirándole fijamente y sin mostrar ni la menor intención de huir. El único otro ejemplo —que yo sepa— de un auténtico encuentro con el animal, proviene del señor Caviggia, quien tuvo también una visión similar del raro ser, a la altura de la milla 38. Su descripción concuerda en un todo con la mía.

»Yo he recorrido todo el África salvaje —al Este, al Sur y al Oeste— abriendo un camino a la civilización mediante el tendido de nuestras vías férreas, durante un período casi de dieciocho años, por lo cual creo poder afirmar que no hay aquí ni un solo animal salvaje al que yo no haya visto, en una u otra ocasión, en su propio medio y ambiente. Y sin embargo, reconozco francamente que nunca me había echado a la cara un animal como el que he descrito anteriormente.»

EL ANIMAL, VISTO CON LOS OJOS DEL MIEDO

El último testimonio recogido por el señor Hobley parece, a primera vista, que no se refiere para nada al animal que aquí estamos estudiando. Pero juzguen, mejor, ustedes mismos:

«Corren también, nos cuenta el eminente antropólogo, historias relativas a otro animal desconocido y que proviene del valle inferior y medio del río Tana. El señor Cumberbatch, *District Officer* de tal región, me dijo que los misioneros alemanes que tantos años han vivido en Ngao, afirman que los indígenas *pokomo* conocen un animal selvático llamado *koddoelo*. Se afirma, incluso, que hace años lograron cazar uno. Un buen día, dichos misioneros tuvieron conocimiento de que la población entera del más grande conglomerado humano de los pokomo, en el distrito de Kina Kombe, había desertado de su poblado, atravesando luego a la otra orilla del río, por la simple y poderosa razón de que la terrorífica fiera erraba por los contornos del referido pueblo.

»Tal animal, fué descrito luego al *District Officer* por un pokomo (que admitía, sin embargo, que no era él en persona quien lo había visto) como un ser tan grande como un hombre y que caminaba tan pronto a cuatro patas como sobre las dos traseras tan sólo; que tenía un aspecto parecido al de un enorme babuino y que era de una enorme fiereza.

»El indígena pokomo, observa el señor Hobley, no es generalmente muy impresionable ni está tampoco dotado de gran imaginación. Así pues, tal vez sea cierto que quede algún gran antropoide por descubrir aún en la tupida selva que bordea los valles del Tana.»

¿Un antropoide desconocido? ¡Pero vamos —se dirán ustedes— esto nos lleva cada vez más lejos de nuestro hipotético oso...!

Pues, sinceramente, no tanto como se pueda creer a simple vista. Efectivamente, y como veremos más adelante, los mismos nandi piensan en su *chemosit* más bien como en una especie rara o extraña de mono.

Por otra parte, cuando Hobley recibió, poco después, de un tal señor Rule, algunos detalles suplementarios sobre el *koddoelo*, que procedían de una encuesta realizada entre los wa-pokomo, publicó así una descripción del extraño animal que merodeaba por la selva de la orilla derecha del río Tana; en este ser hallaremos muchos rasgos afines con el animal que fué visto por el señor Hickes cerca de la vía férrea de Magadí:

«Color: entre rojizo y amarillento. Longitud: alrededor de los seis pies (1,80 metros). Altura por la cruz: alrededor de tres pies, seis pulgadas (un metro, 05), pelo largo; todos los informes coinciden en la existencia de unas espesas crines: cola corta y muy ancha; uñas, muy largas; cabeza: hocico bastante alargado, dientes largos pero no tanto como los de un león; las patas anteriores o manos, muy sólidas y macizas. Los pokomo afirman que numerosos animales de esta clase han sido cazados y hay un hombre que, incluso, pretende haber cazado él mismo un ejemplar de esta clase, hace ya algunos años. Se dice que es un animal muy feroz, que penetra en los poblados y se lleva consigo los borregos y ganado en general. Cuando tal hecho se produce, los indígenas cruzan a la otra orilla del río, como medida de precaución, hasta que el animal deja aquellas inmediaciones; otras veces, y desde tal seguro, tratan de ahuyentarlo haciendo sonar insistentemente sus tambores. Los cazadores waboni conocen perfectamente bien a este animal, pero aseguran, sin la menor fanfarronería, que más vale dejarlo en paz...

Pero el señor Hobley no se contentó con sólo esto; los nuevos informes que dió a continuación parecen aproximarnos más aún, por algunos detalles, a determinadas descripciones del oso nandi:

«El *District commissioner* adjunto de Tana, escribe nuestro antropólogo, me envió también un informe sobre el animal en cuestión y que estaba basado en investigaciones tan recientes.

»Le fué descrito por los pokomo, quienes aseguran haber visto un especímen hace no mucho tiempo. La descripción que dan, puede resumirse así: De color claro; pelo largo sobre el cuello y sobre el lomo; se desplaza ordinariamente a cuatro patas, mas también puede marchar sobre las dos posteriores; no tiene la reputación de trepar a los árboles. Es de un tamaño más bien inferior al del león; cola larga de alrededor de las 18 pulgadas (45 centímetros). Sus costumbres son típicamente nocturnas. Las patas delanteras marcizas y fuertes; deja una huella con la marca profunda de una uña posterior, retrasada con respecto a los otros cuatro dedos (esto es algo problemático).

»Todos coinciden en su ferocidad y pretenden, incluso, que ataca al hombre tan pronto como se encuentra con él. Uno de tales bichos llegó hasta matar un rinoceronte, cerca de Makere, pero sobre esto no tenemos una seguridad plena. Otro trató de asaltar un *kraal* de cabras en el pasado mes de enero, mas resultó fracasado por la algarabía que armaron los indígenas una vez que se dió la alarma.

Los wa-pakomo son un pueblo de agricultores establecidos a lo largo del río. De ordinario, no se dedican a la caza; mas si alguien tuviera especial empeño y los medios precisos y necesarios, sí se podría convencer, por contra, a los cazadores waboni para que se dedicasen a la búsqueda y captura de unos de tales animales.»

El nombre de *koddoelo*, ¿no será simplemente un sinónimo, digámoslo así, del nombre *chemosit* de los nandi? Uno se siente tentado a creerlo al saber las características de fiereza y de ferocidad que éstos conceden a su «monstruo».

Lo que es bien cierto es que los rumores más y más insistentes comenzaron a circular por Kenia a propósito de un animal cuya identidad zoológica era, al menos, harto dudosa. Algunos colonos, intrigados ante tales habladurías, se fijaron la tarea de hacer una encuesta entre los negros, sometiéndoles a todo un diluvio de preguntas. ¿No habían visto ellos nunca un animal que pudiese concordar con la descripción de un oso? ¿Sufrían sus poblados ataques nocturnos de animales que no fueran ni leones, ni leopardos, ni hienas? Y así, etc...

Poco a poco se fué vislumbrando que un animal que respondía con más o menos fidelidad a uno u otro rasgo de la descripción planteada ante los indígenas, era perfectamente bien conocido por éstos, desde un extremo al otro del país e incluso ¡desde los tiempos más inmemoriales! En la costa, las poblaciones musulmanas swahili que, por sus contactos frecuentes con los árabes habían tenido así ocasión de saber qué era un oso, no habían ni tan siquiera esperado la sugerencia de los blancos para identificar al misterioso animal con uno de estos grandes plantígrados; ni dudaron tampoco en usar el nombre de *duba* para designarlo.

En la parte alta del país, donde la influencia árabe no se deja ya sentir, el monstruo recibe el nombre de *geleit* en el dialecto lumbwa.

Le volvemos a encontrar bajo las variantes de *gereit, kereit, keteit*

o *kerit* allá por las escarpadas pendientes del Mau y en el país nandi, donde también se llama al animal con los nombres de *chemosit* y *chimiset*. En Ruanda, este último vocablo se transforma en *ikimizi* pero en otros rincones de la región se da al raro ser otra denominación ya totalmente diferente; la de *kikambanwé*. Incluso los ba-gishu y los sabaï del monte Elgon le designan bajo el original nombre de *salrookoo*.

Mas sea cual sea la etiqueta que se le cuelgue en unos y otros territorios, es preciso reconocer que la descripción que del extraño animal hacen los negros está a veces bastante poetizada o exagerada. Alí, el guía del célebre cazador Roger Courtney, habla de él como de un gran animal blanco y velludo «que anda sobre dos pies como el hombre y que no come sino los cerebros de sus víctimas». El capitán William Hichens, de los Servicios Administrativos y de Información de Kenia, oyó describirlo como «un animal mitad hombre, mitad gorila, cuyo aliento despide fuego, dotado de un ojo deslumbrador situado en medio de la frente y que emite un aullido verdaderamente escalofriante».

Se comprende que un ser que responda a tan fantástica descripción no puede ser tomado en serio por los colonos, quienes así catalogaron al extraño ser como una nueva fantasía de los supersticiosos negros.

EL DEVORADOR DE HOMBRES

Mas con todo y con eso, las observaciones hechas por los europeos —los colonos, los ingenieros e incluso los mismos naturalistas— parecen iluminar algo más el problema bajo una nueva y distinta luz; si las descripciones de los aborígenes se hallaban alteradas o mixtificadas por el terror o por el aire de fábula maravillosa, no por eso dejaban de tener una auténtica base real. Lo que en un principio no era para los blancos sino una creación mítica de los negros, poco a poco fué tomando más consistencia real e incluso una cierta identidad: la leyenda del oso nandi había nacido.

Los colonos se empeñaron entonces, lógicamente, en saber qué clase concreta de animal podía ser aquel extraño bicho. Mas para tal tarea no podían contar en absoluto con la ayuda de los negros. Tan sólo con que éstos oyeran pronunciar su nombre o describir su aspecto, se volvían ya grises de terror y pasaban a ser totalmente incapaces de decirnos nada coherente.

Quien ha vivido en lo que pudiéramos llamar zonas de influencia del oso nandi —escribe el conservador de caza C. R. S. Pitman— no puede negar ni poner en duda el verdadero terror que por todas partes inspira el animal referido.

El hecho concreto es que éste ha ganado una amplia reputación de animal siempre sediento de sangre, hasta el punto de que su fama de ferocidad está muy por encima de todos los demás llamados animales

salvajes. Cuenta en su haber no sólo con auténticas tropelías entre los ganados y rebaños sino que, además, cada año carga sobre sus espaldas con la muerte de bastantes indígenas que son hallados con la tapa del cráneo levantada o con la parte superior entera de la cabeza arrancada literalmente de cuajo. Parece ser que una de las estratagemas preferidas por el animal en sus correrías, es la de tenderse, auténticamente inmóvil, sobre las ramas más bajas de los árboles que caen así sobre los caminos de la selva. Espera allí pacientemente al paseante o al viajero. Cuando éste pasa por debajo suyo ¡zas! un rápido y violento golpe con su pata delantera y la cabeza de la víctima queda abierta de par en par; nada falta ya sino que el ogro devore tranquilamente el cerebro de su presa.

Sin pararnos a considerar la manera de proceder del monstruo, en cuanto se refiere al método de sorprender a las víctimas, y viendo así tan sólo las heridas que éste produce, podemos ya dejar establecido que ningún felino mata en tal forma o con tal sistema; este método parece corresponder más bien a uno u otro de entre los plantígrados de gran tamaño. En efecto; los osos, cuando atacan o cuando se defienden, se alzan generalmente en toda su altura, levantan sus manos y, seguidamente, y con la rapidez del rayo, dejan caer una de ellas, armada de sus potentísimas garras o uñas, sobre su contrario a quien pueden levantar así la tapa del cráneo con harta facilidad, sobre todo, si de un hombre se trata.

Los felinos, por contra, suelen dar, en general, su golpe de gracia, triturando con la fuerte y aguda presa de sus colmillos la nuca o los riñones de su víctima.

Para los espíritus críticos y escépticos, resultará raro, no ya el método de matar, sino incluso el mismo hecho de que tal animal se lance contra los hombres; la mayor parte de los animales llamados feroces no atacan al hombre salvo en caso de estar heridos o de ser francamente hostigados o perseguidos por éstos. Hay también que tener en cuenta lo que yo creo que tiene, en general, fuerza de ley: *que un animal es tanto más peligroso cuanto más miedo tiene él mismo.* Los grandes carnívoros prefieren, por término medio, ignorar al hombre del que ellos desconfían con sus muy buenas razones. Si su modo de proceder cambia, como del día a la noche, ello obedece, sin la menor duda, a muy poderosos motivos: el más frecuente es el hambre. Hay que cuidarse mucho de un león que no haya comido en varios días y que, por unas u otras causas, no tenga a mano sus habituales manjares, cuales son los inofensivos herbívoros (antílopes, cebras, etc.).

«Generalmente, escribe Hyatt Verrill, los devoradores de hombres son los leones o los tigres ya viejos y decrépitos que no son capaces, por tal motivo, de capturar los ágiles y astutos animales salvajes. Así se ven obligados a lanzarse sobre presas más fáciles; y, nos guste o no, encuentran entonces que el hombre es la presa más fácil de cazar, la más inocente y la menos ágil.»

Pero en la vida pueden presentarse circunstancialmente algunos períodos de auténtica hambre que afectan por igual a todos los animales, tanto jóvenes como viejos, lo que entraña así un grave riesgo también para el propio hombre, puesto que en tales ocasiones es cuando está más abocado a acabar sus días satisfaciendo el apetito de uno u otro de estos animales carnívoros.

Las epizootias, o una caza demasiado exhaustiva, son capaces de hacer decrecer sensiblemente el número de los herbívoros. Así, las terribles crisis de antropofagía que asaltaron a los leones en 1860 y de 1904 a 1909, en las llanuras de Rwindi-Rutshuru, se debieron —según el comandante E. Hubert, agregado al Parque Nacional Albert—, a una sensible disminución de los kobos (grandes antílopes) y de los topis de la llanura.

El hambre, finalmente, puede tener también un carácter simplemente periódico, como ocurre con los leones en las épocas de las grandes lluvias. En las épocas secas, el león —como todos los felinos— no puede pasarse mucho tiempo sin beber: así, pues, anda siempre por las zonas que rodean alguna fuente, algún pozo o algún riachuelo. Tampoco precisa ir más allá, puesto que a tales zonas, justamente, van a beber también sus futuras víctimas. Vemos, así, que en tales estaciones secas, nuestro buen león tiene cuanto alimento quiere «al alcance de su pata». Mas he aquí que llega de improviso la estación de las lluvias pertinaces. Por este hecho, en toda la gran llanura se forman, aquí y allá, innumerables arroyuelos y charcos, con lo cual resulta que ya los herbívoros no tienen por qué acercarse a las zonas donde mora el león, sino que eligen para beber el cauce de agua que les queda más a mano. Por consiguiente, el león debe abandonar sus cazaderos habituales y partir en peregrinación a la busca de algo que llevarse a las fauces. Si sus obligaciones familiares no le compelen luego a deshacer el camino andado para llevar algún alimento a su hembra o a sus cachorrillos, o si se trata, por ejemplo, de un viejo macho solitario, tales expediciones cinegéticas toman entonces el carácter de una verdadera migración. El rey de los animales empieza a errar; nada le impide, habiendo agua en abundancia, tomar el camino que más le guste sin preocuparse de donde le conducirá: todas las partes son buenas, en potencia al menos. Mas tal vez, si la suerte no le acompaña, podrá ocurrirle que esté un par de días a dieta forzada. Y entonces, en ese preciso momento, sí que se convierte el león en un auténtico peligro público. Si pasa, más o menos casualmente, por las inmediaciones de un poblado ¡atención entonces a los paseos solitarios o a los excesivos alejamientos de las casas! Cuando el hambre le aprieta el estómago, no dudará en cruzar de un prodigioso salto las empalizadas de los «kraals» para buscar su menú entre los ganados que allí se hallen. Y si en tal aventura no encuentra excesivas dificultades, ni grandes peligros, mucho tememos que el león se acostumbre a este método de elegir los animales más cebaditos.

PÁNICO EN EL ESTE

Pero todos estos son, repetimos, hechos bastante raros. Así, la reputación de «devorador de hombres» suele encontrar, en el noventa por ciento de los casos, la más franca incredulidad por parte de los naturalistas serios y conscientes. En el caso concreto del oso nandi, se apoya tal fama en hechos precisos y nada equívocos que vienen a dar así una mayor consistencia a tal teoría o remoquete.

Entre tales asertos es preciso citar el del célebre conservador de Caza A. Blayney Percival; es éste el único informe llegado hasta nosotros según el cual un «chemosit» haya sido muerto en castigo a sus fechorías. Procede tal informe del distrito de Maraquet y podemos situarlo en una fecha algo anterior al comienzo del año 1914.

«Se dice que en un determinado momento, uno de estos animales había llegado a ser tan molesto y peligroso para todos que, al fin, se hicieron grandes preparativos para cazarlo. Y acabó así por ser muerto por un grupo de hombres que habían astutamente colocado un maniquí de apariencia humana en la entrada de una cabaña, colocándose ellos en el interior de la misma, al abrigo de la obscuridad, esperando, convenientemente armados, a que el enemigo hiciera su aparición.

»Cuando llegó éste al fin, dispuesto a apoderarse de aquella tranquila e inmóvil presa, fué recibido por una auténtica lluvia de flechas que puso fin a su vida.»

Para nuestro gusto particular, es mucho más convincente aquella otra historia en la que se halló mezclado un oficial de la Administración Colonial Británica.

En 1925, una pequeña población acababa de sufrir los tristes efectos de la «razia» de uno de esos «osos» monstruosos, por lo cual los habitantes del lugar se decidieron a pedir la ayuda y el auxilio del gobernador de Kenia. De dar crédito a los indígenas, el animal había raptado durante la noche a una muchachita, tras de abrir un amplio hueco en las rústicas paredes de la cabaña.

Pero más extraño aún: el monstruo en cuestión llegó incluso a abrir una brecha en una empalizada de espinos de 2'50 metros de espesor, por cuya salida sacó del recinto algunas buenas piezas del ganado de los lugareños.

Sinceramente: lo más chocante de estos casos no es ya el hecho de haberse llevado consigo un ser humano o algunas vacas. Un gran animal salvaje puede, perfectamente bien, llevar en sus fauces a un hombre, o a un buey incluso, arrastrándole de aquí para allá tanto rato y tanta distancia como lo desee. Incluso —y hay buenos testigos de esto— ¡puede trasponer de un salto una empalizada de dos metros de altura sin soltar, por ello, tan pesada presa!

No: la cosa verdaderamente intrigante, a mi manera de ver, es la increíble forma en que el animal procedió para el logro de sus fines. Los leones y las panteras no intentan jamás, a causa de la sensibilidad extrema de sus hocicos y del almohadillado de la planta de sus patas, introducirse «por infracción», si así podemos decirlo, en los corralones donde los indígenas guardan sus rebaños y que, a todo evento, están rodeados de una espesa cerca de espinos entrelazados que llega hasta medir ¡más de los dos metros de anchura! Tales fieras huyen de estas cercas o «zarebas», y tan sólo penetran en esos apriscos o en esos «kraals» cuando pueden franquear de un salto la barrera que lo circunda. Para que el animal del que hoy hablamos haya podido abrirse paso a través de toda esa muralla erizada de pinchos, cavando quizá un túnel a la manera del topo, había de estar no solamente dotado de fuertes garras, sino también de una endurecida y resistente cubierta de fuerte cuero o piel... Así, estos hechos parecen llevarnos también de la mano a la conclusión de que sólo una especie de gran oso podrá ser el responsable de la obra.

Los indígenas, realmente aterrorizados, suponían que el tan molesto animal habría instalado su cuartel general en la selva vecina, separada del poblado por unos 40 kilómetros. Tan pronto como el delegado del Gobierno llegó al lugar de los hechos, ordenó como primera medida establecer una especie de barrera «cortafuegos» entre la selva y el poblado. Esta zona, una ancha faja, fué talada, limpiada y barrida con esmero a fin de que el animal que la cruzase déjase marcadas en ella, con toda nitidez, sus huellas. El cazador que el gobernador de Kenia mandara en su representación tiraba, como vemos, por el camino de en medio. Quería éste saber concretamente a qué atenerse, sin considerar mayormente las historias de los negros, bastante fantasmagóricas por cierto. Y esto, ¿no era lógico? Para muestra, basta un botón. El mismísimo jefe del poblado le había afirmado con toda tranquilidad que el monstruo era ¡mitad hombre, mitad pájaro y con cara de mono, para más detalles!

Al día siguiente, todas las dudas del delegado habían quedado ya disipadas. Al amanecer, fué súbitamente despertado por los inquietos gruñidos de su propio perro. Mas antes siquiera de haber podido levantarse de la litera, oyó un golpe sordo dado contra la lona de la tienda, el estertor de un perro ya agonizante y el ruido apagado de un animal que huía marchando sobre el almohadillado de sus patas. ¡El oso *nandi* había tomado ya por asalto el propio campamento del cazador e incluso —ironía de la suerte— despanzurrado al mismo perro que le guardaba!

Cuando la silueta del animal pareció vislumbrarse un poco por entre la penumbra, numerosos disparos de arma de fuego buscaron su cuerpo. El animal, sin embargo, logró escapar, pero lanzando unos aullidos tales que hacían ponerse —sin metáfora alguna— todos los pelos de punta. El suelo, nos cuentan los testigos presenciales, retemblaba como ocurre al paso de un búfalo, un elefante o un rinoceronte.

Sin duda alguna, la brusquedad del despertar y la emoción causada por la proximidad de la terrible presencia, exasperaba algo los sentidos de los testigos del suceso. Pero cuando luego descubrieron las huellas del monstruo, marcadas con toda claridad en la tierra floja de la zona «cortafuegos», no hubo ya sino reconocer que el supuesto «oso» tenía un tamaño impresionante; las marcas de sus pies o patas eran cuatro veces mayores que las que puedan dejar unos pies humanos por más que pertenezcan a un sujeto de buena talla... Se distinguían en ellas, con toda claridad, las marcas de tres enormes y recurvadas

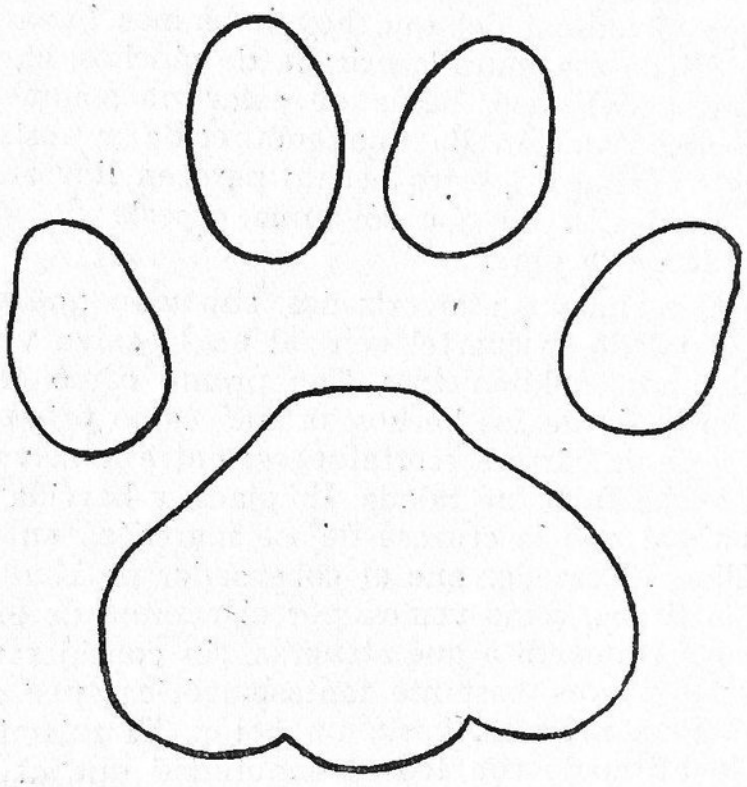


Fig. 27. — *Huella de una pata de león, reducida a la mitad*

garras. Y el atónito delegado tuvo que reconocer que ningún león del mundo puede poseer unas patas capaces de marcar tan descomunales huellas...

Conviene ahora establecer una relación entre esta descripción y la que —más significativa aún— cita en su libro «Africa Calling», el cazador Roger Courtney:

«Un día en que me hallaba yo cazando por la selva, uno de mis ojeadores me indicó, con un dedo, unas cuantas huellas de animales; las marcas más curiosas que he visto en mi vida. Eran dos huellas enormes, tan grandes como platos, y marcadas nítidamente sobre un cierto espacio de tierra húmeda. Tenían forma como de azada y estaban algo torcidas hacia dentro. Las garras no debían ser retráctiles puesto que se distinguían claramente las señales que dejaran sobre el terreno. El hecho de que las huellas estuviesen

vueltas hacia el interior revelaba así que habían sido marcadas por algún ser bien cercano al oso. Mas sin esto, yo bien hubiese jurado que tales pisadas sólo podían haber sido hechas ¡por el mismísimo bisabuelo de todas las hienas!

»Pero una hiena de tan enormes dimensiones, ¿no sería ya por sí sola un curioso y fabuloso animal bien digno de estudio?»

Todos cuantos han tenido ocasión de ver de cerca las huellas del «chemosit» coinciden formalmente en este punto; no es posible que se trate de un felino. Y como observa el capitán Hichens, entre todos esos ojeadores, verdaderos veteranos de las malezas, hay muchos capaces de reconocer a simple vista la más leve huella de león o leopardo.

Fig. 28. — *Huella de una pata de hiena moteada, reducida a la mitad*

Y no digamos sólo «a simple vista», puesto que estos expertos también los presienten gracias al olfato y a otros indicios que ellos tan sólo saben manejar. En el caso de la huella hallada junto a la vía férrea de Magadí, allí no se planteaba ni tan siquiera el menor problema; era, decididamente, la huella de un pie de plantígrado. Solamente que... ¡no hay más que el oso que sea plantígrado! (1)

Para acabar ya con el desvergonzado monstruo que se atrevió, incluso, a mandar a mejor vida al propio perro de su perseguidor, podemos creer que los disparos le hirieron gravemente, puesto que ya nunca dió más que hablar en aquella zona. Quizá salió herido de la aventura, acabando poco después sus días en cualquier intrincado vericueto de las selvas.

(1) Han corrido rumores de que el oso nandi tiene seis dedos en cada pata, lo cual no ha hecho sino desacreditar al pobre animal a los ojos de los zoólogos. Este absurdo rumor está basado en el descubrimiento de unas huellas compuestas, trazadas por un animal que ponía, habitualmente, sus patas traseras sobre las huellas recién marcadas por las delanteras.

Cuando un monstruo comienza a operar en una región ha de hacerse a la idea, de antemano, de cargar con cuantas cosas raras e insólitas ocurran en los contornos.

TERROR EN EL SUR

Fuese lo que fuese, esta desaparición tan brusca habrá de chocarnos un poco. Solamente es en las fábulas donde los «monstruos» y «dragones» se nos aparecen como individuos aislados. Y muerto éste gracias al sin igual valor del esforzado paladín, vuelven la paz y la felicidad a reinar sobre la tierra...

Pero en el terreno de lo real, ¿no tenía nuestro animal una hembra vengadora? ¿Ni unos cachorros tampoco? ¿Ni ningún hermano? ¿Ni tan siquiera un primo lejano que heredase el deber de la «vendetta»?

Pues, sinceramente hablando, es muy probable que no.

Es un hecho éste que guarda una estrecha relación con la actividad «devoradora» de los animales. Todos los leones y todos los tigres no son «devoradores de hombres»; ni todos tampoco atacan al ganado, ni muchísimo menos tienen todos la mala costumbre de penetrar en los poblados para elegir su víctima. Esto corresponde mejor, ya lo sabemos sobradamente, a los viejos y solitarios machos a los que basta matar o cazar para que veamos cómo se restablece la calma en la región afectada.

Mas en lo que respecta al oso nandi, no sólo está bien lejos de ser un ejemplar único sino que, incluso, no parece tampoco que su especie sea «rarísima» allá en el profundo refugio de la casi inexplorada selva.

Según los indígenas, el «chemosit» era bastante abundante antes de la «devastadora enfermedad» que asoló el África en los finales del pasado siglo. De todo el Este africano han llegado hasta nosotros, en un largo lapso de casi cincuenta años, y con una casi marcada regularidad, continuos rumores relativos a la fantástica fiera. Hasta quizá, se puedan achacar al oso nandi las actividades de un animal desconocido que allá por los años 30 asoló y aterrorizó una gran parte del norte de las provincias del Cabo y del Transvaal.

«Nadie logró ver jamás al animal —nos cuenta el capitán William Hichens, que estudió cuidadosamente todas las leyendas del África oriental relativas a animales desconocidos —pero sí se conocen «de visu» sus huellas y el resultado de sus bestiales incursiones que vienen a sembrar así el más franco terror. Los indígenas le llaman *khodumodumo*, es decir, «el-monstruo-de-las-malezas-con-enormes-fauces». En las noches más obscuras y cerradas, este enemigo público se introduce en los *kraals* y en las granjas, escala las empalizadas de 1,80 ó 2 metros de altura que las circundan, elige cuidadosamente su presa —el más tierno cordero o la más cebada vaca o buey— vuelve a franquear con su presa las defensas del corralón y desaparece luego, esfumándose en la oscuridad de la noche.

»Las huellas que deja este ladrón de ganado por las inmediaciones de los *kraals* no hacen sino aumentar el misterio y el ambiente de confusión que le rodea. Sus huellas son «redondas, en forma de plato y con marcas de unas

largas garras de no menos de 5 cms. de largo»; tales características no concuerdan con ninguna de las otras huellas de animales salvajes que los cazadores indígenas conocen tan al dedillo. Los «raids» del *khodumodumo*, llegaron al máximo de frecuencia y de osadía en la región de Graaff-Reinet donde una tropa armada, integrada por más de cien colonos, se organizó finalmente, teniendo como único objetivo la muerte y destrucción del animal. Su cabeza fué puesta a precio, siendo la recompensa una elevadísima suma.»

Si tales informes nos dejan sospechar o deducir, toda la enorme extensión del área de distribución de nuestro monstruo, no nos dan, en cambio, nuevos ni mayores datos que nos puedan iluminar sobre su misteriosa identidad. A este respecto, una de las mejores descripciones llegadas hasta nosotros, es la que facilitaron dos colonos británicos muy conocidos en Kenia, el Mayor Braithwaite y el señor C. Kenneth Archer, cuya buena fe y experiencia no pueden ser ni tan siquiera puestas en duda. Estos dos tuvieron el raro privilegio de observar al oso nandi «a sus anchas» entre las altas hierbas y los matorrales de la sabana.

En un primer momento, creyeron que se trataba de una leona, mas cuando llegó el momento de ver la cabeza del animal de perfil, tuvieron entonces la impresión de que aquél tenía un «snout», es decir, un morro u hocico puntiagudo en el que predomina la nariz (por oposición, un «muzzle» es un morro chato y aplastado en el que la parte predominante la tienen las mandíbulas o quijadas).

Su cabeza era francamente grande. El tamaño, medido por la cruz, que sobresalía mucho, vendría a ser de 1,30 a 1,37 metros.

«Su lomo, precisaron, descendía en brusco declive desde la cruz a los cuartos traseros; el animal se desplazaba con andar pesado y desgarbado, que sólo podía compararse con la marcha de un oso. Su pelaje era espeso y de color marrón oscuro.»

El animal, finalmente, emprendió un trotecillo pesado y como al desgaire, ganando luego el cinturón de árboles que marcaba la orilla de un río, por cuyos contornos desapareció el extraño animal.

EL OSO NANDI ALCANZA LA CATEGORÍA DE PERSONAJE OFICIAL

Con respecto al hipotético oso, se llegó a reunir un número tal de informes, relatos y rumores que, finalmente el capitán Pitman, no dudó en escribir:

«No hace mucho tiempo aún, creo no existía ya ni un solo blanco en aquellas regiones que no hubiese visto al extraño animal o que no hubiese vivido alguna aventura relacionada con él.»

¿Nos extrañará, tras esto, que hasta los más curtidos coloniales —cazadores, naturalistas o conservadores de caza— hayan manifestado su

fe en la existencia del oso nandi, sea luego cual sea su exacta identidad zoológica?

Conviene citar, entre ellos, a personalidades tales como F. C. Selous, quien ha sido considerado como uno de los mejores expertos en la fauna africana; como A. Blayney Percival, antiguo agregado al «Game Department» (Servicio de Aguas y Bosques, sección Conservación de Caza), de Kenia, o, finalmente, como el capitán William C. Hichens, de los Servicios Administrativos y de Información de la misma colonia.

La opinión de muchas personas sensatas puede ser resumida por la declaración de un conservador de Caza de Uganda, citado por este último:

«Yo creo en el oso nandi; quizás sea una hiena gigante, o quizás sea algún animal completamente distinto de los que nosotros conocemos.

»Un terrible monstruo se esconde en las selvas del África oriental, donde aún espera ser capturado e identificado.»

Llegó a ser tal la situación que incluso empezó a hablarse ya del oso nandi en diferentes publicaciones oficiales. Podremos darnos cuenta del estado de ánimo reinante sin más que consultar el resumen anual de 1935 del «Game Department of the Colony and Protectorate of Kenya». Se incluyen allí diversos testimonios, todos de gran peso y solvencia, recogidos y transcritos por el capitán A. T. A. Ritchie, quien llama ya al animal «nuestro viejo amigo el oso nandi», lo que indica bien a las claras hasta qué punto era ya familiar este extraño ser a los colonos del Este africano.

La primera descripción, debida al capitán F. D. Hislop, comisario regional de Kapsabet, evoca, sin la menor duda posible, la imagen de un oso.

«Quiero anunciaros —escribe éste— que ¡al fin creemos haber visto un auténtico oso nandi! Pero, evidentemente, no puedo tener sobre ello una seguridad al cien por cien. Tan sólo, la casi seguridad.

»Esto ocurrió durante el crepúsculo, a 800 metros de la unión de los caminos de Londiani y de Eldama Ravine. Súbitamente, divisamos una forma gris oscura, pesada y maciza, que corría por delante de la gran masa de árboles que bordean la orilla derecha de la carretera. Vendría a medir un metro, y se distinguía en ella una cabeza pequeña y puntiaguda. Marchaba a cuatro patas. Prosiguió su carrera durante cosa de unos 50 metros aún; luego, habiendo hallado una abertura propicia en la selva, se introdujo por ella, desapareciendo así de nuestra vista. Si el animal aquél no era un oso, no sé entonces qué otra cosa podría ser. Mas, en todo caso, ni era una hiena ni era un babuino; de esto estoy bien seguro. No he visto ningún otro animal que se parezca a aquél; tan sólo, por su aspecto y sus movimientos, me recordó a los osos, tal y como yo los he visto en los zoos. Era un ser pesado y macizo, que no sentía el menor miedo ante la aparición de nuestro auto, puesto que, sin hacernos mayor caso, siguió marchando hasta hallar una abertura practicable por entre la espesura de aquella muralla vegetal, límite de la selva. Mi impresión sincera es que habría de tratarse de uno de esos animales legendarios pero, claro está, no puedo afirmar tal cosa con plena certeza.»

El segundo relato, procedente esta vez del señor Gunnar Anderssen, nos sitúa ahora en Kaimosi, en el territorio de Zinga, y parece referirse al mismísimo animal:

«Un día que llovía a cántaros oí, de repente, que mis *boys* comenzaban a gritar. Cuando me dirigí a ellos para ver de qué se trataba, les hallé a cosa de un centenar de metros de mi casa; estaban vociferando aún desacompasadamente alrededor del cadáver de un jabalí de los bosques. En aquel mismo instante oí una especie de rugido como yo jamás oyera antes en mi vida. Era fácil comprender, al primer vistazo, que el jabalí había sido muerto por un animal de extraordinaria potencia que, a juzgar por sus actuales rugidos, se hallaba ahora francamente enfadado por haberse visto así despojado de su presa. Pedí a mis *boys* que me ayudasen a perseguirlo; pero éstos se negaron de plano, alegando que no querían tener ni el menor trato con el *sheitani*, tal y como ellos le llamaban en su dialecto nandi. Hubiera sido absolutamente inútil que yo me aventurase solo por la selva en tan absurdo empeño. Cuando mis *boys* se apaciguaron al fin, les pedí detalles sobre lo ocurrido; oí su descripción del animal, sin hacer, por mi parte, ni el menor comentario ni la más mínima sugerencia.

»"Es muy grande, con largos pelos negros y larga cola." "Tiene largos pelos negros, la cola como la de un perro, la cabeza no muy grande pero *baya sana*."

»Era evidente que el animal debía ser muy grande y muy fuerte a juzgar por cómo había matado al puerco salvaje. En cuanto a su pelaje, también pude confirmar estas declaraciones ya que en el lugar de la lucha hallé yo algunos pelos, largos y negros, perdidos sin duda en el fragor del combate. Eran unos pelos flexibles pero fuertes, que no podían confundirse, ni por asomo, con las ásperas cerdas del jabalí. Los *boys* no llegaron a explicarme porqué la cabeza del monstruo había de ser calificada de *baya sana*, mas dijeron, todos de acuerdo, que era *muy mala*.

»No logré encontrar, sobre la hierba, huellas claras de su paso. Las que se podían entrever eran grandes y parecían como trazadas por un viejo leopardo de esos que ya no consiguen ocultar sus garras. El jabalí fué enviado a mejor vida de una forma extraordinaria; parecía como si le hubiesen dado un descomunal porrazo con un enorme leño que le hubiese partido así, por la mitad, la columna vertebral. Seguidamente, debió ser vuelto patas arriba, y su vientre fué rajado, abierto limpiamente, mediante el brusco zarpazo de unas potentes garras. El estómago, el corazón, etc., habían sido ya devorados.

»Sugerí a mis *boys* que bien podía tratarse de una hiena cuyas patas delanteras son más largas que las traseras. Pero ellos, muy poco respetuosamente, me cortaron en seco con un tajante ¡Nada de eso! Conocían ellos sobradamente la hiena gigante de los bosques y selvas, pero ésta no es negra, sino que su color se parece más bien al desvaído tono de mis pantalones de montar a caballo. No, no. ¡Era el diablo en persona! Y ellos, claro está, no querían a ningún precio tener nada que ver con éste. Todo ello no impidió ni en lo más mínimo que mis muchachos indígenas acabasen, sin alardes de escrúpulos, dándose un festín con la carne del jabalí, pareciendo así olvidar quién fué el «mítico y diabólico ser» que le diera muerte.

»Como la lluvia volvía a redoblar su intensidad, no pude seguir las ya medio borradas huellas del animal para estudiarlas, como hubiera sido mi deseo, sobre algún terreno arenoso donde sus pisadas estuviesen marcadas con mayor nitidez y claridad.

»Esta historia, sin la menor duda, parecerá muy extraña —incluso yo mismo así la considero— mas lo cierto y lo real es que todo, absolutamente todo, pasó tal y como aquí lo dejo relatado.»

LOS EXPERTOS TIENEN LA PALABRA

Todo cuanto hasta ahora han leído ustedes, es lo esencial del «dossier» de nuestro oso nandi.

Tras haber oído así los relatos de los más importantes testigos, cedamos ahora la palabra a los expertos. Éstos, mediante la confrontación y la reunión de las diversas descripciones dadas, se han ido esforzando en esbozar el retrato del monstruo para emitir después, de acuerdo con el dibujo resultante, una hipótesis sobre su identidad.

Según la opinión de Blayney Percival, «si bien los informes varían en algunos extremos, parecen concordar no obstante en los siguientes: el animal es de un tamaño bastante grande, se mantiene en pie, algunas veces, sobre sus dos patas traseras tan sólo; sus costumbres son nocturnas, es muy feroz y mata por igual a hombres y animales.»

El capitán C. R. S. Pitman, conservador de Caza en Uganda, por su parte, para dibujar la silueta del monstruo ha procedido de otra manera.

Se podrá juzgar mejor por sus conclusiones, basadas en los numerosos testimonios que él, en persona, ha recogido:

«Nuestras noticias las podemos clasificar así: de día se trata de una criatura de color rojo obscuro, parecida a un oso o a un gran antropoide gigantesco, divisada casi siempre de lejos, de manera confusa, por entre las altas hierbas. De noche, de un animal velludo, con apariencia de oso, de una hiena de tamaño descomunal o de un ñurumí u hormiguero de América del Sur.»

La imagen que resulta de esta síntesis nos parecerá sin duda tan floja como decepcionante. Convendría quizá señalar que emana de un naturalista *que no cree* en la existencia del oso nandi en tanto que especie zoológica desconocida; tal vez por esto, en lugar de dedicarse, como el naturalista precedente, a buscar cuáles eran los datos que concordaban, se empleó a fondo en poner en evidencia aquellos otros que resultaban totalmente dispares. Ya que, en fin, es bien difícil para un mismo ser, salvo que éste sea el mismísimo Proteo, parecerse simultáneamente a un gorila, a un ñurumí, a una hiena y a un oso; ni ser a un mismo tiempo, de color negro, leonado, rojo obscuro y gris; ni mucho menos no tener cola unas veces y otras sí, y aún ésta, unas veces larga y otras veces corta. Iguales paradojas podríamos establecer con respecto a sus orejas, a su cabeza y, en general, a toda su anatomía...

Mas tan compuesta y complicada descripción va a venir a ayudarnos, a la larga, en nuestra investigación. Lo primero que se nos ocurre es que estamos ante otro de esos casos en que dos o más animales se mezclan en la leyenda, enredando así la madeja en forma extraordinaria.

Podemos partir ahora de los exactos y justos datos obtenidos por Blayney Percival y sigamos, desde ahí, procediendo según el método eliminatorio. ¿No podremos así, al final de nuestro trabajo, saber mucho más que ahora sobre la extraña y desconocida identidad de nuestro intrigante monstruo?

Veamos, al menos, hasta dónde podemos llegar con este sistema.

EL OSO NANDI NO ES UN ORICTÉROPO

Descartamos, para empezar, la hipótesis del ñurumí u hormiguero. Éste es un animal específicamente americano, y que pertenece además a un grupo de animales confinados exclusivamente en América; el de los desdentados xenartros. Yo estoy firmemente convencido de que el haber pensado en tal animal, en relación con el buen oso nandi, se ha debido tan sólo a una confusión de origen verbal. Es, sin duda, al *orictéropo,* al hormiguero-zapador del África, a quien se quería hacer alusión. Este animal misterioso, al que prácticamente nunca se le ve, puesto que pasa la jornada entera en las galerías subterráneas que él cava, saliendo tan sólo al aire libre durante la noche, este animal, repito, tiene la piel casi desnuda, recubierta tan sólo de unos raídos, débiles y escasos pelillos. Por esta causa, unida a sus gruñidos y al sabor de su carne, los boers le dan el nombre de *aardvark* (cerdo de tierra). Mas ocurre a veces que aparecen ejemplares velludos, sobre todo por la parte inferior de su cuerpo (éste podría ser uno de los caracteres que diferencian las especies del África del Sur, *Orycteropus capensis,* de las del África Central y de Abisinia, *O. aethiopicus),* y entonces tal vellosidad suele ser de un color marrón amarillento tirando a rojo. Bien podría hacernos recordar, más o menos vagamente, el pelaje de los osos pardos.

Como, por otra parte, el *orictéropo* posee una potente y larga cola sobre la que, incluso, puede apoyarse a la manera de los canguros, suele acaecer a veces que tal animal se alce sobre sus patas traseras, reforzando su equilibrio con este sostén adicional. Esta posición erecta —bípeda en apariencia— podría muy bien ser un segundo punto de contacto con los tan citados osos. Se concibe así que alguien pueda hablar de él definiéndole como oso hormiguero, y máxime teniendo en cuenta que esta expresión es utilizada muy corrientemente en inglés y en alemán. Por desgracia, el nombre de «Ant-bear» o «Ameisenbär» está ya reservado para el gran hormiguero de América del Sur: el ñurumí. De donde, a mi juicio, nace la confusión.

Y dicho esto, surge la pregunta:

¿Puede ser el oso nandi un *orictéropo*?

Una cosa es cierta; que este último animal es muy poco conocido, de donde deducimos que un encuentro casual con él puede llenar de

asombro y de estupefacción al involuntario testigo. Señalaremos, por otro lado, que esta criatura misteriosa e infernal —¿no se ha situado acaso siempre el Infierno en las entrañas de la tierra?—, está rodeada en el ámbito de determinadas tribus africanas y en particular entre los wa-tusi de Ruanda, de un temor auténticamente supersticioso.

Mas añadamos en seguida que tal miedo es totalmente injustificado ya que ni el menor hecho sanguinario podría ser cargado con razón en la cuenta del *orictéropo*.

Es fácil de comprender, a mayor abundamiento, que un comedor de

Fig. 29. — *El orictéropo o «aardvark» (cerdo de tierra) de los boers del Transvaal*

hormigas o de termitas no sacaría demasiado provecho ni de la muerte ni del rapto de ganado o de seres humanos.

En lo que se refiere a su aspecto físico, el orictéropo no responde, ni en lo más mínimo, a las descripciones que los diferentes testigos han dado de sus respectivos «osos».

Los señores Geoffrey Williams y Hickes insisten, ambos a una, en la pequeñez de las orejas y en el carácter poco apreciable de la cola; pero el orictéropo es, sin duda alguna, el que, entre todos los mamíferos de tamaño apreciable, tiene la cola más larga y los pabellones auditivos más desarrollados.

Solamente el señor Corbett hizo referencia a la presencia de unas largas orejas; pero hablaba también del animal diciendo que no tenía aspecto corpulento, sino que, por el contrario, era más bien delgado y fino, y parecía como encaramado sobre sus largas patas. A poco observador que se sea, nadie describiría así la figura de un «aardvark». Lo que me hubiera chocado menos es que, viéndole, le describieran luego

como un canguro; la misma cola potente, el mismo lomo redondeado, idéntica posición semierecta e iguales orejas picudas.

Los dos «boys» del señor Anderssen hablaron de «una cola larga». Y los largos pelos que caían de los cuartos traseros del animal —según la descripción dada por el Mayor Toulson— sugieren la idea de un apéndice caudal.

Mas todos estos últimos testigos no vienen sino a sembrar más sombra en nuestro problema. Unos datos no concuerdan con los otros. Las crines y los potentes caninos del «koddoelo» de los wa-pokomo, la cabeza pequeña y puntiaguda del animal visto por el capitán Hislop, son otros tantos datos que se oponen, manifiestamente, a establecer una estrecha relación entre nuestro misterio viviente y el *orictéropo*.

Por último, existe un rasgo peculiarísimo en las costumbres de este animal que, a buen seguro, no hubiera podido pasar inadvertido a ningún observador. Cuando se siente molesto, asustado o intranquilo, el orictéropo se pone a cavar, a velocidad infernal, una galería en el suelo, con lo cual pronto se rodea de una auténtica nube integrada por la arena, las cortezas y las hojas que va lanzando al excavar con sus patas, más la consiguiente y lógica polvareda que organiza.

Por contra, toda esa serie de misteriosos animales de los que acabamos de hablar, lo que han hecho al sentirse observados o perseguidos, ha sido una cosa mucho más simple y común: huir.

EL OSO NANDI NO ES UN OSO

Podemos, pues, rechazar, como hemos visto, la teoría del *orictéropo*.

Parecería más lógico y más «a pelo» que el oso nandi fuese un oso. Además, ¿la mayoría de los testigos no se ha visto inducida a comparar al «chemosit» con dicho plantígrado? ¿No le dan los mismos waswahili, a mayor abundamiento, el nombre árabe de «duba»?

Con todo y con eso, nada hay en lo que vamos viendo hasta ahora, que nos permita refutar de plano el argumento zoogreográfico que establece la pertinaz ausencia de úrsidos en África, como no sea la incontestable prueba de haber hallado auténticos y genuínos osos en las montañas del Marruecos español.

Y si éstos lograron pasar desde España al referido Marruecos antes de la ruptura de lo que hoy es el Estrecho de Gibraltar, ¿por qué no podrían haber seguido luego su marcha descendente hasta la mismísima África Central y Oriental incluso?

El argumento es válido, mas la hipótesis no resiste el examen a fondo, y mucho menos si nos tomamos el trabajo de pasar por una fina criba los distintos testimonios.

Muchos de entre ellos mencionan la existencia de una cola o rabo netamente visible. Otros, en cambio, no hablan jamás del muñón de cola que es tan característico en los osos, pero sí de una cola muy

poco diferenciada o casi invisible, lo que bien podría querer decir, simplemente, que el animal andaba con el rabo entre las patas. Recordemos también, por otro lado, aquellas observaciones que se refieren, al decir de tales testigos, a un animal corto de patas y de escasa corpulencia.

¿Y qué pensar de aquellos que insisten en la existencia de unas auténticas crines, mas con la complicación de hablarnos luego de que los cuartos traseros del animal están muchísimo menos poblados, digamos casi desnudos de pelos? Todos los osos, bien tengan el pelo largo o el pelo corto, poseen una equitativa distribución de su pilosidad por todo el cuerpo. Finalmente, cuando los osos se apresuran, mas sin llegar por ello a galopar, toman entonces un paso característico que llama incluso poderosamente la atención. Algunos testigos han tratado de adornar a «su animal» «con una especie de marcha como al desgaire, muy parecida a la de los osos» o con «una marcha pesada y torpe solamente comparable a la de los osos», mas ninguno de ellos nos dice, taxativamente, si el tal animal marchaba con *paso de ambladura,* es decir, desplazando simultáneamente las dos patas —delantera y trasera— de un mismo lado del cuerpo. ¡Y éste sí que sería un detalle característico hasta más no poder y muy significativo por consiguiente! En efecto, no hay ni un solo mono que camine de esta suerte y, entre los carnívoros, el oso es el único —en compañía del lobo con crines de Alaska— que sabe adoptar esta clase de paso. Hay cosas, por otra parte, que tampoco necesitan más comentarios: si, como dicen algunos testigos, el animal tiene una impresionante pinta de solidez y de grosor, incluso, nada de raro es, por tanto, que tenga una marcha pesada y algo torpe. ¡Lo raro sería que en este caso fuese dando saltos y corvetas como un auténtico «Bambi»! Mas esta misma marcha pesada, con aspecto de solidez y de potencia, igual podríamos achacársela a un gorila que a un oso o a un viejo león o hasta incluso a un cerdo salvaje. La cosa, pues, no viene ciertamente a sacarnos de dudas.

En un determinado momento de mi encuesta llegué a creer, sin embargo, que uno de los testimonios, el primero de ellos más exactamente, sí que hacía mención al paso característico y ya citado del oso. Efectivamente, en un artículo publicado en un «magazine» americano, donde se hacía mención de tal testimonio, se decía claramente que el extraño ser en cuestión se dejó caer hacia delante y luego el animal *ambled away at amazing speed,* lo que sería preciso traducir por «partió a toda velocidad con paso de ambladura».

Dispuesto a revisar tan decisiva pieza, confronté el texto original allí citado y pude ver así que el señor Geoffrey Williams había escrito «shambled away», lo que significaba, muy al contrario, «que el animal había partido con un paso desgarbado». ¡Éstos son los peligros que nos aguardan cuando basamos nuestros criterios en informaciones de segunda mano!

De hecho, el único testigo que se tomó el trabajo de describir al detalle la manera de andar de nuestro misterioso animal, fué el ingeniero Hickes, quien pudo observar durante algunos momentos, la carrera de éste, cuando se alejaba de la vía férrea de Magadí. Nos decía éste que «el animal corría moviendo al mismo tiempo las patas de delante y las traseras».

Es lástima que no fuese un poco más claro en tal descripción, puesto que así nos deja un poco en la duda. Mas yo creo entender que su intención era decirnos que cuando el animal corría lo hacía levantando a la vez sus dos patas traseras, mientras que las delanteras no tenían un movimiento simultáneo sino alternativo. Esto no concuerda ya en absoluto con la marcha del oso puesto que éste, cuando va al trote, adopta el paso de ambladura del que ya hemos hablado; cuando galopa, su carrera es estonces una serie de saltos regulares y sus patas delanteras se mueven con la misma sincronía con que lo hacen las de atrás. Pero esta carrera irregular, en la que los miembros anteriores tocan sucesivamente el suelo mientras que los traseros se desplazan a la vez, de un mismo salto, evoca mucho más la locomoción llamada «pitecoidea», que es característica de algunos monos cuando se desplazan rápidamente. Y esta forma de galopar, rara por cierto, en la que las patas posteriores, formando un conjunto, son lanzadas a cada salto hacia adelante, pero también algo oblicuamente, ¿no podría corresponder a lo que el primo del señor Williams describía como «un trotecillo desgarbado»?

Vamos llegando así, por nuestros propios pasos, a la siguiente hipótesis:

¿Será, quizá, el oso nandi un mono?

MUCHOS OSOS NANDI TIENEN ASPECTO DE BABUINOS GIGANTES

Recordemos, para empezar, que los negros del país Mau y del Nandi consideran, en general, al «chemosit» o al «kerit» respectivo, como una especie de mono gigantesco y que el «koddoelo» de los wa-pokomo fué descrito por ellos como «algo así como un enorme babuino». ¿Y no es harto significativo el episodio aquél en que unc de estos animales fué muerto por los nandi cuando había trepado al techo de una cabaña? Éste no suele ser, en general, el comportamiento de un león ni de una hiena, mas sí el de un cuadrumano.

Hasta las propias descripciones de los blancos nos sugieren, a veces, tal identificación. «En la mayor parte de las historias —recalca Blayney Percival— el parecido con una especie de mono puede llegar a ser muy notable. Pero, añade, luego, el hecho de que el animal en cuestión sea nocturno, punto éste sobre el cual todos los indígenas se hallan acordes, parece convertir esta hipótesis en algo inaceptable.»

Por mi parte, no estoy conforme «a priori» con tal aserto. Creo que ello no puede ser establecido como una norma o regla general insalvable. En todo el orden de los primates, se observa una tendencia claramente marcada a la vida nocturna, lo cual se comprende, además, perfectamente bien tratándose, como se trata, de unos animales que en conjunto están mal armados para la defensa y para el ataque. Incluso podemos establecer que los subórdenes del grupo, los tarseros y los lemúridos, han optado decididamente por tal género de vida nocturna y han conseguido adaptarse bastante bien al mismo. Entre los simios, los monos propiamente dichos, encontramos también bastante especies de hábitos nocturnos, sobre todo en el Nuevo Mundo. El *Douroucoli Aotes* es un mono francamente noctámbulo.

En cuanto a los aulladores, son más bien crepusculares. Y yo creo, incluso, que numerosos representantes del grupo de los platirrinos han cogido ya el gusto a las expediciones nocturnas. Yo he tenido por compañero un pequeño mono capuchino del Brasil, que cuando vivíamos en el Mediodía, disfrutaba de una libertad total; así, cuando le parecía bien se iba a juguetear por entre los altos árboles de la selva que rodeaba mi «bungalow». Ocurría a menudo que muchas noches sin luna salía también de expedición: a causa de la obscuridad no podía yo seguir con la vista sus movimientos pero sí le oía danzar de acá para allá, plenamente a su gusto, moviéndose con total soltura en medio de aquella impenetrable obscuridad.

Así, pues, el hecho de que un mono africano pueda tener costumbres nocturnas no habría de resultarnos excesivamente chocante. (1)

En resumen: nadie debe, pues, extrañarse al ver que los expertos en la vida salvaje del África, como el capitán William Hichens, consideren esta hipótesis con franco interés:

«Algunos de entre nosotros, que nos hemos dedicado a la persecución del extraño bruto —escribe Hichens—, opinamos que también podría tratarse de un antropoide. Sus *raids* se producen invariablemente en las inmediaciones de las regiones selváticas que podrían ser, perfectamente, la guarida de tales grandes monos. A los que traten de refutar tal teoría diciendo que los antropoides no son carnívoros ni devoradores de hombres les responderé yo que nadie puede asegurar tal cosa a ciencia cierta: el cinocéfalo chacma es un inveterado carnívoro que constituye un serio peligro para los propietarios de rebaños de carneros del África del Sur, donde los babuinos atacan frecuentemente tales puntas de ganado, destripando a los corderos con sus dedos armados de aceradas garras y con sus caninos, más propios de leones que de monos, llevándose luego los despojos a sus guaridas de las *kopjes*.

(1) «Aun a pesar de que sea cosa desacostumbrada en los grandes primates el desplazarse después de la caída del sol, yo mismo encontré una tarde, a eso ya de las ocho y media, una gran banda de babuinos que marchaban en fila india por entre las altas y húmedas hierbas. Si se hubiera tratado de un grupo retrasado que volvía de sus zonas de caza o de alimentación en la sabana, entonces su comportamiento, aunque insólito, hubiese resultado explicable. Pero como todo ocurría al contrario, puesto que la tropilla *se alejaba* de las zonas habituales en que pasan las noches, situadas éstas en la selva espesa que bordeaba el río, me sentí absolutamente incapaz de proponerme a mí mismo una explicación satisfactoria.» (Teniente Coronel C. R. S. PITMAN.)

Es bien exacto que la mayoría de las gentes, incluídos muchos naturalistas, tienen un concepto bien erróneo del régimen alimenticio de los monos. No es sino muy relativamente cierto que sean vegetarianos en forma exclusiva; la mayor parte de ellos son omnívoros, lo que implica, claro está, que comen también un buen número de «alimentos» de origen animal. En el caso más frecuente, sus presas suelen ser animales de pequeño tamaño, tales como insectos, lagartos, pequeños pájaros y roedores. Pero esto no puede constituir, en modo alguno, una regla invariable. ¿No tenemos acaso, en defensa de nuestra tesis, el hecho cierto de que los granjeros de América sienten el mismo temor ante los monos capuchinos que los de Europa ante la sola presencia de los zorros y de los lobos. Si estos «simpáticos» cuadrumanos tienen ocasión de penetrar en un gallinero, pueden apostar ustedes que no saldrán de allí, al menos por su gusto, sin llevarse algo sólido y nutritivo que ofrecer a sus respectivos estómagos y sin hacer antes una auténtica carnicería y destrozo entre toda aquella población alada. Cuando mi propio monito, al que ya antes me referí, no tenía sino tres meses de edad, y cuando aún se pasaba los días agarrado como un auténtico «bebé» al lomo de su madre, se deslizaba por la noche, sin embargo, por entre los barrotes de la jaula y se «entretenía» luego, tranquilamente, en asesinar a mis pequeños polluelos, llevándolos después como regalo, a su madre... Haría falta también haber visto, antes de enjuiciar nada, cómo una bandada de pequeños titís se lanzaban sobre un pajarillo, descuartizándolo ferozmente y eligiendo cada uno, en medio de general pelea, los trozos más apetitosos...

Y aun a despecho de las gratuitas informaciones de algunos, se ha probado ya que el mismo gorila es, en parte, carnívoro. El capitán C. R. S. Pitmann ha visto a uno de esos grandes monos agarrar con sus manazas una rata y desollarla, propiamente hablando, antes de comerla tranquilamente. Y nos afirma también este capitán que el gigante de las selvas «come, cuando llega la ocasión, pájaros y roedores e incluso pequeños antílopes». ¿Cómo explicar, sino, la presencia, muchas veces observada, en el intestino del gorila de algunos cestoides, grupo éste de gusanos parásitos al que pertenece también la solitaria y que son, como es sabido, patrimonio exclusivo de los comedores de carne? (1).

Mas, sin embargo, la idea de un gran antropoide sanguinario no puede más que hacer sonreír. El gorila, al que poquísimos animales podrían resistir a causa de su desmedida fuerza bruta, es un ser esencialmente pacífico y hasta cobarde, cauteloso y suspicaz, que huye del hombre como si del diablo se tratase, seguramente a causa del conoci-

(1) Viviendo en cautividad, el gorila se entrega a la coprofagia, la cual suele serle a menudo fatal, ya que la ingestión de sustancias fecales agrava de manera extraordinaria su esofagostomosis nodular, una infección que ya le ataca, en mayor o menor escala, desde el mismo momento del destete. No me extrañaría que el gran mono se sienta inclinado a esta práctica como resultado de la absoluta falta de carne en los «menús» que sus carceleros le presentan diariamente.

miento que ya posee de las mortíferas armas que éste usa. El explorador francés Albert Mahuzier ha resumido el clima existente en las relaciones entre el hombre y el gorila con una frase llena de ironía y de humor: «El contacto entre ambos seres es harto difícil de establecer, ya que el hombre siente un miedo horrendo ante el gorila, y el gorila siente un miedo pánico ante el hombre».

Se han señalado, es cierto, casos de agresión por parte de los gorilas, entre otros en Kayonsa en el año 1920, donde uno de estos antropoides mató, sin la menor provocación, a un indígena. Pero ¿podemos afirmar que no hubiese habido, al menos, una provocación inconsciente o algo así como un mal entendido? ¿No pasaría tal vez el indígena, sin saberlo, por las inmediatas proximidades de algún árbol que guareciese a una cría de gorila, pongo por caso? ¿Y qué sabemos, además, del espíritu vindicativo del pueblo gorila? Es éste un animal de feroz aspecto, menos flexible y dócil en la cautividad que un chimpancé, pero de una inteligencia bastante superior. ¿Sería un absurdo pensar en el caso de un gorila al que los hombres, por ejemplo, le hubieran asesinado su hembra y su cría y que se hallase aquel día, consecuentemente, en plan de venganza contra nuestro género humano? De una manera general las declaraciones categóricas de los naturalistas o de los cazadores relativas al carácter invariablemente agresivo o absolutamente inofensivo de tal o cual especie me han hecho siempre sonreír, quiero ser franco. Basta con comprobarlas para que quede demostrada su absoluta futilidad. Vemos así centenares de obras en las que se afirma categóricamente que el «rinoceronte carga inmediatamente contra cuanto ve moverse delante suyo». Otras podrían declarar, igualmente, que «el rinoceronte huye cuando ve un hombre frente a él». Y todo depende, pura y simplemente, del humor de que disfrute el animal en el momento justo, de su estado de salud y de la proximidad o lejanía de otros congéneres de su misma familia; e incluso, de otros muchos factores bastante más complejos.

No hay por qué reducir a los animales a una especie de robots de los que siempre sabemos de antemano sus reacciones; se aprieta un botón y mueven un brazo; lo que sería como decir en nuestro caso, que ven al hombre y le atacan, o ven al hombre y huyen. La Cibernética nos ha enseñado, además, que hasta los mismísimos robots nos asombran a veces con reacciones insospechadas...

No deja de ser cierto, por otro lado, que en el caso del gorila podemos establecer que no entra en sus costumbres normales la de atacar al hombre y menos aún la de tomar al asalto los pueblos y caseríos para organizar allí auténticas carnicerías entre el ganado. Esto es francamente insospechable en las costumbres *normales* de este gigante discreto y tímido.

Mas no podemos decir otro tanto de los monos cinocéfalos, es decir, de aquellos que tienen «cabeza de perro», tal como el *chacma* de África

del Sur, el gélada de Abisinia o el mandril de las selvas ecuatoriales. Como lo hizo notar el capitán Hichens, suelen éstos atacar al ganado, abriéndoles luego el vientre con la sola ayuda de sus garras. Se les acusa, incluso, de robar o raptar criaturas y de lanzarse sobre las jóvenes negras a las que entonces maltratan. Buenos observadores del pasado siglo nos afirman que tales acusaciones tienen una sólida base.

Nos cuenta Brehm que Schimper le aseguró «que el *hamadríade* ataca frecuentemente al hombre y que incluso logra vencerle y matarle; los viejos machos de esta familia se lanzan también a veces, sin ninguna provocación, sobre las muchachas jóvenes, llevándoselas al bosque, donde las matan cuando ellas intentan resistirse. Rüppel, por su parte, sitúa a este repulsivo mono entre los más feroces enemigos del hombre...»

Hablando de las agresiones a las que a veces se entregan los babuinos, el teniente coronel Pitmann cuenta que «un año, en determinada parte del distrito de Bunyoro, cinco niños indígenas fueron maltratados y gravemente mordidos, no todos en la misma ocasión, sino en diferentes y separados días; dos de entre ellos, murieron» (...).

En general, son los niños que se hallan solos, vigilando los sembrados, los que son atacados. El método de agresión de estos grandes monos consiste en agarrar al pequeño vigilante con sus brazos, destripándole luego materialmente mediante terribles golpes dados en el vientre con sus largos y musculosos pies armados de fuertes uñas.

En su obra clásica sobre *Los monos,* otro autor reciente, E. G. Boulenger, director del Jardín Zoológico de Londres, no duda ni lo más mínimo en escribir:

«Los babuinos sienten tanto desprecio por las mujeres de los indígenas que, en algunas regiones aisladas del Natal, tales representantes del bello sexo local no pueden ir a lavar la ropa al río, ni tan siquiera a buscar agua, si no es con la segura protección de una buena escolta armada.»

Yo no creo, con franqueza, que sea precisamente el «desprecio» la causa de tal agresividad por parte de los babuinos, sino más bien su insaciable lubricidad. No tendría el menor inconveniente en apostar que la visión de estas mujeres estimula los deseos sexuales de tales monos. Yo he presenciado personalmente las bruscas reacciones de un joven babuino a quien su dueño había conseguido, más o menos, domesticar. Pues bien, hallándose ambos —amo y mono— en las playas del Mediterráneo, el babuino cada vez que veía a una joven bañista tumbada sobre la arena tomando el sol, rompía bestialmente sus amarras, saltando luego sobre ella e intentando, como fuese, abusar de la mujer.

Y se trataba, señalémoslo, de un joven e impúber babuino que contaba escasamente ¡su primer año de edad!

Cuando en tales dramas sexuales interviene un macho adulto, pletórico de vida y de fuerza, y a quien su deseo ha casi enloquecido, poco

nos cuesta figurarnos el sangriento y feroz drama que se producirá si «la elegida» intenta oponer, como es lógico, toda la resistencia posible.

La dentadura de un gran cinocéfalo no cede en nada, no lo olvidemos, a la de una hiena o un leopardo. ¿Vamos a extrañarnos entonces de que aun los mismísimos animales salvajes traten de eludir todo en-

Fig. 30. — *Reconstitución de un babuino gigante*

cuentro con estos agresivos monos que son, además, rabiosos, astutos, fuertes y ágiles?

¿Podrá chocarnos, entonces, que los indígenas no quieran entrar, a ningún precio, en las selvas donde moran estos babuinos?

Y dicho esto, pasemos ahora a plantearnos la pregunta de rigor. ¿Responde quizá el oso nandi a la descripción de una u otra clase de babuinos?

En el caso del *koddoelo* de los wa-pokomo, no tenemos nada que objetar, puesto que son estos mismos indígenas quienes establecen tal parangón o semejanza. El largo pelo sobre el lomo y sobre el cuello,

donde llega a tomar aspecto de verdaderas crines, las patas anteriores más robustas, el hocico alargado, los largos colmillos, las cuatro potentes garras, la cola corta y fuerte... No falta nada, como vemos, en la descripción. Incluso el método de locomoción del babuino ha quedado señalado por ellos con justeza; puede mantenerse incidentalmente alzado sobre sus patas traseras, mas, sin embargo, no tiene hábitos arborícolas.

¿Qué podremos decir ahora del animal del país alto, de aquel que fué visto en la altiplanicie de Uasin Gishu y en Magadí, y al que los indígenas llaman *chemosit* o *kerit*?

Si confrontamos los tres testimonios europeos más valiosos, o sean el del Sr. Geoffrey Williams de la expedición nandi, el del ingeniero Hickes, el del mayor Braithwaite y el del Sr. Kenneth Archer conjuntamente, vemos que todos ellos coinciden en los puntos generales y, en forma más particular, en los siguientes detalles (1):

1.° Cuerpo rechoncho, macizo.
2.° La cruz prominente, el lomo cae bruscamente.
3.° La parte anterior o superior del cuerpo, recubierta de espesa pelambrera. Los cuartos traseros, desprovistos de pelos.
4.° Hocico alargado, más bien puntiagudo.
5.° Las orejas, pequeñas.
6.° Cola no visible (señalemos que en el caso del mandril, por ejemplo, tal apéndice no es mayor que el de un oso).
7.° Color entre leonado (como el del león o la hiena) y castaño oscuro.

Todos estos rasgos, tan unánimemente descritos, vienen a ser reforzados por otros pequeños detalles aportados por el ingeniero Hickes, quien hacía notar la anchura de la grupa del animal, su nariz —propiamente dicha— aplastada por su punta, la brevedad o cortedad del cuello y lo velludo de sus patas que acaban en «pies» que él definía como grandes.

No podíamos soñar mejor retrato del babuino, ni que estuviese tan «parecido», como este que acabamos de dejar reseñado. Mas entonces, ¿por qué, en tal caso, los testigos europeos han dudado tanto en llegar a esta conclusión?

Al parecer, fué precisamente el tamaño del animal la principal causa de su incertidumbre. Williams apreciaba dicho tamaño en 1,50 metros estando «sentado», lo cual querría decir, según él, que su estatura total sobrepasaría de la de un hombre. Hickes comparaba la altura del ser en cuestión con la del león, que viene a dar incluso un metro, medido por la cruz. Braithwaite y Archer estiman, por su parte, que su altura,

(1) Dejo a un lado, de momento, todos aquellos otros testimonios —como los del mayor Toulson, el capitán Hislop y el «hoy» del señor Andersseu— que se refieren a un ser de cortas patas y de color negruzco, puesto que esto parece tratarse de otro problema diferente. En cuanto al animal divisado por el señor Corbett, parece ser éste más diferente aún de todos los restantes, puesto que difiere de ellos por sus largas orejas y por su línea general, mucho más ligera y ágil.

medida *por la cruz*, llegaba a la impresionante cifra de 1,30 ó 1,37 metros, ¡o sea a la altura impresionante de un ciervo! Recordemos finalmente, que los wa-pokomo atribuyen a su *koddoelo* una longitud de 1,80 metros y una altura de 1,05 por la cruz...

El tamaño del mayor de los cinocéfalos, el gélada concretamente *(Theropithecus gelada)*, no puede ni tan siquiera rivalizar con la más modesta de estas afirmaciones. Así, uno de tales grandes babuinos no sobrepasa casi de los 90 centímetros y, en posición cuadrúpeda, su altura no llega nunca a exceder de dicha cifra. Schimper asegura, sin embargo, que «los viejos machos de tal familia llegan a alcanzar el tamaño de un hombre».

Mas con todo y con esto, aún nos quedamos cortos. El misterioso animal observado por tan diversos testigos tenía un tamaño superior en un 50 ó en un 100 por ciento al de los babuinos corrientes, o sea algo así como mayor en un tercio que los propios gigantes del grupo.

Es comprensible, dada la imponente masa del animal, que los propios observadores lo relacionasen *ipso facto* con el enorme corpachón del oso. Pero ¿cabe confundir un cinocéfalo con un úrsido? Para mí, no me cuesta trabajo pensar que sí. Es muy significativo, a este respecto, que Topfel considerase al mandril como el *arctocyon* u «oso-perro» de la Antigüedad. Los hombres de aquel remoto pasado consideraban a este extraño animal ¡como resultado del cruce de los dos animales que integraban también su nombre!

¡Pero bueno!, dirán ustedes, ¿para qué vamos a calentarnos más los cascos si el hecho cierto es que no existen babuinos de tan descomunal tamaño?

Entendámonos. La verdad no es tan sencilla ni tan tajante. Sería más lícito decir que según el estado *actual* de nuestros conocimientos zoológicos no parece que en la fauna de *hoy en día* se hallen comprendidos unos cinocéfalos de tal tamaño (1).

Podremos recordar, de pasada, que el más grande de todos los cinocéfalos, justamente el gélada, ¡ha sido precisamente el último en dejarse descubrir! Y añadamos también que la situación no ha sido siempre la misma; una serie de descubrimientos paleontológicos ha establecido ya que en las Indias existió antiguamente una especie de babuinos gigantescos —el *Simophitecus*— cuyo tamaño era dos veces mayor que el de los cinocéfalos actuales.

¿Se habrán conservado tales monstruos hasta nuestros días, refu-

(1) A pesar de ello, forzoso será reconocer que en el seno de las especies conocidas se aprecian considerables variaciones de tamaño.

«Hace algunos años —cuenta el coronel Pitman— me contaron que una raza de babuinos desmesurados frecuentaba determinadas zonas de la selva (de Mabira, en Uganda). Se dejaban ver, bien separadamente, bien en pequeños grupos. Según se decía, llegaban a veces a tener la altura de un hombre. Gozaban de una reputación de fiereza y de mal genio. Se afirmaba igualmente que la actitud de estas criaturas para con el hombre era francamente hostil y brutal. Parece innecesario añadir que los indígenas sentían un auténtico terror pánico al pensar, tan sólo, en ellos.»

Del detenido examen de un ejemplar cazado se desprendió que tal animal era un babuino verde *(Papio anubis anubis)*, pero de un tamaño verdaderamente excepcional.

giándose, como muchos otros animales, en África, en el seguro «castillo roquero» de la inviolable selva ecuatorial? Es muy posible. El doctor Broom, por otro lado, ha descubierto, en la mismísima África, restos de babuinos gigantes. ¿Serán, pues, sus descendientes, los que hayan originado, entre los indígenas, las tan extendidas leyendas del *chemosit* y del *koddoelo*, estos monstruos sanguinarios, mitad hombres, mitad monos?

En todo caso, sus reconstituciones hacen pensar, en forma alucinante, en la descripción en la que se hallan de acuerdo la mayoría de los indígenas y hasta un buen número de colonos.

Y la supervivencia de tales animales justificaría muy ampliamente el clima de espanto que la sola sombra del *chemosit* produce en toda esta región del Este africano.

Porque ¿quién no se sentiría aterrado ante la sola idea de la existencia de un animal que poseyese así, a la vez, la corpulencia y la fuerza de un gorila y la ferocidad maligna de un babuino?

¿SERÁ EL OSO NANDI UNA HIENA ROJA?

Aun a pesar de esta audaz hipótesis —que yo soy el primero en plantear— es evidente que los escépticos zoólogos prefieren esa otra, mucho más prosaica, que convierte a la hiena gigante en aspirante oficial al cargo; este animal es bastante corriente en África.

El sabio británico Reginald Innes Pocock, Conservador de la Sección de Mamíferos de la Real Sociedad Zoológica de Londres, se declaró también partidario de este trillado camino. Llegó a pretender no sólo que el oso nandi habría de ser una hiena, sino que, incluso, dictaminó, que tenía que tratarse de una vulgarísima hiena moteada *(Hyaena crocuta)*.

Es cierto que la silueta de este animal puede, tal vez, confundirse con la del oso, en una forma realmente impresionante. Para colmo, la hiena marcha o camina con paso de ambladura, exactamente igual como lo hace el plantígrado, lo cual aumentaría por tanto la semejanza y el parecido.

En lo que afecta a la ferocidad del monstruo, tampoco tendríamos ahora mucho que objetar. La hiena moteada es un animal evidentemente cobarde. Hasta tal punto que suele abstenerse de atacar a los rebaños de ungulados por temor a las coces con que éstos suelen defenderse. Así, su alimentación más frecuente se halla integrada, al cien por cien, por carroñas. Pero hay épocas en que, en África, hasta las mismas carroñas escasean, y las pocas que existen son presa indiscutible de esos constantes y astutos patrulleros que son los buitres, primeros en llegar, indudablemente, a los lugares del festín.

Así, pues, la hiena suele estar casi siempre más o menos hambrien-

ta. Y a instancias del estómago, que reclama sus fueros, se introduce por las noches en los poblados indígenas, penetrando luego en las propias chozas o cabañas, al objeto de hallar sus presas entre aquellos seres ya dormidos.

Y como quiera que en aquellas latitudes es la razón del más fuerte la que predomina en la elección del lugar más resguardado y cómodo —dentro de una misma choza— donde dormir, ocurre así que son los pequeñuelos los que pasan la noche en los lugares o sitios más cercanos a las puertas de entrada, de donde se deduce que son ellos, precisamente, las víctimas más propicias de las hambrientas hienas.

Suelen verse, en África, negros con el semblante horriblemente mutilado y cruzado por cien cicatrices, y no son sino tristes recuerdos de su infancia. Una hiena les sorprendió en las circunstancias anteriormente descritas.

Y como ocurre con todos los tímidos, la hiena, en determinadas circunstancias, nos ha dado pruebas de una increíble audacia. Numerosos testigos, dignos además del mayor crédito, nos afirman haber visto cómo algunos de estos animales se lanzaban sobre individuos que quedaban algo alejados de los grupos. Y todo esto, a la plena luz del día. Esto fué lo que le pasó, ni más ni menos, a la propia hermana del *mwami* (rey) de Ruanda. Algo mareada ésta por el calor y por los incesantes vaivenes del *jeep* en que viajaba, mandó parar el coche y se separó luego algunos pasos a fin de devolver y de tranquilizar así su alterado estómago. Cuando estaba entregada a tal ocupación una enorme hiena pareció salir súbitamente de la nada, abalanzándose sobre ella en un magnífico salto. Por suerte, la escolta de la princesa no le había quitado ojo de encima ni tan siquiera en aquella delicada situación. Y como quiera que los soldados eran magníficos tiradores, el animal rodó muerto por tierra, antes aún de haber acabado la trayectoria del salto. ¡Maravillosa puntería y maravillosos reflejos!

El pelaje del oso nandi ha sido descrito de muy diversas maneras, fluctuando su color entre el negro, el amarillo sucio y hasta el rojizo. Pocock señala, a este respecto, que la hiena moteada sufre, en el curso de su vida, grandes variaciones en lo que a color se refiere. Es preciso considerar también lo que pasa en el caso de muchos otros mamíferos. Sabido es que a menudo se presentan fenómenos de «albinismo», o sean cachorrillos de pelaje totalmente blanco, nacidos de padres de color normal; también hay, caso de la pantera, extraños cachorros que, con antecedentes normales, nacen completamente coloreados en negro *(melanismo)*. Pues bien, en el caso de la hiena, se producen fenómenos de *eritrismo*, o sea una anormal coloración de tono rojizo, que bien podría ser, según Pocock, el origen de la leyenda del oso nandi.

Tales variaciones accidentales parecen producirse con mayor frecuencia por la zona norte (Somalia y Sudán), que por el Este africano; a causa de su rareza en tal territorio, se podría concebir así que el ro-

jizo y poco normal animal fuese tomado por el auténtico monstruo. La hiena roja sería —según el ya citado Pocock— el «*chemosit, kateit* y *gereit* de los flancos escarpados de las tierras de los Mau y del país de los nandi; el *salrookoo* de los bagishu y de los sabai del monte Elgon, el *engargiya* del Buganda y de determindas zonas del Bunyoro, el *entarargo* de los kigezi, etc.»

Para dar más peso a su tesis, el naturalista inglés exhibió además una piel que le habían enviado desde Nyassaland a título de curiosidad. El remitente le decía que era la auténtica piel del oso nandi. En realidad, y sin ningún género de dudas, se trataba de un despojo de una hiena moteada, pero anormalmente roja. En cuanto al cráneo que se incluía dentro de la piel, ¡era el de un leopardo de un tamaño nada frecuente!

Vemos, pues, que todo ello poco podía valer para ayudar a sostener sus teorías. O bien el remitente era un falsario, o bien obraba de buena fe, pero habiendo sido, él mismo, engañado previamente por un tercero.

Tales detalles suelen entorpecer muy a menudo el camino de la Ciencia. Podríamos, casi, casi, dividir tales «obstáculos» en dos grandes familias. La primera integraría a todos aquellos que, por uno u otro motivo (lucro, afán de publicidad, ganas de querer «ser alguien», etc.) engañan y mienten, a sabiendas de que lo hacen.

La segunda, a aquellos otros que sin mala fe, y basándose sobre un primer hecho real, «adornan» luego inconscientemente su relato, hasta terminar —con el transcurso del tiempo— por deformarlo al 70 por ciento.

Ante el caso concreto que ahora comentamos, los prácticos en el país sonrieron socarronamente y se alzaron de hombros.

Para agravar más las cosas, los «naturalistas y zoólogos de laboratorio» decretaron que cuantas noticias procedían, a este respecto, del África, no eran sino un hatajo de tonterías y de alucinaciones. ¡Pega tanto el sol por allá abajo, que no es extraño ver cosas raras!, ¿saben ustedes?, decían... Algunos espíritus cáusticos propusieron incluso someter a los apologistas del oso nandi a un severo interrogatorio en el que, solapadamente, se incluyeran estas dos preguntas:

—¿Cuál es su marca preferida de *whisky*?

—¿Cuántas copas había usted bebido el día en que «vió» al oso nandi?

Un ramalazo de cólera corrió por entre las filas de los testigos. Unos protestaron con vigor en sendas cartas que levantaban chispas. Otros se declaraban incapaces de contestar a los sabios sin perder la educación, y optaban así por dedicar «delicados» epítetos a los que ellos llamaban «cazadores de fieras de salón». En resumen, que hasta en las mismas revistas y diarios se suscitaron las consabidas polémicas.

Pero todos los «naturalistas de laboratorio» no compartían tampoco las teorías de Pocock. Entre otros, podemos citar al escritor Frank

W. Lane. Éste, para escribir sus conocidos libros sobre curiosidades de la Historia Natural, ha consultado «unos 1.000 libros y unas 5.000 revistas, amén de numerosas memorias, diarios, etc.» Pues bien, este hombre, docto y concienzudo, recogió un buen número de informes sobre el misterioso oso y quedó asombrado de ver cómo concordaban todos entre sí. Llegó incluso a escribir a tales testigos para pedir le aclarasen o ampliasen tal o cual punto.

Cuando las críticas del bando contrario llegaban a su punto culminante, el señor Lane se puso en contacto, por carta, con el capitán William Hichens, uno de los primeros defensores del monstruo. Y éste, con una gran dosis de lógica y otro tanto de crítica acerba hacia Pocock, le respondió así:

«Sobre esa absurda teoría que ahora está tan en boga de que el extraño animal visto en África no sea sino una hiena, poco puedo decirle puesto que jamás la he tenido en cuenta. No me parece una explicación, sino simplemente una salida de tono. Las hienas son tan numerosas en los alrededores de casi todos los poblados africanos como los conejos en las campiñas británicas. Su aspecto, sus costumbres e incluso sus huellas son sobradamente conocidas hasta por los mismos niños indígenas. Y en cuanto a suponer que los negros hayan podido confundir una hiena con el oso nandi —y esto más de una vez y más de una docena de veces— sería lo mismo que decir que los campesinos ingleses toman a los conejos y liebres por zorras o por lobos.»

Dejando a un lado la discusión, lo cierto es que si pasamos la hipótesis «hiena» por un buen tamiz, no nos quedará en las manos nada de consistencia. Si es cierto que la silueta de esta devoradora de carroñas puede parecerse a la del oso, es verdad también que las masas o corpulencias de uno y otro son bien distintas. Por otro lado, nunca se ha dado el caso de hienas con sus cuartos delanteros recubiertos de espesa piel, ni mucho menos con un cuello adornado por abundantes crines. Y por ende, este animal digitígrado tendría tantas dificultades —por cuestión constitucional— para ponerse en pie sobre sus patas traseras —detalle éste que ha sido repetido muchas veces por los testigos— como las encontrarían, sin ir más lejos, un perro o un gato, sin nadie que les enseñe y dome. Y tampoco nos cabe en la cabeza cómo un animal del tipo de la hiena podría arreglarse para ir dejando unas huellas *¡indiscutiblemente plantígradas!*

Finalmente, una hiena que midiese cerca de 1,40 metros por la cruz sería, por este solo hecho, un animal fantástico y absolutamente nuevo que merecería, al igual que el babuino gigante, una reputación de monstruo desconocido, capaz de poner en pie, durante tiempo y tiempo, toda la atención de los naturalistas.

Diremos como colofón que, como lo hizo notar el capitán Hichens a propósito de las razzias del *khodumodumo* del Transvaal, la forma en que la hiena se lleva sus presas es total y absolutamente distinta de la de nuestro enigmático animal. La hiena se limita a arrastrar su presa

mas no puede saltar —con ella entre las quijadas— una empalizada de 1,80 metros de alto, ni abrirse camino por entre una gruesa cerca de espinos. Además, la hiena no es silenciosa; antes de matar, comienza a entonar «entre dientes» su quejumbrosa salmodia. Después del golpe, lanza sus penetrantes gritos.

EL RETRATO DEL OSO NANDI SE NOS VA DESDIBUJANDO A FUERZA DE RETOQUES Y DE ENMIENDAS

Pero, ¿entonces...? Si el oso nandi no es un orictéropo, ni un oso, ni un mono conocido, ni una hiena ordinaria, ¿qué diablos podrá ser este bicho?

Sin duda alguna, la postura más sensata, frente a tales incógnitas, es la adoptada por Blayney Percival.

«Desde hace ya largos años —escribe éste en sus recuerdos o memorias de Conservador de Caza— vengo yo esforzándome en saber a qué animal podrá referirse la leyenda indígena que nos habla del *chimiset*, extraño y misterioso animal que mora, al parecer, en las selvas del país nandi. Cuanto más me hablan de él menos logro yo relacionarlo con alguna de las especies conocidas. El tiempo, sin duda, se encargará alguna vez de iluminarnos a este respecto; mientras esto llega, me limitaré tan sólo, a expresar mi opinión favorable con respecto a la probable existencia de un animal arborícola (?) de costumbres nocturnas y que habita en las ya citadas selvas nandi. Su descubrimiento, su descripción y su nombre latino son otros tantos objetivos que nos faltan por conseguir.»

Para mi propio gusto, hay otras muchas cosas que hacer antes que entonar ese desolado *non possumus*. En rigor de verdad, no se han agotado aún todos los recursos para identificar al animal, ni aun tan siquiera dentro del enfoque cerebral o racional de la investigación. Es más, pienso yo si toda la confusión no habrá nacido, precisamente, del mismo exceso de testimonios o, dicho de otra forma, a causa de la enorme diversidad de los datos suministrados.

Es interesante recordar ahora, en estos momentos, la opinión manifestada por este mismo naturalista en el año 1914, en aquella época en que el oso nandi daba tanto que hablar a los colonos de Kenia.

En aquellas fechas, repito, el propio Blayney Percival se hallaba aún bien lejos de creer en la existencia del monstruo, o al menos, en su existencia como tal.

«Personalmente, escribía, estoy completamente a obscuras en lo que se refiere a dicho animal y soy, por ende, bastante escéptico en cuanto a su existencia, máxime como nueva especie. Durante los largos años que he pasado en África, he examinado con ojo crítico un enorme número de historias y leyendas de este tipo. He sacado así la conclusión de que casi todas ellas se refieren a unos «monstruos» que un naturalista docto y bien formado, hubiera identificado casi a simple vista, sin más que considerar tal o cual detalle de su anatomía que diese así la clave exacta de su naturaleza zoológica.

»Mi opinión sobre el *chimiset* es que éste parece estar formado o integrado por toda una serie de animales; el chimpancé como base, el ratel, el leopardo, el león, el babuino, el *potamochoeurus*, y el licaón. Las historias que corren entre los indígenas suelen ser legendarias al 50 por cien y toman nuevos bríos o refuerzos cada vez que un hombre o un animal muere en forma insólita. Entre los blancos de la meseta o del territorio nandi, cada animal que no pudo ser claramente reconocido o identificado es ya susceptible, por este solo hecho, de ser asimilado con el extraño y no definido animal de la historia.»

Mas en aquellos mismos instantes había ya un punto que chocaba con el escepticismo del Conservador de Caza, puesto que él mismo señalaba así:

«El argumento más potente en favor de la existencia de tal animal es el hecho concreto de que éste posee ya un nombre indígena que es perfectamente conocido por todas las tribus nandi.»

Creo sinceramente que nuestro hombre estaba lleno de razón cuando hablaba de que en tales leyendas intervenían no uno sino varios animales a la vez. Por ejemplo, salta a la vista que las observaciones del Mayor Toulson y las del señor Corbett no pueden referirse, en modo alguno, al mismo animal que fué divisado por el ingeniero Hickes. Esto mismo nos lo vuelve a decir, más adelante, Blayney Percival.

«Para mí que las leyendas o rumores que nos llegan desde el país nandi y desde Magadí hacen referencia a dos animales bien distintos, por lo cual no deberán incluirse dentro de un mismo problema.»

Como ya sabemos, algunas décadas más tarde la opinión del famoso naturalista había sufrido profundas evoluciones. Había dejado ya para aquel entonces, de negar su existencia y trataba, por contra, pero sin lograrlo, de relacionar al hipotético monstruo con no menos de seis animales diferentes.

Forzoso será pensar así que en tal intervalo se debieron producir dos hechos concretos: el primero, que al ver la insistencia y la intensidad de los rumores llegaría quizá a pensar aquello de que «cuando el río suena...» Y segundo, su incapacidad en concordar los datos recogidos con alguna especie de animales ya catalogados.

Algo había detrás de todo aquello y ese «algo» seguía siendo un auténtico misterio.

¿Y no hubiera sido un buen método, digo yo, empezar desde aquel mismo momento por separar ya el trigo de la paja, comenzando por deducir cuáles eran las notas superfluas o discordantes?

Blayney Percival estuvo inspirado cuando dijo que el monstruo estaba formado por una «superposición de animales». Y si parece que entre todos éstos hay, indudablemente, uno que no puede ser reconocido o catalogado aún, ¿por qué no empezamos por ir separando del conjunto aquellos que *sí* conocemos, para ver, de esta suerte, qué nos queda luego en el fondo del retrato?

¿SERA NUESTRO BUEN OSO NANDI UN RATEL COMPLETAMENTE NEGRO?

Sobre este particular, tuve yo la buena suerte de poder aportar una pieza de capital importancia al expediente del misterioso animal a quien, con las reservas que se imponen, continuaremos aún llamando «oso nandi».

Se trata del minucioso y ponderado testimonio de un colonial que se ocupaba activamente de la Etnografía, allá en el Congo belga, y cuyo espíritu positivo y escéptico de hombre de ciencia, lo salvaguarda de antemano, garantizando así la buena fe y la justeza de sus observaciones. Era éste, el Sr. Georges Sandrart, residente durante largos años en Ruanda y en Urundi, el cual nos dice así:

«Allá por el año 1936, me hallaba yo un día de excursión por sobre las crestas que separan los ríos Congo y Nilo, y cuya altura oscila entre 2.400 y 3.500 metros, donde subsisten tan sólo los últimos girones del bosque primario. Un día, a media mañana, y al volver un recodo del camino, divisé a la plena luz del sol, un pequeño oso, de un tamaño ligeramente inferior al de un oso de los Cárpatos. Quedé inmovilizado en el sitio y el animal no pareció darse cuenta inmediata de mi presencia. Así, pues, y sin hacer el más mínimo movimiento, me dediqué a contemplarle a mi antojo. Su pelaje era de un color marrón oscuro y brillante, tirando casi a negro, y se distinguía una mancha blanca, en forma de triángulo en lo alto de su frente. La ausencia aparente de cola, la forma de la cabeza, las pequeñas y redondeadas orejas, la forma del lomo, en rápida caída, las patas relativamente altas, *todo, en fin, en el animal nos hacía relacionarlo con un oso.* Pero, ¡un oso en África...!»

Con todo y con eso, el Sr. Sandrart no se había equivocado ni sufrido alucinaciones tan siquiera. El jefe Semu Geshi que le acompañaba en la excursión y en tal momento justo, confirmó punto por punto su declaración.

Con tal motivo, se realizó una encuesta por todo el país: el resultado fué que otro europeo había visto también al extraño oso, tan desplazado así en aquel ambiente congolés y que dos viejos *ba-tua* (pigmeos) habían advertido también a un ejemplar de la misteriosa raza lanzarse sobre un antílope, tratando de darle furiosos mordiscos en la parte alta de una pata.

Entre los pigmeos, el animal en cuestión era conocido bajo el nombre de *isata*, lo que quiere decir «el comedor de miel». Tales hombrecillos llegaron, incluso, hasta exhibir orgullosos una piel del referido bicho al europeo que estaba encargado de la encuesta. Se llegó entonces a la conclusión, tras el oportuno examen, de que aquel despojo pertenecía a un animal que se ve raras veces, puesto que es cavador y de hábitos

nocturnos, pero que, con todo, era ya conocido por la Ciencia: el tejón mielero o ratel *(Mellivora ratel)*. «Es muy probable, dice a este respecto G. S. Cansdale, Director del Zoo de Londres, que este animal sea uno de los más raramente vistos de entre todos los pequeños carnívoros.» Y a pesar de ello, se le encuentra —si se le sabe buscar— en toda el Africa, Arabia y en las Indias.

El ratel no es propiamente un oso, aun a pesar de que tenga muchas afinidades con éste, tales como la forma de la cabeza, el contorno general del cuerpo, el pelaje duro y basto, las garras potentes y, sobre todo, su tendencia a levantarse sobre sus patas traseras. Es un representante de la familia vecina, o muy afín, de los mustélidos, una especie de grandes tejones, enteramente negros, salvo en la parte alta de la cabeza y del lomo que se halla cubierta de una ancha franja, perfectamente delimitada, de pelos plateados. Como su nombre científico lo indica —y que viene a coincidir con el nombre que le dan los pigmeos— tiene la fama de alimentarse, en una buena proporción, de miel.

¿Será éste, al fin, el animal al que tantos testigos han tomado por un oso? En todo caso, sí es el animal que vió el señor Sandrart (el triángulo de pelos blancos sobre la frente es altamente significativo); mas el residente belga insiste en que, en tal caso, él se halló frente a un representante gigante de la raza, que sería así desconocido aún por la Ciencia.

Yo he creído, durante mucho tiempo, que el ratel era un carnívoro de tamaño bastante reducido, inferior incluso al del tejón de Europa. Pero tras la declaración del señor Sandrart comencé a informarme al respecto y me enteré, con auténtico asombro, de que algunas pieles de ratel procedentes de Africa central, llegaban a medir hasta 1,10 metros, contando desde el extremo del hocico hasta la punta de la cola, la cual es muy pequeña y no suele medir nunca más allá de 20 centímetros. Es decir, una longitud casi similar a la del más pequeño de los osos, que es el oso de los cocoteros de las regiones de la Malasia.

Pero había, en medio de todo, algo que me extrañaba: la franja gris-plata que corre a todo lo largo del espinazo de este animal, y que ha de contrastar tan violentamente con el resto del pelaje ¿cómo habría podido pasar inadvertida a tantos observadores y testigos?

No supe hallar la respuesta a tal pregunta hasta que un buen día, hojeando toda la literatura dedicada al ratel leí que en 1906, Lydekker describió, bajo el nombre de *Mellivora cottoni* una especie de ratel del Africa occidental que se halla totalmente desprovisto de tal franja plateada; en otras palabras, que es enteramente negro. Como esta descripción se había formulado sobre la sola base de un único ejemplar, el eminente mamalogista había tenido el cuidado de apuntar la salvedad de que quizá pudiera tratarse de un individuo afectado de melanismo, caso éste parecido así a lo que ya sabemos ocurre a veces entre la gran familia de las panteras.

Yo, particularmente, hubiera procedido al contrario, no atreviéndome a definir una especie o subespecie sin haber logrado estudiar antes un número importante de individuos de idénticas características, descartando así *a priori* el caso del fenómeno individual de melanismo.

¡Pero, ah! Sobradamente sabemos ya el placer que sienten determinados naturalistas cuando pueden —por el más mínimo detalle— bautizar una nueva subespecie, poniendo a continuación su propio nombre para que éste pase, el mayor número de veces, a la posteridad y a la Historia.

Mas a mis efectos de investigador, la polémica no interesaba. En uno

Fig. 31. — *Ratel o tejón mielero*

u otro caso, el hecho cierto era que podían hallarse en África algunos ejemplares de un animal poco conocido y con todas las apariencias de un pequeño oso negro. Y ante esto, ¿qué más daba si era subespecie o simple caso de melanismo?

Volví a leer luego las declaraciones del mayor Toulson, la del capitán Hislop y la de los «boys» del señor Anderssen y quedé firmemente convencido de que lo que todos ellos habían visto era un ratel negro. Un animal redondeado y macizo de un metro de largo, de un tamaño aproximado de 45 ó 50 centímetros por la cruz, cubierto de largos pelos negros, con cabeza pequeña y afilada, la cola entre las patas, a la manera de la del perro y con garras no retráctiles... ¿qué más datos necesitamos para identificarle?

Hallé luego la confirmación de mi diagnóstico al leer un determinado pasaje de un artículo de Blayney Percival en el que éste relataba lo que pasó cuando realizó una encuesta por el país Sotik sobre un extraño ani-

mal que recordaba en un todo al misterioso oso nandi. El animal en cuestión —nos dice— parecía tener un tamaño apreciable, más o menos el de un perro «pointer»; solía alzarse sobre sus patas traseras y era de costumbres muy salvajes. Se reveló, finalmente, tras de enseñar a los indígenas un dibujo, que se trataba justa y exactamente de un ratel...

Incluso, parecía haberse así encontrado la solución del misterio de *too*, el animal extraño sobre el que Schomburgk recogiera tantos rumores por todo el Este africano. «Grande como una cabra, con dientes parecidos a los del perro, un pelaje negro obscuro y un maldito carácter.» La adivinanza parece quedar resuelta. ¿No es ésta una forma bastante concreta, si bien poco romántica, de definir a nuestro ratel negro, a éste que, como ya hemos dicho, se ve desposeído de su preciosa franja plateada?

LA SOLUCIÓN DEL ENIGMA DEL RATEL NEGRO

En resumen; convencido ya en mi fuero interno de la existencia, en el continente africano, de rateles enteramente negros, no podía yo dejar ahí las cosas. Era preciso seguir adelante. Y «las cosas», sin yo sospecharlo, iban a venir en mi ayuda en una forma tan magistral como ni siquiera pudiera yo soñarlo. Veamos, pues, lo que ocurrió:

Lydekker no había sido el único en descubrir nuevas especies de rateles basándose en ejemplares únicos. Así, cuando Pocock publicó en 1909 una nota o comunicación sobre las distintas especies de rateles que pueden ser hallados en África, no citó menos de cuatro clases distintas. Todas ellas diferían si bien muy ligeramente. La diferenciación estribaba, en unos casos, en el tamaño. Y en otros, en la mayor o menor extensión de la franja plateada que corona los lomos y las cabezas...

Pocock manifestaba así que el *Mellivora leuconota,* por ejemplo, tiene el lomo de color claro en toda su longitud, pero que al ir envejeciendo la parte de franja correspondiente a la mitad posterior de su cuerpo se va, poco a poco, oscureciendo.

Contaba, además, que existe en el Jardín de la Sociedad Zoológica de Londres, un ejemplar de ratel, de bastantes años por cierto, que sólo tiene una mancha blanca en lo alto de la cabeza, mientras que su lomo tan sólo se halla jaspeado de blanco, lo que viene a situarlo así a mitad de camino entre el *M. ratel* y el *M. cottoni.*

Nuestro zoólogo terminaba diciendo, con un aire francamente tímido, por cierto: «Se podría creer que el tono obscuro de la parte superior del lomo sea, simplemente, una mera señal de avanzada edad.»

Pero Pocock no se detuvo en esta observación que, sin embargo, le hubiera permitido simplificar notablemente la sistemática de los rateles, denunciando, ya de paso, lo artificial de ciertas especies creadas por sus colegas y estableciendo así, pura y sencillamente, unas diferencias en la coloración del pelo, por obra y causa de la edad de los ejemplares

estudiados. Pero no... no supo pararse ahí, sino que —como ya es costumbre— aprovechó por los pelos la coyuntura para... describir, bajo el nombre de *Mellivora signata* otra nueva especie, originaria de Sierra Leona. En efecto, en el caso del *joven* ejemplar que él tenía en estudio, la mancha blanca o plateada se limitaba *ya* a una pequeña franja situada en la región superior de la cabeza.

Poco tiempo después de esta «sensacional» comunicación de Pocock, su colega el Dr. F. D. Welch publicó un largo y concienzudo trabajo sobre la influencia de la edad en la coloración del pelaje del ratel. Había observado este naturalista, durante doce años, un ejemplar que vivía en el Zoo. Este animal, precisamente, había sido citado antes por Pocock en su trabajo. El Dr. Welch observaba: «Es muy diferente ahora este animal de como era la primera vez que le vi.»

Cuando el citado ratel, de la especie *Mellivora ratel,* característica del Este africano, llegó en 1890 al Jardín Zoológico, tenía ya todas las apariencias de un animal adulto, al decir del guarda que le cuidó en tales épocas. Tendría, por tanto, sus buenos 20 años en 1909, o sea en la época en que el Dr. Welch expuso su caso ante la Sociedad Zoológica de Londres, de donde fácilmente se deduce que el cambio de coloración que sufrió era un simple indicio de senilidad.

«Cuando le vi por vez primera, hace ya doce años —decía el Dr. Welch— su color podía definirse así: la parte alta de la cabeza, del cuello y del lomo eran de un gris muy pálido y moteado tan sólo por muy escasos pelos negros en la parte trasera de tal franja, o sea, en la zona correspondiente a los cuartos traseros del animal. Toda esta franja gris se hallaba netamente separada o delimitada del color negro del resto de su cuerpo. La cola era completamente negra por todos los lados.

»El animal en cuestión era tan grande, en aquel entonces, como ahora y, desde luego, bastante mayor que la hembra de *Mellivorn ratel* que vivió en su compañía durante largos años y que ya era adulta. Conservó nuestro animal sus tonos originales, sin cambiar ni en lo más mínimo, hasta principios de 1907, momento éste en que la franja dorsal gris claro empezó a variar hacia el color negro. Tal cambio se iba produciendo muy gradual y uniformemente, empezando por la zona posterior del lomo, yendo luego, poco a poco, pasando también a la región superior del cuello. Esta transformación se llevó a cabo progresivamente; la delimitación bien marcada —en sus orígenes— entre la franja plateada y las zonas de pelo negro que la contorneaban se fué desdibujando poco a poco; tales zonas obscuras iban invadiendo paulatinamente la franja blanca en la que tan sólo se conservaban ya, aquí y allá, algunos pocos y aislados pelos grises. Hoy en día todo su lomo es «de color negro», jaspeado tan sólo en gris, como lo hacía notar el señor Pocock. Mas en la parte superior de la cabeza la proporción de pelos grises, con respecto a los negros, es superior a la que existe en el resto de su lomo y cuello. Concretamente, tal parte superior del lomo, no presenta ya casi ninguna diferencia de color con respecto al resto del cuerpo.

»El referido señor Pocock indicaba que estos cambios de coloración obedecen a la edad. Y como quiera que el animal objeto de mi estudio goza de perfecta salud, sin padecer enfermedad alguna, yo me siento inclinado a darle la razón en tal aserto.»

Vemos así que los rateles negros, o casi negros, no tienen por qué pertenecer a una nueva y muy discutible especie diferente *(Mellivora cottoni)* confinada en el Africa occidental, ni deben ser tampoco considerados como mutaciones melánicas excepcionales.

Parece ser incluso que los mismos rateles del Este africano *(Mellivora ratel)* se vuelven *normalmente* negros al final de su vida, o sea, en el momento preciso en que su tamaño ha llegado ya al punto máximo. Por consecuencia, los rateles más grandes habrán de ser también los más negros. Me parece lógico, por tanto, que muchísima gente cayese en el error —bien comprensible— de no relacionar los pequeños rateles, de tamaño aún reducido y ornados de una franja de color plata bien visible, con estos grandes machos, de tamaño muy superior, y total y absolutamente negros.

Es decir, ¿será, por tanto, preciso rechazar ya la teoría del señor Sandrart que preconizaba la idea del oso nandi, ratel gigante de una especie distinta y aún desconocida? No obligatoriamente. El Dr. Welch observaba que el viejo *Mellivora ratel* al que él ha visto «ennegrecerse» al paso de los años, era mucho mayor que el otro ejemplar de *Mellivora ratel* que vivió en su compañía durante largos años y que había alcanzado ya la edad adulta. Basándose luego en las medidas de 5 animales vivos y en las deducidas de 26 pieles y cráneos, procedentes todas de África y de Arabia, sacaba él luego las siguientes conclusiones:

«Existen, en esta especie, variaciones enormes de tamaño, lo que me lleva a preguntarme si no podríamos hacer una división entre todos los especímenes que hoy agrupamos bajo el solo nombre de *Mellivora ratel*, siguiendo, a este efecto, la pauta que nos marcan sus respectivos tamaños.

»Sin embargo, la mayor parte de los cráneos no indicaban con precisión un sexo definido, por lo cual no podemos sacar unas conclusiones demasiado definitivas al respecto, puesto que, claro está, el cráneo de un macho debe ser necesariamente mayor que el de una hembra.»

En conclusión, podríamos decir que algunas descripciones del oso nandi bien podrían referirse a ciertos viejos machos de la especie del *Mellivora ratel* o a otros individuos, también de edad avanzada, de alguna otra especie caracterizada por un tamaño superior. O hasta incluso (ya que no hay ninguna razón para crear nuevas especies basándose tan sólo en simples diferencias de tamaño), de una simple subespecie o, mejor aún, de una forma geográfica del *Mellivora ratel* a la que yo propondría llamar, si es que su existencia se demuestra, sin lugar a dudas, *Mellivora ratel máxima.*

¿HABRÁ, QUIZÁS, DOS OSOS NANDI?

Si dejamos ahora de lado las teorías que tienden a relacionar el oso nandi con un babuino gigante, y nos sentimos más inclinados a aceptar

la tesis «oso nandi-ratel viejo», se os planteará inmediatamente el arduo problema de cómo explicar entonces la ferocidad que todos le achacan y que incluso ha quedado demostrada con pruebas desgraciadamente bien tangibles.

Mi excelente amigo, el escritor C. H. Dewisme, que es otro apasionado de los problemas de los animales desconocidos, me ha propuesto, a este respecto, una hipótesis altamente ingeniosa. La leyenda del oso nandi ha debido basarse, según él, en dos animales completamente distintos; la hiena moteada y el ratel. Las sangrientas *razzias* de la primera han sido cargadas en la cuenta de este pequeño, misterioso y enigmático «oso» que tan solamente se deja ver raras veces. En virtud de un sencillo fenómeno psicológico ¿no cargará un animal reputado de «misterioso» con todos los pecados del mundo? Al igual que cuando se produce un crimen en un pequeño pueblo todas las sospechas recaen, automáticamente, sobre el pobre forastero que tuvo la mala idea de quedarse allí a pasar la noche, así el terror a lo desconocido ha hecho cargar a algunos pobres y pacíficos animales, cuyo único pecado fué el de no dejarse ver muy a menudo, con otras tantas famas de feroces, sanguinarios y nunca bastante ahitos de sangre humana...

Esta explicación coincide también con la opinión del Dr. Patrick Bowen quien apuntaba que, a su juicio, el pobre oso nandi estaba cargando con las culpas de otro verdadero monstruo que, enormemente astuto, se movía en la obscuridad, dejando que el pobre oso pagase, si llegaba el caso, los vidrios rotos.

El famoso cazador y explorador británico cree, en efecto, que hasta incluso los mismos brujos o hechiceros indígenas podrían ser, muy a gusto, los verdaderos responsables de buen número de matanzas atribuídas al oso nandi. Estos hombres, extremadamente hábiles en imitar gritos y aullidos de animales y hasta en «falsificar» sus mismas huellas, habrían hallado así, con esta leyenda, un magnífico telón tras el que ocultar los robos de ganado que ellos realizan e incluso los asesinatos motivados por sus propias venganzas personales. Dentro de tal hipótesis, el monstruo desconocido tendría una doble personalidad; sería, a la vez, un hechicero negro y un animal fabuloso con apariencia de oso o de antropoide y cuya reputación de bestialidad y de ferocidad sería cuidadosamente conservada y alimentada por los propios interesados.

Y no olvidemos el poder que tienen tales brujos sobre las tribus del Africa. ¿Qué pobre negro osaría negar o discutir lo que dice el todopoderoso hechicero de su tribu?

Es bien sabido y está ampliamente demostrado, que en el Congo belga y en Nigeria existe una secta secreta, políticoreligiosa, de hombres-leopardos, los famosos aniotos, que vienen a ser algo así como aquellos tenebrosos brujos u hombres-lobos que existían en Europa en la lejana Edad Media.

Pues bien, por idénticas razones podría darse el caso de que exis-

tiese en Kenia y en Uganda alguna tribu de hombres-osos inspirados en el folklore árabe y hasta, ¿por qué no?, de hombres-rateles. (Conviene no olvidar que en casi todas las religiones primitivas, los animales que viven bajo tierra son tenidos por seres diabólicos o infernales, llenos así de poder.)

Sabemos también que los aniotos, cuando van a perpetrar sus crímenes, se cubren la cabeza y la espalda con una piel de leopardo, armándose las manos con unas cubiertas o guanteletes hechos con patas momificadas de leopardo, que conservan intactas sus fuertes garras. De esta guisa, las heridas —mortales de necesidad— que dejan en sus víctimas tienen la apariencia de haber sido producidas por las mismísimas fieras.

Podemos concebir, pues, una secta de asesinos recubiertos con otras tantas pieles de oso, ¿no es cierto? Y esto vendría a explicarnos la teoría de un «chemosit» descrito como «un monstruo mitad-hombre, mitad-oso, con cara de mono y que marcha sobre dos patas».

Por otra parte, las enormes huellas dejadas acá y allá y que hacían pensar, al decir de los testigos, en un viejo leopardo que no pudiera ya esconder sus uñas, ¿no podrían haber sido dejadas, perfectamente, por algo así como una especie de calzado hecho con piel y garras de león, que serviría de esta forma para ocultar las propias huellas del culpable, introduciendo además un ambiente de terror en la historia?

Quede bien entendido que todo esto no es sino una simple conjetura. Pero la terrible actividad que la secta de los Mau-Mau despliega desde marzo de 1953 en toda Kenia —y que ha puesto de relieve la tremenda crueldad de los procedimientos utilizados por los rebeldes kikuyus para expulsar a los invasores blancos y para castigar a los negros «colaboracionistas»— viene a dar a esta tesis un nuevo sabor de autenticidad, con lo cual el problema del oso nandi gana actualidad de día en día.

EL RATEL PERTENECE A UNA FAMILIA DE ASESINOS

Yo creo, sin embargo, que cabría preguntar: esta explicación, según la cual el ratel hace de telón o de pantalla, amparando así las tenebrosas actividades de hechiceros o de hienas, ¿es absolutamente indispensable? O mejor aún, ¿debe plantearse siempre? Digo esto, porque el ratel, nadie lo duda, es un animal inofensivo, pero... ¿siempre?... Si bien es exacto que el tal ratel siente una auténtica afición por la miel, al igual que el oso, no es menos cierto, como lo han podido comprobar más de una vez los zoólogos, que también se alimenta de pequeños mamíferos, de pájaros, de reptiles e insectos. Forzoso es decir otra vez, por tanto, «al igual que el oso». Carmichael nos cuenta, incluso, que los granjeros le tienen conceptuado como uno de los peores enemigos de sus gallineros. En la zona del Algo-abai los campesinos discutían, en una oca-

sión, con respecto a los derechos que cada uno tenía, o decía tener, sobre los huevos que ponían las gallinas de cierto corral. Pues bien, el ratel puso fin a la querella por el método más rápido y tajante: se introdujo aquella noche en el gallinero, degolló a todas las gallinas allí encerradas —unas treinta— y se llevó luego consigo tres, para comérselas más tranquilamente.

Los pigmeos aseguran haberle visto, en más de una ocasión, cuando se hallaba luchando, a dentellada limpia, contra un antílope, lo que viene a demostrarnos que este animal no repara demasiado en el tamaño de su contrincante una vez que se ha decidido a buscar un suculento bocado. «En sus épocas de celo —nos dice finalmente Brehm—, está tan extraordinariamente excitado, tan anormalmente furioso, que se atreve incluso a atacar al hombre, al que puede inferir gravísimas mordeduras.»

Su afición a la carne, como alimento, debe ser francamente grande y violenta, ya que en la India tiene fama, incluso, de entrar en los cementerios y desenterrar los cadáveres para entresacar de ellos algunas buenas tajadas.

Estas costumbres y este ansia brutal y carnicera, le acercan así a la hiena, la cual, como ya sabemos, no duda en hacer las cosas más temerarias cuando tiene la imperiosa necesidad de llevarse algo sólido a las fauces.

Tal comportamiento no debe extrañarnos mayormente en el ratel, puesto que forma parte, en efecto, de una gran familia de carnívoros, caracterizada además por una ferocidad sin límites. Si los mustélidos (género *Mustela)* no han logrado alcanzar una fama tan enorme —en lo que a ferocidad se refiere— como la de la pantera o el tigre, ello se ha debido, simplemente, a su tamaño inferior. Pero si tenemos en cuenta el tamaño relativo de sus víctimas, llegaremos a la conclusión de que los componentes de esta familia son animales más agresivos, más temerarios y mucho más crueles aún que los propios felinos.

El glotón *(Gulo luscus)* de las regiones antárticas, que no sobrepasa del tamaño de un gran ratel, tiene bien merecido su nombre, puesto que su alimentación habitual se forma, de ordinario, a base de grandes herbívoros tales como el reno e incluso jóvenes alces.

La minúscula comadreja *(Mustela nivalis),* no más larga de 40 centímetros, es de una voracidad más prodigiosa aún. Se la ha visto cuando atacaba a caballos, a vacas e incluso al mismo hombre, al que puede llegar a ocasionar las más graves heridas.

En lo que atañe al sadismo nadie puede igualar a la garduña *(Martes foina).* Ésta entra en los gallineros y, tan sólo para llevarse una gallina como presa, organiza antes, sin la menor razón que lo justifique, una auténtica y bestial carnicería entre todas las aves de corral. Finalmente, el mismo tejón, que es el mustélido de nuestras regiones cuyo tamaño más se aproxima al del ratel, tiene una buena reputación de coraje

y valentía. ¡Cuántos perros, tratando de darle caza, no habrán resultado destripados por efecto de sus aceradas uñas! Yo he llegado, incluso, a descubrir un caso en el que se nos habla de una agresión a un ser humano llevada a cabo sin mayor motivo por uno de estos tejones de que ahora hablamos.

La aventura en cuestión nos la relató el propio padre de la víctima, el señor Jean Mathis, presidente de Caza de Ehuns-Visoncourt, en la Haute-Saône:

«Había enviado a mi hijo, de catorce años, para que echase una mirada a los riegos de determinada zona de pastos que no se hallaba más lejos de unos seiscientos metros de nuestra granja. El muchacho montó en su bicicleta y echó camino adelante. De pronto, y no sé por qué, sufrió una caída algo aparatosa, mas sin trascendencia. Cuando se levantó del suelo y se disponía a recoger la bicicleta vió, con auténtica sorpresa, que un animal de color marrón grisáceo se abalanzaba sobre él, gruñendo amenazadoramente y mostrando sus afilados dientes. El chico se olvidó hasta de su bicicleta; emprendió una veloz carrera hacia la granja, con el animal en cuestión pegado a los talones. Saltó una cerca y se dirigió hacia una cabaña o barraca que por allí había, tratando de buscar refugio en ella. En todo este rato, el animal seguía a mi hijo sin que éste lograse aumentar la escasa distancia que los separaba. Por ello, mi hijo comenzó entonces a dar vueltas alrededor del chozo. Pero el extraño animal pareció entonces irle ganando terreno. Ante ello, el muchacho se decidió ya a pasar a la ofensiva y, agarrando un grueso palo que por allí había, afortunadamente, hizo frente al animal, propinándole terribles estacazos. Esto pareció aumentar el furor de su atacante que también trataba, por todos los medios, de hacer presa en el cuerpo de mi chico. En un cierto momento, un golpe del grueso palo cayó justo sobre la cabeza del animal que pasó así a la otra vida.

»Cuando llegamos nosotros al lugar de la lucha pudimos apreciar que se trataba de un tejón macho, de un año de edad, y que pesaba sus 16 libras. Nunca, en mi larga vida de cazador, había oído hablar de tal espíritu de combatividad en un tejón.»

Todos estos hechos vienen a probarnos que, con su tamaño comparable al del glotón, un gran tejón es perfectamente capaz de degollar o destripar cerdos, vacas o borregos y que no le sería imposible, ni mucho menos, dar incluso muerte a un hombre.

El ratel es también uno de los raros mamíferos de quien sospecharíamos fuera capaz, tranquilamente, de cruzar una ancha barrera de espinos para llegar hasta la presa deseada. Con su tupido pelaje, y, sobre todo, con su gruesa capa de grasa subcutánea, es totalmente insensible a las picaduras de las abejas y avispas a las que tan frecuentemente roba sus nidos. Con idéntica razón tal coraza debe protegerle contra los espinos que forman e integran estas defensas de los poblados negros. Brehm nos cuenta además, que el ratel de la India acostumbra a proceder del modo siguiente:

«Por la noche, ronda este animal las aldeas de los indígenas; pasa luego a través de las espesas barreras de espinos o bien practica un túnel bajo ellas, lo que le permite así entrar en los corrales y llevarse luego consigo el

animal que más le apetece. En diez minutos es capaz de cavar un túnel de unas dimensiones suficientes para permitirle su regreso, cargado ya con su presa.»

El ratel de África, más grande y más potente que su hermano indio, puede muy bien habérselas con presas más voluminosas que las que éste otro cazá. Pero, ¿será capaz de arrastrarlas luego hasta su madriguera? Por toda respuesta me contentaré con reproducir ahora un pasaje del libro *Desfile de Animales,* de Frank Lane.

«Es notable ver como en el mundo de los animales la fuerza parece crecer en proporción inversa al tamaño o dimensión del animal. Los cazadores de fieras dicen que un gran carnívoro es capaz de saltar por encima de una empalizada de cinco planchas de altura, llevando en sus fauces un gran buey, sin perder por eso velocidad en su marcha. Pero esta marca o record queda ampliamente batido por la comadreja cuando arrastra una liebre. Si se comparan los éxitos obtenidos por estos dos animales en relación con los tamaños relativos de cazadores y cazados (león-buey, comadreja-liebre) la proeza realizada por el pequeño mustélido equivaldría a que un león arrastrase con sus fauces ¡un elefante! y a una velocidad de 8 kilómetros por hora.»

En fin: como ya lo habíamos indicado, la forma en que mata el oso nandi, mediante un golpe de su zarpa dado en lo alto de la cabeza de la víctima, seguido luego por un destripamiento brutal, parece mucho más típico de un animal dotado de poderosas garras o uñas (como el ratel) que de un animal armado con poderosos colmillos (como la hiena o el león).

En resumen, y de una vez por todas, vemos que el ratel es perfectamente capaz de cometer, o de haber cometido, cuantas malas acciones se atribuyen al oso nandi.

No olvidemos, a este respecto, que entre los osos generalmente tranquilos y pacíficos y de régimen frugívoro o insectívoro, sólo son los viejos machos solitarios, como término medio, los que se hacen totalmente carnívoros al fin de sus vidas; sólo estos grandes osos solitarios son peligrosos para el hombre. Pues bien, ¿no ocurrirá quizá lo mismo entre los rateles, cuyos métodos y costumbres son relativamente poco conocidos, pero que tienen tantos y tantos puntos de contacto con el oso, no sólo por su parentesco real, sino hasta por su aspecto y costumbres?

Si analizamos esta teoría veremos cómo va surgiendo ante nuestros ojos una demostración rigurosa de la validez de tal tesis.

El oso nandi de los colonos de Kenia se presenta bajo la forma de un oso de pelo negro, de hábitos carniceros. Pero un oso negro y, además, peligroso, es una aparición insólita en África.

Por otra parte, el ratel, al ir envejeciendo, va cambiando de aspecto, transformándose hasta el punto de que un profano difícilmente lograría saber de qué animal se trataba, ante una rápida y fugaz aparición de éste.

De donde se deduce que un viejo ratel, al llegar a tener ya todo su pelaje negro, su tamaño máximo y sus hábitos carnívoros, ha adquirido ya, en un 90 %, las características, tanto físicas como morales, de un viejo oso macho de tamaño reducido.

Quedaría así sentado que el intrigante oso nandi de los colonos de Kenia no podría ser sino un viejo, grande y negro ratel.

Pero esto, haría falta demostrarlo aún.

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS NANDI

Hay que dejar bien sentado, desde ahora mismo, que toda esta teoría no será válida más que admitiendo, de antemano, que el oso nandí tiene todo el aspecto de un pequeño oso negro. Hemos visto, en el curso de este capítulo, que los colonos han descrito frecuentemente, bajo el mismo nombre de oso nandi, a un ser con apariencias de babuino gigante. Además existe también el hecho cierto de que los indígenas del país nandi describen preferentemente al ser misterioso que ellos llaman «chemosit» o «kerit», como un gran mono. Los wa-pokomo consideran a su monstruo local, el «koddoelo», como un enorme babuino.

Yo he llegado así a preguntarme si todo el problema del oso nandi no estará planteado —mal planteado— sobre la falsa base de una confusión.

A mi juicio, he aquí cómo pudo originarse, muy bien, el malentendido.

Cuando el señor Geoffrey Williams y su primo divisaron en la altiplanicie de Uasin Gishu, un extraño animal —que para mí no era sino un babuino gigante— lo compararon y definieron, con mayor o menor motivo, como un extraño oso. Cuando lo describieron a los indígenas, éstos afirmaron que conocían tal animal desde largo tiempo y que, incluso, le daban el nombre de *chemosit*. Pero estos dos europeos no cayeron en la cuenta de que los nandi consideraban al extraño bicho como una especie de mono.

Cuando un animal similar fué visto, en otra ocasión, por el ingeniero Hichens, a la orilla de la vía férrea de Magadí, evocaron, por asociación de ideas, las observaciones y los comentarios de los testigos precedentes. Así empezó a correr el rumor de que una especie de oso frecuentaba las comarcas de Kenia. Inmediatamente después, toda una serie de personas que debían haber tenido encuentros con simples rateles negros —el Mayor Toulson en particular, los viajeros holandeses que cruzaban las alturas de Uasin Gishu y muchos otros testigos más— vinieron a confirmar la certeza de tales rumores. Y éstos tomaron una mayor consistencia todavía cuando se supo que los wa-swahili llamaban *duba* —o sea *oso*— a un animal de su fauna, y que no debía ser otro,

en verdad, que un ratel, dado que los negros son unos estupendos observadores.

La confusión había ya comenzado a producirse. O dicho de otra forma, el elemento «oso» se había deslizado ya, entremetido, en la leyenda del *chemosit*. Y así, poco a poco, iría luego ganando terreno y dejando al auténtico *chemosit* relegado a un segundo y discreto término. El suplantador iba logrando un franco éxito.

Si estudiamos con suspicacia el expediente del *oso nandi*, veremos en seguida que hay dos tipos de testimonios. Por una parte, los de aquellos que han tenido el raro privilegio de encontrarse con un auténtico *chemosit*, o sea con un babuino de tamaño fenomenal. Pero éstos —¡vuelta al error!— comienzan entonces a hablar a todo el que quiere escucharles, de «su encuentro con el *oso nandi*». Los indígenas, al oír que los colonos —más instruídos que ellos— dan el nombre de *oso nandi* al animal en cuestión, dicen amén, se alzan de hombros y pasan también a llamarle *oso nandi*. ¡Los inteligentes blancos sabrán por qué!, parecen ellos decirse.

Pero por otro lado, los que han tenido encuentros con un viejo ratel, al que ellos no conocen, no han podido por menos de notar su extraordinaria semejanza con un pequeño oso negro, pasando, pues, a creer, de la mejor buena fe, que han tenido un encuentro con el monstruo legendario. Finalmente, podríamos hacer aún otro apartado; el de aquellos que creen haberlo visto por la simple razón de que son absolutamente incapaces de identificar un animal divisado entre el boscaje y a más o menos distancia. Era un animal. ¿Cuál?... No sé. Pues... ¡el *oso nandi!*

Yo clasificaría entre éstos al señor Corbett quien nos describió a un animal de formas poco potentes y con grandes orejas, sin nada de babuino, ni de oso, ni de ratel, pero que bien pudiera ser, por contra, algún perro salvaje tal como el *Lycaon pictus* u otro parecido.

Y en cuanto a aquellos colonos que vieron una gran hiena, de pelaje anormalmente rojizo, no hace falta decir, claro está, ¡que ellos también vieron al *oso nandi!*

Si a esto añadimos que los estragos y las «razzias» de las hienas o de cualquier otro devorador de hombres pasaron automáticamente a la cuenta del *oso nandi*, ni más ni menos, y hasta que quizá algunos brujos se aprovecharon del clima de misterio y de terror para llevar a efecto sus personales ajustes de cuentas, fácil es ya comprender, con todo ello, el grado tan enorme de confusión que reina al final en torno al baqueteado *oso nandi*.

El pobre oso no era ya así un simple oso, era mucho más. Era todo un Apocalipsis.

Y en este Apocalipsis, que no cede ni en un punto al de San Juan, creo haber logrado señalar, mediante este trabajo de análisis y de deducción, las siluetas de sus cuatro jinetes: el babuino gigante, el viejo ratel negro, la hiena roja y el hechicero o brujo.

¿Un león? No: un mandril mostrando su potente dentadura, tan característica de todos los monos de hocico de perro

(C. Ylla-Rapho)

Una monstruosa hiena moteada. ¿Será la responsable, quizás, de muchos de los crímenes atribuídos al oso nandi?

(C. Zoo de Amberes)

Un ratel, cuyo pelaje llega a oscurecerse totalmente por la acción de los años, puede ser tomado, perfectamente, por un oso

(C.Popper Atlas Foto)

De los cuatro, tan sólo uno constituye realmente un enigma; el primero, el *chemosit*, este gran diablo bípedo que merodea por entre las tinieblas de la noche, esta especie de «coco» o de fantasmón del folklore nandi.

PERO EL TELÓN NO SE HA DESCORRIDO AÚN DEL TODO...

Lo que es totalmente evidente es que los hábitos nocturnos de ese animal —al que ya por la fuerza de la costumbre seguiremos llamando oso *nandi*— contribuyen en buena parte al mantenimiento de su incógnita. Y el ambiente de terror supersticioso que en torno suyo se ha creado, impide, por otra parte, que los negros sientan el más mínimo empeño en dedicarse a darle caza.

Los blancos, menos impresionables, sí lo han intentado. Y repetidas veces, además. Mas hasta ahora, sólo se ha conseguido una serie ininterrumpida de fracasos.

Frank Lane nos cuenta que un entusiasta cazador se hizo construir toda una serie de barracas en la montaña, a diferentes altitudes, comprendidas entre los 3.000 y 3.500 metros, al solo objeto de poder dedicarse así, con toda comodidad, a explorar aquellos parajes, y, finalmente, a darle caza. «Estaba tan seguro de lograr el éxito que construyó previamente, para encerrar a la fiera en su día, una enorme jaula. Tan grande era ésta que hubo de ser transportada entre cuarenta porteadores indígenas.»

Pero sus sistemáticas batidas, su esfuerzo y su optimismo sólo hallaron el más rotundo de los fracasos. En caso contrario, estoy seguro que su nombre sería hoy famoso, al menos en los medios científicos y cinegéticos.

Por contra, un cierto señor K. R. Williams, que vivía en la región de Uganda y que no se preocupaba para nada de cazar al famoso monstruo, parece ser que un buen día mató, sin proponérselo, a un joven *chemosit*, por obra y arte de la carne envenenada que él había estratégicamente colocado para acabar con las hienas.

Un día nuestro hombre fué a examinar sus trampas: en una de ellas halló un extraño animal que se hallaba muerto y bien muerto, junto al mortífero cebo. Era un animal más corpulento que una hiena, pero que se asemejaba a ella en el color amarillento sucio de su pelambrera. Su cabeza era idéntica, en un todo, a la de un oso. Interrogó a un viejo hechicero con respecto a la identidad del extraño animal. Le respondió éste que no se trataba, en efecto, de una hiena, sino que era otro animal cuyo nombre él no conocía.

Pero, ¡ah!, mientras que el señor Williams regresaba a su tienda para buscar algún instrumento con que descuartizar al enigmático bicho, las hienas —¡las auténticas hienas!— hicieron su aparición en es-

cena, llevándose consigo aquella inestimable pieza anatómica que hubiera servido para resolver, de una vez, el ya enervante problema.

El caso es que, como vamos viendo, la Ciencia no ha logrado, hasta nuestros días, catalogar de una manera oficial al misterioso oso nandi, entre los otros representantes de la fauna africana. En el «British Museum» se conserva, al parecer, un trozo de una piel recubierta de largos pelos pardos, que bien pudiera proceder, según algunos, de ese enigmático animal que hace encogerse de hombros a los «expertos de laboratorio», pero del que no sería prudente negar la existencia, ni mofarse, hallándose uno en determinadas aldeas de Kenia...

Capítulo VII

MNGWA, EL EXTRAÑO ANIMAL

El agudo grito de una mujer ha roto brutalmente el silencio y la paz del pequeño pueblo de las orillas del Tanganyka. A la pálida luz del alba, sobre la arena aun húmeda de la plaza del mercado, se agita débilmente una masa informe de carne humana; el guiñapo deshecho de un hombre, bestialmente arañado, mordido, lacerado y rasgado por alguna inconcebible máquina de matar.

El chillido de terror hace levantar el vuelo, apresuradas, a algunas aves rapaces que trataban ya de hacerse con un buen lote de carroña. Uno tras otro, aun medio dormidos, van apareciendo los habitantes del poblado, alarmados súbitamente por el desgarrador grito. Así, poco a poco, van formando un apretado círculo en torno a la víctima. Miran con estupor aquellos restos maltrechos de hombre. Su impresionado silencio dura hasta que uno de ellos, más impaciente, se agacha para recoger del suelo, de entre los manchones de sangre ya seca, un puñado de pelos grisáceos.

—¡*Mngwa*! —chilla luego.

Los asistentes sienten un escalofrío de terror y la extraña palabra va pasando, con sordina, de boca en boca.

—¡*Mngwa*!, ¡*Mngwa*!...

Los cuerpos tiemblan, por efecto del terror, como las palmas agitadas por el viento.

—¡*Mngwa*! —repite luego otro indígena, tras haber estudiado cuidadosamente ciertas huellas marcadas sobre el terreno. Y este nombre va propagándose, ganando cada vez en acento de terror, hasta los mismos confines de la aldea. Las mujeres, al oírlo, apretarán contra sus pechos a sus hijos; los hombres, fruncirán preocupados sus cejas, echando miradas hacia los bosques de cocoteros, mientras sus oídos tratan de registrar el aullido del animal.

Mngwa ha hecho una nueva víctima

Mngwa es el misterio africano por excelencia.

Ignorado totalmente por los blancos, es poco, poquísimo conocido por los mismos negros, puesto que su propio nombre indígena procede del vocablo kiswahilí «mu-ngwa», que significa, justamente, «el extraño, el misterioso».

Muy a menudo, los colonos del Este africano confunden con el *oso nandi* a esta criatura misteriosa a la que los indígenas llaman también el *nunda*. Pero entre ambos seres no hay más que un punto de contacto: el terror que inspiran.

Mientras que el *chemosit* de los nandi es un ser fondón, de paso lento, que hace pensar en un oso o en un enorme babuino, el *mngwa* es netamente felino; una mecánica silenciosa de músculos exactos y precisos que, al aprestarse para el asalto, vibrando como resortes del más templado acero, convierten al animal en un impresionante instrumento de muerte, erizado de garras y de colmillos.

Y mientras que el teatro de operaciones del primero se extiende por todo el interior del Este africano, llegando incluso hasta el Transvaal, la zona de acción del segundo está localizada a lo largo tan sólo de las orillas del Tanganyka. Si quisiéramos relacionar a nuestro *mngwa* con algún otro de los monstruos que moran en el país alto, sería mejor hacerlo con el *ndalawo* de las selvas de Uganda, un feroz carnívoro matador de hombres que parece tener la forma y tamaño de un leopardo, pero cuyo lomo está recubierto, según dicen, de un pelaje de color negro verduzco, mientras que su vientre y flancos tienen una coloración grisácea.

Dentro del mismo tipo, el *mngwa* parece ser mucho más impresionante aún puesto que —según los relatos indígenas— tiene éste el tamaño de un asno y su piel está rayada de gris como la de un tigre.

Un tigre africano monstruoso... Un felino desconocido, del tamaño de un león...

«Alguien podrá alegar que tal animal es un imposible —escribe el capitán William Hichens, antiguo agregado a los Servicios Administrativos de Kenia— pero yo, que he recorrido kilómetros y kilómetros por las regiones donde él mora y que he ayudado a mas de una de sus víctimas a recobrar la salud, tengo la firme convicción de que un animal, que responde plenamente a la descripción del *mngwa*, se esconde en la densa jungla que bordea ciertas zonas de las orillas. Tal selva, en muchas de sus partes más tupidas, no ha sido visitada por el hombre desde hace cientos y cientos de años.

»Esto queda ampliamente demostrado con el siguiente hecho: Una gran ciudad, formada por edificios de piedra ya convertidos en ruinas, se halla desde hace más de cinco siglos escondida tras la gran muralla vegetal del *bush*, a menos de medio día de viaje (en automóvil) desde Mombasa y allí ha permanecido totalmente desconocida, ignorada, hasta que fué vuelta a descubrir hará unos cuatro años (o sea, sobre el 1933).»

LA LEYENDA DEL SULTÁN MAGNÚN

Podemos afirmar que para los pescadores del Tanganyka, el *mngwa* es algo tan conocido como lo era, en otras épocas, y en nuestras propias regiones, el lobo blanco o el mismísimo hombre-lobo. Figura también en numerosos cuentos y leyendas *swahili*.

El capitán Hichens, a este respecto, cita una canción guerrera atribuída al héroe swahili Liongo Fumo wa Ba-Uriy:

«Sikae muyini kewa kitu duni
Nangia mwituni haliwa na mngwa.»
(Yo no vivo en el poblado para no hacerme allí
perezoso; yo me interno en las selvas donde
puedo ser devorado por la bestia extraña.)

Esta bélica canción data del año 1150, más o menos. Hoy, ocho siglos después, el *mngwa* sigue gozando por aquellos contornos de idéntica fama y reputación.

Para poder hacernos una idea exacta del papel que jugaba, ya en la Edad Media, este extraño animal en el folklore local, pasemos ahora a relatar la leyenda del «Sultan Magnún», aportada por Edward Steele, e incluída en su obra titulada *Swahili tales*. Juzguen ustedes mismos.

Un buen día, cuenta la leyenda, el gato del Sultán se escapó de las habitaciones de éste y se introdujo en el gallinero, donde organizó una auténtica matanza. Los soldados y guardianes pidieron permiso al Sultán para matar al gato, pero el monarca respondió:

«El gato es mío, mías son también las gallinas.» El gato, envalentonado, comenzó entonces a devorar corderos y cabras e incluso (es de suponer que este régimen de sobrealimentación le haría desarrollarse considerablemente) se atrevía ya a lanzarse contra las vacas, los caballos y los camellos. Mas cada vez que el Sultán era consultado al respecto, su respuesta era idéntica:

«El agresor me pertenece, las víctimas también; no hay así por qué matarlo.»

Las cosas iban de mal en peor, claro está, hasta el día cumbre en que el felino devoró a tres hijos del propio Sultán. Ante ello, el poderoso Señor cambió de opinión.

—Esto no es un gato; su nombre es «el nunda».

El séptimo hijo del Rey, un joven intrépido y astuto, decidió entonces partir a la caza del monstruo —que en el entretanto había huído del Palacio— para salvar así a su pueblo del peligro que el tal monstruo ya representaba.

Al día siguiente mató un enorme gatazo y regresó a casa cantando:

«Mamà wee, niulàga
Nundà mla watu.»
(¡Oh, mamá, ya he matado
al nunda, el devorador de hombres!)

Pero su madre le sacó del error. El muchacho volvió a salir sucesivamente de caza día tras día y mató así, uno tras otro, una cebra, una jirafa, un rinoceronte y un elefante. Cada vez creía haber acabado su batalla contra el «nunda». Mas en cada caso su madre le sacaba del error.

Finalmente, el joven anunció solemnemente que no regresaría jamás a casa si no era trayendo el cadáver del auténtico monstruo. Se equipó convenientemente y abandonó el poblado. Y un buen día divisó, al fin, al monstruo, del que nos dió luego una exacta descripción:

«Éste debe ser el *nunda*, se dijo el muchacho. Mi madre me ha dicho que sus orejas son pequeñas y las de éste son pequeñas; me ha dicho también que es ancho y no alargado y éste es ancho y no alargado; me contó que tiene la piel moteada y la piel de éste tiene motas; díjome que su cola era fuerte y esta cola fuerte es. Todas las señales que ella me dijo las encuentro yo ahora en este animal.»

Y convencido de no equivocarse esta vez, el muchacho mató al monstruo. A su vuelta a casa, la madre le recibió cantando:

«Mwanangu, ndiyiyi
Nundà mla watu.»
(¡Oh, hijo mío, esta vez sí que has
matado al nunda, el devorador de
hombres!)

El final de la historia es el clásico; el príncipe valiente heredó el reino de su padre, casó con una bella joven y vivió feliz y contento durante largos años, amado además por todo su pueblo.

Esta leyenda es significativa en más de un aspecto. Parece ser un aviso destinado a sacar de su error, *a priori*, al que sintiese tendencia a confundir al «nunda» con cualquiera otra fiera de las ya conocidas.

EL MONSTRUO NO RESPETA A LA POLICÍA

¿Quién es, pues, este *mngwa*? Alguna fiera nacida en la imaginación fértil de los negros, podría pensarse. Y esto era, justamente, lo que se creía en general hasta los años veinte del presente siglo.

En tal ocasión —como lo señala con humor Frank Lane— «una serie

de sucesos, ocurridos en algunos poblados de pescadores de la costa del Tanganyka, tuvieron la virtud de hacer pasar al «nunda» desde el reino de la fantasía indígena al de los informes oficiales».

El expediente abierto a este respecto por el capitán W. Hichens es uno de los más detallados y concienzudos. Su primera pieza o página, que se refiere a ciertos hechos acaecidos en el pueblo de Lindi en 1922, nos sumerge de lleno en el ambiente del drama.

«Los comerciantes indígenas tenían la costumbre, cada tarde, de dejar sus mercancías en la misma plaza del pueblo, listas así para el mercado de la siguiente mañana. A fin de evitar los robos e incluso impedir que los vagabundos durmiesen entre los bultos, un *askari*, o sea un agente de la policía indígena, montaba la guardia en tal plaza; el piquete lo componían en total tres *askaris*, cada uno de los cuales realizaba una guardia o puesto de cuatro horas. El día de autos, al filo de la medianoche, el centinela entrante, al ir a realizar el relevo, notó con asombro que el agente de facción no se hallaba en su puesto. Se dedicó, pues, a buscarle por las inmediaciones y lo halló, por fin, atrozmente mutilado, tendido bajo un tenderete. El hombre, aterrorizado, partió en busca de su jefe, un oficial blanco, con el que yo me reuní seguidamente en la misma plaza del mercado. Comprobamos luego que el pobre *askari* había muerto bajo los ataques de algún animal feroz, un león probablemente.

»Entre los crispados dedos de la víctima se hallaba un puñado de pelos grises; parecía como un manojo de crines de león que hubiesen sido arrancadas en el curso de una feroz lucha. Pero desde hacía largos años, no se habían visto leones por aquellos contornos. Al día siguiente, nos hallábamos discutiendo este apasionante asunto, cuando el viejo *liwali* árabe, o sea el gobernador indígena del distrito, irrumpió en nuestra oficina llevando tras de sí, literalmente pegados a sus talones, dos espantados y temblorosos hombres. Por la noche, ya muy tarde —decían éstos— se habían deslizado ellos, algo furtivamente, a lo largo de la plaza del mercado, temiendo que el *askari* les viese y les pudiera tomar por ladrones. Cuando pasaban así, muy sigilosamente, por aquellos lugares, presenciaron horrorizados cómo un gigantesco gato moteado —el misterio viviente, el temido *nunda*— salía de la oscuridad y se lanzaba, en portentoso salto, sobre el desgraciado *askari*.

»El *liwali*, hombre venerable y educado, nos aseguró formalmente que, durante su vida, se habían llevado ya a cabo varias visitas como la presente; que el *nunda* no era desconocido así por los habitantes del poblado y que tal ataque no les había causado mayor sorpresa. No se trataba, siguió diciendo, ni de un león, ni de un leopardo, sino de una especie de enorme gato, tan grande como un asno y con la piel marcada como un *tabby* (uno de nuestros más corrientes gatos de tejado, de piel algo atigrada). Ya había oído yo más de una vez tal historia, pero hasta la fecha la cargué siempre a la cuenta de las supersticiones populares. La seria afirmación del *liwali* hacía ya tomar otro cariz al asunto. Aquella noche, vigilamos nosotros mismos el mercado, acompañados por dos *askaris* armados hasta los dientes. Y, claro está, no pasó nada. Al siguiente día, reunimos a todos los *askaris* de la guarnición y les dirigimos una breve charla para poner de manifiesto hasta qué punto eran ridículas todas aquellas supersticiones y leyendas. Pero he de reconocer que nuestro discurso fué más bien prematuro. Durante la noche de aquel mismo día, otro policía fué brutalmente despedazado. Y entre sus crispados dedos aparecieron también, al igual que en el caso precedente, otros tantos pelos grisáceos y misteriosos...»

Será inútil decir, por supuesto, que los aldeanos no hicieron demasiado caso de nuestro discurso sobre la estupidez de las supersticiones. En vez de comentarlo, optaron más bien por llevar presentes y dádivas a los más afamados brujos de la región para que éstos accediesen a realizar sus prácticas y ritos mágicos de *dawa*. Se pretendía, mediante tal sistema, obligar al «nunda» a alejarse así de las zonas «protegidas» por los brujos.

En cuanto a la policía, no había fuerza capaz de obligarles a seguir montando la guardia. Ni tan siquiera por parejas se atrevían a patrullar por la noche. Y se podría apostar, bien tranquilamente, a que hacían sabrosos comentarios sobre la estupidez de los discursos de sus superiores...

En todo el poblado reinaba ya un franco clima de temor, de inquietud, de superstición miedosa.

El capitán Hichens, convencido aún de que el responsable de los desafueros era un león, mandó al Cuartel General el mechón de misteriosos pelos, rogando los sometieran a un detenido examen a cargo de los técnicos en la materia. Al cabo de varios días llegó la respuesta y con ella la demostración de una gran extrañeza y de un descarado deseo de saber más: «Se trata de una muestra del pelaje de un animal, mas no de crines como usted apuntaba; son, muy probablemente, pelos procedentes de algún gran gato.»

No se podía soñar con una confirmación más rotunda en apoyo de la descripción dada por los indígenas sobre el «grande y misterioso nunda».

Que el animal en cuestión era de gran tamaño, eso estaba ya fuera de duda, habida cuenta de la gravedad e importancia de las mutilaciones producidas y de las heridas inferidas. Que su pelaje era gris tampoco cabía discutirlo, puesto que allí había dos muestras que lo testimoniaban.

En suma; que a los Comisarios Regionales nada les quedaba sino entonar el *mea culpa* y reconocer su error.

Pero incluso esto, por otra parte, era ya perfectamente inútil puesto que los indígenas no necesitaban de tal retractación para creer a pies juntillas en la auténtica realidad del *mngwa*.

Para colmo, durante el mes siguiente se produjeron otros cuantos ataques similares, otras tantas tragedias, en algunas otras aldeas de la costa.

Los respectivos jefes, corrían luego a las autoridades británicas a informar «que un gran animal, tigrado en gris como un gato, pero tan alto como un asno, se llevaba durante la noche a los aldeanos».

Se cavaron fosos, se armaron trampas; grandes trozos de carne envenenada fueron situados estratégicamente. Pero en vano todo ello... No se logró cazar, con tanto alarde cinegético, ni tan siquiera un león o una pantera. Nada, simplemente nada...

Una policía especial, armada a todo evento, patrullaba por aquellas

zonas. Incluso se organizó también más de una batida. Nada de nuevo. El animal continuaba invisible e inaprehensible. Pero sus zarpazos, sus bestiales ataques, se seguían produciendo, aquí y allá sin tregua alguna.

Hasta que un día, y con la misma brusquedad con que habían comenzado, acabaron por fin los *raids* del extraño animal.

Pero, desgraciadamente, no para siempre; ataques semejantes se seguirían produciendo luego, con mayor o menor frecuencia, entre los pacíficos *kraals* de los pescadores de la costa oriental.

Es comprensible que el capitán William Hichens, encargado oficialmente de investigar a este respecto, haya llegado a ser, poco a poco, el más ferviente defensor de la legitimidad de las creencias y de las opiniones de los indígenas.

Y cuando él nos cuenta —en el año 1937— los siguientes sucesos, nadie puede tener fuerzas, creo yo, para dirigirle sermones sobre la estupidez de las supersticiones.

«Hace ya bastante tiempo, y hallándome yo en Mchinha (un pequeño poblado costero del Tanganyka), me llevaron a ver los tristes despojos de un hombre que había sido literalmente hecho trizas por alguna fiera de gran tamaño.

»Me aseguraron que aquello no podía ser obra más que del *mngwa*. Quien tal afirmaba era un bravo y curtido cazador que había tomado parte en infinitas cacerías, tanto conmigo mismo como con otros muchos blancos. ¿Por qué vamos, pues, a pensar que en este caso preciso se equivocase este veterano? ¿No iba a conocer él sobradamente las pistas y las «caricias» de leones y leopardos, para errar tan de plano ante este hecho concreto?

»Por otro lado, nada ganaría mintiéndome. Antes bien; como cazador profesional que era, debía cuidar extraordinariamente de su crédito personal. Nadie paga un salario a un cazador del que se rumorea que es mentiroso, cobarde o asustadizo...

»El negro africano no tiene, además, ni un solo pelo de tonto cuando se trata de describir la vida del *bushweld* y de sus animales; ni se lanzará a decir a tontas y a locas, que un animal es el temido *mngwa* cuando cualquier vieja de su poblado podrá luego afirmar, sin más que echar una somera mirada a las huellas, que se trata de un león, de una hiena o de un leopardo.

»Una canción de caza, bien conocida por cierto, nos habla en un solo renglón o verso, y todo a la vez, de *simba* (el león), de *nsui* (el leopardo) y de *mngwa*, lo que demuestra bien a las claras que no hay ni la menor confusión, en el espíritu de los indígenas, entre los citados tres grandes carnívoros.»

Incluso el Dr. Patrick Bowen, que tanto escepticismo mostrara con respecto al oso nandí, cuyos desafueros achacaba él a los brujos de los contornos, se muestra ahora plenamente afirmativo en relación con la existencia del *mngwa*. Y es que dicho doctor tuvo la ocasión de estudiar en persona el proceder del *mngwa*, mientras investigaba la misteriosa desaparición de un joven indígena. No es preciso remachar que éste fué, claro está, otra víctima del desconocido animal.

Bowen, acompañado de un célebre cazador boer, se personó en el lugar de la tragedia. Estudiaron, en principio, las huellas que el animal

dejó marcadas; podía tratarse de un león. Fueron siguiendo la pista hasta llegar así a una zona bastante dura formada por arena húmeda, en la que las huellas habían quedado marcadas con una nitidez total. Allí sí que se veía ya, sin temor a equívocos, que el pobre león no había tenido arte ni parte en el rapto del muchacho. «Las huellas que veníamos siguiendo —aseguraba luego Bowen a Frank Lane— parecían haber sido dejadas por un leopardo que fuese aún mayor que el mayor de los leones.»

Los pelos del animal, hallados en el interior del *kraal* que éste había asaltado, tenían un aspecto moteado y eran total y absolutamente diferentes de los del leopardo.

¿Es una pura superstición, entonces, este *nunda*? ¿Un simple mito poético? ¿Una «tartarinada» de algún cazador ávido de presumir? ¿Un golpe de efecto de algún misterioso brujo o hechicero?... Haría falta tener un aplomo extraordinario para pretender tales cosas.

Citemos mejor, para cerrar ya este intermedio *swahili* sin perder el color local, esta máxima indígena que un Hamlet extremadamente tenebroso dirigió un lejano día, sin duda, a algunos Horacios no menos negros que él:

> «*Si taajabuni, waana Adanu, mambo yalio duniani.*»
> (No os extrañéis, cachorros de hombre, de nada de cuanto pase en este mundo.)

Capítulo VIII

AGOGWE, LOS ENANOS VELLUDOS DE MOZAMBIQUE

El terror suele adquirir una nueva dimensión cuando el ser que lo provoca toma, para colmo, una apariencia humana. ¿Por qué ganó tanta fama, tan trágica fama, el hombre-lobo, sino por el hecho preciso de que se trataba, según la *vox populi*, de un auténtico hombre convertido en lobo? Los monstruos más terribles de la antigüedad han estado siempre adornados con algunos rasgos humanos; recordemos al cíclope y todo su cortejo de ogros caníbales, las sirenas de engañosa y fatal seducción, las brujas, las arpías y tantos otros engendros diabólicos.

Todos nuestros «cocos» actuales, a los que los aficionados al cine piden de continuo nuevas y más fuertes sensaciones, son incluso hombres propiamente dichos, como vemos en los casos de Frankenstein y de Míster Hyde, de Drácula el vampiro, y hasta del fantasma de la Ópera.

Parece paradójico, a primera vista, que aquello que más nos aterroriza sea, justamente, aquello que mejor conocemos como, en resumen, es el propio ser humano. ¿Dónde queda, pues, el terror a lo desconocido?

La verdad es que la brutalidad, como lo indica la propia etimología latina de la palabra, es propia de los animales (*brutae*), mientras que la malignidad es humana. De la primera podemos guardarnos puesto que es fácil para nosotros deducir las reacciones del bruto; pero ante la malignidad, ante la astucia diabólica, nos sentimos helados de terror puesto que adivinamos tras ella una inteligencia desatada, fría y calculadora, cuyas intenciones y marrullerías no son siempre previsibles ni adivinables.

Y esto nos hace comprender por qué los pueblos primitivos —el caso de los nandí, por ejemplo— humanizan siempre a aquellos monstruos o aquellos peligros vivientes que en su crueldad y en su ferocidad parecen salirse ya de lo corriente. Recíprocamente, esto valdrá también para hacernos ver cómo el temor desusado que inspiran los «monstruos de

apariencia humana» ha motivado, justamente, el que tan mal informados nos hallemos aún con respecto a los seres que más cercanos están a nosotros mismos, o sean, los monos antropoides.

En las regiones en que éstos moran, suelen provocar entre los indígenas un verdadero pánico; y los aborígenes, claro está, les dan una reputación que, en muchos casos, peca ya de exagerada. Los naturalistas, los exploradores y los cazadores blancos, poco pueden conseguir por su parte sin contar con el apoyo de los guías, expertos y porteadores negros. Pero éstos, cuando se acercan a los parajes en que los grandes monos se cobijan, suelen quedar —salvo honrosas excepciones— paralizados de terror, y ya es inútil, totalmente, contar para nada con ellos.

Por otro lado, la inteligencia y astucia de estos antropoides tiene también una buena culpa, digámoslo así, de nuestro actual desconocimiento de sus vidas y costumbres. Estos listos animales olfatean el peligro y hasta casi parece como si adivinasen nuestras intenciones. De modo, claro está, que saben refugiarse a tiempo.

Y esta ignorancia nuestra con respecto a ellos es, en rigor de verdad, la eterna fuente de las confusiones.

Es muy corriente, allá en el África, que los cazadores o exploradores señalen la existencia de monos antropoides de especies aún desconocidas. Se han descrito varias decenas de especies de chimpancés, mientras que los doctos zoólogos, por su parte, no se hallan dispuestos, hoy en día, más que a reconocer la existencia de dos. A saber: el chimpancé ordinario *(Pan troglodytes)* y el chimpancé enano de cara negra *(Pan paniscus)*. Y hasta hay otros, más escrupulosos, que se empeñan en conceder a este último tan sólo la categoría de variedad del primero o, todo lo más, de mera subespecie.

Mas sea como sea, el hecho cierto es que, en general, se han llegado ya a admitir tres variedades geográficas del chimpancé de tamaño normal: el chimpancé de la Alta Guinea *(Pan troglodytes verus)*, cuya cara es siempre de color claro; el chimpancé de la Baja Guinea *(Pan troglodytes troglodytes)*, precozmente calvo y cuya cara se va cubriendo, con la edad, de pequeñas pecas, que acaban por unirse dándole un tono pardo violáceo muy oscuro. Y finalmente, el chimpancé del África Central y Oriental *(Pan troglodytes schweinfurthi)*, cuyo color se va bronceando paulatinamente, y todo por igual, con el transcurso del tiempo.

Señalemos, desde ahora mismo, que las respectivas áreas de distribución de estos tres grandes grupos, suelen entremezclarse muy frecuentemente.

El gorila, por su parte, goza de bastante peor reputación que el chimpancé, sin duda a causa de su mayor tamaño. Y a causa también de dicha peor fama es, consecuentemente, mucho menos conocido que el segundo. Se han descrito, por unos y otros, no menos de 18 especies de gorilas; mas en realidad ello es debido al citado desconocimiento. Todas parecen referirse, realmente, a una única especie, la de *Gorilla gorilla*. Den-

tro de ésta cabe distinguir, sin embargo, dos formas geográficas diferentes: el gorila de la costa o gorila occidental *(G. g. gorilla)* y el gorila de las montañas o gorila oriental *(G. g. beringei)*, que parece ser más negro, más grande y más velludo que el precedente. Sin embargo, se va admitiendo ya la existencia de una especie distinta de gorilas, el gorila enano, que deberá ser considerado como un subgénero particular *(Gorilla —pseudogorilla— ellioti)*.

UN «NUEVO» ANTROPOIDE DURO DE PELAR

Por otra parte, se ha llegado incluso a señalar la existencia, en África, de unos grandes monos que, según los observadores, no eran ni chimpancés ni gorilas.

Así, Paul de Chaillu, el primero que proporcionó datos extensos sobre el gorila, creía en la existencia de otros dos antropoides africanos, el *nschiego-mbouwe* y el *kooloo-kamba*, mayores ambos, en su opinión, que un gorila hembra.

Decía del primero que su cabeza era «calva y de un color negro reluciente»; del segundo, «que su cara era totalmente negra y barbilampiña».

Podemos reconocer así fácilmente a dos viejos chimpancés de la Baja Guinea, a los que frecuentemente se les llama chimpancés calvos.

El ennegrecimiento por manchas de la cara de estos antropoides (que les da así, con la edad, un aspecto bien diferente del que tienen cuando jóvenes, y que hace que los machos de gran tamaño lleguen a parecerse a los gorilas hembras) ha jugado más de una mala pasada a los naturalistas.

A finales del siglo pasado se exhibió, durante varios años, en el Jardín Zoológico de Dresde, un «gorila» llamado *Mafuka*, que no era, en realidad, sino uno de tales chimpancés ya entrado en años.

Tal chasco motivó una abundante serie de artículos en los periódicos y un sinfín de comentarios. Mas la lección nc valió, ni tan siquiera, para prevenir futuros errores.

En 1926, Ernst Schwarz, gran especialista en tales cuestiones, tuvo ocasión de examinar en el «British Museum» una piel y tres cráneos procedentes —según el Dr. Vassal, que era quien los había hallado— de un nuevo antropoide llamado *dedieka* por los indígenas del Congo central. El examen de aquellas piezas demostró a Schwarz que el ejemplar conservado con su piel no era sino un chimpancé calvo de sexo masculino y que los otros dos cráneos pertenecían a gorilas hembras.

Georges Trial, en su *Roman du gorille*, aparecido en 1936, se permitía apuntar una teoría mucho más audaz aun, a propósito del *kooloo-kamba* ya citado anteriormente por Chaillu; según él, era este animal

un simple híbrido, nacido de los amores contra natura de un gorila macho y un chimpancé hembra.

«He podido convencerme, en más de una ocasión —seguía luego escribiendo— que la presencia de un solo gorila, casi siempre un joven macho, entre las bandas de chimpancés, viviendo en buena armonía con ellos, no es ningún hecho extraordinario. Y la existencia de un mestizo, que parece ser exclusivamente el producto creado por un macho de gorila y una hembra de chimpancé, tampoco es un caso insólito y hasta está fuera de dudas; estos mestizos o bastardos, conocidos en el país de los eshiras bajo el nombre de *koulokamba* vienen a parecerse mucho al chimpancé por su forma y por su aspecto, pero llegan a alcanzar el tamaño y dimensiones del gorila.»

El último error de este género se remonta al año 1938. En dicha época, el Dr. Raingeard describía una nueva forma de antropoide del Gabón que tenía algo de chimpancé y de gorila al mismo tiempo. Se basaba, en gran parte, en los testimonios de los propios indígenas:

«Además del gorila y del chimpancé —afirmaba— existe en el Gabón un antropoide perfectamente diferenciado por los indígenas quienes le atribuyen, por ende, unas costumbre totalmente distintas de las de esos otros dos animales. En los diversos dialectos que por allá se hablan, recibe nombres equivalentes todos al concepto «chimpancé-gorila». Se trata de una especie en vías de desaparición y que no vive sino en algunas pequeñas zonas muy reducidas. Esto dificulta grandemente su descubrimiento y su subsiguiente estudio.

»El nombre de chimpancé-gorila (*koula-nguia* en akelé) le caracteriza bastante bien. Su tamaño es comparable al del chimpancé, así como su cráneo redondeado y sin cimera, en el caso de los machos; la cara es en un todo la del gorila. El color de la piel y de los pelos corresponde al del chimpancé; el pecho, las mejillas y la frente están totalmente desprovistas de vello.»

Un año más tarde, y a la luz de las fotografías y de las medidas dadas a conocer por el Dr. Raingeard, Ernst Schwarz no tuvo casi dificultades en demostrar que el *koula-nguia* no era otro —ustedes ya lo habrán comprendido— que un chimpancé de cara negra de la clásica especie: ¡el sempiterno y viejo chimpancé calvo!

«Me parece —escribía Schwarz— que el Dr. Raingeard se ha dejado engañar por los relatos de los indígenas que no son capaces de distinguir entre un chimpancé joven y otro viejo, de cara y de piel muy negra. No es el primero que ha caído en este error. Es bien cierto que el chimpancé del Gabón cambia por completo su color y su pelaje en el curso de su desarrollo. Y esto está mucho más marcado o agudizado aún en esta raza que entre otras formas del chimpancé.»

En resumen, los nombres de *nschiégo* o *tchégo*, de *dedieka*, de *koulokamba* y de *koula-nguia* deben ser tenidos, todos, por simples sinónimos; todos designan, pues, al único y mismo chimpancé de la Baja Guinea, al ya conocido *Pan troglodytes troglodytes*.

Ello no obstante, bueno será reconocer que no todas las historias que circulan por aquellas latitudes son tan fáciles de resolver como estos

casos inmediatamente precedentes; el gorila de las montañas, el mayor de todos, el gorila enano que nunca ha sido visto vivo y en su medio ambiente, y del que tan sólo poseemos algunas pieles y esqueletos; y finalmente, el chimpancé enano eran, los tres, totalmente desconocidos por los blancos en el pasado siglo.

Así, pues, tampoco podemos rechazar de plano la idea de que el Continente negro guarde aún, en su misterioso seno, algunos otros antropoides ignorados todavía por la ciencia.

¿Qué podremos pensar, en tal aspecto, del *muhalu*, ese enorme mono del que hablan los pigmeos wahbuti de la selva ecuatorial del Kibali-Ituri y que, según ellos, adopta habitualmente una postura bípeda? Le siguen describiendo como cubierto de unos pelos muy oscuros, casi negros, salvo por la cara, donde éstos toman un color descaradamente blanco.

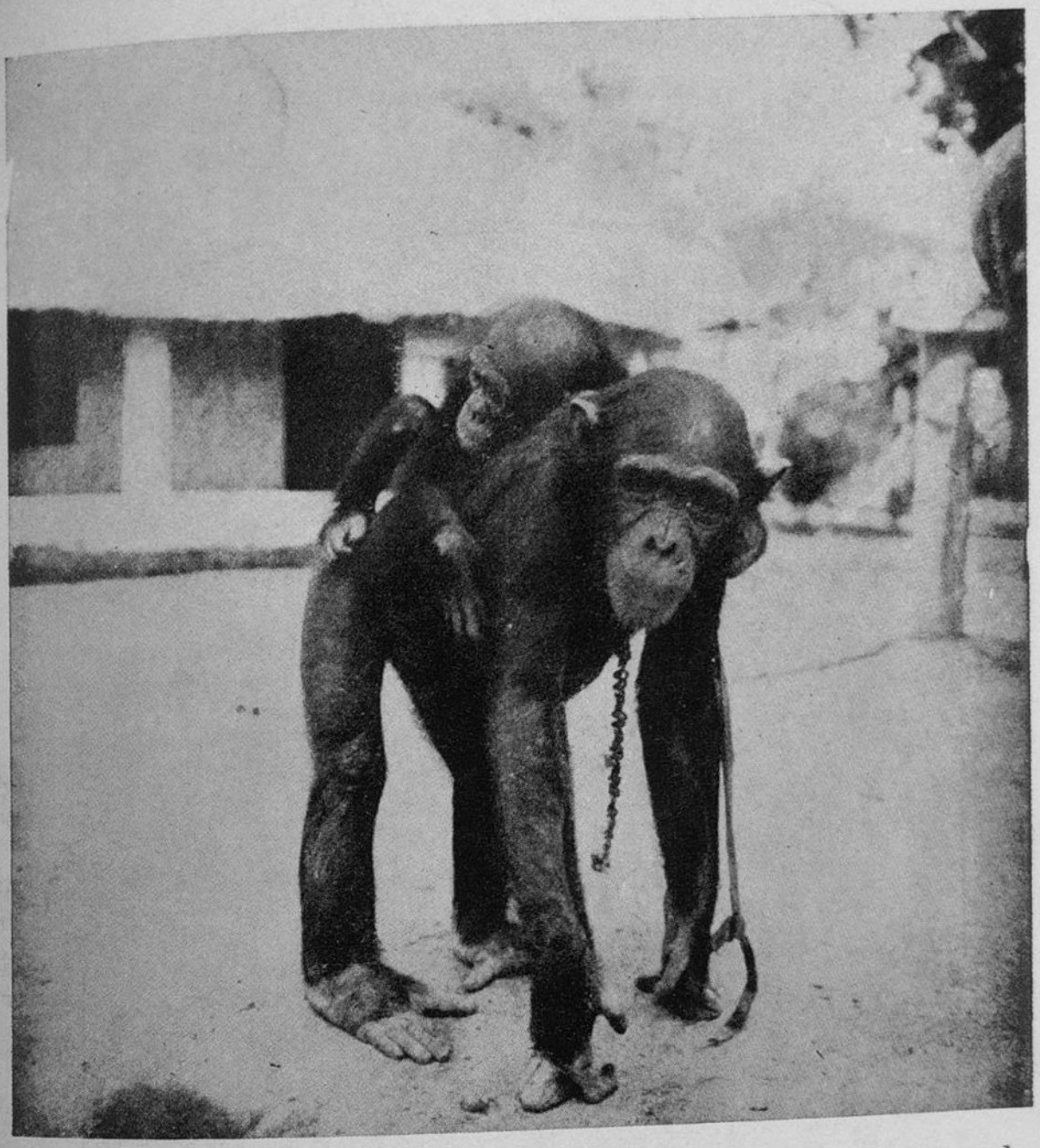
Si hiciesen alusión a un mono de tamaño mediano podríamos relacionar —más o menos a trancas y barrancas— tal descripción con un chimpancé, pero ellos aseguran que es un animal tan grande como un gorila.

En rigor de verdad, el chimpancé que se encuentra en el centro y en el este de África es el de Schweinfurt, que posee abundantes mechones negros y cuyo rostro se va bronceando con el paso de los años. El único chimpancé que, a fuer de sinceros, pudiera «casar» más exactamente con la descripción dada es, desafortunadamente, el que más lejos vive del Congo; el chimpancé de la Alta Guinea que conserva siempre un tono claro y que posee una barba blanquecina.

El comandante Attilio Gatti, quien debe conocer estupendamente el pueblo gorila a juzgar por el enorme número de ejemplares que ha matado —muchos más incluso de los que señalan como límite los reglamentos— testifica que el *muhalu* es un gran mono aún desconocido. Pero yo creo muy conveniente señalar, siquiera sea de pasada, el marcado gusto que el célebre cazador italiano siente por las historias fantasmagóricas...

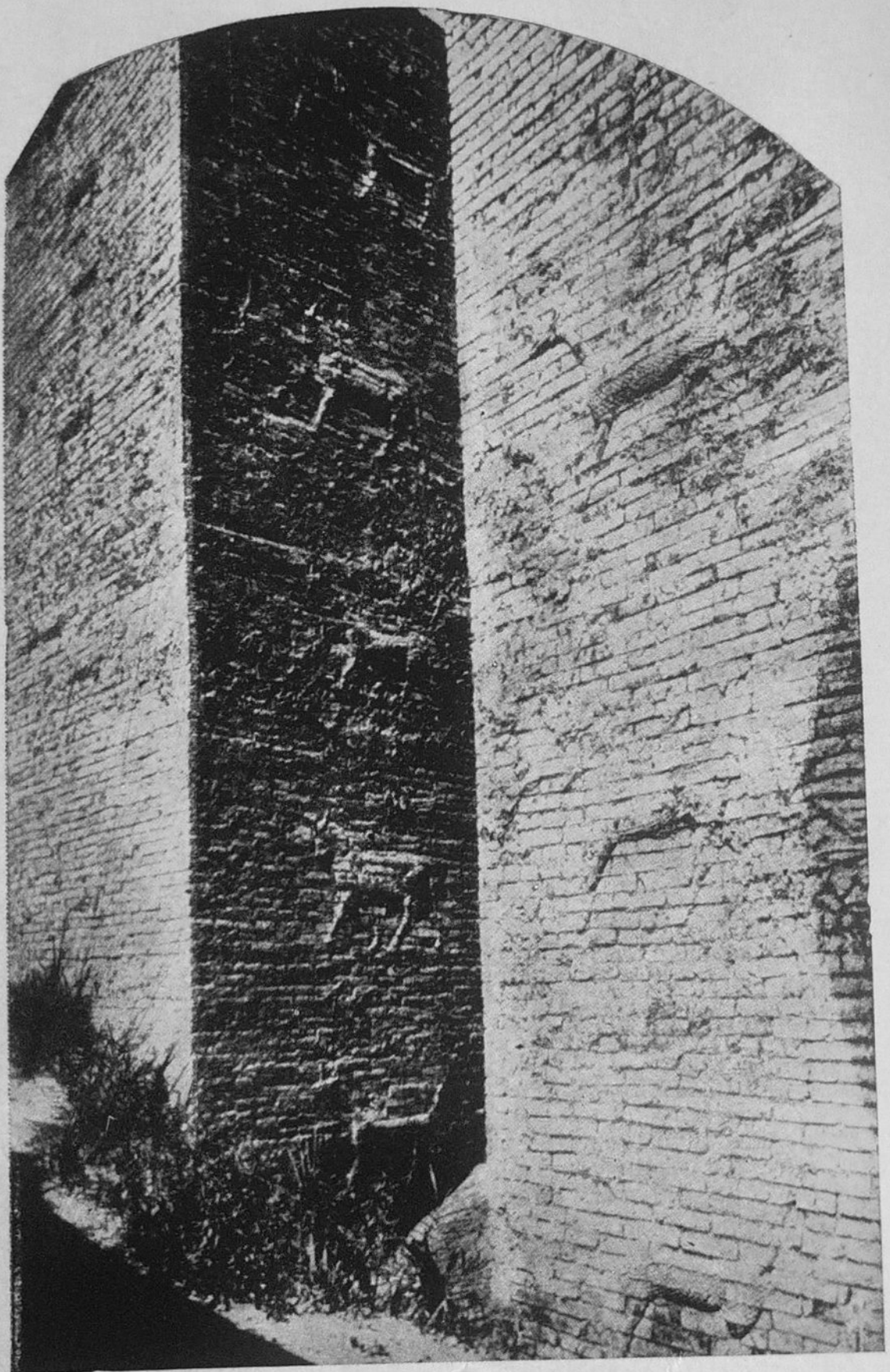
En su libro *Tam-tams* nos cuenta haber visto personalmente algunos pelos de gorila que eran, precisamente, de un color «rojo vivo». ¿No se trataría, más bien, de un color castaño rojizo? En tal caso nada habría de raro ni de anormal puesto que los pelos de la parte alta de la cabeza del gorila suelen tomar frecuentemente una coloración marrón muy acusada, detalle éste que indujo a Slack, en 1862, a crear una especie de *G. castaneiceps*, es decir, «de cabeza marrón».

La prosaica verdad es que al propalar tales rumores el comandante Gatti esperaba lograr nuevas autorizaciones para cazar algunos ejemplares de la supuesta «nueva especie» de gorilas. Mas tal esperanza debió salirle fallida de plano, puesto que el hecho cierto es que este cazador furtivo de alta escuela no parece estar considerado como «persona grata» en el Congo belga.



Este chimpancé tuvo, en otros tiempos, un primo hermano bípedo y de cerebro muy desarrollado: el australopiteco. ¿Seguirá éste subsistiendo, tal vez, en nuestros propios días?

(C. C. I. D.)



Fachada oriental del Pórtico de Ishtar. — Se distinguen en ella, alternativamente, figuras de dragón y de uro

(C. Koldewey)

Más interesante, desde nuestro punto de vista, es una creencia muy extendida entre los cazadores mbéti de Kellé, en el África ecuatorial francesa. Según ellos, existe un gorila totalmente blanco, bastante raro y escaso. Según el Sr. M. L. Blancou, quien ha hecho minuciosísimos estudios sobre los gorilas, tal rareza y escasez hace pensar inmediatamente en meros fenómenos de albinismo. Mas de todas formas, el estudio de uno de tales ejemplares sería del mayor interés.

EXTRAÑAS HISTORIAS DE DUENDES

La más misteriosa de cuantas historias corren por el África relacionadas con monstruos de figura humana, no se refiere a gigantes sino, por el contrario, a enanos; a los *agogwe,* los pequeños y velludos hombrecillos, no más altos de 4 pies y que marchan siempre en postura bípeda.

Se pueden recoger, sobre ellos, una enorme cantidad de anécdotas por todo el este y el sudeste africano.

El capitán Hichens, cuyos testimonios van apareciendo así tan a menudo, nos cuenta:

«Hace algunos años, participaba yo oficialmente en una cacería de leones, allá por la región de las selvas de Ussure y de Simbití (por el lado occidental de las llanuras de Wembare). Mientras que aguardaba yo, estratégicamente apostado, la llegada de uno de estos «matadores de hombres», pude ver dos pequeñas criaturas de color pardo, cubiertas de pelos, y que salían en aquel momento por un lado de un claro de la selva, desapareciendo poco después, en la selva de nuevo, por el extremo opuesto del calvero. Se hubiera dicho que eran hombrecillos; no medían más de 1,20 metros de alto; marchaban sobre dos pies, y estaban totalmente recubiertos de una pelambrera rojiza.»

»El cazador indígena que me acompañaba, les miraba con la boca abierta de par en par y con una expresión mezcla de terror y de extrañeza.

»—Esos son —me dijo— los *agogwe,* los pequeños hombrecillos velludos, a los que un hombre tan sólo puede ver una única vez en el curso de su vida...»

El capitán Hichens hizo, claro está, cuantos esfuerzos y tentativas le resultaron posibles para seguir a tan extraños seres. Pero la espesa y tupida selva protegió eficazmente la huída de los minúsculos hombrecitos.

«Quizás fuesen monos —acaba diciendo— pero en tal caso serían unos monos poco corrientes, ya que con toda seguridad no eran babuinos ni colobos, ni *sykes* ni ninguna otra especie de las que se encuentran en Tanganyka. ¿Qué podrían ser entonces?»

Cuando preguntó al respecto y cuando comentó la extraña visión con los indígenas de aquellos contornos, éstos le contaron, sobre tales *ago-*

gwes, las historias más extraordinarias: «Si se deja por la noche, en mitad de las plantaciones, una gran cantimplora llena de cerveza *ntulu* y un buen perol repleto de comida, los tales hombrecillos recogen nuestros regalos y cuidan luego nuestros campos en señal de agradecimiento.»

«Yo estoy perfectamente convencido, remacha el capitán Hichens, que tal cosa no es más que una leyenda. Pero, en cambio, me consta que los señalados hombrecillos velludos no tienen nada de mito.»

En lo que a mí respecta, encuentro tal historia francamente intrigante al menos. ¿No parece corresponder, además, con las que circulan por todo el norte de Europa sobre unos duendecillos llamados *leprechauns* en Irlanda, *brownies* en Escocia y *nutons* en Escandinavia?

Sabido es que tales hombrecitos barbudos, que viven, según se cuenta, bajo tierra, son muy aficionados a ayudar a los humanos en sus mil diarios problemas, a cambio todo ello, de pequeñas ofrendas o regalos.

Se me podrá alegar que los *brownies*, al contrario de los *agogwes*, consideran un insulto el ser recompensados con regalos consistentes en comida o en dinero. Pero las malas lenguas podrán refutar fácilmente tal alegato, diciendo que ha sido, sin duda alguna, la proverbial tacañería de los escoceses la que les ha movido a inventar este detalle discordante.

Una cosa es cierta: todas estas historias se parecen diabólicamente y, a menos de suponer que todas ellas se basaron, en sus orígenes, en hechos auténticos y similares, no vemos cómo podrían haber nacido simultáneamente en dos regiones tan alejadas entre sí como son la Europa septentrional y el Este africano.

Recordemos también a este respecto que, a finales del siglo pasado, se descubrieron en Schaffhausen, en Suiza, los restos óseos de unos hombres de talla minúscula, de unos verdaderos pigmeos de la Edad de Piedra. Kollmann, que fué quien los examinó, considera como cierto que su enanismo no puede ser atribuído a causas patológicas. «Es posible, como lo ha sugerido Nüesch, que la leyenda tan extendida de la existencia pasada de enanos y de gnomos que vivían, al decir de las gentes, en cavernas o escondrijos, sea una simple reminiscencia de tales pigmeos neolíticos» (James Geikie, geólogo escocés). Pero esto, es ya otra historia...

En apoyo del testimonio del capitán Hichens, Frank Lane hace mención a una carta que le fué dirigida por un tal Sr. Cuthbert Burgoyne:

«Era en 1927. Me encontraba yo con mi esposa en un barco de carga japonés que iba, por aquel entonces, bordeando la costa del África Oriental portuguesa. Estábamos bastante cerca de dicha costa por lo cual, y con la ayuda de unos anteojos de doce aumentos, podíamos ver perfectamente bien todo cuanto ocurría en aquella franja costera. Era una playa que formaba una pronunciada pendiente. Su parte alta se hallaba coronada por matorrales. Unas cuantas docenas de babuinos estaban buscando cangrejos a juzgar por sus movimientos y actitudes. Entre tales monos se encontraban dos de

un color totalmente blanco. Estos son animales muy raros, mas con todo y con eso ya había yo oído hablar de ellos más de una vez. Mientras los contemplábamos, dos pequeños hombrecillos de color pardo, parecieron salir juntos de entre los matorrales y fueron luego descendiendo por la pendiente hasta llegar donde se hallaban los babuinos.

»No se trataba de ninguna especie de mono conocido; sin embargo, su aparición no debía ser nada insólita, puesto que los referidos babuinos no les hicieron mayor caso. Estaban demasiado lejos para que pudiésemos apreciarlos en todos sus detalles; pero tales seres semi desnudos vendrían a medir entre 1,20 y 1,50 metros de altura, se tenían en pie con perfecto aplomo y soltura y tenían hasta un aire gracioso. Quedé francamente impresionado puesto que nunca había leído ni oído nada con respecto a tan extraños seres. Algún tiempo más tarde, un amigo mío, cazador de caza mayor, me contó que hallándose él en el África Oriental portuguesa, en compañía de su mujer y de otros tres cazadores, vió una madre, un padre y un pequeñuelo de la misma enigmática raza —a juzgar por mi descripción— cuando éstos atravesaban un calvero del bosque. Los indígenas que acompañaban a los cazadores les pidieron que no disparasen sobre los minúsculos seres.»

¿PIGMEOS O BOSQUIMANOS?

Estas diversas descripciones, convergentes todas ellas, son más intrigantes aún dado que no existe mono —ni tan siquiera entre los antropoides— que se desplace habitualmente sobre dos patas o pies tan sólo. Ocurre a veces que un mono se alza, por tal o cual motivo, sobre sus patas traseras, pero tal postura no le es familiar, en absoluto, ni tan siquiera cómoda. Para decir verdad, solamente el gibón —que se halla confinado en exclusiva en el Extremo Oriente y en el archipiélago malayo— toma sobre el suelo una postura bípeda y esto gracias a sus desmesurados brazos que utiliza al estilo de balancines; pero este cuadrumano, perfectamente adaptado y preparado para la vida arborícola, tan sólo desciende al suelo en contadísimas ocasiones.

Podemos, así, preguntarnos: ¿Serán, pues, los *agogwe* hombrecillos?

A mi juicio, la descripción que de ellos nos han hecho concuerda perfectamente bien, en todo caso, con la de los pigmeos africanos. Recordemos que los negritos de pura raza no sobrepasan jamás de 1,45 metros de altura y que no tienen, por ende, el cuerpo desprovisto de pilosidad, en general, como los restantes africanos. Su piel, a veces, es oscura y mate, pero más generalmente suele ser de un tono «pardo rojizo» o amarillento y cubierta, sobre todo por la parte de la espalda y de las extremidades, de una vellosidad amarillenta y más bien suave. Sus cortos y lanosos cabellos son de un color castaño-oscuro, algo así como un color herrumbre. Tienen los brazos relativamente largos y las piernas cortas, por contra, como ocurre también en el caso de determinados monos.

Que tales pequeños hombres pudieran vivir en buena armonía con los babuinos, les parecerá extraño a algunos, pero yo me permito se-

ñalar que tal cosa no tendría nada de milagrosa ni de mayormente desusada. Si el hombre pone en fuga a todos los animales salvajes es, justa y exactamente, porque él lo quiere así, porque él nunca ha podido ver un solo animal en libertad, en plena naturaleza, sin tomarlo inmediatamente por blanco de sus ataques. La exploración de territorios aún inviolados, como el continente antártico, nos ha probado, bien a las claras, que los animales —las focas y los pingüinos, en este caso— permiten la proximidad de los seres humanos, en tanto y cuanto que éstos no les

Fig. 32. — *Esta representación antigua del chimpancé —según Tyson, 1699— nos hace pensar irremediablemente en una reconstitución actual del australopiteco*

demuestren ninguna hostilidad, sin tratar de huirles y hasta sin prestarles mayor atención ni mayor caso. Algunos animales que gozan hoy de una reputación de feroces, buscan, incluso, la compañía del hombre. Un caso concreto: ha sido tan sólo a causa de la probada y reiterada mala fe del hombre por lo que el puma ha terminado por romper sus «relaciones diplomáticas» con nosotros. Los primeros viajeros que recorrieron aquellas zonas les llamaban, en forma harto significativa, «el amigo del cristiano» (en español en el original; N. del T.), y esto, ¡por algo sería!

Por otro lado, la presencia de tribus de negritos, aún desconocidas, en Tanganyka o en Mozambique, no debería sorprendernos demasiado, puesto que por tales zonas se halla una rama descendente o una continuación, si se prefiere, de la gran selva ecuatorial que es la zona en que habitan, por excelencia, los auténticos pigmeos africanos. Rechazados éstos hacia el sur y hacia el este por los *massaï*, los negritos habrían podido descender perfectamente bien hasta más allá de los Grandes Lagos.

El Sr. Georges Sandrart, antiguo Residente de Ruanda-Urundi, me ha sugerido que los pequeños hombrecillos legendarios de Mozambique podrían ser igualmente bosquimanos de pura raza (1).

Éstos, recordémoslo, son hombres cuya talla no aventaja a la de los negritos, puesto que oscila entre 1,42 y 1,57 metros. Su piel es de un color amarillo cuero, y resulta así clara en comparación con la de los otros africanos.

Es verdad que tales bosquimanos de raza pura han quedado relegados, hoy en día, al desierto de Kalahari, bajo los embates de las tribus cafres.

Pero antiguamente, su área de distribución era enormemente vasta; muchos pueblos africanos les conocían a la perfección. Los zulús les llaman *aba-twa,* los be-chuana *ba-roa* y los hotentotes, *saan.*

La influencia de su vocabulario específico se encuentra también en infinidad de nombres geográficos, y esto por todo el África del Sur, hasta incluso Zambeze. Sir Harry Johnston llegó incluso a descubrir sus trazas más al norte, bajo la forma de instrumentos de piedra, totalmente característicos; tales hallazgos tuvieron lugar a la altura del lago Nyassa e incluso en la extremidad sur del lago Tanganyka. Bueno es saber, o recordar, que tales bosquimanos se servían, para desenterrar las raíces de las que en gran parte se alimentaban, de unas piedras redondeadas en forma característica y perforadas por un agujero en el cual fijaban luego un palo o mango.

Estos hombres de la Edad de Piedra raramente se construían chozas, sino que preferían vivir en cuevas excavadas en el suelo o en los terraplenes, o bien en las mismas cavernas naturales; vemos, pues, que responden perfectamente bien a la descripción de «unos pequeños hombrecillos que viven en un estado de total salvajismo» (2).

Es fácil de comprender que, para huir del avance de los invasores negros, una parte del referido pueblo se refugiara en las desiertas regiones de Kalahari, mientras que otra, u otras, optase por determinadas selvas de Mozambique y de Tanganyka. Pero su piel, excepcionalmente

(1) «Bushmen» y «Boschimans» son las formas inglesa y francesa, respectivamente, del vocablo africano («sabir» angloneerlandés de los boers, más concretamente) «Bosjesmannen» que significa «hombre de los bosques» o sea, nuestro bosquimano en español.

(2) Jaques Mauduit, que participó en la expedición Panhard-Capricorne por el desierto de Kalahari, nos cuenta que «un viejo bosquimano decía ser capaz de comprender el actual lenguaje de los babuinos». Esto sería un buen tanto a favor de las relaciones de buena vecindad —o incluso de amistad— entre bosquimanos y babuinos.

desnuda y desprovista de vellosidad, parece no concordar con la de los prototipos de los agogwe, los hombrecillos peludos.

A menos de suponer que la vellosidad de los negritos está íntimamente relacionada con algunas condiciones muy especiales de su vida selvática; de donde podríamos deducir igualmente que los bosquimanos que optaron por tal género de vida acabarían, bien ciertamente, por sufrir en sí mismos idénticas modificaciones.

Pero esto, claro está, es tan sólo una suposición. En todo caso, bueno será señalar que los negros del Este africano, en sus tradiciones, hacen una neta distinción entre los pigmeos y determinados bípedos de talla reducida, a los que ellos consideran como parientes muy cercanos de los monos.

Oigamos, a este respecto, la opinión del *boy* de Roger Courtney, el célebre cazador; este *boy*, un negro musulmán llamado Alí, le decía:

«¿Has oído hablar de unos hombrecillos que viven por la región Mau y que parecen tener menos de hombres que de monos, menos de hombres que de *shenzis* y que parecen así ser casi, casi, monos por su forma de ser y de vivir?»

Contaba luego cómo su propio padre, que acostumbraba a llevar sus rebaños a pacer en las faldas del monte Longenot, cayó un día en poder de tales gnomos.

Esto le pasó cuando iba siguiendo una pista marcada con sangre, que él suponía estaba íntimamente relacionada con algunas reses que le habían sido robadas. Un golpe dado por detrás, hizo caer a su padre por tierra. Cuando recobró el conocimiento, se halló rodeado de unos pequeños y extraños seres:

«Eran —contaba luego a su hijo— más pequeños aún que esos hombrecillos de las selvas (los pigmeos) y aun cuando no tenían cola visible, hacían pensar inmediatamente en los monos que vemos balancearse por entre los árboles. Su piel era de color blanco, algo así como el vientre del leopardo; su cara y su cuerpo estaban recubiertos de largos pelos negros.»

El padre del *boy* vió, con gran sorpresa, que su propia lanza se hallaba aún caída en el suelo, junto a él. Ante este hecho, pensó:

«Los *mau*, tan próximos a los monos, no debían saber para qué servía mi lanza, desconociendo así que, caso de cogerla yo, hubiera podido darles con ella una descomunal paliza, matando, incluso, a cuantos hubiera querido.»

Todo esto, quizá no sea más que una leyenda. Mas no olvidemos, en tal caso, que todas las leyendas indígenas, en general, suelen tener, en su fondo, una base real, si bien más o menos deformada o adornada.

Y de hecho, tenemos ya una cosa cierta; si los *hombrecillos velludos* a los que unas veces llaman *agogwe* y otras *mau* no parecen con-

cordar exactamente con ninguno de los seres catalogados hasta hoy por los zoólogos y los antropólogos sí parecen corresponder, por contra, con un ser bien conocido por los paleontólogos; con el australopiteco, puesto que ya podemos llamarle por su propio nombre.

Este ser vivía aún en África del Sur hace unos 500.000 años, en una época en que todas las actuales especies de animales del África se hallaban ya formadas y caracterizadas.

EL AUSTRALOPITECO, PROMETEO DEL PANTEÓN ANIMAL

Se sabe, ya hoy en día, que los australopitecos que frecuentaban antiguamente las llanuras herbosas de los contornos del Vaal, se presentaban bajo la forma de pequeñas criaturas, no más altas de 1,20 metros y cuyos rostros tenían gran semejanza con los de los chimpancés, aun a pesar de su dentadura casi humana. Su postura bípeda y las proporciones de sus miembros les daban una apariencia total de miniaturas de hombres.

El primer cráneo de uno de tales hombrecillos se descubrió en 1924 en Buxton, en la región de Taungs (Bechuanalandia), por unos obreros que estaban construyendo un camino. El ancho valle del Harts River encierra en su seno un gran número de grutas que quedaron luego cegadas por enormes masas de toba caliza, que fueron explotadas comercialmente después de la primera guerra mundial. La pieza anatómica a que me refiero ahora, estaba embutida en un bloque de piedra y así fué enviada al profesor Raymond Dart, de la Universidad de Witwatersrand quien bautizó con el nombre de *Australopithecus transvaalensis* al ser al que tal cráneo había pertenecido.

El carácter humano de dicho cráneo era tan marcado que los obreros que lo encontraron creyeron, al primer golpe de vista, que se trataba de la calavera de un bosquimano.

Su «padrino» afirmó luego, solemnemente, que aquel ser, mucho mejor aún que el pitecántropo javanés, debía ser considerado como el *missing link*, como el ideal eslabón perdido, que relacionaría así a los grandes monos con el hombre.

Quien examine, libre de prejuicios, tal cráneo pensará —de primer intento— en alguna especie de chimpancé, en una fase aún juvenil; el estudio de la dentadura le hará ver luego que el ser en cuestión contaba ya sus seis años de edad, más o menos. Pero después, inmediatamente después, un examen más profundo le revelará que la capacidad craneal de 500 c. c. es notablemente mayor que la del chimpancé actual que, como norma, es de 370 c. c. en las hembras y de 280 c. c. en los machos.

En resumen, que llegaba a la del gorila (450 c. c. como media entre

las hembras y 510 c. c. entre los machos), y esto, aun a despecho del tamaño, enormemente inferior.

En los ejemplares adultos, esta capacidad cerebral puede llegar hasta 650 c. c. como lo demostrarían después otros descubrimientos paleontológicos. Desde la exhumación del cráneo de Taungs se han desenterrado en el Transvaal. efectivamente, los restos de una buena treintena de australopitecos, entre los que había bebés, adolescentes y adultos.

La dentadura de tales australopitecos es harto significativa. En ellos, los arcos dentarios tienen una forma semicircular, como ocurre entre los hombres, y la dimensión de los caninos no suele exceder casi de

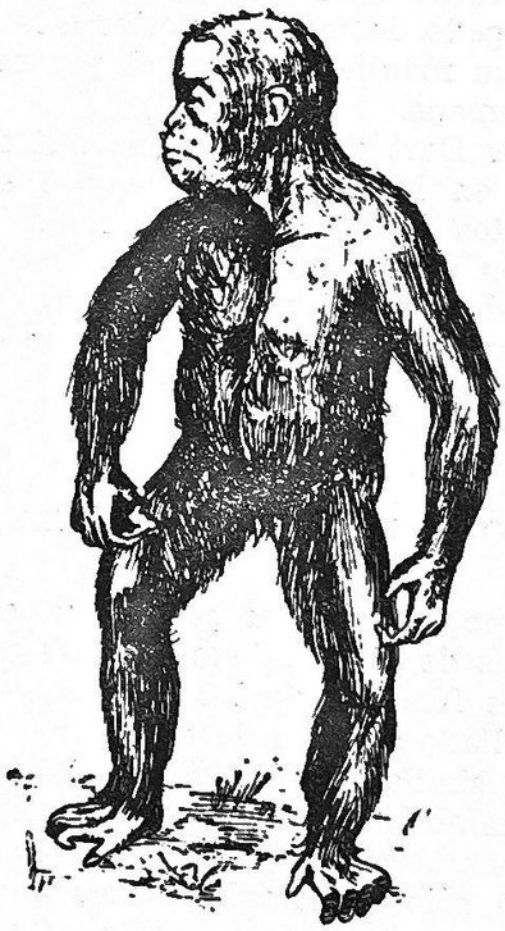


Fig. 33. — *Reconstrucción del australopiteco, según Roy Chapman Andrews (1945)*

la de las restantes piezas. En la mandíbula superior no existe, entre los caninos y los primeros premolares, la diastema característica de los monos, o sea, el espacio libre en el cual se insertan o encajan los caninos cuando la boca se halla cerrada.

Pero el rasgo más interesante del australopiteco nos ha sido revelado por la posición avanzada del orificio occipital de su cráneo; de esa abertura de la caja del cráneo por la cual sale la médula espinal.

Situado éste más delante que en el caso de los antropoides, viene así a demostrarnos que la cabeza del australopiteco debía descansar, francamente, sobre su columna vertebral, al igual que ocurre en nuestro caso, lo que sugiere, indudablemente, una postura bípeda. Esta hipótesis queda además reforzada por el estudio de los huesos de su pelvis; no queda ya duda de que nuestro pequeño chimpancé de cerebro hipertrofiado marchaba sobre sus extremidades posteriores tan sólo.

En verdad, el peso relativamente importante del cerebro del australopiteco no es una prueba total de un psiquismo más elevado; no es sino una vaga indicación en tal sentido.

Pero todo un cúmulo de indicios nos lleva a pensar que la inteligencia de tan singular bípedo debía ser superior a la de todos los actuales antropoides, puesto que manifestaba ya, al parecer, algunos signos de comportamiento prehumano.

En 1948, el profesor Dart descubrió unos restos, bastante completos, de un australopiteco en Makapansgat, siempre en pleno corazón del Transvaal. Y como estos fósiles estaban asociados con restos de huesos calcinados y de carbón vegetal, nuestro sabio sacó de todo ello la conclusión de que tales «hombrecillos» conocían ya el uso del fuego y les bautizó así, para darles todo el honor debido, con el nombre de *Australopithecus prometheus*.

¿HA EXTERMINADO EL HOMBRE A SUS MINÚSCULOS RIVALES?

De este Prometeo no humano, no conocemos, en rigor de verdad, ni sus útiles ni sus armas de piedra. Pero el profesor Dart cree que utilizaban como mazas los fémures de los grandes animales que cazaban, puesto que se han hallado algunos de dichos huesos presentando síntomas indudables de un similar empleo. En los antros de los australopitecos se encontraron también osamentas de antílopes, por lo que se piensa que nuestros hombrecillos se alimentaban con la carne de estos herbívoros. Ahora bien, sólo con simples mazas óseas no se da caza a tan veloces animales. Forzoso será pensar entonces que o bien rodeaba al animal un auténtico corro de diminutos hombrecillos o bien éstos le iban haciendo dirigirse hacia algún lugar sin salida en donde poder ya cazarle fácilmente. Cualquiera de estos dos sistemas denuncia, bien a las claras, unas ciertas costumbres sociales, un cierto espíritu de equipo.

Algunos cráneos de babuinos, abiertos en forma especial y hallados también en las guaridas de los australopitecos, nos dan a entender que éstos devoraban los cerebros de sus víctimas. Mas luego la conclusión vino a complicarse con el hallazgo de cráneos de propios australopitecos, igualmente abiertos que los anteriores e igualmente vacíos. ¿Qué cabía pensar? Que estos Prometeos eran también Caínes y, para colmo, ¡Caínes aficionados al canibalismo!

Recordemos que el hecho de devorar los cerebros de sus congéneres es una práctica muy corriente entre numerosos pueblos primitivos; en particular, entre los cortadores de cabezas de Borneo y de Nueva Guinea, donde dicha práctica reviste, por ende, un carácter de operación mágica; nada menos que ¡la absorción del alma del difunto enemigo!

De ahí que algunos se permitiesen opinar que estaba así bien claro que el australopiteco sentía ya auténticas preocupaciones metafísicas... Pero a lo mejor, todo se reducía, simplemente, a un buen plato de «sesos a la brasa...»

¿No es esto, sino, lo que nos dice el hecho de que los babuinos sufrieran también idéntico tratamiento?

Otros autores opinan que el hecho de haberse hallado conjuntamente huesos de babuinos y de australopitecos en las grutas donde subsisten restos de hogares rudimentarios, puede significar muy bien que estas dos razas, digámoslo así, eran las presas de los hombres de aquellas remotas edades. Contra esta hipótesis se alzaron indignados los antropólogos sudafricanos que quieren, a todo precio, hacer de su australopiteco «el eslabón perdido» de la teoría darwiniana, el antecesor directo del hombre. (El Dr. Robert Broom está tan convencido de ello, que ha tenido incluso la audacia de bautizar a algunos australopitecos con nombres tales como *Plesianthropus* y *Paranthropus* lo cual quiere significar «cercano al hombre».)

Estos diversos sabios han invocado siempre la gran antigüedad de su «hallazgo», cuya existencia hacen remontar al principio del Pleistoceno, o sea, una lejanía de cerca de dos millones de años contados desde nuestros días.

En realidad, los restos de los australopitecos han sido descubiertos en cavernas y no en capas geológicas, lo que hace así mucho más difícil la evaluación de su época de procedencia. Ésta ha sido basada, por tanto, sobre la identidad de los animales cuyos restos hallamos mezclados con los de estos hombrecitos. Pero esta manera de proceder *no tiene ni el menor valor científico*, ya que la paleontología es incapaz de fijar con exactitud la época en la que una determinada especie quedó extinguida.

Hoy en día, muchos paleontólogos reconocen que el australopiteco debió ser contemporáneo del hombre (1) atribuyendo a éste, incluso, la extinción de tal grupo particular de antropoides de llanuras.

«El hecho de que los australopitecos hayan desaparecido, mientras que muchos de sus "primos" arborícolas subsisten aún hoy día, no tiene nada de raro ni de sorprendente, afirma Loren C. Eiseley, jefe de la sección de Antropología de la Universidad de Pennsilvania. Los monos-hombres se em-

(1) Esto ha sido confirmado recientemente por un estudio de tales parajes, realizado por el Dr. Kenneth P. Oakley, antropólogo del British Museum. Según él, las cavernas que contenían los restos de los australopitecos no eran las guaridas o refugios de éstos sino más bien de los animales de los que ellos fueron víctimas. En cuanto a las capas de ceniza que tapizaban el fondo de tales grutas —¡el «hogar fundamental»!— el análisis vino a demostrarnos que estaban formadas o integradas por excrementos de murciélagos que, por algún accidente, se inflamaron y ardieron...

peñaron en habitar en las mismas zonas en que moraba el hombre, y éste, finalmente, tuvo que destruirlos por tal causa.»

Esta exterminación masiva se habría llevado a cabo hace unos 500.000 años todo lo más.

Pero si los australopitecos tenían efectivamente la inteligencia que todos están de acuerdo en reconocerles, ¿se habrían dejado, entonces, exterminar en masa sin hacer nada para evitarlo? Seguramente no.

Al menos, y como hacen otros muchos animales bastante menos «cerebrales» que ellos incluso, hubieran tratado de buscar la salvación yéndose a otras zonas menos salubres quizás pero justamente más seguras. Ya que el hombre se empeñaba en ser el señor indiscutido de las planicies y llanuras, ¿por qué no habrían las legiones de pequeños hombrecillos de adaptarse a la vida selvática, como lo harían después los pigmeos ante el empuje de los salvajes invasores massai? Su contextura simiesca no nos parece fuera mayor obstáculo para tal aclimatación (1).

Podemos así preguntarnos, ¿será imposible que los representantes de la familia de los australopitecos se hayan mantenido hasta nuestros propios días en la selva virgen africana, refugio, como ya sabemos, de tantas otras especies consideradas, muy justamente, como «reliquias»?

Después de todo, nuestro *agogwe* se parece grandemente a esos seres a quienes el profesor Dart describe como «unos pequeños hombres inteligentes, enérgicos, bípedos y de correctas proporciones». Y el testimonio que nos los descubre mezclados en los juegos y retozos de los babuinos, ¿no deberá guardar una relación con el hecho cierto de que siempre se han hallado los restos de los australopitecos asociados con otros tantos restos de tales monos con hocico de perro. Quién sabe si no existiría, incluso, entre las dos referidas especies de primates, tan alejadas entre sí, sin embargo, alguna clase de *gentlemen's agreement,* ciertos tratados de ayuda mutua o alguna otra clase de esas extrañas pero frecuentes asociaciones que parecen existir entre los componentes del Gran Reino Animal (2).

De entre todos los monos —hagámoslo notar— los babuinos son, justamente, los que tienen un instinto social más desarrollado. Sus sociedades o agrupaciones, que han sido cuidadosamente observadas y estudiadas por el Dr. S. Zuckermann, tienen todas ellas una compleja organización de jerarquía.

Muchos otros autores han señalado, con auténtico asombro, el maravilloso espíritu de cooperación de que los cinocéfalos dan prueba en las más críticas situaciones. ¿Y no podría darse el caso, nos pregunta-

(1) Según las investigaciones del Dr. Oakley, parece ser también que en África del Sur, los hombres contemporáneos de los australopitecos vivían en las orillas de los ríos y arroyos, mientras que los pequeños hombres-monos moraban en las zonas de maleza llamadas «kloofs».

(2) Entre las asociaciones o ayudas mutuas existentes entre primates de tamaños diferentes y pertenecientes, incluso, a géneros distintos, podemos citar como ejemplo, las bandas de monos sud-americanos en las que vemos mezclarse tanto a ateles con capuchinos como capuchinos con saimiris. Es preciso observar que el nivel intelectual de dichas dos últimas especies es muy distinto, así como también difieren sensiblemente los respectivos tamaños de sus cerebros.

mos, de que tal solidaridad la hayan hecho extensiva a otra especie igualmente dotada de hábitos sociales?

En resumen, que una asociación autralopitecos-babuinos no sería nada desfavorable para ninguna de las dos partes.

La inteligencia y el espíritu de organización de los primeros, y la fuerza bruta y la ferocidad de los segundos se complementarían admirablemente. El babuino aseguraría a su «socio» protección y seguridad. mientras éste, valiéndose de ingeniosos métodos de caza, correría a cargo de la alimentación de la sociedad.

En los remotos tiempos, una unión de este tipo habría de ser absolutamente necesaria para poder hacer frente al «recién llegado», al gran bípedo de piel desnuda que sembraba por todos lados traicioneras trampas y que se servía de unas extrañas y misteriosas armas que, abandonando las manos que las usaban, eran capaces de herir a gran distancia, cuando la presa se hallaba ya en plena fuga.

En cuanto a los descubrimientos simultáneos de cráneos de babuinos y de australopitecos, «trepanados» ambos según una misma técnica, todo podría ser explicado también, partiendo de la asociación ya apuntada. La suculencia de la carne de mono es única, según la reputación de que goza; es, pues, posible, como sugiere Sir Harry Johnston, que los monos encuentren gusto en devorar a sus propios muertos. Esta hipótesis ha sido confirmada por observaciones llevadas a cabo en los Zoos. Se puede, pues, admitir, según Zuckermann, «que los primates subhumanos ayuden a los enterradores del mundo animal devorando a sus propios compañeros muertos. Es muy poco frecuente hallar, en la selva virgen, restos o cadáveres de monos o de antropoides».

Si eran los australopitecos los que hendían los cráneos de los «socios fallecidos» —fuesen éstos quienes fuesen— mediante el empleo de sus rudimentarias mazas óseas, es lícito pensar que luego el total de los asociados participaría en el suculento banquete del interior del cráneo, tras haber dado buena cuenta del resto del cuerpo, claro está.

Que los «agogwe» sean pigmeos humanos de una raza aún desconocida, viviendo en mezcla o asociación con los babuinos, o que sean, por contra, unos trasnochados australopitecos, el caso es que el problema que plantea su existencia merece, desde luego, toda nuestra atención.

En la primera eventualidad, podríamos nosotros, gracias a ellos, recoger toda una serie de indicaciones preciosas con respecto a una forma de la más primitiva sociedad, e incluso, de la más extraña promiscuidad. En la segunda, podríamos estudiar, de una vez por todas, la naturaleza exacta y en vivo, de esos pretendidos y supuestos antecesores, de esos enigmáticos «hombres-monos».

Y en ambos casos, la respuesta es tan interesante que creo yo no podemos echar en olvido la incógnita planteada, sino, antes bien, hacer cuanto esté en nuestras manos para aclarar el misterio que rodea tan interesante enigma.

Capítulo IX

EL DRAGÓN QUE AÚN ESPERA SU SAN JORGE

Aplastada por el calor húmedo, pegajoso y terrible, toda la zona pantanosa de la selva parece muerta. La red de rayos luminosos que el sol proyecta por entre el tupido techo vegetal, formado por ramas y por lianas entremezcladas, no logra romper del todo la penumbra reinante. La tupida vegetación produce una sombra densa, espesa, aplastante... Tan sólo, de vez en cuando, una gruesa burbuja se hincha en la superficie de las aguas muertas, testimoniando así la vida secreta y oculta que en su interior existe. Pero más fácil sería tomarlas, simplemente, por un puro efecto químico, puesto que, a primera vista, nadie creería posible que en aquel agobiador ambiente pudiera darse ni la menor manifestación de vida.

Y, sin embargo, toda aquella selva pantanosa, todos aquellos contornos, están repletos de vida; de una vida que se desliza lenta, ondulante y perezosa; de una vida integrada por larvas y por gusanos, por crustáceos traslúcidos y por fulgurantes insectos, por renacuajos...

La misma espuma verdosa y sucia que la recubre, ¿qué es sino una auténtica concentración de vida? Una amalgama abigarrada de nenúfares, lentejas de agua, algas y huevos de anfibios, entremezclados con restos vegetales y con substancias ya en descomposición.

Pero, ¿quién podría sospechar que en el seno de aquel mundo misterioso tuviese su escondrijo un enorme animal, tan corpulento y grande como un hipopótamo, pero con tan buen «camouflaje», a la vez, como el mismísimo cocodrilo?

Ni la más experta mirada sería capaz de distinguir entre aquel piélago de hojas y de restos flotantes de vegetación los vidriosos ojos del monstruo ni su morro amenazador. ¿Quién creería que pudiese tener vida aquello que no parece sino un viejo tronco muerto, devorado ya casi por los líquenes?

Mas he aquí que, de improviso, el tronco en cuestión se curva, se mueve y resulta tener una consistencia como de caucho, como de goma. Lentamente, muy lentamente, se pone en marcha rasgando la superficie del agua; igual que un tronco a la deriva; luego, bruscamente, en un movimiento de autómata va asomando del ras del agua y nos muestra en su proa la malévola inexpresión de una pequeña y desagradable cabeza de reptil.

Con movimientos bruscos, este periscopio viviente va girando, inspeccionando los alrededores. Incluso diríamos que está dotado de su propio radar, que reviste aquí la forma de una delgada y ahorquillada lengua que se mueve de continuo entre la doble fila de dientes para descubrir así, por el «gusto» —válgame la expresión— sus eventuales enemigos.

Continúa así ratos y ratos, sin que nada interrumpa la calma. Luego, de improviso, la tormenta estalla. En el silencio profundo, resuenan como cañonazos, los brutales chapoteos del agua y las pequeñas olas que éstos producen van a estrellarse con fuerza contra los árboles. El animal ha dejado su calma y ha pasado a la acción: su cuerpo va saliendo del agua, llevando aún adheridos multitud de restos vegetales que flotaban en el líquido elemento.

Muy despacio, con la lentitud de un viejo que llevase millones de años a sus espaldas, va ganando la tierra firme. Su lomo se arquea al apoyar las patas en una base más firme. Mientras tanto el agua va haciendo un extraño ruido como de succión. El extraño animal tiene unos movimientos raros, como de ser hipnotizado. A veces, una de sus patas tantea en el vacío como si no encontrara lugar apropiado en qué apoyarse. La cola del monstruo, entretanto, parece que no acaba jamás de salir del agua.

¿Es esto una impresionante evocación de una época muy remota? ¿La reconstitución de una escena corriente allá por la Era Secundaria?

No. Lo ocurrido no ha de situarse, necesariamente, en épocas que distan 100 ó 200 millones de años de nuestros días. Ha podido pasar perfectamente hoy mismo, en este instante preciso, en cualquier lago o marisma de la enorme zona circular que rodea esa especie de gran artesa que es la región del Congo, el auténtico corazón del África negra. Al menos, numerosísimos testigos lo afirman así, sin haber estado en contacto los unos con los otros. Y tales testimonios se van centrando desde el Camerún a las fuentes del Nilo, desde el Sudán angloegipcio hasta Rhodesia y desde Rhodesia hasta Angola.

¡Por favor, no gasten bromas! ¿Un dinosaurio en África?... Pues bien, sí. Un dinosaurio o, al menos, un gran reptil anfibio que se le parece extraordinariamente.

Y con esta leyenda nos hemos metido ya de lleno en plena pesadilla.

Hasta ahora, hemos pasado revista a la existencia —probada o hipotética— de una serie de animales que si bien eran extraños, distintos

o ignorados, guardaban una relación de parentesco con otros ya perfectamente conocidos y catalogados. No ha sido difícil, tampoco, creer en la supervivencia de seres dados ya por desaparecidos desde hace algunos siglos tan sólo, como el moa, el diprotodon o los desdentados gigantes de América del Sur. Incluso hemos llegado a considerar la posible existencia actual de algunos «fósiles» de los principios de la Era Cuaternaria tales como el australopiteco, el gigantopiteco o el pitecántropo.

Pero de esto a meterse a estudiar la posible existencia, en nuestros mismos días, de un diplodocus o de un ceratosaurio... ¡va un mundo de diferencia!

Mas antes de entablar la menor discusión al respecto, veamos, si gustan, los hechos, sin sacar luego atrevidas conclusiones y, sobre todo, sin mezclar entre sí los informes procedentes de tres regiones bien alejadas. Nos parecerá, efectivamente, que todos los rumores que circulan sobre «el dragón africano» no están basados necesariamente en un solo y único animal, y el hecho de sacar en limpio, de todo ese galimatías, un solo animal concreto, será ya de por sí un éxito notable. La mayor parte de los autores han tratado, con astucia, de hacer una especie de refrito o de macedonia con todos los informes recibidos. Mas al proceder de tal suerte, el resultado que obtuvieron fué un ser monstruoso, lleno de contradicciones, por cuyo motivo hubieron de recibir «sus creadores» las más severas críticas.

Procederemos ahora, pues, por regiones, estudiando en cada caso los informes y viendo qué es lo que de allí podemos sacar en claro. Para ello emprendamos un vasto periplo alrededor del Congo Belga: en éste nos guiaremos, a los efectos de nuestro relato, por el orden cronológico local. Contaremos en cada región, así, cómo y cuándo ocurrieron las cosas.

EL BUCEADOR GIGANTE DE TRADER HORN

El primer viajero blanco que relató los rumores que corrían por el África Central sobre la existencia de un monstruo prehistórico de gran tamaño y de costumbres anfibias, fué un célebre traficante del siglo pasado, llamado Alfred Aloysius Horn. Este fué el famoso «Trader Horn», que el célebre director de cine, W. Van Dyke, nos presentó en 1935, en una magnífica película llena de peripecias y de emociones.

El rudo traficante galés no sabía escribir, o poco le faltaba; sus recuerdos y experiencias no hubieran llegado hasta nosotros a no ser por la señorita Ethelreda Lewis, que tuvo la feliz idea de darles forma escrita.

Anticipándose a la moda de los seriales radiofónicos, dicha señorita-editor fué dándonos a conocer, sucesivamente, las interesantes conversaciones que ella misma mantuvo con el viejo y baqueteado traficante.

La fiel traducción que seguidamente reproducimos, relativa a un pasaje que para nosotros tiene gran interés, les dará a ustedes una idea exacta del «doctoral y académico» tono en que tales recuerdos están redactados. Veamos su contenido:

«Pues sí; allá por los montes Camerún y más allá aún, viven unos seres de los que no se sabe nada. Yo podría escribir libracos y más libracos sobre una buena cantidad de cosas. ¡Toma!, el *jago-nini*, por ejemplo, que dicen se encuentra siempre por las marismas y los ríos; el buceador gigante, que es lo que la palabreja quiere decir. Se sale él del agua y devora a todo el que pilla. Los viejos os contarán que sus "agüelos" lo conocían al dedillo; y también que ellos mismos creen que el tal bicho sigue estando por allá. Yo sigo emperrado en la idea que es el mismo animal que el *amali*. Yo he visto, con estos ojos, las huellas de sus patazas. Eran algo más, algo menos, tan grandes como sartenes, pero tan sólo con tres garras, ¡fíjate! y no cinco.

»Hay bastantes lagos por detrás del Camerún. Antes estaban llenos todos a rebosar de focas (1), *manga*, las llamaban. Pero el *jago-nini* ha "acabao" con todas, y con los cocodrilos que no matan jamás hombres (...) Y yo me digo: ¿Quién sino un gran animal como el *amali* podrá ser causa de los colmillos quebrados sobre los que hemos caído más de una vez en los cementerios de elefantes? De viejo marfil verde, espléndido, de ese que es tan bueno para la marquetería...

»¡Una dentellada con tales colmillos y se queda uno hecho viruta...! Hay lugares en África donde uno se va dando ya una idea de lo que son las fuerzas primitivas...»

Luego añadía este comentario, bien sabroso para mi gusto:

«En África, el pasado casi no ha acabado de respirar aún.»

Más lejos, en el curso de su relato, el viejo cazador vuelve a la carga:

«Este *amali* del que ya os he hablado, pues yo he visto de él un dibujo, un retrato, mal diseñado, pintado en una caverna de los *bosquimanos*. Un día, yo corté uno de esos a golpe de cincel y se lo regalé como recuerdo al presidente Grant (...) Ya te lo digo, los chavales que pintaban tales animales y esclavos encadenados y todo el batiburrillo que ya te he contado, no eran salvajes como los otros. ¡Hombres paleolíticos del Norte, eso sí que es lo que eran! Ellos conmemoraban sus cosas sobre los muros de sus cuevas...

»¡Unos pistonudos chavales aquellos hombrecitos no más altos de cuatro pies, más o menos, sin contar pulgadas...!»

Es fácil comprender que unas revelaciones relatadas en forma tan poco ortodoxa —como ocurría con éstas de Alfred Aloysius Horn— no fueran tomadas demasiado en serio. Pero cuando se llegó al fin a un mejor conocimiento del África y de su fauna, fué preciso entonces reconocer que el «Old Visitor», como se le llamaba familiarmente, había sido un excelente observador de la naturaleza.

(1) Posiblemente se refiere al manatí o lamantino.

«Salvo algunas diferencias de poca importancia, las declaraciones hechas por Trader Horn sobre el país, son, en general, muy exactas.»

¿Quién habla así? El Dr. Albert Schweitzer, apóstol de Lambarene, y uno de los últimos Premios Nobel. Su opinión, por tanto, tiene un gran valor y merece una indiscutible consideración.

EL LUKWATA *DEL LAGO VICTORIA-NYANZA*

Sir Harry Johnston fué el primero, en su obra capital sobre Uganda, publicada en 1902, en llamar la atención sobre la misteriosa criatura que mora en las aguas del inmenso lago Victoria-Nyanza, cuya extensión equivale a la de catorce departamentos de Francia.

No se podría soñar con un padrinazgo mejor que el de este hombre al que ya debíamos también el descubrimiento del okapi.

«Corre también entre los indígenas, nos cuenta este célebre administrador británico, una leyenda según la cual en las aguas del Lago Victoria-Nyanza habita un monstruo al que los habitantes de Uganda dan el nombre de *lukwata*.

»Este animal, según los relatos indígenas, podría ser un pequeño cetáceo, una gran especie de manatí o lamantino o, más probablemente, algún gigantesco pez. Sin embargo, un europeo logró divisar a la criatura en cuestión. Sir Clement Hill, cuando atravesaba el lago sobre una pequeña chalupa a vapor, allá por el año 1900, se vió en un grave riesgo de zozobrar como resultado de su encuentro con un animal monstruoso, que, según sus recuerdos, parecía tener una enorme y cuadrangular cabezota que se asemejaba, en algo, a la de algunos peces.»

La aventura corrida por Sir Clement Hill ha quedado así relatada en una forma muy vaga, por así decir. Felizmente, llegó hasta nosotros otro relato más completo; se debe éste a un antropólogo, C. W. Hobley, quien lo escuchó directamente del propio sujeto de tal experiencia:

«Hace algunos años, cuenta el citado señor Hobley, Sir Clement Hill se trasladaba, a bordo de un vaporcito, desde Kisumu a Entebbe. Al hallarse cerca del monte Homa, un animal surgió de las aguas y trató de apoderarse de un indígena que se hallaba sentado a proa. Afortunadamente, falló en su intento y Sir Clement (que estaba sentado bajo el toldo, a popa) me contó que logró entrever al extraño bicho cuando éste quedó tras la popa de la embarcación. Solamente su cabeza podía distinguirse; era de forma redondeada y de color obscuro. El testigo tenía una certeza absoluta de que no se trataba de un cocodrilo.»

No era ésta la primera vez que el señor Hobley oía hablar de tan intrigante y agresivo animal. Los indígenas que habitan en las orillas del lago Victoria-Nyanza, tanto en la parte de Uganda como en la de Kavirondo, le habían ya contado anteriormente muchas cosas sobre un terrible monstruo acuático al que los baganda llamaban «lukwata». Los pescadores ja-lua, por su parte, dijeron cómo este bicho trataba

de volcar sus piraguas. Pero nuestro buen antropólogo pensó, en un principio, que bien podría tratarse de simples pitones, tan corrientes por ende en casi todos los relatos folklóricos de los negros.

Estaba también el caso del señor W. Grant, ex comisario provincial de Jinga, quien vió un día, con extrañeza, un gran animal que bajaba nadando por el golfo Napoleón y cuya cabeza sobresalía del nivel de las aguas. La distancia que los separaba era demasido grande y así no pudo apreciarla con detalle.

A causa de ello, el señor Hobley no concedió demasiada importancia a este testimonio. Mas después de oír el relato de Sir Clement Hill, volvió a considerar tal sucedido ya con un mayor interés.

Los años fueron pasando y he aquí que en 1909, un deportista americano, E. B. Bronson, cuenta al mundo en su libro «In closed territory» (En el territorio cerrado), una historia muy curiosa. Mientras que cazaba allá por el país situado al oeste de Sotik, se encontró con otro cazador, llamado Jordan, quien le relató con todo lujo de detalles su reciente encuentro con un terrorífico monstruo llamado «dingonek». Ello ocurrió en el río Gori, que desemboca en el lago Victoria por su orilla oriental y cerca de donde, en aquel entonces, se hallaba fijada la frontera angloalemana.

Según Jordan, el animal mediría muy a gusto 14 ó 15 pies (de 4,20 metros a 4'50). Tenía una cabezota tan grande como la de una leona, pero moteada como la de un leopardo. Dos largos colmillos blancos salían bien derechos de su quijada superior. Estaba recubierto de escamas como un armadillo; su lomo era ancho como el de un hipopótamo y también moteado, al igual que el del leopardo. Su cola era fuerte y de una buena dimensión. Las huellas de sus patas venían a ser igual de grandes que las que deja un hipopótamo, pero se notaba en ellas la presencia de garras como de reptil.

«Cuando la historia se publicó, señala C. W. Hobley, se creyó, en general, que era una simple fábula para turistas, contada con el solo propósito de tomar el pelo a un novato. Mas luego trabé yo conocimiento con un hombre que, durante largos años, ha dado numerosísimas batidas por los alrededores del río Mara o Ngare Dubash (este río nace en Sotik, atraviesa la frontera anglo-alemana y se lanza al lago Victoria por territorio germano). Este hombre me afirma, con energía, que él mismo ha logrado ver también un animal absolutamente idéntico.

»Cuando tal encuentro se produjo, se hallaba él cerca, justamente, del lugar preciso por donde el río cruza la frontera y donde el nivel de sus aguas, además, es bien alto. El animal en cuestión flotaba, dejándose ir a la deriva, sobre un tronco de árbol; calculó nuestro hombre la longitud del animal en unos 16 pies (4,80 metros); no obstante, no aseguraba tal medida puesto que la cola del bicho se hallaba dentro del agua. Describía al animal diciendo que estaba moteado como un leopardo, recubierto de escamas y dotado de una cabeza muy parecida a la de la nutria; él no vió los largos colmillos descritos por el señor Jordan. Luego, disparó nuestro hombre sobre la cabeza del animal, haciendo blanco, mas hiriéndolo tan sólo; éste resbaló del tronco sobre el que flotaba, se sumergió en las aguas y no reapareció ya más.

»Conté luego lo ocurrido al *District commissioner* de Kisii, M. Crampton y le pedí información o ideas al respecto. Recientemente me ha escrito éste para decirme que ha estado visitando la región del río Amala y que ha aprovechado para hacer una encuesta entre los masaï de aquellos contornos.

»Éstos conocen también al extraño animal y le dan el nombre de *olumaina*. Lo describen de la siguiente forma: Alrededor de 15 pies (4,50 metros) de largo, una cabeza como la de un perrazo, pequeñas orejas parecidas en su forma a los cuernos de la víbora cornuda; tiene garras, patas cortas y cuello breve. Se dice que hace zanjas o grietas en las arenas de la orilla de los ríos y que se lanza al agua tan pronto como hay algún peligro a la vista; cuando nada, tan sólo su cabeza es visible.

Esta descripción concuerda bastante bien con la del «dingonek», ya que no con la del «lukwata». Sin duda alguna, las pequeñas «orejas»

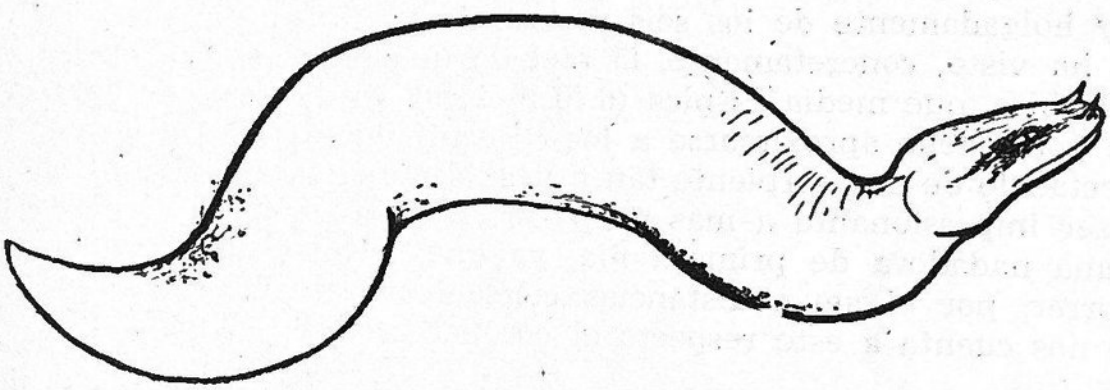


Fig. 34. — *Silueta de una víbora-rinoceronte del Gabón*

similares a los cuernos de una víbora del género *Bitis*, como por ejemplo, la víbora-rinoceronte, son las que Bronson tomaba por colmillos o cuernos que salían de la quijada superior.

Así, pues, algunos naturalistas fueron viendo ya, poco a poco, que los rumores relativos a una criatura anfibia y desconocida no se limitaban tan sólo al lago Victoria sino también a un cierto número de los ríos que en él desembocan.

Y el señor Hobley llegó a preguntarse si no había, en todo aquello, materia suficiente para llevar a cabo «una nueva captura zoológica de un carácter realmente excepcional».

La reiterada mención de las escamas del animal daba así una preciosa indicación sobre su probable naturaleza; por ello, dicho señor llegó incluso a afirmar: «La supervivencia de alguna raza de saurios dada por extinta es algo que excita sobremanera la imaginación del mundo científico.»

La idea quedaba ya, pues, debidamente lanzada y lo que es más aún, en el propio ámbito de una publicación seria y docta. Dejaba ya de tratarse de un «animal raro», de un gran cetáceo o de un pez gigantesco y pasaba a ser, según tal criterio, un representante de «alguna raza extinta de saurios».

Los rumores tomaron más cuerpo aún gracias al hecho de que los oficiales de los vapores que cruzan el lago Victoria decían haber visto, en aquellas aguas, «un extraño animal prehistórico de cuello largo». Se recordó también que un viajero harto conocido, el señor Arnold Drummond-Hay, pretendió en su día haber visto, en el lago Nyasa, un animal que se parecía extraordinariamente a la clásica «serpiente de mar», tan traída y llevada por los periódicos del mundo entero.

Mas todas estas informaciones complementarias no hicieron sino desacreditar los testimonios anteriormente señalados ya que, por ejemplo, fué un auténtico juego de niños para los expertos demostrar que lo que el señor Drummond-Hay viera en el lago Nyasa era, pura y simplemente, una gran pitón.

No hay que olvidar que la pitón es una serpiente que puede pasar muy holgadamente de los seis metros de longitud: Sir Frederick Jackson ha visto, concretamente, la piel de una pitón, cazada en las selvas de Mabira, que medía 22 pies (6,70 metros). El diámetro de un reptil de este porte debe aproximarse a los 30 centímetros; y es evidente que el espectáculo de una serpiente tan gruesa como el cuerpo de un hombre ha de ser impresionante a más no poder. Por otro lado, la serpiente pitón es una nadadora de primera fila, ya que, además de ser veloz, puede recorrer, por el agua, distancias ciertamente considerables. Veamos lo que nos cuenta a este respecto el coronel C. R. S. Pitman:

«Yo me he encontrado con esta gran serpiente en la isla de Nkosi, la más meridional de las del archipiélago Sésé, en el mismísimo centro del lago Victoria. Y a menos de que hubiese sido llevada hasta allí por el hombre —lo cual es decididamente improbable— forzoso será pensar que tal pitón había realizado continuos y largos viajes de una a otra isla, para poder llegar así tan lejos y tan al sur.»

Dicho esto debemos, sin embargo, reconocer que las descripciones más arriba reseñadas no hacen pensar, ni en lo más mínimo, en una pitón; y mucho menos, claro está, aquellos testimonios en los que se habla de las patas del monstruo.

Toda una serie de informes mucho más amplios y concretos, vendrían luego a confirmar la justeza de esta hipótesis.

Allá por el año 1935, el señor E. G. Wayland, director del «Geological Survey», de Uganda, hizo saber que alguien le había mostrado un trozo de hueso de un «lukwata». Confirmó, ya de paso, que en todo el país cavirondo los indígenas creen a pies juntillas en la existencia real de dicho animal. Éstos le habían contado, en más de una ocasión, que el «lukwata» libra a menudo homéricos combates contra los cocodrilos. Y en el curso de tales refriegas, el misterioso ser suele perder, claro está, algún que otro trozo de su anatomía. Pues bien, tales restos son buscados luego ávidamente por los indígenas, quienes una vez que los hallan, los convierten en sus mágicos amuletos. Siguen relatando que, durante estas batallas, se puede oír, a muchos kilómetros a la redonda,

la mugiente voz del monstruo. El señor Wayland afirma, incluso, que él mismo la ha escuchado en una ocasión: a este respecto, se declaró incapaz de relacionar tal «voz» con ninguno de los animales conocidos, por lo que, concluye diciendo, forzoso será relacionarla con el misterioso «lukwata» del que tanto hablan los indígenas.

No hay que olvidar que las serpientes, desprovistas por completo de cuerdas vocales, son absolutamente mudas y no pueden emitir más que simples silbidos.

Pero este término «silbido» me parece, sinceramente, tremendamente poco apropiado. En lo que a mí respecta, puedo decir que cuando he presenciado el caso de una gran serpiente enfadada, el ruido que ésta producía me hacía pensar, indefectiblemente, en el ruido de un chorro de vapor sometido a alta presión.

Sea lo que sea, el caso es que el reptil que emite algo así como mugidos tiene muchas más posibilidades de ser un gran saurio que no un ofidio.

LAU, *LA SERPIENTE TENTACULAR DE LAS FUENTES DEL NILO*

Un nuevo episodio se abrió en 1923, con ocasión de la publicación de un estudio sobre los pueblos Nuer de la región del Alto Nilo, realizado por el gobernador británico H. C. Jackson. En esta obra, su autor habla frecuentemente de una serpiente de tamaño desmesurado y a la que allí llaman «lau». Los indígenas nuer afirman que ésta existe y que habita preferentemente en la región de las fuentes del Nilo Blanco:

«Se la rodea de toda una serie de fantásticos atributos, escribía dicho autor. Esto puede ser, si se quiere, simple fantasía, mas con todo y con ello sigue subsistiendo el hecho cierto de la existencia real, en tales zonas, de una serpiente de tamaño excepcional y completamente desconocida por la ciencia hasta el presente.

»Dicen algunos que posee una corta cresta de pelos en la parte alta de la cabeza, lo que nos trae a la memoria el airón o penacho de algunas clases de grullas. Pretenden otros que tiene muchos y largos pelos, fuertes y potentes además, con los que *enlaza* a sus víctimas que por mucho que luchen y se debatan, acaban siendo inexorablemente sumergidas en las aguas en que tal monstruo habita.

»En determinadas épocas, y sobre todo en la estación de las lluvias, el vientre del animal emite, según cuentan, un gorgoteo que recuerda en mucho los ruidos que hacen las tripas de un elefante cuando éste está en plena digestión.

»Todos estos rumores se extendieron, en el 1918, por todo el Bahr-el-Arab.

»Los nuer afirman también que el animal en cuestión vive en agujeros cavados en las orillas de los ríos o en los lugares pantanosos, donde pasa la mayor parte de su tiempo. Estos hombres sienten ante tal animal un terror mortal; tan pronto como distinguen en el suelo el surco que él va dejando durante su marcha, se dan a la fuga en la dirección opuesta.

»Si un indígena logra ver a la serpiente antes de que ella le vea a él, la cosa va bien. Mas si por contra, es la serpiente la primera en ver, da en-

tonces igual que se trate de un hombre aislado que de todo un grupo de personas. Da lo mismo. Ni uno solo se salvará de la muerte.

»Los pantanos de Addar se extienden sobre sus buenas 1.800 millas cuadradas (4.600 Km. cuadrados); los de Bahr-el-Ghazal y sus tributarios, deben cubrir un área de varios millares de millas cuadradas. Y ninguna de estas vastas ciénagas ha sido aún explorada; incluso muchísimas de tales zonas no han sido nunca ni tan siquiera visitadas. Por eso no parece demasiado aventurado pensar que en aquellas interminables extensiones pueda esconderse aún más de una auténtica sorpresa zoológica, vivita y coleando.

»Sobre el enigmático animal corren tantos rumores, y procedentes además de zonas tan alejadas como son Bahr-el-Arab, los pantanos cenagosos del Addar, de Bahr-el-Ghazal y de Bahr-el-Zeraf, que ya es difícil poner en duda la existencia de alguna especie de serpiente, aún desconocida, muy parecida quizás a la pitón gigante.

»La presencia de un proceso óseo o córneo en la base de la cola representa, al parecer, una etapa pasada del desarrollo o evolución que ha concluído por llegar a la formación de la serpiente; las pequeñas patas rudimentarias de la pitón constituirán así una fase o situación intermedia entre esta *lau* y la serpiente ordinaria, tal y como nosotros la conocemos (1).

»El factor común que encontramos en los distintos testimonios relativos a esta criatura es que difiere de la pitón en el color, en la forma de sus quijadas, en su longitud y en su perímetro que son más considerables; y también, incluso, en que los nuer sienten muchísimo más terror ante la primera que ante la segunda. Éstos le dan un nombre bien definido, y no parece haya razón alguna —si es que esta serpiente no se diferenciase en gran modo de la pitón— para que los nuer teman mucho más a una *lau* de 12 pies (3,60 metros) que a una pitón de 20 (6,10 metros).»

Todo este cúmulo de detalles iba a intrigar bien pronto a un gran naturalista británico, John Guille Millais quien, en aquellas épocas, se había impuesto la tarea de remontar el Nilo hasta sus mismas fuentes. Durante su viaje oyó también hablar de un tal sargento Stephens quien creía a pies juntillas en la existencia, allá en los inmensos cenagales sudaneses, de un gran reptil, desconocido por la ciencia, y al que los indígenas llamaban «lau». Este sargento era un viejo cazador que, al parecer, había hecho más disparos que nadie por todos los territorios del Alto Nilo y comarcas colindantes. Como quiera que estaba encargado de una importante sección de la línea telegráfica que va bordeando la orilla oriental del Nilo, resultaba así que el ejercicio de su misión le ofrecía frecuentes ocasiones de convivir con los negros y de viajar tanto por el río como por entre las espesuras. Intrigado por cuanto le habían contado, John Millais decidió trasladarse a Malakal, donde residía en aquellos momentos el referido sargento Stephens, a fin, claro está, de interrogarle.

Y así fué como oyó, de sus propios labios, la siguiente declaración:

«Se dice que la *lau* mora en las grandes marismas del valle del Nilo, desde la región situada más abajo del Malakal hasta Rejaf y desde el lago

(1) Se encuentran, efectivamente, en las pitones, a cada lado del ano, una especie de espolones de forma cónica que son tenidos por vestigios de patas. La observación del señor Jackson deja entender algo que, en realidad, no dice explícitamente en su texto; a saber, que esta «lau» posee patas.

No hasta Shambe. Los indígenas shilluk, dinka y nuer dan todos el mismo nombre a esta gran serpiente (1). Es, al parecer, extremadamente rara y escasa y es así un hecho excepcional el que un mismo hombre la vea más de una vez en el curso de su vida. Unos indígenas que parece ser que encontraron el cadáver de una de ellas, le atribuyen una longitud de unos 40 a 100 pies (12 a 30 metros) y dicen que su cuerpo es tan grueso como el de un asno o un caballo. Su color, al parecer, es castaño o amarillo obscuro, y no verde y negro como el de la pitón. Su cabeza, de aspecto maligno, hace pensar en una serpiente, pero tiene luego grandes tentáculos, o largos y nervudos pelos, con los que alcanza y atrapa a sus víctimas. Cuando un hombre fija el primero su mirada sobre una *lau*, ésta muere inmediatamente; pero si es ella la primera en divisar al hombre, no hay ya salvación para éste.

»En los tiempos de Bimbashi B. (un inspector del telégrafo harto conocido), un tal Abrahim Mohammed, empleado también en la Compañía, vió matar una *lau* cerca de Raub, en un pueblecillo llamado Bogga. Yo conocí personalmente a este hombre e incluso le sometí a un interrogatorio firme y machacón. Me repitió una y mil veces la misma descripción del monstruo, sin contradecirse ni en lo más mínimo. Mas recientemente, otro animal parecido fué cazado por unos shilluks de Joro-a-ta, o sea más allá del Jebel-Zeral (pantanos de Addar). Conseguí hacerme con algunas vértebras cervicales del monstruo que uno de estos shilluck llevaba como amuletos (2).

»Las envié seguidamente al gobernador-delegado Jackson (agregado actualmente en la provincia de Dongola) quien, a su vez, las remitió al British Museum a efectos de identificación. Pero hasta hoy, no se ha dado ninguna información ni ninguna explicación, ni teoría tan siquiera, respecto a la naturaleza de la especie de serpiente de la que tales vértebras formaron parte un día (3).

»Y todo lo que Abrahim contó con respecto al tamaño y a la forma del gran reptil, fué luego corroborado por un cierto Rabah Ringbí, un niamniam de los alrededores de Wau, allá en el Bhar-el-Ghazal, quien también había sido testigo de la matanza de un monstruo parecido en las ciénagas vecinas a los referidos lugares. Unos dinkas que viven en Kilo (una estación de telégrafo situada sobre el Zeraf) me han dicho que tales *lau* viven en la gran ciénaga que hay en los contornos de dicha estación y que ellos oyen, por las noches, sus feroces gruñidos.

»Hace poco tiempo aún me encontré con un administrador belga en Rejaf. Venía éste de remontar el Congo y me dijo, charlando, que estaba firmemente convencido de la existencia de tales *laus* puesto que él, en persona, había visto una de tales grandes serpientes en una determinada zona pantanosa; que incluso había disparado varias veces sobre ella, pero que sus balas no parecían haberle hecho ningún daño. Me afirmó luego que el referido monstruo iba dejando una gran pista por la ciénaga cuando se desplazaba buscando aguas más profundas.»

Y que estas «laus» son conocidas, y hasta perfectamente conocidas, por determinados negros, nos ha sido probado en forma concreta en

(1) La pitón es conocida en aquellos territorios bajo el nombre de «nyâl». — (Nota de J. G. Millais.)

(2) Este indígena shilluk se llama Bilaltut. El esqueleto completo del monstruo fué hallado en 1914.—(Nota de J. G. Millais.)

(3) El señor Jackson me dijo que tales vértebras cervicales no eran anormalmente grandes, lo cual concordaba con la descripción que me diera el sargento Stephens; así, pues, bien podrían haber pertenecido a la pitón común de África. — (Nota de J. G. Millais.)

una interesante «pieza de convicción» presentada por el capitán William Hichens. Este veterano funcionario de los Servicios de Información y de Administración del Este africano, tuvo la enorme suerte de conseguir poseer una efigie de la cabeza de una «lau», de la que publicó una copia fotográfica en la revista científica inglesa «Discovery».

Esta escultura, hecha en madera, parece a primera vista una de esas máscaras de danza salvaje que luego se adornan con unos flecos de rafia; es, concretamente, una obra de un artista de Iramba, que se llama Mshengu she Gunda.

En una carta dirigida a Frank Lane, el capitán Hichens daba una serie de informes sobre el citado escultor indígena testimoniando, a un

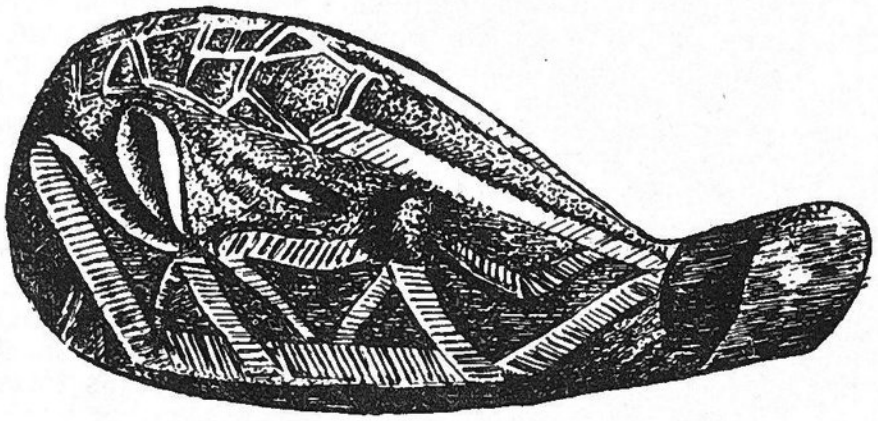


Fig. 35. — *Escultura en madera representando una cabeza de «lau», obra de un artista indígena del Iramba (foto del capitán W. Hichens)*

mismo tiempo, sobre su sabiduría por un lado y, por otro, sobre su agudo sentido del humor:

«Mshengu habitaba en la orilla sudeste de las zonas pantanosas de Wembare. Durante su juventud viajó y cazó por las orillas del lago Victoria Nyanza, y también por las marismas del Nilo. Cuando yo le sugerí que la tal *lau* no existía en absoluto, me respondió: "Cuando yo era joven e ignorante hubiera podido afirmar que no existían automóviles, puesto que en tales épocas yo jamás los había visto ni tan siquiera había oído a nadie hablar de ellos. Mas he aquí su propio coche; lo veo con mis ojos, me he sentado en sus asientos y he escuchado el ruido de sus entrañas al hacer la digestión. Pues bien, con nuestra *lau* ocurre la misma cosa".»

Esta «lau» de los pantanos del Alto Nilo y el «lukwata» del lago Victoria-Nyanza, ¿no serán quizá una sola y misma criatura o, más exactamente, no podrán pertenecer ambas a un mismo género o especie? Es muy posible, y máxime por cuanto que los grandes lagos del Este africano comunican por el Bahr-el-Djebel con las inmensas zonas cenagosas de las fuentes del Nilo. Y el hecho de que se atribuyan a las osamentas de dichos dos grandes animales las mismísimas virtudes mágicas, aboga también en favor de tal hipótesis.

Pero, ¿podemos hablar ya de estos grandes reptiles como de dinosaurios fabulosos? Con toda sinceridad, no. Nada, en todo este conjunto de testimonios, nos permite aún establecer tal relación de afinidad.

Si la existencia de dicho monstruo va pareciendo cada vez más probada y más real, por tanto, ello no obstante, nada nos impediría tratar de relacionarle con algún lagarto gigante del grupo de los varanos, digamos, o con algún cocodrilo de una especie aún no conocida.

De hecho, son solamente los rumores llegados desde otras partes de África —y llegados insistentemente durante más de medio siglo— los que parecen autorizarnos a creer en la supervivencia de dinosaurios o, al menos, en la existencia de reptiles con silueta muy similar a la de tales dinosaurios de cuello desmesurado.

MITAD ELEFANTE, MITAD DRAGÓN: EL MONSTRUO DEL LAGO BANGWEOLO

Cuando Hans Schomburgk recorría, en el 1910, el corazón del África negra, hizo una curiosa observación, en Rhodesia del Norte, a su llegada al lago Bangweolo (a 250 kms. al este de Elisabethville).

Mientras que las orillas del citado lago parecían ser un lugar ideal, un auténtico Edén, por sus particulares condiciones para los hipopótamos, no había en tales lugares ni la más pequeña traza de tales paquidermos. Cuando manifestó su extrañeza, por tal causa, a sus guías indígenas, éstos le contaron que en aquel lago vivía un animal que si bien era menos voluminoso que los hipopótamos no era esto óbice para que se diera gran maña en matarlos y devorarlos luego. Era, decían, un ser anfibio, pero que al parecer no gustaba de salir a tierra firme, puesto que ellos no habían visto jamás sus huellas en la tierra de las orillas.

Más tarde, cuando llegaron —prosiguiendo su viaje— al lago Dilolo, 800 kilómetros más al oeste, el hombre de confianza de Carl Hagenbeck oyó idénticos rumores y habladurías sobre el mítico ser, escuchando por primera vez el nombre del animal fabuloso: «shimpekwe».

«Por desgracia, confiesa Schomburgk, yo tomé tal historia por puro cuento y así no llevé más lejos mis investigaciones al respecto. Luego después cambié impresiones con Carl Hagenbeck, y tengo ya, al presente, la convicción de que se trata de alguna especie de saurio. Hagenbeck había recibido, por otros conductos, informes que concordaban en un todo con mis propias informaciones y con los dichos de los indígenas a los que yo había interrogado.»

Esto nos lo va a confirmar el propio Carl Hagenbeck en la edición definitiva alemana de su libro «Von Tieren und Menschen» (1909):

«He recibido, de dos fuentes completamente distintas, dos informes relativos a la existencia de un animal enorme y totalmente desconocido que

parece vivir en el mismo corazón de la Rhodesia. Relatos similares me han llegado, *primo*, por medio de un hombre que viajaba por mi cuenta y *secundo* por un *gentleman* inglés que se dedicaba a la caza mayor en África central (1).

»Tales informes eran, pues, total y absolutamente independientes el uno del otro. Parece que los indígenas han relatado así a mis dos informadores que en las profundidades de las grandes zonas pantanosas habita un enorme monstruo, mitad elefante, mitad dragón.

»Todo esto, sin embargo, no constituye la única prueba de la existencia de tal animal.

»Hace muchas décadas que Menges (2), quien tanto y tanto crédito merece, recogió una historia parecida de entre los negros; y lo que es más curioso aún, es que se encuentran, sobre los muros de determinadas cavernas del África Central, representaciones actuales de tan extraña criatura (3).

»Según lo que yo he oído contar sobre este enigmático animal, me da la impresión que ha de tratarse de una especie de dinosaurio, emparentado sin duda con los brontosaurios.

»Como quiera que estas informaciones me han llegado de fuentes distintas y no relacionadas, vienen así a corroborarse mutuamente.

»Así pues, estoy ya casi convencido de que un reptil de tal tipo debe aún hallarse con vida.»

A decir verdad, Carl Hagenbeck estaba convencido hasta tal punto de la existencia del animal que acabó por equipar toda una expedición para ir en su busca.

Mas la desgracia pareció abatirse sobre estos intrépidos hombres. En aquel país donde los pantanos, marismas y ciénagas se extienden sobre centenares y centenares de kilómetros cuadrados no es nada fácil vivir. Y así, los miembros de la expedición fueron pronto presa de las malignas y graves fiebres tan típicas de aquellas zonas, con lo cual se vieron, al fin, obligados a volver sobre sus pasos, sin haber logrado alcanzar tan siquiera el lago Bangweolo. Según Hans Schomburgk, los desafortunados expedicionarios ¡no pudieron ni tan siquiera encontrarlo!

EL CHIPEKWE DE LAS FUENTES DEL CONGO

Por suerte, un colono británico que pasó 18 años por las orillas del lago Bangweolo (que él escribía Bangweulu), vino a aportar, más recientemente y en una obra en la que él reúne sus recuerdos y memorias, toda una serie de detalles concretos sobre el animal misterioso que frecuenta las aguas del lago, y al que él llama «chipekwe». Dada la experiencia de este escritor, llamado J. E. Hughes, se puede admitir

(1) «El señor Sandford, de Fort-Jameson, cuenta que dos europeos dignos de fe han visto un animal, desconocido, hasta el presente, en dos pequeños lagos.» (Hans SCHOMBURGK, *Meine Freunde im Busch*, 1936.)

(2) Se trata de Joseph Menges, un célebre viajero alemán que capturaba animales por cuenta y orden de Carl Hagenbeck.

(3) Esto viene a confirmar así cuanto contaba Trader Horn a propósito de las pinturas rupestres de los bosquimanos.

que el nombre de «chipekwe» sea más exacto que el de «chimpekwe» que citaba Schomburgk.

Hughes se dedicó entonces a realizar una encuesta muy detallada por entre los negros, recogiendo así toda una serie de testimonios a propósito del «chipekwe». Y de todos ellos, el más interesante sin duda alguna es el facilitado por el jefe de la tribu de los wa-ushi, cuyo abuelo había sido testigo presencial, ya que no participante, de la caza y captura de uno de tales grandes monstruos en las profundas aguas del Luapula, que sirve de unión entre los lagos Bangweolo y Moëro.

«Una excelente descripción de tal cacería se ha ido transmitiendo por vía de tradición, nos cuenta J. E. Hughes. Tal hazaña ocupó durante todo un día a un buen número de los mejores cazadores, quienes se afanaban en clavar sus arpones *viwingo* —los mismísimos que hoy en día siguen utilizando para la caza de hipopótamos—. Describieron al monstruo en cuestión diciendo que tenía un cuerpo obscuro y liso, sin crines y armado de un único cuerno blanco, a la manera del de los rinocerontes, pero hecho de un marfil blanco y liso, fuertemente pulido. Es lástima que los negros no hayan conservado sus despojos; yo hubiera pagado cuanto me hubieran pedido por hacerme con ellos.»

Por otra parte, J. E. Hughes recogió, cerca de un funcionario británico llamado M. H. Croad, administrador retirado de la provincia de Rhodesia del Norte, una serie de indicios que venían a corroborar los informes indígenas.

Una tarde, el señor Croad había instalado su tienda al borde de un lago pequeño, mas muy profundo. A medianoche fué despertado por un gran ruido como de chapoteo o de salpicaduras. El funcionario, intrigado, fué a echar un vistazo por los contornos, descubriendo así, sobre la arena, unas enormes huellas de un tipo absolutamente desconocido. Y esta frase tiene un gran valor, por cuanto el referido señor Croad tenía una justa y merecida fama de experto conocedor de las huellas de todos los animales habidos y por haber en aquellas regiones.

Según J. E. Hughes, no hay ni la menor duda sobre el hecho cierto de que el «chipekwe» ha existido hasta una época bien reciente —algunos años apenas, si consideramos en su justo valor el testimonio del señor Croad—; pero que en la actualidad puede darse ya por desaparecido.

Este parece ser también el criterio de otro especialista en la fauna congolesa y del que nos habla John G. Millais:

«No he encontrado más que un solo cazador auténtico que crea verdaderamente en la existencia de un animal de gran tamaño y desconocido aún por la ciencia. Éste es el señor Denis Lyall; ha escrito numerosos libros sobre la caza en el África Central. Y está él convencido de que tan extraño animal existe, o ha existido al menos hasta una época muy reciente; según él, bien podría tratarse de un gran paquidermo de costumbres algo similares a las del hipopótamo, pero que estaría dotado de un cuerno en su cabeza; su zona de residencia vendría a ser la de los grandes pantanos y cenagales y, de prefe-

rencia, los lagos Bagweolo, Mweru y Tanganyka. Llega incluso a darle el nombre de rinoceronte acuático y dice poder aportar muchas pruebas en defensa de su teoría.»

Salta a la vista que el «rinoceronte acuático» del señor Denis Lyall no es otro más que el «chipekwe» de los negros de Rhodesia. Sus costumbres, su tamaño, su único cuerno y su distribución geográfica son otros tantos testimonios que parecen abogar por esta identificación.

Podemos considerar también el testimonio del comandante H. C. Maydon, especialista en caza mayor, quien en una carta dirigida a Frank Lane se expresa en los siguientes términos:

«Tuve la ocasión de encontrarme con un viejo buscador y cazador en Livingstone (Rhodesia), que me juró haber visto, un buen día, un monstruo acuático en el lago Mweru, pudiendo estudiar incluso, las huellas que éste dejara sobre la arena.»

El Mweru (o Moëro), ya citado también por Denis Lyall, es ese lago situado a caballo sobre la frontera del Congo Belga y de Rhodesia del Norte al que envía sus aguas el río Luapala, nacido a su vez en el lago Bangweolo. Recordemos que es justamente en tal río o canal donde los wa-ushi fijan la residencia de su particular «chipekwe».

Finalmente, el lago Tanganyka está también unido o relacionado, indirectamente al menos, con los lagos Moëro y Bangweolo, puesto que el río Lukuga, que de allí fluye, se lanza luego al caudal del Lualaba (afluente principal del Congo), a 125 kilómetros río abajo de la confluencia del Luvua que, a su vez, procede o viene del lago Moëro.

En resumen, vemos así que nada se opone, en principio, a que aludan a un mismo animal todos los rumores llegados desde los lagos Bangweolo, Moëro y Tanganyka, puesto que, como acabamos de ver, todos ellos se hallan unidos o ligados entre sí.

Y una vez sentado esto, creo poder ya señalar un aspecto raro y extraño de la cuestión. Puesto que existen tantos y tan recientes testimonios sobre el animal del que hablamos, ¿por qué pretender demostrar, a todo precio, que éste «ha desaparecido ya sin duda en nuestros días»? ¿Cuál ha sido, pues, la extraña epidemia que ha hecho perecer de tal guisa a estos desconocidos animales y justamente en el momento preciso en que ya teníamos noticias de su existencia y en que ya se había localizado, incluso, la zona en que habitaban?

Esta postura de mantener tal criterio me parece, simplemente, una solución miedosa. Miedo, puro miedo, de hacer el ridículo si las batidas sistemáticas que pudieran emprenderse no se vieran luego coronadas por el éxito, o sea, por la captura del animal.

Mas yo pregunto: ¿Y qué? ¿No está el señor en casa? ¡Bueno...! Eso no demuestra que no exista, sino simplemente que *acaba de salir*.

A mi juicio, ya lo he repetido yo suficiente número de veces a lo

largo de este libro; no basta con tener buena voluntad para hallar un animal en unas inmesas zonas donde todo está favorablemente dispuesto para garantizar su incógnito.

Pensar, a priori, en encontrar a tiro hecho un diplodocus en una zona cenagosa que cubre ampliamente millares de kilómetros cuadrados es algo así como aquello tan manido de la aguja y del pajar.

EL INFORME DE LEWANIKA, REY DE LOS BAROTSES

Y vuelve a ser a John G. Millais a quien debemos uno de los más detallados informes que han llegado hasta nuestras manos y que se refieren, ¡cómo no!, a una especie de dragón africano. Procede este testimonio de la región que resta, hoy en día, del antiguo Imperio de los Ba-rotses, o sea de la región del Zambeze medio, situada así entre los afluentes Chobe y Kafué. Es decir, de una región alejada unos 700 kilómetros de los lagos Bangweolo y Moëro, presunta residencia, como ya hemos visto, de los famosos «chipekwes». Bueno será recordar también que Hans Schomburgk había oído hablar de un animal de parecido género allá por el lago Dilolo, donde justamente nace otro de los afluentes del Zambeze.

El misterioso animal de los ba-rotses podría así muy bien, a primera vista, ser de la misma especie o raza que el tan citado «chipekwe». Pero veamos mejor lo que nos cuenta, a este respecto, el propio John Millais:

«El rey Lewanika, que se interesaba vivamente por el estudio de la fauna de su país, o sea de Barotselandia, había oído hablar a menudo a sus súbditos de un gran reptil acuático, de cuerpo más grueso aún que el de un elefante, que vivía, al parecer, en las grandes regiones pantanosas que medio rodeaban su poblado. Así pues, un buen día dió el rey la orden formal de avisarle tan pronto como alguien divisase al referido monstruo; estaba dispuesto, como vemos, a comprobar con sus propios ojos lo que hubiera tras tales habladurías. En el curso del año siguiente, y en determinada fecha, tres hombres se personaron en la real sala de audiencia —excitadísimos todos, por cierto— diciendo que acababan de ver al monstruo en los mismos bordes del pantano; añadían que éste, al notar la proximidad de los hombres, se había batido en retirada, deslizándose sobre su vientre por sobre el cieno hasta que logró alcanzar las aguas profundas.

»Dijeron que el animal era de colosal tamaño, que tenía unas patas similares a las de un lagarto y, además, un largo cuello. Era, seguían relatando, más alto que un hombre y su cabeza venía a ser parecida a la de las serpientes.

»Lewanika, sin perder ni un segundo, se trasladó al lugar en cuestión y pudo ver así, al primer golpe de vista, que por toda una gran extensión los cañaverales habían quedado literalmente aplastados. Una especie de ancho sendero había quedado así trazado concluyendo éste en el borde mismo de las aguas. En el informe que el rey envió seguidamente al Residente británica de Zululandia —el coronel Hardinge, por más señas— decía el monarca

que la pista producida por el cuerpo del misterioso monstruo era "tan ancha como la que se producía por el arrastre de un gran *trek-wagon* al que le hubieran quitado las ruedas".»

Precisemos que un «trek-wagon» es uno de esos famosos carromatos de los boers que miden, como término medio, sus buenos 1'40 metros de anchura.

El señor Millais no da ninguna indicación sobre el nombre con que tales indígenas designan al enigmático animal, pero según el capitán William Hichens, que interrogó a su vez a los indígenas, «éstos hablan siempre del monstruo dándole el nombre de «isiququmadevu».

¿UNA FOTO DEL DRAGÓN DE DILOLO?

Y puesto que nos hallamos ya en el presente momento, en la cuenca del Zambeze, parece ser éste el momento apropiado para relatar la sensacional información de la que se hizo eco el célebre naturalista y escritor británico Ivan T. Sanderson. Éste, a través de sus libros, nos ha relatado ya maravillosamente sus expediciones por el África Occidental (bajo los auspicios del British Museum), por las Antillas y la Guayana inglesa, y, finalmente, por Honduras británica y por Méjico.

En un artículo titulado «There could be Dinosaurs» («Tal vez existan aún dinosaurios»), publicado en 1948, nos cuenta así cuanto sigue, «cum grano salis»:

«Un célebre experto en la caza mayor del África del Sur, y que responde al delicioso nombre de M. F. Gobler (*gobbler* significa tragón, comilón) ha vuelto de un viaje por Angola y ha comunicado a un periódico de Capetown, al *Cape Argus*, que un animal de gran tamaño, cuya descripción tan sólo concuerda con las de los dinosaurios, parece ser que habita en los pantanos del Dilolo y que tan raro bicho, perfectamente conocido por los indígenas de aquellos contornos, recibe allí el nombre de *chipekwe*. Ha llegado a afirmar: "Su peso vendría a ser de unas cuatro toneladas y se atreve con los rinocerontes, con los hipopótamos y hasta con los elefantes. Unos cazadores pudieron oír, durante la noche, como un *chipekwe* devoraba un rinoceronte muerto, cómo partía a dentelladas sus huesos y cómo daba terribles mordiscos en la carne de su presa. Tiene la cabeza y la cola como la de los lagartos. Un sabio alemán le ha sacado una fotografía. Ante todo esto, yo mismo me trasladé a tal zona para emprender la búsqueda del animal, pero los indígenas me hicieron saber que es extremadamente raro, por lo cual resulta muy difícil echarle la vista encima. Efectivamente, yo no logré ni tan siquiera divisarlo a distancia. Mas yo no tengo ni la menor duda; el animal en cuestión existe. Ahí está su foto para demostrarlo".»

Después de algunos años de investigaciones y gracias a algunos aficionados, he podido descubrir las raíces de esta información. En 1932, el cazador en cuestión (Gobler en el *Rhodesia Herald* del 15 de julio de

este mismo año) hizo una declaración a la prensa sudafricana algo extraña y bajo una forma muy reservada. Volvía a servir como guía a una expedición de Hans Schomburgk en Angola por las regiones pantanosas de Dilolo. Uno de los motivos principales había sido precisamente la búsqueda y el filmaje del famoso *chipekwe*. Gracias a un explorador alemán, el joven cazador obtuvo más clara información acerca de ello. De regreso a Alemania, Schomburgk, en una conferencia pronunciada en febrero de 1932, hizo alusión a las tradiciones indígenas relativas a un monstruo desconocido, haciéndose la prensa eco de estas declaraciones. Algunos días más tarde, un diario de Colonia recibió una carta de un sueco llamado J. L. Johanson, que se decía capataz de una plantación de caucho en el Congo belga. Afirmaba haber encontrado en el valle de Kassai una especie de lagarto gigantesco, de unos 16 metros de largo, sobre el que había disparado tres veces. Pretendía haber tomado una foto del animal en el momento de saltar éste sobre un rinoceronte, a quien devoró. «Se puede ver con toda claridad el cuerpo del rinoceronte devorado por el lagarto», escribió Johanson en una carta escrita en un tono dramático un tanto forzado.

No es necesario ser un especialista para darse cuenta que la foto tomada por el sueco y que ha aparecido publicada en gran número de periódicos y revistas, no es más que una grosera composición. Vemos en ella un *davan* de Komodo introducido, con una técnica poco lograda, en un decorado africano, levantando las patas delanteras delante del cuerpo de un rinoceronte o de un hipopótamo de enormes dimensiones. Estamos seguros que si la instantánea hubiese sido auténtica, también habría aparecido la incredulidad por parte de algunos zoólogos.

LA EMBESTIDA DE UN DINOSAURIO Y LOS EFECTOS DEL HUMOR BELGA

Claro está que los zoólogos tienen a su disposición un buen cúmulo de excusas. Una de las inconmovibles reglas de la ciencia es la de no admitir nada que no haya sido previamente demostrado con sólidas y firmes pruebas. Y hasta incluso ocurre que, aun contando con tales demostraciones fehacientes, no por eso escasean luego los chascos, los auténticos y temidos «patinazos». Así, la tónica, la norma, es la desconfianza; nunca se es bastante prudente a la hora de pronunciarse.

Hay que reconocer, imparcialmente, que si estudiamos *por separado* los diversos testimonios que aluden a nuestro enigmático animal de los lagos y pantanos del África Central, encontramos que con ellos ocurre lo mismo que en el propio teatro donde la acción se desarrolla; que no hay, al parecer, una base firme; que nuestros pies —metafóricamente hablando— se apoyan sobre un suelo movedizo, inseguro y traicionero. Solamente estudiando todos ellos en conjunto es cuando vislumbra-

mos ya una sombra, casi real, o lo que es lo mismo, vamos adquiriendo así la certeza de que algo real y bien sólido por cierto, se oculta detrás de todo el fárrago de leyendas, rumores y testimonios.

A este respecto, debemos tener siempre un exquisito cuidado en que los testimonios a estudiar sean «de buena tinta». Yo siento una auténtica irritación ante esos autores que tratan de convencernos citando a «un colono digno de fe», «un eminente naturalista» o «un desconocido viajero». Con tales lugares comunes no vamos a parte alguna. Lo que se precisa son nombres concretos, fechas exactas; personas a quien consultar si llega el caso y si alguien quiere comprobar la justeza de sus asertos.

Fig. 36. — *Un dinosaurio corredor y carnívoro: el tiranosaurio*

Como colofón, pedimos también bibliografía; un libro documental sin bibliografía no tiene, creo yo, más valor que si hubiese sido escrito sobre la mismísima arena.

Bien; pues aun contando con este criterio rigorista y con todas estas precauciones, no hay quien evite que en cualquier historia se mezcle, aquí o allá, algún detalle exagerado, amañado o hasta «soñado» si se quiere.

Se ha visto que en la documentación del dragón congolés, que no tenía por qué ser la excepción de la regla, también existe su pequeño detalle falso, una nota discordante, ni más ni menos, como pasa siempre en todas estas investigaciones sobre animales desconocidos.

En 1920, un tal señor Lepage, volvió de una expedición de caza por el Congo belga y anunció que había visto, allá por las grandes zonas de los pantanos, el más chocante y raro animal del mundo. El monstruo en cuestión se lanzó sobre él. Nuestro cazador, sin pensarlo dos veces,

disparó su carabina contra su atacante, mas, al parecer, sin que los disparos hicieran la menor mella en su horrendo corpachón. En vista de ello, el hombre optó por dar marcha atrás, iniciando una estratégica retirada, a toda la velocidad que le permitían sus propios medios. Cuando el monstruo abandonó la persecución, nuestro valeroso cazador encontró ánimos para dar de nuevo una discreta vuelta para poder así examinar al animal que tan «agradable rato» le estaba haciendo pasar; para tal contemplación se ayudó de sus buenos prismáticos tipo campaña. Vendría a medir aquel ser, según relató, unos 8 metros de largo, tenía un hocico puntiagudo, un corto cuerno encima de las fosas nasales y una especie de cresta sobre todo el lomo. Las patas delanteras parecían muy macizas, como las de un caballo; pero las traseras acababan ramificadas en unos dedos muy separados entre sí.

Así, a primera vista, esto parece la descripción de algún dinosaurio. Pero si analizamos más, el testimonio del Sr. Lepage se nos muestra ya lleno de sospechosos datos.

Para empezar, si el monstruo en cuestión hubiese realmente «embestido» y perseguido luego al cazador, habría de tratarse entonces de un dinosaurio de tipo corredor (Terópodos u Ornitópodos) y no de uno de esos Saurópodos pesados y linfáticos tales como los diplodocus. Parece además evidente que uno de esos grandes e inofensivos herbívoros hubiera optado mejor, al ver aproximarse un peligro, léase un hombre, por refugiarse en las zonas más profundas, más espesas y más abrigadas de la marisma.

Pero he aquí que, según se desprende de tal declaración, nos las tenemos que haber con un reptil grande, rápido y agresivo. Claro que esto no significa que haya de ser también necesariamente carnívoro; cuando un herbívoro del tipo toro, rinoceronte o incluso elefante, se siente amenazado, su movimiento instintivo es el de la carga o embestida sin que por ello se coma luego a su enemigo hecho lonchas. Ya tenemos, pues, la primera disyuntiva; o el monstruo era carnívoro o era herbívoro.

Si era un carnívoro «sediento de sangre», ¿por qué diablos no persiguió al hombre con tenacidad hasta lograr darle una buena dentellada? ¿De modo que las balas no le hacen ni el menor efecto, y sin embargo, a los pocos momentos se cansa ya de perseguir al hombre? ¿Por qué razón?

Esto nos induce a creer que podría tratarse mejor de un herbívoro. En cuyo caso, fuerza será pensar que si el animal atacó fué porque se asustó de la gran proximidad del hombre. Y si éste estaba *muy cerca*, y si el monstruo era un reptil corredor de 8 metros de largo, ¿cómo no le alcanzó entonces de dos simples zancadas?

Aceptemos, a fuer de ingenuos, que tal o cual detalle que no se nos ha dado a conocer, haya podido intervenir en el drama cambiando así su desenlace. O que el animal, sencillamente, haya tenido una reacción que para nosotros pueda resultar incomprensible. Mas con todo y con eso,

no acaba de gustarme, francamente, la historia del Sr. Lepage.

¿Cuándo tuvo éste ocasión de observar, con tal detalle, la anatomía del monstruo, sobre todo en lo que se refiere a sus patas posteriores? ¿Cuándo le miraba con los gemelos? Me resulta difícil de creer, ya que la fuga de dicho señor no hubiera podido llevarse a efecto caso de haber tenido lugar en un terreno despejado, por las razones antedichas.

Y, sin embargo, ¡tan sólo en una llanura sin vegetación sería posible apreciar la conformación de las patas del temido atacante! Si era un lugar con maleza, con árboles o con cañaverales, ¿creen ustedes que hubiera podido entonces entreverle tan siquiera? Antes de la carrera tampoco, puesto que él mismo afirma que el animal en cuestión se hallaba «entre los cañaverales»; mal sitio éste para estudiar unas patas que, forzosamente, han de hallarse hundidas en el fango. ¿Mientras disparaba su carabina? Es de suponer que, en tales momentos, su mirada buscaría ansiosa el lugar apropiado donde colocar con mejor efecto las balas, sin ocuparse para nada de cómo eran los dedos de las patas.

¿Mientras huía ante el animal? Yo creo que no debía estar el horno para bollos...

Así, pues, no nos extraña nada que Willie Ley, hablando del informe del Sr. Lepage, dijese, con su habitual finura, que «su veracidad parecía dudosa».

Por otro lado, uno de mis colegas de Usumbura, en Ruanda-Urundi, me contó como se seguían divirtiendo aún a costa de un bulo sobre un «dinosaurio vivito y coleando» que habían puesto en circulación algunos coloniales humoristas y no demasiado ocupados. Lo más divertido es que un buen número de ingenuos tragó el anzuelo completamente.

Como quiera que esta broma se había producido hacía ya varias decenas de años, no tuve medio alguno de enterarme de los nombres de sus promotores. Pero no me extrañaría nada que «un tal señor Lepage» se encontrara mezclado entre ellos.

Sea lo que sea, el caso es que hasta tanto no nos llegue un informe más amplio, nosotros apuntaremos este curioso capítulo de la «embestida de un dinosaurio» en la cuenta del infantil humor belga, que según parece, se conserva también indemne bajo el ardiente sol del Ecuador.

Mas quizá, quizá, resulte un día que las chanzas de los bromistas acaben volviéndose al final contra ellos mismos; no olvidemos que es en el lago Moëro, en el Tanganika y en el Luapala, lo que es tanto como decir todo a lo largo de la frontera del Congo belga, donde en diversas ocasiones se ha situado la existencia el misterioso *chipekwe*. Por otro lado, y según afirma el capitán Hichens, tal ser es conocido incluso en el mismo territorio del Congo, si bien bajo otro nombre diferente:

«El mayor, el más raro y el más increíble de todos los animales misteriosos de África es, sin duda alguna, el *mbilintu*, nos dice el citado capitán. Su nombre significa literalmente *el formidable monstruo desconocido*. Parece tratarse de un enorme animal con algo de elefante y algo de hipopótamo y que

mora en los pantanos y ciénagas del Congo y allá por las regiones de los lagos Bangweolo, Mweru y Tanganika.»

Como vemos, parece tratarse, esta vez también, de nuestro ya viejo amigo el *chipekwe*.

EL COJE YA MENIA DEL ALTO CUANGO

Continuando nuestro viaje circular alrededor del Congo, y en el mismo sentido en que giran las manecillas de un reloj, llegamos ahora a Angola o Congo portugués. Allí, los informes capaces de interesarnos se concentran, precisamente, en la zona del Alto Cuango.

Una dama llamada Ilse von Nolde, que ha vivido durante diez años en la Angola Oriental, ha relatado que los indígenas del país le señalaron repetidas veces la existencia de un monstruo anfibio cuyo nombre es traducido al portugués por «Coje ya menia» (león de las aguas). Parece ser que debe tal nombre al rugido que emite. Contaron también los negros a Frau von Nolde que el referido monstruo, que habitualmente vive en las aguas, suele hacer a menudo salidas a tierra firme. Por otro lado, cuando en la estación de las lluvias los ríos del Cuango incrementan su caudal y sube así extraordinariamente el nivel de sus aguas, el animal emigra entonces buscando los pequeños ríos, mucho más tranquilos, o los pantanos y ciénagas. Y es en tales ocasiones cuando más posibilidades hay de echarle la vista encima.

Y al igual que el *lukwata* y el *lau* de los pantanos del Nilo, el león acuático de Angola emite unos rugidos o gruñidos harto significativos.

Al igual también que el *chipekwe* de las fuentes del Nilo, parece ser el enemigo jurado de los hipopótamos a los que él mata, sin previa provocación, y aun cuando se da el hecho cierto de que tales víctimas le superan ampliamente en lo que a tamaño se refiere.

Un día, la Sra. von Nolde encontró un indígena que lucía unas bellas sandalias hechas de piel de hipopótamo. Intrigada, preguntó al negro donde había cazado al tal paquidermo. A lo cual el indígena respondió que ni tan siquiera le había sido preciso tomarse aquella molestia; se había encontrado con el animal ya difunto. El pobre bicho había resultado muerto ante el ataque de un *Coje ya menia*.

Un comerciante portugués que se hallaba al frente de un servicio de transportes por carretera, contó otro día a la misma señora von Nolde una experiencia sumamente apasionante. Tuvo nuestro hombre noticias, un día entre los días —como dicen en los cuentos árabes— y mientras que se hallaba él en Loanda, de que un *Coje ya menia* había perseguido y matado finalmente a un hipopótamo la noche precedente al día de autos. Acompañado por algunos cazadores indígenas, se trasladó el curioso comerciante al lugar citado y allí vió, efectivamente, señales inequívocas de tal persecución y de tal lucha que, a juzgar por los indicios, debió resultar homérica. Durante varias horas siguieron los investigado-

res, a través de la sabana, las huellas del hipopótamo y, claro está, las de su perseguidor misterioso. Debía tratarse de un animal raro y extraño. Las marcas de sus pisadas eran parecidas a las que deja un elefante, pero ¡ah!, con una diferencia bien notable; en tales marcas podían observarse con toda claridad las señales producidas por unos dedos perfectamente diferenciados.

La pequeña expedición llegó al fin a un determinado lugar en el que las hierbas y las malezas habían quedado literalmente aplastadas y casi arrancadas incluso.

Y en medio de aquella devastación estaba, justamente, el cadáver del pobre hipopótamo.

Su cuerpo parecía haber sido lacerado, desgarrado y deshecho, con verdadera y sádica rabia, como a golpes de «catana» (sable corto y ancho que se utiliza para abrirse paso por entre las malezas).

Pero, a juzgar por lo que ellos vieron, no había sido luego devorado ni en lo más mínimo...

EL MOKELE-MBEMBE *DEL BARÓN VON STEIN ZU LAUSNITZ*

Tras haber franqueado el estuario del Congo, terminaremos nuestro periplo en el Camerún o sea, justamente, donde lo habíamos comenzado. Y para broche, transcribiremos un informe de sin igual precisión, lo cual tampoco es de extrañar, puesto que se trata, nada menos, de un informe militar.

Quizá se estén ustedes preguntando ahora cómo es que un dragón, que nada tiene en común con un soldado de caballería de línea, pongo por caso, ha podido introducirse en un informe militar. Si es así, en seguida comprenderán las razones.

En el año 1913, el Gobierno del Emperador Guillermo II había enviado al Camerún — que era colonia alemana por aquel entonces— una expedición de reconocimiento con la misión concreta de llevar a cabo toda una serie de levantamientos geodésicos y cartográficos y de redactar un minucioso informe sobre las riquezas mineras y vegetales de tales territorios.

A la cabeza de tal expedición figuraba el barón von Stein zu Lausnitz, capitán de las Fuerzas coloniales, quien se consagró por entero a la tarea encomendada, haciendo gala además, para suerte nuestra, de una gran minuciosidad y de un espíritu verdaderamente consciente.

Su informe oficial no llegó nunca a publicarse, debido a que al perder Alemania su colonia, como resultado de la guerra del 14, decayó lógicamente su interés y su actualidad política desde el punto de vista germano. Sin embargo, el referido informe sigue existiendo aún y, para mayor valor, en forma de un manuscrito original. A Willie Ley es a quien debemos el hecho de haber trabado conocimiento con el pasaje o

párrafo que se refiere a «una criatura que produce un horroroso pavor entre los negros de determinadas zonas del Congo, del bajo Ubangui, del Sanga y del Ikelemba, y a la que suelen dar el nombre de *mokele-mbêmbe*».

El capitán von Stein señalaba en su informe que tales noticias procedían de «guías muy experimentados», indicando también que estos informes, concordantes todos entre sí, habían llegado hasta él procedentes de personas que no se habían puesto previamente ni de acuerdo ni tan siquiera en contacto.

«Se cuenta, dice el barón von Stein zu Lausnitz, que la criatura en cuestión no vive en los pequeños cursos de agua, tales como los dos Likualas, ni tampoco en aquellos otros de rápida corriente y en los que se hallan muy frecuentemente bruscas caídas o saltos de agua; se asegura también que sólo existen algunos pocos ejemplares.

»En la época en que nuestra expedición tenía efecto, se señaló o localizó uno de tales animales en la parte no navegable del río Sanga, o sea, más o menos, entre los ríos Mbaio y Pikunda y en una zona por tanto que no pudimos llegar a visitar a causa del inesperado y brusco fin de nuestro viaje (1).

»También oímos decir que este misterioso animal mora por los contornos del río Ssombo. De los relatos que hacen los indígenas se puede deducir su descripción general que, más o menos, vendría a ser ésta: El animal es de un color gris obscuro y de piel lisa; su tamaño se acerca al del elefante o, en todo caso, sobrepasa el del hipopótamo. Parece ser que posee un cuello largo, flexible y un solo colmillo, pero éste es muy largo; otros aseguran que no se trata de un colmillo, sino de un cuerno. Hay quien cuenta también que tiene una gruesa y musculosa cola, a la manera de la del cocodrilo. Los rumores señalan que mediante el empleo de tal cola hace zozobrar cuantas canoas caen bajo su radio de acción; luego el animal mata a los ocupantes de tales embarcaciones, pero sin llegar a devorarlos.

»Se asegura que este extraño ser vive en las cavernas u oquedades que forma el río en la arcilla de sus márgenes. Pero sale también de ellas y se traslada a tierra firme para buscar allí su alimento; su régimen parece ser vegetariano en exclusiva. Tal detalle viene a ser incompatible con la hipótesis que mantiene que se trata de un simple mito. Unos indígenas me han enseñado, incluso, la planta predilecta del referido monstruo; es una especie de liana con grandes flores blancas y que da una cierta savia lechosa; tiene también ésta unos frutos parecidos a las manzanas. Allá por el río Ssombo pude ver una especie de sendero o camino que había trazado el bicho en cuestión al dirigirse a tierra para buscar qué comer. Mas como quiera que aquella especie de ruta había sido luego frecuentada también por elefantes, hipopótamos y muchos otros animales, no pudimos sacar demasiado en claro de su estudio.»

¿HAY SÓLO UNO O HAY VARIOS MONSTRUOS ANFIBIOS EN ÁFRICA?

Y así queda, pues, como vemos, totalmente cerrado el círculo. Tras un viaje en redondo de unos 7.000 kilómetros, hemos vuelto a encontrarnos con el *mokele-mbêmbe*, el buceador gigante del viejo traficante Horn.

(1) Dicho final se debió, como ustedes ya habrán comprendido, al comienzo de la primera Guerra Mundial, en el año 1914.

Ha llegado así el momento, creo yo, de que saquemos algunas buenas conclusiones de todo nuestro periplo mientras reposamos y nos desquitamos un poco de las «fatigas» pasadas.

Para mayor claridad, podemos empezar por hacer un gran cuadro sinóptico o de recapitulación donde, al lado de cada uno de los monstruos apuntados, vayamos anotando, en sucesivas columnas, cuanto sobre ellos sabemos con respecto a su tamaño, su aspecto, el color de su piel, su anatomía, su zona de residencia, los sonidos que emite, su régimen alimenticio y, finalmente, su modo de comportarse. Nos parece inútil reproducir aquí tal cuadro sinóptico, puesto que ello equivaldría a repetir todo lo anteriormente expuesto. Contentémonos con señalar las conclusiones que de su estudio se deducen.

Lo que salta a la vista, al primer intento, es que tan sólo hay unanimidad en uno de estos apartados o columnas. Más concretamente, en lo que se refiere a la zona de residencia de nuestro misterioso animal; todos los que hemos estudiado en el presente capítulo tienen, como ustedes recordarán, costumbres anfibias.

En la columna «tamaño» hay también una cierta concordancia. Entre el *lukwata* que tiene la dimensión de un pequeño cetáceo o de un gran manatí, el *dingonek* de largo lomo parecido al de un hipopótamo, el *lau* macizo como un asno o un caballo; el *chipekwe,* un poco más pequeño que un hipopótamo; el *mokele-mbêmbe,* tan grande como el referido paquidermo, y el *isiququmadevu,* un poco mayor que un hipopótamo, no hay sino unas diferencias relativamente pequeñas y despreciables y que bien pudieran atribuirse a la edad o al sexo del ejemplar divisado o, no debemos olvidarlo, a la mayor o menor propensión a la exageración del testigo presencial.

Entre los testigos que citan cifras concretas, la única nota discordante es la facilitada por los negros que dicen que el *lau* tiene una dimensión entre 12 y 30 metros. Como quiera que tal medida se refería a un cadáver —que puede ser medido fácilmente— nos parece sospechoso este amplísimo y exagerado margen de dimensión. No se trata de 12 ó 15 metros, sino de «entre 12 y 30 metros». ¿Verdad que es demasiado? Recordemos también que el gobernador Jackson precisaba, por su parte, que el *lau* era habitualmente de un tamaño inferior al de las pitones.

Podemos decir, en suma, que todas las descripciones facilitadas se refieren a un animal anfibio cuyo cuerpo vendrá a tener el grueso aproximado de un hipopótamo o, en todo caso, algo menor.

En las restantes columnas de nuestro estudio hay, fuerza es decirlo, buenas discrepancias. Veamos las más importantes:

Mientras que el *dingonek* tiene la piel moteada y cubierta de escamas, el *chipekwe* y el *mokele-mbêmbe* son de un tono oscuro uniforme y de aspecto liso.

Mientras que el *dingonek* tiene en su mandíbula superior dos amenazadores colmillos (o dos cuernos), el *chipekwe* y el *mokele-mbêmbe*

no tienen más que un pequeño cuerno único; el *lau*, por su parte, no tiene sino una cresta de «tentáculos».

El *dingonek* es de cuello corto; el *isiququmadevu* y el *mokele-mbêmbe* son cuellilargos.

En fin, nos parece inútil seguir más adelante. Parece fuera de dudas que el *dingonek* (alias *ol-umaina*) no tiene nada de común con el *chipekwe*, el *mokele-mbêmbe*, el *isiququmadevu* ni tan siquiera con el *lau*. Nos perdemos así en conjeturas sobre la identidad de este extraño animal e incluso sobre su misma naturaleza. Si, por una parte, nadie hubiese hablado de sus patas, se le habría podido tomar por alguna especie de víbora cornuda gigante del género *Bitis;* éstas tienen un cuerpo tan grueso y macizo que no tienen casi aspecto de víboras, si me permiten la expresión (fig. 34). Si, por otro lado, no se le hubiese adornado con escamas y una fuerte y musculosa cola, bien hubiéramos podido pensar en alguna versión gigante del *Hyomoschus aquaticus:* en este pequeño rumiante, extraordinariamente escaso y maravilloso nadador, los dos caninos de la mandíbula superior están tan desarrollados —sobre todo en los animales machos— que podrían justificarse así las habladurías al respecto; su lomo, o la piel de su lomo mejor dicho, está moteada un poco al estilo de los leopardos, salvo que los tonos están aquí invertidos (manchas claras sobre un fondo pardo oscuro). Pero vemos que ninguna de estas dos posibles identificaciones concuerdan en un todo con el tamaño considerable (alrededor de 4,50 metros) del monstruo.

Una cosa es cierta, al menos según mi punto de vista: que este animal extraño y misterioso no tiene nada que ver con el problema que ahora nos ocupa. Debe ser una simple interferencia, cosa ésta que, como ya hemos visto, ocurre siempre en estos problemas zoológicos.

Y al eliminarlo, por tanto, de nuestro cuadro de investigación vemos ya que, entonces, las diferencias parecen suavizarse notablemente.

En lo que afecta al tono o color de la piel volvemos a hallar una cierta unanimidad: oscura, gris oscuro, pardo oscuro o amarillo sucio. Lo mismo ocurre con la forma general del cuerpo: describen los testigos al *lukwata*, y sobre todo al *lau*, como unas serpientes provistas de patas rudimentarias y de cuerpo más bien voluminoso; el *isiququmadevu* y el *mokele-mbêmbe* son descritos como animales macizos y provistos de una larga cola fuerte y musculosa. De hecho, todo viene a ser, más o menos, una misma cosa.

Las diferencias más notables las hallaremos ahora en el capítulo relativo a los «ornamentos» de las cabezas de tales animales. Al hablar del *mokele-mbêmbe* y del *chipekwe*, se hace mención a un pequeño cuerno blanco; al *lau* le atribuyen una cresta formada como por tentáculos. Mas bien podría ocurrir que ambas cosas pudiesen ser halladas a la vez sobre un mismo ser, como de hecho pasa en el caso de determinados lagartos agamos. Pero es raro, por contra, que ninguno de tales «adornos» haya sido nunca señalado en los casos del *lukwata* y del *isiququmadevu*.

Sin embargo, y aun suponiendo que los diversos monstruos anfibios del África Central puedan pertenecer a un mismo género —lo cual por ahora no ha quedado todavía demostrado—, sería verdaderamente extraordinario que no hubiesen aparecido buenas diferencias específicas en animales correspondientes a regiones tan alejadas entre sí. Ya he hecho constar anteriormente que el lago Victoria-Nyanza comunica con los grandes pantanos o ciénagas del Nilo por el lago Alberto y por el Bahr-el-Djebel, y que los lagos Moëro y Bangweolo corresponden igualmente a esta especie de gran sistema fluvial. Las fuentes del Cuango y del Kassai, afluente del Congo y las del Zambeze están muy próximas. El Sanga, el Congo y el Ubangui confluyen y las fuentes del último se hallan también en las proximidades de los ya citados pantanos del Nilo. En todo caso se puede concebir perfectamente que determinados animales anfibios hayan realizado movimientos migratorios por todo este gran dédalo acuático, y sobre todo en la época de las grandes crecidas. Mas todo nos lleva a pensar que tales monstruos, muy posiblemente, serán reliquias de un período lejano en el cual el área de distribución de tal familia sería, posiblemente, mucho mayor que en nuestros días. De entonces a acá, tales animales habrán ido quedándose aislados, escondidos en estas pantanosas e insalubres zonas, perdiendo así quizá el contacto entre ellos mismos; de donde bien podemos creer que habrán ido surgiendo las diferencias específicas a que más arriba me refería.

Parece que de todos los animales anfibios de los que hemos hablado hasta ahora hay uno que se distingue de los restantes con mayor fuerza y claridad; es, concretamente, el *lau*. Según lo que cuentan a este respecto, parece deducirse que sus patas son muy rudimentarias; esto se desprende de la simple observación del «surco» que va marcando con su cuerpo cuando se traslada sobre la arena. Y es también al *lau* al que se le «adorna» más unánimemente, con una abundante cresta situada en la parte alta de su cabeza. Tales características podrían estar relacionadas con un modo diferente de vida o con un tipo especial de zona de residencia. Si echamos un vistazo a un buen mapa, veremos que las zonas en que se ha situado a los animales anteriormente reseñados, sobrepasan todas ellas de los 500 o incluso de los 1.000 metros de altitud. Pero, ¡ah!, hay una excepción curiosísima: exacta y concretamente, los pantanos del Nilo. Y allí, justamente allí, es donde se ha señalado, exclusivamente, la existencia de nuestro *lau*.

RETRATO DEL DRAGÓN GONGOLÉS

Antes de seguir sacando deducciones, convendrá decir algunas palabras sobre los distintos regímenes alimenticios de los fabulosos y desconocidos animales que ocupan ahora nuestra atención. Y otras pocas con respecto a sus comportamientos respectivos hacia el hombre.

Sobre su agresividad, todos los testigos, de todas las regiones, parecen hallarse de acuerdo, pero no así en lo que atañe a sus hábitos carnívoros. Trader Horn daba a su *jago-nini* una reputación de devorador de hombres y de focas (léase manatís); suponía éste también que el *amali* era capaz de deshacer, literalmente hablando, a los grandes y robustos elefantes; pero tal afirmación se basaba, según él mismo confesó, en suposiciones y en rumores más bien vagos. Sobre el *lau*, los nuer dicen que enlazaba a sus víctimas con la ayuda de sus tentáculos y los

Fig. 37. — *Hipotética representación del dragón de África Central, basada en el conjunto de los testimonios recibidos a este respecto*

arrastraba luego bajo las aguas; pero, en rigor de verdad, nunca le han acusado de devorarlos tras dicho rapto o captura.

Los negros manifiestan ante tales animales un terror pánico que ni tan siquiera disimulan. Tratan, a todo precio, de no acercarse jamás a ellos, como nos lo prueba esa curiosa historia de la mirada que mata... Por eso, bien pudiéramos pensar que la propiedad «enlazante» de los tentáculos de su cresta pueda ser, simplemente, otro mero adorno con el que estos hombres dan mayor aire de misterio y, también, mayor justificación a sus temores.

Tan sólo encontramos detalles más dignos de crédito allí donde los negros parecen temer menos al famoso y extraño animal acuático; allí donde tales indígenas no dudan, si llega el caso, en lanzarse en su persecución e incluso en darle caza si la cosa se presenta favorablemente.

El *chipekwe* tiene fama de matar hipopótamos a fin de devorarlos.

El *Coje ya menia* se contenta con despedazarlos, pero, no siendo carnívoro, desprecia luego la carne de su víctima. En cuanto al *mokele-mbêmbe*, decididamente vegetariano, parece sentir una afición especial por derribar piraguas y matar luego a sus ocupantes.

Yo me permito pensar que si se acusa al *chipekwe* de comerse los hipopótamos habrá de ser, pura y llanamente, basándose en que tiene la costumbre de darles muerte. Quizá para los negros sea incomprensible el hecho de que un animal mate a otro simplemente por el gustazo de quitarlo de en medio. Con su lógica primitiva deducirán que si mata es para llenarse el estómago, ¿verdad? Mas quizá en este caso la tremenda lucha tenga otro móvil bien distinto: el de posesión o el de defensa de un mismo territorio. El hipopótamo y el que aún seguiremos llamando —a falta de nombre mejor— «dragón», podrían ser muy bien dos animales vegetarianos y de similares costumbres. Si ambos han elegido —de mejor o peor grado— una misma zona para establecerse en ella, tenemos ya los ingredientes precisos para comprender el por qué de esta lucha continuada y machacona. Y en tales combates, el «dragón», más ágil y armado además de garras potentes, debe salir vencedor en la mayoría de los casos. Pero parece, por contra, que cuando éste se las tiene que haber con el cocodrilo —como se nos contaba en el caso del *lukwata*—, es el segundo quien lleva las de ganar, gracias a su gruesa coraza y a su nada despreciable dentadura.

Y dicho todo esto, vamos ahora a intentar realizar un esbozo, un rudimentario boceto o retrato, de este dragón anfibio que tan intrigados nos tiene y del que se habla sin cesar en toda la alta región que bordea esta especie de artesa del Congo.

En conjunto, parece ser un animal de aspecto serpentiforme, pero de cuerpo notablemente abultado y grueso; viene a tener, según los dichos, la anchura del tórax de un caballo o, en el peor de los casos, de un asno. El animal posee unas extremidades armadas de garras, algo así como las de un gran lagarto, si bien bastante más fuertes y más macizas. Incluso más largas que las de éste, aun guardando, claro está, las debidas proporciones. No parece que marche «vientre a tierra» como los cocodrilos. Tiene el cuello bastante largo y flexible y una potente y musculosa cola. A juzgar por el grosor que achacan a su cuerpo, podríamos aventurar que, a *grosso modo*, su longitud total debe andar rondando los 7 o los 10 metros.

La cabeza, corta y redondeada como la de numerosas serpientes; quizá con una especie de cuerno sobre las fosas nasales o quizá una cresta carnosa sobre lo alto de dicha cabeza. Su piel, de aspecto liso, parecida a la del hipopótamo y de un color gris oscuro. Es indudablemente anfibio; pasa en el agua la mayor parte de su tiempo, a pesar de lo cual tiene sus madrigueras en las cuevas existentes en las márgenes de los ríos. Al parecer, sólo pasa a tierra firme cuando ha de buscar allí su alimento, que es esencialmente vegetal. Y, sea o no carnívoro, el hecho

es, o parece ser, que tiene un buen espíritu combativo y que no rehuye la lucha cuando se encuentra con sus rivales o competidores directos, sean hipopótamos o manatis. Y en tales trifulcas se sirve nuestro animal de sus potentes garras. El hecho de volcar sistemáticamente las canoas, podremos achacarlo, tal vez, a que nuestro dragón, no demasiado inteligente, las confunda al primer golpe de vista con sus señalados enemigos.

Para acabar, emite una especie de rugido que podríamos equiparar, con buena voluntad, al ruido que emiten los cocodrilos; incluso tal vez se podría conjeturar que este sonido, al igual que el de dichos otros animales, tenga un papel en la atracción sexual de la especie.

¿PODRA TRATARSE DE UN DINOSAURIO?

Nos queda ahora aventurar algunos pronósticos sobre la identidad de este enigmático animal.

La primera tentación sería la de achacarle, inmediatamente, una naturaleza de reptil. Sin embargo, advirtamos que tal conclusión no nos viene necesariamente impuesta *a priori*. Hemos visto ya que el Sr. Denis Lyall pensaba que el *chipekwe* era una especie de rinoceronte acuático, opinión ésta que no resiste, digámoslo de paso, un análisis concienzudo. Mas otras personas, más versadas en zoología, recordaron oportunamente que en la antigüedad existieron mamíferos anfibios y hervíboros, de largo cuello y de aceradas y potentes garras. Como lo cuenta el capitán Hichens, «según algunos, este animal misterioso podría ser un *chalicotherium*, aquel famoso y extraño animal de finales del Mioceno que tenía una cabeza como de caballo, patas provistas de dedos y un aspecto general asaz extraño.

Nadie diría que la cabeza y las extremidades de tan raro ser pertenecían a un mismo animal.

Hay que reconocer que el retrato es bastante parecido: sólo falta la larga cola, fuerte y gruesa.

El fallo mayor de esta hipótesis, es que jamás han sido hallados en África los restos de algún miembro de la familia de los *chalicothéridos*.

Sin duda alguna, fué el aspecto liso y desnudo de la piel lo que indujo a algunos a tomar a este «dragón» por un mamífero y no por un reptil.

Mas señalemos que, por una parte, determinados lagartos actuales tienen la piel recubierta de unas escamas tan pequeñas, tan diminutas y tan apretadas entre sí, que el aspecto general viene a ser el de una simple piel continua, si bien ligeramente granulosa. Por otro lado, nada se opone tampoco, en principio, a que dichos grandes reptiles acuáticos hubiesen perdido por completo su vestimenta de escamas.

En fin, tampoco hay que subestimar el valor de la primera impresión de los testigos presenciales; algunos evocaron al hipopótamo y al ele-

fante a fin de dar una idea de lo macizo del cuerpo del monstruo por ellos visto; pero, en conjunto, fueron casi siempre los cocodrilos y los lagartos descomunales los que mayormente sirvieron de punto de comparación o de referencia. Y sabido es que los movimientos de los reptiles, rastreros, vacilantes y como por sucesivas sacudidas, no se parecen en nada a los de los mamíferos, infinitamente más flexibles y más continuos.

Pues bien, si aceptásemos la hipótesis reptil, ¿en qué clase concreta de reptiles habría que pensar entonces?

Que su silueta nos hace recordar la de algunos dinosaurios, eso está fuera de dudas, creo yo.

Mas con todo y con ello, también podría tratarse de algún lagarto

Fig. 38. — *Silueta del varano de Australia, en la que podemos apreciar la notable longitud de su cuello*

gigante del grupo de los varanos, que se extienden por todas o casi todas las regiones cálidas del Antiguo Mundo.

Recordarán ustedes que el varano de Australia posee, él también, un cuello relativamente largo; y que su primo, el dragón de Komodo, está plantado sobre unas patazas francamente sólidas y macizas. Y, para terminar, que en una época aún bien reciente existía en Australia un varano gigante (el *Varano priscus*) que medía sus buenos 8 metros de largo. Detalle significativo; los naturalistas que reconocen el carácter poco dudoso de la existencia en África de un gran reptil no determinado aún, están mucho más favorablemente dispuestos a admitir que éste sea un varano gigante que no un pequeño dinosaurio, ¿por qué? ¿Acaso tales varanos pertenecen a un grupo más reciente que el de los dinosaurios? No lo parece. Hay que distinguir —y ello es muy importante— dos grandes grupos entre los dinosaurios, el de los dinosaurios con pelvis de lagarto *(Sauripelvianos)* en cuyo grupo se alinean las formas más gigan-

tescas y el de los dinosaurios con pelvis de ave (*Avipelvianos* u *Ornitopelvianos*), mucho más ligeros en general y más ágiles por consiguiente.

El primer grupo tuvo su época de esplendor allá por el Triásico y el Jurásico; el segundo fué suplantando gradualmente al anterior desde el Jurásico al Cretácico. Vemos así que en todo caso, habría que relacionar a nuestro «dragón» congolés con el grupo reseñado en segundo lugar.

Y da la coincidencia de que la gran familia de los varanos se remonta también a la época jurásica. ¿Luego entonces...?

La repugnancia que manifiesta la mayor parte de los zoólogos ante el hecho de tener que considerar la posible supervivencia de un dinosaurio debe atribuirse no a la antigüedad de tal grupo, sino al hecho concreto de que esta familia fué declarada como oficialmente extinta desde hace ya largos años. Y es curioso ver cómo esta sentencia total, cómo este cartel de «fin», se basó, pura y simplemente, en pruebas negativas. Más concretamente; en la ausencia de restos fosilizados de dinosaurios en las capas geológicas correspondientes a las Eras Terciaria y Cuaternaria.

Pero nosotros ya sabemos, ampliamente, el valor que debe darse a esta clase de «pruebas». Valga un ejemplo: Más acá del Eoceno no volvieron a hallarse restos fósiles de aquellos saurópsidos *que precedieron a los dinosaurios* allá por los finales del Primario y los principios del Secundario. Y sin embargo, todavía existen, vivitos y coleando por más señas, ejemplares de tal clase dada ya por extinguida; son, ni más ni menos, los tuateras de Nueva Zelanda. (Un auténtico rinocéfalo procedente del Jurásico.)

Existe aún otra razón, si así puede llamarse, por la que muchas gentes no quieren ni considerar tan siquiera la idea de la supervivencia de un dinosaurio; y ésta es el gran tamaño de tales animales. ¡Un dinosaurio es un animal tan enorme que no puede pasar inadvertido, caramba!, parecen decirse.

Ante esto, creo que mucha gente me mirará con recelo al oírme afirmar que yo, si me lo propusiera, sería bien capaz de pasar por la aduana de matute un auténtico dinosaurio. El truco es bien sencillo. Consiste en que no todos los dinosaurios pesaban 40 ó 50 toneladas ni todos tampoco medían sus 40 metros de largo, como ocurría de hecho con el atlantosaurio de América del Norte.

El grupo de los dinosaurios era tan vasto y diverso que había en él sitio para todos; era tan complejo como lo es, hoy en día, el de los mamíferos, pongamos por caso. Se incluían allí algunos gigantes impresionantes, es bien cierto, pero también otros seres de tamaño mediano, semejantes a pequeños rinocerontes o a avestruces desplumadas, e incluso auténticos enanos no mayores que un pichón. Eran éstos los dinosaurios de bolsillo, ¿no creen ustedes?

Todo esto, claro está, no es ningún secreto para los zoólogos. Lo que

pasa es que, llevados de su oposición sistemática, parecen haberlo ya olvidado, o querido olvidar, que viene a ser lo mismo.

Esta postura me parece absurda. Tan absurda y tan desenfocada como la de aquellos —los del polo opuesto— que, gustando de las emociones fuertes y de las excitantes impresiones, no quieren ni tan siquiera oír hablar de que no sea un dinosaurio.

Y yo me pregunto ante esta otra postura: ¿Qué puede haber de sensacional ni de emocionante en la supervivencia de un pequeño dinosaurio vegetariano, en una época en que existen cocodrilos, auténticos devoradores de hombres, de 10 metros de largo?

Dinosaurio o no, el hecho es que existe en África central un gran reptil que aún no ha sido identificado. Y este hecho debiera ser bastante, por sí mismo, para despertar el más vivo interés en todo el mundo científico. Lo único que sabemos hasta ahora, lo que podemos deducir a la vista del tamaño que se le achaca (relativamente gigantesco), es que debe tratarse de un animal reliquia, como las tortugas gigantes, los cocodrilos y los varanos de Komodo, recuerdos todos de la memorable hegemonía de los reptiles de las épocas del Jurásico.

No creo que sea preciso insistir de nuevo ahora —pues ya lo hemos hecho suficientemente en otros capítulos— sobre la asombrosa estabilidad geológica y climatológica del África, lo cual viene a hacer que este continente sea el lugar idóneo para la conservación de tipos y especies de tanta antigüedad histórica.

EL SIRRUCH *DEL PÓRTICO DE ISHTAR*

Uno de los aspectos más sorprendentes de todo este asunto del «dragón» congolés, es el que sacó a la luz, con verdadero acierto y con una gran visión mi estimado colega Willie Ley.

Según éste, nuestro «monstruo», nuestro misterioso reptil anfibio, no sólo ha debido ser objeto de representaciones plásticas realizadas por los indígenas del corazón de África, sino que, incluso, su efigie figura en uno de los más prestigiosos monumentos de la antigüedad babilónica; en el mismísimo Pórtico de Ishtar.

Veamos ahora la demostración de tal aserto.

Cuando el profesor Robert Koldewey puso al descubierto, en 1902, tras tres años de trabajos, el suntuoso arco erigido en honor del Gran Señor Marduk por el rey Nabucodonosor, se vió que los muros de tal pieza arquitectónica se hallaban recubiertos de bajorrelieves, hechos con ladrillos esmaltados y que representaban, alternativamente, figuras de toros y dragones.

El referido monarca había dejado escrito, a este respecto, lo que sigue en una inscripción en caracteres cuneiformes:

«He colocado feroces *rimi* e impresionantes *sirruchu* (1) sobre los muros del pórtico, al que he dado así un esplendor tal que toda la humanidad lo contemplará siempre con admiración.»

Concretemos ahora qué quiere decir cada uno de esos dos términos extraños:

Rimi es el plural de *rim*. De tales animales habla frecuentemente la Biblia, bajo el nombre hebreo de *re'em*. Los zoólogos, tras arduos trabajos llegaron a la conclusión de que éstos eran otros tantos aurochs o uros *(Bos primigenius)*, los terribles toros gigantes que perduraron en Europa hasta la Edad Media y de los cuales el último representante murió cerca de Jaktorovka, en Lituania, en el año 1627.

Pero la identidad del *sirruch* (singular de *sirruchu*) es mucho más intrigante. Figúrense ustedes ¡que allí se trata de un cuadrúpedo de piel escamosa, cuyas patas anteriores son similares a las del león y las posteriores a las del águila y que, por si esto fuera poco, tiene una cabeza como de serpiente al final de un desmesurado cuello!

De sus fauces sale una lengua ahorquillada; en lo alto de su cabeza sobresale un alto cuerno; por ende, tiene también otra serie de ornamentos carnosos y, finalmente, una corta crin de caballo. ¿No les parece que este animal tiene así ganado de antemano el remoquete de «monstruo»? (Véase grabado).

Podemos pensar *a priori*, yo creo, que los arquitectos del pórtico de Ishtar se afanarían en representar, en aquellos muros, animales completamente reales y no puros engendros de su imaginación. ¿Cómo explicar que hiciesen alternar un mítico ser con un buey prosaico y vulgar?

¿Y por qué iban a flanquear la gran avenida que conducía hasta el mismo pórtico con una doble fila de amenazadores leones de piedra? Éstos eran sin la menor sombra de duda, unos animales bien reales, tan auténticos como el buey, y que se caracterizaban ya, además, por su singular ferocidad. Así pues, y aun cuando el tal dragón nos parezca un auténtico *cock-tail* zoológico, vamos a tomarnos ahora el trabajo de tratar de averiguar su auténtica personalidad; de ver qué nos resulta del estudio minucioso de este ser que parece reunir en sí características típicas de cuatro o cinco grupos de animales diferentes.

«Si el pórtico de Ishtar hubiese sido descubierto un siglo antes, no hay ni la menor duda de que entonces esta combinación de patas anteriores de león y posteriores de ave hubiera sido una prueba suficiente —escribe Willie Ley— para demostrar que la tal *serpiente magnífica* no era más digna de crédito que los toros con alas o las aves de cabeza humana que tanto abundan en las mitologías asiria y babilónica. Pero en el curso de estos últimos cien años han pasado cosas totalmente fundamentales. No olvidemos que Georges Cuvier llegó a ser *el padre de la Paleontología*, que el profesor O. C.

(1) La pronunciación del grupo de caracteres correspondientes a tal nombre se ha representado otras veces por «sîr-russû» (Sir-ruchu), pero según el orientalista alemán Delitzsch tal palabra debe pronunciarse como «mus-russu» (much-ruchu), lo que significaría, según él, «Prachtschlange» o sea, «Serpiente espléndida y magnífica». Pero los expertos encuentran que esta traducción peca de excesivamente libre.

Marsh ganó justamente el título, allá en América, de *padre de los dinosaurios* y que, con todo ello y con otras muchas cosas más, ha cambiado notablemente nuestro concepto de lo que es posible, biológicamente hablando. Los paleontólogos han exhumado, en este lapso de tiempo, algunos animales fósiles provistos de interminable cuello y de una cola no menos larga, de un cuerpo macizo y de una pequeña cabeza, una diminuta cabeza como de serpiente, adornada por ende con un extraño cuerno —y que probablemente tendría también una lengua en forma de horquilla (desgraciadamente la lengua nunca logra pasar al estado fósil)— y todo un extraño conjunto de no menos extraños atributos. Han descubierto, incluso, ejemplares de un grupo especial de dinosaurios, los ornitopelvianos o *con patas de ave* (1), que parecían caminar erguidos sobre sus patas posteriores, las de ave precisamente, mientras agitaban al aire sus patas delanteras, muchísimo más pequeñas.»

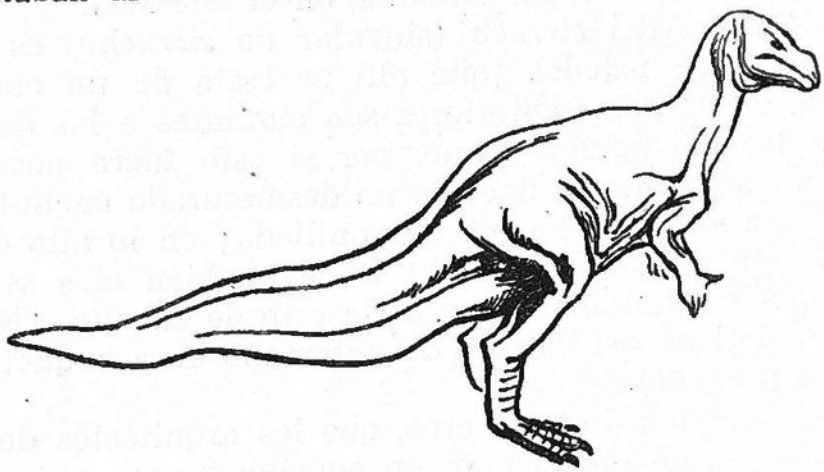


Fig. 39. — *Reconstitución de un iguanodonte, dinosaurio corredor y herbívoro*

Pero el profesor Koldewey —el descubridor del pórtico— no estuvo excesivamente atinado al dar su opinión. En su primer informe sobre sus hallazgos en Babilonia, publicado en 1913, reconocía, ciertamente, que el «sirruch» correspondía, por la mayoría de sus caracteres a la descripción de algún saurio ya desaparecido: pero luego acababa diciendo con bastante timidez: «Si las patas delanteras no fueran al menos, tan típicamente de felino, no nos costaría creer que un tal animal hubiese podido existir en el pasado.»

«Es posible imaginar, decía Koldewey, que los sacerdotes de Esagil poseyesen un animal parecido, un reptil gigante o quizás un narval (de los que a veces se encuentran ejemplares en aquellas regiones) y al que hacían pasar, ante los ojos de sus fieles y en la penumbra del templo, por un *sirruch* auténtico y pletórico de vida. Así no tendría nada de extraño que éste, en tal caso, no fuera capaz de soportar las albóndigas de crin y de betún que Daniel le administrara.»

En su lujosísima obra «Das Istar-Tor in Babylon», que apareció a la luz en 1918, el profesor Koldewey se mostró mucho más audaz y mu-

(1) El autor de este párrafo ha sufrido aquí un «lapsus calami». Evidentemente, lo que él quiso escribir fué «Ornitópodos». El término «Ornitopelviano» significa «con pelvis de ave» (es un sinónimo por tanto de Avipelviano) y se aplica a un vasto grupo que incluye entre sus filas a los Ornitópodos, los Estegosaurios, los Ceratosaurios y los Anquilosaurios.

cho más afirmativo. Sin duda alguna, previamente se había documentado a conciencia, en este espacio de tiempo, sobre la anatomía de los grandes reptiles del Secundario.

«Si en la vida real nos encontrásemos con una criatura tal como nuestro *sirruch*, tendríamos que incluirla en el orden de los dinosaurios e incluso en el sub-orden de los ornitópodos.

»El iguanodonte del cretáceo de Bélgica es el pariente más cercano o más aproximado del dragón de Babilonia (1).

Como quiera que los caldeos no tenían aún ni la menor noción de paleontología, su «sirruch» no podía ser, en modo alguno, una reconstitución de un animal pretérito. ¿Era quizá el fortuito resultado de un «cock-tail» de animales surtidos, como ocurría tal vez con otros muchos monstruos de la mitología babilónica? No lo parece así. En efecto, mientras todas esas otras míticas criaturas tuvieron una efímera vida en el gran curso de la Historia, el «sirruch», al igual que el león y el auroch, ha seguido estando presente en el arte de los caldeos durante millares de años, o más concretamente, desde los mismos orígenes de éste, allá por el 2800, antes de Jesucristo, hasta el mismísimo reinado de Nabucodonosor (1146-1123).

Y estos datos se basan en los más recientes conocimientos de la cronología babilónica que, digámoslo, difieren en mucho de las ideas del profesor Koldewey.

EL DRAGÓN DE BABILONIA ES UNA INGENUA REPRESENTACIÓN O IMAGEN DEL DRAGÓN GONGOLÉS

Evidentemente, la efigie del «sirruch» que figura repetidas veces sobre los muros del pórtico de Ishtar, así como también sobre otros varics monumentos de Babilonia, no es sino una representación muy fiel de un dinosaurio corredor del tipo, digamos, del iguanodonte o el ceratosaurio. Pero eso sí, llevada a cabo con una perfecta idea de la estilización.

Según Willie Ley, las impericias y las ingenuidades que se descubren en estas representacones del «sirruch», como ocurre también en las de los aurochs, pueden ser debidas al hecho de que estos dos animales eran considerados por los babilonios como «monstruos de un país lejano». En tal época, sigue diciendo, el «reem» era ya un animal totalmente desaparecido de la Mesopotamia (2). En cuanto al «sirruch»...

(1) Fiándonos tan sólo de su aspecto físico, parecería más acertado establecer una relación entre este dragón y el Ceratosaurio a causa de su pequeño cuerno. Pero más adelante veremos por qué esta afinidad no es casi justificable.

(2) Esta afirmación me parece francamente discutible. Efectivamente, sobre un obelisco asirio, un rey, que posiblemente fuera Teglath-Falasar I (1115-1093), recibía allí el pomposo título de «destructor o matador de "rimi" salvajes, a los que él daba muerte al pie del Líbano». Podríamos así decir con más propiedad que tales toros o bien habrían ido haciéndose cada vez más escasos o es que su potencia y su ferocidad les hacían tan temibles que la gente iba rehuyendo poco a poco su proximidad. Y de una de estas dos razones puede deducirse la ingenuidad o el poco acierto con que, a final de cuentas, se les presentaba.

Pues bien, el «sirruch» debía ser una criatura procedente del Africa Central. Y tenemos también la prueba de que los caldeos llegaron en sus viajes hasta el mismísimo corazón del Continente negro, donde bien pudieron ver, por tanto, al extraño animal. En efecto: en aquellos días en que Hans Schomburgk traía a Europa los primeros rumores relativos al misterioso «chipekwe», él mismo aportó de su viaje, de aquellas mismas regiones por tanto, algunos ladrillos esmaltados de un tipo idéntico a los empleados en el Pórtico de Ishtar.

Pero en aquel entonces, ni tan siquiera el propio y audaz viajero soñó en que sus dos conquistas —rumores y ladrillos— pudieran tener alguna relación entre sí...

Este nexo, esta posible relación, fué puesta de manifiesto por el agudo e inteligente Willie Ley. Gracias a éste podemos ya suponer que una de las especies de seres anfibios del Congo, a las que llamamos hoy con los nombres de «chipekwe», «mokele-mbêmbe» o «lau», era ya conocida hace unos 5.000 años por los caldeos —bien directamente o bien a través de los relatos de sus propios viajeros— y que su descripción valió a aquellos artistas para hacer luego la imagen del famoso «sirruch» del Pórtico de Ishtar.

Si tienen ustedes dudas sobre la legitimidad de tal relación, me permitiré proponerles la siguiente experiencia: Pídase a alguien que no haya visto nunca un dibujo o una representación de un dinosaurio, a un niño, por ejemplo, que dibuje un animal que responda a la descripción que del «dragón» congolés hicimos anteriormente. Hay un enorme tanto por ciento de posibilidades de que la criatura que así resulte se parezca enormemente al «sirruch» de Ishtar. La persona que nos sirve así en nuestra experiencia, comenzaría, en efecto, por dibujar un cuadrúpedo, al que daría la figura o las líneas de algún animal corriente de este tipo (sea caballo, perro, vaca o gato); luego, iría añadiendo una larga cola, un cuello y una cabeza de serpiente. Al decirle que tenía las «patas armadas de fuertes garras», se inclinará a representar unas patas de león o, en el peor de los casos, de gato. Siguiendo después nuestras indicaciones adornará la cabeza con un pequeño cuerno y con una cresta de tentáculos. Y cuando al final de todo le digamos que se trata de un reptil, ¿qué solución quedará más que recubrir toda su piel de escamas? Vemos, así, que, salvo el detalle de las patas posteriores, habremos conseguido un «sirruch» bastante aceptable.

Pero la experiencia no debe terminar aún: Sirviéndonos esta vez de la reconstitución de un dinosaurio como modelo —la del ceratosaurio debida a la pluma de Charles Knigth, por ejemplo—, pidamos a algún otro que esté también en idénticas condiciones de desconocimiento previo, que nos vaya dibujando «según nuestro dictado». Es muy probable que obtengamos otro nuevo «sirruch», pero con la complicación de que esta vez tendrá las patas posteriores al estilo de las de las aves. (Véase grabado.)

Y estos resultados me parecen significativos en más de un aspecto. Si la descripción oral del «dragón» congolés y la del dinosaurio corredor dan lugar, detalle más o menos, a la misma representación ingenua, y si ésta en ambos casos se parece mucho al «sirruch» de Babilonia, se podrá entonces suponer:

1.° Que la imagen del dragón de Ishtar ha estado inspirada no en un conocimiento directo del monstruo anfibio del África Central sino en una descripción oral, transmitida sin duda por los viajeros y llegada incluso por tradición hasta los artistas caldeos.

2.° Que el retrato del monstruo congolés podría, desde luego, completarse con aquellos otros detalles que nos inspira la contemplación de la referida representación del *sirruch;* a saber, que sus patas posteriores tienen algo de parecido con las de las aves.

3.° Que las descripciones facilitadas por los negros del África, al igual que las que hacían en su tiempo los viajeros caldeos, se aplicaban a un reptil que tenía un aspecto muy similar al de determinados dinosaurios con patas de ave.

Quede bien entendido que esto no prueba, en manera alguna, que el dragón de los lagos y de los pantanos congoleses sea uno de esos dinosaurios. Pero esta hipótesis tampoco debe ser echada en saco roto. Mas bien deberemos, siempre con las reservas lógicas que se imponen, utilizarla ya para aventurar un vago pronóstico en cuanto a la identidad del presunto dinosaurio.

El grupo de los ornitópodos, que agrupa en su seno al iguanodonte entre otros, no es tampoco el único en que se da el caso de que sus representantes se hallen provistos de «patas de ave». Es éste también un rasgo característico del grupo de los terópodos, entre los que hay que citar al ceratosaurio, armado de un pequeño cuerno en la parte delantera superior del morro. Por tal razón es por lo que dije antes que la imagen del «sirruch» traía a nuestra mente la figura del recién citado animal.

Pero la presencia de un cuerno no es el único rasgo (fuera de otras diferencias anatómicas más profundas), que permite diferenciar al ceratosaurio del iguanodonte.

Mientras que los ornitópodos son herbívoros, los terópodos son unos carnívoros impenitentes. Y puesto que el «dragón» congolés tiene una fama unánime de vegetariano, no creo podamos entonces ni tratar tan siquiera de relacionarle con alguno de tales dichos terópodos. Será más justo, en teoría al menos, buscar su afinidad o su parentesco con los ya citados ornitópodos, si bien esto no quiere decir que tal comparación haya de llevarse a cabo con el iguanodonte precisamente.

Y digo esto, no sólo por la existencia del tan referido pequeño cuerno —detalle anatómico éste de una importancia muy secundaria—, sino más bien por la circunstancia de que nuestro desconocido ser es un animal eminentemente acuático, en tanto que el iguanodonte estaba especialmente creado para la carrera por tierra firme; por si ello fuera poco

observemos también que la postura habitual de este viejo dinosaurio era la bípeda.

Vamos viendo, así, que hay muchas más posibilidades de que nuestro enigmático «dragón» sea, en realidad, y a juzgar por sus costumbres. algún representante del grupo de los tracodontídeos o dinosaurios con pico de pato que pasaban el noventa por ciento de su vida en el agua y que se desplazaban por tierra, cuando salían, sobre sus cuatro patas.

Para decir verdad, tan sólo conocemos, ello es bien cierto, una ínfima parte de los dinosaurios que poblaron en otras épocas nuestro planeta: pero es necesario decir, para que nada se nos quede en el tintero, que el misterioso «dragón» no concuerda en un todo con ninguno de aquellos dinosaurios cuyos restos fósiles se han ido exhumando hasta el presente.

Lo más que podemos decir es que parece estar emparentado con los ornitópodos por su anatomía (particularmente por la de sus patas posteriores) y por su régimen alimenticio, e incluso, que parece ser ha llegado a especializarse, en mayor grado aún, que los dinosaurios de pico de pato, a vivir principalmente en los pantanos y en los lagos. Tampoco ha habido ningún testigo serio que haya afirmado nunca haber visto a este raro «dragón» en posición bípeda.

Vuelvo a repetir que todo lo dicho se basa en la teoría de que se trate, efectivamente, de algún pequeño dinosaurio. Pero que conste que esto no ha sido aún probado.

LA ZOOLOGÍA TIENE NECESIDAD DE REACCIONARIOS Y DE AVENTUREROS

Nadie creerá que todo este cúmulo de suposiciones, más o menos fundamentadas, haya sido bastante para romper la fría y hostil incredulidad de los recalcitrantes zoólogos en lo que respecta a la existencia de nuestro extraño animal. Daremos, en demostración de lo dicho, una prueba bastante concluyente.

En el mes de diciembre de 1953, Willie Ley publicó en una nueva y apasionante revista americana «Animal Life», una versión condensada (y aumentada por otra parte) de su estudio sobre «El Dragón del Pórtico de Ishtar», llamado esta vez «Dragón del Congo». Con su rigor y con su prudencia habitual, precisaba dicho escritor, desde los primeros párrafos, que el animal en cuestión *podía* ser un dinosaurio desplazado en el tiempo, o sea, algo así como un dinosaurio-reliquia: «Al menos, es un reptil que tiene todo el aspecto de dinosaurio; esto, en el caso de que los zoólogos dictaminen, tras un examen, que no es un dinosaurio propiamente dicho, sino uno u otro tipo de reptil.»

Pues aún a pesar de tan prudentes reservas, Willie Ley recibió «ipso facto» una carta fulminante, escrita por el Dr. Edwin H. Colbert, conser-

vador de la Sección de Reptiles y de Anfibios fósiles del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York:

«Este artículo, escribía dicho doctor, exhuma todos los viejos y especiosos argumentos relativos a la supervivencia de dinosaurios y hace con todos ellos un refrito periodístico. Es el tipo de mercancía que esperaríamos hallar en el suplemento dominical de alguno de nuestros periódicos peor conceptuados. Pero, ¿por qué introducir este tipo de escritos en una revista que trata de presentarse como una publicación seria, dedicada por entero a la vida animal y que, por ende, presume de su seriedad y de su autoridad en la materia?»

Vemos, pues, que la raza de los Cuvier y de los Owen no ha desaparecido aún de este mundo. ¡Qué vamos a hacerle!

Uno de los temas favoritos de Heráclito de Efeso era el de considerar a Polemos, la guerra, como el padre de todas las cosas; por la sola virtud de los conflictos y de las oposiciones, los seres pueden nacer, conservarse, mejorar y prosperar en todos los sentidos. La biología moderna parece haberse incorporado el punto de vista del filósofo presocrático, al admitir que la vida es el resultado de un tira y afloja entre dos polos distintos: el uno, estático y conservador (la herencia), el otro dinámico y creador (la evolución). Sin la presencia de estos elementos antagónicos la vida misma hubiera desaparecido ya hace largo tiempo. Privada de la acción estabilizadora de la herencia, hubiera acabado por caer en el desorden, las nuevas formas, sin tal bagaje, no hubieran tenido casi posibilidades de adaptarse al medio ambiente en que vieron la luz primera; pero desprovista de la flexibilidad que le da la evolución, hubiera quedado completamente indefensa, a merced del menor cambio acaecido en las condiciones exteriores.

Y así también, para que la zoología siga siendo una ciencia llena de vida, precisa de un elemento conservador —los espíritus rigurosos, positivos y dogmáticos— y de otro elemento revolucionario —los espíritus aventureros, apasionados y soñadores—. Hace falta así que coexistan los Cuvier y los Lamarck, los Owen y los Darwin, los Lehmann-Nitsche y los Ameghino, los Edwin Colbert y los Willie Ley.

Capítulo X

KONGAMATO, EL ÚLTIMO DRAGÓN VOLADOR

—Sobre la vida y las costumbres del pterodáctilo —declaró el profesor Challenger ante los incrédulos miembros del Instituto Zoológico de Londres—, creo poder proyectar ahora un nuevo rayo de luz. Tengo incluso, en mi cartera, un croquis de este extraño animal; lo he tomado yo mismo, a la vista de un ejemplar vivo, y espero que sea bastante para convencerles a ustedes...

Pero el doctor Illingworth no quiso dejarse convencer por aquel charlatán que afirmaba seriamente haber visto monstruos prehistóricos en una aislada meseta de América del Sur. ¡No faltaría más! Así, le cortó secamente la palabra:

—¡Ningún croquis será capaz de convencerme!

Profesor Challenger. — ¿Exigiría usted ver al animal en cuestión con sus propios ojos?

Dr. Illingworth. — ¡Naturalmente!

Profesor Challenger. — ¿Y esa prueba sería bastante para convencerle?

Dr. Illingworth. — Sin la menor sombra de duda.

Y fué entonces cuando los petrificados y atónitos espectadores asistieron, gracias a esta discusión y a su ulterior final, a la victoria indudable de un auténtico sabio que hasta aquel mismo momento era tomado por un simple loco o visionario.

Una enorme caja fué subida hasta el estrado: el conferenciante levantó su tapa y, bruscamente, salió del interior el más repugnante, el más horrible ser de la creación.

Su cara era como la de la más horripilante gárgola que pensarse pueda; algo así como el sueño de un arquitecto loco de la tenebrosa Edad Media. Era un animal que inspiraba repugnancia, terror y asco al mismo tiempo, con dos pequeños ojos rojizos que lucían como brasas. Sus largas y feroces

fauces, en marcada forma de pico de ave, estaban armadas de potentes y afilados dientes de escualo. Toda su piel, todo su cuerpo inspiraban terror y asco al mismo tiempo. ¡Era algo así como esos monstruosos seres que nos imaginamos cuando aún andamos por la infancia!

Un grito de horror partió de la masa de espectadores: dos señoras cayeron desmayadas al suelo y un escalofrío de terror atenazó a todos los allí presentes:

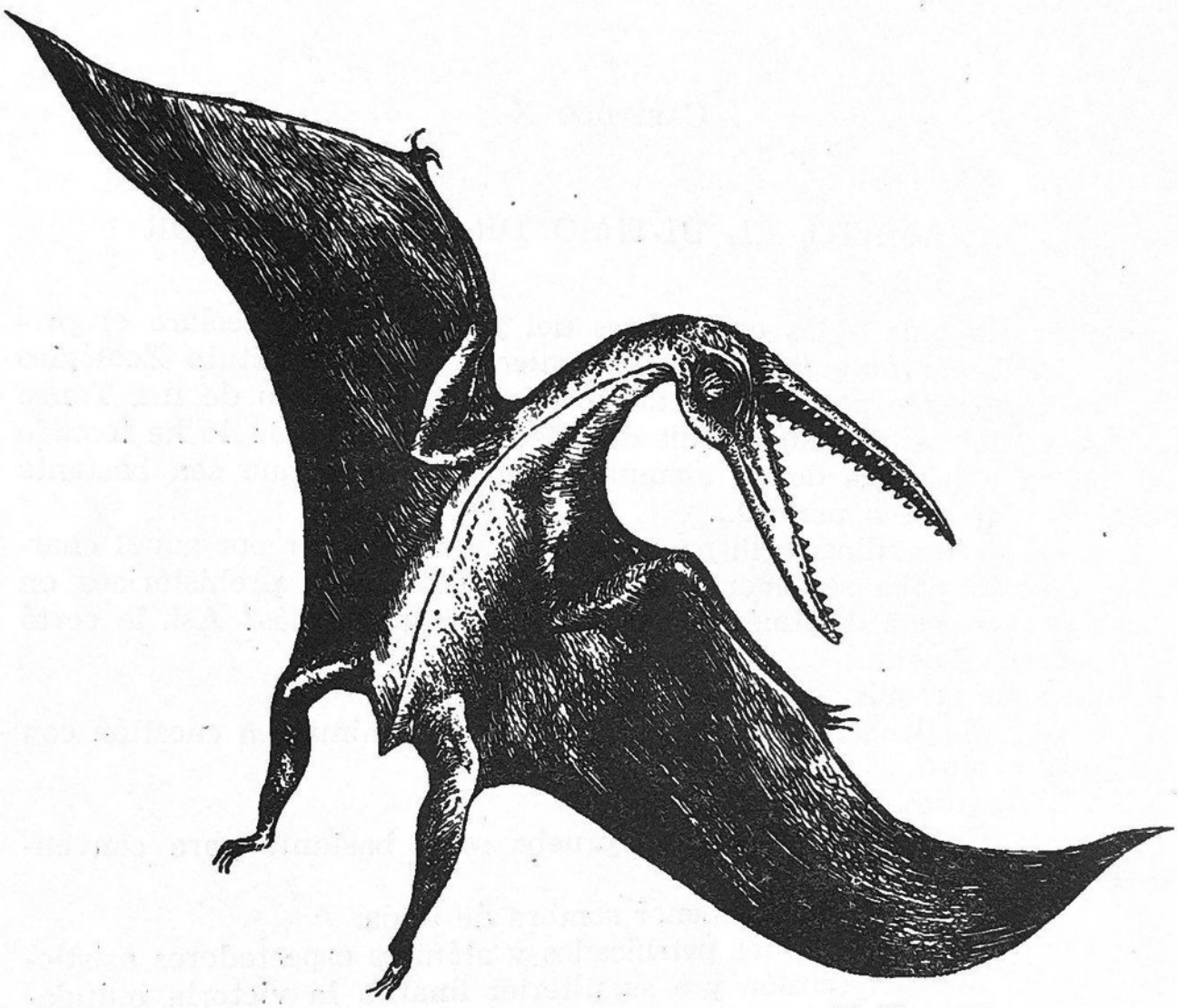


Fig. 40. — *Reconstrucción del pterodáctilo*

Pero cuando el extraño animal pareció reaccionar y comenzó a batir sus alas, se desató ya, en la forma más descarada, el pánico, el auténtico terror colectivo. El profesor Challenger trató de agarrar al animal por una pata, pero fué ya demasiado tarde. El gesto del profesor asustó más aún al animal, que huyó del estrado y comenzó a revolotear por la enorme sala del Queen's Hall, haciendo restallar sus alas, de unos tres metros de envergadura y tropezando aquí y allá con los muros de la

habitación. Un olor pútrido y desagradable invadía poco a poco la atmósfera.

Los aullidos de las gentes no hacían sino poner más y más nervioso al extraño ser en cuestión, que seguía revoloteando, entre tanto, queriendo hallar, sin duda, una salida que le librase de aquel espectáculo de aterrorizados y enloquecidos seres. Finalmente se lanzó contra una ventana y logró así, con gran consternación de su capturador, hallar un escape, echando a volar por el cielo abierto.

El caso es que el profesor había ganado así la discusión. Conmovido aún por el recuerdo de tan emocionante instante, se cierra después el libro en el que se relata su inolvidable aventura. ¡Y se piensa luego —con una mezcla de alivio y, a la vez, de pesar— que todo ello no es sino una simple novela!

Y lo cierto es que con el asunto del «dragón congolés» no habíamos llegado aún hasta el mismísimo fondo de lo increíble, de lo fantástico. Quizá alguien piense que es *totalmente imposible* que la apoteosis del «Mundo perdido», de Conan Doyle —que acabamos de evocar— pueda un buen día pasar de los dominios de la ficción a los de la realidad más concreta y más indudable. Hay toda una serie de informes bien serios y fundados, que nos permiten, a nosotros al menos, creerlo así.

Lo cual vendrá a demostrarnos que el célebre novelista británico había tenido mucho más «olfato» aún que su inolvidable personaje Sherlock Holmes.

EL KONGAMATO *DE LOS PANTANOS DE JIUNDU*

En 1923 apareció en Londres un relato de viajes, escrito por un hombre de letras bien conocido: el señor Franck H. Melland. Se titulaba «In witchbound Africa» (En el África embrujada). Uno de sus capítulos estaba consagrado al relato de un incidente, bien extraño e interesante a mi modo de ver.

Mientras que el autor se hallaba en el corazón del Continente Negro, recogió diversos rumores, si bien bastante vagos por cierto, a propósito de un animal, harto conocido por allá, y que respondía al nombre de «kongamato». Vivía, al decir de los indígenas, en la región pantanosa del Jiundu, en la esquina noroeste de la Rhodesia del Norte, cerca ya de la frontera del Congo Belga y Angola.

Intrigado, Melland interrogó a un negro:

—¿Qué es eso del «kongamato»?

—Un pájaro.

—Y, ¿qué clase de pájaro?

—¡Bah!, no es exactamente un pájaro ni tan siquiera un ave. Es más bien una especie de lagarto con unas alas de piel, al estilo de los murciélagos.

Melland tomó nota mental de esta respuesta pero sin reflexionar casi sobre lo que acababa de oír.

Sólo algún tiempo después volvió la frase a su memoria, y este pensamiento le hizo sobresaltarse.

¡Lo que le habían descrito en aquella ocasión era, con casi plena seguridad, *un reptil volador de remotas edades*!

Entonces comenzó sistemáticamente a interrogar a los negros a este respecto. Y supo así que el animal en cuestión tenía una envergadura de entre 1'20 y 2'15 metros (de 4 a 7 pies), que estaba totalmente desprovisto de plumaje, que su piel era lisa y desnuda y que tenía, como colofón, un largo pico armado de dientes. Se hallaba el escritor convencido, pues, y cada vez más, de que los negros le estaban describiendo un auténtico pterosaurio. Quiso hacer la prueba definitiva; y a este fin mostró a los indígenas algunos libros en los que podían verse láminas y grabados de aquellos remotos lagartos alados; les preguntó luego si conocían a alguno de los animales allí representados. Sin la menor vacilación, los indígenas señalaron con sus dedos la imagen del pterodáctilo, mientras murmuraban con aire asustado:

—¡«Kongamato»!

Señalemos de paso que este irascible animal gozaba de la más detestable reputación; se le acusaba de hacer zozobrar las canoas y, lo que es peor aún, se decía de él que sólo con mirarle estaba ya uno irremisiblemente perdido; poco tiempo después, el osado moriría.

Vemos, así, que esta fama es totalmente idéntica a la que goza el «dau» de las marismas del Nilo. Y es que los salvajes, los pueblos primitivos, tienen una marcada propensión a colgar este sambenito a todos aquellos animales que gozan de la fama de terribles, de peligrosos y de misteriosos.

Los negros están convencidos, sigue diciendo Frank Melland, que el tal animal vive aún en nuestros propios días. Casi podríamos decir que debe haber vivido hasta en épocas muy recientes aún, sobreviviendo así luego gracias a la tradición.

RETRATO DE LOS SAURIOS VOLADORES

El hecho de que un pterosaurio haya podido perpetuarse hasta nuestros días, o hasta una época aún muy reciente, va de lleno contra la ciencia paleontológica actual. Los fósiles de tales lagartos volantes se hallan en capas o terrenos del Jurásico y tan sólo en contadas ocasiones en las del Cretáceo. Desde entonces, ni una nueva noticia, o sea ni un nuevo hallazgo. De donde se acabó por deducir que esta raza, en pleno, había acabado sus días hace unos 70 millones de años. Pero esto, como de costumbre, es sólo una suposición, que no tiene, ni puede tener, ningún valor absoluto.

Escuchemos, más bien, al profesor J. Y. Young, de la Universidad de Londres, quien escribió el siguiente párrafo, a propósito de los pterosaurios, en su libro «La vida de los vertebrados»:

«Casi todos los ejemplares han sido hallados en depósitos marinos; parecen haber sido eminentemente ictiófagos (devoradores de peces). Pero esto no prueba que no hayan vivido también sobre la tierra firme, donde las probabilidades de fosilización eran muchísimo menores.»

No se podría reconocer mejor, en forma implícita, que los lagartos volantes han podido llegar hasta nuestros mismos días sin dejar por eso ni la menor traza en forma fósil.

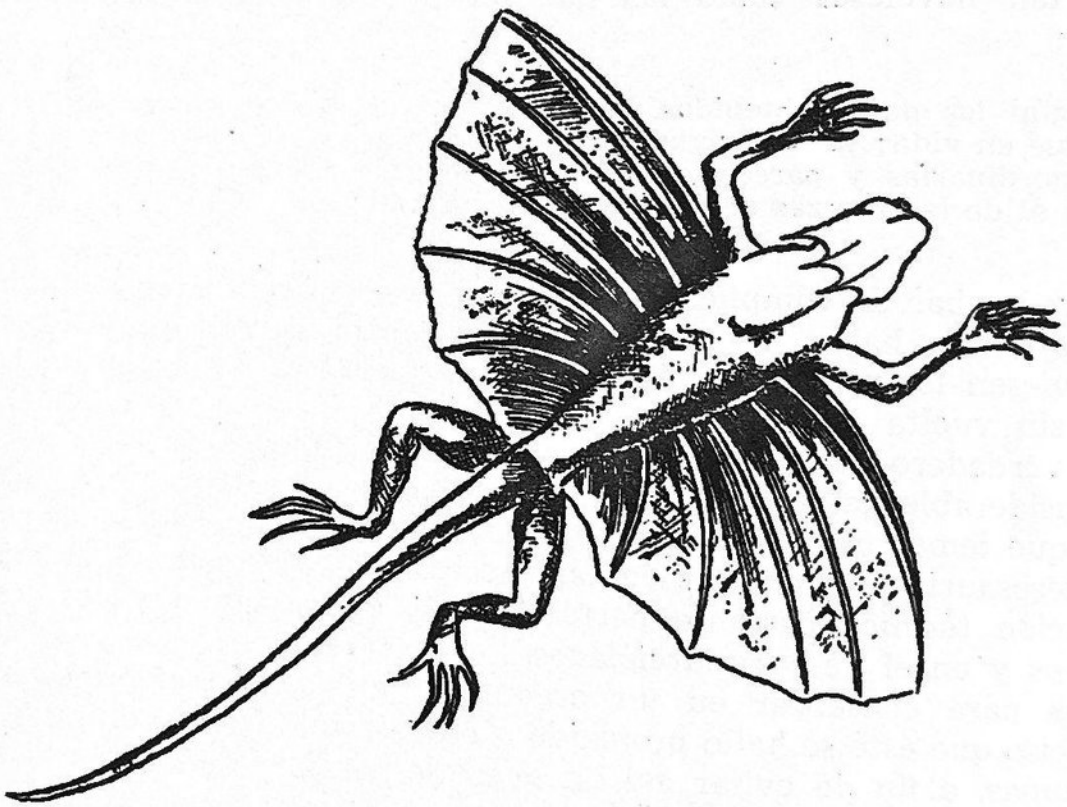


Fig. 41. — *Dragón volador de Indo-Malasia*

Es bien cierto que hoy mismo, incluso, existe un caso de lagarto aéreo, el dragón volador *(Draco volans)* de Indo-Malasia.

Pero éste, seamos francos, no merece casi su nombre; no vuela, en el sentido literal de la palabra, sino que se contenta con planear de árbol en árbol y esto gracias a unas membranas que crecen en sus costados y que se sostienen, como la tela de los paraguas sobre las varillas, sobre unas prolongaciones de las costillas. Los vuelos planeados del pequeño lagarto llegan a alcanzar los cinco metros de longitud, con una pérdida mínima de altitud de 1'50 metros por término medio.

Vemos, pues, que este usurpador, este pequeño falsario, no tiene nada

en común con los auténticos pterosaurios de la Era Secundaria que volarían, a buen seguro, a la manera y estilo de nuestros murciélagos.

En verdad, sabemos bien poca cosa de tan paradójicos seres.

Incluso su mismo nombre de «reptiles voladores» tiene un aire de contrasentido. En los Servicios de Aviación se distingue cuidadosamente entre el personal de vuelo y el de «tierra». Pero he aquí que los pterosaurios son «de tierra» por esencia, más «de vuelo» en la práctica. ¿Cómo vamos a extrañarnos entonces de su aspecto francamente raro?

Cuando Cuvier se lanzó a la tarea de la reconstitución, o de la reconstrucción paleobiológica para ser más exacto, de uno de estos seres, partiendo de la base de algunos restos fósiles, hubo de pronunciar una frase tan novelesca como las que luego emplearía el mismo Conan Doyle:

«Según los datos obtenidos, se podría ya dibujar un pterodáctilo tal y como fué en vida; pero la figura que obtendríamos sería una de las más raras y extraordinarias y parecería mejor el producto de una mente enfebrecida que no el de las fuerzas ordinarias de la naturaleza.»

Para acabar de complicar la cosa, no se está seguro tan siquiera —e incluso parece haber indicios de todo lo contrario— de que estos reptiles tuviesen los rasgos más típicos y característicos de la clase a la que ellos, sin vuelta de hoja, pertenecían.

El verdadero vuelo, obtenido gracias al movimiento de las alas, exige un considerable gasto de energía. Y para poder hacer frente a éste, sin tener que temer un fatal y agudo descenso de la tempertura del cuerpo, los pterosaurios tenían que contar, necesariamente, con un sistema de regulación térmica bastante perfeccionado, como ocurre en el caso de las aves y en el de los murciélagos.

Mas para conservar en un organismo una temperatura constante, es preciso que éste se halle protegido o recubierto, bien sea de pelos, bien de plumas, a fin de evitar así un gran desperdicio de calor por la superficie del cuerpo.

Pero no parece que estos reptiles voladores contasen con plumas. O al menos, las huellas que se han descubierto de sus cuerpos demostraban la presencia de alas membranosas.

¿Quiere esto decir que aquellas extrañas criaturas estaban recubiertas de pelos? Muy probablemente, o al menos así debía ocurrir en determinados tipos.

Se ha visto sobre la desmesurada cola de uno de tales animales, el *Rhamphorhynchus* más concretamente, señales de un revestimiento piloso e incluso de glándulas sebáceas, esas glándulas que segregan el líquido aceitoso que se encarga de lubrificar el pelo y de asegurarle su limpieza y su flexibilidad.

El tamaño de los pterosaurios presenta considerables variaciones. En general, oscilaba entre el tamaño de un gorrión y el de un águila, pero

habría también una especie americana, verdaderamente monstruosa, el *Pteranodon*, cuya envergadura alcanzaba los 7'50 metros; ¡el doble que la del mejor «velero» actual, el albatros *(Diomedea exulans)*, que mide sus buenos 3'50 metros!

Este pteranodon era verdaderamente un ser extravagante. Su cabeza tenía una forma deprimida: por su parte posterior se prolongaba en una especie de cresta ósea que debía servirle, sin duda alguna, de timón, viniendo así a desempeñar el papel que normalmente está confiado a la cola en los seres voladores.

Pero los rumores que corren por el África con respecto al que parece ser un lagarto volador, hacen referencia a un tamaño considerablemente

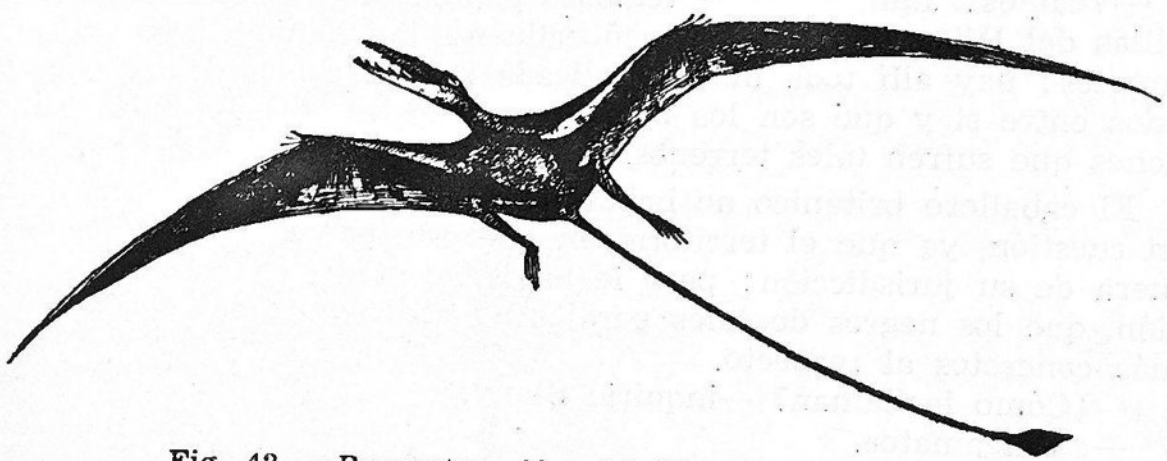


Fig. 42. — *Reconstrucción del* Rhamphorhynchus

más modesto, puesto que casi todos los testigos afirman que la envergadura del bicho en cuestión no sobrepasa casi los dos metros. Si se tratase de algún pterosaurio, habría entonces que relacionarle mejor con los pterodáctilos propiamente dichos. Éstos no se caracterizan ya por un alargamiento de la cola —cosa que ocurre con el *Rhamphorhynchus*— sino más bien por un alargamiento considerable de sus quijadas, lo que viene a poner de manifiesto sus instintos carnívoros. Podríamos así decir que es un auténtico cocodrilo del aire.

STANY, SIEMPRE LEJOS DE LOS CAMINOS TRILLADOS, SE LANZA TRAS LA PISTA DEL KONGAMATO

Pero parece ser que no fué Frank Melland el único que oyó hablar en África de esta especie de pterodáctilo en carne y hueso.

En el cuarto tomo de sus recuerdos de viaje, titulados por más señas «Lejos de los caminos trillados», el simpático Stany, el más infatigable viajero de nuestros tiempos, nos cuenta una aventura casi idéntica a la anteriormente reseñada en muchos aspectos. Ocurrió la cosa

también en los pantanos de Jiundu (que Stany escribía Djioundou, afrancesando así el nombre) y debió producirse por aquella misma época. Stany, siempre servicial y atento, me concretó luego que los hechos ocurrieron entre los años 1920 y 1921.

La cosa se desarrolló así: Cuando se hallaba el explorador por lo más intrincado de tales regiones, en compañía de un funcionario inglés, éste le dijo en cierto momento:

—Parece ser que hay un pterodáctilo vivito y coleando por las regiones vecinas.

—¿Por dónde se le sitúa? —preguntó Stany mientras desplegaba un detallado mapa de aquellas zonas.

—Veamos: aquí, en estas regiones pantanosas que se forman en las orillas del Djioundou, este pequeño afluente del Zambeze, por su tramo superior; hay allí toda una complicada red de cursos de agua, unidos todos entre sí y que son los responsables de las casi continuas inundaciones que sufren tales terrenos.

El caballero británico no había visto con sus propios ojos al animal en cuestión, ya que el territorio en que éste parecía guarecerse estaba fuera de su jurisdicción; pero le habían contado, en más de una ocasión, que los negros de tales parajes no podían ser más afirmativos ni más concretos al respecto.

—¿Cómo lo llaman? —inquirió Stany.

—«Kongamato».

—¿Es grande?

—De 6 a 7 pies de envergadura.

—¡Diablo! Más de dos metros. ¡Pues ya está bien!

Desde aquel mismo instante, Stany quedó decidido a hacer lo imposible por contemplar en pleno vuelo al misterioso monstruo procedente de la Era Secundaria. Su interlocutor no trató de desanimarle: tan sólo le hizo ver que tendría que viajar durante una larga semana, a través de inhóspitos parajes, para poder llegar, desde donde estaban, hasta la zona pantanosa de la que acababan de hablar.

—¡No me parece demasiado! Caminaría durante meses y meses con tal de poder ver ese prodigioso animal... si es que de verdad existe.

Sobre este punto, el inglés parecía estar plenamente convencido.

La descripción que los indígenas hacen del kongamato no deja ni la menor duda en cuanto a su posible identidad: forma, dimensiones, gran pico armado de dientes, piel totalmente lisa... En fin, un auténtico pterodáctilo.

Por un feliz conjunto de circunstancias y de casualidades, ocurrió luego que Stany trabó conocimiento con la vieja Nzake, esposa todopoderosa de un reyezuelo muluba, quien, según su informador, podría darle muchos y muy interesantes detalles sobre el misterioso animal.

Una vez llegado a la región deseada, Stany no perdió ni la menor ocasión de interrogar a cuantos indígenas se ponían a tiro sobre el

extraño y excitante misterio del kongamato. Pero la mayoría de los nativos demostraban tener poquísimas ganas de hablar de tal asunto: muchos de ellos, al oír las preguntas del blanco, daban media vuelta, presentando así la callada por respuesta. Finalmente, un negro que debía algún favor a nuestro hombre, se prestó, resignadamente, a darle detalles concretos.

—Mira, blanco, resulta peligroso hasta pronunciar su solo nombre.

Pero, tras recibir un nuevo regalo, su resistencia pareció vencerse un poco.

—¡El odioso kongamato! ¡Devora todo, pero sobre todo las manos, las orejas y las narices! El padre de mi padre murió, cuando volvía de los pantanos...

—¿De qué color es ese gran lagarto volador? —interrumpió Stany, pensando para sus adentros que el abuelo de su informador había debido caer, sin duda alguna, en manos de alguna tribu enemiga, sufriendo así las clásicas torturas.

—Rojo como la sangre.

—¿Has visto tú, personalmente, alguno?

—No, puesto que aún estoy vivo.

—¿Tan terrible es?

—Mira, blanco, yo preferiría hacer frente, completamente solo, a un elefante enloquecido o a un león hambriento, antes que tenérmelas que haber con tan terrorífico animal.

Tras esto, el negro debió pensar que ya había dicho demasiado. Cerró la boca, y no hubo ya medio humano de sacarle nuevas palabras.

Más lejos, Stany encontró, en las orillas del Djioundou, un viejo pescador que le habló también del pánico que le inspiraba ese extraño ser. Halló luego otro viejo quien afirmó haber visto, con sus propios ojos, un ejemplar de tal raza. Aquello ocurrió cuando él era aún muchacho. Pretendía incluso que la piragua en la que él viajaba en tan nefasta ocasión, fué completamente inmovilizada por el monstruo.

—Tal vez podría tratarse de un hipopótamo o simplemente de alguna raíz medio sumergida —sugirió Stany—. ¿Cómo sabes tú que se trataba de un kongamato?

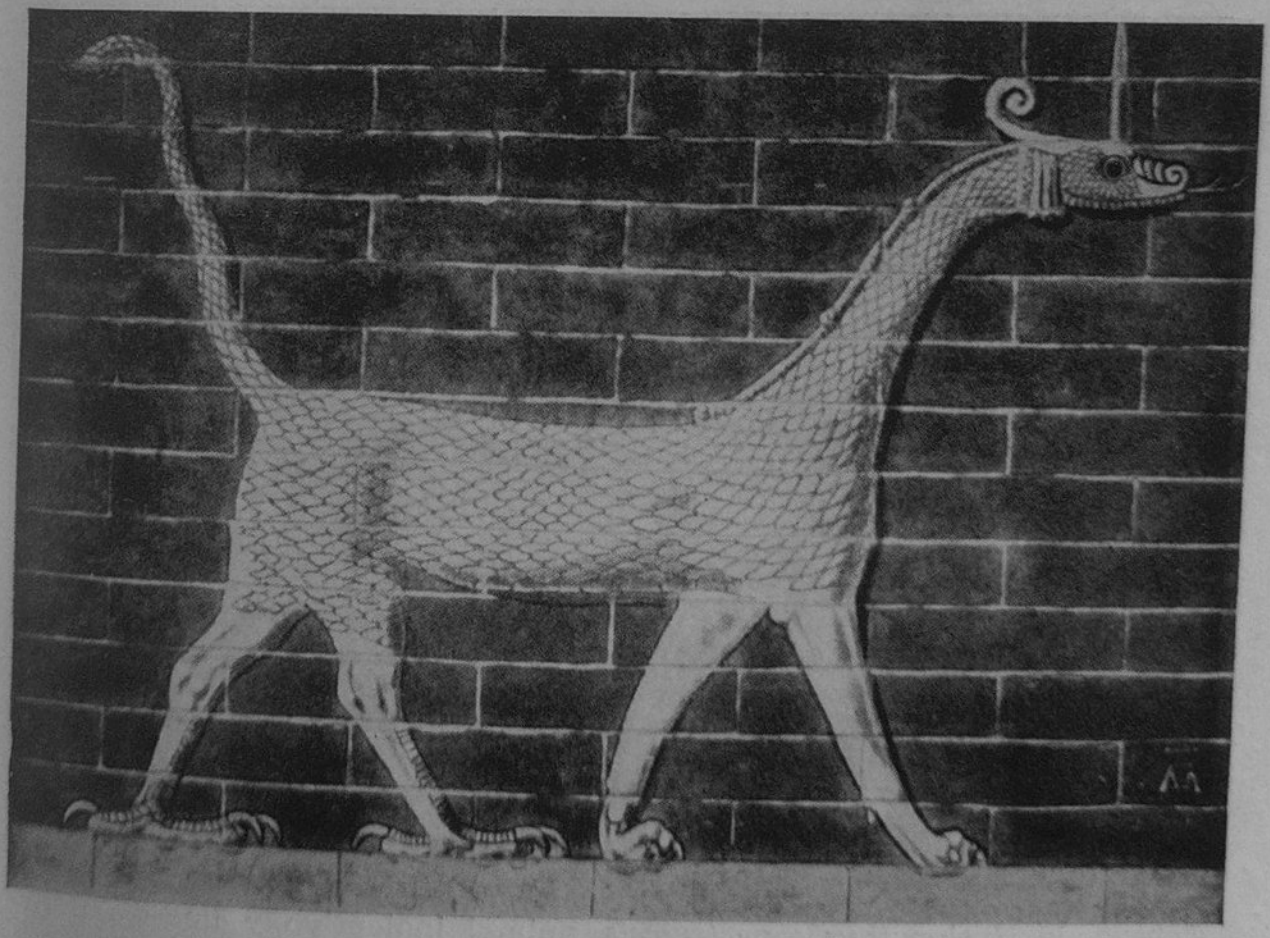
—Porque salió de las aguas y se alejó volando.

—Descríbemelo.

—Tiene el cuerpo sin plumas y sin escamas: un largo pico con dientes de cocodrilo; las alas son al estilo de las de los murciélagos, pero grandes, muy grandes... (Y al decir esto, abría el hombre sus brazos en cruz). La piel era de color rojo y brillaba además. El kongamato daba unos gritos sordos. Yo, realmente, hubiera debido morir aquel mismo día, puesto que no hay nada más fatídico que ver al kongamato, pero...

Stany hizo alto luego en un poblado indígena. Y una vez allí preguntó a uno de los ancianos de la tribu si nunca había hallado el cadá-

Moderna reconstrucción del ceratosaurio,
debida al americano Charles R. Knight



El dragón del Pórtico de Ishtar, o «Sirruch»

(C. Koldewey)

El bermejizo, el mayor de los murciélagos
(C. Popper-Atlas Foto)

Cabeza de *Hysignathus monstruosus*, animal inofensivo y que no tiene nada que ver con los famosos vampiros
(C. Popper-Atlas Foto)

ver de uno de estos lagartos voladores. Le respondió el viejo que no: el tal animal no sale nunca de los grandes pantanos y así, claro está, desaparece en ellos cuando muere.

«Yo tenía un pequeño diccionario Larousse en mi equipaje, nos sigue contando Stany. En él, junto a la palabra *pterodáctilo*, había un grabado que representaba a este animal. Se lo enseñé al anciano quien, al verlo, soltó una exclamación ahogada e impregnada de acento miedoso.

—¡Oh, oh! ¡Un *kongamato*!... Pero le faltan las alas, la carne y los dientes... ¡Y los nuestros son mucho mayores!

(Claro está que el pobre hombre no entendía muy bien lo que era un grabado. Veía tan sólo que *aquel* bicho que estaba ante sus ojos tenía, sobre el papel, unos dos centímetros cuadrados algo escasos...)»

Finalmente, Stany logró llegar un buen día hasta el pantano. Había alcanzado así el objetivo de su viaje.

«Mi buen Den'dé (el porteador o *boy* de Stany) necesitó dos largos días para hacerse con una piragua capaz de navegar con seguridades. Luego, exploramos los dos la zona inundada en todos los sentidos y direcciones, siguiendo, en tanto que era posible, los canales y arroyos que más agua llevaban.

»Ni el menor rastro de los pterodáctilos.

»Así, día tras día, proseguimos nuestra batida por toda la zona inundada. A pesar de todo, yo seguía estando firmemente convencido de la existencia del lagarto volador. Era, si se quiere, una corazonada. Pero además, tenía dos razones para pensar así. Por un lado, todos los negros que habían accedido a hablar, me lo habían descrito en idéntica forma. Y creo yo que si el origen de todo hubiera sido una simple leyenda, se hubiesen notado bastantes variaciones en los relatos. Esto pasa siempre, al menos. Yo nunca he visto que un negro cuente fábulas sobre un elefante más alto que tres hombres superpuestos, ni sobre un rinoceronte con cuatro o cinco cuernos. Todas sus historias tienen una base bien concreta. Y además, todos ellos consideraban al *kongamato* como un animal normal, si bien mucho más peligroso que el leopardo, el león o la serpiente maba, sus grandes enemigos de cada día.»

LAS RAZONES DE UN FRACASO

Poco tiempo después, el célebre viajero habría de conocer las razones de su fracaso... o al menos una razón bien verosímil.

Cuando llegó al poblado de la vieja Nzake, esposa del jefe Tshipeshi, la encontró aquejada por una enfermedad: sufría una dolencia del corazón. Stany le prodigó toda clase de cuidados, a cambio de ello la mujer accedió a que Stany la interrogase. Su esposo, que tiempo atrás fué un valeroso cazador, ¿no había tenido nunca que habérselas con uno de tales kongamatos?

—Tshipeshi, respondió la vieja, es el único cazador que ha tenido el coraje de..., pero, ¿por qué hablas tú del *kongamato*? ¿No sabes acaso que es peligroso hasta pronunciar su nombre?...

Mira, blanco, con todo y con eso, mi marido no tiene miedo. Ni yo tampoco. Yo he ido con él a los grandes pantanos del Djioundou. Trataron de impedírnoslo; pero para Tshipeshi y para mí los animales no son más que animales y no tienen, por tanto, afortunadamente, ni flechas ni azagayas.

Finalmente, y tras interminables rodeos y circunloquios, Nzake siguió hablando:

—Tshipeshi ha dado muerte a los tres últimos ejemplares, delante mío, a flechazo limpio. Se sigue hablando aún de los *kongamatos*, pero la verdad es que ya no queda ni uno.

Stany quería, al menos, hacerse con el esqueleto de alguno de estos bichos.

—¿Trajísteis con vosotros sus cuerpos?

—¡No! ¿Para qué? Todo el mundo siente horror ante su sola presencia. ¿Qué hubiéramos podido hacer con ellos? ¿No sabes, blanco, que sus cuerpos apestan?

¿Decía la verdad Nzake o estaba, simplemente, fanfarroneando sobre el valor de su hombre Era ésta una cuestión difícil de determinar. Lo cierto es que una docena de años después, en 1942, el coronel C. R. S. Pitman escribió en su libro *A Game-Warden takes stock* (Un Conservador de caza hace su inventario):

«Cuando me hallaba yo en la Rhodesia del Norte, oí hablar de un animal mítico, al que achacan incluso un gran poder maléfico (el de producir la muerte a todo aquel que lo ve) y que me ha tenido notablemente intrigado. Se dice de él que vivía antiguamente, e incluso que es bien posible que viva aún, en una zona selvática, densa y cenagosa por ende, que está situada en las proximidades de la frontera de Angola y el Congo. Mirar a este animal equivale a una condena de muerte. Pero el rasgo más chocante de tan misterioso animal es que, según se dice, viene a tener la forma aproximada de un murciélago o de un ave, e incluso, concretando más aún, que parece semejarse enormemente a los pterodáctilos de la prehistoria, pero en más grande todavía. ¿Dónde diablos habrán ido estos primitivos e ingenuos africanos a buscar una idea tan complicada y retorcida?»

Esta pregunta había tratado ya de contestarla, en 1928, el profesor C. Wiman, de la Universidad de Uppsala. Uno de sus hijos, que vivía en Rhodesia del Norte, le había hecho fijar su atención en el libro de Frank Melland del que ya hemos hablado anteriormente. Para el sabio sueco, la solución del problema era bien simple.

En el *Museum für Naturkunde* de Berlín se hallan, recuerda dicho sabio, los huesos de los pterosaurios que se desenterraron en África Oriental, en determinadas capas geológicas correspondientes al Cretácico inferior. Tales hallazgos fueron otros tantos resultados de las sistemáticas exploraciones que por aquellos contornos llevaron a cabo unos cuantos sabios alemanes. Familias enteras de indígenas de Tendagaru colaboraron en aquellos trabajos y búsquedas de importancia y envergadura

excepcional. El Dr. Wiman piensa que la leyenda del *kongamato* nació, pura y simplemente, al calor de tales trabajos de exploración, puesto que en tal ocasión los negros tuvieron sobradas ocasiones de ver dibujos y reconstrucciones de los saurios voladores de la Era Secundaria.

«Parece así lógico y natural, concluye diciendo, que surgiese una leyenda sobre unos pterosaurios aún animados de vida. Mas con todo y con eso, resulta notable que tras la larga emigración desde Tendagaru al noroeste de la Rhodesia, tal leyenda se haya conservado aún y siga guardando un cierto acento de veracidad. Pero es de suponer que tal relato irá poco a poco decayendo, como es lógico.»

Esto podría explicar, mejor aún que las supuestas matanzas de Tshipeshi, por qué Stany no logró encontrar pterodáctilos en los pantanos de Djioundou...

¡Vaya!, dirán ustedes. ¡He aquí que nuestras esperanzas se volatilizan, se escapan, como el mismísimo pterodáctilo del profesor Challenger! Pues no hablemos más de ello entonces.

¿Que no hablemos más? ¿Y por qué? Eso significaría rendir las armas demasiado pronto, antes aún de haber empezado la verdadera lucha. Hay un punto en el que es preciso concordar con el profesor Wiman: es realmente singular que en un país como África, en el que las vías de comunicación son francamente raras y escasas (y lo eran mucho más aún hace sus buenos treinta años), la descripción de este lagarto volador se haya difundido por entre los negros, a través de más de 1.500 kilómetros, ¡sin sufrir en tan enorme viaje la menor variación o alteración fundamental!

Pero hay más. ¿A qué se deberá que los indígenas de la Rhodesia del Norte fijen el «habitat» o zona de residencia del *kongamato* en los pantanos cercanos al Djioundou mientras que los rumores que podrían haber dado origen a esta leyenda proceden de Tanganyka? Si la explicación propuesta por el profesor Wiman fuese exacta, los negros de Rhodesia deberían hablar, lógicamente, de un fabuloso y temible lagarto volador que moraba allá *por los lagos de Tanganyka*. Y resultaría además lógico que, en tal caso, hallásemos la misma historia en toda y en cada una de las zonas o regiones que se hallan situadas entre el punto de partida de la fábula o leyenda y los pantanos ya referidos. Pero, ¿ocurre así, acaso? No; no hemos hallado ni el menor recuerdo de tales relatos en todas esas comarcas intermedias. ¿Luego, entonces...?

Por contra, volvemos a hallar una leyenda idéntica cerca del monte Kilimanjaro, según una colaboración del profesor J. L. B. Smith (el «padre» del celacanto), y sobre el monte Kenia, según una información del Conservador de la cuenca, Blayney Percival. Se ha encontrado en la nieve las huellas del paso de la pesada garra de este «enorme animal volátil». Rumores parecidos circulan en el Camerún, es decir, en un rincón del África diametralmente opuesto. Si el Dr. Wiman hubiese te-

nido noticias de esto, ¿se hubiera también atrevido a afirmar que la descripción del pterodáctilo hecha por los paleontólogos alemanes que exploraban por Tanganyka pudo propagarse más allá de los grandes lagos y del ancho río Congo, hasta una distancia total de más de 3.000 kilómetros? Y, caso de haber sabido que el animal en cuestión fué observado por un naturalista que recorría el África por cuenta del British Museum, ¿hubiera tenido acaso el valor de decir que la lectura de algunas obras de paleontología había provocado alucinaciones en este hombre tan experto como el que más en la materia?

Creemos que no. Pues he aquí que tal naturalista vió realmente un extraño bicho. Y este hombre no era otro sino el jefe de la expedición Percy-Sladen, que recorrió el África Occidental; ya hemos hablado de él en otras ocasiones. Su nombre, harto conocido, es el de Ivan T. Sanderson.

ATACADO POR UN OLITIAU

Un día, mientras que la expedición se hallaba por las montañas de Asumbo, en el Camerún, Sanderson y uno de sus compañeros establecieron su campamento en una pequeña zona de hierba que se adentraba ya por la selva montañosa. Un río, muy encañonado, pasaba por las proximidades. Nuestros buenos exploradores hubieron de meterse por aquella encajonadura y, unas veces pasando de piedra en piedra, y otras metiéndose en el agua ya descaradamente, recorrieron aquella corriente en busca de ejemplares valiosos.

En un determinado momento, Sanderson derribó un gran murciélago frugívoro, cuyo cuerpo fué a caer dentro del río. A fin de hacerse con él, el cazador se vió obligado a meterse en el agua; puso el pie sobre alguna cosa que comenzó a moverse —probablemente una tortuga—, con lo cual nuestro hombre perdió el equilibrio y cayó de lleno en el líquido elemento.

Medio nadando, medio chapoteando, se esforzaba el hombre por ganar la orilla, cuando, de improviso, George, su compañero, lanzó un grito de alarma.

—¡Cuidado!

«Levanté la cabeza, nos cuenta el propio Sanderson, y, sin querer, lancé yo también un agudo grito; en un movimiento instintivo de escape, me sumergí rápidamente, por completo, en las aguas. A algunos pies tan sólo sobre la superficie del río, una cosa negra, del tamaño de un águila, venía recta en vuelo picado contra mí.

»No me dió tiempo más que a echar un rápido vistazo a su cara, pero ¡fué más que suficiente!; pude distinguir perfectamente sus fauces abiertas, en las que rebrillaban unos dientes blancos y acerados, separados unos de otros por una distancia similar, más o menos, a la de su propia anchura. Cuando saqué la cabeza, unos instantes después, el animal había ya desapa-

recido; George se hallaba de espaldas a mí, disparando en aquel momento el segundo cañón de su escopeta. Logré salir, por fin, a la orilla, chorreando agua por los cuatro costados, como es de suponer.

»Nos miramos ambos y la misma pregunta surgió a la vez de nuestros labios:

»—¿Volverá?

»Un poco antes de la caída de la tarde volvió efectivamente el extraño animal; venía de la parte alta del río.

»Sus dientes entrechocaban con un ruido bien poco agradable; se oían además los restallidos que producían sus alas al batir en el aire.

»Las condiciones del encuentro no podían ser más desfavorables para nosotros; cuando lo vimos llegar, lo teníamos ya literalmente encima. Mi fusil estaba descargado, para colmo de males. El monstruo aquel picó derecho contra George, quien no tuvo tiempo más que para lanzarse contra el suelo, pegándose materialmente al terreno. El animal le pasó rozando...; luego, la obscuridad de la noche, que ya había caído sobre nosotros, pareció tragárselo.»

Sanderson y su compañero, regresaron seguidamente al campamento, donde les estaban esperando unos cuantos cazadores indígenas que habían recorrido kilómetros y kilómetros animados por el deseo de vender a aquellos blancos algunas de sus mejores piezas de caza.

—¿Qué clase de murciélago es uno que tiene las alas así de grandes —les preguntó inmediatamente el naturalista, abriendo en cruz sus brazos— y que es además completamente negro?

—¡Olitiau! —exclamó *ipso facto* uno de los negros con acento aterrorizado.

—¿Por dónde habéis visto a ese animal? —les preguntó seguidamente uno de los más viejos cazadores indígenas, en medio de un impresionante silencio, síntoma característico del miedo que todos ellos sentían.

—Por ahí mismo —respondió Sanderson, señalando con un dedo la vecina corriente del río.

Como un solo hombre, los negros agarraron sus fusiles y salieron de estampía, como alma que lleva el diablo, en dirección hacia sus poblados, abandonando, incluso, en su fuga aquellas piezas de caza, aquellos trofeos de los que pensaban, sin duda, sacar sus buenos dineros.

LOS MURCIÉLAGOS GRANDES SON DEMASIADO PACÍFICOS Y LOS MURCIÉLAGOS FEROCES, DEMASIADO PEQUEÑOS

Quiero repetirlo nuevamente, aun a riesgo de parecer reiterativo.

Este ha sido el testimonio de un naturalista de primera fila, cuyas obras y escritos son tenidos como modelos en el mundo entero. Sin duda alguna se ha guardado él, en su libro, de hacer comentarios con respecto a la aventura que dejamos relatada; y esto es muy posible que sea una nueva prueba de su buena fe, de no querer pasar por sensacionalista.

Nos habla de tal animal como de una especie de murciélago, pero según los datos facilitados es bien simple el deducir que no podría tratarse de ninguna de las especies o subclases conocidas. Esto es tan eviden-

te para un zoólogo, que él ni tan siquiera se tomó el trabajo de advertirlo. Yo sí lo haré, en atención a aquellos de mis lectores que no dominen a fondo la materia.

Entre los murciélagos, que constituyen el orden de los Quirópteros, se distinguen dos grupos perfectamente definidos y bien distintos entre sí: el de los Megaquirópteros o grandes murciélagos y el de los Microquirópteros o pequeños murciélagos, como sus mismos y respectivos nombres lo indican. Bueno será decir también que los ejemplares de uno y otro bando no sólo se diferencian por el tamaño, sino también por los respectivos regímenes alimenticios.

Los Megaquirópteros son exclusivamente frugívoros. El tipo más característico de este suborden es el bermejizo *(roussette)* o zorro volador *(Pteropus)*, que es también el mayor de todos los murciélagos conocidos hasta hoy. Existe en Malasia una especie comestible de bermejizo, el *Pteropus edulis*, cuya envergadura llega a dar 1,70 metros. A título de comparación, recordemos que la del águila oscila entre los 2 y los 2,50 metros.

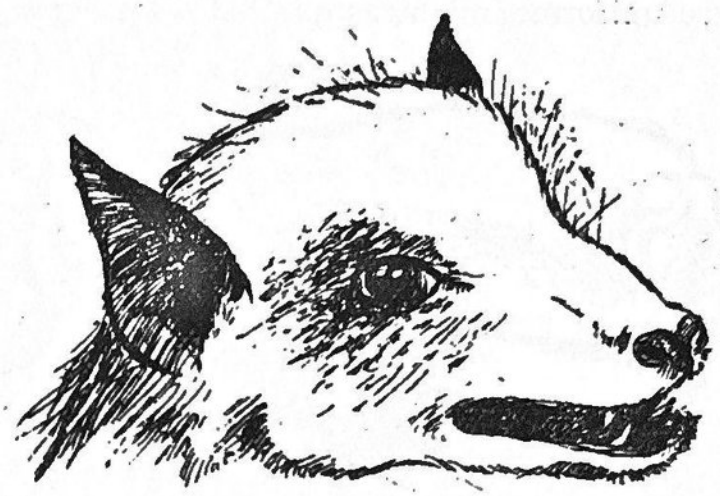


Fig. 43. — *Cabeza de bermejizo o zorro volador*

Este bermejizo, que tiene una bella cabeza de zorro, es un animal temeroso y arisco; pero en cautividad se deja coger fácilmente y llega, incluso, a ser un compañero afectuoso y amable. Existen numerosos tipos de Megaquirópteros en África, pero su envergadura no sobrepasa, en general, de los 1,20 metros. Uno de los mayores es el bermejizo con hocico en forma de martillo y que recibe, bien merecidamente, el nombre científico de *Hypsignathus monstruosus*. Pero tan sólo su repulsivo aspecto justifica el sobrenombre de monstruoso, ya que luego resulta ser un animal totalmente inofensivo. ¡Es, desde luego, la última criatura en este mundo que se atrevería a lanzarse en picado contra el hombre!

Claro está que, al leer el relato de Sanderson, podríamos preguntarnos si el animal que le atacó no sería, por casualidad, algún «familiar» del murciélago que él derribara algunos minutos antes.

Llevados de la desesperación, del instinto de defensa o de venganza, los animales más pacíficos pueden depararnos a veces buenas sorpresas de este tipo. Es factible así que un animal pacífico por naturaleza se vuelva agresivo al ver que un cazador, pongo por caso, mata a su compañera o a su cría.

El hecho de que el animal en cuestión tuviera los dientes muy separados entre sí, tal y como nos lo hace ver Sanderson, parece confirmar que se trata de uno u otro tipo de Megaquiróptero o gran quiróptero frugívoro.

Pero, con todo y con eso, es preciso hacer dos objeciones de peso ante tal posible identificación. Para empezar, el monstruo observado tenía un tono o color negro uniforme, mientras que todos los bermejizos de Africa

Fig. 44. — *Cabeza de* Hypsignathus monstruosus *o bermejizo con hocico en forma de martillo*

poseen una coloración caoba o incluso tirando hacia el amarillento. Luego, se da también el hecho cierto de que el pánico que sentían los negros ante las noticias de la proximidad de tal ser viene a demostrarnos que, forzosamente, ha de tratarse de un animal *habitualmente* agresivo, lo que no concierta, ni en lo más mínimo, con las costumbres de un bicho que tan sólo se alimenta de frutos.

Solamente los Microquirópteros tienen costumbres carnívoras. El mayor de entre éstos, el megadermo gigante de Australia *(Megaderma gigas)*, tiene una envergadura de 80 centímetros, lo cual ya es bastante considerable.

Los megadermos se distinguen también por su carácter feroz y audaz. No dudan, ni en lo más mínimo, en atacar a otros murciélagos más pequeños y a cuantos pájaros se ponen a tiro. Es fácil figurarse así con qué rabia se lanzaría uno de estos megadermos contra el cazador que hubiera osado molestarle o herirle. Pero incluso en Africa, el mayor de los megadermos existentes —que es el *Lavia frons*— no llega sino a alcanzar una medida de 40 centímetros de envergadura.

Como quiera que su plato favorito son determinados insectos acuáti-

cos, se halla éste siempre por las proximidades de los ríos; presenta también la particularidad de cazar durante el día, lo cual es bien raro tratándose de un murciélago.

Se podría pensar así que el animal que atacó a Sanderson era un megadermo cuyas dimensiones se hubiesen agrandado notablemente, en apariencia al menos, por efectos del terror. Pero las alas del *Lavia frons* tienen ese color entre pardo y dorado que caracteriza a las hojas de los árboles en el otoño; tal coloración le ha valido el nombre de megadermo castaño.

Está lejos, por tanto, del color negro uniforme que lucía el animal que atacó al naturalista británico.

En resumen, podemos decir ya que, en conjunto, los murciélagos de

Fig. 45. — *Cabeza de megadermo*

gran tamaño son animales pacíficos y no agresivos por tanto; solamente los murciélagos más pequeños son los que demuestran unos instintos rapaces e incluso feroces. Ni los primeros ni los segundos responden, por tanto —unos por temperamento y otros por dimensiones— a la descripción del famoso y enigmático *olitiau*.

¿PTERODACTILO O MURCIÉLAGO MONSTRUOSO?

Como colofón, nos vemos obligados a decir que si el animal que se lanzó contra Sanderson y su compañero era un murciélago, forzosamente habría de serlo de una especie totalmente desconocida hasta el presente momento. De tono uniformemente negro y con una envergadura más considerable aún que la de los mismos bermejizos, vendría a ser así, sin asomo de duda, el mayor murciélago del mundo.

Su agresividad demostraría bien a las claras su pertenencia al grupo de los Microquirópteros, aun a pesar del absurdo resultante; ¡el mayor murciélago conocido, correspondería al grupo de los «pequeños murciélagos»!

Mas quizá, quizá, no se trate de un murciélago...

Lo que es totalmente cierto, es que no se pueden separar las leyendas del *olitiau* del Camerún y del *kongamato* de la Rhodesia del Norte. Aquí y allá encontramos las mismísimas descripciones en cuanto al aspecto general del bicho, en cuanto a su tamaño (equivalente al de un águila en una zona, y de alrededor de 2 metros en la otra), a sus fauces alargadas y erizadas de puntiagudos dientes, a su «habitat» siempre al borde del agua y, finalmente, al pánico que por doquier inspira.

Todo lo más, hallamos alguna divergencia en lo relativo al color del animal. Según Sanderson, es de un negro oscuro; de creer a los negros interrogados por Stany, es de color rojo sangre. Pero dado el alejamiento de los respectivos «habitats» o zonas de residencia del *kongamato* y del *olitiau*, podría tratarse de meras diferencias raciales.

O pudiera ser también que el tal color rojo sangre no fuera sino uno de esos «adornos» que los negros colocan a aquellas fieras a las que ellos temen más que al diablo.

A este respecto, el relato de Sanderson viene a esclarecernos un aspecto de la leyenda del *kongamato* que tal vez nos haya resultado absurdo; la reputación de que goza este animal volador de hacer zozobrar las canoas.

El profesor Wiman había observado además, con bastante ironía, que aquél era un rasgo que no concordaba, ni en lo más mínimo, con lo que sabemos acerca de los pterodáctilos. Y otro tanto podríamos decir con respecto a los murciélagos.

Pero si el *kongamato*, como su hermano el *olitiau*, acostumbra a lanzarse en vuelo picado sobre los hombres que osan entrar en sus territorios —o en sus «aguas jurisdiccionales»—, quizá pura y simplemente en plan de intimidación, fácil será comprender que las canoas zozobren, no tanto por la acción directa del animal, como por los agitados movimientos de los asustados y enloquecidos tripulantes de tan frágiles embarcaciones.

Y bastaría que tal cosa hubiera sucedido dos o tres veces, y que los tripulantes hubieran desaparecido después —en las fauces de los cocodrilos, sin la menor duda— para que ya el misterioso ser cargase con una feroz fama de la que nadie podrá librarle.

Auténtico pterodáctilo o murciélago monstruoso, el caso del *kongamato* (alias *olitiau*) constituye de hecho un impenetrable misterio que sigue aún sin esclarecerse.

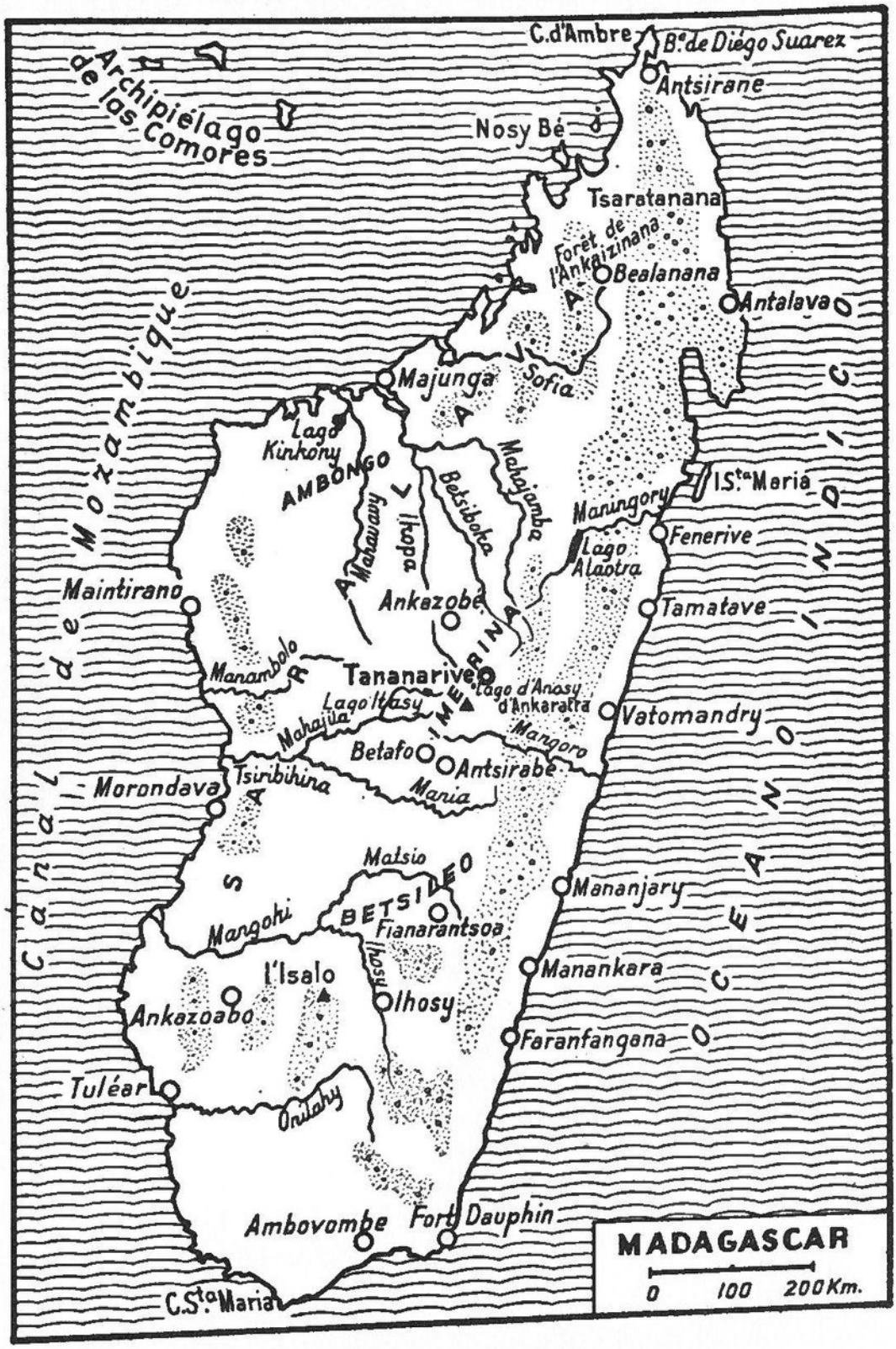
Y podemos asegurar, sin miedo a pecar de exagerados, que el día en que un naturalista pueda sacar de una caja, en el curso de una reunión de la Academia de Ciencias, una de estas monstruosas criaturas de pesadilla, tal fecha, al igual que el nombre del afortunado zoólogo, pasarán de hecho a los anales de la Historia de las Ciencias Naturales.

LA LECCION DE LOS FANTASMAS MALGACHES

«Madagascar es otra Tierra prometida. También aquí domina la selva y la montaña; la situación es favorable, y casi nada sabemos dei interior.»

PHILIP HENRY GOSSE

La Novela de la Historia Natural, 1860.


C.d'Ambre
B.ª de Diego Suarez
Antsirane
Archipiélago de los Comores
Nosy Bé
Tsaratanana
Forêt de l'Ankaizinana
Bealanana
Antalava
Majunga
Sofia
Lago Kinkony
AMBONGO
Mahajamba
Betsiboka
I.S.ta Maria
Maningory
Fenerive
Lago Alaotra
Maintirano
Ankazobé
Tamatave
Manambolo
Tananarive
Lago d'Anosy
Lago Itasy
Vatomandry
Mahajilo
Mangoro
Betafo
Antsirabé
Morondava
Tsiribihina
Maria
Matsio
Mananjary
Mangoki
BETSILEO
Fianarantsoa
Manankara
l'Isalo
Ihosy
Ankazoabo
Faranfangana
Tuléar
Onilahy
Ambovombe
Fort Dauphin
C.Sto Maria
MADAGASCAR
0 100 200Km.

Capítulo XI

TRETRETRETRÉ, VURUPATRA Y CÍA.

Érase una vez un médico eminente que curaba indefectiblemente a todos sus pacientes. (Tan sólo con esto, habrán ya comprendido ustedes que se trata de un simple cuento.) No tenía más que un defecto; el de ser profundamente incrédulo.

Un día fué a buscarle una chiquilla, asustada y conmovida en grado sumo, quien le suplicó que corriera al lado de su madre, que estaba «muy malita».

—Tu madre no tiene nada, pequeña —respondió el médico con sonrisa socarrona—. Es una enferma imaginaria. No cesa de inventarse montones y montones de enfermedades, pero, en realidad, está sana y fuerte como una roca. No tengas miedo que ya le pasará su mal, tranquilamente...

—Pero, doctor, ¡le aseguro a usted que está mala! ¡Se doblaba completamente de dolor!

—¡Pura comedia, hija mía! Anda, márchate y no me des la tabarra. No te preocupes y déjame en paz que tengo mucho que hacer...

La pequeña, quieras que no, se marchó rezongando... La madre murió al poco rato. Y el taumaturgo que curaba a todos sus enfermos se convirtió así en una demostración viviente de que no bastaba ser un experto en una materia ni dominar una disciplina; es preciso, ante todo y sobre todo, tomarse el trabajo de examinar a los pacientes.

Y esto mismo ocurre, en otro aspecto de la vida, con muchos de nuestros zoólogos. En tanto que ellos continúan obstinadamente sordos a los rumores que corren por todo el mundo sobre numerosos animales aún indeterminados, o reputados de fósiles, éstos se van muriendo, hoy unos, mañana otros, yéndosenos así de entre las manos la ocasión de poder estudiarlos mientras que aún se hallan «en carne y hueso». Luego habremos de conformarnos con examinar unos míseros despojos.

Tal vez a causa de esta voluntaria sordera intelectual seguiremos sin conocer, ya para siempre, la respuesta a muchas de las fundamentales incógnitas zoológicas que tenemos planteadas.

Y de todo esto, hallaremos la prueba más clara y terminante en nuestros mismos conocimientos sobre la fauna de Madagascar, «el admirable país» del que hablara el naturalista Philibert Commerson, compañero de Bougainville.

EL VURUPATRA *DEL SEÑOR FLACOURT Y EL PÁJARO ROC DE LOS CUENTOS ÁRABES*

Cuando en el año 1658, el almirante Étienne de Flacourt publicó, tras una larga estancia en tal país, su *Historia de la gran isla de Madagascar*, dic en tal obra una extensísima información sobre la fauna local, bien diferente por cierto de la del continente africano. Pero el caso es que en aquel entonces, sonó todo aquel vasto estudio a puro cuento de viajero; la veracidad de sus asertos no quedaría demostrada hasta varios siglos después.

Hablando de los «pájaros que moran en el bosque», el señor Flacourt mencionaba entre otros:

«*Vurupatra* es un gran pájaro que vive en los Ampatres y que pone unos huevos como los de un avestruz; los pone en los sitios más desiertos, donde nadie pueda cogerlos (1).»

Luego, otros viajeros hicieron llegar hasta el mundo civilizado otra serie de rumores relativos al tamaño del animal en cuestión; tales nuevas noticias eran bastante más detalladas, pero sonaban mucho más aún a fábula. ¿No pretendían éstos, acaso, que el animal aquel ponía unos huevos tan grandes, tan grandes —mucho mayores aún que los de los avestruces— que sus cáscaras sirven a los indígenas para almacenar dentro de ellas el agua potable?

Veamos lo que relata Ferdinand von Hochstetter:

«Algunos indígenas de Madagascar habían venido a la Isla Mauricio para comprar ron: los recipientes que traían a este efecto eran cáscaras de huevo, pero de unos huevos ocho veces mayores que los de las avestruces y treinta y cinco veces mayores que los de las gallinas: dentro de cada cáscara cabían dos galones (9 litros).

»Nos contaron que tales huevos los encontraban, de vez en cuando, entre los cañaverales. Alguna vez también habían logrado divisar al pájaro que los ponía.»

(1) El señor de Flacourt, sin duda alguna, debió comprender mal, o reproducir mal por escrito este nombre de «Vouroupatra»: «pájaro» se dice en el lenguaje malgache «voron». El animal en cuestión debería llamarse pues, lógicamente, «vorompatra». — (N. del T. El autor del libro escribe, siguiendo la fonética francesa, «vouroupatra»: de acuerdo con los sonidos españoles, interpretamos aquí tal nombre por «vurupatra»).

Creo inútil decir que nadie concedió el menor crédito a tal historia. El avestruz, con sus 2,50 metros de altura, estaba ya considerado como un animal gigante, auténticamente monstruoso. ¡Qué tamaño no tendría que tener entonces el volátil capaz de poner unos huevos ocho veces mayores que los del ave ya señalada! En fin, que como antes decimos, todo aquello tenía un indudable aire de fábula.

Algunos orientalistas observaron que tales rumores podían ser un simple eco de la leyenda del pájaro Roc, una especie de ave rapaz, gigantesca y sanguinaria, que gozaba de una terrible reputación entre los navegantes árabes de la antigüedad. Era tan grande, relataban éstos, que cuando cruzaba por el cielo, las tinieblas más densas caían sobre la tierra. ¡Sus alas eclipsaban la luz del sol! Decían que su fuerza era tal que podía, sin el menor esfuerzo, llevarse a un elefante prendido de las garras. Y hasta si llegaba el caso, podía pechar con un navío, con todos sus ocupantes dentro...

Se recordará que, en el curso del segundo viaje de Simbad el Marino, el célebre héroe de *Las Mil y una Noches* tuvo que vérselas con este terrible y fabuloso pájaro, tras haber descubierto por azar uno de sus huevos. «Una bola blanca de una altura y de una anchura prodigiosas... ¡Venía casi a tener unos cincuenta pasos de circunferencia!»

¿Cincuenta pasos? ¡Caramba! Esto queda muy por encima de las cáscaras «gigantes» señaladas en Madagascar. Pero conociendo ya sobradamente la fecunda imaginación de los árabes, nadie nos podrá tildar de suspicaces si decimos que en tales dimensiones debe haber su buen tanto por ciento de exageración, ¿verdad?

Cuando Herodoto, en sus escritos, hacía alusión a un pájaro gigante de África, utilizaba frases y cifras bastante modestas: los sacerdotes egipcios le habían hablado —nos cuenta— de una raza de volátiles gigantescos que vivían «más allá de las fuentes del Nilo» y que tenían fuerza suficiente para llevarse a un hombre por los aires, sujetándole con las uñas. Hay que pensar que el águila, con toda la fama de que goza, no es capaz sino de llevarse por los aires un conejo o un pequeño cordero; así, pues, este relato, a pesar de ser más modesto, nos deja ya la vía abierta para soñar con un ser fabuloso...

Marco Polo, por su parte, también oyó contar tal fábula, allá por el siglo XIII, al mismísimo Kubilai Khan. El famoso viajero veneciano llegaba incluso hasta pretender que el potentado asiático le había enseñado algunas plumas de tal ave, que medían sus buenos 90 palmos (¡cerca de 20 metros!) e incluso unos huevos de un tamaño prodigioso. Añadía que, según su criterio, este descomunal pájaro Roc procedía «de alguna de las islas cercanas a Madagascar, por la costa del Mediodía».

Este último detalle fué tomado por algunos como la prueba indudable de una identidad entre el origen de la leyenda del pájaro Roc y de las fábulas malgaches concernientes a la existencia de un pájaro gigantesco, capaz de poner huevos del tamaño de las grandes tinajas aceiteras.

Para éstos, podían meterse ambos asuntos en un mismo saco; en el saco en el que se van almacenando, siglo tras siglo, todas las fábulas e historias de fantasmones, trasgos, animales extraños y otros cocos, brujas y demás zarandajas.

Para pensar así tenían además, digámoslo en su descargo, algunas buenas razones. Y al decir buenas, nos referimos a que eran válidas «en aquel entonces». Como quiera que aún no se conocían las leyes de la aeronáutica, parecía físicamente imposible que un pájaro que había forzosamente de pesar sus buenos cientos de kilos, o hasta quizá sus miles, pudiera elevarse tranquilamente por los aires.

Se podía todo resumir en esta frase:

El pájaro Roc, alias «vurupatra», era un simple animal de fábula, era una criatura inconcebible.

LOS INCREÍBLES HUEVOS DEL AEPYORNIS

Esto no impidió, claro está, que en 1834 un viajero francés, llamado Goudot, recogiese en Madagascar una media cáscara de huevo de tamaño inusitado, y que servía de recipiente para agua a los indígenas. El buen hombre sacó un dibujo detallado de tal cáscara y lo envió, en 1840, a un ornitólogo parisino de gran renombre, Jules Verreaux, que se hallaba en tales fechas de paso por El Cabo.

Sobre la sola fe del croquis de tan increíble reliquia, Verreaux bautizó al pájaro gigante «autor» de tan descomunal huevo, con el nombre de *Aepyornis*, es decir, «pájaro alto».

Algunos años más tarde, este bautismo científico, audaz entre todos, se encontró legitimado en parte, cuando Dumarèle tuvo la suerte, en 1848, de encontrar un huevo, esta vez totalmente entero, en los alrededores de Diego Suárez. «Tenía una capacidad, nos cuenta, de trece botellas».

Finalmente, en 1851, hubo que resolverse a admitir oficialmente la existencia en Madagascar de un pájaro gigantesco, cuando un capitán de la Marina mercante, llamado Malavois, hizo donación al Museo de París de dos huevos que medían, cada uno, 32 centímetros de largo por 22 de ancho. Tenían una capacidad de cerca de 8 litros, y cada huevo venía a equivaler, en lo que a cubicación se refiere, a 8 huevos de avestruz o a 140 de gallina.

¡Con uno solo de estos ejemplares se habría podido hacer una tortilla como para un banquete de 70 comensales!

Algunos años después, el célebre explorador Alfred Grandidier extrajo de las charcas de Ambolisatra algunas enormes osamentas que, a primera vista, parecían haber pertenecido a algún descomunal paquidermo. Mas su análisis demostró que procedían en realidad de un ave,

a la que los anglosajones dieron entonces el nombre de *elephant-bird* (pájaro elefante).

No produjo este hecho gran extrañeza puesto que hacía ya unas decenas de años que el profesor Richard Owen, en 1839 para ser más exactos, había dado a conocer al mundo, bajo el nombre de *dinornis*, al célebre *moa*, el pájaro descomunal de Nueva Zelanda.

Partiendo quizá de este precedente y basándose, claro está, en el material que vino a parar a sus manos, Isidore Geoffroy Saint-Hilaire des-

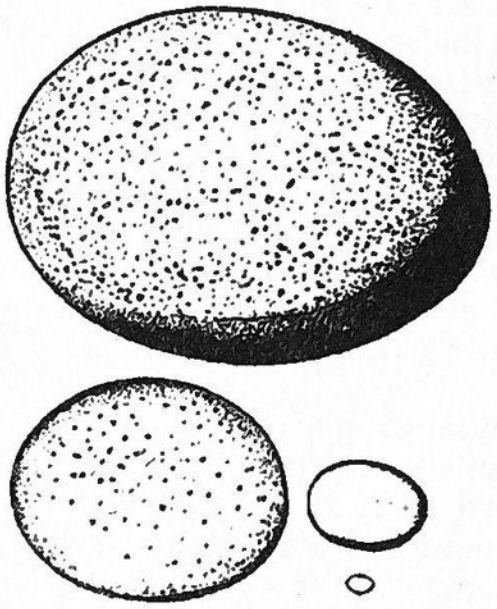
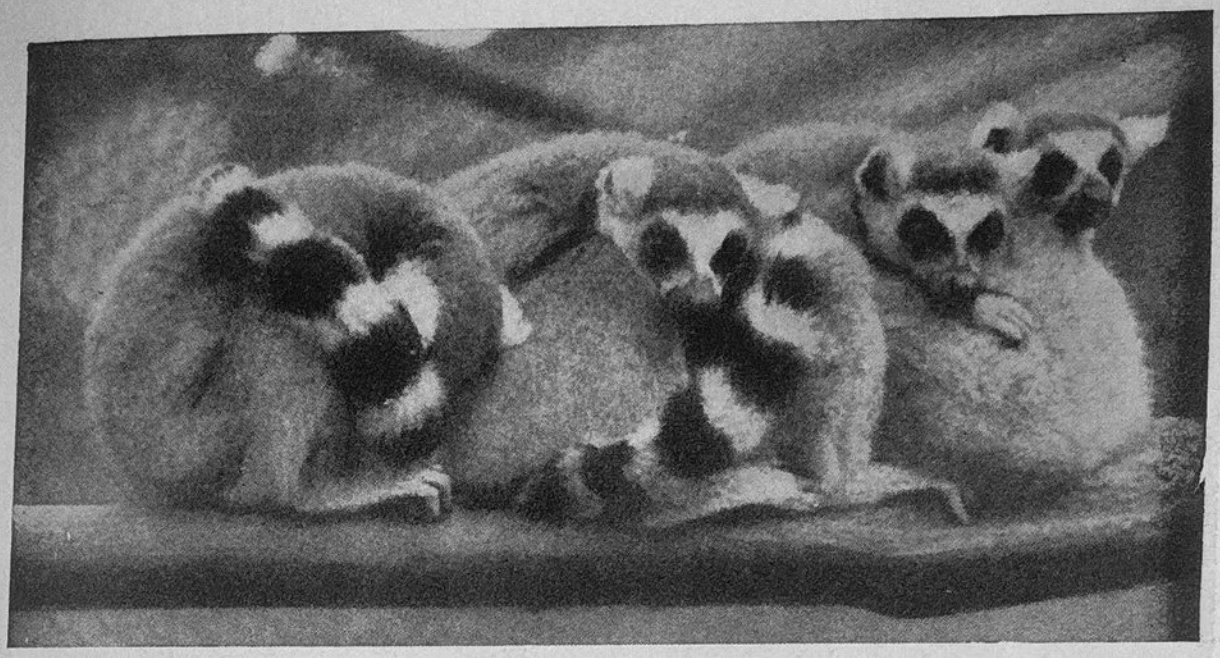


Fig. 46. — *Huevo de* Aepyornis *comparado con los de avestruz, gallina y pájaro-mosca (por orden decreciente de tamaños)*

cribió también al volátil gigantesco de Madagascar, bautizándole con el nombre de *Aepyornis maximus*, es decir, «el mayor de los grandes pájaros».

En realidad, no creemos que el nombre fuera demasiado justo. El *Aepyornis* no es el campeón indiscutido del tamaño, dentro del grupo de las aves; este título corresponde al *moa* o más exactamente a un miembro de la tan variada tribu de los *moas*, que puede medir, muy holgadamente, los 3,50 metros. Comparando el tamaño de un huevo de *Aepyornis* con uno de avestruz que sólo mide 15 centímetros por 11,5, o sea, el 50 por ciento de las proporciones del primero, Geoffroy Saint-Hilaire llegó a la conclusión de que el pájaro que lo había puesto vendría muy bien a medir sus cinco metros de alto. Pero a la hora de la verdad, el *Aepyornis* sólo da un tamaño de 3 metros cuando más, y aun esto en casos verdaderamente excepcionales. El esqueleto completo de *Aepyornis maximus* reconstruído en el Museo de París tiene una dimensión,



Visión típica de Madagascar. El maki o lemur catta
(C. Popper-Atlas Foto)

Este guapo moreno y esta rubia vampiresa son el Sr. y la Sra. lemur macaco. Es un caso de dimorfismo sexual bastante raro entre los mamíferos
(C. Popper-Atlas Foto)

¿Sospecharía alguien que este maki vari haya tenido, en una época muy reciente aún, unos «parientes» tan grandes como los mismísimos gorilas?
(C. Popper-Atlas Foto)

en altura, de 2,68 metros, lo cual, indiscutiblemente, ya es un buen tamaño para un ave (1).

De hecho, no existe una relación matemática y absoluta entre el tamaño de un ave y las dimensiones de los huevos que ésta pone. Véase sino el caso del *kiwi* de Nueva Zelanda: sus huevos son tan grandes como los de las avestruces de tamaño mediano (12 centímetros, 5 de largo por 7 de ancho). Y, sin embargo, ese ave sin alas es apenas algo mayor que una gallina corriente. Y su propio peso ¡es solamente tres veces superior al de su propio huevo!

No obstante, parece ser que el *Aepyornis maximus* si bien no es exactamente la mayor de todas las grandes aves, sí debe ser considerada como la más gruesa y corpulenta. Tras haber medido muy cuidadosamente los huesos principales de los pájaros gigantes de Madagascar y de Nueva Zelanda y de haberlos comparado con los correspondientes de un avestruz y de otras aves corredoras tales como el emú y el ñandú, un ornitólogo del American Museum, Dean Amadon, llegó a calcular, con bastante aproximación, el peso del animal en cuestión, en carne y hueso. Sus cálculos le daban el resultado de 965 libras (440 kilos) para el *Aepyornis maximus* y de 520 libras solamente (320 kilos) para un moa de 3 metros de altura.

Recordemos, sin embargo, que existían moas de gran altura, pero de formas esbeltas y, al mismo tiempo, otros ejemplares más caracterizados por ser más bajos pero mucho más corpulentos. Estos últimos habrían de pesar considerablemente más que sus congéneres de fina silueta; por eso creo yo que tal comparación habría de verificarse con uno de estos moas que no presumían de altura sino de peso, antes de dar el título de campeón de los pesos pesados entre las aves.

¿CUÁNDO HA DESAPARECIDO EL PÁJARO GIGANTE?

El estudio de los huesos del *Aepyornis* vino a revelar que tal ave, al contrario de lo que ocurría con el pájaro Roc de la leyenda, no era más capaz de volar que las otras corredoras entre las que, forzosamente, había que incluirle. Como el avestruz, el casuario, el emú y el moa, etc., estaba desprovisto de la característica quilla o esternón de las aves; sus alas, por ende, se hallaban reducidas al papel de simples muñones inutilizables.

No estaba muy claro así que este pájaro fuese el mismo que el señor de Flacourt bautizara o citara con el nombre *Vurupatra*. ¿Podríamos

(1) El *Aepyornis maximus* es el mayor de las tres especies conocidas. El *A. hildebrandtii* no sobrepasa del tamaño del avestruz. Y el *A. medius* viene a ser de un tamaño intermedio. El *Aepyornis* se diferencia así del avestruz mucho más por la corpulencia, por lo macizo de su cuerpo, que por el tamaño.

afirmar entonces que este último sí podría hallarse aún en este mundo? En todo caso, los huevos hallados sobre la arena de las dunas del sur y del sudoeste tenían una frescura tal que nada costaba deducir el poco tiempo transcurrido entre su puesta y su hallazgo. En cuanto a los huesos descubiertos, tenían también un frescor muy similar.

Se comenzó entonces a interrogar a los indígenas de los contornos, y éstos afirmaron que unos pájaros gigantes vivían en las más tupidas y espesas selvas del interior de la isla, pero que tan sólo se les conseguía ver muy raramente, muy de tarde en tarde.

Pues bien; los naturalistas de la época estaban impregnados hasta tal punto de las ideas de Cuvier que se negaron de plano y *a priori*, a creer en la supervivencia de estas monstruosas aves, dignas compañeras de los reptiles gigantescos de la Era secundaria. Y así fué como dedicaron todos sus esfuerzos no al descubrimiento de tales animales sino, por contra, a hallar qué causas habrían podido ser responsables de su desaparición. ¿Verdad que la cosa resulta paradójica?

Se daba como cierto, ya de entrada, que el hombre no debería haber sido directamente responsable de la extinción de tal raza. Al contrario de lo ocurrido en otras zonas con el moa, el vurupatra no fué ultimado por la raza humana por simple avidez de carne. En las leyendas y relatos indígenas de aquellas zonas no había ningún vestigio en tal sentido; nadie presumía de haber comido carne de tan descomunal ave. Decían también los naturalistas, en apoyo de tal tesis, que los aborígenes contaban con unos medios harto débiles para poder dar caza a aquellas macizas criaturas. Parecían así olvidar que los maoríes se habían valido tan sólo de débiles lanzas acabadas en puntas de piedra para dar buena cuenta de la raza de los moas que, también hay que decirlo, eran unos animales de tamaño muy considerable.

Para explicar la desaparición de los *Aepyornis* se ha llegado hasta invocar determinadas emanaciones de gases deletéreos que en ciertas regiones, pudieron haber ocasionado así la muerte de un número muy considerable de los tan citados volátiles gigantes.

Pero la explicación que mayores visos de verosimilitud tiene, es la que se funda en los propios hábitos o costumbres de la desaparecida especie. Por analogía con el avestruz, todo el mundo pensó que estas aves habrían de ser forzosamente unas típicas corredoras de monte bajo o de llanura; mas si hemos de creer a los indígenas, no ocurría así, sino que tal ave tenía su morada en las selvas. Y esto nos suena a más plausible, pensando en la pesadez y en la poca agilidad que sin duda alguna las caracterizaba. Si era incapaz de hallar su salvación ante un ataque, en la velocidad de sus patas, le sería entonces muy conveniente no salir de las grandes y tupidas selvas o bosques.

En varios casos, sus huevos han sido hallados puestos sobre los juncos. Quizá no sería muy de extrañar, habida cuenta de su estructura anatómica, que el *Aepyornis* hubiera sido un animal en gran parte acuá-

tico, y que hubiese pasado, por consiguiente, la mayor parte de sus días chapoteando por los bosques cenagosos.

La razón de más peso, en orden a explicar su desaparición, es la de los fundamentales cambios climatológicos que llevaron aparejados, como secuelas, una disminución notabilísima de las lluvias en tales comarcas y, por ende, la desecación consecutiva de los inmensos lagos de las Altas Mesetas y de las regiones pantanosas de Antsirabé y de Betafo. Los pobres animales se irían viendo así obligados, paulatinamente, a concentrarse alrededor de unos insuficientes y cada vez más escasos charcos; poco a poco, el alimento les iría faltando también; la muerte colectiva no debería tardar en llegar luego.

Así podríamos tal vez explicarnos el hecho cierto de que en zonas concretas se han hallado diversas concentraciones de restos de las corpulentas aves.

Otra causa podría ser la obra del hombre contra el bosque y la selva. Es decir, los invasores humanos, bantúes, malayos, o árabes, han jugado un papel indirecto en esta desaparición, al ir despoblando el bosque y la selva, al ir talando aquí y allá sus árboles, al ir haciendo así desaparecer grandes masas verdes. Esto, sabido es, acarrea luego un cambio cierto en el clima del lugar y en sus lluvias. Pero dado que la llegada del hombre a esta gran isla es muy reciente aún, puesto que nunca jamás se encontraron allí restos de razas prehistóricas, es dable suponer que nuestros pájaros gigantes hayan podido sobrevivir hasta una época bien cercana a la nuestra.

Efectivamente, las consecuencias de la destrucción gradual de la selva y de la masa de árboles en general no se dejaría sentir de golpe sino, antes bien, de una forma progresiva.

En todo caso, el hecho es que en el año 1867 los indígenas seguían afirmando tercamente que el extraño pájaro vivía aún en las zonas más apartadas de la isla.

Hoy, parece que se han perdido ya todas las esperanzas de hallar en carne y hueso a los tales animales, por la simple razón de que su «habitat» predilecto, esto es, la selva pantanosa, no existe ya casi en tan vasto territorio.

Pero si en el siglo pasado se hubieran dedicado a buscar a esta rara ave, en lugar de discutir las razones de su desaparición o incluso a negar su existencia, bien cierto es que hoy sabríamos más, muchísimo más, sobre el raro *vurupatra* del señor Flacourt que, aun siendo ave, tenía la pesadez del hipopótamo e incluso, sospechamos, unas costumbres o hábitos muy similares a los de éste.

DONDE SE VUELVE A HABLAR DEL DRAGÓN GONGOLÉS

Claro está que la revolución climática que hizo cambiar, poco a poco, la faz de Madagascar no sólo causó el fin de los *Aepyornis* sino también, y al mismo tiempo quizá, la de otros grandes pájaros o aves; entre éstos podremos citar al *Mullerornis*, un gran casuario de la región de Ankaratra y al *Centrornis*, pariente de la oca del continente africano. El gong final sonó igualmente para una gran cantidad de gigantes de los más diversos grupos, de forma que la fauna actual parece estar compuesta, tan sólo, por especies de tamaño reducido o incluso decididamente pequeño.

Pero, ¿será esto así al cien por ciento?

Tales cambios de clima, tales catástrofes, puesto que así pueden llamarse, han sido realmente tan recientes, o su final al menos, que aún pueden abrigarse esperanzas de encontrar algún o algunos ejemplares de una u otra especie.

Así, y al igual que las islas vecinas —las Mascareñas y las Seychelles—, Madagascar poseyó, antiguamente, su tortuga gigante *(Testudo grandidieri)* que sobrepasaba ampliamente del metro de longitud y que pesaba su buena tonelada. Este animal, que gustaba más que nada de tumbarse tranquilamente a tomar el sol, medio sumergida en las aguas poco profundas, parece haber sido también otra nueva y auténtica víctima de las sequías.

Pero si hemos de creer al señor Raymond Decary, antiguo administrador en jefe de las Colonias, corresponsal del Museo de París y autor de una importante obra cumbre sobre *La fauna malgache*, la extinción de esta tortuga gigante de Grandidier podría muy bien no ser total:

«Se ha notado, en determinadas grutas situadas en las orillas de algunos lagos del sudoeste, la presencia de un animal enigmático que bien podría ser una gran tortuga; ¿se tratará, tal vez, del último representante de la *Testudo grandidieri*?»

Además de la especie actualmente conocida de cocodrilo *(Crocodilus madagascariensis)* idéntico en un todo al cocodrilo del Nilo, Madagascar contaba, en una época aún cercana, con una especie gigante *(C. robustus)* del que se han hallado algunos cráneos que medían hasta 80 centímetros de largo. Durante mucho tiempo, los especialistas estuvieron sin ponerse de acuerdo sobre la presencia en dicha Gran Isla de una o de dos especies de cocodrilos; tal cuestión sigue aún, hoy en día, sin resolverse. Por ello no nos extrañaría ni lo más mínimo enterarnos cualquier día de la supervivencia del *Crocodilus robustus*, descubierto en estado subfósil por Alfred Grandidier.

La terrible sequía a que nos venimos refiriendo hizo además otra

víctima y de gran peso: el hipopótamo. Existió, en otras épocas, en tales zonas una especie de tamaño mediano, más o menos emparentada con los hipopótamos fósiles del Pleistoceno africano. Su desaparición se hace remontar, generalmente, a millares y millares de años. Pero resulta raro, en tal caso, que el gran navegante Dumont d'Urville señalara la presencia de tales animales junto a los ríos de la isla, en su gran obra *Voyage autour du monde*, publicada en el año 1829. Por otro lado, se piensa que el hipopótamo, o mejor aún su imagen deformada por la tradición, haya podido ser el origen de la actual leyenda del *tsomgomby*, un monstruo fabuloso que los indígenas describen, en general, como un *omby rano*, o sea un buey acuático desprovisto de giba y otras veces como un animal mezcla de caballo y de mulo. El hipopótamo, muy raro en los tiempos actuales, parece haber abundado antes de la llegada de los europeos.

En el caso de que fuera el recuerdo del hipopótamo el origen de tales creencias, haría falta reconocer entonces que su imagen ha sido tremendamente alterada, ya que en ciertas zonas los malgaches atribuyen al *tsomgomby* unas orejas descomunales y colgantes, un grito capaz de helar de terror a cualquiera y unas costumbres francamente agresivas y aun caníbales.

«Los mahafaly y los antandroy, nos cuenta el señor Decary, le achacan también la propiedad de los grandes huevos descubiertos en el Sur, los cuales, en realidad, son huevos de *Aepyornis*. Un buen día, me hallaba yo desenterrando algunos huesos en una capa geológica cercana a Ambovombé, y en tal ocasión, los antandroy me afirmaron que las mayores de entre aquellas piezas anatómicas (y que procedían, sin la menor duda, de un *Aepyornis*) pertenecían al famoso *tsomgomby*. Cruzando luego por el país Sakalava, me enseñaron unas huellas del misterioso y ya citado animal; pero tras un detenido examen llegué a la total certidumbre, aun a pesar del mal estado en que se hallaban, de que pertenecían, sin sombra de duda, a... un cocodrilo que se había desplazado, en tal viaje, bastante lejos de sus aguas habituales.»

Parece, pues, que ya es lícito suponer que la leyenda del *tsomgomby*, si bien fundada en parte sobre el hipopótamo, debe referirse más concretamente a alguna especie de reptil.

Y tal sospecha se refuerza al saber que por Madagascar circula igualmente otra serie de rumores relativos a un animal llamado *railalomena*, vocablo éste que significa «padre o antecesor del hipopótamo». Se dice de este curioso ser que vive en las marismas y que tiene un cuerno en medio de su frente. ¡He aquí una serie de datos que vuelven a concordar con las descripciones de nuestro viejo amigo «el dragón congolés».

¿Cabría sospechar que los invasores bantúes llevasen aún con ellos, al llegar a la isla, el recuerdo, y la descripción por tanto, del enigmático reptil gigante? ¿O sería quizá que allá, en la nueva tierra conquistada, se hallaron otra vez cara a cara con el temido monstruo? Las dos hipótesis pueden sonar igualmente a cierto. Y hasta apurando, podríamos deducir otra tercera, intermedia entre las dos ya expuestas; que el recuer-

do del hipopótamo se haya ido mezclando, al correr del tiempo con el del pseudodinosaurio. De esta guisa, el primero habría dado nacimiento a la leyenda del *tsomgomby*; el segundo a la del *rai'alomena*, si bien con un intercambio, mutuo y recíproco, de algunos caracteres.

En todo caso, en la descripción de los dos demonios malgaches se hallan las principales características del gran reptil que mora allá por los lagos y los pantanos situados en los bordes de la gran artesa del Congo; un cuerpo como de hipopótamo, un cuerno en su frente o testuz, unas colgantes orejas (que bien pudieran ser los apéndices carnosos que cuelgan de los lados de la cabeza del dragón del Pórtico de Isthar), un oviparismo que denuncia su naturaleza de reptil, una marcada tendencia a vivir en zonas pantanosas, un humor más bien agresivo y, finalmente, un grito capaz de poner nuestros pelos de punta.

Si este monstruo hubiese realmente vivido en Madagascar, es indudable entonces que habría sido una de las primeras víctimas de las sequías que acabaron con los pantanos, ciénagas e incluso lagos.

Salvo que sea él, precisamente, ese animal misterioso, más o menos parecido a una tortuga gigante, del que se rumorea que aún vive en determinados lagos malgaches, rodeado de grutas, que hay por la parte sudoeste.

Y a menos también que la pista descubierta por el señor Decary, y que él atribuía a un cocodrilo «viajero», deba ser realmente imputada al *tsomgomby* con patas de reptil...

EL TRETRETRETRÉ *Y EL HOMBRE CON CABEZA DE PERRO*

Madagascar es, por excelencia, la tierra de los seres subfósiles. Ninguna otra región del globo nos da, como ésta, la impresión de acabar de salir, ahora mismo, de la mismísima Prehistoria. Los restos de los enormes animales que allí se han desenterrado, tanto tratándose de aves, como de reptiles o de mamíferos, suelen hallarse en un estado tal de frescor que cabe siempre preguntarse, ante tales casos, si las especies de las que éstos provienen no estarán aún gozando por entero de la vida. Las tradiciones indígenas, los relatos, coadyuvan además, puesto que en todos ellos se afirma que tales animales han sido conocidos por el Hombre hasta hace bien poco. Y no estará de más recordar ahora el principio de Van Gennep que nos dice que el recuerdo de un acontecimiento se pierde en algo menos de dos siglos, allí donde no existen más que tradiciones orales.

Esto es lo que da tanta importancia a los antiguos relatos de viajes, en lo que se refiere al conocimiento de las faunas desaparecidas en épocas aún recientes.

Así, el almirante Étienne de Flacourt no sólo ha sido el primero en hablarnos del *Aepyornis* como de un ave aún en plena vida, sino que en su libro nos dió a conocer también la existencia en Madagascar, igualmente, de un animal que los zoólogos no han sido capaces de identificar.

«*Tretretretré* o *Tratratratrá*, es un animal grande como un ternero de dos años, tiene la cabeza redonda y cara de hombre; los pies de delante son como los de un mono y los de detrás también. Tiene el pelo ensortijado, la cola corta y las orejas son como las de un ser humano. Me recuerda mucho al *tanacht* que describiera Ambroise Paré. Ha sido visto uno en las cercanías de Lipomán, por donde tal fiera tiene su cubil. Es un animal muy solitario; las gentes del país le temen mucho y huyen ante su sola presencia tan de prisa, tan de prisa... como él mismo huye ante el hombre.»

La primera reacción de la mayor parte de los naturalistas fué —¿hace falta decirlo?— la de pretender que tal descripción correspondía a un animal puramente mítico, imaginario si se quiere. Jamás había vivido en Madagascar un animal tan grotesco. Y precisamente en Madagascar, donde no existen monos verdaderamente dichos y donde, por consiguiente no puede haber ningún cuadrumano cuya cara se parezca, en poco o en mucho, a la del hombre.

Llegaban incluso a decir: ¿pero es que vamos a dar crédito a las palabras de un viajero que, en pleno siglo XVII, ha tenido la osadía o la ingenuidad de señalar en la Gran Isla la presencia de una raza de hombres con cabeza de perro, haciéndose así eco tardío y retrasado de las fábulas de Ctesias, de Marco Polo y de otros hombres de la remota antigüedad?

El caso es que los escépticos tuvieron su primer fracaso, su primer chasco, cuando quedó revelada, sin lugar a dudas, la existencia del indri *(Indris brevicaudatus)*, el mayor de los lemúridos conocidos en nuestros días, y que responde de manera admirable a la descripción del hombrecillo de cabeza de perro.

De un metro de altura, con un simple muñón por cola y adoptando casi siempre la postura bípeda, la silueta del indri se parece extraordinariamente a la del hombre.

En cuanto a su cabeza, de fino hocico acabado en punta como el de los restantes lemúridos o medio-monos, está perfectamente bien comparada con la de los zorros o con la de determinados perros.

Al verle, se comprende perfectamente bien que los miembros del clan de los Betsimakara le temiesen y adorasen a la vez, bajo el significativo nombre de *babakoto*, es decir, «el padre-niño». Dicen de él que es el descendiente de aquellos hombres que hace mucho tiempo se escondieron en las más espesas selvas para esquivar así la obligación del trabajo común.

(¡Y que se pueda adorar a los descendientes de estos supuestos vagos!)

Aclaremos ahora que los lemúridos son «fady» (término malgache

que corresponde en un todo al «tabú» de los polinesios) para un enorme número de tribus, ya que todos ellos creen a pies juntillas que tales ani-

Fig. 47. — *El indri, el mayor de los lemúridos conocidos hasta nuestros días*

males han sido, en otro tiempo, hombres. Pero de entre todos ellos, es el «indri» el que tiene un aspecto más humano y, consecuentemente el que goza así de mayor respeto.

Y puesto que vemos, de esta forma, que la leyenda de los hombrecillos con cabeza de perro tenía una firme y consistente base real, hubiera sido preciso tratar con mayor consideración, creo yo, la otra leyenda sobre el «tretretretré». ¿No creen ustedes que hubiera valido la pena buscar por los citados alrededores de Lipomani a tan curioso ser?

Que yo sepa, nadie se ha tomado tal trabajo hasta ahora. Mas, sin embargo, las búsquedas paleontológicas vendrían luego a demostrar, de manera formal e indiscutible, que tal animal no tenía nada de absurdo ni de incongruente e incluso que ha existido efectivamente.

Para que el lector pueda hacerse cargo de la importancia que reviste la existencia real de este género de demonios malgaches de rostro humano, y sobre los que circulan aún rumores muy numerosos, convendrá hacer antes un esbozo, una descripción en líneas generales, siquiera, de la población zoológica de Madagascar y de la evolución que ha ido sufriendo tal fauna en el transcurso de los tiempos.

EL CORAZÓN MORIBUNDO DEL ANTIGUO CONTINENTE DE GONDWANA

Era lógico suponer, o esperar, que la fauna de Madagascar fuera algo así como una mera continuación de la del Continente africano, apenas diferenciada por las características típicas, y que ya hemos estudiado anteriormente, de toda isla. Pero un examen a fondo nos demuestra que no es así, ni tan siquiera en lo más mínimo.

La Gran Isla no es una provincia africana. Los animales malgaches se caracterizan, de una parte, por su total originalidad y, por otra, por sus afinidades con otras formas zoológicas correspondientes a regiones tan alejadas de allí como son América del Sur e Indo-Malasia.

Lo más típico de Madagascar, desde el punto de vista zoológico, son los lemúridos o lemurinos: éstos, al igual que los monos, son primates, si bien se diferencian de estos segundos por numerosos rasgos anatómicos netamente marcados: entre los más característicos señalaremos el alargamiento de su hocico que acaba, incluso, en un morro similar al de los carnívoros; está también la presencia de una garra, o fuerte uña, en los segundos dedos de los pies; un mayor desarrollo de las orejas y sobre todo las mayores dimensiones de los globos oculares. Al ver en la noche sus grandes ojos, desmesurados y de mirada muy fija, al estilo de la de los sonámbulos, se comprende el por qué los naturalistas de ayer dieron a tales animales el nombre de «Lemures», término éste que los romanos reservaban para los fantasmas de los muertos.

La imagen de estas maravillosas bestezuelas de pelo suave y sedoso está ya íntimamente unida a la propia idea de la Gran Isla. El profano ignora, en general, que a principios de la Era Terciaria este grupo de

animales se hallaba enormemente repartido por todo el mundo. Los lemúridos abundaban tanto en los terrenos del Eoceno de la América del Norte como en la mismísima Europa.

Y al considerar la situación y la extensión de Madagascar, se podría creer que esta isla se ha convertido en el último refugio de tan simpáticos animalillos sin defensa, así como Nueva Zelanda, por ejemplo, ha recogido los últimos reptiles rincocéfalos y Australia, por su lado, el resto del conjunto de los marsupiales. Mas la situación en este caso es bastante diferente, digámoslo desde ahora. Los lemúridos no se han ido replegando hacia Madagascar. Antes bien, Madagascar ha sido su centro activo de proliferación y su base de partida hacia el mundo entero.

Tras haber invadido nuestro globo, estos primates arcaicos se fueron encontrando con unos competidores feroces y celosos de lograr la primacía: los monos. Y cuando éstos, a su vez, partieron a la conquista de la tierra no pudieron llegar hasta Madagascar por la simple razón de que, en tales momentos, esta porción del mundo acababa de aislarse del África: tal isla quedó, así, convertida en el feudo, en el castillo roquero de los lemúridos, tras de haber sido también su propia cuna.

Pero de esta historia no hay que sacar, ni mucho menos, la conclusión falsa de que tan sólo hay lemúridos en Madagascar. No. Es verdad, sí, que las tres cuartas partes de las especies existentes se hallan en tal zona, pero también es cierto que hay otras que viven en África (galagos, pottos y angwantibus) y en Indo-Malasia (loris y nycticebus). Si los lemúridos han podido subsistir en estos territorios hasta nuestros días, aún a pesar de la rivalidad de los monos, es porque *todos ellos* han optado por llevar una vida eminentemente nocturna. Y en el mismo Madagascar hay también tantas especies diurnas o crepusculares como franca y descaradamente nocturnas.

La Gran Isla está también caracterizada por una serie de pequeños carnívoros, de un tipo totalmente particular, tal como los «galidia», los «galidictis», especie de jineta con estrías longitudinales, las civetas de la variedad *Fossa fossa*, las curiosas «Eupleres», que se han hecho ya totalmente insectívoras y, sobre todo, la extraña «fosa» *(Cryptoprocta ferox)*, ¡una especie de gato con patas aun plantígradas!

Finalmente, Madagascar es el centro o base principal de los camaleones, de los que no existen menos de 35 especies diferentes en el mismísimo país.

Como vemos, la originalidad queda bien servida. Pero lo que es más curioso aún es comprobar cómo en esta isla situada frente por frente de la costa africana, se hallan unas formas zoológicas que no tienen nada, pero nada en absoluto, de africano. Ni la menor similitud siquiera.

Tenemos así, que los insectívoros más típicos de Madagascar —los únicos fuera de las musarañas— son los «tanrecs» *(Tenrec)*, los «ambiko» *(Setifer)*, los «soky» *(Ericulus)*, los «oryzoryctes», los «microgale», los

«geogale» y los «limnogale». Y todos ellos pertenecen a la familia, exclusivamente malgache, de los teurécidos, cuyos parientes más próximos son los «almiquis» *(Solenodon)*, de las Antillas.

Los roedores propiamente indígenas revelan, ellos también, secretas relaciones o nexos con los correspondientes de América. Efectivamente, las especies de hamsters *(Nesomys, Hypogeomys* y *Macrotarsomys)*, se acercan mucho más a las especies americanas que a las del Antiguo Mundo.

Y para colmar nuestra extrañeza, se encuentran en Madagascar dos géneros de iguanas. Sabido es que esta familia de grandes lagartos, es, aparte de esta curiosa excepción, exclusivamente sudamericana.

Por otro lado, lo sabemos ya, la fauna de Madagascar está íntimamente emparentada con la de la India y la de las islas de la Sonda, por la existencia en estas dos citadas regiones, de dos lemúridos nocturnos, el loris perezoso *(Nycticebus)* y el loris *(Loris)*. Esta parentela está confirmada por la presencia en Madagascar de algunos batracios representativos al cien por cien de Indo-Malasia *(Racophorus, Dyscophus y Calophrynus)*.

Este extraño cocktail animal viene a confirmarnos de hecho unas lejanas conexiones geográficas.

En la Era Primaria, todo el sur del Atlántico y del Pacífico estaba ocupado por el inmenso continente de Gondwana, que englobaba en su seno la América del Sur, África, Indo-Malasia y Australia. Madagascar venía así a caer en su mismo centro, lo que nos explica cómo esta isla pudo ser, en otro tiempo, el centro de distribución de determinadas especies.

Cuando pensamos en tal situación privilegiada, comprendemos nítidamente la importancia de tal tierra, considerada, sin embargo, como una simple isla: fué, en el fondo, el auténtico corazón palpitante del más venerable de los continentes.

En el curso de las eras Secundaria y Terciaria, la plataforma de Gondwana, sobre la que el sol no se ponía jamás, se fué poco a poco dislocando, despedazando sucesivamente. Para empezar, su ala oriental se hundió bajo el mar, en el curso del Jurásico. No quedó de toda aquella inmensa zona más que las crestas, o sea, Australia y las islas vecinas.

El arcaico imperio de Gondwana no era ya, en tales momentos, más que un simple continente sudatlántico. Sin embargo, en su flanco derecho, tenía un vasto y enorme promontorio que se extendía sobre todo el océano Índico y que persistió desde el Jurásico hasta el Cretácico. A esta inmensa lengua de tierra se le dió el nombre de Lemuria, ya que fué el centro de dispersión, la patria de los lemúridos. Y como quiera que esta franja se extendía desde la costa oriental de África hasta el centro de la actual India, se puede comprender ya mejor la actual distribución de estos pequeños primates con hocico de zorro.

Llegó el Cretácico y entonces se hundió bajo las olas el puente que unía América del Sur con África: la presencia de almiquis en las

Antillas y de iguanas en Madagascar viene a ser así un auténtico testimonio viviente de aquella unión o comunicación entre continentes. En aquella época, la Gran Isla seguía aún unida a la India, favoreciendo así el intercambio de algunos lemúridos contra un buen lote de ranas recibidas anteriormente.

A lo largo de la era Terciaria, Madagascar continuó unida temporalmente tan sólo al resto de África: se aisló ya de forma definitiva en el Pleistoceno, comenzando, a partir de tal momento, a vivir una vida absolutamente independiente. Estas uniones con África parecen haber sido muy imperfectas o muy parciales, ya que no encontramos en la Gran Isla ungulados de los que tanto abundan en el Continente Negro. Bueno, como toda regla, ha de tener sus excepciones. Y éstas son dos: el hipopótamo, desaparecido en época muy reciente aún, y el jabalí del género *Potamochoerus,* muy parecido en todo a la especie continental.

Es curioso notar que en ambos casos se trata de mamíferos de costumbres semiacuáticas, lo que nos permite suponer que durante el período de mayor florecimiento del grupo de los ungulados, Madagascar debía hallarse ya separada de África, si bien tal separación estuviese compuesta, tan sólo, por una o varias vías de agua.

Existe también en la Gran Isla una raza de bueyes salvajes, pero, al parecer, son éstos los descendientes de los bueyes domésticos importados por los bantúes, y que luego, por una u otra causa, volvieron a ganar su libertad y su estado natural. Algunos, sin embargo, tratan de relacionarlos con un buey subfósil *(Bos madagascariensis),* pero esto no es óbice para que nosotros sigamos firmes en nuestras sospechas, puesto que los bovinos no tienen reparos en cruzar corrientes de agua.

EL RECUERDO DE LOS LEMÚRIDOS GIGANTES SIGUE AÚN EN PIE

Preservada así de toda invasión de los grandes carnívoros, prácticamente privada de herbívoros, virgen de toda invasión de simios, la Gran Isla se nos presenta, pues, como el sitio ideal para que en su seno se multipliquen y proliferen los lemúridos. Y así fué como éstos conocieron allí un fenómeno de diferenciación bastante parecido al que ocurrió con los marsupiales en Australia.

Cuando se examinan las especies hoy conocidas, tal diferenciación no salta demasiado a la vista. Fuera del aye-aye *(Daubentonia)* que, además de sus caracteres anatómicos bien particulares posee, por ende, una dentadura típica de roedor aun cuando él es omnívoro, el conjunto de los restantes lemúridos parece bastante homogéneo. Y así, sólo a trancas y barrancas suele considerarse indistintamente a estos mediomonos como pequeños cuadrumanos de larga cola, arborícolas, nocturnos, vegetarianos y de costumbres sociables. Pero resulta que los unos

no tienen cola, los otros viven por entre las grandes rocas, los hay totalmente diurnos, muchos son insectívoros e incluso omnívoros, llegando hasta el punto, al decir de los indígenas, de comerse un pájaro si éste se les pone a tiro; y finalmente, que suelen vivir aislados o, todo lo más, por parejas. (1)

El estudio de los restos de lemúridos subfósiles ha permitido establecer que, en una época muy reciente aún, sus formas y sus costumbres eran más variadas todavía. Los *Megaladapis,* de cráneo cóncavo como el del rinoceronte, y de enorme y descomunal mandíbula, eran verdaderos paquidermos arborícolas. Tan grandes como vacas, se izaban, ello no obstante, por los árboles con la ayuda de sus dedos, largos, prensiles y robustos. Los paleopropitecos jugaban el papel, en Madagascar, por convergencia, de un tipo de antropoide muy parecido al del gorila o al chimpancé al menos.

En cuanto al hadropiteco, era ya al mismísimo hombre al que este ser remedaba. Escuchemos ahora lo que dice al respecto el profesor C. Lamberton, de Tananarive, quien dedicó magníficos trabajos al estudio de la fauna subfósil de Madagascar:

«Su cabeza redonda, su cara larga y aplastada, su nariz casi recta y bien despegada del rostro, sus ojos, bastante juntos entre sí, su sínfisis del mentón, alzada, todo esto viene a dar a tal animal una apariencia no sólo simiesca sino hasta incluso algo humana.»

Dotado de miembros muy robustos, es muy posible que el hadropiteco se desplazase habitualmente por el suelo.

Existían también otros seres más discretos, pero no menos extraordinarios y de los que hemos encontrado sus restos. ¡Y cuántos más no habría, de los que aún hoy nada sabemos!

De momento, la descripción del *tretretretré,* del señor Flacourt, pierde ya todo su aspecto fantasmagórico: poco nos costaría admitir, con más o menos reservas, que tal descripción podría concordar con lo que sabemos del paleopropiteco, por ejemplo. Y esto nos induce a escuchar con mayor atención cuanto dicen los indígenas sobre animales que para nosotros son desconocidos.

Tal es el ejemplo de ese «tokandia» mencionado en un viejo adagio.

«El «tsomgomby» sigue derecho su camino, pero el «tokandia» avanza a saltos.»

Se trata, dice la leyenda, de un gran cuadrúpedo saltador, pero que también sabe trepar a los árboles, puesto que es precisamente en sus copas donde él vive. Su mugido no tiene nada de humano, pero, ¡ah!, es que además sabe también gritar con una auténtica voz de hombre.

¿Un gran cuadrúpedo arborícola? No ha debido ser por un puro azar

(1) Podemos decir, de manera general, que los lemúridos de tamaño reducido son nocturnos y viven en parejas, mientras que los de tamaño mayor son diurnos y viven en grandes grupos.

esto de que tal leyenda circule justamente en el único país en que otrora viviera el *Megaladapis*.

¿Y qué podemos pensar de los «kalanoro», los gnomos malgaches?

«Todas las tribus, cuenta el señor Raymond Decary, creen en la existencia de unos pequeños seres análogos a nuestros gnomos o enanitos. Sus nombres difieren según las regiones: *biby olona, kokolampo, kotokely*, etc. Los *kalanoro* son, me atreveré a decirlo, una especie o variedad anfibia. En los contornos del lago Aloatra, los *kalanoro* son tenidos por unas hembras, especies de náyades o de sirenas, cuyos largos cabellos les caen hasta la cintura. Habitan en el fondo de las aguas, en unos palacios encantados; se dedican, al parecer, a seducir a cuantos cruzan el lago en canoas o embarcaciones de todo tipo, así como a los pescadores de las orillas. Se las acusa también de raptar a los hijos de los hombres.

»Según las creencias de los betsileos, los *kalanoros* son, por el contrario, unos pequeños enanos terrestres no mayores de dos pies de altura, totalmente cubiertos de pelos y también, se me olvidaba decirlo, pertenecientes al género femenino. Están casadas estas diminutas hembras con otros enanos cuyo nombre colectivo es el de *kotokely;* habitan éstas en las grutas y duermen allí sobre lechos construídos con capullos de gusanos de seda. Sienten un desmesurado interés por los hijos de los hombres, por los cachorros humanos; acostumbran, guiadas por tal deseo, a raptar a estas tiernas criaturas, dejando en su lugar a sus propias crías. O sea que, en rigor de verdad, no hacen sino cambiar cachorros enanos por cachorros de hombres. Y a estos niños así raptados les hacen beber luego algunos extraños mejunjes que tienen la propiedad de impedir el crecimiento. Y estos seres así prohijados a la fuerza, reciben el nombre de *hijos de kalanoro*. En los medios rurales, cuando se produce un nacimiento, en una granja por ejemplo, todos los familiares del niño recién nacido le velan atentamente, día y noche a fin de impedir el referido "cambiazo". Allá por las inmediaciones del lago Kinkony, los *sakalava* tienen un concepto diametralmente distinto de los ya citados *kalanoro*. Son éstos, en su criterio, unos seres del sexo masculino que viven en los roquedales o en las orillas de las acequias. Su tamaño es descaradamente inferior a un metro; tienen largos cabellos y solamente tres dedos en cada pie. Poseen una dulce y atiplada voz de mujer; se alimentan de pescado y de cosas crudas y se pasean, por las tardes, por medio del campo. Si tenéis la mala suerte de encontraros con ellos, he aquí lo que pasará: Para empezar, se dirigirán a vosotros hablándoos tranquilamente como si fueran viejos amigos vuestros. Mientras charlan, y mientras os cautivan con la conversación, os irán llevando gradualmente, sin que os deis cuenta, hacia la orilla del lago. Instantes después, vuestro cuerpo habrá desaparecido; estos enanos os habrán llevado, queráis o no, a sus dominios situados allá abajo, en el mismo fondo de las aguas. En las zonas situadas más al norte, y siempre al decir de los indígenas, los *kalanoro* viven en los bosques y en las grutas y no tratan de perjudicar a los humanos si éstos no les molestan. Pero en tal caso ¡ah!; tienen los pequeños seres unas poderosas y afiladísimas uñas con las que bien fácilmente harán trizas al osado que intente capturarles. Su alimento principal es la leche y ésta la roban, en muchísimas ocasiones, de las granjas de los contornos. En suma, que grandes y pequeños temen a los *kalanoro;* pero, sobre todo, los niños puesto que los padres, todo hay que decirlo, suelen abusar del nombre de estos fabulosos seres a fin de que sus pequeños obedezcan y sean un poco más buenos y formales.»

Y todas estas leyendas, ingenuas y bonitas al mismo tiempo y que tan extendidas están por todo Madagascar, si bien con ligeras variantes, ¿carecerán por entero de fundamento? Tal cosa sería francamente extraña. Oigamos a este respecto la juiciosa opinión expresada por el profesor Lamberton:

«...El estado de frescor de los huesos hallados en la zona sudoeste, así como las condiciones de las vetas en que se encontraron, parecen indicar que los hadropitecos han debido vivir hasta una época más bien reciente, al menos en el país de los *bara*, con lo cual cabe preguntarse si la leyenda de los *kalanoro*, tan en boga aún en la región de Ankazoabo, no estará basada en tales seres. Según los rumores de los referidos *bara*, los *kalanoro* son unos pequeños hombrecillos de larga cabellera que parecen habitar aún en las selvas de la región, de las que tan sólo salen por las noches para dirigirse a los caseríos vecinos a fin de robar allí algunos alimentos. Corren y saltan estos enanos con una agilidad extraordinaria.

»Todo esto, parece concordar muy bien con lo que podemos imaginarnos de los hadropitecos. No parece así muy imposible que los indígenas que vivieron hace algunos siglos en aquellas zonas viesen tales animales; su recuerdo, deformado al pasar el tiempo, podrá haber acabado por transformarse en la leyenda objeto de nuestro estudio.»

Pero dado que algunas regiones de Madagascar continúan aún casi totalmente inexploradas, como por ejemplo, la reserva del Ambongo, donde se halla el macizo desértico de Isalo, y también los tres o cuatro millones de hectáreas de selva virgen que no han conocido aún la pisada del hombre blanco, ¿quién podrá afirmar con fundamentos ciertos que tales lemúridos gigantes no subsisten aún en nuestros mismísimos días? Yo creo que afirmar tal cosa sería una buena demostración de temeridad o de inconsciencia.

No olvidemos jamás el precedente del okapi, tan grande como un caballo: sus costumbres nocturnas le valieron a la perfección para guardar el incógnito.

¿UNGULADOS DESCONOCIDOS O LEMÚRIDOS ESPECIALIZADOS?

El señor Raymond Decary, que consagró abundantes páginas, muy documentadas por cierto, a los animales misteriosos del folklore malgache, es de la opinión que éstos son, en su mayor parte, puros mitos, aún cuando, en gran número de casos, «podamos hallar sus antecedentes en la existencia de subfósiles, hipopótamos, lemúridos gigantes, etc., que habitaban hace algunos siglos las selvas y las aguas de aquellas zonas, y cuyo recuerdo ha llegado hasta nuestros días, deformándose gradualmente y dando así nacimiento a toda una serie de creencias legendarias».

Pero hay también otros casos que, según el mismo autor, «pueden presentar muy bien una apariencia de realidad».

Cita en primer lugar al «habeby», al que los betsileo llaman «fotsiaon-

dré» o carnero blanco. Es éste un animal exclusivamente nocturno: algunos pretenden que se le puede divisar al claro de luna en las zonas inhabitadas y solitarias del macizo del Isalo. «Grande como un carnero, tiene, además, la pezuña hendida y el pelaje blanco con algunas manchas o motas de tono leonado o negro. Su hocico viene a ser alargado, sus orejas largas y velludas y los ojos grandes y muy abiertos.»

Hay quien le achaca instintos carniceros; otros, por contra, dicen que es vegetariano. Y esta última versión es la que, según el sentido común, parece tener más posibilidades de ser la cierta. Sabemos ya sobradamente con cuánta facilidad se achacan las costumbres más feroces a aquellos animales a los que se conoce mal o a los que, incluso, no se conoce casi.

¿Será realmente el «habeby» una especie de carnero? Yo lo dudo, francamente, puesto que los carneros, en sus distintas variedades, no tienen jamás hábitos nocturnos. Mas si fuese un miembro de tal familia, ¿no deberíamos entonces ver en él un morueco?, puesto que, que yo sepa, nadie ha hablado hasta ahora de que tal animal tenga cuernos.

Pero bueno será recordar también que dentro del gran grupo de los lemúridos se han dado casos muy curiosos de especialización. Quizá existan también algunas otras formas de las que hasta ahora, no tengamos ni la menor idea. Quién sabe si una rama de los lemúridos, evolucionando a la par de los *Megaladapis* y paralelamente a ellos, no habrá acabado por optar ya francamente, por las costumbres y la vida terrestre, más apropiadas también a su gran corpulencia. La cosa no tendría nada de extraordinario. Entre los mismos monos se han dado casos parecidos. ¿O es que acaso no hemos visto ya cómo los babuinos y otros cinocéfalos han renunciado por completo a la vida arborícola?

En lo que respecta al «habeby», creo muy significativo el detalle que nos dice que sus ojos están «muy abiertos». Este rasgo no tiene nada de particular en el caso de los ungulados, pero, en cambio, es un detalle típico, que llama en seguida la atención, entre los lemúridos. Concordaría así también esa costumbre de vivir de noche, tan característica igualmente de muchos de estos «pequeños fantasmas».

Esta vez es el almirante Flacourt quien nos da la descripción de otro animal enigmático de Madagascar:

«*Mangarsahoc* es un animal enormemente grande, cuyos pies son redondos como los del caballo y las orejas desmesuradamente largas; cuando este animal desciende por el flanco de una montaña, no puede casi ni ver, a causa de las tales orejas que le tapan así la cara; son tan largas y tan colgantes que tapan sus ojos por entero. Emite un grito raro y agudo, algo parecido al rebuzno de un asno. Yo creo, incluso, que bien pudiera tratarse de un asno salvaje.»

Cien años más tarde, en 1770, el conde de Modave situaba al animal en cuestión a una decena de leguas de Fort-Dauphin. He aquí lo que decía este aristócrata en su correspondencia inédita:

«Este animal es muy temido por los negros, quienes hacen, a su respecto, unas descripciones espantosas. En el fondo no debe ser sino un asno salvaje; se encuentran muchos en esta parte de la isla, pero hay que saberlos buscar por entre los bosques, ya que ellos no salen nunca de aquellas zonas deshabitadas y que son, además, difíciles de alcanzar.»

Hoy en día, según el señor Decary, se sigue aún hablando, en Anosy, de un animal llamado mangarisaoka (literalmente: aquel cuyas orejas le tapan la barbilla) y que no debe ser otro, claro está, sino el mismísimo mangarsahoc, del señor De Flacourt.

El eminente especialista de la fauna malgache se pregunta si será forzoso establecer una relación entre este animal y el tokantongotra, de las soledades meridionales de la isla, al que él llama «el primo hermano en los terrenos de lo hipotético». Su nombre significa, debidamente traducido, «pie único», o sea lo que nosotros definiríamos como «solípedo»; según parece, este curioso ser tiene algo, a la vez, de caballo y de asno.

«Quizás —escribe el señor Decary— será preciso ver en él la supervivencia de una antigua tradición, según la cual habrían existido antiguamente caballos salvajes en la parte sur.»

Finalmente, hemos tenido también conocimiento de que se ha hablado, en diversas ocasiones, de unos asnos salvajes que merodeaban por las selvas de Ankaizinaina, por las regiones de Bealanana y de Manirenjy. Se dice, incluso, que se han visto las huellas de sus pisadas. Este animal, aparentemente inofensivo (¡inofensivo ha de ser, si se trata realmente de un asno!) goza, sin embargo, de una detestable reputación entre los indígenas, quienes llegan a creer que su sola contemplación entraña ya un tremendo maleficio. Lo que es totalmente cierto es que el misterioso animal fué objeto, en 1936, de un informe manuscrito emitido por el administrador Bollon.

Es harto significativo que numerosos naturalistas estén dispuestos a creer a pies juntillas y a aceptar la presencia en Madagascar de un asno o de un caballo salvaje que no han logrado ver jamás, y del que no se ha hallado ni el menor rastro, mientras que tales hombres de ciencia se niegan de plano a considerar la posible supervivencia, en tales zonas, de algunos lemúridos de gran tamaño. Y digan lo que digan, estos últimos animales, con sus costumbres nocturnas, selváticas y hasta si se quiere algo fantasmagóricas, tendrían muchísimas más posibilidades de esconderse de nosotros que no unos cuadrúpedos de buena alzada. Item más: la reputación misteriosa de que gozan tales criaturas podría ser causa y origen, con más lógica y más sentido común, de esas aterradoras leyendas. Porque hasta ahora no se nos había presentado el caso de unos pobres borriquillos que gocen de tan mala fama...

En fin, que Madagascar no iba a ser la excepción de la regla.

Y vemos así, también cómo al estudiar su fauna los naturalistas siguen empecinados en sus ideas fijas negándose de plano a admitir todo

aquello que no esté de acuerdo, en principio, con sus teorías prefijadas y aceptando en cambio, con amplias tragaderas, lo que puede venir en ayuda de sus creencias. Y el origen de todo este comportamiento cerrado e inflexible habría que situarlo en una doctrina científica que, les guste o no, está acabada, pasada ya de moda: la de las Revoluciones del Globo, de nuestro ya viejo conocido Cuvier.

EL TIEMPO DE LOS GIGANTES HA TERMINADO

Con la leyenda del *railalomena,* hemos venido a recoger en Madagascar algo así como el eco de la existencia del «dragón congolés». Con la de los «kalanoro» ha llegado a nuestras manos una especie de reflejo de la de los «nittaewo» de Ceylán, de los «orang pendek», de Sumatra, y de los «agogwe», de Mozambique.

La Gran Isla posee, además, su «kongamato», alias «olitiau», bajo la forma de «fangalabolo», es decir, «el que agarra por los pelos», murciélago gigante que se lanza, al caer la noche, sobre los paseantes solitarios, les arranca el pelo por completo y les llena de heridas el rostro.

Madagascar cuenta también con su versión original del *bunyip* australiano o del *iemisch* patagón: es el *kavay* de las montañas de Ankaizinana, terror y azote de los tsimihety. Este animal acuático sale cautelosamente de las aguas y arranca los ojos de los viajeros imprudentes que andan solos, durante la noche, por tan inhóspitos parajes.

Finalmente, encontramos en el ámbito malgache la creencia en una hidra gigantesca, serpiente tricolor de siete cabezas, llamada «fanampitoloho», que nos trae a la memoria la serpiente arco iris de los australianos del «bush» y otros mitos similares. Cuando ese monstruo se alza sobre las aguas, sus cabezas llegan a tocar el cielo y las mareas y oleajes que provoca son capaces, según dicen, de destruir poblados enteros.

Salta a la vista, claro está, que el «fanampitoloho» no es más que una imagen poética destinada a personalizar o a dar cuerpo a las trombas que se elevan a veces sobre los grandes lagos tales como el Alaotra y el Itasy. Pero, ¿qué podremos decir que se esconde, en realidad, tras las leyendas malgaches a las que hemos pasado revista en el presente capítulo?

¿No es una cómoda solución esa de ver en todas ellas simples recuerdos, deformados por la tradición, de otros tantos animales subfósiles? ¿No es acaso una pena haber dejado pasar la ocasión de ver qué había de cierto, o de incierto, en todo ello? Quizá estos animales hayan ido muriendo paulatinamente en estos últimos siglos, mientras los hombres de ciencia, en lugar de ir a buscarlos, discutían inútilmente, dejándose llevar además por ideas preconcebidas y antañonas en sus controversias.

Si queda aún la más mínima esperanza de encontrar con vida *uno solo* de estos animales ignorados y misteriosos, uno solo aunque no sea más, será completamente insensato dejar pasar de nuevo tan única ocasión.

Es claro que bastantes de estos animales habrán ya desaparecido de sobre la faz de la tierra. Se habrán perdido, para siempre, para la Zoología. Pero esto no justifica el que nosotros vayamos a caer también en los mismos errores que criticamos ahora a los naturalistas que nos precedieron.

Por todo el mundo, la mayoría de las formas gigantes de todas las ramas o familias zoológicas, han ido desapareciendo, antes incluso de la llegada del hombre. Casi podríamos afirmar que estas muestras de gigantismo pertenecen, en exclusiva, al remoto pasado.

La Era Terciaria, ya lo hemos hecho constar antes, no vió nacer ningún tipo verdaderamente original, ninguna clase inédita de animales. Nuestra época no parece estar llamada tampoco a presenciar evoluciones de carácter sensacional. ¿Quiere decir esto que vivimos entre un mundo animal en franca decadencia? No, por completo. Pero el período de las grandes experiencias de la vida, de los ensayos múltiples, a menudo extravagantes y aun llamados al fracaso, parece estar completamente acabado. Las colecciones de paleontología nos hacen pensar en esas exposiciones retrospectivas de las antiguas máquinas voladoras o de las primeras locomotoras: una verdadera mina de rasgos de ingenio, pero llenos de imperfecciones y de errores incluso.

Bajo la acción de una despiadada selección, sólo las especies animales más flexibles, más capaces de adaptarse a las más variables condiciones, han logrado perpetuarse y llegar hasta nuestros propios días. Y estas solas son las que testimonian así una real y plena vitalidad. Los ratones y los hombres, las golondrinas y las moscas: ¡he aquí unos ejemplos característicos!

El tiempo ha venido a dar la consagración de la victoria a las líneas simples, a las formas equilibradas y armoniosas, a los tamaños medianos, a los pesos ligeros, a los tonos discretos: economía de masa, economía de fuerza, economía en todos los órdenes. La época de los gigantes ha concluído. Sobre la tierra, la razón del más grande no es ya la mejor.

Ocurre ahora que los titanes del Imperio de los anfibios, de los reptiles o de los pájaros, no son, en este mundo, sino simples excepciones. En cincuenta o cien años, los últimos mamíferos de gran tamaño —rinocerontes, elefantes, hipopótamos, búfalos, antílopes, ciervos, cebras, osos, leones y antropoides— habrán sin duda acabado su época. En todo caso, no se les encontrará ya más que en esos Museos del Arte Zoológico que son las Reservas naturales y los Parques nacionales.

ABOGUEMOS POR LOS MONSTRUOS

En Madagascar —por una serie de circunstancias privilegiadas— tenemos ante nuestros propios ojos, si así se puede decir, el desastroso final colectivo de la fauna gigante del ayer. Pero, desgraciadamente, no hemos sabido aprovechar esta ocasión única para enriquecer nuestros conocimientos. ¡Pero que ello nos sirva al menos de lección!

Digo esto, ya que sobre el mundo entero, refugiados en los rincones de más difícil acceso al hombre, se esconden aún numerosas formas gigantes o fantásticas. Los persistentes rumores, bien concisos a veces, de los que yo me he hecho eco en este libro, vienen a probar la certeza de mi aserto.

¿Vamos a dejar también que todos estos monstruos desaparezcan, se nos escapen de las manos, sin tratar siquiera de conocerlos? El hombre contemporáneo no puede estar tan embotado como para no tener tan siquiera interés en hacer un inventario actual de las riquezas y curiosidades de su propio planeta. Los espíritus de Aristóteles y de Plinio, de Gesner y de Aldrovandi, de Buffon y de Brehm, ¿no seguirán acaso iluminando la actuación presente de los especialistas de la Ciencia Zoológica?

De no ser así, habríamos de ver en ello un síntoma inquietante de decadencia intelectual. Pero yo, francamente, me niego a aceptar y a creer tal cosa. Sería un dato bien descorazonador.

Y en los momentos en que me hallo ya escribiendo los renglones finales de mi obra, empieza a asaltarme un auténtico remordimiento. Un remordimiento de haber llamado la atención, con gran alarde de tambores y trompetas, sobre los lugares donde se ocultan aún los animales desconocidos, los animales aun ignorados. Tengo, por consiguiente, algo de complejo de delator. Cuando uno hace balance de lo que han significado las matanzas llevadas a cabo por «el hombre de la carabina», de cómo ha sufrido por tal causa el mundo animal, se quitan automáticamente las ganas de contar a nadie dónde esos misteriosos animales tienen su madriguera.

Es un hecho cierto que los monstruos más terroríficos, tanto los evocados aquí como aquellos otros que aún desconocemos al cien por cien, no atacan jamás al hombre si no es para alimentarse con su carne o para defenderse de sus ataques o de sus intromisiones. El hombre es, digámoslo claro, el único ser que mata por el simple placer de matar (¿verdad que cuesta trabajo creerlo?), por el ansia de trofeos, por presumir, por sadismo, para probarse a sí mismo que es una especie de omnipotente destructor, para paliar o disimular tras esta cortina de humo su impotencia sexual o para obedecer a algunas supersticiones absurdas.

Por ello sería muy de desear que la Comisión Internacional para la Protección de la Naturaleza, a la que ya debemos tantas y tantas saludables iniciativas, dictara una serie de medidas preventivas, o de protección absoluta, en favor de los animales aun ignorados por la Ciencia, cuyo enorme interés no escapará ni tan siquiera al más profano.

Tan pronto como uno de estos seres desconocidos sea descubierto, todo un tropel de desocupados se lanzará a su captura para ver quién de entre ellos logra hacerse con mayor número de trofeos cinegéticos.

La historia nos ha demostrado ya con cuánta rapidez puede ser exterminada una especie por el hombre. Hace un siglo apenas que trabamos conocimiento con nuestro «primo» el gorila. Pues bien, a causa de las ignominiosas matanzas que contra él se han llevado a cabo —y a despecho de los esfuerzos que en su favor han hecho algunas instituciones— el caso es que muy pronto, así lo tememos, desaparecerá tal raza de sobre la faz de nuestra tierra, antes por tanto de que hayamos podido averiguar todo con respecto a sus costumbres, a sus hábitos y a sus instintos, que tan obscuros son aún para nosotros.

Mañana, tal vez, llegaremos a conocer algún otro de estos seres a los que hoy tan sólo vislumbramos: por ejemplo, el Hombre-de-las-Nieves que no es, sin duda, más que un gran mono tímido y de carácter dulce: o, ¿quién lo sabe?, a algún otro primate más humano aún si cabe, como el pequeño y simpático «agogwe» o el inaprehensible «orang pendek».

Mi deseo más sincero es, quiero hacerlo constar, que el descubrimiento de estos seres, o de otros análogos, no vaya seguido, ni de cerca ni de lejos, por ese cortejo indignante de cacerías y de matanzas.

¡Piedad para los monstruos!

Pero temo, francamente hablando, que los verdaderos monstruos no se hallen allá, en las regiones alejadas e inaccesibles, sino, por desgracia, entre nuestras mismas y propias filas.

F I N

BIBLIOGRAFÍA

Capítulo I

EL PEREZOSO GIGANTE DE LA PATAGONIA

Ameghino (Prof. F.). *Première notice sur le Neomylodon Listai, un représentant vivant des anciens édentés gravigrades fossiles de l'Argentine.* (La Plata, 1898; traduc. inglesa en «Natural Sciencie», 1898, núm. 81, pág. 324; traduc. alemana en «Naturwissensch. Rundschau», XIII, núm. 52, 1898.)

— *El mamífero misterioso de la Patagonia (Neomylodon listai), un sobreviviente actual de los Megaterios* («La Pirámide», I, págs. 51-63, 15 junio 1899 y págs. 83-84, 1.° julio 1899).

— (Tercera noticia) en Suplemento de la *Sinopsis geológica-paleontológica.* (Segundo Censo Nacional de la República Argentina, Buenos Aires, julio 1899.)

— *Grypotherium, nom de genre à effacer* (Comm. Mus. Buenos Aires, I, págs. 257-260, 1900).

Barrett-Hamilton (G. H. E.), *A portuguese parallel to Neomylodon listai* (Nat. Sci. XV, pág. 462, Londres, 1899).

Cuvier (G.), *Recherches sur les ossemens fossiles* (4.ª ed., VIII, (1), páginas 331-338; atlas II, pl. 217, fig. 1; París, 1836).

Cruz (L. de la), *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los Peguenches,* etc. (en Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de La Plata, ilustrados con notas y disertaciones, por Pedro de Angelis, t. I, 3, págs. 24-25, Buenos Aires, 1836-1837).

Dobrizhoffer (M.), *Geschichte der Abiponer* (I. Theil., págs. 404-406, Kurzbek, Viena, 1783).

Falkner (T.), *Description des terres magellaniques et des pays adjacens* (I, págs. 99-102, F. Dufart, Ginebra y Hotel Landier, París, 1787).

FEBRES (A.), *Arte de la lengua general del reyno de Chile* (Lima, 1765).
GALLARDO (A.), *Anales de la Soc. Cient. Argentina*, XLVIII, págs. 340-346, 5 noviembre 1899.
GARRIGA (Don J.), *Descripción del esqueleto de un cuadrúpedo muy corpulento y raro que se conserva en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid* (Prólogo, Madrid, 1796).
GAUDRY (A.), *Sur le Neomylodon et la Grotte de Glossotherium (Neomylodon)* (C. R. Acad. Sci. París, t. 129, 1899).
GAY (C.), *Historia física y política de Chile* («Zoología», t. I, París y Chile, 1847).
GESNER (C.), *Historia animalium* (Tiguri, 1551).
— *Icones animalium* (Tiguri, 1553).
HAUTHAL (R.), *Reseña de los hallazgos en las caverras de Ultima Esperanza* (en *El mamífero misterioso de la Patagonia*, I, «Revista del Museo de La Plata», I, págs. 411-420, agosto de 1899).
— *Quelques rectifications relatives au Grypotherium de la Caverne Eberhardt* (Comunic. Mus. Buenos Aires, I, págs. 241-252, 1900).
— *Die Haustiereigenschaft des Grypotherium domesticum Roth, die Glacialverhältnisse bei Ultima Esperanza und die Berechtigung des Namens Grypotherium domesticum* (Globus, Bd. 78, núms. 21-22, 8, páginas 333-338 y 357-360, diciembre 1900).
KRAGLIEVICH (L.), *Contribución al conocimiento del Mylodon darwini Owen y especies afines* (Rev. Museo de La Plata, IX, págs. 255-292, 1934).
LEHMANN-NITSCHE (R.), *Coexistencia del hombre con un gran desdentado y un equino* (en *El mamífero misterioso de la Patagonia*, III, Revista del Museo de La Plata, IX, págs. 454-472, agosto 1899).
— *Der Mensch und das Grypotherium in Sud-Patagonien* («Ver. Ges. deutsch-Naturf.», págs. 129-131, 1800; o Bol. Mus. París, pág. 343, 1901).
— *Zur Vorgeschichte der Entdeckung vom Grypotherium bei Ultima Esperanza* («Naturwissenchaft. Abhandl. Heft.», 29, 1901, o «Nat. Wochenschrift», XV, Bd. 33, 35, 36, 48; 1900).
— *La pretendida existencia actual del Grypotherium* (Rev. Mus. La Plata, págs. 269-279, 1902).
LISTA (Don R.), *La Patagonia austral* (Complemento del *Viaje al país de los Tehuelches*, págs. 53-54, Buenos Aires, 1879).
— *Vocabulario Tzoneka o Tehuelche* (Revista de la Sociedad Geográfica Argentina, tomo III, págs. 334-335, 1885).
— *Fragmento del segundo viaje a los lagos del Payne (Andes Australes)* (Anales de la Soc. Científica Argentina, tomo XXXXI, pág. 336, 1896).
LÖNNBERG (E.), *On some remains of Neomylodon listai Ameghino, brought home by the Swedish Expedition of Tierra del Fuego, (1865-1897)* (Wissensch. Ergebn. schwedisch. Exped. Magallansländ. unter Leitung von Otto Nordenskjöld, vol. II, págs. 149-170, 1899).
LOZANO (P.), *Historia de la conquista del Paraguay, Río de La Plata y*

Tucumán (1740-1746) (Ed. Lamas, págs. 285-286, Buenos Aires, 1873).

MERCERAT (A.), *Sur le Neomylodon listai Ameghino* (Comunic. Mus. Nac. Buenos Aires, I, 5 diciembre 1899).

MOORE (S.), *Sur l'analyse des excréments du Mylodon* (Brit. Assoc. for the Advancement of Sci., Meeting of Dover, 1899).

MORENO (F. P.), *Viaje a la Patagonia Austral emprendido bajo auspicios del Gobierno Nacional 1876-1877* (T. I., pág. 395, Buenos Aires, 1875).

MORENO (F. P.) y WOODWARD (A. S.), *On a portion of Mammalian skin, named Neomylodon listai, from a cavern near Consuelo Cove, Last Hope Inlet, Patagonia* (with a description of the specimen by A. Smith Woodward) (Proc. Zool. Soc. Londres, págs. 144-156, 1899).

MUSTER (Capitán G. C.), *At home with the Patagonians* (pág. 99, Londres, 1871, o 2.ª ed., págs. 104-105, 1873).

NEHRING (A.), *Einige Bemerkungen über die Hausthierqualität des Grypotherium domesticum aus Süd-Patagonien* (Globus, Bd. 77, núm. 4, págs. 61-62, 27 enero 1900).

NORDENSKJÖLD (E.), *Neue Untersuchungen über Neomylodon listai* (Zool. Anz. XXII, págs. 335-336, Leipzig, 1899).

— *Iakttagelser och fynd i grotter vid Ultima Esperanza i Sydvestra Patagonien* (Svenska Ak. Handl. XXXIII, núm. 3, 24, pág. 7, pl., 1900).

ROTH (Profesor S.), *Descripción de los restos encontrados en la Caverna de la Última Esperanza* (en *El mamífero misterioso de la Patagonia*, II, Revista del Museo de La Plata, IX, págs. 421-453, agosto 1899).

RUSCONI (C.), *La supuesta existencia de milodontes en la Patagonia Austral (Milodon listai)* (Rev. Mus. Hist. Nat. Mendoza, 3, págs. 252-264, 1949).

THÉVET (A.), *Les Singularitez de la France antarctique, autrement nommée Amérique et de plusieurs terres et isles découvertes de nostre temps* (Herederos de Maurice de La Porte, París, 1558).

TORCELLI (A. J.), *Obras completas y correspondencia científica de Florentino Ameghino* (Impres. ofic., págs. 1-543, La Plata, 1936).

TOURNOUËR (A.), *Sur le Neomylodon et l'animal mystérieux de la Patagonie* (C. R. Acad. Sciences de París, 14 enero 1901).

WOODWARD (A. Smith), *The supposed existing Ground-Sloth of Patagonia* (Nat. Science, XV, págs. 351-354, Londres, 1899).

— *On some remains of Grypotherium (Neomylodon) listai and associated Mammals from a cavern near Consuelo Cove Last Hope Inlet, Patagonia* (Proc. Zool. Soc. Londres, págs. 64-79, 1900).

Capítulo II

LA ANACONDA GIGANTE Y OTRAS «SERPIENTES DE MAR» CONTINENTALES

Amaral (A. do), *Serpentes gigantes* (Bol. Mus. Paraense Emilio Goeldi, 10, págs. 211-237, 1949).

Angel, *Vie et mœurs des Serpents* (págs. 54-56, Payot, París, 1950).

Browne (J.), *Narrativa impressionadora dos extraordinarias aventuras e soffrimentos de seis desertores da artilharia de guarniçao de S. Helena, no anno 1779, realizado sob juramento perante, um Conselho de Investigaçao reunido em Santa Helena, a 12 de Dezembro de 1801* (impr. en Londres en 1802 para J. Smeeton por J. Lee, propietario de la obra, a quien se la vendió R. S. Kerby).

Curran (Ch.) y Kauffel (C.), *Les Serpents* (págs. 187-188, Payot, París, 1951).

Fawcett (Coronel P. H.), *Exploration Fawcett* (Hutchinson, Londres, 1953).

Gardner (G.), *Travels in the interior of Brazil, principally through the Northern provinces and the gold and diamond districts, during the years 1836-1841* (Reeve Bros, Londres, 1846).

Gautron (Conde G.), *La vérité sur le Grand Serpent de mer* (L. Girieud, Rouen, 1905).

Lacépède (E. de), *Histoire naturelle des quadrupèdes ovipares et des serpents* (págs. 310-316, Duméril, París, 1836).

Marcellin (L.), *Les Monstres de la légende ont-ils existé? Serpents géants* («Chasseur français», Saint-Etienne, mayo 1935).

Taunay (A. de E.), *Monstros e monstregos do Brasil* (Rev. do Museu paulista, 21, págs. 911-1044, 1937).

Verril (A. Hyatt), *Mœurs étranges des reptiles* (págs. 72-81, Payot, París, 1943).

Wavrin (Marqués de), *Les bêtes sauvages de l'Amazonie* (Payot, París, 1951).

Capítulo III

EL MONO ANTROPOIDE DE LA SIERRA DE PERIJA

Bancroft (Dr. E.), *An essay on the natural history of Guiana* (London, T. Beckat y P. A. de Houdt, 1769).

Brccar (Prof. N.), *Ameranthropoides dogsi, gli Atelini e l'importanza della morfologia cerebrale nella classificazione della scimuire* (Arck. Antr. e Etnol., Firenze, vol. 73, págs. 1-113, 1943).

Bennejeant (Dr. C.), *Anomalies et Variations dentaires chez les Primates* (P. Vallier, Clermont-Ferrand, 1936).

Bierens de Haan (J. A.), *Werkzeuggebrauch und Werkzeugherstellung bei einem niederen Affen (Cebus hypoleucus Humb.)* (Zeitschr. f. vergleich. Physiol. Berlín, XIII, págs. 640-695, 1931).

Boulenger (E. G.), *Les Singes* (págs. 154-156, Payot, París, 1937).

Courteville (R.), *Avec les Indiens inconnus de l'Amazonie* (págs. 156-164, Amiot-Dumond, París, 1951).

Gosse (P. H.), *The Romance of Natural History* (págs. 280-281, Nisbet y Cía., Londres, 1861).

Honoré (F.), *Un nouveau singe à faciès humain* («L'Illustration», París, 13 abril 1929).

Hooton (E. A.), *Up from the Ape* (Macmillan, New York, 1946).

Humboldt (A. de), *Voyage aux regions équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 par Al. de Humboldt et A. Bonpland* (F. Schoell [N. Maze, J. Smith y Gide hijo] 1814-1825).

Joleaud (Prof. L.), *Remarques sur l'évolution des Primates sud-américains, à propos du grand singe du Vénézuela* (Revue scientifique, páginas 269-273, 11 mayo de 1929).

Keith (Sir A.), *The alleged discovery of an Anthropoid Ape in South America* (Man, Londres, 29, págs. 135-136, 1929).

Keymis (Laurence), *A relation of the second voyage to Guiana, performed and written in the year 1596* (Londres, 1596).

Lane (F. W.), *Nature Parade* (Jarrolds, Londres, 1949).

Loys (F. de), *A Gap filled in the Pedigree of Man?* (Illust. London News, 15 junio 1929).

Montandon (Prof. G.), *Découverte d'un singe d'apparence anthropoïde en Amérique du Sud* (Diario de la Soc. de Americanistas de París, N. S. T. 21, 1929).

— *Singe d'apparence anthropoïde en Amérique du Sud* (C. R. Sesiones Acad. Ciencias, París, 11 marzo 1929).

— *Précisions relatives au grand singe de l'Amérique du Sud* (Archivo zool. ital. Turín, 14, págs. 441-459, 1930).

Raleigh (Sir W.), *The discoverie of the empire of Guiana with a relation of the city of Manoa (which the Spaniards call El Dorado) and of the provinces of Emeria, Arromaia, Amapyra, etc., performed in the year 1595* (Londres, 1596).

Rioja (E.), *El hallazgo en Venezuela de un mono platirrhino en apariencia anthropoide* (Conf. Res. Cient. R. Soc. Esp. Hist. Nat. Madrid, 4, págs. 119-121, 1929).

TAUNAY (A. de E.), *Monstros e monstregos do Brasil* (op. cit.).
URBAIN (Prof. A.) y RÓDE (Dr. P.), *Les Singes Anthropoïdes* (Colec. «Que sais-je?», págs. 34-36, Press. Univ. France, París, 1946).
WAVRIN (Marqués de), *Les bêtes sauvages de l'Amazonie* (op. cit.).

CAPÍTULO IV

EL MAMUT, COLOSO VELLUDO DE LA TAIGA

FURON (Prof. R.), *La Paléontologie* (págs. 232-241, Payot, París, 1951).
GALLON, *Mammouths* (Le Saint-Hubert, octobre 1946).
HILZHEIMER (M.), *Wie hat das Mammut ausgesehen?* (Aus d. Natur, Stuttgart, 5, págs. 455-463, 1909).
— *Das Mammut, die allmählich wachsende Kenntnis von seinem Aussehen* (Mit. e. Rekonstruktionsversuch) (Natur. Leipzig, págs. 398-403 y 413-417, 1912).
JOCHELSON (W.), *Some notes on the traditions of the native of North-Eastern Siberia about the Mammoth* (Amer. Nat. Lancaster Pa., 43, págs. 48-50, 1909).
LEROI-GOURHAN (A.), *Le Mammouth dans la zoologie des Eskimos* (La Terre et La Vie, París, julio 1935).
LEY (W.), *Dragons in amber* (págs. 96-126, Viking Press, New-York, 1951).
MARMET (M.), *A la recherche des traces des derniers mammouths* (Science et Vie, t. LXXVII, núm. 388, París, marzo de 1950).
NEUVILLE (H.), *On the extinction of the Mammoth* (Washington, 1921).
OSBORN (H. F.), *The romance of the Woolly Mammoth* (Nat. Hist. New-York, 30, págs. 227-241, 1930).
PECCADEAU DE L'ISLE, *Notice sur les objets sculptés et gravés des temps pré-historiques trouvés à Bruniquel* (Revue archéologique, 1868).
PFIZENMAYER (E. W.), *Les Mammouths de Sibérie* (Payot, París, 1939).
SANDERSON (I. T.), *Animal Tales* (Knopf, New-York, 1946).
TOLMACHOFF (I. P.), *The carcasses of the Mammoth and Rhinoceros found in the frozen ground of Siberia* (Trans. Amer. Phil. Soc. Filadelfia, 23, pt I, 1929).

CAPÍTULO V

EL LEÓN-LEOPARDO, EL ELEFANTE-HIPOPÓTAMO Y OTROS BASTARDOS

NEUVILLE (H.), *Sur le mimétisme sexuel de l'Hyaena crocuta* (Mammalia, París. t. I, núm. 2, diciembre 1936).

Gorila

FORD (Dr. C. S.) y BEACH (Dr. F. A.), *Panorama du Comportement sexuel* (págs. 156-160, Self, París, 1952).
MILLER (G. S.), *Some elements of sexual behaviour in primates, and their possible influence on the beginnings of human social development* (Journal of Mammalogy, Baltimore, vol. IX, págs. 273-293).
ONSLOW (J.), *Enlèvement d'une jeune fille par un gorille, histoire reçue d'un explorateur par feu le Rév. Dr. Livingstone, le célèbre voyageur* (C. W. Alexander, Filadelfia, 1867).
PHILLIPPS (T.), *Gorilla and Man* (Man, Londres, 28, pág. 38, 1928).
URBAIN (Prof. A.) y DEKEYSER (P. L.), *Le Gorille* (Naturalia, París, número 3, pág. 17, diciembre 1953).
YERKES (Prof. M.), *The mind of the gorilla* (III Memory Comparat. Psychol. Monogr., vol. V, págs. 68-69, 1928).
ZUCKERMANN (Dr. S.), *La vie sexuelle et sociale des singes* (Collec. L'Avenir de la Science, Gallimard, París, 1937).

León moteado

DOWER (K. G.), *The spotted lion* (pág. 332, William Heinemann, Londres, Toronto, 1937).
FLETT (G.), *Spotted lion* (Field, Londres, 193, pág. 76, 15 enero 1949).
FORAN (W. R.), *Legendary spotted lion* (ibid., 196, pág. 535, 30 septiembre 1950).
FRECHKOP (Dr. S.), *Exploration du Parc National Albert. Mission S. Frechkop (1937-1938)* (Fasc. I. Mammifères, págs. 66-78, Institut des parcs nationaux du Congo belge, Bruxelles, 1943).
HAMILTON-SNOWBALL (G.), *Spotted lions* (Field, Londres, 192, pág. 412, 9 octubre 1948).
PITMAN (Tte. Coronel C. R. S.), *A game warden among his charges* (Nisbet and Co., Londres, 1931).
POCOCK (R. I.), *Note on the Spotted lion of the Aberdares* (en K. G. Dower, *The Spotted lion*, op. cit., págs. 317-321).
POLLARD (J. R. T.), *Spotted lions* (Field, Londres, 192, pág. 553, 13 noviembre 1948).

CAPÍTULO VI

EL OSO NANDI, TERROR DEL ESTE AFRICANO

COURTNEY, (R.), *Pleine Brousse* (Hachette, París, 1949).
CANSDALE (G. S.), *Animals of West Africa* (Longmans Green, Londres, Nueva York, Toronto, 1951).

FOSSATI (L.), *La Mellivora (Mellivora capensis) abyssinica* (Natura, Milán, 29, págs. 36-41, 1938).
HICHENS (Capitán W.), *Undiscovered animals* (Chamber's Journal, Edimburgo, noviembre 1927).
— *African mystery beasts* (Discovery, Londres, págs. 369-373, diciembre 1937).
HICKES (G. W.), *Notes on the unknown beast on the Magadi railway* (Diario del Africa del Este y de Uganda Nat. Hist. Soc., III, núm. 5, páginas 53-54, 1912).
HOBLEY (C. W.), *On some unidentified beasts* (Diario del África del Este y de Uganda. Nat. Hist. Soc. III, núm. 5, págs. 48-52, 1912).
— *Unidentified beasts* in *East Africa* (Ibid., IV, núm. 7, 1913).
LANE (F. W.), *Nature Parade* (op. cit.).
LYDEKKER (R.), *Description de Mellivora cottoni* (Proc. Zool. Soc. Londres, I, pág. 112, 1906).
MATHIS (J.), *Un blaireau féroce* («Chasseur français», núm. 668, octubre 1952).
PERCIVAL (A. B.), *The Chemosit* (Diario Africa del E. y Uganda, Nat. Hist. Soc. IV, págs. 127-128, 1906).
PITMAN (Tte. Coronel C. R. S.), *A Game Warden among his charges* (Nisbet and Co., Londres, 1931).
— *A Game Warden takes stock* (ib., 1942).
POCOCK (R. I.), *Description of a new form of Ratel (Mellivora) from Sierra Leone, with notes upon the described forms of this genus* (Proc. Zool. Soc. Londres, I, págs. 394-398, 1901).
— *The story of the «Nandi bear»* (Nat. Hist. Mag. Londres, 2, pág. 162-169, 1930).
RITCHIE (A. T. A.), *Colony and Protectorate of Kenya, Game Departament annual report, 1932, 1933 and 1934* (Government Printer, Nairobi, 1935).
WELCH (E. D.), *On change of colour in a specimen of Mellivora ratel living in the Society's Gardens* (Proc. Zool. Soc. Londres, págs. 889-891, 1909).
WILLIAMS (G.), *An unknown animal on the Uasin gishu* (Journ. E. Africa and Uganda Nat. Hist. Soc. II, núm. 4, 1912).

CAPÍTULO VII

«MNGWA», EL EXTRAÑO ANIMAL

HICHENS (Capitán W.), *Undiscovered animals* (op. cit.).
— *Africa mystery beasts* (op. cit.).
LANE (F. W.), *Nature Parade* (op. cit.).
STEERE (E.), *Swahili tales* (Soc. f. promoting, Christian Knowledge, Londres, 1889).

Capítulo VIII

«AGOGWE», LOS ENANOS VELLUDOS DE MOZAMBIQUE

Gorilas desconocidos

Blancou (L.), *Notes sur les Mammifères de l'Equateur africain français: le Gorille* (Mammalia, París, t. XV, núm. 4, págs. 143-152, 1951).

Chaillu (P. du), *Voyages et aventures dans l'Afrique équatoriale* (páginas 304 y 405, París, 1863).

Frechkop (Dr. S.), *Exploration du Parc National Albert. Mission Sr. Frechkop (1937-1938)* (Fasc. I. Mammifères, págs. 11-24, Bruselas, 1943).

Gatti (A.), *Msitu, la forêt* (Berger-Levrault, París, 1948).

Hartmann (R.), *Der Dresdener Gorilla Mafuca (irrthümlich dafür gehalten, in Wirklichkeit ein Chimpanze* (Correspondenzblatt d. deutschen Gesell. f. Anthrop., págs. 18-19, 1876).

Meyer (A. B.), *On alleged hybrids between Gorilla and Anthropopithecus* (Zoologischer Garten, págs. 231-236, 1881).

Raingeard (Dr.), *Note sur un anthropoïde africain: le Koula-Nguia* (Mammalia, París, II, núm. 2, pl. X, págs. 81-83, 1938).

Schwarz (Dr. E.), *A propos du Koula-Nguia* (ibid., III, núm. 2, págs. 57-58, 1939).

Trial (G.), *Le Roman du Gorille* (Introducción, Gallimard, París 1936).

Los enanos velludos del Africa Oriental

Broom (R.), *Les origines de l'Homme* (Payot, París, 1934).

— *Finding the missing link* (Watts and Co., Londres, 1950).

Courtney (R.), *Pleine Brousse* (Hachette, París, 1949).

Eiseley (L. C.), *Man's rivals are waiting* (Harper's Magazine, septiembre 1949).

Geikie (J. G.), *Sur les pygmées néolithiques et leur influence sur la légende des gnomes* (Scottish Geogr. Mag. septiembre 1897).

Hichens (Capitán W.), *Undiscovered animals* (op. cit).

— *African mystery beasts* (op. cit.).

Kollmann (J.), *Die Pygmäen und ihre systematische Stellung innerhalb des Menschengeschlechts* (Verh. naturforsch. Gesellsch. in Basel, XVI, 1902).

Lane (F. W.), *Nature parade* (op. cit.).

Zuckermann (S.), *La vie sexuelle et sociale des singes* (op. cit.).

Capítulo IX

EL DRAGÓN QUE AÚN ESPERA SU SAN JORGE

*** *Mouster lizard of Central African swamps* («Rhodesia Herald», 15 julio 1932).

Alluaud (C.), *Complément à la comunication de M. Racovitza sur le Grand Serpent de mer* (Bull. Soc. Zool. France, pág. 31, París, 1903).

Bölsche (W.), *Drachen* (Kosmos-Bäudchen, Stuttgart, 1929).

Boxberger (L. von), *Ein unent dedates Grostier in Innerafrika?* (Die Umsckau, 1939).

Bronson (E. B.), *In closed territory* (págs. 131-133, Mac Clurg and Co., Chicago, 1909).

Colbert (E. H.), *The Dinosaur Book* (Amer. Museum of Nat. Hist. New-York, pág. 156. Man and nature publications, Handbook, n.° 14, 1945).

Hagenbeck (C.), *Von Tieren und Menschen* (Neue wohlfeile Ausgabe, Vita, Deutsches Verlagshaus, 1909).

Hichens (Capitán W.), *African mystery beasts* (op. cit.).

Hobley (C. W.), *On some unidentified beasts* (Diario de África del Este y Uganda, Nat. Hist. Soc. III, núm. 5, págs. 48-52, 1912).

— *Unidentified beasts in East Africa* (ibid., IV, núm. 7, 1913).

Horn (A. A.) y Lewis (E.), *Trader Horn, the Ivory Coast in the Earlies* (J. Cape, Londres, 1936).

Jackson (H. C.), *The Nuer of the Upper Nile Province* (Apendice A. Sudan Notes and Records, 6, págs. 187-189, Khartoum, 1923).

Johnston (Sir H.), *The Uganda Protectorate* (T. I., pág. 79, Londres, 1902).

Koldewey (Prof. R.), *Das Ischtar-Tor in Babylon* (J. C. Hinrichs, Leipzig, 1912).

Krumbiegel (Dr. J.), *Was ist die «Lowe des Wassers»?* (Kosmos, pág. 143, 1947).

Lane (F. W.), *Nature parade* (op. cit.).

Ley (W.), *The lungfish, the dodo and the unicorn* (Chapter: *The dragon of the Ishtar gate*) (Viking Press, New-York, 1948).

— *Congo Dragon* (Animal Life, vol. I, núm. 1, Jersey City, diciembre 1953).

Millais (J. G.), *Far away up the Nile* (Longmans Green and Co., Londres, 1924).

Monard (A.), *Sur l'existence en Angola d'un grand reptile encore inconnu* (Bull. soc. neuchâteloise, Sc. nat. T. 57, págs. 67-71, 1932).

Nolde (J. von), *Der coje ya menia* (Deutschen Kolonialzeitung, Jhr. 51, 1939).

SANDERSON (I. T.), *There could be Dinosaurs* (Saturday Evening Post, 3 enero 1948).
SCHOMBURGK (H.)., *Wild und Wilde im Herzen Afrikas* (Fleischel Co., Berlín, 1910).
— *Meine Freunde im Busch* (Freiheitsverlag, Berlín, 1936).
WILFARTH (M.), *Leben heute noch Saurier?* (Prisma, octubre 1949).

CAPÍTULO X

«KONGAMATO», EL ÚLTIMO DRAGÓN VOLADOR

MELLAND (F. H.), *In witchbound Africa* (Londres, 1923).
PERCIVAL (A. Blayney), *A game-ranger on safari* (pág. 241 y sigs., Londres, Nisbet y Co., 1928).
PITMAN (Tte. Coronel C. R. S.), *A game warden takes stock* (op. cit., páginas 202-203).
SANDERSON (I. T.), *Animal Treasure* (Macmillan, Londres, 1937, o Cadmus Books, E. M. Hale Co., Chicago, 1937).
SMITH (Prof. J. L. B.), *Old Fourlegs: the story of the Coelacanth* (página 189, Londres, Longmans Green and Co., 1956).
STANY, *Loin des sentiers battus*, IV: *Douze femmes* (Capítulo IX: *Nzaké*, págs. 217-232, La Table Ronde, París, 1935).
WIMAN (Prof. C.), *Ein Gerücht von einem lebenden Flugsaurier* (Natur Museum, 58, págs. 431-432, 1928).

CAPÍTULO XI

TRETRETRETRÉ, VURUPATRA y COMPAÑÍA

DECARY (R.), *La Faune malgache, son rôle dans les croyances et les usages indigènes* (págs., 203-208, Payot, París, 1950).
FLACOURT (Almirante E. de), *Histoire de la grande isle Madagascar* (J. Hénault, París, 1658).
GRANDIDIER (A.), *Histoire physique, naturelle et politique de Madagascar* (*Mamíferos*, en colaboración con G. Grandidier, H. Filhol y A. Milne-Edwards, 1875-1897; *Pájaros*, en colaboración con A. Milne-Edwards, 1879).

Aepyornis

CAUDERAY (H.), *Étude sur l'Aepyornis* (Oiseau, París, N. S. I., págs. 624-644, 1931).

DECARY (R.), *La Faune malgache, son rôle dans les croyances et les usages indigènes* (págs. 54-57, op. cit.).

DIDIER (R.), *Sur les Aepyornis* (Revista francesa de ornitología, 7, páginas 11-13, 1915).

FURON (R.), *La Paléontologie* (págs. 198-199, Payot, París, 1951).

MONNIER (L.), *Les Aepyornis* (Anal. de paleont., París, vol. VIII, páginas 125-172, 1913).

Lemúridos subfósiles

GRANDIDIER (G.), *Description de l'Archaeolemur robustus, nouvelle espèce de Lémurien subfossile de Madagascar* (Bol. Mus. Hist. Nat. 6, pág. 323, París, 1900).

— *Sur les Lémuriens subfossiles de Madagascar* (C. R. sesiones Acad. Ciencias, París, 28 mayo 1900).

— *Observations sur les Lémuriens disparus de Magadascar* (Bol. Mus. Hist. Nat., núms. 7 y 8, París, 1902).

— *Recherches sur les Lémuriens disparus* (Masson, París, 1905; Nuevos Archivos del Museo, 4.ª serie, t. VIII, París, 1905).

— *Un nouvel exemple d'extinction de formes animales géantes voisines d'espèces actuelles* (C. R. sesiones Acad. Cienc. t. 154, pág. 399, París, 5 febrero 1912).

LAMBERTON (C.), *Contribution à la connaissance de la faune sufossile de Madagascar: Lémuriens et Ratites* (Mem. Acad. malgache, fasc. 17, 1934, y fasc. 27, 1939).

— *Les Hadropithèques* (Bol. Acad. malgache, t. XX, págs. 127-170, 1937).

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Núm.		Pág.
1.	Tamándoa, u oso hormiguero...	10
2.	Reconstrucción del megaterio...	14
3.	Pangolín de Asia	20
4.	Un trozo de cuero del «Mylodon», en el que pueden observarse aún los pelos y los pequeños nódulos óseos dérmicos.	22
5.	Plano de la cámara de la Cueva Eberhardt, donde fueron halladas las pieles enrolladas del «Mylodon»	29
6.	Ingenua representación del «su» o «succarath», según el Padre André Thévet (1558)	50
7.	Retrato de «Ai» (según una reciente acuarela de I. Cooper).	51
8.	Encuentro del Mayor Percy Fawcett con la anaconda gigante de 19 metros (según un dibujo hecho por su hijo Brian).	59
9.	Reconstrucción del «Glyptodon», armadillo gigante de 3,50 metros de largo	80
10.	El capuchino —tipo de mono de fosas nasales separadas (platirrino)— del Nuevo Mundo	89
11.	Ateles, o mono-araña del Brasil	90
12.	Comparación entre la forma y la estructura de una cara de amerantropoide y el pitecántropo (según la reconstrucción muy humanizada de von Koenigswald, 1938).	95
13.	Comparación entre el perfil de un ateles (arriba) y el de un mono capuchino (abajo)...	96
14.	«Uakarí calvo», mono sudamericano de cola muy reducida	102
15.	Efigie de mamut, esculpida en asta de reno y encontrada en Bruniquel (Tarn-et-Garonne) en 1868	112
16.	Cabeza de morsa macho	116
17.	Representación fantástica del mamut, recogida en Rusia por el barón Kagg, en 1772	117
18.	Rinoceronte lanudo, dibujado en la pared de la caverna de Font-de-Gaume (Dordoña) (según el abate Breuil)	120

Núm.		Pág.
19.	El mamut, tal y como era realmente	126
20.	Dibujo hallado en la gruta de Eyzies (Dordoña), representando un mamut	129
21.	Mamut de la caverna de Font-de-Gaume (según el abate Breuil)	132
22.	Antigua representación de la jirafa (según Aldrovandi, siglo XVI)...	148
23.	Gorila de las montañas	155
24.	«Welwitschia mirabilis», una auténtica reliquia vegetal del Secundario, confinada en una franja costera del Sudoeste de África	157
25.	Elefante de los bosques comparado con un elefante de la sabana, de tamaño bastante superior. Obsérvese la distinta forma de las orejas...	160
26.	Huella del «extraño animal» hallada y dibujada por el señor Schindler en la milla n.° 74 de la línea del ferrocarril de Magadí	176
27.	Huella de una pata de león, reducida a la mitad	186
28.	Huella de una pata de hiena moteada reducida a la mitad	187
29.	El oricteropo o «aardvark» (cerdo de tierra) de los boers del Transvaal...	194
30.	Reconstitución de un babuino gigante	202
31.	Ratel o tejón mielero	213
32.	Esta representación antigua del chimpancé —según Tyson, 1699— nos hace pensar irremediablemente en una reconstitución actual del australopiteco	243
33.	Reconstrucción del australopiteco, según Roy Chapman Andrews (1945)	247
34.	Silueta de una víbora rinoceronte del Gabón	259
35.	Escultura en madera representando una cabeza de «lau», obra de un artista indígena del Iramba (fotografía del capitán W. Hichens)	264
36.	Un dinosaurio corredor y carnívoro: el tiranosaurio	272
37.	Hipotética representación del dragón de África Central, basada en el conjunto de los testimonios recibidos a este respecto	281
38.	Silueta del varano de Australia, en la que podemos apreciar la notable longitud de su cuello	284

Núm. Pág.

39. Reconstrucción de un iguanodonte, dinosaurio corredor y herbívoro ... 288
40. Reconstrucción del pterodáctilo ... 296
41. Dragón volador de Indo-Malasia ... 299
42. Reconstrucción del «Rhamphorhynchus» ... 301
43. Cabeza de bermejizo o zorro volador ... 309
44. Cabeza de «Hypsignathus monstruosus» o bermejizo con hocico en forma de martillo ... 310
45. Cabeza de megadermo ... 311
46. Huevo de «Aepyornis» comparado con los de avestruz, gallina y pájaro-mosca (por orden decreciente de tamanos) ... 319
47. El indri, el mayor de los lemúridos conocidos hasta nuestros días ... 321

ÍNDICE DE MAPAS

América del Sur ... 6
Siberia ... 110
Africa tropical ... 146
Madagascar ... 314

INDICE DE ILUSTRACIONES FUERA DE TEXTO

Núm.		Pág.
1.	Una paradoja sudamericana: Un mono, el titÍ enano, que cabe muy holgadamente en una mano (Clisé Fox-Atlas Photo)...	32
2.	...y una araña, la migala, tan grande —por contra— que se alimenta incluso de ratones (Clisé Boyer, Sciences et Avenir)	32
3.	El armadillo, está mejor acorazado aún que su lejano primo el mylodon (Clisé Suschitzky-Rapho)	33
4.	Los más cercanos parientes actuales de los megaterios: el perezoso de dos dedos, o «unau» (Clisé Popper-Atlas Photo)	48
5.	...y el perezoso de tres dedos o «ai», llamado igualmente «ay» o perico ligero (Clisé J. M. Baufle)	48
6.	Los patagones suelen adornar a una nutria fabulosa con todas las características del jaguar, animal éste que ha desaparecido ya —si bien no hace aún mucho tiempo— de tales regiones (Clisé Popper-Atlas Photo)	49
7.	El jaguar, o tigre de agua, es un nadador extraordinario (Cl. Popper-Atlas Photo)	49
8.	La anaconda, a la que la ciencia no concede oficialmente más que una longitud de 6,10 metros, sobrepasa, en muchas ocasiones, de los 20 (Cl. Popper-Atlas Photo)	96
9.	Este tanque viviente, el armadillo, tuvo en otros tiempos un «primo» que medía 3,50 metros de largo: el glyptodonte (Cl. Popper-Atlas Photo)...	96
10.	Los ateles se parecen, sin duda alguna, al amerantropoide (Cl. Popper-Atlas Photo)...	97
11.	...aunque son infinitamente más pequeños y tienen, además, una larga cola prensil (Cl. Popper-Atlas Photo)...	112
12.	El único animal «desconocido» del que poseemos una fotografía: el amerantropoide del señor de Loys (Cl. Musée de l'Homme)	112
13.	Defensas o colmillos de mamut, traídas desde las islas Liakov a los almacenes del Centro Comercial del Estado de Yakutsk. Un tráfico éste que se remonta a la más lejana antigüedad (Cl. R. Viollet)	113
14.	Reconstitución, en el Museo de San Petersburgo (hoy Leningrado) del mamut del Berezovka (Cl. R. Viollet)	113
15.	¿Con qué extraños edenes soñarán los gorilas? (Cl. Black Star Rapho)	160

Núm.		Pág.
16.	Chimpancé calvo de cara negra, considerado habitualmente como un híbrido de gorila y chimpancé (Cl. Marcel Fraas).	161
17.	Piel de león moteado de las montañas, cazado por el Sr. Trent (Col. K. G. Dower)...	176
18.	Cachorro de león, mostrando las manchas de su pelaje juvenil (Col. C. I. D.)	176
19.	El «nsui-fisi», tenido por un híbrido de leopardo y de hiena, se ha revelado finalmente como un congénere (de una nueva especie) de la onza, ese felino de uñas no retráctiles (Cl. Ylla-Rapho)...	177
20.	¿Un león? No: un mandril mostrando su potente dentadura, tan característica de todos los monos de hocico de perro (Cl. Ylla-Rapho)	224
21.	Una monstruosa hiena moteada. ¿Será la responsable, quizá, de muchos de los crímenes atribuídos al oso nandi? (Cl. Zoo de Amberes)	225
22.	Un ratel, cuyo pelaje llega a oscurecerse totalmente por la acción de los años, puede ser tomado, perfectamente, por un oso (Cl. Popper-Atlas Photo)	225
23.	Este chimpancé tuvo, en otros tiempos, un primo hermano bípedo y de cerebro muy desarrollado: el australopiteco. ¿Seguirá éste subsistiendo, tal vez, en nuestros propios días? (Cl. C. I. D.)	240
24.	Fachada oriental del Pórtico de Ishtar. Se distinguen en ella, alternativamente, figuras de dragón y de uro (Cl. Koldewey)	241
25.	Moderna reconstrucción del ceratosaurio, debida al americano Charles R. Knight	304
26.	El dragón del Pórtico de Ishtar, o «sirruch» (Cl. Koldewey).	304
27.	El bermejizo, el mayor de los murciélagos. (Clisé Popper-Atlas Photo)	305
28.	Cabeza de «Hypsignathus monstruosus», animal inofensivo y que no tiene nada que ver con los famosos vampiros (Cl. Popper-Atlas Photo)...	305
29.	Visión típica de Madagascar. El maki o lemur catta (Cl. Popper-Atlas Photo)	320
30.	Este guapo moreno y esta rubia vampiresa son el señor y la señora lemur macaco. Es un caso de dimorfismo sexual bastante raro entre los mamíferos (Cl. Popper-Atlas Photo).	320
31.	¿Sospecharía alguien que este maki vari haya tenido, en una época muy reciente aún, unos «parientes» tan grandes como los mismísimos gorilas? (Cl. Popper-Atlas Photo)...	321

INDICE

Pág.

LOS ENIGMATICOS ANIMALES DEL CONTINENTE VERDE

CAPÍTULO I.—EL PEREZOSO GIGANTE DE LA PATAGONIA... 7
UN MUNDO AL REVÉS... 8
EL INVULNERABLE GIGANTE DE LOS INDIOS TEHUELCHE 9
DESCUBRIMIENTO Y BAUTISMO DEL MEGATERIO 11
EL HOMBRE HA SIDO CONTEMPORÁNEO DE LOS DESDENTADOS GIGANTES. 15
EL PEREZOSO GIGANTE SIGUE VIVIENDO 19
EL INCREÍBLE TROFEO DEL CAPITÁN EBERHARDT 22
¿PODRÍA HABERSE CONSERVADO INTACTA LA PIEL DESDE TIEMPOS INMEMORIALES? 24
SOSPECHOSA APARICIÓN DEL TERRORÍFICO IEMISCH 26
¿ERAN LOS MYLODONTES UNOS SIMPLES ANIMALES DOMÉSTICOS?... ... 27
QUERELLA ALREDEDOR DE UN NOMBRE 31
EL IEMISCH DEL PROFESOR SANTIAGO ROTH 33
LAS EXTRAÑAS NUPCIAS DEL IEMISCH Y DEL MYLODON 35
¿NO SERÍA QUIZÁ EL IEMISCH UNA NUTRIA? 37
EL «TIGRE DE AGUA» NO ES OTRO QUE EL JAGUAR 39
LA NUTRIA CON CARACTERÍSTICAS DE JAGUAR Y EL JAGUAR CON NOMBRE DE NUTRIA... 42
LOS PATAGONES SE ACUERDAN AÚN DE LOS MEGATERIOS 45
EL TERRIBLE «SU» DEL PADRE ANDRÉ THÉVET, COSMÓGRAFO DEL REY. 47
¿SE HA BUSCADO QUIZÁ EN EL LUGAR JUSTO? 52

CAPÍTULO II.—LA ANACONDA GIGANTE Y OTRAS «SERPIENTES DE MAR» CONTINENTALES 57
LA ANACONDA DE 19 METROS DEL MAYOR FAWCETT 58
LAS ANACONDAS NO SOBREPASAN (OFICIALMENTE) DE LOS SEIS METROS CON DIEZ 60
LA DIFICULTAD DE EVALUAR LAS DIMENSIONES DE UNA SERPIENTE VIVA. 62
LAS ANACONDAS GIGANTES DEL MARQUÉS DE WAVRIN 64
LA BOA GIGANTE, RIVAL DE LA ANACONDA 66
LA «SUCURIJÚ» GIGANTE DEL PADRE HEINZ 68
LORENZ HAGENBECK TRATA DE «FILMAR» AL MONSTRUO 71
¿PODRÁ PESAR UNA SERPIENTE DE CUARENTA METROS TANTO COMO CINCO TONELADAS?... 73

Pág.

El minhocão del eminente Fritz Müller 75
¿Se tratará, tal vez, de una serpiente socavadora? 77
¿Será el minhocão un armadillo gigante? 79

Capítulo III.—EL MONO ANTROPOIDE DE LA SIERRA DE PERIJA 83
Íncubos y súcubos cuadrumanos 84
Terror en el Matto Grosso 86
El gran mono sin cola del señor de Loys 88
Bautismo del amerantropoide 91
¿Se tratará de un pitecántropo americano?... 93
El cerebro del amerantropoide nos plantea un delicado problema 97
El amerantropoide no es un ateles ya conocido 98
Nuevos testigos del amerantropoide 100
Una falsificación desagradable 103
La identidad de los «hombres de pies retrovertidos» de la cordillera de los Andes 105

LOS GIGANTES RETARDADOS DEL GRAN NORTE

Capítulo IV.—EL MAMUT, COLOSO VELLUDO DE LA TAIGA. 111
La desconcertante ciencia de los esquimales 111
Los que viven bajo la tierra 113
El imposible elefante del Norte y la supervaca del barón Kagg 115
Inoportuna intervención del «behemoth» y del rinoceronte lanudo... 118
Un mamut en conserva 121
Retrato del coloso velludo... 124
La extinción del mamut tiene caracteres de dogma 127
La retirada de las hordas velludas 130
El presunto fin del gigante 131
¿Ha desaparecido verdaderamente el mamut? 134
El coloso al que la luz fulmina 136
El mamut es un animal de bosque 138
El monstruo ha sido visto vivo 140
Los elefantes velludos de Yermak el Conquistador 142

LOS ESPANTOS DEL AFRICA MISTERIOSA

Capítulo V.—EL LEÓN-LEOPARDO, EL ELEFANTE-HIPOPÓTAMO Y OTROS BASTARDOS 147
Las cálidas noches del continente negro 147

Pág.

Los africanos son unos sutiles observadores que interpretan el mundo a su manera ... 151
¿Raptan mujeres los gorilas?... ... 153
África es un continente conservador ... 156
El rinoceronte enano de las montañas y el elefante acuático. 158
El pequeño león moteado de las montañas de Kenia ... 161
Hay simbas y hay marozis ... 163
Un conjunto de testimonios concordantes ... 164
Objeciones poco convincentes ... 165
Podría muy bien tratarse de una nueva especie ... 167
¿Y si el león-leopardo fuese un híbrido? ... 169

Capítulo VI. — EL OSO NANDI, TERROR DEL ESTE AFRICANO 171
Un oso bien extraño ... 171
Los más dispares testimonios afluyen hasta nosotros ... 174
El animal, visto con los ojos del miedo ... 178
El devorador de hombres ... 181
Pánico en el Este ... 184
Terror en el Sur ... 188
El oso nandi alcanza la categoría de personaje oficial ... 189
Los expertos tienen la palabra ... 192
El oso nandi no es un oricteropo ... 193
El oso nandi no es un oso ... 195
Muchos osos nandi tienen aspecto de babuinos gigantes ... 197
¿Será el oso nandi una hiena roja? ... 205
El retrato del oso nandi se nos va desdibujando a fuerza de retoques y de enmiendas ... 209
¿Será nuestro buen oso nandi un ratel completamente negro? 211
La solución del enigma del ratel negro ... 214
¿Habrá, quizá, dos osos nandi?... ... 216
El ratel pertenece a una familia de asesinos ... 218
Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis nandi ... 222
Pero el telón no se ha descorrido aún del todo ... 224

Capítulo VII. — MNGWA, EL EXTRAÑO ANIMAL ... 227
La leyenda del sultán Magnún ... 229
El monstruo no respeta a la policía ... 230

Capítulo VIII. — AGOGWE, LOS ENANOS VELLUDOS DE MOZAMBIQUE ... 235
Un «nuevo» antropoide duro de pelar ... 237
Extrañas historias de duendes... ... 240
¿Pigmeos o bosquimanos? ... 242

Pág.

El australopiteco, prometeo del panteón animal 246
¿Ha exterminado el hombre a sus minúsculos rivales? 248

Capítulo IX.—El dragón que aún espera su San Jorge. 253
El buceador gigante de Trader Horn 255
El lukwata del lago Victoria-Nyanza 257
Lau, la serpiente tentacular de las fuentes del Nilo 261
Mitad elefante, mitad dragón: el monstruo del lago Bangweolo 265
El chipekwe de las fuentes del Congo 266
El informe de Lewanika, rey de los barotses 269
¿Una foto del dragón de Dilolo?... 270
La embestida de un dinosaurio y los efectos del humor belga. 271
El coje ya menia del Alto Cuango 275
El mokele-mbembe del barón von Stein zu Lausnitz 276
¿Hay sólo uno o hay varios monstruos anfibios en África? ... 277
Retrato del dragón congolés 280
¿Podrá tratarse de un dinosaurio? 283
El sirruch del pórtico de Ishtar 286
El dragón de Babilonia es una ingenua representación o imagen del dragón congolés 289
La zoología tiene necesidad de reaccionarios y de aventureros. 292

Capítulo X.—Kongamato, el último dragón volador. 295
El kongamato de los pantanos de Jiundu 297
Retrato de los saurios voladores 298
Stany, siempre lejos de los caminos trillados, se lanza tras la pista del kongamato 301
Las razones de un fracaso 304
Atacado por un olitiau 307
Los murciélagos grandes son demasiado pacíficos y los murciélagos feroces, demasiado pequeños 308
¿Pterodáctilo o murciélago monstruoso? 311

La lección de los fantasmas malgaches

Capítulo XI.—Tretretretré, vurupatra y cía 315
El vurupatra del señor Flacourt y el pájaro roc de los cuentos árabes 316
Los increíbles huevos del aepyornis 318
¿Cuándo ha desaparecido el pájaro gigante? 320
Donde se vuelve a hablar del dragón congolés 323
El tretretretré y el hombre con cabeza de perro 325

Pág.

El corazón moribundo del antiguo continente de Gondwana. 328
El recuerdo de los lemúridos gigantes sigue aún en pie 331
¿Ungulados desconocidos o lemúridos especializados? 334
El tiempo de los gigantes ha terminado 337
Aboguemos por los monstruos... 339

BIBLIOGRAFÍA 341

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES EN EL TEXTO 353

ÍNDICE DE MAPAS 355

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES FUERA DE TEXTO 357